Marcel Proust

A la sombra de las muchachas en flor

En busca del tiempo perdido, II

El elegante París y la tranquila localidad balnearia de Balbec son los dos grandes escenarios en los que se mueve *A la sombra de las muchachas en flor*, relato centrado en la iniciación del narrador en asuntos amorosos y pasionales, así como en la vívida descripción de sus primeros contactos con el arte y el acto creativo.

Por los senderos de la memoria desfilan recuerdos, espacios, impresiones y un elenco de personajes inolvidables en el que la presencia femenina cobra una especial relevancia.

Marcel Proust

A la sombra de las muchachas en flor

En busca del tiempo perdido - 2

ePub r3.1
Titivillus 21.05.2018

Título original: *À la recherche du temps perdu II. À l'ombre des jeunes filles en fleurs*
Marcel Proust, 1919
Traducción: Carlos Manzano

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

PRIMERA PARTE

A PROPÓSITO DE LA SRA. SWANN

Como —cuando se habló de invitar por primera vez a cenar al Sr. de Norpois— mi madre se lamentó de que el profesor Cottard estuviese de viaje y ella misma hubiera cesado por completo de frecuentar a Swann, pues uno y otro habrían interesado seguramente al antiguo embajador, mi padre respondió que un comensal eminente, un sabio ilustre, como Cottard, nunca podía quedar mal en una cena, pero que Swann, con su ostentación, su forma de pregonar a voz en grito hasta sus menores relaciones, era un vulgar fanfarrón a quien el marqués de Norpois habría considerado seguramente «hediondo», como él decía. Ahora bien, esa respuesta de mi padre requiere unas palabras de explicación, pues algunos recordarán tal vez a un Cottard muy mediocre y a un Swann que llevaba hasta la más extrema delicadeza —en materia mundana— la modestia y la discreción, pero, por lo que a éste se refiere, había sucedido que el antiguo amigo de mis padres había sumado —a la de «Swann hijo» y también a la del Swann del Jockey— una personalidad nueva y que no iba a ser la última: la de marido de Odette. Adaptando a las humildes ambiciones de esa mujer el instinto, el deseo, la industria que siempre había tenido, se las había ingeniado para construirse —muy por debajo de la antigua— una posición nueva y apropiada a la compañera que la ocuparía junto con él. Ahora bien, en ella se mostraba como otro hombre. Puesto que —sin dejar de frecuentar él solo a sus amigos íntimos, a quienes no quería imponer la presencia de Odette, cuando no le expresaban espontáneamente su deseo de conocerla—

comenzaba una segunda vida, en común con su mujer, entre personas nuevas, se podría haber entendido que, para calibrar su rango y, por consiguiente, la satisfacción del amor propio que podía experimentar al recibirlas, no hubiera utilizado, como punto de comparación, a los miembros más brillantes de su sociedad anterior a su matrimonio, sino relaciones anteriores de Odette, pero, aun sabiendo que con quien deseaba codearse era con inelegantes funcionarios, con mujeres taradas, ornato de los bailes de ministerios, asombraba oírlo —a él, que en el pasado e incluso ahora disimulaba tan elegantemente una invitación de Twickenham o de Buckingham Palace— recalcar bien alto que la esposa de un director general había ido a visitar a la Sra. Swann. El motivo era —se dirá tal vez— que la sencillez del Swann elegante no había sido en él sino una forma más refinada de la vanidad y que, como algunos judíos, el antiguo amigo de mis padres había podido presentar los estados sucesivos por los que habían pasado los de su raza: desde el esnobismo más ingenuo y la zafiedad más grosera hasta la cortesía más fina. Pero la razón principal —y aplicable a la Humanidad en general— era la de que nuestras propias virtudes no son algo libre, que flote y esté permanentemente a nuestra disposición; acaban asociándose tan estrechamente en nuestra alma con las acciones en relación con las cuales nos hemos impuesto el deber de ejercerlas, que, si se nos presenta una actividad de otra clase, nos pilla por sorpresa y sin que se nos ocurra siquiera la idea de que podría entrañar la aplicación de esas mismas virtudes. El Swann solícito con aquellas nuevas relaciones, a las que citaba orgulloso, era como esos grandes artistas modestos o generosos que, si al final de su vida se dedican a la cocina o a la jardinería, ostentan una satisfacción ingenua por los elogios dedicados a sus platos o a sus arriates, en relación con los cuales no admiten la crítica que aceptan gustosos para sus obras maestras o que, si bien son capaces de regalar una de sus telas, no pueden perder cuatro cuartos al dominó sin malhumorarse.

En cuanto al profesor Cottard, volveremos a verlo por extenso mucho más adelante, en casa de la Señora, en el castillo de la Raspelière. Baste ahora observar, ante todo, esto: en el caso de Swann el cambio puede sorprender, si acaso, porque ya se había producido y yo no lo sospechaba cuando veía al padre de Gilberte en los Campos Elíseos, donde —como, por

lo demás, no me dirigía la palabra— no podía hacer alarde delante de mí de sus relaciones políticas: cierto es que, si lo hubiera hecho, tal vez yo no habría advertido al instante su vanidad, pues la idea que durante mucho tiempo nos hemos hecho de una persona ciega ojos y oídos; tampoco mi madre distinguió, durante tres años, los afeites que una de sus sobrinas se ponía en los labios, como si hubieran estado invisiblemente disueltos en un líquido, hasta el día en que una partícula suplementaria o cualquier otra causa originó el fenómeno denominado supersaturación, todos los afeites no distinguidos cristalizaron y mi madre —ante aquel repentino exceso de colores— declaró, como habrían hecho en Combray, que era una vergüenza y cesó casi por completo las relaciones con su sobrina, pero, en cambio, en el caso de Cottard la época en que lo hemos visto asistir a los comienzos de Swann en casa de los Verdurin estaba ya bastante lejana; ahora bien, los honores, los títulos oficiales, llegan con los años. En segundo lugar, se puede ser inculto, hacer retruécanos estúpidos y contar con un don que ninguna cultura general puede substituir, como el de un gran estratega o un gran clínico. En efecto, sus colegas no consideraban a Cottard tan sólo un facultativo obscuro que, con el tiempo, había llegado a ser una celebridad europea. Los más inteligentes de los médicos jóvenes declaraban —al menos durante algunos años, pues las modas, por haber nacido, a su vez, de la necesidad de cambio, cambian— que, si alguna vez caían enfermos, Cottard sería el único maestro al que confiarían su piel. Seguramente preferían el trato con ciertos jefes más letrados, más artistas, con quienes podían hablar de Nietzsche, de Wagner. Cuando había música en casa de la Sra. Cottard, en las veladas en que ésta recibía —con la esperanza de que llegara algún día a ser decano de la Facultad— a los colegas y a los alumnos de su marido, éste, en lugar de escuchar, prefería jugar a las cartas en un salón contiguo, pero alababan la prontitud, la profundidad, la seguridad, de su ojo clínico, de su diagnóstico. En tercer lugar, por lo que se refiere a los modales desplegados por el profesor Cottard con un hombre como mi padre, hemos de observar que el que revelamos en la segunda parte de nuestra vida no siempre es —aunque lo sea con frecuencia— nuestro primer carácter desarrollado o debilitado, amplificado o atenuado; a veces es un carácter inverso, un auténtico traje vuelto del revés. Salvo en

casa de los Verdurin, que se habían encaprichado con él, la expresión vacilante de Cottard, su timidez y amabilidad excesivas lo habían hecho, en su juventud, objeto de perpetua chacota. ¿Qué amigo caritativo le habría aconsejado adoptar expresión glacial? La importancia de su situación se lo facilitó. Por doquier, salvo en casa de los Verdurin, donde volvía a ser instintivamente él mismo, se volvió frío, silencioso, perentorio —cuando no le quedaba más remedio que hablar— y no olvidaba decir cosas desagradables. Pudo ensayar aquella nueva actitud delante de clientes que —por no conocerlo— no estaban en condiciones de comparar y a quienes habría asombrado mucho saber que no era un hombre de una rudeza natural. Sobre todo se esforzaba por adoptar una actitud impasible e incluso en su servicio del hospital, cuando soltaba algunos de sus retruécanos, que hacían reír a todo el mundo, desde el director de la clínica al externo más reciente, lo hacía siempre sin que se moviera un solo músculo en su rostro, irreconocible, por lo demás, desde que se había afeitado la barba y el bigote.

Para acabar, digamos quién era el marqués de Norpois. Había sido ministro plenipotenciario antes de la guerra y embajador cuando los acontecimientos del 16 de mayo y, aun así, más adelante gabinetes radicales a los que un simple burgués reaccionario se habría negado a servir y que —por su pasado, sus relaciones, sus opiniones— deberían haberlo considerado sospechoso le habían encargado varias veces —cosa que constituyó un gran motivo de asombro para muchos— representar a Francia en misiones extraordinarias, incluso en la de interventor de la deuda en Egipto, donde gracias a sus grandes capacidades financieras había prestado servicios importantes, pero aquellos ministros avanzados parecían darse cuenta de que con semejante designación mostraban su amplitud de miras en lo relativo a los intereses superiores de Francia y resultaban incomparables con los políticos, al merecer que el propio *Journal des débats* los calificara de estadistas, y, por último, se beneficiaban del prestigio que entraña un apellido aristocrático y del interés que despierta la sorpresa de una elección inesperada y también sabían que, recurriendo al Sr. de Norpois, podían obtener esas ventajas sin tener motivos para temer una falta de lealtad política por su parte, contra la que la cuna del marqués no debía ponerlos en

guardia, sino darles garantías, y en eso el Gobierno de la República no se equivocaba. En primer lugar, porque cierta aristocracia, educada desde la infancia para considerar su apellido una ventaja interior de la que nada puede privarla —y cuyo valor conocen sus pares o quienes son de condición aún más alta— sabe que puede evitarse —pues nada le pueden brindar— los esfuerzos que sin resultado ulterior apreciable hacen tantos burgueses para profesar opiniones exclusivamente respetables y frecuentar tan sólo a personas de bien. En cambio, esa aristocracia, deseosa de engrandecerse ante familias principescas o ducales por debajo de las cuales se encuentra inmediatamente situada, sabe que sólo puede lograrlo sumando a su apellido algo de lo que carecía, algo que, en igualdad de condiciones, la hará prevalecer: una influencia política, una reputación literaria o artística, una gran fortuna. Y prodigará —a los políticos, aunque sean masones, que pueden hacer llegar a las embajadas o patrocinar en las elecciones a los artistas o los científicos cuyo apoyo ayuda a «abrirse camino» en el sector en el que sobresalen, y a todos aquellos, por último, que están en condiciones de conferir una nueva ilustración o propiciar el matrimonio con un buen partido— los gastos de que se dispensa con el inútil hidalgüelo solicitado por los burgueses y cuya estéril amistad no le agradecería un príncipe.

Pero, en el caso del Sr. de Norpois, lo que influía sobre todo era que, en un largo ejercicio de la diplomacia, se había imbuido de ese espíritu negativo, rutinario, conservador, llamado «mentalidad de gobierno» y que es, en efecto, la de todos los gobiernos y, en particular, la de todas sus cancillerías. Había adquirido en la Carrera la aversión, el temor y el desdén a los procedimientos más o menos revolucionarios —y, como mínimo, incorrectos— de la oposición. Salvo en algunos iletrados del pueblo y de la alta sociedad, para quienes la diferencia de géneros es letra muerta, lo que aproxima no es la comunidad de opiniones, sino la consanguineidad de mentalidades. Un académico del tipo de Legouvé, quien sería partidario de los clásicos, habría aplaudido de mejor grado el elogio dedicado a Victor Hugo por Maxime Du Camp o Mézières que el de Claudel a Boileau. Un mismo nacionalismo basta para acercar a Barrès a sus electores, quienes no deben de distinguir demasiado entre el Sr. Georges Berry y él, pero no a

aquellos de sus colegas de la Academia que, por tener —pese a sus afinidades políticas— otra clase de mentalidad, preferirán incluso a adversarios como los Sres. Ribot y Deschanel, de quienes monárquicos fieles se sienten, a su vez, mucho más próximos, que a Maurras y a Léon Daudet, pese a que éstos también desean el regreso del Rey. El Sr. de Norpois —parco en palabras no sólo por hábito profesional de prudencia y reserva, sino también porque aquéllas tienen más valor, ofrecen más matices a hombres cuyos esfuerzos durante diez años para reconciliar a dos países se resumen, se plasman, dentro de un discurso, de un protocolo, en un simple adjetivo, en el que, pese a ser trivial, ven todo un mundo— tenía fama de muy frío en la Comisión en la que se sentaba junto a mi padre y en la que todo el mundo felicitaba a éste por la amistad de que le daba muestras el antiguo embajador. El primer asombrado de ello fue mi padre, pues, como solía ser poco amable, se había acostumbrado a no estar solicitado fuera del círculo de sus íntimos y lo reconocía con naturalidad. Tenía conciencia de que en las atenciones del diplomático había un efecto de ese punto de vista totalmente individual que cada cual adopta para decidir sus simpatías y según el cual todas las cualidades intelectuales o la sensibilidad de una persona no serán —para uno de nosotros, a quien aburre o irrita— una recomendación tan buena como la franqueza y alegría de otra que a muchos parecería una nulidad vacía y frívola. «De Norpois ha vuelto a invitarme a cenar: es extraordinario; en la Comisión, donde no tiene relaciones particulares con nadie, todos están estupefactos. Estoy seguro de que va a contarme más cosas emocionantes sobre la guerra del 70». Mi padre sabía que tal vez hubiera sido el Sr. de Norpois el único en avisar al Emperador del poder en aumento y de las belicosas intenciones de Prusia y de que Bismarck apreciaba su inteligencia muy en particular. Últimamente, en la Ópera, durante la gala ofrecida al rey Teodosio, los periódicos habían señalado la prolongada conversación que el soberano había concedido al Sr. de Norpois. «Tengo que enterarme de si esa visita del Rey tiene de verdad importancia», nos dijo mi padre, quien se interesaba mucho por la política exterior. «Sé que Norpois es muy cerrado, pero conmigo se abre muy amigablemente».

En cuanto a mi madre, el embajador tal vez no tuviera en sí mismo el tipo de inteligencia por el que se sentía más atraída y debo decir que la conversación del Sr. de Norpois era un repertorio tan completo de las formas caducas del lenguaje propias de una carrera, una clase y una época que para esa carrera y esa clase podría muy bien no estar totalmente abolida, que a veces lamento no haber conservado pura y simplemente en la memoria las palabras que lo oí pronunciar. Así, habría logrado un efecto de estilo anticuado con la misma facilidad y del mismo modo que aquel actor del Palais-Royal que, cuando le preguntaban dónde podía encontrar sus sorprendentes sombreros, respondía: «No los encuentro. Los guardo». En una palabra, creo que mi madre consideraba al Sr. de Norpois un poco «chapado a la antigua», cosa que distaba de parecerle desagradable desde el punto de vista de los modales, pero le encantaba menos en la esfera —ya que no de las ideas, pues las del Sr. de Norpois eran muy modernas— de las expresiones. Ahora bien, notaba que hablarle con admiración del diplomático que le daba muestras de una predilección tan poco común era halagar delicadamente a su marido. Al fortalecer en mi padre la buena opinión que tenía del Sr. de Norpois y, con ello, moverlo a abrigarla también de sí mismo, tenía conciencia de cumplir con aquel de sus deberes consistente en hacer agradable la vida a su esposo, como hacía cuando velaba por que la cocina fuese primorosa y el servicio silencioso, y, como era incapaz de mentir a mi padre, se entrenaba por sí misma en la admiración del embajador para poder alabarlo con sinceridad. Por lo demás, apreciaba con naturalidad su expresión de bondad, su cortesía un poco anticuada —y tan ceremoniosa, que, cuando iba caminando con su alto talle erguido y divisaba a mi madre, quien pasaba en coche, antes de descubrirse para saludarla, arrojaba lejos un puro recién comenzado—, su conversación tan mesurada, en la que hablaba de sí mismo lo menos posible y tenía siempre en cuenta lo que podía ser agradable para el interlocutor, su puntualidad tan sorprendente al responder a una carta, que, cuando mi padre acababa de enviarle una y reconocía su escritura en un sobre, lo primero que se le ocurría era que por mala suerte su correspondencia se había cruzado: parecía que en Correos hubiese recogidas suplementarias y de lujo para él. Mi madre se maravillaba de que fuese, pese a sus muchas

ocupaciones, tan puntual y, pese a sus muchas relaciones, tan amable, sin pensar en que los «pese a» son siempre «porque» desconocidos y en que —así como los viejos asombran para su edad, los reyes resultan tan sencillos y los provincianos están al corriente de todo— los propios hábitos eran los que permitían al Sr. de Norpois atender a tantas ocupaciones y ser tan ordenado en sus respuestas, agradar en la alta sociedad y ser amable con nosotros. Además, el error de mi madre, como el de todas las personas demasiado modestas, estribaba en tener siempre en menos —y, por consiguiente, aparte de los demás— todo lo que le atañía. Separaba de la numerosa correspondencia diaria del amigo de mi padre la respuesta que —tan meritoriamente, en su opinión: escribiendo, como escribía, tantas cartas al día— nos había enviado con tanta rapidez, sin pensar en que se trataba de una más; tampoco se paraba a pensar en que una cena en nuestra casa era para el Sr. de Norpois uno de los innumerables actos de su vida social ni en que en otro tiempo la diplomacia había acostumbrado al embajador a considerar las cenas en la ciudad como parte de sus funciones y a mostrar un encanto inveterado, por lo que pedirle que se abstuviera de ello precisamente cuando venía a nuestra casa habría sido demasiado.

La primera cena del Sr. de Norpois en casa, un año en que yo jugaba aún en los Campos Elíseos, se me quedó grabada en la memoria, porque aquel mismo día por la tarde iba yo a ir por fin a ver a la Berma en *Fedra* y también porque, al platicar con el Sr. de Norpois, me di cuenta de repente y de forma nueva de hasta qué punto los sentimientos despertados en mí por todo lo relativo a Gilberte Swann y sus padres diferían de los que esa misma familia inspiraba a cualquier otra persona.

Seguramente al advertir el abatimiento en que me sumía la proximidad de las vacaciones de Navidad, durante las cuales no iba a poder —como me había anunciado ella misma— ver a Gilberte, un día mi madre, para distraerme, me dijo: «Si aún sigues deseando tanto ver a la Berma, creo que tu padre tal vez te permitiría ir al teatro: podría acompañarte la abuela».

Pero mi padre, hasta entonces tan hostil a que fuese a perder el tiempo y me expusiera a caer enfermo por algo que consideraba —para profundo escándalo de mi abuela— inútil, estaba próximo a considerar aquella velada recomendada por el embajador parte de un impreciso conjunto de recetas

preciosas para el logro de una carrera brillante, porque el Sr. de Norpois le había dicho que debía dejarme ir a ver a la Berma, que era un recuerdo digno de conservar para un muchacho. Mi abuela —quien, al renunciar al provecho que, en su opinión, habría entrañado para mí ver a la Berma, había hecho un gran sacrificio en pro de mi salud— se asombró de que, por una simple propuesta del Sr. de Norpois, se pudiera dejar de protegerla. Como tenía puestas sus invencibles esperanzas de racionalista en el régimen —basado en la exposición al aire libre y el acostar temprano— que me había prescrito, deploraba como un desastre esa infracción que yo iba a cometer y decía en tono afligido: «¡Qué poco serio eres!», a mi padre, quien respondía, furioso: «¡Cómo! ¡Ahora es usted quien no quiere que vaya! ¡Hay que ver! ¡Usted, que nos repetía sin cesar que podía venirle bien!».

Pero el Sr. de Norpois había cambiado en un sentido mucho más importante para mí las intenciones de mi padre. Éste había deseado siempre que yo fuera diplomático y yo no podía soportar la idea de que, aunque estuviese algún tiempo destinado en el ministerio, corriera el riesgo de ser enviado algún día como embajador a capitales en las que Gilberte no viviría. Habría preferido volver a los proyectos literarios que en otro tiempo había concebido y abandonado en mis paseos por la parte de Guermantes, pero mi padre se había opuesto constantemente a que optara por la carrera de las letras —muy inferior, a su juicio, a la diplomacia e indigna incluso del título de carrera— hasta el día en que el Sr. de Norpois, quien no apreciaba precisamente a los agentes diplomáticos de las nuevas hornadas, le había asegurado que con la literatura podía granjearme tanta consideración, ejercer tanta influencia y conservar más independencia que en las embajadas.

«¡Pues vaya! Nunca lo habría creído: Norpois no se opone lo más mínimo a que te dediques a la literatura», me dijo mi padre. Y, como él mismo era bastante influyente y creía que nada había que no se arreglara, no encontrase solución apropiada, en la conversación de las personas importantes, añadió: «Voy a traerlo a cenar una noche de éstas, al salir de la Comisión. Hablarás un poco con él para que pueda evaluarte. Escribe algo bueno para que puedas enseñárselo; es muy amigo del director de *La Revue*

des Deux Mondes y con lo astuto que es, conseguirá que te admitan, eso por descontado; y, fíjate, parece opinar que la diplomacia hoy…».

La felicidad que me daría no verme separado de Gilberte me infundía el deseo —pero no la capacidad— de escribir algo hermoso que pudiera enseñar al Sr. de Norpois. Tras algunas páginas preliminares, del aburrimiento se me caía la pluma de las manos, lloraba de rabia al pensar que nunca tendría talento, que no estaba dotado y ni siquiera podría aprovechar la suerte que la próxima visita del Sr. de Norpois me brindaba de permanecer siempre en París. Lo único que me distraía de mi pena era la idea de que iban a dejarme oír a la Berma, pero, así como sólo deseaba ver tormentas en las costas en que eran más violentas, tampoco habría querido oír a la gran actriz sino en uno de esos papeles clásicos en los que, según me había dicho Swann, rayaba en lo sublime, pues, cuando con la esperanza de un descubrimiento precioso deseamos recibir ciertas impresiones de la naturaleza o del arte, sentimos cierta aprensión a la hora de dejar a nuestra alma acoger en su lugar impresiones inferiores, que podrían confundirnos sobre el valor exacto de la belleza. En *Andrómaca*, en *Los caprichos de Marianne*, en *Fedra*, la Berma era una de esas cosas famosas que mi imaginación tanto había deseado. Si llegaba a oír algún día a la Berma recitar estos versos:

> Dicen que una pronta partida os alejará de nosotros,
> Señor, etc.,

Iba a sentir el mismo arrobo que el día en que una góndola me llevara al pie del Tiziano de los Frari o de los Carpaccio de San Giorgio dei Schiavoni. Los conocía por su simple reproducción en blanco y negro en las ediciones impresas, pero, cuando pensaba —como en la realización de un viaje— en que los vería por fin inmersos en la atmósfera y la insolación de la voz dorada, sentía palpitaciones: un Carpaccio en Venecia, la Berma en *Fedra*, obras maestras del arte pictórico o dramático que el prestigio de que iban acompañadas volvía tan vivaces, es decir, tan indivisibles, que, si hubiera ido a ver cuadros de Carpaccio en una sala del Louvre o a la Berma en una obra de la que nunca hubiese oído hablar, ya no habría

experimentado el mismo asombro delicioso por tener al fin los ojos abiertos ante el objeto inconcebible y único de tantos millares de mis sueños. Además, como esperaba del arte de la Berma revelaciones sobre ciertos aspectos de la nobleza, del dolor, me parecía que su grandeza, su realidad, en aquel papel debía de ser mayor, si la actriz lo superponía a una obra de un valor auténtico, en lugar de borrar, en una palabra, verdad y belleza en una trama mediocre y vulgar.

Por último, si iba a oír a la Berma en una obra nueva, no me resultaría fácil juzgar su arte, su dicción, pues no podría distinguir entre un texto que no conocería de antemano y lo que le añadirían las entonaciones y los gestos que me parecerían inseparables de él, mientras que las obras antiguas que me sabía de memoria me parecían vastos espacios reservados y listos, en los que podría apreciar con toda libertad las invenciones gracias a las cuales la Berma los cubriría, como en una pintura al fresco, con perpetuos hallazgos de su inspiración. Por desgracia, llevaba años —desde que había abandonado los grandes escenarios y brindaba el éxito a un teatro de vodevil cuya estrella era— sin interpretar obras clásicas y en vano consultaba yo las carteleras: siempre anunciaban obras muy recientes, compuestas expresamente para ella por autores de moda, cuando una mañana, al buscar en la columna de los teatros las sesiones de tarde de la semana de Año Nuevo, vi por primera vez —como final de función, después de una obra introductoria probablemente insignificante y cuyo título me pareció opaco, porque anunciaba todos los detalles de una acción que yo ignoraba— dos actos de *Fedra*, con la Sra. Berma, y en las tardes siguientes *El mundo galante*, *Los caprichos de Marianne*, nombres que, como el de *Fedra*, eran para mí —de tanto como me conocía la obra— transparentes, colmados de pura claridad, iluminados hasta el fondo por una sonrisa artística. Me parecieron infundir nobleza a la propia Sra. Berma, cuando leí en los periódicos, después del programa de esas funciones, que había sido ella quien había decidido mostrarse de nuevo ante el público en algunas de sus antiguas creaciones. Así, pues, la artista sabía que ciertos papeles tienen un interés que sobrevive al carácter de su aparición o al éxito de su reposición, las consideraba —interpretadas por ella— obras maestras de museo que podía resultar instructivo volver a mostrar ante los ojos de la

generación que la había admirado en ellas o de la que no la había visto. Al anunciar así —entre obras exclusivamente destinadas a hacer pasar el tiempo de una velada— *Fedra*, cuyo título no era más largo que los suyos y no estaba impreso en caracteres diferentes, añadía como el sobreentendido de una señora de su casa que, al presentarnos a sus comensales en el momento de sentarse a la mesa, nos dice entre nombres de invitados que son simples invitados y con el tono con que ha citado a los otros: el Sr. Anatole France.

El médico que me atendía —el que me había prohibido viajar— desaconsejó a mis padres que me dejaran ir al teatro: volvería enfermo, tal vez para mucho tiempo, y, a fin de cuentas, me daría más sufrimiento que placer. Ese temor habría podido disuadirme, si lo que hubiera esperado de semejante representación hubiese sido tan sólo un placer que un sufrimiento posterior puede, en una palabra, anular por compensación, pero lo que yo pedía a esa sesión de tarde era —como al viaje a Balbec, al viaje a Venecia, que tanto había deseado— algo muy distinto de un placer: verdades pertenecientes a un mundo más real que aquel en el que vivía y de cuya adquisición, una vez lograda, no podrían privarme accidentes insignificantes —aunque fueran dolorosos para mi cuerpo— de mi ociosa existencia. Como máximo, el placer que me brindara la función me parecía la forma tal vez necesaria de la percepción de dichas verdades y era suficiente para que desease que las indisposiciones predichas no comenzaran hasta después de concluida la representación a fin de que no la comprometieran ni falseasen. Imploré a mis padres, que, después de la visita del médico, ya no querían dejarme ir a ver *Fedra*. Me recitaba sin cesar este parlamento:

> Dicen que una pronta partida os alejará de nosotros…

Buscando todas las entonaciones con las que se podía pronunciar para calibrar mejor lo inesperado en aquella con la que la Berma acertara. La divina Belleza que debía revelarme el arte de la Berma —escondida, como el sanctasanctórum, tras el telón que me la ocultaba, por lo que yo le atribuía a cada momento un aspecto nuevo, según las palabras de Bergotte,

en el opúsculo recuperado por Gilberte, que me venían a la mente: «nobleza plástica, cilicio cristiano, palidez jansenista, princesa de Trézène y de Clèves, drama micénico, símbolo délfico, mito solar»— reinaba, noche y día, en un altar perpetuamente iluminado en el fondo de mi alma, sobre la cual mis padres, severos y livianos, iban a decidir si encerraría o no, y para siempre, las perfecciones de la Diosa revelada en aquel mismo lugar en que se alzaba su forma invisible y, con los ojos clavados en la imagen inconcebible, luchaba de la mañana a la noche contra los obstáculos que mi familia me oponía, pero, cuando éstos hubieron caído, cuando mi madre —aunque aquella sesión de tarde coincidiera precisamente con el día de la sesión de la Comisión después de la cual mi padre iba a traer al Sr. de Norpois a cenar— me hubo dicho: «Bueno, mira, no queremos apenarte: si crees que te dará tanto placer, tendrás que ir», cuando aquel día de teatro, hasta entonces prohibido, ya sólo dependió de mí, me pregunté por primera vez —al no tener ya que ocuparme de que dejara de ser imposible— si era deseable, si no deberían haberme hecho renunciar a ella otras razones distintas de la prohibición de mis padres. Primero, tras haber detestado su crueldad, su consentimiento me los volvía tan queridos, que la idea de causarles pena me la causaba a mí mismo, con lo que ya no me parecía objetivo de la vida la verdad, sino el cariño y aquélla ya no me parecía buena o mala sino en la medida en que mis padres fueran felices o desgraciados. «Si va a afligiros, preferiría no ir», dije a mi madre, quien, al contrario, se esforzaba por disiparme ese recelo de que pudiera entristecerla, pues, según ella, me amargaría el placer que me daría *Fedra* y por consideración del cual mi padre y ella habían decidido revocar la prohibición, pero entonces esa como obligación de sentir placer me parecía muy gravosa, y, además, si volvía enfermo, ¿me curaría lo bastante aprisa para poder ir a los Campos Elíseos, una vez acabadas las vacaciones, en cuanto volviera a ellos Gilberte? Con todas aquellas razones confrontaba yo —para decidir lo que debía primar— la idea —invisible tras su velo— de la perfección de la Berma. Yo colocaba en uno de los platillos de la balanza «notar a mamá triste, correr el riesgo de no poder ir a los Campos Elíseos» y en el otro «palidez jansenista, mito solar», pero esas propias palabras acababan desdibujándose en mi mente, no me decían ya nada, perdían todo

peso; mis vacilaciones se iban volviendo poco a poco tan dolorosas, que, si entonces hubiera optado por el teatro, ya sólo habría sido para hacer que cesaran y verme liberado de ellas de una vez por todas. Para abreviar mi sufrimiento y ya no con la esperanza de un provecho intelectual y cediendo al atractivo de la perfección, no me habría dejado conducir hasta la Diosa de la Sabiduría, sino hasta la implacable divinidad sin rostro y sin nombre con la que la habían substituido subrepticiamente bajo su velo, pero de pronto todo cambió: mi deseo de ir a ver a la Berma recibió un nuevo latigazo que me permitió esperar con impaciencia y alborozo aquella «sesión de tarde»; tras haber ido a hacer ante la columna de los teatros mi parada cotidiana —desde hacía poco tan cruel— de estilita, había visto —húmedo aún— el cartel detallado de *Fedra* que acababan de pegar por primera vez (y en el que, a decir verdad, el resto del reparto no me aportaba ningún atractivo nuevo que pudiera hacerme decidir). Ahora bien, daba a uno de los fines entre los cuales oscilaba mi indecisión una forma más concreta y —como el cartel no llevaba la fecha del día en que yo lo leí, sino la de aquel en que se celebraría la representación y de la hora incluso a la que se alzaría el telón— más inminente, ya en vías de realización, hasta el punto de hacerme saltar de alegría ante la columna al pensar que aquel día, exactamente a aquella hora, estaría listo para oír a la Berma, sentado en mi butaca y, por miedo a que mis padres no tuvieran ya tiempo de encontrar dos buenas localidades para mi abuela y para mí, volví a casa a todo correr, espoleado por aquellas palabras mágicas que habían substituido en mi pensamiento a «palidez jansenista» y «mito solar»: «Las señoras no serán admitidas en el patio de butacas con sombrero; a las dos de la tarde se cerrarán las puertas».

Aquella primera sesión de tarde fue —¡ay!— una gran decepción. Mi padre nos propuso dejarnos a mi abuela y a mí en el teatro camino de su Comisión. Antes de salir de casa, dijo a mi madre: «Procura que haya una buena cena, recuerda que voy a traer a De Norpois». Mi madre no lo había olvidado y, desde la víspera, Françoise —feliz de entregarse a ese arte de la cocina, para el que tenía, sin lugar a dudas, un don, y estimulada, por lo demás, por el anuncio de un comensal nuevo y sabiendo que debería preparar, con un método suyo exclusivo, «carne de vaca con gelatina»—

vivía en la efervescencia de la creación; como atribuía extrema importancia a la calidad intrínseca de los materiales que debían entrar en la preparación de su obra, iba personalmente al mercado de Les Halles a buscar los mejores trozos de lomo y jarrete de vaca, de pie de ternera, así como Miguel Ángel pasó ocho meses en las montañas de Carrara eligiendo los bloques de mármol más perfectos para el monumento a Julio II. Françoise desplegaba en aquellas idas y venidas tal entusiasmo, que mamá, al ver su rostro encendido, temía que nuestra vieja sirvienta cayera enferma de agotamiento, como el autor del mausoleo de los Médicis en las canteras de Pietrasanta, y ya en la víspera había enviado a asar en el horno de la panadería, protegido con miga de pan, como con mármol rosa, lo que ella llamaba jamón de «Neu» York. Por considerar la lengua menos rica de lo que es y sus propios oídos poco seguros, seguramente la primera vez que había oído hablar de jamón de York había creído —al considerar de una prodigalidad inverosímil en el vocabulario que pudieran existir a la vez York y Nueva York— haber entendido mal y que habían querido decir el nombre que ya conocía. Por eso, desde entonces las palabras «de York» iban precedidas en sus oídos o ante sus ojos, si leía un anuncio, de «New», que pronunciaba «Neu», y con la mejor fe del mundo decía a la chica de la cocina: «Vaya a buscarme jamón a donde *Olida*. La señora me ha insistido en que sea de Neu York». Aquel día, mientras que Françoise tenía la ardiente certidumbre de los grandes creadores, a mí se me había reservado la cruel inquietud del investigador. Desde luego, mientras no hube oído a la Berma, sentí placer. Lo sentí en la placita que precedía al teatro y cuyos desnudos castaños iban a brillar, unas horas después, con reflejos metálicos en cuanto los faroles de gas encendidos iluminaran los detalles de sus ramajes, como también delante de los porteros, cuya elección, ascenso y suerte dependían de la gran artista —la única que tenía poder en aquella administración a cuya cabeza se sucedían obscuros directores efímeros y puramente nominales— y que tomaron nuestros boletos sin mirarnos, centrados como estaban en comprobar si se habían transmitido, en efecto, todas las prescripciones de la Sra. Berma al personal nuevo, si había quedado bien claro que la *claque* no debía aplaudirla a ella en ningún momento, si estaban las ventanas abiertas, mientras no hubiera salido a

escena, y hasta la última puerta cerrada después, y si había un tarro de agua caliente disimulado cerca de ella para que cayera el polvo del escenario. Dentro de un momento su coche, tirado por dos caballos de largas crines, iba a detenerse, en efecto, delante del teatro, ella se apearía envuelta en pieles y, respondiendo con gesto huraño a los saludos, enviaría a una de sus doncellas a informarse sobre el palco de proscenio reservado para sus amigos, la temperatura de la sala, la composición de los palcos, la vestimenta de las acomodadoras, pues teatro y público no eran para ella sino un segundo traje más exterior en el que entraría y el medio mejor o peor conductor que su talento habría de cruzar. Fui feliz también en la propia sala; desde que sabía que —contrariamente a lo que me habían representado por tanto tiempo mis imaginaciones infantiles— sólo había un escenario para todo el mundo, pensaba que los demás espectadores nos impedirían ver bien, como en medio de una multitud; ahora bien, me di cuenta de que gracias a una disposición que es como el símbolo de toda percepción, cada cual se siente, al contrario, el centro del teatro, con lo que comprendí por qué, cierta vez que habían enviado a Françoise a ver un melodrama en la tercera galería, había asegurado a su regreso que su sitio era el mejor posible y, en lugar de sentirse demasiado lejos, se había visto intimidada por la misteriosa y viva proximidad del telón. Mi placer aumentó aún más cuando empecé a distinguir, tras dicho telón bajado, ruidos confusos como los que se oyen bajo la cáscara de un huevo, cuando el pollito va a salir, que no tardaron en aumentar y de pronto —de esa forma impenetrable a nuestra mirada, pero que nos veía con la suya— se dirigieron indudablemente a nosotros en la imperiosa forma de tres golpes tan emocionantes como las señales procedentes del planeta Marte, y, cuando —una vez alzado aquel telón— un escritorio y una chimenea, bastante comunes y corrientes, por lo demás, significaron que los personajes que iban a entrar no serían actores que hubieran acudido a recitar, como yo había visto en una velada, sino hombres viviendo en su casa un día de su vida en la que yo penetraba mediante efracción sin que pudieran verme, persistió mi placer; fue interrumpido por una breve inquietud: justo cuando aguzaba yo el oído antes de que comenzara la representación, entraron en escena dos hombres, muy irritados, porque hablaban lo bastante fuerte para

que en aquella sala con más de mil espectadores se distinguieran todas sus palabras, mientras que en un café pequeño hemos de preguntar al camarero qué dicen dos personas que están discutiendo, pero en el mismo instante —asombrado de que el público los escuchara sin protestar, sumergido como estaba en un silencio unánime en el que no tardaron en ir a chapotear una risa aquí, otra allá— comprendí que aquellos insolentes eran los actores y que acababa de comenzar la obrita introductoria. Le siguió un entreacto tan largo, que los espectadores, de vuelta en sus asientos, se impacientaban, pateaban. Me asustaron, pues, así como —cuando leía yo en la crónica de un proceso que un hombre de buen corazón iba a ir, sin tener en cuenta sus intereses, a prestar testimonio a favor de un inocente— siempre temía que no se portaran bastante bien con él, que no se lo agradeciesen lo suficiente, que no lo recompensaran con creces y que, descorazonado, se pusiera de parte de la injusticia, así también temía —y con ello asimilaba el genio a la virtud— que la Berma, despechada por los malos modales de un público tan descortés —en el que me habría gustado que, al contrario, reconociera con satisfacción a algunas celebridades a cuyo juicio hubiese atribuido importancia—, le expresara su contrariedad y su desdén actuando mal y miraba con expresión suplicante a aquellos brutos pateadores que con su furia iban a desbaratar la frágil y preciosa impresión que había ido yo a buscar. Por último, mis momentos postreros de placer correspondieron a las primeras escenas de *Fedra*. El personaje de Fedra no aparece en ese comienzo del segundo acto y, sin embargo, desde que se alzó el telón y se retiró otro de terciopelo rojo, que desdoblaba la profundidad del escenario en todas las obras en las que actuaba la estrella, entró por el fondo una actriz de rostro y voz como los de la Berma, según me los habían descrito. Debían de haber cambiado el reparto, toda la atención que yo había puesto para estudiar el papel de la mujer de Teseo resultaba inútil, pero otra actriz dio la réplica a la primera. Debía de haberme equivocado al considerarla la Berma, pues la segunda se le parecía aún más y tenía —más que la otra— su dicción. Por lo demás, las dos añadían a su papel gestos nobles —que yo distinguía claramente y cuya relación con el texto comprendía, mientras ellas elevaban sus bellos peplos— y también entonaciones ingeniosas —ora apasionadas, ora irónicas— que me hacían comprender el significado de un

verso leído en mi casa sin prestar demasiada atención a lo que quería decir, pero de repente, al apartarse el telón rojo del santuario, como en un bastidor, apareció una mujer y al instante —por el miedo que sentí, mucho más ansioso que el que pudiera sentir la Berma, a que la molestaran abriendo una ventana, a que alterasen el sonido de una de sus palabras al chafar un programa, a que la indispusiesen aplaudiendo a sus compañeras y no aplaudiéndola lo suficiente a ella, por mi consideración, más absoluta aún que la de la Berma, desde aquel instante, de la sala, del público, de los actores, de la obra y de mi propio cuerpo como simple medio acústico que sólo tenía importancia en la medida en que era favorable para las inflexiones de aquella voz— comprendí que las dos actrices a las que admiraba desde hacía unos minutos no presentaban semejanza alguna con aquella a quien había ido a ver. Al mismo tiempo, todo mi placer había cesado; ya podía clavar mis ojos en la Berma, aguzar los ojos, los oídos, la mente, para que no se me escapara nada, que no conseguía recoger ni una migaja de las razones que me daría para admirarla. Ni siquiera podía distinguir en su dicción y en su arte —como tampoco en los de sus compañeras— entonaciones inteligentes, gestos hermosos. La escuchaba como si estuviera leyendo *Fedra* o como si la propia Fedra hubiese dicho en aquel momento las cosas que yo oía, sin que el talento de la Berma pareciese haberles añadido nada. Me habría gustado detener, inmovilizar, un buen rato ante mí cada una de las entonaciones de la artista, cada una de las expresiones de su fisionomía, para poder profundizar en ellas, para intentar descubrir la belleza que había en ella; al menos intentaba —a fuerza de agilidad mental, teniendo preparada la atención antes de que pronunciara un verso— no distraer en preparativos ni un segundo de la duración de cada palabra, de cada gesto, y, gracias a la intensidad de mi atención, llegar a penetrar en ellos tan profundamente como lo habría hecho si hubiese dispuesto de horas para ello, pero ¡qué breve era esa duración! Apenas recibía mi oído un sonido, cuando ya lo substituía otro. En una escena en que la Berma permanece un instante inmóvil, con el brazo alzado a la altura de su rostro, inmersa gracias a un artificio de la iluminación en una luz verdosa, delante del decorado que representa el mar, la sala prorrumpió en aplausos, pero la actriz había cambiado ya de sitio y el cuadro que me

habría gustado estudiar había dejado de existir. Dije a mi abuela que no veía bien y me pasó sus gemelos. Ahora bien, cuando creemos en la realidad de las cosas, valernos de un medio artificial para que nos las muestre no equivale del todo a sentirnos cerca de ellas. Me parecía que ya no era a la Berma a quien veía, sino su imagen en el cristal de aumento. Aparté los gemelos, pero tal vez la imagen que recibían mis ojos, disminuida por la lejanía, no fuese más exacta: ¿cuál de las dos era la Berma auténtica? En cuanto a la declaración a Hipólito, había puesto muchas esperanzas en ese pasaje, en el que, a juzgar por el significado ingenioso que sus compañeras me revelaban en todo momento en partes menos hermosas, tendría sin duda entonaciones más sorprendentes que las que, al leer la obra en mi casa, había intentado imaginar, pero ni siquiera alcanzó las que Enone o Aricia habrían encontrado, aplanó con una melopea uniforme todo el parlamento, en el que quedaron confundidas oposiciones, pese a ser tan marcadas, cuyo efecto una actriz trágica mínimamente inteligente, incluso alumnas de instituto, no habrían descuidado; por lo demás, lo declamó tan deprisa, que hasta llegar al último verso no tomó conciencia mi mente de la monotonía que había impuesto voluntariamente a los primeros.

Por fin, estalló mi primer sentimiento de admiración: lo provocaron los aplausos frenéticos de los espectadores. Sumé a ellos los míos e intenté prolongarlos para que, al superarse la Berma, agradecida, pudiera yo tener la certeza de haberla visto en uno de sus mejores días. Lo que, por lo demás, resulta curioso es que en el momento en que se desencadenó aquel entusiasmo del público fue, como supe después, aquel en que la Berma ofrece uno de sus más bellos hallazgos. Parece que ciertas realidades transcendentes emiten en derredor rayos a los que la multitud es sensible. Así, por ejemplo, cuando se produce un acontecimiento —cuando en la frontera un ejército está en peligro o derrotado o victorioso—, las noticias bastante confusas que se reciben y de las que el hombre culto no sabe extraer gran cosa infunden a la multitud una emoción que la sorprende y en la que —una vez puesta al corriente por los expertos de la verdadera situación militar— reconoce la percepción por el pueblo de esa «aura» que envuelve los grandes acontecimientos y puede resultar visible a centenares de kilómetros. Nos enteramos de la victoria *a posteriori*, cuando la guerra

ha acabado, o en seguida, al ver la alegría de la portera. Descubrimos un rasgo genial del arte de la Berma ocho días después de haberla visto, por la crítica, o en el momento, por las aclamaciones del patio de butacas, pero, como ese conocimiento inmediato de la multitud se mezclaba con otros cien erróneos, los aplausos no estaban la mayoría de las veces justificados, aparte de que los provocaba mecánicamente la fuerza de los aplausos anteriores, así como en una tormenta, una vez agitado el mar lo bastante, sigue aumentando, aunque no lo haga el viento. El caso es que, a medida que aplaudía, me parecía que la Berma había actuado mejor. «Al menos», decía a mi lado una mujer bastante corriente, «ésa se desvive, se da unos golpes como para hacerse daño, corre: hay que ver, eso es actuar». Y, feliz de descubrir esas razones de la superioridad de la Berma, sin por ello dejar de dudar que la explicaran, como tampoco explica la de *La Gioconda* o la del *Perseo* de Benvenuto la exclamación de un campesino: «¡La verdad es que está bien hecho! ¡Todo de oro! ¡Y bonito! ¡Qué trabajo!», compartí, embriagado, el vino peleón de aquel entusiasmo popular, pero no por ello dejé de sentirme, al caer el telón, decepcionado de que aquel placer tan deseado no hubiera sido mayor y al mismo tiempo la necesidad de prolongarlo, de no abandonar nunca, al salir de la sala, aquella vida del teatro que durante unas horas había sido la mía y de la que me habría separado como en una partida para el exilio, al volver directamente a casa, si no hubiera esperado enterarme de muchas cosas sobre la Berma por mediación de su admirador, al que debía el permiso de ir a ver *Fedra*: el Sr. de Norpois. Me lo presentó antes de cenar mi padre, quien me llamó para ello a su despacho. A mi entrada, el embajador se levantó, me tendió la mano, inclinó su alto talle y clavó en mí una mirada atenta de sus azules ojos. Como los extranjeros de paso que le presentaban, en la época en que representaba a Francia, eran personas —incluso cantantes conocidos— más o menos insignes y sabía entonces que más adelante, cuando pronunciaran su nombre en París o en San Petersburgo, podría decir que recordaba perfectamente la velada pasada con ellos en Munich o en Sofía, había adquirido la costumbre de indicarles con su afabilidad la satisfacción de conocerlos, pero, además —convencido de que en la vida de las capitales, en contacto con individualidades interesantes que por ellas pasan y a la vez

con los usos del pueblo que las habita, se adquiere un conocimiento profundo, y que los libros no brindan, de la historia, la geografía, las costumbres de las diferentes naciones, del movimiento intelectual de Europa—, ejercía con todos los recién llegados sus facultades de agudo observador para saber en seguida ante qué especie de hombre se encontraba. El Gobierno no había vuelto a asignarle un puesto en el extranjero, pero, en cuanto le presentaban a alguien, sus ojos, como si no hubieran recibido notificación de su paso a la situación de excedente, empezaban a observar con provecho, al tiempo que con toda su actitud procuraba mostrar que el nombre del extraño no le resultaba desconocido. Por eso, al tiempo que me hablaba con tono bondadoso y con el aire de importancia de un hombre consciente de su inmensa experiencia, no cesaba de examinarme con una curiosidad sagaz y provecho para él, como si hubiera sido yo un uso exótico, un monumento instructivo o una estrella de gira, y, así, mostraba para conmigo a la vez la majestuosa amabilidad del sabio Mentor y la curiosidad estudiosa del joven Anacarsis.

No me ofreció absolutamente nada para *La Revue des Deux Mondes*, pero me formuló varias preguntas sobre mi vida y mis estudios, sobre mis gustos, de los que oí hablar por primera vez como si pudiese ser razonable satisfacerlos, cuando hasta entonces yo había creído que existía el deber de contrariarlos. Como me inclinaban hacia la literatura, no me desvió de ella; al contrario, me habló al respecto con deferencia, como de una persona venerable y encantadora de cuyo selecto círculo, en Roma o en Dresde, hubiera conservado el mejor recuerdo y lamentara volver a ver tan raras veces por culpa de las necesidades de la vida. Parecía envidiarme —sonriendo con aire casi pillín— los buenos momentos que, más feliz y libre que él, me haría pasar, pero los propios términos que empleaba me mostraban la Literatura como demasiado diferente de la idea que me había hecho yo de ella en Combray y comprendí que había tenido doble motivo para renunciar a ella. Hasta entonces tan sólo me había dado cuenta de que no tenía el don de la escritura; ahora el Sr. de Norpois me quitaba incluso el deseo de practicarla. Quise explicarle lo que había soñado; temblando de emoción, procuré escrupulosamente que todas mis palabras fueran el equivalente más sincero posible de lo que había sentido y nunca había

intentado formular, es decir, que mis palabras carecieron de la menor claridad. Mientras le exponían algo, el Sr. de Norpois —ya fuera por hábito profesional o en virtud de la calma que, sabiendo que conservará en sus manos el dominio de la conversación, deja al interlocutor agitarse, esforzarse, padecer a gusto o para hacer valer el carácter de su rostro (según él, griego, pese a sus grandes patillas)— conservaba una inmovilidad en el rostro tan absoluta como si su interlocutor hablara ante un busto antiguo —y sordo— en una gliptoteca. De repente, cayendo como el martillo del subastador o como un oráculo de Delfos, la voz del embajador, al responderte, te impresionaba tanto más cuanto que nada en su rostro hacía sospechar la clase de impresión que le habías causado ni el dictamen que iba a emitir.

«Precisamente», me dijo de pronto —como si fuera caso juzgado y después de haberme dejado farfullar ante unos ojos inmóviles que no se desviaban de mí ni un instante—, «el hijo de uno de mis amigos es *mutatis mutandis* como usted» (y adoptó para hablar de nuestras comunes disposiciones el mismo tono tranquilizador que si, en lugar de para la literatura, hubieran sido para el reumatismo y hubiese querido demostrarme que no se trataba de una enfermedad mortal), «conque ha preferido dejar el Quai d'Orsay, pese a tener ya trazado en él todo el camino por su padre y, sin preocuparse del qué dirán, se ha puesto a componer. La verdad es que no tiene motivo para arrepentirse. Hace dos años publicó —por lo demás, es mucho mayor que usted, desde luego— una obra relativa al sentimiento del infinito en la ribera occidental del lago Victoria-Nyanza y este año un opúsculo menos importante, pero redactado con pluma ágil, a veces acerada incluso, sobre el fusil de repetición en el ejército búlgaro, que le han granjeado una reputación sin par. Ya ha avanzado de lo lindo, no es hombre que se detenga a medio camino y sé que, sin que se haya expresado la idea de una candidatura, han sacado a relucir su nombre dos o tres veces en la conversación y de forma no desfavorable precisamente en la Academia de Ciencias Morales. En una palabra, si bien no se puede decir aún que esté en el pináculo, ha conquistado, luchando denodadamente, una estupenda posición y el éxito, que no siempre sonríe a los alborotadores y a los

enredadores, a los folloneros, casi siempre embaucadores, ha recompensado su esfuerzo».

Mi padre, quien ya me veía académico al cabo de unos años, exhalaba una satisfacción que el Sr. de Norpois llevó a su culmen cuando, tras un instante de vacilación durante el cual pareció calcular las consecuencias de su acto, me dijo, al tiempo que me entregaba su tarjeta: «Conque vaya a verlo de mi parte y él podrá darle consejos útiles», palabras con las que me causó una desazón tan fuerte como si me hubiera anunciado que el día siguiente me embarcaría como grumete a bordo de un velero.

Mi tía Léonie me había nombrado heredero —al tiempo que de muchos objetos y muebles muy incómodos— de casi toda su fortuna líquida, con lo que reveló después de su muerte un afecto por mí que yo no había sospechado durante su vida. Mi padre, quien debía administrar dicha fortuna hasta mi mayoría de edad, consultó al Sr. de Norpois sobre ciertas inversiones. Éste aconsejó títulos de poco rendimiento, pero, a su juicio, particularmente sólidos, sobre todo los «consolidados» ingleses y el cuatro por ciento ruso. «Con esos valores de primera», dijo el Sr. de Norpois, «si bien el rendimiento no es muy elevado, al menos tiene usted la seguridad de no ver nunca disminuir el capital». Por lo demás, mi padre le dijo, en líneas generales, lo que había comprado. El Sr. de Norpois puso una imperceptible sonrisa de felicitación: como todos los capitalistas, consideraba la fortuna cosa envidiable, pero le parecía más delicado felicitar tan sólo por una señal de inteligencia apenas confesada a propósito de la poseída; por otra parte, como él mismo era inmensamente rico, consideraba de buen gusto parecer juzgar considerables las rentas ajenas inferiores, al tiempo que volvía, alegre y sereno, con el pensamiento a la superioridad de las suyas. En cambio, no vaciló en felicitar a mi padre por la «composición» de su cartera, «de un gusto muy seguro, muy delicado, muy fino». Era como para pensar que atribuía a las relaciones de los valores bursátiles entre sí e incluso en sí mismos algo así como un mérito estético. De uno, bastante nuevo y desconocido, del que mi padre le habló, el Sr. de Norpois, como quienes han leído libros que creíamos ser los únicos en conocer, le dijo: «Pues sí, durante un tiempo me divertí siguiendo su cotización: era interesante», con la sonrisa retrospectivamente cautivada de un subscriptor

que ha leído la última novela por entregas de una revista. «No le desaconsejaría subscribir la emisión que se va a lanzar próximamente. Es atractiva, pues ofrecen los títulos a precios tentadores». En cambio, respecto de ciertos valores antiguos, mi padre, como ya no recordaba exactamente sus nombres, fáciles de confundir con los de acciones similares, abrió un cajón y enseñó los propios títulos al embajador. Su visión me encantó: estaban adornados con agujas de catedrales y figuras alegóricas, como ciertas antiguas publicaciones románticas por mí hojeadas en tiempos. Todo lo que pertenece a una misma época se parece; los artistas que ilustran los poemas de una época son los mismos a quienes las sociedades financieras contratan y nada hace pensar tanto a ciertas entregas de *Nuestra Señora de París* y de obras de Gérard de Nerval, exhibidas en el escaparate de la tienda de ultramarinos de Combray, como una acción nominal —en su recuadro rectangular y florido, que sostenían divinidades fluviales— de la Compañía de Aguas.

Mi padre sentía por una clase de inteligencia como la mía un desprecio suficientemente corregido por el cariño para que su sentimiento sobre todo lo que yo hacía fuera, en resumidas cuentas, una indulgencia ciega. Por eso, no vaciló en enviarme a buscar un poemilla en prosa por mí compuesto en Combray al regreso de un paseo. Lo había escrito con una exaltación que comunicaba —me parecía— a quienes lo leyeran, pero no debió de convencer al Sr. de Norpois, pues me lo devolvió sin decir palabra.

Mi madre, llena de respeto por las ocupaciones de mi padre, vino a preguntar, tímida, si podía ordenar que empezaran a servir. Temía interrumpir una conversación en la que no debía inmiscuirse y, en efecto, en todo momento mi padre recordaba al marqués alguna medida útil que habían decidido apoyar en la próxima sesión de la Comisión y lo hacía con el tono particular que adoptan juntos en un medio diferente —semejantes en eso a colegiales— dos colegas a quienes sus hábitos profesionales crean recuerdos comunes a los que no tienen acceso los demás y a los que se refieren excusándose delante de profanos.

Pero la perfecta independencia de los músculos del rostro que el Sr. de Norpois había logrado le permitía escuchar sin parecer oír. Mi padre acababa embrollándose: «Había pensado solicitar el dictamen de la

Comisión…», decía al Sr. de Norpois, después de largos preámbulos. Entonces del rostro del aristocrático virtuoso que había conservado la inercia de un instrumentista antes de que llegue el momento de ejecutar su parte, salía con caudal uniforme, en tono agudo y como si se limitara a acabar, pero confiada esa vez a otro timbre, la frase iniciada: «Que, naturalmente, no dudará usted en convocar, tanto más cuanto que conoce individualmente a sus miembros, quienes pueden desplazarse con facilidad». Evidentemente, no era en sí misma una terminación de lo más extraordinaria. Pero la inmovilidad que la había precedido la hacía destacar con la nitidez cristalina, la subitaneidad casi maliciosa, de esas frases mediante las cuales el piano, hasta entonces silencioso, replica, en el momento oportuno, al violoncelo que acabamos de oír, en un concierto de Mozart.

«Bueno, ¿qué? ¿Te ha gustado la sesión teatral?», me preguntó mi padre, mientras pasábamos a la mesa para que me luciera y pensando que mi entusiasmo me haría quedar bien ante el Sr. de Norpois. «Ha ido esta tarde a ver a la Berma, ¿recuerda que hablamos de ello?», dijo volviéndose hacia el diplomático con el mismo tono de alusión retrospectiva, técnica y misteriosa que si se hubiera tratado de una sesión de la Comisión.

«Debe de haberle encantado, sobre todo si era la primera vez que la veía. Su señor padre temía las consecuencias que esa escapadita podía tener en su salud, pues, según creo, está usted un poco delicado, un poco débil, pero yo lo tranquilicé. Hoy los teatros ya no son lo que eran hace tan sólo veinte años. Hay butacas más o menos cómodas, una atmósfera renovada, aunque aún nos falte mucho para llegar al nivel de Alemania e Inglaterra, que, a ese respecto, como en muchas otras esferas, nos llevan un adelanto enorme. Yo no he visto a la Berma en *Fedra*, pero he oído decir que estaba admirable, conque, ¿le habrá encantado, naturalmente?».

El Sr. de Norpois era mil veces más inteligente que yo, debía de conocer esa verdad que yo no había sabido extraer del arte de la Berma e iba a descubrírmela: al responder a su pregunta, iba a rogarle que me dijera en qué consistía esa verdad y así justificaría el deseo por mí sentido de ver a aquella actriz. Sólo disponía de un momento, debía aprovechar y orientar mi interrogatorio hacia los aspectos esenciales, pero ¿cuáles eran?

Centrando mi atención por entero en mis impresiones, tan confusas, y sin pensar en modo alguno en granjearme la admiración del Sr. de Norpois, sino en obtener de él la verdad deseada, yo no intentaba substituir las palabras que me faltaban por frases hechas, sino que balbuceé y, al final, para intentar incitarlo a declarar lo que de admirable tenía la Berma, le confesé que me había decepcionado.

«Pero ¡cómo!», exclamó mi padre, contrariado por la lamentable impresión que el reconocimiento de mi incomprensión podía causar al Sr. de Norpois. «¿Cómo puedes decir que no te ha dado placer? Según nos ha contado tu abuela, no te perdías ni una palabra de lo que decía la Berma, se te salían los ojos de las órbitas, eras el único con esa actitud en la sala».

«Pues claro, escuchaba con la mayor atención para ver lo que de tan extraordinario tenía. Desde luego, está muy bien…».

«Pues, si está muy bien, ¿qué más quieres?».

«Una de las cosas que sin lugar a dudas contribuyen al éxito de la Sra. Berma», dijo el Sr. de Norpois, al tiempo que se volvía, muy atento, hacia mi madre para no dejarla fuera de la conversación y cumplir concienzudamente con su deber de cortesía para con la señora de la casa, «es el perfecto gusto que demuestra en la elección de sus papeles y con el que se granjea siempre un rotundo éxito y de buena ley. Raras veces interpreta mediocridades. Ya ven, ha acometido el papel de Fedra. Por lo demás, ese gusto lo demuestra en sus trajes, en su arte. Aunque haya hecho frecuentes y fructíferas giras por Inglaterra y América, no se le ha pegado la vulgaridad —no voy a decir de John Bull, pues sería una afirmación injusta, al menos referida a la Inglaterra victoriana, sino— del tío Sam. Nunca colores demasiado chillones, gritos exagerados, y, además, esa admirable voz que tan bien le sirve y con la que juega a las mil maravillas: ¡como un músico!, siento la tentación de decir».

Mi interés por el arte de la Berma no había cesado de aumentar desde que había concluido la representación, porque ya no sufría la presión y los límites de la realidad, pero experimentaba la necesidad de encontrarle explicaciones; además, había recaído con igual intensidad, mientras actuaba la Berma, sobre todo lo que ofrecía, en la indivisibilidad de la vida, a mis ojos, a mis oídos; nada había separado ni distinguido; por eso, se alegró de

descubrir una causa razonable en esos elogios sobre la sencillez, el buen gusto, de la artista, los atraía hacia sí con su capacidad de absorción, se apoderaba de ellos como el optimismo de un hombre embriagado de las acciones de su vecino en las que encuentra un motivo de enternecimiento. «Es cierto», me decía yo: «¡Qué hermosa voz! ¡Qué ausencia de gritos! ¡Qué trajes tan sencillos! ¡Qué inteligencia al haber ido a elegir *Fedra*! No, no me ha defraudado».

La vaca fría con zanahorias hizo su aparición, extendida por el Miguel Ángel de nuestra cocina sobre enormes cristales de gelatina semejantes a bloques de cuarzo transparente.

«Tiene usted un cocinero de primera, señora», dijo el Sr. de Norpois. «Y ya es decir. Yo, que en el extranjero hube de mantener cierto nivel en la casa, sé lo difícil que suele ser encontrar un cocinero perfecto. Nos ha convidado usted a un auténtico ágape».

Y, en efecto, Françoise, excitadísima con la ambición de lograr para un invitado ilustre una cena por fin plagada de dificultades dignas de ella, se había tomado una molestia a la que ya había renunciado cuando estábamos solos y había recuperado su incomparable estilo de Combray.

«Esto es lo que no se puede conseguir en un restaurante —y me refiero a los mejores—: un estofado de vaca en el que la gelatina no huele a cola y la vaca ha adquirido el perfume de las zanahorias; ¡es admirable! Permítame repetir», añadió haciendo una seña para indicar que quería más gelatina. «Me gustaría juzgar ahora a su Vatel con un plato muy diferente: me gustaría verlo lidiar, por ejemplo, con la vaca al estilo Stroganof».

El Sr. de Norpois, para contribuir también él al encanto del banquete, nos brindó diversas historias con las que a menudo deleitaba a sus colegas de carrera: citando ora un período ridículo pronunciado por un político en quien era algo habitual y que los hacía largos y llenos de imágenes incoherentes ora cierta fórmula lapidaria de un diplomático colmado de aticismo, pero, a decir verdad, el criterio que distinguía para él esos dos tipos de frases en nada se parecía al que yo aplicaba a la literatura. Muchos matices se me escapaban; las palabras que recitaba entre carcajadas no me parecían demasiado diferentes de las que le parecían extraordinarias a él. Pertenecía a la clase de hombres que de las obras que a mí me gustaban

habría dicho: «¿Comprende usted? Yo confieso que no comprendo, no estoy iniciado», pero yo habría podido pagarle con la misma moneda: no captaba la gracia o la simpleza, la elocuencia o la ampulosidad, que él veía en una réplica o en un discurso y la ausencia de razón perceptible alguna por la que esto estaba mal y aquello bien hacía que esa clase de literatura me resultara más misteriosa, me pareciese más obscura, que ninguna. Lo único que discerní fue que repetir lo que todo el mundo pensaba no era en política una marca de inferioridad, sino de superioridad. Cuando el Sr. de Norpois recurría a ciertas expresiones que abundaban en los periódicos y las pronunciaba con énfasis, se notaba que por el simple hecho de haberlas empleado se volvían un acto que suscitaría comentarios.

Mi madre tenía puestas muchas esperanzas en la ensalada de piña y trufas, pero el embajador, después de haber ejercido por un instante la penetración de su mirada de observador, la comió ateniéndose a una discreción diplomática y no nos reveló su opinión. Mi madre insistió para que repitiera, cosa que el Sr. de Norpois hizo, pero diciendo tan sólo, en lugar del cumplido esperado: «Obedezco, señora, pues veo que se trata de un auténtico *ukase* por su parte».

«Hemos leído en los “papeles” que conversó usted por extenso con el rey Teodosio», le dijo mi padre.

«En efecto, el Rey, quien tiene una memoria poco común para las fisionomías, tuvo la bondad de recordar, al divisarme en el patio de butacas, que yo había tenido el honor de verlo varios días en la corte de Baviera, cuando no pensaba en su trono oriental: ya saben que fue llamado por un congreso europeo e incluso vaciló mucho a la hora de aceptarlo por no considerar esa soberanía del todo a la altura de su linaje, el más noble, heráldicamente hablando, de toda Europa. Un edecán vino a decirme que fuera a saludar a Su Majestad, orden que me apresuré, naturalmente, a obedecer».

«¿Y le satisficieron los resultados de su estancia?».

«¡Me encantaron! Había motivos para concebir cierta aprensión sobre la forma como un monarca aún tan joven saldría de tan difícil trance, sobre todo en coyunturas tan delicadas. Por mi parte, tenía confianza plena en el sentido político del soberano, pero confieso que mis esperanzas resultaron

más que colmadas. El brindis que pronunció en el Elíseo y que, según informaciones de fuente totalmente autorizada, había redactado personalmente desde la primera hasta la última palabra, era del todo digno del interés que despertó por doquier. Fue pura y simplemente una jugada magistral, un poco atrevida, lo reconozco, pero de una audacia que, a fin de cuentas, el acontecimiento justificó por completo. Las tradiciones diplomáticas tienen su lado bueno, sin duda, pero en aquella ocasión habían acabado haciendo vivir a su país y al nuestro en una atmósfera cerrada que resultaba ya irrespirable. Pues bien, una de las formas de renovar el aire —evidentemente, una de las que no podemos recomendar, pero que el rey Teodosio podía permitirse— es la de romper los cristales y lo hizo con un buen humor que encantó a todo el mundo y también con una exactitud en los términos en la que al instante se reconoció la estirpe de los príncipes letrados a la que pertenece por parte de madre. No cabe duda de que, cuando habló de las "afinidades" entre su país y Francia, la expresión —por inusitada que pueda resultar en el vocabulario de las cancillerías— era singularmente afortunada. Como ve, la literatura no viene mal, incluso en la diplomacia, incluso en un trono», añadió dirigiéndose a mí. «Ya se había comprobado desde hacía mucho, lo reconozco, y las relaciones entre las dos potencias habían llegado a ser excelentes, pero faltaba decirlo. Se esperaba esa palabra, fue una elección maravillosa: ya han visto el efecto que causó. Por mi parte, aplaudí con las dos manos».

«Su amigo el Sr. de Vaugoubert, quien llevaba años preparando el acercamiento, debió de alegrarse».

«Y tanto más cuanto que Su Majestad había querido darle —cosa bastante habitual en él— una sorpresa. Por lo demás, constituyó una completa sorpresa para todo el mundo, empezando por el ministro de Asuntos Exteriores, quien, según me han dicho, no la apreció precisamente. A alguien que se lo comentó, le respondió, al parecer, con toda claridad y en voz lo bastante alta para que lo oyeran las personas vecinas: "Ni se me ha consultado ni se me ha avisado", para indicar claramente que declinaba toda responsabilidad en aquel acontecimiento. Éste ha dado mucho que hablar —hay que reconocerlo— y no me atrevería a afirmar», añadió con sonrisa maliciosa, «que algunos de mis colegas para quienes la ley suprema parece

ser la del menor esfuerzo no vieran perturbada su quietud. En cuanto a Vaugoubert, ya saben que había sido muy atacado por su política de acercamiento con Francia y debió de sufrir tanto más cuanto que es una persona sensible, de un corazón exquisito. Puedo atestiguarlo tanto mejor cuanto que, aunque sea mucho menor que yo, lo he tratado mucho. Somos amigos desde hace mucho y lo conozco bien. Por lo demás, ¿quién podría no conocerlo? Es un alma de cristal. Ése es incluso el único defecto que se podría reprocharle, no es necesario que el corazón de un diplomático sea tan transparente como el suyo. Aun así, hablan de enviarlo a Roma, lo que constituye un espléndido ascenso, pero se trata de un hueso muy duro de roer. Dicho sea entre nosotros, creo que Vaugoubert, por mucho que carezca de ambición, se alegraría mucho y en modo alguno pide que alejen de él ese cáliz. Tal vez haga maravillas allí; es el candidato de la Consulta y, por mi parte, lo veo perfectamente —a él, tan artista— en el marco del palacio Farnese y la galería de los Carracci. Parece que al menos nadie debería poder odiarlo, pero en torno al rey Teodosio hay toda una camarilla más o menos enfeudada con la Wilhelmstrasse, cuyas inspiraciones sigue dócilmente y que ha intentado ponerle chinas en el camino. Vaugoubert no ha tenido que afrontar sólo las intrigas de pasillos, sino también las injurias de folicularios a sueldo que más adelante —cobardes como son todos los periodistas asalariados— han sido de los primeros en pedir el *aman*, pero entretanto no han vacilado en valerse, contra nuestro representante, de las ineptas acusaciones de personas sin credenciales. Durante más de un mes los enemigos de Vaugoubert bailaron en torno a él la danza del escalpelo», dijo el Sr. de Norpois, recalcando con fuerza esta última palabra. «Pero, como hombre prevenido vale por dos, rechazó esas injurias a puntapiés», añadió más enérgicamente aún y con mirada tan feroz, que por un instante dejamos de comer. «Como dice un hermoso proverbio árabe: “Los perros ladran, la caravana pasa”». Tras soltar esa cita, el Sr. de Norpois se detuvo a mirarnos y apreciar el efecto que nos había causado. Fue intenso; conocíamos ese proverbio: había substituido aquel año a este otro para los hombres de gran valía: «Quien siembra vientos recoge tempestades», que necesitaba descansar, por no ser infatigable y vivaz como esta expresión: «Trabajar para el rey de Prusia», pues la de aquellas personas eminentes era

una cultura alterna y generalmente trienal. Cierto es que las citas de esa clase —y con las que el Sr. de Norpois gustaba de salpicar sus artículos de la *Revue*— en modo alguno eran necesarias para que éstos pareciesen sólidos y bien informados. Aun desprovistos del ornamento que le aportaban, bastaba con que el Sr. de Norpois escribiera —cosa que no dejaba de hacer— en el momento oportuno: «El Gabinete de Saint-James no fue el último en sentir el peligro» o «En el Pont-aux-Chantres, donde se seguía con inquietud la política egoísta, pero hábil, de la monarquía bicéfala, hubo gran preocupación» o «En Montecitorio se oyó un grito de alarma» o «Ese eterno doble juego, tan propio de Ballplatz». Ante esas expresiones, el lector profano reconocía al instante y saludaba al diplomático de carrera, pero al empleo atinado de citas —cuyo modelo consumado seguía siendo entonces éste: «Hágame una buena política y yo le haré unas buenas finanzas, como acostumbraba a decir el barón Louis» (pues aún no se había importado de Oriente ésta: «La victoria recae, como dicen los japoneses, en aquel de dos adversarios que sabe sufrir un cuarto de hora más que el otro»)— se debía la opinión de que era algo más, de que tenía una cultura superior. Esa reputación de gran letrado, junto con un auténtico genio para la intriga oculto bajo la máscara de la indiferencia, había granjeado al Sr. de Norpois el ingreso en la Academia de Ciencias Morales y, el día en que —refiriéndose a que estrechando la alianza con Rusia podríamos llegar a un entendimiento con Inglaterra— no vaciló en escribir: «Sépanlo bien en el Quai d’Orsay, enséñenlo en adelante en todos los manuales de geografía que resultan incompletos a ese respecto, recháceselo despiadadamente a todo candidato a bachiller que no sepa repetirlo: “Si bien todos los caminos llevan a Roma, el que va de París a Londres pasa necesariamente por San Petersburgo”», algunas personas pensaron incluso que no estaría fuera de lugar en la Academia Francesa.

«En resumidas cuentas», prosiguió el Sr. de Norpois dirigiéndose a mi padre, «Vaugoubert logró un gran éxito entonces, superior incluso al previsto. En efecto, esperaba un brindis correcto, que, después de las nubes de los últimos años, habría sido ya espléndido, pero nada más. Varios de los asistentes me han asegurado que, al leer ese brindis, no se puede comprender el efecto que causó, pronunciado con maravillosa claridad por

el Rey, quien, como maestro de la dicción que es, subrayaba al paso todas las intenciones, todas las sutilezas. A ese respecto me han contado un detalle bastante sabroso y que pone de relieve una vez más esa estupenda gracia juvenil del rey Teodosio con la que tan bien se gana los corazones. Me han dicho que, al oír precisamente esa palabra —“afinidades”—, que era, en resumen, la gran innovación del discurso y seguirá siendo la comidilla durante mucho tiempo —ya lo verán— en los comentarios de las cancillerías, Su Majestad, previendo el júbilo de nuestro embajador, quien iba a encontrar en ella la justa coronación de sus gestiones, de su sueño —podríamos decir— y, a fin de cuentas, su bastón de mariscal, se volvió a medias hacia Vaugoubert y clavando en él esa mirada tan cautivadora de los Oettingen, recalcó esa palabra tan bien elegida —“afinidades”—, esa palabra que era un auténtico hallazgo, con un tono que hacía saber a todo el mundo que la empleaba a sabiendas y con pleno conocimiento de causa. Al parecer, a Vaugoubert le costó mucho dominar su emoción y en cierta medida he de confesar que lo comprendo. Una persona digna de todo crédito me ha confiado incluso que el Rey se acercó a Vaugoubert después de la cena, cuando Su Majestad se puso a departir con los asistentes, y le dijo a media voz: “¿Está usted contento de su alumno, mi querido marqués?”. No cabe duda», concluyó el Sr. de Norpois, «de que semejante brindis contribuyó más que veinte años de negociaciones a estrechar de nuevo entre los dos países sus “afinidades”, según la pintoresca expresión de Teodosio II. Es una simple palabra, si se quiere, pero vean qué éxito ha tenido, como repite toda la prensa europea, qué interés despierta, con qué novedad ha resonado. Por lo demás, es muy propia del estilo del soberano. No voy a llegar hasta el extremo de decirles que todos los días encuentre diamantes puros como ése, pero resulta muy raro que en sus estudiados discursos o —más aún— en la conversación espontánea no dé su filiación —iba a decir: no ponga su firma— con alguna palabra terminante. Yo soy tanto menos sospechoso de parcialidad al respecto cuanto que soy enemigo de las innovaciones de esa clase. Diecinueve veces de veinte resultan peligrosas».

«Sí, yo he pensado que el reciente telegrama del Emperador de Alemania no ha podido gustarle a usted», dijo mi padre.

El Sr. de Norpois alzó los ojos al cielo, como diciendo: «¡Huy, ése!», antes de responder: «En primer lugar, es un acto de ingratitud. Más que un crimen, es un error y una estupidez, ¡que me atrevo a calificar de piramidal! Por lo demás, si nadie le para los pies, el hombre que ha despedido a Bismarck es muy capaz de repudiar poco a poco toda la política bismarckiana, lo que sería un salto a las tinieblas».

«Y, según me ha dicho mi marido, va usted a llevarlo tal vez uno de estos veranos a España: me encantaría por él».

«Pues sí, es un proyecto de lo más atractivo y del que me congratulo. Me gustaría mucho hacer ese viaje con usted, amigo mío. Y usted, señora, ¿ha pensado ya en lo que va a hacer en vacaciones?».

«Tal vez vaya con mi hijo a Balbec, no sé».

«¡Ah! Balbec es agradable, pasé por allí hace unos años. Están empezando a construir hotelitos muy lindos: creo que le gustará el sitio. Pero permítame preguntarle a qué se debe su elección de Balbec».

«Mi hijo anhela ver algunas de las iglesias de esa región, sobre todo la de Balbec. Yo temía un poco por su salud con la fatiga del viaje y sobre todo de la estancia, pero me he enterado de que acaban de construir un hotel excelente que le permitirá vivir en las condiciones de comodidad idóneas para él».

«¡Ah! Tendré que dar esa información a una señora que no dejará de aprovecharla».

«La iglesia de Balbec es espléndida, ¿verdad, señor de Norpois?», pregunté yo, mientras procuraba vencer la tristeza de haber sabido que uno de los atractivos de Balbec radicaba en sus lindos hotelitos.

«No, no está mal, pero, en fin, no se puede comparar con esas auténticas joyas cinceladas que son las catedrales de Reims, Chartres y, para mi gusto, la perla de todas: la Sainte-Chapelle de París».

«Pero la iglesia de Balbec, ¿no es en parte románica?».

«En efecto, es de estilo románico, que es ya de suyo extraordinariamente frío y en nada presagia la elegancia, la fantasía, de los arquitectos góticos, quienes tallan la piedra como si fuera encaje. La iglesia de Balbec merece una visita de quien se encuentre en esa región: es bastante

curiosa; si un día de lluvia no sabe usted qué hacer, puede entrar en ella y verá la tumba de Tourville».

«¿Estuvo usted ayer en el banquete del Ministerio de Asuntos Exteriores? Yo no pude ir», preguntó mi padre.

«No», respondió el Sr. de Norpois con una sonrisa, «confieso que lo substituí por una velada bastante diferente. Cené en casa de una mujer de quien tal vez haya usted oído hablar: la hermosa señora Swann».

Mi madre reprimió un estremecimiento, pues, como tenía una sensibilidad más viva que mi padre, se alarmaba por él de lo que tardaría aún un instante en contrariarlo. Ella era quien advertía en primer lugar los disgustos que le sucedían, como esas malas noticias que conocemos más en el extranjero que en casa, pero, deseosa de saber a qué clase de personas podían recibir los Swann, preguntó al Sr. de Norpois por las que allí había visto.

«Huy, Dios mío… es una casa a la que sobre todo van —me parece—… señores. Había algunos hombres casados, pero sus mujeres no se encontraban bien aquel día y no los habían acompañado», respondió el embajador con sutileza velada de bondad, al tiempo que lanzaba en derredor miradas cuyas dulzura y discreción aparentaban atemperar y cuya malicia exageraban con habilidad.

«Para ser totalmente justo», añadió, «he de decir que hay, no obstante, mujeres, pero… pertenecientes más… —¿cómo podría yo decir?— al mundo republicano que a la sociedad de Swann (lo pronunciaba “Svan”). ¿Quién sabe? Tal vez llegue a ser un día un salón político o literario. Por lo demás, parecen contentos así. Me parece que Swann lo manifiesta un poco más de la cuenta. Nombró a las personas a cuya casa estaban invitados su mujer y él la semana que viene y de cuya intimidad no hay, sin embargo, razón para enorgullecerse con una falta de reserva y gusto, casi de tacto, que me asombró en un hombre tan fino. Repetía: “No tenemos ni una noche libre”, como si fuera un motivo de honra y como un auténtico advenedizo, cosa que, sin embargo, no es, pues Swann tenía muchos amigos e incluso amigas y, sin arriesgarme demasiado ni pretender cometer una indiscreción, creo poder decir que no todas, ni la mayoría siquiera, pero una al menos y que es una gran señora tal vez no se habría mostrado refractaria a la idea de

entrar en relaciones con la Sra. Swann y en ese caso probablemente más de uno la habría seguido como un corderito, mas no parece que Swann esbozara gestión alguna en ese sentido. ¡Cómo! ¡Otro *pudding* a lo Nesselrode! No va a bastar la cura de Carlsbad para reponerme de semejante festín de Lúculo. Tal vez sintiera Swann que había demasiada resistencia por vencer. La boda —de eso no cabe duda— no gustó. Se habló de la fortuna de la mujer, cosa verdaderamente ridícula, pero, en fin, nada de eso pareció grato, y, además, es que Swann tiene una tía excesivamente rica y de posición admirable, esposa de un hombre que es, financieramente hablando, un potentado. Pues bien, no sólo se negó esa señora a recibir a la Sra. Swann, sino que, además, hizo campaña en regla para que sus amigas y conocidas hicieran lo propio. No quiero decir con eso que algún parisino de la buena sociedad haya faltado al respeto a la Sra. Swann… ¡No! ¡Y cien veces no! Pues el marido es, por lo demás, hombre capaz de recoger el guante. En todo caso, resulta curioso ver la solicitud de Swann, quien tantos conocidos tiene y de los más selectos, para con una sociedad que está —es lo menos que se puede decir— muy mezclada. Yo, que lo conocí en otro tiempo, me sentí —lo confieso— tan sorprendido como divertido de ver a un hombre tan bien educado, tan en boga en los ambientes más exclusivos, agradecer con efusión su visita al director del gabinete del ministro de Correos y preguntarle si podría la Sra. Swann *tomarse la libertad* de ir a ver a su esposa. Sin embargo, debe de sentirse desplazado; resulta evidente que no es el mismo mundo. Aun así, no creo que Swann sea desgraciado. En los años que precedieron a su matrimonio hubo —cierto es— maniobras bastante viles de chantaje por parte de su mujer; privaba a Swann de su hija, siempre que éste le denegaba algo. El pobre Swann, tan ingenuo como refinado, creía siempre que la privación de su hija era una coincidencia y se negaba a ver la realidad. Por lo demás, ella le hacía escenas tan constantes, que, el día en que lograra su propósito y se casase con él, ya nada la detendría —era como para pensar— y la vida de esa pareja sería un infierno. Pues bien, ocurrió lo contrario precisamente. La forma como Swann habla de su mujer inspira muchas bromas, burlas incluso. No es que pretendiéramos, claro está, que, más o menos consciente de ser… (ya conocen ustedes la palabra que emplea Molière al respecto), fuese a

proclamarlo *urbi et orbi*, pero no por ello deja de parecer exagerado cuando dice que la suya es una excelente esposa. Ahora bien, no es tan falso como se suele creer. A su modo, que no es el que todos los maridos preferirían —pero, en fin, me parece difícil, dicho sea entre nosotros, que Swann, quien la conocía desde hacía mucho y no es precisamente un tonto de capirote, no supiera a qué atenerse—, no se puede negar que ella parece tenerle afecto. No digo que no sea voluble y, si hemos de creer a las malas lenguas, que —como pueden ustedes imaginar— no descansan, el propio Swann no deja de serlo, pero le está agradecida de todo lo que ha hecho por ella y —al contrario de los temores que inspiraba a todo el mundo— parece haberse vuelto dulce como un ángel».

Tal vez no fuera aquel cambio tan extraordinario como le parecía al Sr. de Norpois. Odette no había creído que Swann acabaría casándose con ella; siempre que le anunciaba tendenciosamente que un hombre como Dios manda acababa de casarse con su amante, le había visto guardar un silencio glacial y si acaso —si ella lo interpelaba directamente preguntándole: «Entonces, ¿no te parece que está muy bien, que es muy hermoso, lo que ha hecho por una mujer que le dedicó su juventud?»— responder seco: «Pero si yo no te digo que esté mal, cada cual se comporta como Dios le da a entender». Se inclinaba incluso a pensar que —como se lo decía en momentos en que estaba encolerizado— la abandonaría del todo, pues no hacía mucho había oído decir a una escultora: «De los hombres se puede esperar cualquier cosa: son tan groseros», e, impresionada por la profundidad de máxima tan pesimista, se la había apropiado y la repetía a cada momento con expresión de desaliento, que parecía decir: «Al fin y al cabo, nada parece imposible, hay que ver qué suerte tengo». Y, por consiguiente, la máxima optimista que hasta entonces había guiado a Odette en la vida —«A los hombres que te aman se les puede hacer cualquier cosa: son tan idiotas»— y que se expresaba en su rostro con el mismo guiño que podría haber acompañado palabras como éstas: «No temáis: no romperá nada», había perdido toda su virtualidad. Entretanto, atormentaba a Odette lo que pensaría de la conducta de Swann una de sus amigas, con quien un hombre se había casado tras una relación más corta —y sin hijos— que la de Swann con ella y a quien —relativamente considerada como estaba

ahora— invitaban a los bailes del Elíseo. Un especialista más profundo que el Sr. de Norpois habría podido diagnosticar que la amargura de Odette se debía a ese sentimiento de humillación y vergüenza, que el carácter infernal de que daba muestras no le era intrínseco, no era una enfermedad sin remedio, y no le habría resultado difícil prever lo que había ocurrido, a saber, que un régimen nuevo —el matrimonial— haría cesar con una rapidez casi mágica esos penosos accidentes cotidianos, pero en modo alguno orgánicos. Aquella boda asombró a casi todo el mundo, cosa, a su vez, asombrosa. Seguramente pocas personas comprenden el carácter puramente subjetivo del fenómeno amoroso y la clase de creación que representa de una persona suplementaria, distinta de quien lleva el mismo nombre en la sociedad y la mayor parte de cuyos elementos proceden de nosotros mismos. Por eso, pocos son quienes pueden considerar naturales las enormes proporciones que acaba cobrando para nosotros una persona distinta de la que ven. Sin embargo, parece que en el caso de Odette podrían haber advertido que, si bien nunca había comprendido del todo, desde luego, la inteligencia de Swann, al menos se sabía los títulos, todos los detalles, de sus obras, hasta el punto de que el nombre de Vermeer le resultaba tan familiar como el de su modisto, y conocía a fondo los rasgos de su carácter que el resto del mundo ignora o ridiculiza —esos rasgos a los que nos aferramos, incluso a los que más desearíamos corregir, tanto que, gracias precisamente a que una mujer acaba, como nosotros mismos y nuestros padres, por lo demás, acostumbrándose, indulgente y cariñosamente burlona, a ellos, las relaciones ya antiguas presentan parte de la dulzura y la fuerza de los afectos familiares— y cuya imagen, parecida y amada, sólo posee una amante o una hermana. Los vínculos que nos unen a una persona resultan santificados cuando se sitúa en el mismo punto de vista que nosotros para juzgar una de nuestras taras y, entre dichos rasgos particulares, había también algunos correspondientes tanto a la inteligencia de Swann como a su carácter y que —por nacer, pese a todo, de éste— Odette había discernido con mayor facilidad. Se quejaba de que, cuando Swann ejercía de escritor, cuando publicaba estudios, no se reconocieran dichos rasgos tanto como en sus cartas o en su conversación, en las que abundaban. Le aconsejaba que recurriese más a ellos. Así le habría gustado,

porque eran los que ella prefería, pero, como los prefería por ser más propios de él, tal vez no anduviese errada al desear que se traslucieran en lo que escribía. Tal vez pensara también que obras más intensas, al granjearle el éxito por fin, le habrían permitido a ella crear lo que en los Verdurin había aprendido a colocar por encima de todo: un salón.

Entre quienes consideraban ridícula esa clase de matrimonio —personas que, en su propio caso, se preguntaban: «¿Qué pensará la Sra. de Guermantes, qué dirá Bréauté, cuando me case con la Srta. de Montmorency?»—, entre quienes profesaban esa clase de ideal social, habría figurado, veinte años antes, el propio Swann, quien se había esmerado para ser recibido en el Jockey y en aquella época había contado con lograr un matrimonio brillante, que, al consolidar su situación, habría acabado de convertirlo en uno de los hombres más destacados de París. Sólo que, para no desdibujarse y borrarse completamente, las imágenes que representa semejante matrimonio ante el interesado deben —como todas las imágenes— recibir un alimento del exterior. Nuestro sueño más ardiente es el de humillar a quien nos ha ofendido, pero, si —por haberse trasladado a otro país— nunca más volvemos a oír hablar de él, nuestro enemigo acabará careciendo de la menor importancia para nosotros. Si durante veinte años hemos perdido de vista a todas las personas en relación con las cuales nos habría gustado entrar en el Jockey o en el Instituto, la perspectiva de formar parte de una u otra de esas agrupaciones no nos tentará. Ahora bien, una relación prolongada —como una jubilación, una enfermedad, una conversión religiosa— substituye las imágenes antiguas por otras. Cuando Swann se casó con Odette, no hubo por su parte una renuncia a las ambiciones mundanas, pues desde hacía tiempo lo había alejado —en el sentido intelectual del término— de ellas Odette. Por lo demás, si no hubiera sido así, habría tenido aún más mérito. Precisamente porque entrañan el sacrificio de una situación más o menos lisonjera a una dicha puramente íntima es por lo que los matrimonios infamantes son los más estimables: en efecto, no se puede entender por «matrimonio infamante» el contraído por dinero, pues no existe, al respecto, ejemplo alguno de matrimonio en el que la esposa o el marido se hayan vendido y no hayan acabado admitidos en sociedad, aunque sólo fuera por respeto de la

tradición y por la fuerza de tantos precedentes y para no aplicar dos pesos y dos medidas. Por otra parte, tal vez hubiera experimentado Swann, como artista, ya que no como depravado, cierta voluptuosidad, en cualquier caso, al acoplar consigo —como en uno de esos cruces de especies que practican los seguidores de Mendel o como los que describe la mitología— a una persona —archiduquesa o casquivana— de raza diferente, al contraer una alianza regia o al «casar mal». Sólo había habido una persona en la alta sociedad cuya opinión le había preocupado, siempre que había pensado en la posibilidad de casarse con Odette y era —y no por esnobismo— la duquesa de Guermantes. En cambio, ésta a Odette poco le preocupaba, pues sólo pensaba en las personas situadas inmediatamente por encima de ella y no en un tan difuminado empíreo, pero, cuando Swann, en sus momentos soñadores, veía a Odette convertida en su esposa, se representaba sin falta el momento en el que la llevaría —a ella y sobre todo a su hija— a casa de la princesa Des Laumes, quien no tardaría en pasar a ser duquesa de Guermantes a la muerte de su suegro. No deseaba presentarla en ninguna otra, pero se enternecía al imaginar —enunciando las palabras él mismo— todo cuanto diría la duquesa de él a Odette y ésta a la Sra. de Guermantes, el cariño que con mimo prodigaría esta última a Gilberte y con ello lo haría sentirse orgulloso de su hija. Se figuraba la escena de la presentación con la misma exactitud en los detalles imaginarios que quienes repasan el modo como emplearían —si les tocara— un premio de lotería, cuyo importe fijan arbitrariamente. En la medida en que una imagen que acompaña a una de nuestras resoluciones la motiva, podemos decir que, si Swann se casó con Odette, fue para presentarla —a ella y a Gilberte— sin que hubiera nadie presente, sin que —en caso necesario— nadie lo supiese jamás, a la duquesa de Guermantes. Como veremos, esa única ambición mundana que había abrigado para su esposa y su hija fue precisamente aquella cuya realización le resultó vedada y con veto tan absoluto, que Swann murió sin suponer que la duquesa pudiera llegar a conocerlas jamás. Como también veremos, la duquesa de Guermantes trabó, al contrario, amistad con Odette y Gilberte tras la muerte de Swann y tal vez habría sido más prudente —en la medida en que podía conceder importancia a tan poca cosa— no hacerse una idea demasiado sombría del futuro a ese respecto y no descartar que la

reunión deseada se produjera efectivamente cuando él ya no estuviese presente para gozarla. La labor de la causalidad que acaba surtiendo casi todos los efectos posibles y, por consiguiente, también los que lo eran —según habíamos creído— menos es a veces lenta, retardada un poquito más aún por nuestro deseo, que, al intentar acelerarla, la obstaculiza, por nuestra propia existencia, y no llega a su término hasta que hemos cesado de desear y a veces de vivir. ¿Acaso no lo sabía Swann por su propia experiencia y acaso no era ya en su vida —como una prefiguración de lo que debía llegar después de su muerte— una dicha *post mortem* el matrimonio con aquella Odette a quien había amado apasionadamente —pese a no haberle gustado en un principio— y con quien se había casado cuando ya no la amaba, cuando la persona que en Swann tanto había deseado vivir —y tanto había desesperado de conseguirlo— toda su vida con Odette había muerto?

Yo me puse a hablar del conde de París, a preguntar si era amigo de Swann, pues temía que la conversación pasara a versar de otro asunto. «Sí, en efecto», respondió el Sr. de Norpois, al tiempo que se volvía hacia mí y clavaba en mi modesta persona la mirada azul en la que flotaban, como en su elemento vital, sus grandes facultades de trabajo y su capacidad de asimilación. «Y le aseguro por Dios», añadió dirigiéndose de nuevo a mi padre, «que no creo traspasar los límites del respeto que profeso al príncipe —sin por ello mantener con él relaciones personales que dificultarían mi situación, por poco oficial que ésta sea— citándole el divertido caso de que, no hace más de cuatro años, en una pequeña estación de ferrocarril de uno de los países de la Europa central, el príncipe tuvo ocasión de ver a la Sra. Swann. Ninguno de sus familiares se tomó —cierto es— la libertad de preguntar a Su Alteza qué le había parecido. Habría sido faltar al decoro, pero, cuando por casualidad salía a relucir su nombre en la conversación, el príncipe parecía dar a entender de bastante buen grado por ciertos signos —imperceptibles, si se quiere, pero inequívocos— que su impresión distaba, en una palabra, de haber sido desfavorable».

«Pero ¿no habría habido la posibilidad de presentarla al conde de París?», preguntó mi padre.

«Pues no se sabe, con los príncipes nunca se sabe», respondió el Sr. de Norpois. «A veces los más gloriosos, quienes mejor saben lograr que se les

dé lo que se les debe, son también quienes —por poco que lo exija el deseo de recompensar ciertos afectos— menos se atienen a los dictados de la opinión pública, ni siquiera a los más justificados. Ahora bien, de lo que no cabe la menor duda es de que el conde de París ha correspondido siempre con mucha amabilidad la adhesión de Swann, quien, por lo demás, es un joven de talento donde los haya».

«Y su impresión, ¿cuál fue, señor embajador?», preguntó mi madre por cortesía y curiosidad.

Con energía de viejo entendido que contrastaba con la moderación habitual de sus afirmaciones:

«¡Por completo excelente!», respondió el Sr. de Norpois.

Y —sabedor de que el reconocimiento de la intensa sensación causada por una mujer cuadra, siempre y cuando se haga con jovialidad, con cierta forma particularmente apreciada del arte de la conversación— soltó una risita que se prolongó unos instantes, humedeció los azules ojos del viejo diplomático e hizo vibrar las aletas de su nariz, surcadas de fibrillas rojas en forma de nervaduras.

«¡Es absolutamente encantadora!».

«¿Estaba en esa cena un escritor llamado Bergotte, señor embajador?», pregunté yo tímidamente para intentar impedir que la conversación se centrara en otro asunto.

«Sí, allí estaba Bergotte», respondió el Sr. de Norpois, al tiempo que inclinaba la cabeza hacia mí con cortesía, como si, con su deseo de ser amable para con mi padre, atribuyese a todo lo que se refería a él verdadera importancia e incluso a las preguntas de un muchacho como yo, a quien resultaba inusitado recibir trato tan educado de personas de la edad del embajador. «¿Lo conoce usted?», añadió, al tiempo que clavaba en mí esa mirada clara cuya penetración admiraba Bismarck.

«Mi hijo no lo conoce, pero lo admira mucho», dijo mi madre.

«¡Huy, Dios mío!», dijo el Sr. de Norpois (quien, cuando vi que lo que yo colocaba miles y miles de veces por encima de mí, lo que me parecía más elevado del mundo, estaba para él en lo más bajo de la escala de sus admiraciones, me inspiró dudas más graves sobre mi propia inteligencia que las que me desgarraban habitualmente). «Yo no comparto ese modo de ver.

Bergotte es lo que yo llamo un flautista; por lo demás, toca su instrumento —hay que reconocerlo— admirablemente, aunque con mucho manierismo, afectación, pero, a fin de cuentas, tan sólo es eso, lo que no es gran cosa. Nunca encontramos en sus obras sin garra lo que podríamos llamar el armazón. Carecen de acción o es muy poca, pero sobre todo de fuerza. Sus libros fallan por la base o, mejor dicho, carecen de la menor base. En una época como la nuestra, en la que la complejidad cada vez mayor de la vida apenas deja tiempo para leer, en la que el mapa de Europa ha sufrido modificaciones profundas y está en vísperas de sufrir otras aún mayores tal vez, en la que se plantean por doquier tantos problemas amenazadores y nuevos, convendrán ustedes conmigo en que tenemos derecho a pedir a un escritor que no sea simplemente un hombre culto capaz de hacernos olvidar con consideraciones ociosas y bizantinas sobre méritos puramente formales la posibilidad de vernos invadidos de un instante a otro por una doble ola de bárbaros: los de fuera y los de dentro. Ya sé que eso es blasfemar contra la sacrosanta escuela de lo que esos señores llaman “el Arte por el Arte”, pero en nuestra época hay tareas más urgentes que la de disponer palabras de forma armoniosa. La de Bergotte es a veces —no lo niego— bastante seductora, pero en conjunto todo eso es muy escaso, pobre y poco viril. Ahora comprendo mejor, remitiéndome a su admiración totalmente exagerada de Bergotte, las líneas que me ha enseñado usted antes y que sería muy impropio por mi parte no pasar por alto, puesto que, según ha dicho usted mismo con toda sencillez, eran simples garabateos de niño» (lo había dicho, en efecto, pero no creía ni palabra). «Todo pecado es digno de misericordia y sobre todo los de juventud. Al fin y al cabo, otros, además de usted, cargan con otros semejantes en su conciencia y no es usted el único que se haya creído poeta en su momento, pero en lo que me ha enseñado usted se ve la mala influencia de Bergotte. Evidentemente, no le extrañará si le digo que todas sus cualidades estaban ausentes de ese texto, puesto que él ha adquirido maestría en el arte —totalmente superficial, por lo demás— de cierto estilo del que a su edad no puede usted contar ni siquiera con un rudimento, pero se trata ya del mismo defecto: ese contrasentido de alinear palabras muy sonoras y sólo en segundo término preocuparse del fondo. Es como colocar la carreta delante de los bueyes. Incluso en los libros de

Bergotte todas esas pejigueras formales, todas esas sutilezas de mandarín delicuescente, me parecen muy vanas. Ante unos fuegos artificiales agradablemente lanzados por un escritor, se proclama al instante que se trata de una obra maestra. ¡Las obras maestras no son frecuentes precisamente! Bergotte no tiene en su haber, en su bagaje —podríamos decir—, una novela de cierta elevación, uno de esos libros que colocamos en el rincón preferido de nuestra biblioteca. No veo ni una sola así en su obra. Lo que no quita para que la obra sea en él infinitamente superior al autor. ¡Ah! Ése sí que da la razón al estudioso según el cual sólo se debe conocer a los escritores mediante sus libros. Resultaría imposible encontrar a una persona que desentonara más con los suyos, más suntuosa, más solemne, más repelente. Así es Bergotte: alguien a ratos vulgar y que habla a los demás como un libro y ni siquiera como un libro suyo, sino como un libro aburrido, cosa que al menos no son los suyos. Tiene una mente de lo más confusa, alambicada, lo que nuestros padres llamaban un *culto latiniparlo* y que vuelve aún más desagradables —por su forma de enunciarlas— las cosas que dice. Según cuenta Loménie o Sainte-Beuve —no recuerdo cuál—, Vigny repelía por cojear del mismo pie, pero Bergotte nunca ha escrito *Cinq-Mars* ni *Le Cachet rouge*, algunas de cuyas páginas son auténticas piezas de antología».

Aterrado por lo que el Sr. de Norpois acababa de decirme del fragmento que le había yo enseñado y pensando, por otra parte, en las dificultades que experimentaba yo cuando quería escribir un ensayo o simplemente entregarme a reflexiones serias, sentí una vez más mi nulidad intelectual y que no estaba hecho para la literatura. Seguramente en otro tiempo ciertas impresiones muy humildes en Combray o una lectura de Bergotte me habían infundido un estado de ensoñación que me había parecido de gran valor, pero mi poema en prosa reflejaba ese estado; el Sr. de Norpois había advertido y calado al instante —no se podía dudar— lo que en él me parecía hermoso tan sólo en virtud de un espejismo enteramente facticio, ya que el embajador no se había dejado engañar por él. Al contrario, acababa de mostrarme el ínfimo lugar que me correspondía (cuando me juzgaba desde fuera, objetivamente, el entendido mejor dispuesto y más inteligente). Me sentía consternado, disminuido, y así como mi inteligencia —cual

fluido cuyas dimensiones se adaptan a las del recipiente que lo contiene— se había dilatado antes para abarcar las inmensas capacidades del genio, así también había quedado ahora —con su posterior contracción— enteramente reducida a la estrecha mediocridad en que el Sr. de Norpois la había recluido y confinado de pronto.

«El encuentro entre Bergotte y yo», añadió, al tiempo que se volvía hacia mi padre, «no dejaba de resultar bastante espinoso, lo que, a fin de cuentas, resulta divertido. Es que, hace bastantes años, Bergotte hizo un viaje a Viena, cuando yo estaba allí de embajador; me lo presentó la princesa de Metternich, vino a inscribirse y deseaba ser invitado. Ahora bien, por estar en el extranjero representando a Francia, a la que, en resumidas cuentas, honra él en alguna medida —en escasa medida, deberíamos decir, para ser exactos— con sus escritos, yo habría pasado por alto la desfavorable opinión que tengo de su vida privada, pero no viajaba solo y, además, se negó a aceptar la invitación sin su compañera. No creo ser más pudibundo que cualquier otro y, como soy soltero, tal vez habría podido abrir un poco más las puertas de la Embajada que si hubiese estado casado y hubiera sido padre de familia. Con todo, hay un grado de ignominia al que no puedo —debo confesarlo— avenirme y que resulta aún más repulsivo por el tono, más que moral —podríamos decir lisa y llanamente— moralizador, que adopta Bergotte en sus libros, en los que sólo vemos análisis perpetuos y —dicho sea, por lo demás, entre nosotros— lánguidos, de escrúpulos dolorosos, remordimientos enfermizos y auténticas prédicas —por simples pecadillos— facilonas, cuando resulta que da muestras de tanta inconsciencia y cinismo en su vida privada. En una palabra, que eludí responder y la princesa volvió a la carga, pero sin el menor éxito. Así, pues, supongo que ese personaje no debe de tenerme en demasiado alto concepto y no sé hasta qué punto apreciaría la atención de Swann de invitarlo al mismo tiempo que a mí, a no ser que fuera él quien lo pidiese. No se puede saber, pues en el fondo se trata de un enfermo. Ésa es incluso su única excusa».

«¿Y estaba en aquella cena la hija de la Sra. Swann?», pregunté yo al Sr. de Norpois, aprovechando un momento en que, al pasar al salón, podía

disimular mi emoción con mayor facilidad que en la mesa, inmóvil y bañada de luz.

El Sr. de Norpois pareció buscar un instante en el recuerdo:

«Sí, ¿una joven de catorce o quince años? En efecto, recuerdo que me la presentaron antes de la cena como la hija de nuestro anfitrión. He de decir que la vi poco, pues fue a acostarse temprano o iba a casa de unas amigas, ya no recuerdo bien, pero ya veo que está usted muy al corriente sobre la familia Swann».

«Juego con la Srta. Swann en los Campos Elíseos: es deliciosa».

«¡Ah! ¡Claro! ¡Claro! Pues a mí me pareció, en efecto, encantadora. Ahora bien, no creo —debo confesárselo— que llegue jamás a la altura de su madre, si es que puedo decirlo sin herir en usted un sentimiento demasiado intenso».

«Yo prefiero el rostro de la Srta. Swann, pero admiro también enormemente a su madre: voy a pasearme al Bois con la esperanza de verla pasar».

«¡Ah! Pues voy a contárselo: se sentirán muy halagadas».

Mientras pronunciaba aquellas palabras, el Sr. de Norpois estuvo, durante algunos segundos aún, en la situación de todos cuantos, al oírme hablar de Swann como de un hombre inteligente, de sus padres como de agentes de cambio honorables, de su casa como de una casa hermosa, creían que hablaría de tan buen grado de otro hombre tan inteligente, de otros agentes de cambio tan honorables, de otra casa tan hermosa; es el momento en que un hombre mentalmente sano —al hablar con un loco— no ha advertido aún que de un tal se trata. El Sr. de Norpois sabía que no hay cosa más natural que el placer de contemplar a las mujeres bonitas, que, cuando alguien nos habla apasionadamente de una de ellas, es de buen tono hacer como que se cree que está enamorado de ella, tomarle el pelo al respecto y prometerle secundar sus designios, pero, al decir aquel hombre importante que iba a utilizar a mi favor el gran prestigio de que debía de gozar ante la Sra. Swann que hablaría de mí a Gilberte y a su madre —lo que me permitiría, como una divinidad del Olimpo que ha adquirido la fluidez de un soplo o, mejor dicho, el aspecto del anciano cuyas facciones toma prestadas Minerva, penetrar, a mi vez, invisible, en el salón de la

Sra. Swann, atraer su atención, ocupar su pensamiento, instigar su gratitud por mi admiración, aparecerle como amigo de un hombre importante, parecerle en el futuro digno de ser invitado por ella y de entrar en la intimidad de su familia—, me inspiró de súbito tal ternura, que me costó contenerme para no besar sus suaves manos blancas y arrugadas, como si hubieran permanecido demasiado tiempo dentro del agua. Hice incluso el ademán, que sólo yo —me pareció— advertí. En efecto, a todos nos resulta difícil calcular exactamente en qué escala se sitúan para los demás nuestras palabras o nuestros movimientos; por miedo a exagerar nuestra importancia y agrandando en proporciones enormes el campo sobre el que se ven obligados a extenderse los recuerdos de los demás a lo largo de su vida, nos imaginamos que las partes accesorias de nuestras intervenciones, de nuestras actitudes, apenas penetran en la conciencia y con mayor razón no permanecen en la memoria de aquellos con quienes hablamos. A una suposición de esa clase obedecen, por lo demás, los criminales cuando rectifican una palabra que han dicho y respecto de la cual creen que no se podrá confrontar esa variante con ninguna otra versión, pero es muy posible que, aun en lo referente a la vida milenaria de la Humanidad, la filosofía del folletinista según la cual todo está condenado al olvido sea menos cierta que una filosofía contraria que predijera la conservación de todas las cosas. En el mismo periódico cuyo editorial nos dice de un acontecimiento, de una obra maestra y con mayor razón de una cantante, que tuvo «su hora de celebridad»: «¿Quién recordará todo eso dentro de diez años?», con frecuencia el informe de la Academia de las Inscripciones habla en la tercera página de un poema de poco valor de la época de los faraones que aún no conocemos íntegramente. Tal vez no sea del todo así en el caso de la corta vida humana. Sin embargo, algunos años después, en una casa en la que el Sr. de Norpois estaba de visita y me parecía el apoyo más sólido que podía yo encontrar en ella, por ser amigo de mi padre, indulgente e inclinado a desearnos el bien a todos y estar, por lo demás, habituado por su profesión y sus orígenes a la discreción, me contaron, nada más marcharse el embajador, que había aludido a una velada de tiempo atrás en la que había «visto el momento en que iba [yo] a besarle las manos», no sólo enrojecí hasta las orejas, sino que, además, me dejó estupefacto enterarme

de que fueran tan diferentes de lo que habría yo creído no sólo la forma como el Sr. de Norpois hablaba de mí, sino también la composición de sus recuerdos. Aquel chisme me aclaró las inesperadas proporciones de distracción y presencia de ánimo, de memoria y olvido, de que está hecha la mente humana y tuve una sorpresa tan maravillosa como la del día en que leí por primera vez, en un libro de Maspéro, que se conocía exactamente la lista de los cazadores a quienes, diez siglos antes de Cristo, Asurbanipal invitaba a sus batidas.

«¡Oh! Señor embajador», dije al Sr. de Norpois, cuando me anunció que comunicaría a Gilberte y a su madre la admiración que sentía yo por ellas, «si hiciera eso, si hablara de mí a la Sra. Swann, no me bastaría toda mi vida para atestiguarle mi gratitud, ¡y esa vida le pertenecería! Pero debo informarlo de que no conozco a la Sra. Swann y nunca nos han presentado».

Había añadido estas últimas palabras por escrúpulo y para que no pareciera que me jactaba de una relación inexistente, pero, al pronunciarlas, sentí que ya resultaban inútiles, pues, en cuanto empecé a expresar mi agradecimiento, de un ardor refrigerante, había visto pasar por el rostro del embajador una expresión dubitativa y descontenta y en sus ojos esa mirada vertical, estrecha y oblicua —como, en el dibujo en perspectiva de un sólido, la línea huidiza de una de sus caras— dirigida a ese interlocutor invisible que tenemos en nosotros, en el momento en el que se le dice algo que el otro interlocutor, el señor —yo, en aquel caso— con quien hablábamos hasta entonces, no debe oír. Me di cuenta al instante de que aquellas frases por mí pronunciadas y que —débiles aún en comparación con la efusión agradecida que me embargaba— debían conmover —me había parecido— al Sr. de Norpois y acabar de decidirlo a una intervención que tan poco trabajo le habría costado y a mí me habría dado tanto gozo, tal vez fueran —de todas las que hubiesen podido buscar diabólicamente quienes me quisieran mal— las únicas que podían inducirlo a renunciar a ello. En efecto, al oírlas el Sr. de Norpois, quien sabía que nada era menos costoso y más fácil que ser recomendado a la Sra. Swann e introducido en su casa y vio que para mí, al contrario, representaba tal valor y, por consiguiente, una gran dificultad seguramente, pensó —como en el momento en que un desconocido con quien acabamos de intercambiar

impresiones gratas que habríamos podido considerar semejantes sobre unos transeúntes en cuya vulgaridad convenimos, nos muestra de pronto el abismo patológico que lo separa de nosotros, al añadir, como quien no quiere la cosa, al tiempo que se tienta el bolsillo: «Qué pena que no lleve el revólver: no habría quedado ni uno»— que el deseo —normal en apariencia — por mí expresado debía de ocultar algún pensamiento diferente, alguna intención sospechosa, alguna falta anterior por la cual nadie hasta entonces había querido —con el convencimiento de desagradar a la Sra. Swann— encargarse de transmitirle un recado de mi parte, y comprendí que nunca lo transmitiría, que podría ver diariamente a la Sra. Swann durante años, sin por ello hablarle ni una sola vez de mí. Sin embargo, unos días después le pidió una información que yo deseaba y encargó a mi padre que me la transmitiera, pero no consideró oportuno decir para quién la pedía. Así, pues, ella no iba a enterarse de que yo conocía al Sr. de Norpois y tanto deseaba ir a su casa, pero tal vez no fuera una desgracia tan grande como yo creía, pues la segunda de esas noticias probablemente no habría contribuido demasiado a la eficacia —por lo demás, incierta— de la primera. Para Odette, la idea de su propia vida y de su morada no despertaban ninguna turbación misteriosa, quien la conocía y la visitaba en su casa no era un ser fabuloso, como me lo parecía a mí, que habría arrojado una piedra a las ventanas de los Swann, si hubiera podido escribir en ella que conocía al Sr. de Norpois: estaba convencido de que, más que indisponerla contra mí, semejante mensaje —aun transmitido de forma tan brutal— me habría granjeado mucho más prestigio ante la señora de la casa, pero, aun cuando hubiera podido advertir que la misión no desempeñada por el Sr. de Norpois habría resultado inútil o, más aún, habría podido perjudicarme ante los Swann, yo no habría tenido valor —en caso de que él se hubiera mostrado dispuesto a hacerlo— para liberar al embajador de ella y renunciar a la voluptuosidad —por funestas que pudieran ser las consecuencias— de que mi nombre y mi persona se encontraran, así, por un momento junto a Gilberte, en su casa y su vida, tan desconocidas.

Cuando el Sr. de Norpois se hubo marchado, mi padre echó una ojeada al periódico vespertino; yo volví a pensar en la Berma. El placer por mí experimentado al oírla exigía ser completado tanto más cuanto que distaba

de igualar al que me había yo prometido; por eso, asimilaba inmediatamente todo lo que podía alimentarlo: por ejemplo, aquellos méritos que el Sr. de Norpois había reconocido en la Berma y que mi entendimiento había bebido de un solo trago, como un prado demasiado seco cuando se le vierte agua. Ahora bien, mi padre me pasó el periódico, al tiempo que me indicaba un suelto concebido en estos términos: «La representación de *Fedra* ante una sala entusiasta, en la que figuraban las principales notabilidades del mundo de las artes y de la crítica, ha brindado a la Sra. Berma, quien desempeñaba el papel de Fedra, la oportunidad de obtener un triunfo como raras veces ha tenido a lo largo de su prestigiosa carrera. Volveremos a referirnos más por extenso a esa representación que constituye un auténtico acontecimiento teatral; digamos simplemente que, según convenían en declarar los jueces más autorizados, semejante interpretación renovaba enteramente el papel de Fedra, uno de los más hermosos y trabajados de Racine, y constituía la más pura y más alta manifestación artística que nuestra época haya tenido oportunidad de presenciar». En cuanto mi entendimiento concibió aquella idea nueva de «la más alta y pura manifestación artística», ésta se unió al imperfecto placer por mí experimentado en el teatro, le insufló un poco de lo que le faltaba y su reunión formó algo tan exaltante, que exclamé: «¡Qué gran artista!». Seguramente se puede considerar que yo no era absolutamente sincero, pero piénsese más bien en tantos escritores descontentos del pasaje que acaban de escribir, que, si leen un elogio del genio de Chateaubriand o evocan a determinado gran artista hasta cuya altura han deseado elevarse, tarareando, por ejemplo, para sus adentros determinada frase de Beethoven cuya tristeza comparan con la que deseaban infundir a su prosa, se hinchen hasta tal punto de esa idea de genio, que la añaden a sus propias producciones al volver a pensar en ellas, dejan de verlas como se les habían presentado en un principio y, aventurándose a un acto de fe en el valor de su obra, se dicen: «¡Al fin y al cabo!», sin darse cuenta de que en el total que determina su satisfacción final introducen el recuerdo de páginas maravillosas de Chateaubriand que asimilan a las suyas, pero que, a fin de cuentas, no han escrito. Recordemos a tantos hombres que creen en el amor de una amante de quien sólo conocen las traiciones y también a todos cuantos esperan ora

una supervivencia incomprensible en cuanto piensan —si son maridos inconsolables— en una mujer que han perdido y a quien aún amaban o —si son artistas— en la gloria futura de la que podrán gozar, ora una nada tranquilizadora, cuando su inteligencia recuerda, al contrario, las faltas que sin ella habrían de expiar después de su muerte. Pensemos también en los turistas exaltados por la belleza de conjunto de un viaje que tan sólo les inspiró, día tras día, tedio y digamos si en la vida en común que llevan las ideas en nuestra mente hay una sola de las que más dicha nos procuran que no haya ido primero, como auténtico parásito, a pedir a una idea ajena y vecina la mayor parte de la fuerza que le faltaba.

Mi madre no pareció demasiado satisfecha de que mi padre hubiese dejado de pensar en la «carrera» para mí. Creo que —deseosa como estaba, ante todo, de que una norma de vida disciplinara los caprichos de mis nervios— lo que lamentaba no era tanto verme renunciar a la diplomacia cuanto entregarme a la literatura. «Pero, bueno, déjalo», exclamó mi padre. «Ante todo hay que disfrutar con lo que se hace. Ahora bien, ya no es un niño. Ahora sabe perfectamente lo que le gusta, no es probable que cambie y ya puede comprender lo que lo hará feliz en su vida». En espera de que, gracias a la libertad que me concedían, fuese yo o no feliz en mi vida, las palabras de mi padre me causaron aquella noche mucho pesar. Toda la vida, sus atenciones imprevistas me habían inspirado —cuando se producían— tal deseo de besar, por encima de su barba, sus encendidas mejillas, que, si no me entregaba a él, era tan sólo por miedo a desagradarle. Aquel día —así como un autor se asusta al ver que sus propias ensoñaciones, carentes, a su juicio, de valor, porque no las separa de sí mismo, obligan a un editor a elegir un papel, a emplear caracteres tal vez demasiado bellos para ellas—, me preguntaba yo si mi deseo de escribir era algo lo bastante importante para que mi padre prodigara por ello tanta bondad, pero sobre todo, al hablar de mis gustos, que no cambiarían, de lo que estaba destinado a dar felicidad a mi vida, insinuaba en mí dos terribles sospechas. La primera era la de que —mientras que todos los días me consideraba yo como en el umbral de mi vida aún intacta y que no se iniciaría hasta la mañana siguiente— mi vida estaba ya iniciada y, más aún, que lo que iba a seguir no iba a ser demasiado diferente de lo anterior. La segunda sospecha —simple

variante, a decir verdad, de la primera— era la de que yo no estaba situado fuera del Tiempo, sino sometido a sus leyes, como esos personajes de novela que precisamente por eso me infundían tamaña tristeza, cuando leía su vida en Combray, en el fondo de mi caseta de mimbre. Teóricamente, sabemos que la Tierra gira, pero, en realidad, no lo advertimos; el suelo sobre el que caminamos parece no moverse y vivimos tranquilos. Lo mismo ocurre con el tiempo en la vida y, para volver apreciable su huida, los novelistas se ven obligados a hacer salvar al lector —acelerando locamente los latidos de la aguja— diez, veinte, treinta años en dos minutos. En lo alto de una página, hemos dejado a un amante embargado de esperanza y, al pie de la siguiente, volvemos a encontrárnoslo octogenario, dando a duras penas su paseo cotidiano por el patio de un asilo y sin apenas responder a las palabras que se le dirigen por haber olvidado el pasado. Al decir de mí: «Ya no es un niño, sus gustos no cambiarán, etcétera», mi padre acababa de repente de hacerme aparecer a mí mismo en el Tiempo y me causaba la misma clase de tristeza que si hubiera sido —ya que aún no el asilado decrépito— uno de esos protagonistas de quienes el autor —con tono indiferente que resulta particularmente cruel— nos dice al final de un libro: «Cada vez abandona menos el campo. Ha acabado instalándose en él definitivamente, etcétera».

Sin embargo, mi padre, para adelantarse a las críticas que habríamos podido hacer a nuestro invitado, dijo a mamá:

«Reconozco que el bueno de Norpois ha estado un poco “ladrillo”, como dices tú. Cuando ha dicho que hacer una pregunta al conde de París habría sido “faltar al decoro”, he temido que os echarais a reír».

«Pero ¡qué va!», respondió mi madre. «Me gusta mucho que un hombre de su valía y su edad haya conservado esa inocencia, que revela un fondo de honradez y buena educación».

«¡Ya lo creo! Eso no le impide ser fino e inteligente: bien que lo sé yo, que lo veo en la Comisión con actitudes muy diferentes de las de aquí», exclamó mi padre, contento de que mi madre apreciara al Sr. de Norpois y deseoso de persuadirla de que era superior aún a lo que ella pensaba, porque la cordialidad sobreestima con tanto gusto como el que siente la guasa al

menospreciar. «¿Cómo era eso que ha dicho… “con los príncipes nunca se sabe…?”».

«Claro que sí, justo como dices. Ya lo había yo observado: es muy fino. Se ve que tiene una profunda experiencia de la vida».

«Es asombroso que cenara en casa de los Swann y se encontrase en ella con personas normales, funcionarios. ¿De dónde los habrá sacado la Sra. Swann?».

«¿Has notado con qué malicia ha comentado: “Es una casa a la que van sobre todo hombres”?».

Y los dos intentaban reproducir la forma como el Sr. de Norpois había dicho esa frase, como habrían hecho con una entonación de Bressant o de Thiron en *L’Aventurière* o en *Le Gendre de M. Poirier*, pero la que más había apreciado una de sus afirmaciones había sido Françoise, quien, muchos años después, seguía sin poder «contener la risa», si le recordaban que el embajador la había tratado de «jefe de cocina de primera», que mi madre había ido a transmitirle como un ministro de la Guerra las felicitaciones de un soberano de paso después de «la revista». Por lo demás, yo la había precedido hasta la cocina, pues había hecho prometer a Françoise, pacifista pero cruel, que no haría sufrir demasiado al conejo que iba a matar y no había tenido noticias al respecto; Françoise me aseguró que había ido del mejor modo y muy rápido: «Nunca había visto un animal igual; ha muerto sin decir palabra: parecía que fuera mudo». Como yo no estaba demasiado al corriente sobre el lenguaje de los animales, alegué que el conejo tal vez no gritara, como el pollo. «¡Cómo se nota que no ha visto ninguno!», me dijo Françoise, indignada de mi ignorancia. «Como si los conejos no gritaran tanto como los pollos. Tienen incluso una voz más fuerte». Françoise aceptó los parabienes del Sr. de Norpois con la orgullosa sencillez, la jovial y —aunque fuera de momento— inteligente mirada de un artista a quien hablan de su arte. Mi madre la había mandado en tiempos a ciertos grandes restaurantes para que viera cómo cocinaban. Aquella noche, al oírla tildar de figones los más célebres, sentí tanto gusto como tiempo atrás al enterarme de que la jerarquía de los méritos —en el caso de los artistas dramáticos— no era la misma que la de sus reputaciones. «El embajador», le dijo mi madre, «asegura que en ninguna parte se come una

carne fría y *soufflés* como los suyos». Con expresión de modestia y de rendir homenaje a la verdad, Françoise convino en ello, sin dejarse, por lo demás, impresionar por el título de embajador; decía del Sr. de Norpois, con la amabilidad debida a quien la había tomado por un «jefe de cocina»: «Es un buen viejo como yo». Había intentado verlo, cuando había llegado, pero, como sabía que mamá detestaba que hubiera alguien tras las puertas o en las ventanas y pensaba que se enteraría —pues Françoise no veía por doquier sino «envidias» y «cotilleos», que desempeñaban en su imaginación el mismo papel permanente y funesto que para otras personas las intrigas de los jesuitas o los judíos— por los otros sirvientes o por los porteros de que había estado al acecho, se había contentado con mirar por la ventana de la cocina «para no tener que discutir con la señora» y, con su momentánea vislumbre del Sr. de Norpois, había creído que «se trataba del Sr. Legrandin» por su *agilidad* y pese a que no tenían ni una sola de sus facciones en común. «Pero, en fin, ¿cómo explica que nadie haga la gelatina tan bien como usted (cuando quiere)?». «No sé por qué concurre eso», respondió Françoise (que no sabía deslindar bien los verbos «ocurrir» y «concurrir»). Por lo demás, decía la verdad, en parte, y podía —y deseaba — revelar la misteriosa razón a la que se debía la superioridad de sus gelatinas o sus natas tan poco como una señora muy elegante la de sus vestidos o una gran cantante la de su canto. Sus explicaciones no nos dicen gran cosa; lo mismo ocurría con las recetas de nuestra cocinera. «La cuecen demasiado aprisa y corriendo», respondió refiriéndose a los grandes restaurantes, «y, además, no todo al mismo tiempo. La carne tiene que volverse como una esponja y entonces se embebe de todo el jugo hasta el fondo. Sin embargo, había uno de esos cafés en el que sí que sabían un poco —me parece— cocinar. No digo que fuera del todo mi gelatina, pero lo hacían muy despacito y los *soufflés* tenían la nata como Dios manda». «¿Cuál? ¿“Henry”?», preguntó mi padre, quien se había incorporado a nuestra conversación y apreciaba mucho el restaurante de la plaza Gaillon, en el que celebraba, en fechas fijas, banquetes con sus colegas. «¡Oh, no!», dijo Françoise con una dulzura que ocultaba un profundo desdén. «Me refería a un pequeño restaurante. Donde ese Henry está muy bueno, desde luego, pero no es un restaurante, es más bien… ¡una tasca!». «Entonces,

¿Weber?». «¡Ah, no, señor, me refería a un buen restaurante! Weber está en la Rue Royale: no es un restaurante, es una cervecería. No sé si sirven siquiera lo que ofrecen. Creo que ni siquiera ponen mantel, lo dejan de cualquier modo sobre la mesa: a la buena de Dios». «¿Cirro tal vez?». Françoise sonrió: «¡Oh! Yo creo que allí el surtido principal es de mujeres de mundo». (Quería decir «mujeres galantes»). «Es algo que la juventud necesita, ¡qué caramba!». Estábamos advirtiendo que, con su expresión de sencillez, Françoise era para los cocineros célebres una «colega» más terrible que la más envidiosa e infatuada actriz. Sin embargo, sentimos que tenía una concepción acertada de su arte y el respeto de las tradiciones, pues añadió: «No, me refiero a un restaurante en el que parecía haber una buena cocinita burguesa. Es una casa aún bastante importante. Trabajaba mucho. ¡Ah! ¡La de cuartos que hacían allí dentro!». (Françoise contaba, ahorrativa, en cuartos, no en luises, como los desplumados en el juego). «La Señora lo conoce bien: a la derecha, en los grandes bulevares, un poco hacia atrás…». El restaurante del que hablaba con aquella equidad, entreverada de orgullo y bonhomía, resultó ser… el *Café Anglais*.

* * *

El día de Año Nuevo, hice primero visitas de familia con mamá, quien, para no cansarme, las había clasificado de antemano —con ayuda de un itinerario trazado por mi padre— por barrios más que por el grado exacto de parentesco, pero, nada más entrar en el salón de una prima cuya morada no quedaba tan lejana de la nuestra como el parentesco, horrorizó a mi madre ver —con sus castañas confitadas o garrapiñadas en la mano— al mejor amigo del más susceptible de mis tíos, a quien contaría que no habíamos comenzado nuestra ronda por su casa. Dicho tío se iba a sentir herido sin lugar a dudas, le habría parecido más que natural que hubiéramos ido de la Madeleine al Jardín Botánico, donde vivía, antes de detenernos en Saint-Augustin para después dirigirnos a la Rue de L’École de Médecine.

Acabadas las visitas (mi abuela nos dispensaba de la de su casa, porque íbamos a cenar en ella aquel día), corrí hasta los Campos Elíseos a llevar a nuestra vendedora —para que se la entregara a la persona de la casa de los Swann que iba varias veces a la semana a buscar los alfajores— la carta que el día en que mi amiga me había causado tanta aflicción había decidido enviarle por Año Nuevo y en la que le decía que nuestra antigua amistad desaparecía con el año transcurrido, que olvidaba mis agravios y decepciones y a partir del 1 de enero íbamos a trabar una nueva amistad, tan sólida, que nada la destruiría, tan maravillosa, que Gilberte dedicaría —esperaba yo— cierto esmero a conservar su belleza y a avisarme a tiempo —como también yo prometía hacer— en cuanto sobreviniera el menor peligro que pudiese menoscabarla. De regreso a casa, Françoise me hizo detenerme, en la esquina de la Rue Royale, delante de un puesto al aire libre en el que escogió —de regalo para ella— fotografías de Pío IX y de Raspail y yo, por mi parte, compré una de la Berma. Las innumerables admiraciones que suscitaba la artista hacían desmerecer un poco aquel rostro singular de que disponía para corresponder a ellas, inmutable y precario, como la ropa de quienes no tienen otra para cambiarse, y en el que tan sólo podía exhibir siempre la arruguita encima del labio superior, el arqueo de las cejas, algunas otras particularidades físicas, siempre las mismas, que estaban, en una palabra, a merced de una quemadura o un choque. Por lo demás, aquel rostro no me habría parecido en sí mismo hermoso, pero inspiraba la idea —y, por consiguiente, el deseo— de besarlo por todos los besos que había habido de soportar y parecía solicitar aún —desde el fondo de la «tarjeta para álbum»— con aquella mirada de una ternura coqueta y aquella sonrisa artificiosamente ingenua, pues la Berma debía de sentir efectivamente por muchos hombres jóvenes aquellos deseos que confesaba cubierta bajo el personaje de Fedra y a cuya fácil satisfacción debía de contribuir todo, incluso el prestigio de su nombre, que realzaba su belleza y prorrogaba su juventud. Caía la noche y me detuve ante una columna con carteles de teatro, en la que se anunciaba la representación que la Berma iba a dar el día de Año Nuevo. Soplaba un viento húmedo y suave. Era un tiempo que yo conocía: tuve la sensación y el presentimiento de que el día de Año Nuevo no era un día diferente de los demás, que no era

el primero de un nuevo mundo en el que —con suerte aún totalmente intacta— habría yo podido volver a conocer a Gilberte, como en el momento de la Creación, como si aún no existiera pasado, como si —junto con los indicios que al respecto se podrían haber desprendido para el futuro — se hubieran aniquilado las decepciones que a veces me había causado: un nuevo mundo en el que nada subsistiera del antiguo… salvo una cosa: mi deseo de que Gilberte me amara. Entonces comprendí que, si mi corazón deseaba esa renovación en torno a sí de un universo que no le había satisfecho, era porque mi corazón no había cambiado y me dije que no había razón para que Gilberte hubiese cambiado más; sentí que —así como no están separados de los otros por un abismo los años nuevos que nuestro deseo, al no poder alcanzarlos ni modificarlos, cubre, sin que lo sepan, con un nombre diferente— aquella nueva amistad era la misma. En vano dedicaba yo aquél a Gilberte y —así como una religión se superpone a las ciegas leyes de la naturaleza— intentaba imprimir en el día de Año Nuevo la idea particular que me había hecho de él; tenía la sensación de que no sabía que lo llamaban día de Año Nuevo, que acababa en el crepúsculo de un modo ya conocido para mí: en el viento suave que soplaba en torno a la columna de los carteles había yo reconocido, había sentido reaparecer, la materia eterna y común, la humedad familiar, la ignorante fluidez de los días antiguos.

Volví a casa. Acababa de vivir el 1 de enero de los hombres viejos, quienes ese día difieren de los jóvenes —no porque no se les hagan regalos, sino— porque ya no creen en el Año Nuevo. Regalos había recibido yo, pero no el único que me habría agradado: una nota de Gilberte. Sin embargo, yo era aún joven, en cualquier caso, puesto que había podido escribirle una mediante la cual esperaba —al comunicarle los sueños solitarios de mi cariño— despertar en ella otros iguales. La tristeza de quienes han envejecido radica en que ni siquiera se les ocurre escribir cartas semejantes, cuya ineficacia conocen por experiencia.

Cuando me hube acostado, los ruidos de la calle, prolongados hasta más tarde aquel día de fiesta, me mantuvieron despierto. Pensaba en todos cuantos acabarían la noche con placeres —el amante, la cuadrilla de juerguistas tal vez— y debían de haber ido a buscar a la Berma al final de

aquella representación anunciada —había yo visto— para aquella noche. Para calmar la agitación que aquella idea hacía nacer en mí en aquella noche de insomnio, no podía decirme siquiera que la Berma tal vez no pensara en el amor, ya que los versos que recitaba y que había estudiado detenidamente le recordaban en todo momento que es delicioso, como, por lo demás, sabía perfectamente ella hasta el punto de infundir sus conocidos tormentos —pero con una intensidad nueva y una dulzura insospechada— a espectadores maravillados, pese a que cada uno de ellos los había sentido por sí mismo. Volví a encender la vela apagada para contemplar una vez más su rostro. Al pensar que seguramente estaban acariciándolo en aquel momento aquellos hombres y brindándole —y recibiendo de ella— gozos sobrehumanos e imprecisos que no podía yo impedir, experimenté una emoción más cruel que voluptuosa, una nostalgia intensificada por el sonido de la trompa, como el que se oye de noche mediada la Cuaresma y en las de muchas otras fiestas y —por carecer entonces de poesía— resulta más triste, en boca de un tabernero, que «de noche en lo profundo del bosque». En aquel momento tal vez una nota de Gilberte no habría sido lo que habría necesitado. Nuestros deseos se ponen trabas mutuamente y en la confusión de la vida raras veces una dicha corresponde exactamente a aquel que la había reclamado.

Seguí yendo a los Campos Elíseos los días de buen tiempo por calles cuyas elegantes y rosadas casas estaban inmersas —por ser la época en que estaban tan en boga las exposiciones de acuarelistas— en un cielo móvil y ligero. Mentiría, si dijera que en aquella época los palacios de Gabriel me parecían de mayor belleza que los palacetes contiguos o de época distinta. Veía más estilo —ya que no en el Palacio de la Industria— al menos en el de Trocadéro y lo habría considerado más antiguo. Mi adolescencia, sumida en un sueño agitado, envolvía en un mismo ensueño todo el barrio por el que lo paseaba y nunca se me había ocurrido que pudiera haber un edificio del siglo XVIII en la Rue Royale, como también me habría asombrado enterarme de que la puerta Saint-Martin y la puerta Saint-Denis, obras maestras de los tiempos de Luis XIV, no eran contemporáneas de los inmuebles más recientes de aquellos sórdidos barrios. Una sola vez uno de los palacios de Gabriel me hizo detenerme largo rato; es que, por haber

llegado la noche, sus columnas, desmaterializadas por la luz de la luna, parecían recortadas en cartón y, por recordarme un decorado de la opereta *Orfeo en los infiernos*, me daban por primera vez una impresión de belleza.

Ahora bien, Gilberte no siempre volvía a los Campos Elíseos y, sin embargo, yo habría necesitado verla, pues ya ni siquiera recordaba su rostro. La mirada investigadora, ansiosa, exigente que dirigimos a quien amamos, nuestra espera de la palabra que nos infundirá o nos disipará la esperanza de una cita para el día siguiente y —hasta que dicha palabra sea pronunciada— nuestra imaginación alterna —ya que no simultánea— de la alegría y la desesperación hacen que nuestra atención ante la persona amada sea demasiado trémula para que pueda obtener una imagen bien nítida de ella. Tal vez esa actividad de todos los sentidos a la vez y que intenta conocer tan sólo con las miradas lo que está más allá de ellas sea también demasiado indulgente con las mil formas, con todos los sabores, con los movimientos de la persona viva a quien, cuando no amamos, solemos inmovilizar. En cambio, el modelo querido se mueve; siempre tenemos de él fotografías fallidas. Yo ya no sabía, la verdad, cómo eran las facciones de Gilberte, salvo en los divinos momentos en que las exhibía para mí: sólo recordaba su sonrisa. Y, al no poder volver a ver aquel rostro querido, por mucho que me esforzara por recordarlo, me irritaba encontrar —dibujados en mi memoria con una exactitud definitiva— los —inútiles y sorprendentes— del hombre del tiovivo y de la vendedora de pirulíes: así, quienes han perdido a un ser querido a quien nunca vuelven a ver, se exasperan, mientras duermen, al encontrar sin cesar en sus sueños a tantas personas insoportables con cuyo conocimiento en estado de vela basta y sobra. Con su impotencia para representarse el objeto de su dolor, casi se acusan de no sentir dolor y a mí me costaba rechazar la idea de que, al no poder recordar las facciones de Gilberte, la había olvidado incluso y había dejado de amarla.

Por fin volvió a jugar casi todos los días y a poner ante mí nuevas cosas que desear, que pedirle, para el día siguiente, con lo que no dejaba de renovar todos los días mi cariño, pero una cosa cambió una vez más y bruscamente la forma como todas las tardes, hacia las dos, se planteaba el problema de mi amor. ¿Habría descubierto el Sr. Swann la carta que yo

había escrito a su hija o es que Gilberte se limitaba a confesarme mucho después —y para que yo me mostrara más prudente— un estado de cosas ya antiguo? Cuando estaba diciéndole lo mucho que admiraba a su padre y a su madre, adoptó aquella expresión nebulosa, cargada de reticencias y secreto, que ponía cuando le hablaban de lo que debía hacer, de sus recados y sus visitas, y de repente acabó diciéndome: «¡Es que, mira, no te tragan!», y, escurridiza cual ondina como era, se echó a reír. Con frecuencia su risa en disonancia con sus palabras parecía —como la música— describir en otro plano una superficie invisible. El Sr. y la Sra. Swann no pedían a Gilberte que cesara de jugar conmigo, pero habrían preferido —pensaba ella— que nunca hubiéramos comenzado. No veían con buenos ojos mis relaciones con ella, pues no me tenían en alto concepto moralmente y se imaginaban que había por fuerza de ejercer en su hija una mala influencia. Yo me imaginaba que esa clase de jóvenes poco escrupulosos a quienes —según creía el Sr. Swann— me parecía yo detestaban a los padres de la muchacha a quien amaban, los halagaban en su presencia, pero se burlaban de ellos cuando estaban a solas con ella y la incitaban a desobedecerlos y, una vez que habían conquistado a su hija, les impedían incluso verla. ¡Con qué ímpetu oponía mi corazón a esos rasgos —que nunca son aquellos que el mayor miserable ve en sí mismo— los sentimientos que abrigaba para con Swann, tan apasionados, al contrario, que no me cabía duda de que, si los hubiera sospechado, se habría arrepentido de su juicio sobre mí como de un error judicial! Me atreví a escribirle todo lo que sentía por él en una larga carta que confié a Gilberte, junto con el ruego de que se la entregara. Ella accedió. Resultó —¡ay!— que veía en mí a un impostor mayor aún de lo que yo pensaba y puso en duda aquellos sentimientos que yo creía haber descrito, en dieciséis páginas, con tanta verdad: la carta que le escribí, tan apasionada y sincera como las palabras que había yo dicho al Sr. de Norpois, no tuvo más éxito. El día siguiente, después de haberme llevado aparte, tras un seto de laureles, en una callecita del parque en la que nos sentamos cada uno en una silla, Gilberte me contó que, al leer la carta, que me devolvía, su padre había dicho, al tiempo que se encogía de hombros: «Todo esto nada significa y prueba aún más que estoy en lo cierto». Yo, conocedor de la pureza de mis intenciones y la bondad de mi alma, me sentí

indignado de que mis palabras no hubiesen rozado siquiera el error de Swann, pues se trataba de un error, no lo dudé en aquel momento. Me parecía que había descrito con tanta exactitud ciertas características irrecusables de mis sentimientos generosos, que, si Swann no los reconocía gracias a ellas y no venía a pedirme perdón y confesar que se había equivocado, debía de ser porque nunca había sentido, a su vez, esos nobles sentimientos, lo que debía de incapacitarlo para comprenderlos en otros.

Ahora bien, tal vez supiera Swann simplemente que con frecuencia la generosidad no es sino el aspecto anterior que cobran nuestros sentimientos egoístas cuando aún no los hemos nombrado y clasificado. Tal vez hubiera reconocido en la simpatía que yo le expresaba un simple efecto —y una confirmación entusiasta— de mi amor a Gilberte, que más adelante regiría fatalmente mis actos, en lugar de mi veneración secundaria para con él. Yo no podía compartir sus previsiones, pues no había logrado abstraer de mí mismo mi amor, hacerlo entrar en la generalidad de los otros y calibrar experimentalmente sus consecuencias; me sentía desesperado. Tuve que separarme por un instante de Gilberte, pues Françoise me había llamado. Hube de acompañarla a un pequeño pabellón con un enrejado verde, bastante parecido a las oficinas municipales de arbitrios del antiguo París y en el que habían instalado, hacía poco, lo que en Inglaterra llaman "lavabos" y en Francia —por una anglomanía mal informada— *water-closets*. Las húmedas y antiguas paredes de la entrada, ante la que me quedé esperando a Françoise, desprendían un fresco olor a cerrado, que —al aliviarme al instante de las preocupaciones que acababan de infundirme las palabras de Swann transmitidas por Gilberte— me embargó con un placer diferente de los otros, que nos dejan más inestables, menos aptos para provocarlos, con un placer, al contrario, consistente —delicioso, apacible, grávido de una verdad duradera, explicada y cierta— al que podía entregarme. Me habría gustado —como en mis paseos de otro tiempo por la parte de Guermantes— intentar ahondar en el encanto de aquella impresión sobrevenida y permanecer inmóvil interrogando a aquella emanación anticuada que no me proponía gozar del placer tan sólo brindado por añadidura, sino descender a la realidad no revelada, pero la encargada del establecimiento, anciana de mejillas maquilladas y peluca pelirroja, se puso

a hablarme. Françoise la consideraba «de muy buena familia». Su «jovencita» se había casado, según Françoise, con «un mozo de buena familia» y, por consiguiente, alguien a quien consideraba más diferente de un obrero que Saint-Simon a un duque de un hombre «procedente de la hez del pueblo». Seguramente la encargada, antes de serlo, había tenido reveses, pero Françoise aseguraba que era marquesa y pertenecía a la familia de Saint-Ferréol. Aquella marquesa me aconsejó no permanecer al fresco y me abrió incluso un excusado, al tiempo que me decía: «¿Quiere entrar? Aquí tiene uno muy limpio: para usted será gratis». Tal vez lo hiciera tan sólo como las señoritas de donde Gouache, quienes, cuando íbamos a hacer un pedido, me ofrecían uno de los caramelos que tenían en el mostrador bajo campanas de cristal y que mamá me prohibía —¡ay!— aceptar; tal vez también —y menos inocentemente— como una anciana florista a quien mamá encargaba llenar sus «jardineras» y que me daba una rosa, al tiempo que me miraba con ojos cariñosos. En todo caso, si la «marquesa» sentía inclinación por los muchachos, al abrirles la hipogeica puerta de aquellos cubos de piedra en los que los hombres se acuclillan como esfinges, no debía de aspirar con sus generosidades tanto a corromperlos cuanto a experimentar el placer de mostrarse vanamente pródiga para con lo amado, pues nunca vi junto a ella a otro visitante que un viejo guarda forestal del parque.

Un instante después, me despedí de la «marquesa», acompañado de Françoise, y me separé de esta última para volver junto a Gilberte. La vislumbré en seguida, sentada en una silla, tras el seto de laureles, para que no la vieran sus amigas —estaban jugando al escondite— y fui a sentarme a su lado. Llevaba un gorro plano que le llegaba hasta los ojos y les prestaba la misma mirada «de soslayo», soñadora y pícara, que tenía la primera vez que la vi en Combray. Le pregunté si había alguna posibilidad de que tuviese yo una explicación verbal con su padre. Gilberte me dijo que ella misma se lo había propuesto, pero él la consideraba inútil. «Ten», dijo, «quédate con tu carta, que hay que volver con las otras, pues no me han encontrado».

Si Swann hubiera llegado entonces, justo antes de que la recuperara yo, aquella carta de la sinceridad por la que había sido tan insensato —me

parecía a mí— de no dejarse persuadir, tal vez hubiese visto que era él quien tenía razón, pues, al acercarme a Gilberte, quien, echada hacia atrás en la silla, me decía que cogiera la carta, pero no me la alargaba, me sentí tan atraído por su cuerpo, que le dije:

«Venga, impídeme cogerla, vamos a ver quién puede más».

Se la colocó a la espalda, yo pasé las manos tras su cuello, al tiempo que levantaba las trenzas que llevaba —ya fuera porque fuesen aún propias de su edad o porque su madre quisiera hacerla parecer niña durante más tiempo para rejuvenecerse, a su vez— y luchamos arqueándonos. Yo intentaba atraerla hacia mí y ella se resistía; sus mejillas encendidas por el esfuerzo estaban rojas y redondas como cerezas; se reía como si le hubiera hecho cosquillas; yo la tenía apretada entre mis piernas como un arbusto al que hubiese querido trepar y, en plena gimnasia, sin que aumentara apenas el jadeo que me provocaba el ejercicio muscular y la pasión del juego, derramé —como unas gotas de sudor arrancadas por el esfuerzo— mi goce, en el que no pude entretenerme ni siquiera el tiempo de experimentar el gusto; al instante cogí la carta. Entonces Gilberte me dijo, bondadosa:

«Mira, si quieres, podemos seguir luchando un poco más».

Tal vez hubiera sentido obscuramente que mi juego tenía un objeto distinto del confesado, pero no había podido comprobar si yo lo había alcanzado, y yo, temiendo —y cierto movimiento retráctil y contenido de pudor ofendido que hizo un instante después me movió a pensar que no me había equivocado al respecto— que lo hubiese notado acepté seguir luchando, por miedo a que creyera que no me había propuesto otro objetivo que aquel tras cuya consecución ya no deseaba sino permanecer tranquilo junto a ella.

De regreso a casa, vislumbré, recordé bruscamente, la imagen, oculta hasta entonces, a la que me había aproximado, sin dejarme verla ni reconocerla, el fresco, que olía casi a hollín, del pabellón enrejado. Era la del cuartito de mi tío Adolphe, en Combray, que exhalaba, en efecto, el mismo perfume de humedad, pero no pude comprender —y dejé para más tarde su búsqueda— la razón por la que el recuerdo de una imagen tan insignificante me había brindado tamaña felicidad. De momento, me pareció que merecía de verdad el desdén del Sr. de Norpois: hasta entonces

había preferido —de todos los escritores— aquel a quien él llamaba «flautista» y lo que me había infundido una auténtica exaltación no había sido una idea importante, sino un olor a mohecido.

Desde hacía un tiempo, en ciertas familias, el nombre de los Campos Elíseos, si algún visitante lo pronunciaba, era acogido por las madres con la expresión malévola que reservan para un médico reputado a quien, según dicen, han visto emitir demasiados diagnósticos erróneos para seguir teniendo confianza en él; aseguraban que ese parque no sentaba bien a los niños, que se podía citar más de un dolor de garganta, más de un sarampión y numerosas fiebres de los que era responsable. Sin poner en duda abiertamente el cariño de mamá, quien seguía enviándome a él, algunas de sus amigas deploraban al menos su ceguera.

Tal vez sean los neurópatas «aprensivos», pese a la expresión consagrada, quienes menos «aprensión» demuestran: notan en sí mismos tantas cosas de las que, como después comprenden, no debían alarmarse, que acaban no prestando atención a ninguna. Su sistema nervioso les ha gritado tan a menudo: «¡Socorro!», como en el caso de una enfermedad grave, cuando simplemente iba a nevar o iban a cambiar de piso, que se acostumbran a dejar de tener en cuenta esos avisos tanto como un soldado, quien, con la fogosidad de la acción, los advierte tan poco, que, pese a estar agonizando, es capaz de continuar algunos días más llevando la vida de un hombre con buena salud. Una mañana, con la coordinación interior de mis indisposiciones habituales, de cuya circulación constante e intestina se ocupaba siempre mi mente tan poco como de la de mi sangre, corrí, alegre, hacia el comedor, donde mis padres estaban ya sentados a la mesa y —tras pensar, como de costumbre, que tener frío no necesariamente significa que debamos abrigarnos, sino, por ejemplo, que hemos sufrido una reprimenda, y no tener hambre, que va a llover y no que no debamos comer— me senté a la mesa, cuando, en el momento de tragar el primer bocado de una apetitosa chuleta, una náusea, un mareo, me detuvieron, respuesta febril del comienzo de una enfermedad cuyos síntomas había ocultado, retrasado, el hielo de mi indiferencia, pero que rechazaba con obstinación el alimento que yo no estaba en condiciones de absorber. Entonces, en el mismo segundo, la idea de que, si advertían que estaba enfermo, me impedirían

salir, me infundió —como el instinto de conservación a un enfermo— la fuerza para arrastrarme hasta mi cuarto, donde vi que tenía 40.º de fiebre y a continuación prepararme para ir a los Campos Elíseos. Mediante el languideciente y permeable cuerpo que lo rodeaba, mi risueño pensamiento anhelaba, exigía, el dulce gozo de una partida de tejo con Gilberte y, una hora después, sosteniéndome apenas, pero feliz junto a ella, tuve fuerzas para saborearlo una vez más.

Al regreso, Françoise declaró que me había sentido «indispuesto», que debía de haberme «enfriado», y el doctor, a quien llamaron al instante, declaró «preferir» la «severidad», la «virulencia» del acceso febril que acompañaba mi congestión pulmonar e iba a ser «simple fuego de paja», a formas más «insidiosas» y «larvadas». Llevaba ya un tiempo padeciendo ahogos y nuestro médico —pese a la desaprobación de mi abuela, quien ya me veía muriendo de alcoholismo— me había aconsejado —además de la cafeína que me prescribían para que me ayudara a respirar— tomar cerveza, champán o coñac, cuando notara la llegada de un ataque. Éstos abortarían —decía— con la «euforia» causada por el alcohol. Con frecuencia me veía obligado —para que mi abuela permitiera que me los administraran— a no ocultar, a exhibir casi, mi estado de ahogo. Por lo demás, en cuanto sentía que se acercaba, siempre inseguro de las proporciones que adoptaría, me inquietaba por la tristeza de mi abuela, que yo temía mucho más que mi padecimiento, pero al mismo tiempo mi cuerpo —ya fuera porque estuviese demasiado débil para conservar para sí el secreto de aquél o porque temiera que, por desconocer la enfermedad inminente, me exigiesen algún esfuerzo que le hubiera resultado imposible o peligroso— me infundía la necesidad de avisar a mi abuela de mis indisposiciones con una exactitud propiciada en última instancia como por un escrúpulo fisiológico. En cuanto advertía en mí un síntoma enojoso que aún no había discernido, mi cuerpo sentía angustia hasta que no se lo hubiera comunicado a mi abuela. Si ella fingía no prestarle la menor atención, aquél me pedía que insistiera. A veces yo exageraba y el rostro querido, que ya no dominaba tan bien sus emociones como en otro tiempo, dejaba traslucir una expresión de piedad, una contracción dolorosa. Entonces mi corazón se sentía torturado por el espectáculo del dolor que ella sentía: como si mis besos hubieran debido

borrar aquel dolor, como si mi ternura hubiese podido infundir a mi abuela tanta alegría como mi felicidad, me arrojaba en sus brazos y, como, por otra parte, los escrúpulos resultaban aplacados por la certidumbre de que ella conocía la indisposición sentida, mi cuerpo no se oponía a que la tranquilizara. Yo aseguraba que en modo alguno se trataba de una indisposición dolorosa, que no había motivo alguno para compadecerme, que podía estar segura de que estaba contento: mi cuerpo había querido obtener exactamente la piedad que merecía y, con tal de que supieran que tenía un dolor en su costado derecho, no veía inconveniente en que yo declarara que no se trataba de una enfermedad ni representaba un obstáculo a mi felicidad, pues mi cuerpo no se entregaba a la filosofía, que no era de su incumbencia. Durante mi convalecencia tuve casi todos los días esos ataques de ahogo. Una noche, muy tarde, mi abuela entró en mi alcoba y al ver —a diferencia de aquella misma tarde, en que, al separarse de mí, me encontraba bastante bien— que me faltaba la respiración, exclamó con las facciones descompuestas: «¡Oh, Dios mío! ¡Cuánto padeces!». Salió en seguida, oí al instante la puerta cochera y volvió un poco después con coñac, que había ido a comprar, porque en casa no quedaba. No tardé en empezar a sentirme contento. Mi abuela, un poco colorada, tenía expresión de incomodidad y en sus ojos había un aire de cansancio y desánimo.

«Prefiero dejarte y que aproveches un poco esta mejoría», me dijo, al tiempo que salía bruscamente. Sin embargo, yo la besé y sentí algo mojadas sus frescas mejillas y no pude saber si se debía a la humedad del aire nocturno que acababa de atravesar. El día siguiente, no acudió a mi alcoba hasta la noche, porque había tenido —me dijeron— que salir. Me pareció una muestra de profunda indiferencia para conmigo y me contuve para no reprochársela.

Como —pese a que ya no se podían explicar por la congestión, desaparecida mucho tiempo atrás— persistieron mis ahogos, mis padres solicitaron la presencia del profesor Cottard para que me reconociera. No basta con que un médico, llamado a examinar casos de esa clase, tenga preparación. Al encontrarse ante síntomas que pueden ser los de tres o cuatro enfermedades diferentes, su olfato, su ojo clínico, son, a fin de cuentas, los que deciden de cuál puede tratarse, pese a las apariencias

prácticamente semejantes. Ese don misterioso no entraña una superioridad en los otros aspectos de la inteligencia, por lo que una personalidad muy vulgar, que guste de la peor pintura, la peor música, y carezca de la menor curiosidad intelectual, puede tenerlo. En mi caso, lo que era materialmente observable podía estar causado tanto por espasmos nerviosos, por un comienzo de tuberculosis, por el asma, por una disnea toxialimentaria con insuficiencia renal, por una bronquitis crónica como por un estado complejo en el que hubieran intervenido varios de esos factores. Ahora bien, los espasmos nerviosos requerían un trato desdeñoso; la tuberculosis, grandes atenciones y un tipo de sobrealimentación que habría sido contraproducente para una afección artrítica como el asma y habría podido resultar peligroso en caso de disnea toxialimentaria, que exige un régimen nefasto, en cambio, para un tuberculoso, pero las vacilaciones de Cottard fueron breves y sus prescripciones imperiosas: «Purgantes fuertes y drásticos, leche durante varios días y sólo leche. Nada de carne ni de alcohol». Mi madre murmuró que yo necesitaba, sin embargo, algo muy reconstituyente, que ya era bastante nervioso, que aquella purga de caballo y aquel régimen me debilitarían mucho. Vi en los ojos de Cottard, tan inquietos como si temiera perder el tren, que se preguntaba si no se habría dejado llevar por su natural bondadoso. Intentaba recordar si había pensado en adoptar una máscara de frialdad, como quien busca un espejo para ver si ha olvidado anudarse la corbata. En la duda y para compensar, por si acaso, respondió, grosero: «No acostumbro a repetir dos veces mis prescripciones. Deme una pluma. Y sobre todo andando con la leche. Más adelante, cuando hayamos yugulado los ataques y la agripnia, no me importará que tome algunos potajes y después purés, pero siempre con leche, con leche. Le gustará. Después volverá progresivamente a la vida normal, pero, siempre que vuelvan la tos y los ahogos, purgantes, lavados intestinales, leche y lecho». Escuchó, con expresión glacial y sin responder, las últimas objeciones de mi madre y, como nos dejó sin haberse dignado explicar las razones para aquel régimen, mis padres lo consideraron improcedente para mi caso e inútilmente debilitante y no me hicieron probarlo. Naturalmente, procuraron ocultar al profesor su desobediencia y, para lograrlo con mayor seguridad, evitaron todas las casas en las que habrían podido encontrárselo. Después, como mi

estado se agravó, se decidieron a hacerme seguir al pie de la letra las prescripciones de Cottard; al cabo de tres días, me habían desaparecido los estertores y la tos y respiraba bien. Entonces comprendimos que Cottard, además de verme —como dijo más adelante— bastante asmático y sobre todo «chiflado», había discernido que lo que predominaba en mí en aquel momento era la intoxicación y que vaciándome el hígado y lavándome los riñones descongestionaría mis bronquios, me devolvería el aliento, el sueño, las fuerzas, y comprendimos que aquel imbécil era un gran clínico. Por fin pude levantarme, pero hablaban de no enviarme más a los Campos Elíseos. Decían que era por el aire pernicioso; a mí no me cabía la menor duda de que aprovechaban aquel pretexto para que no pudiera ver más a la Srta. Swann y yo me forzaba a repetir todo el tiempo el nombre de Gilberte, como ese lenguaje natal que los vencidos se esfuerzan por mantener para no olvidar la patria que no volverán a ver. A veces mi madre me pasaba la mano por la frente, al tiempo que me decía:

«¿Qué? ¿Ya no cuentan los niños a sus mamás las penas que tienen?».

Françoise se me acercaba todos los días diciendo: «¡Ay, qué cara tiene el señorito! ¿No se ha mirado en el espejo? ¡Parece un muerto!». Cierto es que, si hubiera yo tenido un simple resfriado, Françoise habría puesto la misma expresión fúnebre. Aquellas lamentaciones se debían más a su «clase» que a mi estado de salud. Yo no distinguía entonces si aquel pesimismo era en Françoise doloroso o satisfecho. Concluí provisionalmente que era social y profesional.

Un día, a la hora del correo, mi madre dejó sobre mi cama una carta. La abrí, distraído, pues no podía llevar la única firma que me habría hecho feliz, la de Gilberte, con quien, fuera de los Campos Elíseos, no mantenía yo relaciones. Ahora bien, lo que vi —al pie del papel, timbrado con un sello de plata que representaba a un caballero con casco bajo el que se contorneaba esta divisa: *Per viam rectam*, debajo de una carta escrita con letra grande y casi todas cuyas frases parecían subrayadas, simplemente porque la raya de las «t», al no estar trazada a través de ellas, sino por encima, situaba un trazo bajo la palabra correspondiente de la línea superior — fue precisamente la firma de Gilberte, pero, como lo consideraba imposible en una carta dirigida a mí, verlo —sin creerlo— no me dio

alegría. Durante un instante, lo único que consiguió fue teñir de irrealidad todo lo que me rodeaba. Con una velocidad vertiginosa, aquella firma sin verosimilitud jugaba a las cuatro esquinitas con mi cama, mi chimenea, mi pared. Veía vacilar todo, como quien se cae de un caballo, y me preguntaba si habría una existencia totalmente distinta de la que conocía, en contradicción con ella, pero que fuese la verdadera y que, al mostrárseme de repente, me embargaba con esa vacilación que los escultores que han representado el Juicio Final han infundido a los muertos resucitados en el umbral del otro mundo. «Querido amigo», decía la carta, «he sabido que estás muy enfermo y que ya no vas a los Campos Elíseos. Yo tampoco voy apenas, porque muchos están enfermos, pero mis amigas vienen a merendar todos los lunes y viernes a casa. Mamá me ha encargado decirte que nos encantaría que vinieras tú también, en cuanto te repongas, y podríamos reanudar en casa nuestras interesantes charlas de los Campos Elíseos. Adiós, querido amigo, espero que tus padres te permitan venir con frecuencia a merendar. Con toda mi amistad, Gilberte».

Mientras leía aquellas palabras, mi sistema nervioso recibía con admirable diligencia la noticia de que me sobrevenía una gran dicha, pero mi alma —es decir, yo mismo y, en una palabra, el principal interesado— seguía ignorándolo. La dicha —la dicha por mediación de Gilberte— era algo con lo que no había dejado de soñar, algo totalmente propio de los pensamientos, era, como decía Leonardo de la pintura, *cosa mentale*. Una hoja de papel cubierta de caracteres es algo que el pensamiento no asimila en seguida, pero, en cuanto hube terminado de leer la carta, pensé en ella, pasó a ser un objeto de ensueño, pasó a ser, también ella, *cosa mentale* y la amaba ya tanto, que cada cinco minutos tenía que releerla, besarla. Entonces experimenté la felicidad.

La vida está sembrada de esos milagros que siempre pueden esperar quienes aman. Es posible que aquél fuese provocado artificialmente por mi madre, quien, al ver que desde hacía algún tiempo había perdido totalmente las ganas de vivir, tal vez hubiera mandado pedir a Gilberte que me escribiese, así como, en la época de mis primeros baños de mar, entregaba —para infundirme el gusto de sumergirme, cosa que yo detestaba, porque me cortaba la respiración— a hurtadillas a mi instructor de natación

maravillosas cajas con conchas y ramas de coral, que yo creía encontrar por mí mismo en el fondo de las aguas. Por lo demás, en relación con todos los sucesos que en la vida y sus situaciones contrastadas se refieren al amor, lo mejor es no intentar comprender, ya que en lo que tienen de inexorable e inesperado parecen regidos por leyes más mágicas que racionales. Cuando un multimillonario —hombre, pese a ello, encantador— ha de separarse —a petición de ella— de la mujer pobre y sin atractivo con quien vive, recurre —por desesperación— a todos los poderes del oro y pone en juego todas las influencias de la Tierra, sin conseguir que se retracte de su decisión, más le vale —ante la invencible terquedad de su amante— suponer —antes que buscar una explicación lógica— que el Destino quiere aplastarlo y matarlo de una enfermedad del corazón. Esos obstáculos contra los que deben luchar los amantes y que su imaginación, sobreexcitada por el sufrimiento, en vano intenta adivinar estriban a veces en cierta singularidad de carácter de la mujer que no pueden recuperar: en su necedad, en la influencia que han ejercido sobre ella y los temores que le han sugerido personas a quienes el amante no conoce, en la clase de placeres que pide momentáneamente a la vida y que ni su amante ni su fortuna pueden ofrecerle. En todo caso, el amante no está precisamente en condiciones de conocer la naturaleza de los obstáculos que la astucia de la mujer le oculta y que su propio juicio, falseado por el amor, le impide apreciar con exactitud. Se parecen a esos tumores que el médico acaba reduciendo, pero sin haber conocido su origen. Como ellos, esos obstáculos siguen sumidos en el misterio, pero son temporales. Sólo, que por lo general duran más que el amor y, como éste no es una pasión desinteresada, el enamorado que ha dejado de amar no intenta averiguar por qué se negó obstinadamente y durante años la mujer pobre y ligera a quien amaba a que siguiese manteniéndola.

Ahora bien, el propio misterio que —cuando de lo que se trata es del amor— oculta con frecuencia la causa de las catástrofes rodea con la misma frecuencia la subitaneidad de ciertas soluciones afortunadas —como la que me había brindado la carta de Gilberte— o que al menos parecen serlo, pues muy pocas lo son realmente, cuando se trata de un sentimiento tal, que cualquier satisfacción que le brindamos no hace por lo general sino

desplazar el dolor. A veces, sin embargo, se concede una tregua y durante un tiempo nos hacemos la ilusión de estar curados.

Por lo que se refiere a la carta a cuyo pie Françoise se negó a reconocer el nombre de Gilberte, porque la «G» historiada y apoyada en una «i» sin punto parecía una «A», mientras que la última sílaba estaba indefinidamente prolongada con ayuda de una rúbrica dentada, tal vez podamos pensar —si nos empeñamos en buscar una explicación racional del brusco cambio que expresaba y me hacía tan feliz— que, por mi parte, lo debiera yo a un incidente, a mi juicio, de lo más idóneo, al contrario, para perderme por siempre jamás ante la mentalidad de los Swann. Poco tiempo antes —estando en mi alcoba el profesor Cottard, a quien, desde que seguía su régimen, habían mandado llamar de nuevo—, vino a verme Bloch. Acabada la consulta, tras la cual Cottard permaneció tan sólo como visitante, porque mis padres le habían pedido que se quedara a cenar, dejaron entrar a Bloch. Como —cuando estábamos charlando todos— Bloch había contado que, según había oído decir a una persona con la que había cenado y que era, a su vez, muy amiga de ella, la Sra. Swann me apreciaba mucho, me habría gustado responder que se equivocaba de medio a medio y hacer constar con toda claridad —por el mismo escrúpulo que me había movido a declarárselo al Sr. de Norpois y por miedo a que la Sra. Swann me tomara por un mentiroso— que no la conocía y nunca había hablado con ella, pero no tuve valor para rectificar el error de Bloch, porque comprendí perfectamente que era voluntario y que la razón para inventarse algo que la Sra. Swann no había podido decir, en efecto, era la de hacer saber —cosa que consideraba lisonjera y era falsa— que había cenado junto a una de las amigas de esa señora. Ahora bien, sucedió que, mientras que el Sr. de Norpois, al enterarse de que yo no conocía —y me habría gustado conocer— a la Sra. Swann, se había abstenido de hablarle de mí, Cottard, su médico, tras deducir de lo oído a Bloch que yo la conocía mucho y ella me apreciaba, pensó que decir, cuando la viese, que yo era un muchacho encantador con quien tenía amistad no podía revestir utilidad alguna para mí y sería halagador para él, dos razones que le decidieron a hablar de mí a Odette en cuanto tuvo ocasión.

Conque conocí aquel piso del que emanaba hasta la escalera el perfume utilizado por la Sra. Swann, pero que embalsamaba mucho más aún el particular y doloroso encanto que desprendía la vida de Gilberte. El implacable portero, convertido en una benévola euménide, adoptó la costumbre —cuando yo le preguntaba si podía subir— de indicarme —al tiempo que alzaba su gorra con mano propicia— que atendía mi ruego. Cuando, en la temporada de buen tiempo, pasaba toda una tarde con Gilberte en su cuarto, tenía ocasión de abrir yo mismo las ventanas que desde fuera interponían entre mi persona y los tesoros que no me estaban destinados una mirada luminosa, distante y superficial, la mirada misma —me parecía— de los Swann, para dejar entrar un poco de aire e incluso asomarme junto a ella —si era el día en que su madre recibía— para ver llegar las visitas que con frecuencia —alzando la cabeza al apearse del coche— me saludaban con la mano, al confundirme con algún sobrino de la señora de la casa. En aquellos momentos, las trenzas de Gilberte me tocaban la mejilla. Me parecían —con la finura de su grama, a la vez natural y sobrenatural, y el poderío de su artístico follaje— una obra única para la que se había utilizado el propio césped del Paraíso. ¡Qué herbario celeste no habría yo dado como relicario a un mechón, por ínfimo que hubiera sido, de ellas! Pero, como no esperaba obtener uno de verdad, si al menos hubiera podido poseer su fotografía, ¡cuánto más preciosa me habría sido que la de florecillas dibujadas por Da Vinci! Para conseguir una, caí —ante amigos de los Swann e incluso fotógrafos— en bajezas que no me procuraron lo que deseaba, pero me hicieron trabar relación por siempre jamás con personas muy aburridas.

Ahora los padres de Gilberte, quienes durante tanto tiempo me habían impedido verla, si —cuando yo entraba en la sombría antecámara en la que planeaba perpetuamente la posibilidad, más tremenda y deseada que en tiempos la aparición del Rey en Versalles, de encontrármelos y en la que por lo general, tras haber chocado contra un enorme perchero con siete brazos, como el Candelabro de las escrituras, me deshacía en saludos ante un lacayo sentado, con su largo faldón gris, en el cofre de madera y a quien en la obscuridad había confundido con la Sra. Swann— acertaba a pasar

uno de ellos en el momento de mi llegada, lejos de poner expresión irritada, me estrechaban la mano sonriendo y me decían:

«Hola, ¿qué tal?» (con una entonación que, una vez de vuelta en casa, no cesaba yo de imitar con voluptuosidad). «¿Sabe Gilberte que estás aquí? Entonces te dejo».

Más aún: las propias meriendas que Gilberte ofrecía a sus amigas —y que por tanto tiempo me habían parecido la más infranqueable de las separaciones acumuladas entre ella y yo— pasaban ahora a ser una ocasión para reunirnos de la que me avisaba mediante una nota, escrita —por ser yo aún una relación bastante nueva— en un papel de cartas siempre diferente. Una vez estaba adornado con un caniche azul en relieve que coronaba una leyenda humorística escrita en inglés y seguida de un punto de exclamación; otra vez, timbrado con un ancla marina o con la cifra G. S., desmesuradamente alargada en un rectángulo que ocupaba toda la altura de la hoja o también con el nombre «Gilberte», ora trazado de través en un ángulo en caracteres dorados que imitaban la firma de mi amiga y acababan en una rúbrica, por debajo de un paraguas abierto impreso en negro, ora encerrado en un monograma en forma de sombrero chino que contenía todas sus letras en mayúsculas sin que se pudiera distinguir una sola. Por último, como la serie de papeles de cartas que Gilberte poseía, por numerosa que fuese, no era ilimitada, al cabo de algunas semanas volvía yo a ver de nuevo el que llevaba —como la primera vez que me había escrito — la divisa: *Per viam rectam*, por encima del caballero con casco, en una medalla de plata bruñida. Y ella elegía cada uno de ellos tal día en lugar de tal otro en virtud —pensaba yo entonces— de ciertos ritos, pero más bien —creo ahora— para recordar los que había utilizado las otras veces a fin de no enviar nunca el mismo a uno de sus corresponsales, al menos de aquellos por los que se tomaba la molestia para quedar bien, salvo a intervalos lo más alejados posible. Como —por la diferencia de las horas de sus clases— algunas de las amigas a quienes Gilberte invitaba a aquellas meriendas se veían obligadas a marcharse justo cuando llegaban las otras, desde la escalera oía yo salir de la antecámara un murmurio de voces que, con la emoción que me infundía la imponente ceremonia a la que iba a asistir, rompía bruscamente —mucho antes de que llegara al rellano— los vínculos

que me unían aún a la vida anterior y me impedía recordar incluso que debía quitarme el pañuelo del cuello, una vez que estuviera en un ambiente cálido, y mirar la hora para no volver a casa con demasiado retraso. Por lo demás, aquella escalera —toda ella de madera, como las hacían entonces en ciertas casas de vecindad, con aquel estilo Enrique II que durante tanto tiempo había sido el ideal de Odette y que pronto iba a abandonar y con un cartel sin equivalente en nuestra casa, en el que se leían estas palabras: «Prohibido bajar en el ascensor»— me parecía algo tan prestigioso, que se trataba —dije a mis padres— de una escalera antigua traída de muy lejos por el Sr. Swann. Mi amor de la verdad era tal, que no habría vacilado en darles esa información, aun cuando hubiese sabido que era falsa, pues sólo así podían sentir el mismo respeto que yo ante la escalera de los Swann. Así, ante un ignorante que no puede comprender en qué consiste el genio de un gran médico consideramos oportuno no confesar que no hay un tratamiento para el catarro nasal, pero, como yo no tenía el menor espíritu de observación, como, en general, no sabía ni el nombre ni la especie de las cosas que se encontraban ante mis ojos y sólo comprendía que, si estaban próximas a los Swann, debían de ser extraordinarias, no me pareció indubitable que, al comunicar a mis padres el valor artístico y la lejana procedencia de aquella escalera, dijese una mentira. No me pareció indubitable, pero debió de parecerme probable, pues sentí que me ponía muy colorado, cuando mi padre me interrumpió diciendo: «Conozco esas casas; he visto una y son todas iguales; simplemente Swann ocupa varios pisos; los construyó Berlier». Añadió que había querido alquilar una de ellas, pero había renunciado, porque no le habían parecido cómodas y la entrada bastante obscura; lo dijo, pero yo sentí instintivamente que mi entendimiento debía hacer, ante el prestigio de los Swann y mi felicidad, los sacrificios necesarios y, mediante una imposición autoritaria, aparté —pese a lo que acababa de oír— por siempre jamás de mí —como un devoto la *Vida de Jesús* de Renan— la disolvente idea de que el suyo fuese un piso cualquiera en el que hubiésemos podido vivir nosotros.

Sin embargo, aquellos días en que iba a merendar, al ascender —despojado ya de mi pensamiento y mi memoria, reducido ya a simple juguete de los más viles reflejos— por la escalera peldaño a peldaño,

llegaba a la zona en que se dejaba sentir el perfume de la Sra. Swann. Ya creía ver la majestad de la tarta de chocolate, rodeada de un círculo de platos con pastas y grises servilletitas damasquinadas con dibujos, exigidas por la etiqueta y particulares de los Swann, pero aquel conjunto invariable y ordenado parecía —como el universo necesario de Kant— suspendido de un acto supremo de libertad, pues, cuando estábamos los dos en el saloncito de Gilberte, de repente, tras mirar la hora, decía ella:

«Hombre, mi almuerzo empieza a estar lejos y no ceno hasta las ocho, tengo ganas de comer algo. ¿Qué me dices?».

Y nos hacía entrar en el comedor, sombrío como el interior de un templo asiático pintado por Rembrandt y en el que una tarta arquitectónica, tan bonachona y familiar como imponente, parecía reinar allí a todo evento, como un día cualquiera, para el caso de que se hubiese antojado a Gilberte descoronarla de sus almenas de chocolate y abatir sus murallas con declives carmelitas y empinados, horneados como los bastiones del palacio de Darío. Más aún: para lanzarse a la destrucción del pastel ninivita, Gilberte no consultaba sólo su hambre; consultaba también la mía, mientras extraía para mí del monumento desplomado todo un lienzo de pared barnizado y tabicado con frutas escarlatas, al estilo oriental. Me preguntaba incluso a qué hora cenaban mis padres, como si yo lo supiera, como si la turbación que me dominaba hubiese dejado persistir la sensación de inapetencia o de hambre, el concepto de cena o la imagen de la familia en mi memoria vacía y mi estómago paralizado. Por desgracia, aquella parálisis era sólo momentánea. Llegaría un momento en que habría de digerir los pasteles que tomaba sin darme cuenta, pero aún quedaba lejos. Entretanto, Gilberte me hacía «mi té». Lo bebía indefinidamente, pese a que una sola taza me impedía dormir durante veinticuatro horas. Por eso, mi madre solía decir: «Hay que ver: siempre que este chico va a casa de los Swann, vuelve enfermo». Pero ¿acaso sabía yo, cuando estaba en casa de los Swann, que lo que bebía era té? Si lo hubiera sabido, lo habría tomado igual, pues, suponiendo que hubiese recuperado por un instante el discernimiento del presente, no por ello habría recobrado el recuerdo del pasado y la previsión del futuro. Mi imaginación no estaba en condiciones de llegar hasta el

lejano momento en que podría ocurrírseme acostarme y sentir la necesidad de dormir.

No todas las amigas de Gilberte estaban sumidas en ese estado de embriaguez en el que resulta imposible adoptar una decisión. ¡Algunas rechazaban el té! Entonces Gilberte decía —con expresión muy extendida en aquella época—: «¡La verdad es que no tengo demasiado éxito con mi té!». Y, para suprimir aún más la idea de ceremonia, añadía, al tiempo que deshacía el orden de las sillas en torno a la mesa: «Esto parece una boda. ¡Huy, Dios mío, qué tontos son los sirvientes!».

Comisqueaba, sentada de lado en un asiento en forma de *X* y colocado de través, e incluso, cuando la Sra. Swann, cuyo «día» solía coincidir con las meriendas de Gilberte, tras haber acompañado a una visita hasta la puerta, entraba, un momento después, corriendo —a veces vestida de terciopelo azul, a menudo con un vestido de raso negro cubierto de encaje blanco—, y decía —como si su hija hubiera podido tener tantas pastas a su disposición sin haberle pedido permiso— con expresión de asombro: «Hombre, parece bueno eso que tomáis, me da hambre veros comer *cake*». Gilberte respondía: «Pues mira, mamá, te invitamos».

«No, tesoro, ¿qué dirían mis visitas? Aún están ahí la Sra. Trombert, la Sra. Cottard y la Sra. Bontemps, ya sabes que mi querida Sra. Bontemps no hace visitas cortas y apenas acaba de llegar. ¿Qué dirían todas esas bellísimas personas, si no me vieran volver? Si no viene nadie más, volveré a charlar con vosotros, cosa que me divertirá mucho más, cuando se hayan marchado. Creo que merezco un poco de tranquilidad, he tenido cuarenta y cinco visitas, ¡y cuarenta y dos de ellas han hablado del cuadro de Gérôme! Pero ven un día de éstos», me decía a mí, «a tomar *tu* té con Gilberte: te lo hará como te gusta, como lo tomas en tu “estudio”», añadía, al tiempo que volvía a reunirse con sus visitas y como si hubiera sido algo tan sabido de mí como mis costumbres —aunque fuese, al parecer, la de tomar té, en caso de que lo hubiera tomado alguna vez; en cuanto al «estudio», no estaba yo seguro de tenerlo o no— lo que había ido a buscar en aquel mundo misterioso. «¿Cuándo vendrás? ¿Mañana? Te haremos tostadas tan buenas como las de donde Colombin. ¿No? Eres un canalla», decía, pues desde que también ella había empezado a tener un salón adoptaba los melindres de la

Sra. Verdurin, su tono de despotismo zalamero. Como las tostadas me resultaban, por lo demás, tan desconocidas como Colombin, aquella última promesa no habría podido aumentar mi tentación. Más extraño parecerá —puesto que todo el mundo habla así y ahora tal vez en Combray incluso— que, cuando oí que la Sra. Swann elogiaba a mi anciana *nurse*, no comprendiera en el primer minuto a qué se refería. Yo no sabía inglés, pero no tardé en comprender que aquella palabra designaba a Françoise. Yo, que en los Campos Elíseos había tenido tanto miedo de la pésima impresión que aquélla debía de causar, me enteré por la Sra. Swann de que todo lo que Gilberte le había contado de mi *nurse* era lo que les había inspirado a ella y a su marido simpatía por mí. «Se nota que es una servidora tan leal, tan buena». (Al instante cambié enteramente de opinión sobre Françoise. Por la misma razón, dejó de parecerme tan necesario tener una institutriz con impermeable y penacho). Por último, comprendí —por algunas palabras que se le escaparon a la Sra. Swann sobre la Sra. Blatin, cuya bondad reconocía, pero cuyas visitas temía— que las relaciones personales con aquella señora no me habrían resultado tan preciosas como había creído yo y en nada habrían mejorado mi situación en casa de los Swann.

Si bien ya había comenzado a explorar con aquellos estremecimientos de respeto y gozo la esfera mágica que, contra toda previsión, había abierto ante mí sus avenidas hasta entonces cerradas, era tan sólo como amigo de Gilberte. El reino en que se me acogía se encontraba, a su vez, dentro de otro más misterioso aún en el que Swann y su mujer llevaban su vida sobrenatural y hacia el cual se dirigían tras haberme estrechado la mano, cuando cruzaban al mismo tiempo que yo, pero en sentido inverso, la antecámara, pero no tardé en penetrar también en el centro del Santuario. Por ejemplo, Gilberte no estaba y el Sr. o la Sra. Swann se encontraban en casa. Habían preguntado quién había llamado a la puerta y, al enterarse de que era yo, me habían rogado que entrara un instante a verlos, porque deseaban que yo ejerciera en tal o cual sentido, para esto o para lo otro, mi influencia sobre su hija. Yo recordaba aquella carta tan completa, tan persuasiva, que tiempo atrás había escrito a Swann y a la que éste no se había dignado siquiera responder. Yo admiraba la impotencia del intelecto, del razonamiento y del corazón para realizar la menor conversión, para

resolver una sola de esas dificultades que después la vida, sin que sepamos cómo lo ha hecho, deshace con tanta facilidad. Mi nueva posición de amigo de Gilberte, dotado de excelente influencia sobre ella, me hacía gozar ahora del mismo favor que si —por haber tenido de compañero, en un colegio en el que hubiera sido siempre el primero de la clase, al hijo de un rey— hubiese debido a ese azar mis entradas en Palacio y audiencias en la sala del Trono. Swann, con una bondad infinita y como si no hubiera estado abrumado por ocupaciones gloriosas, me hacía entrar en su biblioteca y durante una hora me dejaba responder con balbuceos, silencios de timidez interrumpidos por breves e incoherentes arranques de valor, a expresiones de las que mi emoción no me dejaba comprender ni una sola palabra; me mostraba objetos artísticos y libros que podían, a su juicio, interesarme y que debían de superar —no me cabía la menor duda de antemano— todos los que poseen el Louvre y la Biblioteca Nacional, pero cuya contemplación me resultaba imposible. En aquellos momentos su mayordomo me habría dado muchísimo gusto pidiéndome que le entregara mi reloj, mi alfiler de corbata y mis botines y que firmase un documento que lo reconociera como mi heredero: según la hermosa expresión popular, cuyo autor —uno de esos ingenios inventivos y modestos que conocemos todos los años, a los que se deben hallazgos como «poner nombre a una cara», pero que no revelan sus propios nombres— ignoramos —como el de las más célebres epopeyas—, pero que —como el de éstas y en contra de la teoría de Wolf— existió sin lugar a dudas, *yo ya no sabía lo que me hacía*. Si acaso, me asombraba, cuando la visita se prolongaba, a qué nulidad de realización, a qué ausencia de conclusión afortunada, conducían aquellas horas vividas en la casa encantada, pero mi decepción no se debía ni a la insuficiencia de las obras maestras mostradas ni a la imposibilidad de fijar en ellas una mirada distraída, pues no era la belleza intrínseca de las cosas lo que me hacía considerar milagroso estar en el despacho de Swann, era la adherencia a aquellas cosas —que podrían haber sido las más feas del mundo— del sentimiento particular, triste y voluptuoso que yo localizaba en ellas al cabo de tantos años y que lo impregnaba aún; asimismo, la multitud de los espejos, los cepillos de plata, los altares a San Antonio de Padua esculpidos y pintados por los mayores artistas, sus amigos, nada tenían que ver con la

sensación de mi indignidad y su bondad regia que me inspiraba la Sra. Swann cuando me recibía un momento en su alcoba, en la que tres hermosas e imponentes criaturas —sus doncellas primera, segunda y tercera — preparaban sonriendo vestimentas maravillosas y hacia la cual —ante la orden proferida por el lacayo con pantalones de media caña de que la señora deseaba verme— recorría yo el sinuoso sendero de un pasillo totalmente embalsamado a distancia por las preciosas esencias que sin cesar emanaban desde el cuarto de aseo sus efluvios odoríferos.

Cuando la Sra. Swann había vuelto con sus visitas, seguíamos oyéndola hablar y reír, pues, aun estando ante dos personas y como si hubiera tenido que dirigirse a todos los «compañeros», elevaba la voz, lanzaba las palabras, como tantas veces había oído hacer —en el pequeño clan— a la «Señora», en los momentos en que ésta «dirigía la conversación». Como las expresiones que acabamos de tomar prestadas de los demás son las que —al menos por un tiempo— más nos gusta emplear, la Sra. Swann elegía ora las que había tomado de personas distinguidas que su marido no había podido por menos de presentarle (de ellas procedía el manierismo consistente en suprimir el artículo o el pronombre demostrativo delante de un adjetivo que calificaba a una persona) ora otras más vulgares —por ejemplo: «Es una nadería», expresión favorita de una de sus amigas— y procuraba insertarlas en todas las historias que —conforme a una costumbre adquirida en el «pequeño clan»— gustaba de contar. Después decía con mucho gusto: «Me gusta mucho esta historia», «¡Ah! ¡Reconozcan que es una historia pero que muy *hermosa*!», que procedía —por mediación de su marido— de los Guermantes, a quienes no conocía.

La Sra. Swann había abandonado el comedor, pero su marido, que acababa de llegar a casa, hacía, a su vez, una aparición ante nosotros. «¿Sabes si está sola tu madre, Gilberte?». «No, aún tiene visitas, papá». «¡Cómo que aún! ¡A las siete! Es atroz. Debe de estar deshecha, la pobre. Es odioso». (En casa yo siempre había oído pronunciar la palabra *odioso* como trisílaba, pero el Sr. y la Sra. Swann la hacían cuadrisílaba). «Imagínate: ¡desde las dos de la tarde!», proseguía volviéndose hacia mí. «Y Camille me ha dicho que entre las cuatro y las cinco han venido sus buenas doce personas. Pero ¡qué digo! Creo que me ha dicho catorce. No,

doce; en fin, es que ya no sé. Cuando he llegado, no me acordaba de que era su día y, al ver todos esos coches delante de la puerta, creía que había una boda en el inmueble y en el poco tiempo que he estado en mi biblioteca no ha cesado de sonar el timbre: palabra de honor, que me ha dado dolor de cabeza. ¿Y hay aún muchas visitas con ella?». «No, sólo dos». «¿Sabes quiénes son?». «La Sra. Cottard y la Sra. Bontemps». «¡Ah! La esposa del jefe de gabinete del ministro de Obras Públicas». «Sé que su marido trabaja en un ministerio, pero no sé exactamente de qué», dijo Gilberte en tono infantil.

«No te pongas tontita y no hables como si tuvieras dos años. ¡Cómo que trabaja en un ministerio! Es nada menos que jefe de gabinete, jefe de toda la casa y, ahora que pienso —¿dónde tendré la cabeza? La verdad es que soy tan distraído como tú—, no es jefe, sino *director*, del gabinete».

«¡Voy a saberlo yo! Entonces, ¿es mucho ser el director del gabinete?», respondió Gilberte, quien nunca perdía ocasión de manifestar indiferencia por todo lo que inspiraba vanidad a sus padres (por lo demás, lo único que hacía —podía pensar— era realzar una relación tan brillante aparentando no concederle demasiada importancia).

«¡Cómo que si es mucho!», exclamó Swann, quien, en lugar de esa modestia, que podía haberme dejado dudando, prefería un lenguaje más explícito. «Pero ¡si es que es pura y simplemente el primero después del Ministro! Es incluso más que el Ministro, pues él es quien lo hace todo. Al parecer, es muy capaz, un hombre de primer orden, una persona de lo más distinguida. Es oficial de la Legión de Honor. Se trata de un hombre encantador, muy apuesto incluso».

Por lo demás, su esposa se había casado con él contra viento y marea, porque era una «persona hechizadora». Tenía —cosa que puede bastar para constituir un conjunto delicado y poco común— una barba rubia y sedosa, facciones agraciadas, voz nasal, mal aliento y un ojo de vidrio.

«He de decirte», añadía dirigiéndose a mí, «que me divierte mucho ver a esas personas en el Gobierno actual, porque son los Bontemps, de la casa Bontemps-Chenut, prototipo de la burguesía reaccionaria, clerical, de ideas estrechas. Tu pobre abuelo conoció muy bien, al menos de reputación y de vista, al anciano Chenut padre, quien, pese a ser rico para la época, sólo

daba una perra chica de propina a los cocheros, y al barón Bréau-Chenut. Toda la fortuna se perdió en el crac de la *Union Générale* —tú eres demasiado joven para haber conocido todo aquello— y, qué caramba, se recuperaron como pudieron».

«Es el tío de una niña que iba a mi colegio, en un curso muy inferior al mío, la famosa "Albertine". Seguro que llegará a ser muy *fast*, pero de momento tiene una pinta muy rara».

«Mi hija es asombrosa: conoce a todo el mundo».

«No la conozco. Simplemente la veía pasar, oía gritar "Albertine" por aquí, "Albertine" por allá, pero conozco a la Sra. Bontemps y tampoco me gusta».

«Estás totalmente equivocada: es encantadora, bonita, inteligente. Es incluso ingeniosa. Voy a ir a saludarla y a preguntarle si cree su marido que va a haber guerra y si podemos contar con el rey Teodosio. Debe de saberlo, verdad, él, que conoce el secreto de los dioses».

No era así como hablaba Swann en tiempos, pero ¿quién no ha visto a princesas reales muy sencillas —si diez años antes se dejaron raptar por un ayuda de cámara e intentan volver a tener relaciones sociales y notan que no reciben visitas espontáneas— adoptar espontáneamente el lenguaje de las viejas pesadas y, cuando alguien cita a una duquesa de moda, no las ha oído decir: «Ayer estuvo en mi casa», y: «Vivo muy al margen»? Por eso, resulta inútil observar las costumbres, ya que se puede deducirlas de las leyes psicológicas.

Los Swann compartían esa actitud con las personas cuya casa es poco frecuentada; la visita, la invitación, una simple palabra amable de personas un poco destacadas eran para ellos un acontecimiento al que deseaban dar publicidad. Si la mala suerte había dictado que los Verdurin estuvieran en Londres, cuando Odette había dado una cena un poco brillante, se las arreglaban para que, por mediación de algún amigo común, se les telegrafiara la noticia allende el Canal. Ni siquiera las cartas, los telegramas lisonjeros, recibidos por Odette podían guardarse los Swann para sí. Hablaban de ellos a los amigos, se los pasaban de mano en mano. De modo que el salón de los Swann se parecía a esos hoteles de estaciones balnearias en los que clavan los telegramas en un tablero público.

Por lo demás, quienes no sólo habían conocido al antiguo Swann fuera de la alta sociedad, como yo, sino también en ella —en aquel círculo de Guermantes en el que, exceptuadas las altezas y las duquesas, había una exigencia infinita en punto a ingenio y encanto, en el que se condenaba a la exclusión a hombres eminentes considerados aburridos o vulgares— habrían podido asombrarse al comprobar que el antiguo Swann no sólo había dejado de ser discreto, cuando hablaba de sus relaciones, sino también difícil a la hora de elegirlas. ¿Cómo no iba a exasperarlo la Sra. Bontemps, tan ordinaria, tan malintencionada? ¿Cómo podía decir que era agradable? El recuerdo del círculo de Guermantes debería —era lo menos que se podía esperar— habérselo impedido; en realidad, contribuía a ello. En los Guermantes, a diferencia de las tres cuartas partes de los círculos mundanos, había —cierto es— gusto, un gusto refinado incluso, pero también esnobismo, lo que explicaba la posibilidad de una interrupción momentánea en el ejercicio del gusto. Si se trataba de alguien que no era indispensable para ese clan, de un ministro de Asuntos Exteriores, republicano un poco solemne, de un académico charlatán, se ejercía el gusto a fondo contra él: Swann compadecía a la Sra. de Guermantes por haber cenado junto a semejantes comensales en una embajada y prefería mil veces a un hombre elegante, es decir, un hombre del círculo de Guermantes, una nulidad, pero dotado con el ingenio de los Guermantes, alguien del mismo clan. Ahora bien, si resultaba que una gran duquesa o una princesa de sangre real cenaba con frecuencia en casa de la Sra. de Guermantes, formaba parte también de aquel clan, sin tener el menor derecho a ello, sin compartir su espíritu. Pero, puesto que la recibía, la alta sociedad —a falta de poder decir que la recibía porque la consideraba agradable— se las ingeniaba, con su ingenuidad, para considerarla agradable. Cuando la alteza se había marchado, Swann acudía en socorro de la Sra. de Guermantes y le decía: «En el fondo, es buena mujer, tiene incluso cierto sentido de la comicidad. No creo que haya estudiado —¡no, por Dios!— a fondo la *Crítica de la razón pura*, pero no es desagradable».

«Soy absolutamente de su opinión», respondía la duquesa. «Y eso que estaba intimidada, pero ya verá usted como puede ser encantadora». «Es mucho menos pesada que la Sra. XJ» (la esposa del académico charlatán,

que era notable), «quien te cita veinte volúmenes». «Pero si es que no hay comparación posible».

La de decir tales cosas —decirlas sinceramente— era una facultad que Swann había adquirido en casa de la duquesa y la había conservado. Ahora recurría a ella respecto de las personas a quienes recibía. Se esforzaba por discernir, por apreciar, en ellas las cualidades que todo ser humano —si lo examinamos con prevención favorable y no con el hastío de los delicados— revela; ponía de relieve los méritos de la Sra. Bontemps como en otro tiempo los de la princesa de Parma, quien debería haber sido excluida del círculo de Guermantes, si no hubiera habido en él entrada de favor para ciertas altezas y si sólo se hubiese tenido en cuenta —incluso en su caso— el ingenio y cierto encanto. Por lo demás, Swann, como ya hemos visto, gustaba —y ahora de forma más duradera— de intercambiar su situación mundana con otra que en ciertas circunstancias le convenía más. Sólo las personas incapaces de descomponer, en su percepción, lo que a primera vista parece indivisible creen que situación y persona son una y la misma cosa. Una misma persona, considerada en momentos sucesivos de su vida, se encuentra inmersa en diferentes grados de la escala social en ambientes que no necesariamente son cada vez más elevados y, siempre que en un nuevo período de la vida trabamos —o volvemos a trabar— vínculos con cierto círculo y nos sentimos mimados en él, comenzamos —como la cosa más natural del mundo— a apegarnos a él y a echar raíces.

Por lo que se refiere a la Sra. Bontemps, creo también que a Swann, al hablar de ella con aquella insistencia, no le preocupaba que mis padres se enteraran de que acababa de ver a su esposa. A decir verdad, en casa el nombre de las personas que aquélla iba llegando a conocer poco a poco —más que picar la curiosidad— inspiraba admiración. En nombre de la Sra. Trombert, mi madre decía:

«¡Ah! Pues ahí tiene una nueva prosélita y que le aportará otras».

Y, como si mamá hubiera comparado la forma un poco sumaria, rápida y violenta como la Sra. Swann conquistaba sus relaciones con una guerra colonial, añadía:

«Ahora que están sometidos los Trombert, las tribus vecinas no tardarán en rendirse».

Cuando se cruzaba en la calle con la Sra. Swann, al volver a casa, nos decía:

«He visto a la Sra. Swann en pie de guerra, debía de ir a alguna ofensiva fructífera entre los masechutos, los cingaleses o los Trombert».

Y de todas las personas nuevas que yo le explicaba haber visto en aquel ambiente un poco heterogéneo y artificial, en el que en muchos casos habían sido introducidas con dificultad y procedentes de mundos bastante diversos, adivinaba en seguida el origen y hablaba de ellas como si se tratara de trofeos comprados a muy alto precio. Decía:

«Procedente de una expedición en casa de los Fulanos de Tal».

En el caso de la Sra. Cottard, asombraba a mi padre que la Sra. Swann pudiera obtener alguna ventaja de atraer a aquella burguesa poco elegante y decía: «Pese a la situación del profesor, confieso no comprenderlo». En cambio, mi madre comprendía, por su parte, muy bien; sabía que gran parte de los placeres que experimenta una mujer al entrar en un círculo diferente a aquel en el que vivía en otro tiempo no serían tales, si no pudiera informar a sus antiguas relaciones sobre las —relativamente más brillantes— que las han substituido. Para ello hace falta un testigo al que dejan entrar en ese mundo nuevo y delicioso, como en una flor un insecto zumbante y voluble, que después, con el azar de sus visitas, difundirá —así lo esperan al menos — la noticia, el germen secreto de envidia y admiración. La Sra. Cottard, de lo más indicada para desempeñar esa función, pertenecía a esa categoría especial de invitados que mamá, quien en algunos aspectos compartía la mentalidad de su padre, llamaba los «Extranjero, ve a decir a Esparta». Por lo demás —aparte de otra razón que no se supo hasta muchos años después —, la Sra. Swann, al invitar a aquella amiga benévola, reservada y modesta, no tenía motivos para temer la introducción en las brillantes recepciones de su casa a un traidor o a una rival. Conocía el enorme número de cálices burgueses que, cuando iba armada del copete y del portadocumentos, podía visitar en una sola tarde aquella activa obrera. Conocía su poder de difusión y, basándose en el cálculo de probabilidades, tenía fundamento para pensar que con mucha probabilidad determinado asiduo de los Verdurin oiría contar sin falta dos días después que el Sr. Le Hault de Pressagny, presidente del Concurso Hípico, los había llevado a ella y a Swann a la gala

del rey Teodosio; suponía a los Verdurin informados tan sólo de esos dos acontecimientos lisonjeros para ella, porque las materializaciones particulares con las que nos representamos y perseguimos la gloria son poco numerosas por defecto de nuestra mente, incapaz de imaginar a la vez todas las formas que en líneas generales no dejará de revestir —esperamos fervientemente, por lo demás— a un tiempo para nosotros.

Por lo demás, la Sra. Swann tan sólo había obtenido resultados en el llamado «mundo oficial». Las mujeres elegantes no iban a su casa. No era la presencia de notabilidades republicanas lo que las había ahuyentado. En la época de mi primera infancia, todo lo que pertenecía a la sociedad conservadora era propio de la alta sociedad y en un salón respetable no se habría podido recibir a un republicano. Quienes vivían en semejante círculo se imaginaban que la imposibilidad de invitar jamás a un «oportunista» y, con mayor razón, a un horrible «radical» era algo que duraría siempre, como las lámparas de aceite y los ómnibus de caballos, pero la sociedad —como los caleidoscopios que giran de vez en cuando— coloca sucesiva y diferentemente elementos que se habían considerado inmutables y compone otra figura. Aún no había hecho yo la primera comunión, cuando ya señoras bien pensantes se quedaban estupefactas al encontrarse en una visita a una judía elegante. Esas nuevas disposiciones del caleidoscopio son producidas por lo que un filósofo llamaría un cambio de criterio. El caso Dreyfus ocasionó otro, en una época un poco posterior a aquella en la que yo empezaba a ir a casa de la Sra. Swann, y el caleidoscopio invirtió una vez más sus pequeños rombos de colores. Todo lo judío pasó abajo, incluida la señora elegante, y obscuros nacionalistas subieron a ocupar su lugar. El salón más brillante de París fue el de un príncipe austríaco y ultracatólico. En cuanto al lugar del caso Dreyfus, si hubiera sobrevenido una guerra con Alemania, la vuelta del caleidoscopio se habría producido en otro sentido. Como los judíos habían demostrado —para asombro general— ser patriotas, habrían conservado su situación y nadie habría querido ya ir —ni confesar haber ido jamás— a casa del príncipe austríaco. Ello no impide que, siempre que la sociedad está momentáneamente inmóvil, quienes viven en ella se imaginen que no habrá otro cambio, del mismo modo que, por haber visto la aparición del teléfono, no quieren creer en el aeroplano. Sin

embargo, los filósofos del periodismo condenan la época anterior, no sólo el tipo de placeres que se experimentaban en ella y que les parece la última palabra de la corrupción, sino también las obras de los artistas y los filósofos que, para ellos, han dejado de tener valor alguno, como si estuvieran indisolublemente unidas a las modalidades sucesivas de la frivolidad mundana. Lo único que no cambia es que en todos los casos parece haber «cierta transformación en Francia». En el momento en que fui a casa de la Sra. Swann, aún no había estallado el caso Dreyfus y algunos grandes judíos eran muy poderosos. Ninguno lo era tanto como Sir Rufus Israels, cuya esposa, Lady Israels, era la tía de Swann. Personalmente, no tenía intimidades tan elegantes como su sobrino, quien —como, por otra parte, no le tenía cariño— nunca la había cultivado en demasía, pese a que probablemente fuese a ser su heredero. Pero era la única de las parientes de Swann que estaba al corriente de la situación mundana de éste, pues las otras habían permanecido siempre en la misma ignorancia al respecto que nosotros. Cuando uno de los miembros de una familia emigra a la alta sociedad —cosa que le parece un fenómeno excepcional, pero que, según comprueba a diez años de distancia, ha logrado de otra forma y por razones diferentes más de un joven con quien se había criado—, describe en torno a sí una zona de sombra, una *terra incognita*, muy visible en sus menores matices para todos cuantos viven en ella, pero que no es sino noche y pura nada para quienes no entran en ella y la bordean sin sospechar, muy cerca de ellos, su existencia. Como ninguna Agencia Havas había informado a las primas de Swann sobre las personas a quienes frecuentaba, se contaban con sonrisas de condescendencia —antes de su horrible boda, naturalmente— que habían dedicado «virtuosamente» el domingo a ir a ver al «primo Charles», a quien —por considerarlo un poco envidioso y pariente pobre— llamaban, ingeniosas —parafraseando el título de la novela de Balzac—, «El primo tonto». Por su parte, Lady Rufus Israels sabía a las mil maravillas quiénes eran esas personas que prodigaban a Swann una amistad que ella envidiaba. La familia de su marido —la equivalente, más o menos, de los Rothschild— llevaba varias generaciones administrando los negocios de los príncipes de Orléans. Lady Israels, excesivamente rica, tenía una gran influencia y la había ejercido para que ninguno de sus conocidos recibiera a

Odette. Una sola había desobedecido, a escondidas: la condesa de Marsantes. Ahora bien, quiso la desgracia que, en cierta ocasión en que Odette había ido a visitar a la Sra. de Marsantes, entrara casi al mismo tiempo Lady Israels. La Sra. de Marsantes estaba en ascuas. Con la cobardía de las personas que podrían, sin embargo, permitírselo todo, no dirigió ni una vez la palabra a Odette, quien en adelante no se sintió animada a profundizar aún más una incursión en un mundo que en modo alguno era, por lo demás, aquel en el que le habría gustado ser recibida. Con ese completo desinterés por el Faubourg Saint-Germain, Odette seguía siendo la casquivana iletrada, muy diferente de las burguesas empapadas de los menores detalles genealógicos y que con la lectura de las memorias antiguas engañan la sed de relaciones aristocráticas que la vida real no les brinda, y, por otra parte, todas aquellas particularidades de una antigua amante seguían pareciendo seguramente agradables u ofensivas a Swann, pues oí con frecuencia a su mujer proferir auténticas herejías mundanas sin que —por un resto de cariño, una falta de estima o la pereza que le daba instruirla— intentara corregirla. Tal vez fuera también una manifestación de aquella sencillez que durante tanto tiempo nos había engañado en Combray la que lo movía ahora a desear que —aunque seguía conociendo, al menos por su cuenta, a personas muy brillantes— pareciera en la conversación que no se les atribuía la menor importancia en el salón de su mujer. Por lo demás, la tenían más que nunca para Swann, pues el centro de gravedad de su vida se había desplazado. En todo caso, la ignorancia de Odette en materia mundana era tal, que, si surgía en la conversación el nombre de la princesa de Guermantes después del de la duquesa, su prima, decía: «Hombre, esas dos son princesas, o sea, que han ascendido de grado». Si alguien decía: «el príncipe», refiriéndose al duque de Chartres, ella rectificaba: «El duque: es duque de Chartres y no príncipe». Respecto del duque de Orléans, hijo del conde de París: «Es curioso, el hijo es más que el padre», y, como era anglómana, añadía: «Te haces un lío con esas *Royalties*», y a una persona que le preguntaba de qué provincia eran los Guermantes, respondía: «De Aisne».

Por lo demás, Swann estaba ciego, por lo que se refería a Odette, no sólo ante las lagunas de su instrucción, sino también ante la mediocridad de

su inteligencia. Más aún: siempre que Odette contaba una historia ridícula, Swann escuchaba a su mujer con una complacencia, una alegría, casi una admiración, en la que debían de figurar restos de voluptuosidad, mientras que en la misma conversación Odette solía escuchar sin interés y muy pronto con impaciencia las cosas finas y profundas que él mismo podía decir y a veces lo contradecía con severidad, y, si pensamos, inversamente, en tantas mujeres superiores que se dejan fascinar por un cernícalo, censor implacable de sus palabras más delicadas, mientras que ellas se extasían, con la infinita indulgencia del cariño, ante sus gracias más insulsas, habrá quien concluya diciendo que ese sometimiento de la personalidad selecta a la vulgar es la norma en muchos matrimonios. Volviendo a las razones que en aquella época impidieron a Odette entrar en el Faubourg Saint-Germain, conviene decir que la vuelta más reciente del caleidoscopio mundano había sido provocada por una serie de escándalos. Señoras a cuya casa se iba con toda confianza habían resultado ser mujeres públicas, espías inglesas. Durante un tiempo se iba a exigir ante todo a las personas —así se creía al menos— una posición respetable, muy asentada… Odette representaba exactamente todo aquello con lo que se acababa de romper y, por lo demás, reconciliarse de inmediato —pues los hombres, como no cambian de la noche a la mañana, buscan en un nuevo régimen la continuación del antiguo —, pero en forma diferente, que permitía engañarse y creer que ya no era la sociedad de antes de la crisis. Ahora bien, Odette se parecía demasiado a las señoras «quemadas» de aquella sociedad. La gente de mundo es muy miope; en el momento en que abandonan todas las relaciones con señoras israelitas a las que conocían, mientras se preguntan cómo colmar ese vacío, descubren —aparecida de improviso como en virtud de una noche de tormenta— a una señora nueva, israelita también, pero, gracias a su novedad, no la asocian mentalmente con las anteriores, con lo que deben —según creen— detestar. Ella no pide que se respete a su Dios. La adoptan. En la época en que yo comencé a ir a casa de Odette, no se trataba de antisemitismo, pero ella era idéntica a lo que se quería rehuir por un tiempo.

Por su parte, Swann iba a visitar con frecuencia a algunas de sus relaciones de otro tiempo y, por tanto, pertenecientes todas a la más alta sociedad. Sin embargo, cuando nos hablaba de las personas a quienes

acababa de ver, observé que, para elegir de entre las conocidas en otro tiempo, se guiaba por el gusto —artístico a medias y a medias histórico— propio del coleccionista que había en él y, al advertir que —así como compraba un dibujo, si lo había descrito Chateaubriand— con frecuencia tal o cual gran señora desclasada le interesaba porque había sido la amante de Liszt o porque Balzac había dedicado una novela a su abuela, sospeché que en Combray habíamos substituido el error de considerar a Swann un burgués que no frecuentaba la alta sociedad por otro: el de creer que era uno de los hombres más elegantes de París. Ser amigo del conde de París nada significa. ¿Cuántos de esos «amigos de príncipes» hay que no serían recibidos en un salón un poco exclusivo? Los príncipes saben que lo son, no son esnobs y, por lo demás, se consideran en verdad tan por encima de todos cuantos no son de su sangre, que los grandes señores y los burgueses les parecen —por debajo de ellos— casi en el mismo nivel.

Por lo demás, Swann no se contentaba con buscar en la sociedad —tal como existe y apegándose a los nombres que el pasado ha inscrito en ella y que aún se pueden leer— un simple goce de letrado y artista, se entregaba también a una diversión bastante vulgar: la de hacer como ramilletes sociales agrupando elementos heterogéneos, reuniendo a personas procedentes de aquí y de allá. Esas experiencias de sociología divertida —o que así parecía a Swann— no tenían en todas las amigas de su mujer —al menos de forma constante— una repercusión idéntica. «Tengo intención de invitar al mismo tiempo a Cottard y a la duquesa de Vendôme», decía riendo a la Sra. Bontemps, con la golosa expresión de un gastrónomo que se propone hacer el experimento de substituir en una salsa los clavos de olor por pimienta de Cayena. Ahora bien, ese proyecto que iba a parecer, en efecto, grato —en el sentido antiguo de la palabra— a los Cottard, tenía la virtud de exasperar a la Sra. Bontemps. Los Swann la habían presentado recientemente a la duquesa de Vendôme y ella lo había considerado tan agradable como natural y presumir de ello al contárselo a los Cottard no había sido la parte menos sabrosa de su placer, pero, como los recién condecorados que, en cuanto lo son, quisieran ver cerrarse el grifo de las cruces, la Sra. Bontemps habría deseado que, después de ella, nadie de su círculo propio fuera presentado a la princesa. Maldecía en su fuero interno

el depravado gusto de Swann, que —para realizar una miserable extravagancia estética— le hacía disipar de una vez toda la pólvora arrojada a los ojos de Cottard, al hablarle de la duquesa de Vendôme. ¿Cómo iba a atreverse, por su parte, a anunciar a su marido que el profesor y su esposa iban a tener, a su vez, su parte de ese placer que le había alabado como único? ¡Si al menos los Cottard hubieran podido saber que no los invitaban de verdad, sino como diversión! Cierto es que lo mismo había sucedido en el caso de los Bontemps, pero —como Swann había tomado de la aristocracia ese eterno donjuanismo que, al tratar con dos mujeres sin importancia, hace creer a cada una de ellas que es la única destinataria del amor serio— había hablado a la Sra. Bontemps de la duquesa de Vendôme como de una persona con quien debía cenar. «Sí, pensamos invitar a la princesa junto con los Cottard», dijo unas semanas después la Sra. Swann, «mi marido cree que esa conjunción puede resultar divertida», pues, si bien había conservado del «pequeño núcleo» ciertas costumbres caras a la Sra. Verdurin, como la de gritar mucho para que la oyeran todos los fieles, empleaba, en cambio, ciertas expresiones —como «conjunción»— caras al círculo de Guermantes, cuya atracción sufría —como el mar la de la Luna — así, a distancia, y sin saberlo, sin por ello aproximarse a él. «Sí, los Cottard y la duquesa de Vendôme, ¿no le parece divertido?», preguntó Swann. «Creo que saldrá muy mal y lo único que les granjeará será problemas, no hay que jugar con fuego», respondió la Sra. Bontemps, furiosa. Por lo demás, ella y su marido, así como el príncipe de Agrigento, fueron invitados a aquella cena, que la Sra. Bontemps y Cottard contaron de dos formas diferentes, según los personajes a quienes se dirigieran. A unos, la Sra. Bontemps, por su parte, y Cottard, por la suya, contaban con indiferencia, cuando se lo preguntaban, quién más había asistido a la cena: «Sólo el príncipe de Agrigento: fue una cena muy íntima». Pero otros podían estar mejor informados (una vez alguien había dicho incluso a Cottard: «Pero ¿no estaban también los Bontemps?». «Se me había olvidado», había respondido Cottard, ruborizándose, a semejante torpe, al que en adelante clasificó en la categoría de las malas lenguas). Para ésos, los Bontemps y los Cottard adoptaron —cada cual por su cuenta, sin ser consultados— una versión cuyo marco era idéntico y en la que sólo los

nombres respectivos estaban intercambiados. Cottard decía: «Pues sólo estaban los señores de la casa, el duque y la duquesa de Vendôme» —y sonriendo con suficiencia—, «el profesor y la Sra. Cottard y —que me lleve el diablo, la verdad, si supimos jamás por qué, pues no pegaban allí ni con cola— el Sr. y la Sra. Bontemps». La Sra. Bontemps recitaba exactamente el mismo pasaje, pero los nombrados con énfasis satisfecho entre la duquesa de Vendôme y el príncipe de Agrigento eran el Sr. y la Sra. Bontemps y los pelagatos a quienes al fin acusaba de haberse invitado a sí mismos y que desentonaban eran los Cottard.

Con frecuencia Swann volvía de sus visitas poco antes de la hora de cenar. En aquel momento de las seis de la tarde, en que en otro tiempo se sentía tan desgraciado, ya no se preguntaba qué podría estar haciendo Odette y le preocupaba poco que tuviera visitas o hubiese salido. A veces recordaba que muchos años antes había intentado leer a través del sobre una carta dirigida por Odette a Forcheville, pero aquel recuerdo no le resultaba agradable y, en vez de ahondar en la vergüenza que sentía, prefería hacer una muequita con la comisura de los labios, completada, en caso necesario, con un movimiento de la cabeza, que significaba: «¿Qué puede importarme?». Cierto es que la hipótesis que en otro tiempo había analizado con frecuencia —según la cual las imaginaciones de sus celos eran las únicas que ensombrecían la vida, en realidad inocente, de Odette, hipótesis benéfica, en una palabra, ya que, mientras había durado su enfermedad amorosa, había disminuido sus sufrimientos al hacérselos parecer imaginarios— no era —consideraba ahora— la verdadera, sino que sus celos eran los que habían acertado y, si bien Odette lo había amado más de lo que él había creído, también lo había engañado más. En otro tiempo, cuando sufría tanto, se había jurado que, en cuanto dejara de amar a Odette y ya no temiera disgustarla o hacerla creer que la amaba demasiado, se daría la satisfacción de elucidar con ella —por simple amor de la verdad y como un asunto histórico— si se había acostado o no con Forcheville el día en que él había llamado al cristal y no le habían abierto y ella había escrito a Forcheville que quien había llegado era un tío suyo, pero el problema tan interesante que, nada más disiparse los celos, esperaba poner en claro había perdido precisamente todo interés para Swann cuando había dejado de estar

celoso: sin embargo, no inmediatamente. Aunque ya no sentía celos de Odette, la tarde en que había llamado en vano a la puerta del hotelito de la Rue La Pérouse había seguido inspirándoselos. Era como si los celos —en cierto modo semejantes en eso a esas enfermedades que parecen tener su sede, su fuente de contagio, menos en ciertas personas que en ciertos lugares, en ciertas casas— no hubieran tenido por objeto tanto la propia Odette cuanto aquel día, aquella hora del pasado perdido, en el que Swann había llamado a todas las entradas del hotelito de Odette. Era como si aquel día y aquella hora hubiesen sido los únicos en fijar algunas últimas parcelas de la personalidad amorosa que Swann había tenido en otro tiempo y ya sólo las recuperara allí. Hacía mucho que no le preocupaba que Odette lo hubiera engañado y lo engañase aún y, sin embargo, tanto había persistido en él la dolorosa curiosidad de saber si aquel día, tan lejano, estaba Odette acostada, a las seis de la tarde, con Forcheville, que durante unos años había seguido buscando a antiguos sirvientes de Odette. Después aquella curiosidad misma había desaparecido sin que por ello cesaran sus investigaciones. Seguía intentando enterarse de lo que ya no le interesaba, porque su yo antiguo, alcanzada su extrema decrepitud, seguía actuando maquinalmente, conforme a preocupaciones abolidas, hasta el punto de que Swann ya ni siquiera lograba representarse aquella angustia, pese a haber sido tan intensa en otro tiempo, que no habría podido imaginarse entonces que se libraría jamás de ella y sólo la muerte de aquella a quien amaba —la muerte, que, como mostrará más adelante en este libro una cruel prueba en contrario, en nada disminuye los sufrimientos provocados por los celos— le parecía capaz de allanar para él el camino, enteramente cortado, de su vida.

Pero esclarecer un día los hechos de la vida de Odette a los que había debido él aquellos sufrimientos no había sido el único deseo de Swann; había dejado en reserva también el de vengarse de ello cuando, al haber dejado de amar a Odette, hubiera dejado de temerla; ahora bien, se había presentado la ocasión precisamente de realizar ese deseo, pues Swann amaba a otra mujer, quien no le daba motivos de celos, pero, aun así, él los sentía, porque ya no era capaz de renovar su forma de amar y aquella que había aplicado a Odette le servía también para otra. Para que los celos de Swann renaciesen, no era necesario que aquella mujer fuese infiel, bastaba

que, por alguna razón, estuviera lejos de él —en una velada, por ejemplo— y hubiese parecido divertirse en ella. Era suficiente para despertar en él la antigua angustia, lamentable y contradictoria excrecencia de su amor, que alejaba a Swann de lo que era como una necesidad de alcanzar (el sentimiento real que aquella joven abrigaba por él, el deseo oculto de sus días, el secreto de su corazón), pues interponía entre Swann y aquella a quien amaba un cúmulo refractario de sospechas anteriores, inspiradas por Odette o por alguna otra que tal vez la hubiera precedido y que ya no permitían al amante envejecido conocer a su amante del presente sino mediante el fantasma antiguo y colectivo de la «mujer que despertaba sus celos», en el que había encarnado arbitrariamente su nuevo amor. Sin embargo, con frecuencia acusaba Swann a aquellos celos de hacerlo creer en traiciones imaginarias, pero entonces recordaba que había brindado a Odette el beneficio del mismo razonamiento y equivocadamente. Por eso, todo lo que la joven hacía en las horas en las que él no estaba con ella dejaba de parecerle inocente, pero, si bien en otro tiempo había jurado que, si alguna vez dejaba de amar a quien un día sería —sin que él lo adivinara — su mujer, le manifestaría implacablemente su indiferencia, por fin sincera, para vengar su orgullo por tanto tiempo humillado, ya no le interesaban las represalias que ahora podía ejercer sin riesgo, pues, ¿qué podía importarle cumplir el juramento y verse privado de aquellas entrevistas con Odette que en otro tiempo le resultaban tan necesarias? Junto con el amor había desaparecido el deseo de mostrar que ya no había amor y él, que, cuando sufría por Odette, había deseado tanto hacerla ver un día que estaba prendado de otra, en aquel momento en el que habría podido hacerlo tomaba mil precauciones para que su mujer no sospechara aquel nuevo amor.

* * *

En adelante no sólo participé en aquellas meriendas, a causa de las cuales había sentido en otros momentos la tristeza de ver a Gilberte dejarme y volver a casa más temprano, sino que, además, el Sr. y la Sra. Swann me admitían en las salidas que hacían —ya fuera para ir de paseo o a una función de tarde y que, al impedirle ir a los Campos Elíseos, me habían privado de ella los días en que me quedaba solo a lo largo del césped o ante el tiovivo— y tenía un lugar en su landó e incluso me preguntaban a mí si prefería ir al teatro, a una clase de danza en casa de una compañera de Gilberte, a una reunión de sociedad en casa de amigos de los Swann —lo que ella llamaba «un pequeño *meeting*»— o a visitar las tumbas de Saint-Denis.

Los días en que iba a salir con ellos, me presentaba en su casa para el almuerzo, que la Sra. Swann llamaba *lunch*; como la invitación era para las doce y media y en aquella época mis padres almorzaban a las once y cuarto, después de que se hubiesen levantado de la mesa era cuando me dirigía yo hacia aquel barrio lujoso, bastante solitario a todas horas, pero en particular a aquella en que todo el mundo había vuelto a casa. Si hacía bueno, incluso en invierno y aun cuando hubiera helado, me paseaba —apretando de vez en cuando el nudo de una magnífica corbata de Charvet y procurando que mis lustrosos botines no se ensuciaran— de un lado para otro por las avenidas en espera de las doce y veintisiete. Vislumbraba de lejos, en el jardincito de los Swann, el sol, que hacía relucir, como escarcha, los árboles desnudos. Cierto es que en él sólo había dos. Lo inhabitual de la hora infundía novedad al espectáculo. Con aquellos goces de la naturaleza —avivados por la supresión de la costumbre e incluso el hambre— se mezclaba la emocionante perspectiva de almorzar en casa de la Sra. Swann; no los disminuía, sino que, al dominarlos, los sometía, los convertía en accesorios mundanos, de modo que, si a aquella hora, en la que por lo general yo no los percibía, me parecía descubrir el buen tiempo, el frío, la luz invernal, era como un prefacio para los huevos con nata, como una pátina, una rosada y fresca transparencia sobre el revestimiento de aquella misteriosa capilla que era la morada de la Sra. Swann y en cuyo centro había, en cambio, tanto calor, perfumes y flores.

A las doce y media, me decidía por fin a entrar en aquella casa que, como un gran zapato de Navidad, debía brindarme —me parecía— goces sobrenaturales. (Por lo demás, el nombre de Navidad era desconocido para la Sra. Swann y Gilberte, quienes lo habían substituido por el de *Christmas* y no hablaban sino del *pudding* de *Christmas*, de los regalos que habían recibido por *Christmas*, de ausentarse —cosa que me hacía enloquecer de dolor— por *Christmas*. Incluso en casa, yo me habría considerado deshonrado hablando de Navidad y ya sólo decía *Christmas*, cosa que parecía a mi padre extraordinariamente ridícula).

Al principio sólo me encontraba con un lacayo, quien, tras hacerme cruzar varios grandes salones, me introducía en otro muy pequeño y vacío, al que comenzaba ya a hacer soñar la tarde azul de sus ventanas; permanecía yo solo en compañía de orquídeas, rosas y violetas sumidas —como personas que esperan a nuestro lado, pero no nos conocen— en un silencio que su individualidad de cosas vivas volvía más impresionante y recibían, frioleras, el calor de un fuego incandescente de carbón, preciosamente situado tras una vitrina de cristal, en una cuba de mármol blanco en la que hacía desplomarse de vez en cuando sus peligrosos rubíes.

Me había sentado, pero, al oír que abrían la puerta, me levantaba con precipitación: era simplemente otro lacayo y después un tercero y el escaso resultado que surtían sus idas y venidas, inútilmente emocionantes, era el de añadir un poco de carbón al fuego o agua a los jarrones. Se iban y, una vez cerrada la puerta que la Sra. Swann acabaría abriendo sin falta, volvía a encontrarme solo y la verdad es que me habría encontrado menos confuso en un antro mágico que en aquel saloncito de espera en el que el fuego me parecía realizar transmutaciones, como en el laboratorio de Klingsor. Resonaba un nuevo ruido de pasos y ya no me levantaba, pues debía de ser de nuevo un lacayo, pero era el Sr. Swann. «¿Cómo? ¿Estás solo? En fin, es que mi pobre esposa nunca ha sabido estar atenta a la hora. La una menos diez: cada día más tarde. Y ya verás como llegará sin apresurarse por creer que le sobra tiempo». Y, como seguía neuroartrítico y se había vuelto un poco ridículo, tener una esposa tan impuntual —que volvía tan tarde del Bois, se pasaba las horas muertas en casa de su modista y nunca llegaba a

tiempo para el almuerzo— inquietaba a Swann por su estómago, pero lo halagaba en su amor propio.

Me enseñaba nuevas adquisiciones que había hecho y me explicaba su interés, pero la emoción, unida a la falta de costumbre de estar aún en ayunas a aquella hora, al tiempo que me agitaba la mente me la dejaba en blanco, por lo que, si bien podía hablar, no podía escuchar. Por lo demás, me bastaba con que las obras que poseía Swann estuvieran allí situadas, formaran parte de la deliciosa hora que precedía al almuerzo. Aunque hubiera figurado entre ellas *La Gioconda*, no me habría causado mayor placer que una bata de la Sra. Swann o sus frascos de sales.

Seguía esperando, solo o con Swann y a menudo con Gilberte, que había venido a hacernos compañía. La llegada de la Sra. Swann, preparada por tan majestuosas entradas, había de ser —me parecía— algo inmenso. Yo estaba pendiente de cualquier crujido, pero una catedral, una ola en la tempestad, el salto de un bailarín nunca nos parecen tan altos como habíamos esperado; después de aquellos lacayos con librea, semejantes a los comparsas cuyo cortejo, en el teatro, prepara —y, por eso mismo, menoscaba— la aparición final de la Reina, la Sra. Swann, al entrar furtivamente con un abriguito de nutria y el velo bajado sobre una nariz enrojecida por el frío, no estaba a la altura de las promesas prodigadas a mi imaginación durante la espera.

Pero, si había permanecido toda la mañana en casa, cuando llegaba al salón, lo hacía vestida con una bata de crespón de China de color claro que me parecía más elegante que todos los vestidos.

A veces, los Swann decidían quedarse en casa toda la tarde y entonces, como habíamos almorzado a hora tan tardía, veía yo muy pronto en el muro del jardincito declinar el sol de aquel día que tan diferente había de ser —me había parecido— de los demás y —por mucho que los sirvientes trajeran lámparas de todos los tamaños y todas las formas, cada una de las cuales ardía en el altar consagrado de una consola, un velador, una «rinconera» o una mesita, como para la celebración de un culto desconocido— nada extraordinario nacía de la conversación y me marchaba decepcionado, como a menudo nos ocurre en la infancia después de la misa del gallo.

Pero aquella decepción era tan sólo espiritual. Yo no cabía en mí de gozo en aquella casa en la que Gilberte —cuando no estaba aún con nosotros— iba a entrar y al cabo de un instante me daría, durante horas, su palabra, su mirada atenta y risueña, tal como la había yo visto por primera vez en Combray. Si acaso, me sentía un poco celoso al verla desaparecer con frecuencia en grandes cuartos a los que se llegaba por una escalera interior. Obligado a permanecer en el salón, como el enamorado de una actriz que sólo dispone de su asiento en el patio de butacas y piensa, inquieto, en lo que ocurrirá entre bastidores, en los camerinos, hice yo preguntas a Swann —con frecuencia veladas, pero en un tono del que no conseguía desterrar cierta inquietud— sobre aquella otra parte de la casa. Me explicó que el cuarto al que iba Gilberte era el planchador, se ofreció a enseñármelo y me prometió que, siempre que Gilberte hubiera de dirigirse a él, la obligaría a llevarme. Con sus últimas palabras y el alivio que me depararon, Swann suprimió de pronto para mí una de esas atroces distancias interiores desde las cuales una mujer a la que amamos nos resulta tan lejana. En aquel momento, experimenté por él un cariño más profundo —me pareció— que el que sentía por Gilberte, pues, como dueño de su hija que era, me la ofrecía, mientras que ella, en cambio, se me negaba a veces, no tenía yo sobre ella el mismo dominio que —indirectamente— sobre Swann. Es que a ella la amaba yo y, por consiguiente, no podía verla sin sentir esa turbación, ese deseo de algo más, que nos priva —estando junto a la persona amada— de la sensación de amar.

Por lo demás, la mayoría de las veces no nos quedábamos en casa, sino que nos íbamos de paseo. A veces, antes de ir a vestirse, la Sra. Swann se ponía a tocar el piano. Sus bellas manos, saliendo de las mangas rosadas o blancas, con frecuencia de colores muy vivos, de su bata de crespón de China, alargaban sus falanges sobre el piano con la misma melancolía que embargaba sus ojos y no su corazón. Fue uno de aquellos días cuando se le ocurrió interpretarme por primera vez la sonata de Vinteuil en la que figura la frasecita que tanto había gustado a Swann, pero con frecuencia —si se trata de una música un poco complicada que escuchamos por primera vez— no oímos nada y, sin embargo, cuando más adelante me tocaron dos o tres veces dicha sonata, resultó que la conocía perfectamente. Por eso, no deja

de ser apropiado que digamos «oír por primera vez». Si de verdad no hubiésemos distinguido nada —como creíamos— en la primera audición, la segunda y la tercera serían en la misma medida primeras y no habría razón para que comprendiésemos algo más en la décima. Probablemente lo que falta la primera vez no es la comprensión, sino la memoria, pues la nuestra es —respecto de la complejidad de las impresiones que debe arrostrar mientras escuchamos— ínfima, tan breve como la de un hombre que al dormir piensa mil cosas al instante olvidadas o que, por haber vuelto a medias a la infancia, no recuerda, un minuto después, lo que acaban de decirle. La memoria no puede brindarnos de inmediato el recuerdo de esas impresiones múltiples, pero éste se va formando en ella poco a poco y respecto de las obras que hemos oído dos o tres veces somos como el colegial que ha leído varias veces, antes de dormirse, una lección que creía no saber y que recita de memoria la mañana siguiente. Sólo, que hasta aquel día yo no había oído aún ni una nota de aquella sonata y lo que para Swann y su esposa era una frase nítida resultaba tan lejano de mi percepción clara como un nombre que intentamos recordar y en lugar del cual sólo encontramos la nada, una nada de la que una hora después, sin pensarlo, se elevarán por sí solas, de un salto, las sílabas en vano solicitadas antes, y no sólo no retenemos en seguida las obras de verdad poco comunes, sino que, además, las partes menos preciosas —dentro de cada una de ellas— son incluso —como me ocurrió a mí con la sonata de Vinteuil— las primeras que percibimos. De modo que no sólo me equivocaba yo al pensar que la obra no me reservaba ya nada más (razón por la cual pasé tanto tiempo sin intentar oírla), puesto que la Sra. Swann me había interpretado su frase más famosa (a ese respecto era yo tan estúpido como quienes no esperan ya experimentar asombro ante San Marcos de Venecia, porque la fotografía les ha dado a conocer sus formas), sino que, además, siguió siéndome —incluso cuando hube escuchado la sonata de cabo a rabo— casi por entero invisible, como un monumento del que la distancia o la bruma permiten columbrar sólo pocos aspectos. A eso se debe la melancolía que acompaña al conocimiento de tales obras, como de todo lo que se realiza en el tiempo. Cuando se me descubrió lo que está más oculto en la sonata de Vinteuil, empezaba ya —arrastrado por el hábito lejos del alcance de mi sensibilidad

— a desvanecérseme, a escapárseme, lo que había distinguido, preferido, al principio. Por no haber podido apreciar sino en momentos sucesivos todo lo que me aportaba aquella sonata, nunca la poseí entera: se parecía a la vida. Pero esas grandes obras —menos decepcionantes que la vida— no comienzan dándonos lo mejor que encierran. En la sonata de Vinteuil, las bellezas que descubrimos antes son aquellas de las que nos cansamos más aprisa y por la misma razón seguramente: la de que difieren menos de lo que ya conocíamos. Pero, cuando se han alejado, nos queda por apreciar determinada frase que su orden, demasiado nuevo para ofrecer a nuestra mente otra cosa que confusión, nos había vuelto indiscernible y había conservado intacta; entonces es ésa —ante la que pasábamos todos los días sin saberlo y que se había reservado, se había vuelto, en virtud exclusivamente de su belleza, invisible y había permanecido desconocida— la última en llegar hasta nosotros, pero también será la última de la que nos separaremos, y la apreciaremos durante mucho más tiempo que las otras, porque habremos tardado mucho más en apreciarla. Por lo demás, ese tiempo que necesita una persona —como lo necesité yo con aquella sonata — para penetrar en una obra un poco profunda no es sino el escorzo y como el símbolo de los años, de los siglos a veces, que transcurren antes de que el público pueda apreciar una obra maestra en verdad nueva. Por eso, el genio —para protegerse contra los desdenes de las muchedumbres— tal vez piense que, como los contemporáneos carecen de la perspectiva necesaria, sólo la posteridad debería leer las obras escritas exclusivamente para ella, como ciertas pinturas que a poca distancia no se pueden apreciar correctamente, pero, en realidad, toda pusilánime precaución para evitar los juicios erróneos resulta inútil, porque son inevitables. La causa de que una obra genial difícilmente sea admirada en seguida es la de que quien la ha escrito es singular y pocos se le parecen. Su obra misma, al fecundar las pocas mentes capaces de comprenderla, es la que las hará crecer y multiplicarse. Fueron los cuartetos de Beethoven —XII, XIII, XIV y XV— los que tardaron cincuenta años en engendrar, en engrosar, su público, con lo que lograron, como todas las obras maestras, un progreso —ya que no en el valor de los artistas— al menos en la sociedad espiritual, hoy compuesta en gran medida de lo que resultaba inencontrable cuando apareció la obra,

es decir, personas capaces de apreciarla. La llamada posteridad es la de la obra. Es necesario que la obra —sin tener en cuenta, para simplificar, a genios que en la misma época pueden preparar paralelamente para el futuro un público mejor, del que se beneficiarán otros genios— cree por sí misma su posteridad. Así, pues, si se mantuviera la obra en reserva y sólo fuese conocida por la posteridad, ésta no sería para ella tal, sino una asamblea de contemporáneos que simplemente hubieran vivido cincuenta años después. Por eso, es necesario que el artista —si quiere que su obra pueda seguir su rumbo— la lance —y eso es lo que había hecho Vinteuil— hasta donde hay bastante profundidad, en pleno futuro lejano, y, sin embargo, si bien no tener en cuenta ese tiempo por venir, auténtica perspectiva de las obras maestras, constituye el error de los malos jueces, a veces tenerlo en cuenta es el peligroso escrúpulo de los buenos. Seguramente es fácil imaginarse —con una falsa ilusión análoga a la que uniformiza todas las cosas en el horizonte— que todas las revoluciones que ha habido hasta ahora en la pintura o la música respetaban, de todos modos, ciertas reglas y que lo que tenemos de inmediato ante nosotros —impresionismo, búsqueda de la disonancia, empleo exclusivo de la gama china, cubismo, futurismo— difiere extremadamente de lo que lo ha precedido. Es que lo precedente es juzgado sin tener en cuenta que una larga asimilación lo ha convertido para nosotros en una materia varia seguramente, pero, en resumidas cuentas, homogénea, en la que Hugo está contiguo a Molière. Basta con que pensemos en los chocantes contrastes que nos presentaría —si no tuviéramos en cuenta el tiempo por venir y los cambios que entraña— un horóscopo de nuestra propia edad madura expuesto ante nosotros en nuestra adolescencia. Sólo, que no todos los horóscopos aciertan y la obligación de que una obra de arte incluya en la totalidad de su belleza el factor del tiempo equivaldría a mezclar con nuestro juicio algo tan azaroso y, por tanto, tan carente de verdadero interés como cualquier profecía cuyo incumplimiento en modo alguno entrañará mediocridad por parte del profeta, pues lo que engendra las posibilidades y las excluye no es forzosamente competencia del genio; se puede haberlo tenido y no haber creído en el futuro de los ferrocarriles ni de los aviones o —aun siendo un

gran psicólogo— en la falsedad de una amante o de un amigo, cuyas reacciones habrían previsto otros más mediocres.

Aunque no comprendí la sonata, me encantó oír tocarla a la Sra. Swann. Me parecía que su ejecución —como su bata, el perfume de su escalera, sus abrigos, sus crisantemos— formaba parte de un todo individual y misterioso, en un mundo infinitamente superior a aquel en que la razón puede analizar el talento. «¿Verdad que es hermosa esta sonata de Vinteuil?», me dijo Swann. «El momento en que está obscuro bajo los árboles, en que los arpegios del violín hacen caer el fresco. Hay que reconocer que es muy bonito; encarna todo el estatismo de la luz de la luna, que es lo esencial. No es de extrañar que un tratamiento a base de luz, como el que está recibiendo mi esposa, surta efecto en los músculos, ya que la luz de la luna impide moverse a las hojas. Eso es lo que está tan bien representado en esa frasecita: el Bois de Boulogne presa de la catalepsia. Al borde del mar resulta aún más impresionante, porque se oyen muy bien las débiles respuestas de las olas: naturalmente, puesto que todo lo demás permanece inmóvil. En París es al revés: apenas si se ven insólitos fulgores sobre los monumentos, ese cielo iluminado como por un incendio sin colores y sin peligro, ese como inmenso suceso adivinado, pero en la frasecita de Vinteuil —y, por lo demás, en toda la sonata— no es así: ocurre en el Bois, en el *gruppetto* se oye nítidamente la voz de alguien que dice: "Casi se podría leer el periódico"». Aquellas palabras de Swann habrían podido falsear, más adelante, mi comprensión de la sonata, al ser la música demasiado poco exclusiva para alejar absolutamente lo que en ella —nos sugiere— encontramos, pero por otras afirmaciones de Swann comprendí que los follajes nocturnos eran simplemente aquellos bajo cuya espesura había oído muchas noches —en muchos restaurantes de los alrededores de París— la frasecita. En lugar del sentido profundo que en tantas ocasiones le había pedido Swann, lo que le evocaba eran aquellos follajes ordenados, enroscados, pintados en torno a ella (y le infundía el deseo de volver a verlos, porque le parecía su ser interior, como un alma), era toda una primavera de la que no había podido gozar en tiempos, por no tener —inquieto y apenado como estaba entonces— bienestar suficiente para ello y que —como se hace, para un enfermo, con las delicias que no ha podido

comer— le había guardado. Pese a que Odette lo acompañaba, junto con la frasecita, no habría podido preguntar a ella por los gozos que le habían hecho experimentar ciertas noches en el Bois y que la sonata de Vinteuil podía evocarle, pero entonces Odette estaba tan sólo a su lado —no en él, como el motivo de Vinteuil—, por lo que no veía —ni aunque hubiera sido mil veces más perceptiva— lo que en ninguno de nosotros —al menos yo durante mucho tiempo creí que esa regla no tenía excepción— puede exteriorizarse. «En el fondo es bastante bonito, ¿verdad?», dijo Swann, «que el sonido pueda reflejar, como el agua, como un espejo, y fíjate en que la frase de Vinteuil no me muestra sino aquello a lo que no prestaba yo atención en aquella época. De mis preocupaciones, de mis amores, de aquella época, nada me recuerda ya: los ha substituido». «Charles, me parece que es poco halagador para mí todo lo que estás diciendo». «¡Poco halagador! ¡Las mujeres son magníficas! Quería decir simplemente a este joven que lo que la música evoca —al menos a mí— en modo alguno es la "voluntad en sí" y "la síntesis del infinito", sino, por ejemplo, al tío Verdurin con levita en el Jardín Botánico. Esa frasecita me ha trasladado consigo mil veces —sin salir de este salón— a Armenonville. Dios mío, siempre es menos aburrido que ir allí con la Sra. de Cambremer». La Sra. Swann se echó a reír: «Es una señora que, según dicen, estuvo muy prendada de Charles», me explicó con el mismo tono con el que un poco antes —refiriéndose a Vermeer de Delft, a quien, para asombro mío, conocía— me había respondido: «Es que, verás, el señor se ocupaba mucho de ese pintor cuando me hacía la corte. ¿Verdad, Charles querido?». «No hables a tontas y a locas de la Sra. de Cambremer», dijo Swann, en el fondo muy halagado. «Pero ¡si me limito a repetir lo que me han dicho! Por lo demás, es, al parecer, muy inteligente, aunque yo no la conozco. Tengo entendido que es muy *pushing*, cosa que me asombra en una mujer inteligente, pero todo el mundo dice que estuvo loca por ti. No hay nada ofensivo en eso». Swann guardó un mutismo de sordo, que era como una confirmación y una prueba de fatuidad. «Puesto que lo que toco te recuerda el Jardín Botánico», prosiguió la Sra. Swann, aparentando en broma haberse molestado, «podríamos elegirlo esta tarde como meta de nuestro paseo, si le apetece a este muchacho. Hace muy bueno, ¡y volverías a encontrarte con

tus gratas impresiones! A propósito del Jardín Botánico, ¿sabes que este joven creía que apreciábamos mucho a una persona, la Sra. Blatin, a quien "evito", al contrario, siempre que puedo? Me parece muy humillante que se la considere amiga nuestra. Imagínate que hasta el bueno del doctor Cottard, quien nunca habla mal de nadie, la califica de "infecta"». «¡Qué horror! Lo único bueno que tiene es parecerse tanto a Savonarola. Es exactamente el retrato de Savonarola por Fra Bartolomeo». Aquella manía de Swann de encontrar parecidos así, en la pintura, era defendible, pues incluso lo que llamamos la expresión individual es —como advertimos con tanta tristeza cuando amamos y nos gustaría creer en la realidad única del individuo— algo general y ha podido encontrarse en diferentes épocas, pero, de creer a Swann, los cortejos de los Reyes Magos, ya tan anacrónicos cuando Benozzo Gozzoli introdujo en ellos a los Médicis, lo habrían sido aún más, pues habrían figurado en ellos los retratos de una multitud de hombres, contemporáneos, no de Gozzoli, sino de Swann, es decir, posteriores —no ya sólo quince siglos a la Natividad, sino cuatro— al propio pintor. Según Swann, en aquellos cortejos no faltaba ni un solo parisino notable, como en ese acto de una obra de Sardou en el que —por amistad para con el autor y la intérprete principal y también por moda— todas las notabilidades parisinas —médicos célebres, políticos, abogados— intervinieron en escena, para divertirse, uno cada noche. «Pero ¿qué relación tiene con el Jardín Botánico?». «¡Todas!». «¡Cómo! ¿Crees que tiene un trasero azul cielo como los monos?». «Charles, ¡tienes unas inconveniencias! No, me refería a lo que le dijo el cingalés. Cuéntaselo, que tiene mucha gracia». «Es una tontería. Ya sabes que a la Sra. Blatin le gusta dirigirse a todo el mundo con expresión que cree amable y es sobre todo protectora». «Lo que nuestros buenos vecinos del Támesis llaman *patronizing*», interrumpió Odette. «Hace poco fue al Jardín Botánico, donde hay negros, cingaleses, creo, me ha dicho mi mujer, que está mucho más versada en etnografía que yo». «Vamos, Charles, no te burles». «Pero si no me burlo lo más mínimo. El caso es que se dirigió a uno de esos negros: "¡Hola, negro!"». «¡Hay que ver!». «En cualquier caso, ese calificativo no gustó al negro: "Yo, negro", dijo con cólera a la Sra. Blatin, "¡y tú, camello!"». «¡Qué gracia tiene! Me encanta esa historia. ¿Verdad que tiene

“gracia”? No cuesta imaginar a la tía Blatin: “Yo, negro, ¡y tú, camello!”». Yo manifesté un profundo deseo de ir a ver a aquellos cingaleses, uno de los cuales había llamado «camello» a la Sra. Blatin. No me interesaban nada, pero pensaba que, para ir al Jardín Botánico y volver, pasaríamos por la Avenida de las Acacias en la que tanto había admirado yo a la Sra. Swann y que tal vez el mulato amigo de Coquelin, ante quien nunca había podido mostrarme saludando a la Sra. Swann, me vería sentado junto a ella en un «Victoria».

Durante los minutos en que Gilberte, quien había ido a prepararse, no estaba en el salón con nosotros, complacía al Sr. y a la Sra. Swann revelarme las extraordinarias virtudes de su hija y todo lo que yo observaba parecía probar que decían la verdad: notaba yo que, como me había contado su madre, tenía no sólo para con sus amigas, sino también para con los sirvientes, para con los pobres, atenciones delicadas, largamente meditadas, un deseo de agradar, un miedo a disgustar, que se plasmaban en cositas que con frecuencia le costaban mucho. Había hecho unas labores para nuestra vendedora de los Campos Elíseos y salió en plena nevada para entregárselas en persona y sin esperar un día siquiera. «No puedes hacerte idea del corazón que tiene, porque lo oculta», decía su padre. Tan joven aún como era y parecía mucho más razonable que sus padres. Cuando Swann hablaba de las grandes relaciones de su esposa, Gilberte apartaba la cara y guardaba silencio, pero sin expresión de censura, pues no le parecía que su padre pudiese ser objeto de la más ligera crítica. Un día en que yo le había hablado de la Srta. Vinteuil, me dijo:

«No quiero conocerla nunca, por una razón: no fue buena con su padre y según dicen, lo hizo sufrir. A ti, que no podrías sobrevivir a tu padre mejor que yo al mío, cosa, por lo demás, de lo más natural, te parece igualmente incomprensible, ¿verdad? ¿Cómo podríamos olvidar a alguien que queremos desde siempre?».

Y, un día en que estaba particularmente cariñosa con Swann y, cuando éste se había alejado, se lo comenté, dijo:

«Sí, pobre papá, por estos días es el aniversario de la muerte de su padre. Ya te puedes imaginar lo que debe de estar sufriendo: tú lo comprendes, sobre eso tenemos los mismos sentimientos, conque intento

ser menos mala que de costumbre». «Pero si no le pareces mala: te considera perfecta». «Pobre papá, es porque es demasiado bueno».

Sus padres no se limitaron a elogiarme las virtudes de Gilberte: aquella misma Gilberte que, antes incluso de que la hubiera yo visto jamás, se me aparecía delante de una iglesia, en un paisaje de Île-de-France, y después —al evocarme ya no mis sueños, sino mis recuerdos— estaba siempre delante del seto de espinos rosados en el repecho por el que subía yo siempre que me dirigía a la parte de Méséglise. Cuando pregunté a la Sra. Swann, esforzándome por adoptar el tono indiferente de un amigo de la familia que siente curiosidad por las preferencias de una niña, a cuáles de sus compañeras era a las que Gilberte quería más, la Sra. Swann me respondió:

«Pero si tú debes de llevarme ventaja en sus confidencias, tú, que eres el gran favorito, el gran *crack*, como dicen los ingleses».

Seguramente en esas coincidencias tan perfectas —cuando la realidad se repliega y se aplica sobre aquello con lo que durante tanto tiempo hemos soñado— nos lo oculta enteramente, se confunde con ello, como dos figuras iguales y superpuestas que forman una sola, mientras que, para dar todo su sentido a nuestro gozo, nos gustaría, al contrario, que todos esos puntos de nuestro deseo, en el momento mismo en que lo alcanzamos —y para estar más seguros de que se trata, efectivamente, de ellos—, conservaran el prestigio de ser intangibles, y el pensamiento no puede siquiera reconstituir el estado antiguo para confrontarlo con el nuevo, pues carece ya de campo libre: el conocimiento que hemos experimentado, el recuerdo de los primeros minutos inesperados, las palabras que hemos oído, están ahí y obstruyen la entrada de nuestra conciencia y gobiernan mucho más las salidas de nuestra memoria que las de nuestra imaginación: tienen más efecto retroactivo en nuestro pasado, que ya no podemos ver sin tenerlos en cuenta en la forma, que ha permanecido libre, de nuestro futuro. Durante años había podido yo creer que ir a casa de la Sra. Swann era una vaga quimera por siempre inalcanzable; tras haber pasado un cuarto de hora en su casa, lo que se había vuelto quimérico y vago como una posibilidad que la realización de otra ha anulado era el tiempo en que no la conocía. ¿Cómo habría podido seguir soñando con el comedor como con un lugar inconcebible, cuando no podía hacer un movimiento mental sin

encontrarme con los rayos infrangibles que emitía hasta el infinito tras él, hasta mi pasado más antiguo, el bogavante a la americana que acababa de comer? Y Swann debía de haber visto producirse —en lo que le atañía— algo análogo, pues se podía considerar aquel piso en el que me recibía el lugar en el que habían ido a confundirse —y coincidir— no sólo el piso ideal que mi imaginación había engendrado, sino también otro: el que el celoso amor de Swann, tan inventivo como mis sueños, le había descrito con tanta frecuencia, aquel piso común de Odette y de él que tan inaccesible le había parecido una noche en que Odette lo había llevado junto con Forcheville a tomar naranjada en su casa, y lo que había ido a fundirse, para él, en el plano del comedor en el que almorzábamos era aquel paraíso inesperado en el que en otro tiempo no podía él imaginarse —sin turbación — diciendo a *su* mayordomo aquellas mismas palabras —«¿Está lista la señora?»— que lo oía yo pronunciar ahora con ligera impaciencia, mezclada con cierta satisfacción del amor propio. Como tampoco podía yo —seguramente como Swann— conocer mi felicidad y, cuando la propia Gilberte exclamaba: «¡Quién iba a decirte que la niña a quien, sin hablarle, contemplabas jugar al marro sería tu gran amiga y que la visitarías en su casa todos los días que te apeteciese!», hablaba de un cambio que yo no podía por menos de reconocer desde fuera, pero que no poseía interiormente, pues se componía de dos estados que no conseguía pensar —sin que dejaran de ser distintos uno del otro— a la vez.

Y, sin embargo, aquel piso —por haber sido tan apasionadamente deseado por la voluntad de Swann— debía de resultarle aún grato, a juzgar por el misterio, que no había perdido, sino que seguía inspirándome a mí. Al penetrar en la casa de los Swann, yo no la había despojado totalmente de aquel encanto singular en el que estaba —había yo supuesto durante tanto tiempo— inmersa su vida; lo había hecho retroceder, domeñado por aquel extraño que era yo, aquel paria que había sido, y a quien la Srta. Swann ofrecía ahora gentilmente —para que tomara asiento en él— un sillón delicioso, hostil y escandalizado, pero en mi recuerdo percibo aún a mi alrededor aquel encanto. ¿Será porque aquellos días en que el Sr. y la Sra. Swann me invitaban a almorzar, para después salir con ellos y con Gilberte, imprimía yo con mi mirada —mientras esperaba a solas— en la

alfombra, en las butacas, en las consolas, en los biombos, en los cuadros, la idea grabada en mí de que la Sra. Swann o su marido o Gilberte iban a entrar? ¿Será porque esas cosas han vivido después en la memoria junto a los Swann y han acabado tomando algo de ellos? ¿Será porque, sabiendo que pasaban su vida entre ellas, yo erigía todas ellas en emblemas de su vida particular, de sus costumbres, de las que había yo estado excluido durante demasiado tiempo para que no siguieran pareciéndome extrañas, incluso cuando me hicieron el favor de mezclarme con ellas? El caso es que —siempre que pienso en aquel salón que parecía a Swann, sin que en modo alguno entrañara esa crítica la intención por su parte de contrariar los gustos de su esposa, tan heterogéneo, porque, pese a estar aún concebido con el estilo, a medias invernadero y a medias taller, del piso en el que había conocido a Odette, ésta había empezado a substituir en aquel batiburrillo numerosos objetos chinos que ahora le parecían un poco «fules», del todo «fuera de lugar», por una multitud de mueblecitos tapizados con antiguas sedas Luis XVI, por no citar las obras maestras traídas por Swann del hotelito del Quai d'Orléans— presenta, al contrario, en mi recuerdo —aquel salón heteróclito— una cohesión, una unidad, un encanto individual que nunca tienen ni siquiera los conjuntos más intactos que hemos recibido del pasado ni los más vivos, en los que se destaca la huella de una persona, pues sólo nosotros podemos infundir a ciertas cosas que vemos —con el convencimiento de que tienen una vida propia— un alma que después conservan y desarrollan en nosotros. Todas las ideas que me había yo hecho de las horas —diferentes de las que existen para los demás hombres— que los Swann pasaban en aquel piso —que era al tiempo cotidiano de su vida lo que el cuerpo es al alma y debía expresar su singularidad— estaban repartidas, amalgamadas —igualmente inquietantes e indefinibles por doquier— en la colocación de los muebles, en el espesor de las alfombras, en la orientación de las ventanas, en el servicio de los domésticos. Cuando, tras el almuerzo, íbamos a tomar el café, al sol, ante el gran ventanal del salón, mientras la Sra. Swann me preguntaba cuántos terrones de azúcar quería, no era sólo el taburete de seda que me ofrecía el que exhalaba —junto con el doloroso encanto que había yo sentido en otro tiempo, bajo el espino rosado y después junto al seto de laureles, en el nombre de Gilberte

— la hostilidad que me habían demostrado sus padres y que aquel mueblecito parecía haber conocido y compartido hasta tal punto, que no me sentía yo digno y me veía incapaz de imponer mis pies a su acolchado sin defensa; un alma personal lo vinculaba en secreto con la luz de las dos de la tarde, diferente de lo que era en cualquier otro sitio en el golfo en el que esparcía a nuestros pies sus olas de oro, de entre las cuales emergían como islas encantadas los sofás azulinos, y los vaporosos tapices, y hasta el cuadro de Rubens colgado por encima de la chimenea presentaba también el mismo género y casi el mismo poder de seducción que los botines con lacitos del Sr. Swann y aquel abrigo con esclavina que tantos deseos me había inspirado de llevar uno igual y que ahora, para estar más elegante, debía Swann substituir —le pedía Odette— por otro cuando les hacía yo el honor de salir con ellos. Iba también ella a vestirse, aunque yo hubiera asegurado que ningún vestido «de calle» podría compararse ni por asomo con la maravillosa bata de crespón de China o de seda —rosa senescente, cereza, rosa Tiépolo, blanca, malva, verde, roja, amarilla, lisa o estampada — que la Sra. Swann llevaba durante el almuerzo y que iba a quitarse. Cuando yo decía que debería salir así, se reía: para burlarse de mi ignorancia o complacida con mi cumplido. Se excusaba de tener tantas batas, porque sólo con ellas se sentía —decía— a gusto y nos dejaba para ir a ponerse uno de esos trajes soberbios que causaban sensación a todo el mundo y entre los cuales a veces me pedía, sin embargo, que eligiera —y se ponía— el que prefiriese yo.

¡Qué orgulloso me sentía en el Jardín Botánico —cuando acabábamos de apearnos del coche— de avanzar junto a la Sra. Swann! Mientras que con sus indolentes andares dejaba flotar su abrigo, yo le lanzaba miradas de admiración, a las que ella respondía, coqueta, con una larga sonrisa. Si entonces nos encontrábamos con alguno de los compañeros o compañeras de Gilberte, que nos saludaba de lejos, yo era visto, a mi vez, por ellos como una de esas personas a quienes tanto había envidiado yo, uno de esos amigos de Gilberte que conocían a su familia y entraban en el otro ámbito de su vida, la que no sucedía en los Campos Elíseos.

Con frecuencia nos cruzábamos en las alamedas del Bois o del Jardín Botánico con tal o cual gran señora amiga de Swann que nos saludaba y a

quien a veces éste no había visto y su esposa se la indicaba: «Charles, ¿no has visto a la Sra. de Montmorency?». Y Swann, con la amistosa sonrisa debida a una gran familiaridad, se descubría, sin embargo, con una ostentosa elegancia suya exclusiva. A veces la señora se detenía, dichosa de tener para con la Sra. Swann una cortesía sin importancia y de la que ésta no intentaría —se sabía— aprovecharse más adelante, pues Swann la había habituado insistentemente a mantener una actitud discreta. No por ello había dejado ella de adquirir todos los modales de la alta sociedad y, por elegante y noble de porte que fuera la señora, la Sra. Swann nunca le iba a la zaga al respecto: tras detenerse un momento junto a la amiga con quien su marido acababa de encontrarse, nos presentaba —a Gilberte y a mí— con tanta soltura, conservaba tanta libertad y calma en su amabilidad, que resultaba difícil decir cuál de las dos —la esposa de Swann o la aristocrática paseante— era la gran señora. El día en que fuimos a ver a los cingaleses, cuando regresábamos, divisamos —dirigiéndose hacia nosotros y seguida de otras dos que parecían escoltarla— a una señora de edad, pero aún hermosa, enfundada en un abrigo obscuro y tocada con una capota atada al cuello con dos cintas. «¡Ah! Ahí viene alguien que va a interesarte», me dijo Swann. La anciana señora, a tres pasos ya de nosotros, nos sonreía con una dulzura cariñosa. Swann se descubrió, la Sra. Swann se inclinó con una reverencia y quiso besar la mano de la señora semejante a un retrato de Winterhalter, quien la hizo levantar y le dio un beso. «A ver, ¿quiere ponerse su sombrero, usted?», dijo a Swann, con voz fuerte y un poco desabrida, como de amiga íntima. «Te voy a presentar a Su Alteza Imperial», me dijo la Sra. Swann. Mientras ésta hablaba del buen tiempo y de los animales recién llegados al Jardín Botánico con Su Alteza, Swann me llevó aparte un momento. «Es la princesa Mathilde», me dijo, «verdad, la amiga de Flaubert, de Sainte-Beuve, de Dumas. Imagínate, ¡es la sobrina de Napoleón I! Fue solicitada en matrimonio por Napoleón III y por el emperador de Rusia. ¿No es interesante? Háblale un poco, pero no quisiera que nos hiciese estar una hora aquí de pie». «Me he encontrado con Taine, quien me ha dicho que la princesa había reñido con él», dijo Swann. «Se portó como un cerdo», dijo ella con voz ruda y pronunciando la palabra como si hubiera sido el nombre del obispo contemporáneo de Juana de

Arco. «Después del artículo que escribió sobre el Emperador, le dejé una tarjeta de despedida». Yo sentía el mismo asombro que se siente al abrir la correspondencia de la duquesa de Orléans, princesa palatina de nacimiento y, en efecto, la princesa Mathilde, animada de sentimientos tan franceses, los experimentaba con honrada rudeza, como la que existía en tiempos en Alemania y que seguramente había heredado de su madre wurthenberguesa. Su franqueza un poco zafia y casi masculina se suavizaba, en cuanto sonreía, con languidez italiana y todo ello iba enfundado en un atavío tan Segundo Imperio, que, aunque la princesa lo llevara seguramente por apego a las modas que le habían gustado, parecía haber tenido la intención de no cometer una falta de color histórico y responder a las esperanzas de quienes esperaban de ella la evocación de otra época. Susurré a Swann que le preguntara si había conocido a Musset. «Muy poco, señor mío», respondió con aparente expresión de enfado y, en efecto, decía en broma «señor mío» a Swann por tener gran intimidad con él. «En cierta ocasión cenó en casa. Lo había invitado para las siete. Como a las siete y media no había llegado, nos sentamos a la mesa. Se presentó a las ocho, me saludó, se sentó, no despegó los labios y se marchó después de cenar sin que yo hubiera oído el sonido de su voz. Estaba borracho perdido. No sentí deseos precisamente de repetir». Swann y yo estábamos un poco aparte. «Espero que esta pequeña sesión no vaya a prolongarse», me dijo, «me duelen las plantas de los pies, conque no sé por qué alimenta la conversación mi mujer. Después será ella quien se queje de estar cansada y yo ya no puedo soportar estar así, tanto tiempo, de pie». En efecto, la Sra. Swann, quien había recibido la información de la Sra. Bontemps, estaba diciendo a la princesa que el Gobierno, tras comprender por fin su grosería, había decidido enviarle una invitación para asistir en las tribunas a la visita que el zar Nicolás iba a hacer dos días después a los Inválidos, pero la princesa —quien, pese a las apariencias, pese al estilo de su círculo, compuesto sobre todo de artistas y hombres de letras, había seguido siendo en el fondo y siempre que debía actuar la sobrina de Napoleón— respondió: «Sí, señora, la he recibido esta mañana y se la he devuelto al ministro, quien a estas horas debe de tenerla ya en su poder. Le he dicho que yo no necesitaba invitación para ir a los Inválidos. Si el Gobierno desea que yo vaya, no será en una tribuna, sino en

nuestro panteón, donde se encuentra la tumba del Emperador. Para eso no necesito tarjetas. Tengo mis propias llaves. Entro cuando quiero. El Gobierno puede hacerme saber si quiere que vaya o no, pero, si voy, será allí o en ningún sitio». En aquel momento nos saludó —a la Sra. Swann y a mí— un joven que le dio los buenos días sin detenerse y a quien no sabía yo que conociera: Bloch. A mi pregunta al respecto, la Sra. Swann me respondió que se lo había presentado la Sra. Bontemps y que era agregado al gabinete del ministro, cosa que yo ignoraba. Por lo demás, no debía de haberlo visto con frecuencia —o bien no había querido citar el nombre, que tal vez considerara poco «distinguido», de Bloch—, pues dijo que se llamaba Sr. Moreul. Yo le aseguré que se confundía, que se llamaba Bloch. La princesa enderezó una cola que se desplegaba tras ella y que la Sra. Swann miraba con admiración. «Es precisamente una piel que el emperador de Rusia me envió», dijo la princesa, «y, como acabo de ir a verlo, me la he puesto para mostrarle que se ha podido hacer con ella un abrigo». «Parece ser que el príncipe Louis se ha alistado en el ejército ruso: la princesa va a estar desolada de no tenerlo a su lado», dijo la Sra. Swann, quien no veía las señales de impaciencia de su marido. «Bien que lo necesitaba. Como yo le dije: “No es una razón que hayas tenido un militar en la familia”», respondió la princesa, aludiendo con aquella brusca sencillez a Napoleón I. Swann no podía permanecer allí ni un segundo más. «Señora, voy a ser yo quien haga de Alteza y le pida permiso para despedirnos: es que mi mujer ha estado muy enferma y no quiero que permanezca más tiempo inmóvil». La Sra. Swann volvió a hacer la reverencia y la princesa nos brindó a todos una sonrisa divina que pareció traer del pasado, de las gracias de su juventud, de las veladas de Compiègne y que se deslizó intacta y dulce por el rostro antes gruñón y después se alejó seguida de las dos damas de honor, quienes se habían limitado —al modo de intérpretes, niñas formalitas o enfermeras— a puntuar nuestra conversación con frases insignificantes y explicaciones inútiles. «Deberías ir a inscribir tu nombre en su casa, un día de esta semana», me dijo la Sra. Swann; «no hay que dejar tarjeta con esas *realezas*, como dicen los ingleses, pero, si te inscribes, te invitará».

A veces, en aquellos últimos días del invierno, entrábamos —antes de ir de paseo— en una de las exposiciones que se inauguraban entonces y en las que Swann, coleccionista insigne, era saludado con particular deferencia por los marchantes de cuadros en cuyas galerías se celebraban. Y en aquel tiempo aún frío aquellas salas, en las que una primavera ya avanzada y un sol ardiente daban reflejos violáceos a los Alpilles rosados y la transparencia obscura de la esmeralda al Gran Canal, despertaban mis antiguos deseos de viajar al Sur y a Venecia. Si hacía mal tiempo, íbamos al concierto o al teatro y después a merendar en un «salón de té». En cuanto la Sra. Swann quería decirme algo y no deseaba que las personas de las mesas contiguas o incluso los camareros que servían lo entendieran, me lo decía en inglés, como si fuese una lengua conocida sólo por nosotros dos. Ahora bien, todo el mundo sabía inglés, sólo yo no lo había aprendido aún y me veía obligado a decírselo a la Sra. Swann para que cesara de hacer —sobre quienes tomaban el té o quienes lo traían— comentarios que yo adivinaba descorteses sin comprenderlos y de los que la persona aludida no se perdía ni palabra.

Una vez, a propósito de una función teatral de tarde, Gilberte me causó profundo asombro. Era precisamente el día —del que ya me había hablado — del aniversario de la muerte de su abuelo. Teníamos que ir, ella y yo, a escuchar con su institutriz los fragmentos de una ópera y Gilberte se había vestido con la intención de asistir a aquella interpretación musical y conservando el aire de indiferencia que solía mostrar por lo que íbamos a hacer, al decir que podía ser cualquier cosa, con tal de que me gustara y fuera del agrado de sus padres. Antes del almuerzo, su madre nos llevó aparte para decirle que no era del agrado de su padre que fuésemos al concierto aquel día. Me pareció de lo más natural. Gilberte permaneció impasible, pero se puso pálida con una cólera que no pudo ocultar y no dijo ni palabra. Cuando volvió el Sr. Swann, su esposa lo llevó al otro extremo del salón y le habló al oído. Swann llamó a Gilberte y la llevó aparte en el cuarto contiguo. Se oyeron gritos. Sin embargo, yo no podía creer que Gilberte, tan sumisa, tan cariñosa, tan formal, se resistiera a la petición de su padre en semejante día y por una causa tan insignificante. Por fin Swann salió diciéndole:

«Ya sabes lo que te he dicho. Ahora haz lo que quieras».

El rostro de Gilberte permaneció contraído durante todo el almuerzo, después del cual fuimos a su cuarto. Luego, de repente, sin la menor vacilación y como si no la hubiera tenido en ningún momento, exclamó: «¡Las dos! Pero si sabes que el concierto empieza a las dos y media». Y dijo a su institutriz que se diera prisa.

«Pero», le dije yo, «¿no molestará a tu padre?».

«Ni lo más mínimo».

«Sin embargo, temía que pareciera extraño en el día de ese aniversario».

«¡Y a mí qué me importa lo que piensen los demás! Me parece grotesco hacer caso a los demás en asuntos de sentimientos. Sentimos para nosotros, no para el público. Para esta señorita, que tiene pocas distracciones, es una fiesta ir a ese concierto: no voy a privarla de ello para agradar al público».

Y cogió su sombrero.

«Pero, Gilberte», le dije cogiéndola del brazo, «no es para agradar al público, sino a tu padre».

«No irás a ponerte a hacerme advertencias, espero», me gritó con voz dura, al tiempo que se soltaba enérgicamente.

Los Swann no me excluían siquiera —favor más precioso aún que llevarme consigo al Jardín Botánico o al concierto— de su amistad con Bergotte, a la que se había debido el hechizo que me habían inspirado cuando —antes incluso de conocer a Gilberte— pensaba yo que por su intimidad con el divino anciano habría sido para mí la más apasionante de las amigas, si el desdén que debía yo de inspirarle no me hubiera vedado la esperanza de que me llevara jamás en sus visitas con él a sus ciudades amadas. Ahora bien, un día la Sra. Swann me invitó a un gran almuerzo. Yo no sabía quiénes iban a ser los comensales. Al llegar, me desconcertó un incidente en el vestíbulo que me intimidó. La Sra. Swann raras veces dejaba de adoptar los usos considerados elegantes durante una temporada y que, al no lograr mantenerse, no tardan en ser abandonados (como muchos años antes había tenido su *hansom cab* o imprimía en una invitación a almorzar la noticia de que era *to meet* a un personaje más o menos importante). En muchos casos dichos usos nada tenían de misteriosos y no exigían iniciación. Así, por ejemplo, Odette había encargado para su marido —

mínima innovación de aquellos años e importada de Inglaterra— tarjetas en las que el nombre de Charles Swann iba precedido de «Mr.». Después de la primera visita que le hice, la Sra. Swann había dejado en mi casa uno de esos «cartones», como ella decía. Nadie me había dejado nunca una tarjeta; sentí tal orgullo, emoción, gratitud, que, tras juntar todo el dinero que tenía, encargué un magnífico canastillo de camelias y se lo envié a la Sra. Swann. Supliqué a mi padre que fuera a dejar una tarjeta en su casa, pero que antes encargara la grabación de su nombre precedido de «Mr.». No obedeció a ninguno de mis dos ruegos, lo que me sumió en la desesperación durante varios días y después me pregunté si no habría tenido razón él, pero el uso del «Mr.», aunque inútil, era claro. No ocurría lo mismo con otro que, el día de aquel almuerzo, se me reveló y que no carecía de significado. En el momento en que iba yo a pasar de la antecámara al salón, el mayordomo me entregó un sobre fino y largo en el que estaba escrito mi nombre. Sorprendido, se lo agradecí, pero me quedé mirando el sobre sin saber tampoco lo que debía hacer con él como un extranjero con uno de esos pequeños instrumentos que se dan a los comensales en las cenas chinas. Vi que estaba cerrado, temí mostrarme indiscreto abriéndolo en seguida y me lo metí en el bolsillo con aire de entendido. La Sra. Swann me había escrito unos días antes para pedirme que fuera a un «almuerzo íntimo». Sin embargo, había dieciséis personas, entre las cuales se encontraba —cosa que yo ignoraba— Bergotte. La Sra. Swann, quien acababa de «nombrarme», como ella decía, ante varias de ellas, pronunció de repente, tras mi nombre, del mismo modo que acababa de decirlo —y como si fuéramos simplemente dos invitados del almuerzo que debían alegrarse en la misma medida de conocerse— el nombre del dulce cantor de pelo blanco. Aquel nombre de Bergotte me hizo estremecer como el ruido de un revólver disparado contra mí, pero instintivamente, para mostrar aplomo, saludé; ante mí, me devolvió el saludo —como esos prestidigitadores que columbramos intactos y con levita por entre el polvo de un disparo del que sale volando una paloma— un hombre joven, rudo, bajo, robusto y miope, con nariz roja en forma de concha de caracol y perilla negra. Me sentí mortalmente triste, pues lo que acababa de quedar pulverizado no era sólo el lánguido anciano del que nada quedaba ya, sino también la belleza de una

obra inmensa que yo había podido alojar en el organismo desfalleciente y sagrado que había construido, como un templo, a propósito para ella, pero que ningún lugar tenía reservado en el cuerpo rechoncho, lleno de vasos sanguíneos, huesos, ganglios, del hombrecillo de nariz chata y perilla negra que tenía ante mí. Todo el Bergotte que yo mismo había elaborado lenta y delicadamente, gota a gota, como una estalactita, con la transparente belleza de sus libros resultaba de pronto no poder ya ser útil, pues había que conservar la nariz de caracol y utilizar la barbilla negra, como tampoco sirve para nada la solución que habíamos encontrado para un problema cuyos datos habíamos leído incompletos y sin tener en cuenta que el total debía dar determinada cifra. La nariz y la perilla eran elementos tan ineluctables y tanto más molestos cuanto que, al obligarme a reedificar enteramente el personaje de Bergotte, parecían aún entrañar, producir, segregar sin fin, cierta clase de mentalidad activa y satisfecha de sí misma, cosa inaudita, pues nada tenía que ver con la clase de inteligencia vertida en sus libros, tan bien conocidos por mí y henchidos de una grata y divina sabiduría. Partiendo de ellos, nunca habría llegado a aquella nariz de caracol, pero, partiendo de aquella nariz que no parecía preocuparse, sino que se mantenía aparte con su extravagancia, iba yo en una dirección muy distinta de la obra de Bergotte, llegaría —parecía— a una mentalidad de ingeniero apresurado, como esos que, cuando los saludamos, creen apropiado decir: «Gracias, ¿y usted?», antes de que les hayamos preguntado y, si nos declaramos encantados de haberlos conocido, responden con la abreviación que se imaginan en boga, inteligente y moderna, en el sentido de que evita perder en fórmulas vanas un tiempo precioso: «Igualmente». Seguramente los nombres son dibujantes caprichosos que nos dan bosquejos de las personas y los países tan poco parecidos, que con frecuencia sentimos como un estupor cuando tenemos ante nosotros, en lugar del mundo imaginado, el visible (que, por lo demás, no es el verdadero, pues nuestros sentidos tienen tan poco don del parecido como la imaginación, por lo que los dibujos aproximativos que se pueden obtener de la realidad son al menos tan diferentes del mundo visto como éste lo era del mundo imaginado), pero, en el caso de Bergotte, la molestia del nombre anterior nada era en comparación con la que me causaba la obra conocida, a

la que me veía obligado a unir, como tras un globo, al hombre con perilla sin saber si conservaría la fuerza para elevarse. No obstante, parecía en efecto que había sido él quien había escrito los libros que yo tanto había adorado, pues, como la Sra. Swann se había considerado en el deber de decirle lo mucho que me gustaba uno de ellos, no mostró el menor asombro de que se lo comunicara a él y no a otro comensal y no pareció considerarlo consecuencia de un error, pero, henchiendo la levita que se había puesto en honor de todos aquellos invitados con un cuerpo ávido del próximo almuerzo y con su atención ocupada en otras realidades importantes, sonrió —como ante un episodio pasado de su vida anterior y como si hubieran aludido a un traje del duque de Guisa, que se hubiese puesto cierto año en un baile de disfraces— al recordar la idea de sus libros, que al instante decayeron para mí —arrastrando en su caída todo el valor de lo bello, del universo, de la vida— hasta la categoría de simple diversión mediocre de hombre con perilla. Yo me decía que debía de haberse aplicado al respecto, pero que, si hubiera vivido en una isla rodeada de bancos de madreperlas, se habría entregado con éxito al comercio de perlas. Su obra ya no me parecía tan inevitable y entonces me pregunté si la originalidad prueba de verdad que los grandes escritores son unos dioses cada uno de los cuales impera en un reino propio y exclusivo o si no habrá un poco de fingimiento en todo eso, si no serán las diferencias entre las obras resultado del trabajo más que expresión de una diferencia radical de esencia entre las diversas personalidades.

Entretanto, habíamos pasado a la mesa. Junto a mi plato había un clavel cuyo tallo estaba envuelto en papel de plata. Me azoró menos que el sobre que me habían entregado en la antecámara y ya había olvidado por completo. Su uso, pese a ser igualmente nuevo para mí, me pareció más inteligible, cuando vi a todos los comensales masculinos coger un clavel semejante que acompañaba a su cubierto e introducirlo en el ojal de su levita. Hice lo propio con la expresión natural de un librepensador en una iglesia, quien no conoce la misa, pero se levanta cuando todo el mundo lo hace y se arrodilla un poco después de que lo haya hecho todo el mundo. Otro uso desconocido y menos efímero me desagradó más. Al otro lado de mi plato había otro más pequeño lleno de una materia negruzca, que era —

aunque yo no lo sabía— caviar. No sabía qué se debía hacer con ella, pero decidí no comerla.

Bergotte no estaba lejos de mí, por lo que yo oía perfectamente sus palabras. Entonces comprendí la impresión del Sr. de Norpois. En efecto, tenía un órgano extraño; nada altera tanto las cualidades materiales de la voz como la transmisión del pensamiento: la sonoridad de los diptongos, la energía de las labiales, resultan, así, influidas; la dicción, también. La suya me parecía por completo diferente de su forma de escribir e incluso las cosas que decía de aquellas que llenan sus obras, pero la voz sale de una máscara bajo la cual no basta para hacernos reconocer un rostro que hemos visto al descubierto en el estilo. En ciertos pasajes de la conversación en los que Bergotte tenía la costumbre de ponerse a hablar de un modo que sólo parecía afectado y desagradable al Sr. de Norpois, tardé mucho en descubrir una correspondencia exacta con las partes de sus libros en las que su forma resultaba tan poética y musical. Entonces veía en lo que decía una belleza plástica independiente del significado de las frases y, como la palabra humana está en relación con el alma, pero —a diferencia del estilo— sin expresarla, el habla de Bergotte parecía casi sin sentido, salmodiando ciertas palabras, y, si perseguía por debajo de ellas una sola imagen, hilándolas sin intervalo como un solo sonido, con cansina monotonía. De modo, que un habla presuntuosa, enfática y monótona era la señal de la calidad estética de sus palabras y el efecto —en su conversación— de ese mismo poder que producía en sus libros la sucesión de las imágenes y la armonía. Me había costado tanto más advertirlo al principio cuanto que lo que decía en aquellos momentos —precisamente porque era en verdad de Bergotte— no parecía serlo. Era una profusión de ideas precisas, no incluidas en el «estilo Bergotte» que muchos cronistas se habían apropiado y aquella desemejanza probablemente fuera —vista de forma confusa durante la conversación, como una imagen tras un cristal ahumado— otro aspecto de la particularidad de que, cuando leíamos una página de Bergotte, nunca era lo que habría escrito cualquiera de aquellos insulsos imitadores, quienes en los periódicos y en los libros adornaban, sin embargo, su prosa con tantas imágenes y pensamientos «a lo Bergotte». Esa diferencia de estilo se debía a que «el Bergotte» era ante todo un elemento precioso y

verdadero, oculto en el núcleo de todas las cosas y después extraído de ellas por aquel gran escritor gracias a su genio, extracción que era el fin del dulce cantor y no el de escribir a lo Bergotte. A decir verdad, lo hacía a su pesar, pues era Bergotte, y en ese sentido cada nueva belleza de su obra era la pequeña cantidad de Bergotte oculta en una cosa y que había obtenido de ella, pero, si bien cada una de dichas bellezas estaba, por esa razón, emparentada con las otras y resultaba reconocible, no por ello dejaba de ser particular, como el descubrimiento que la había revelado, nueva y, por consiguiente, distinta de lo que se llamaba el estilo Bergotte, vaga síntesis de los Bergottes ya encontrados y redactados por él, que en modo alguno permitían a hombres sin genio augurar lo que descubriría en otra parte. Así ocurre con todos los grandes escritores, la belleza de sus frases es imprevisible, como lo es la de una mujer a quien aún no conocemos; es creación, ya que se aplica a un objeto exterior en el cual —y no en sí— piensan y que aún no han expresado. Un autor de memorias de hoy que quiera escribir —sin aparentarlo demasiado— como Saint-Simon podrá como máximo escribir la primera línea del retrato de Villars: «Era un hombre moreno y bastante alto… con una fisionomía viva, abierta, expresiva», pero ¿qué determinismo podrá hacerle encontrar la segunda línea, que comienza por «y en verdad un poco loca»? La verdadera variedad radica en esa plenitud de elementos reales e inesperados, en la rama cargada de flores azules que se eleva —contra toda previsión— del seto primaveral que parecía ya colmado, mientras que la imitación puramente formal de la variedad —y lo mismo se podría decir de todas las demás cualidades del estilo— es puro vacío y uniformidad, es decir, lo más opuesto a la variedad, y sólo a quien no la haya comprendido en los maestros puede brindar en los imitadores la ilusión al respecto y suscitar su recuerdo.

Por eso, así como la dicción de Bergotte habría hechizado seguramente, si él mismo hubiera sido un simple imitador que recitara un texto a lo Bergotte, en lugar de estar, como estaba, vinculada al pensamiento de Bergotte en obra y en acción mediante relaciones vitales que el oído no distinguía inmediatamente, así también había en su lenguaje —precisamente porque Bergotte aplicaba dicho pensamiento con precisión a la realidad que le gustaba— algo positivo, demasiado nutritivo, que

defraudaba a quienes esperaban oírlo hablar sólo del «eterno torrente de las apariencias» y de los «misteriosos estremecimientos de la belleza». Por último, la calidad siempre poco común y nueva de lo que escribía se plasmaba en su conversación con una forma tan sutil de abordar una cuestión, prescindiendo de todos sus aspectos ya conocidos, que parecía hacerlo por uno nimio, andar errado, recurrir a la paradoja y, así, sus ideas parecían la mayor parte de las veces confusas, pues cada cual llama ideas claras las que presentan el mismo grado de confusión que las suyas. Por lo demás, como toda novedad entraña la eliminación previa del tópico al que nos habíamos habituado y que nos parecía la realidad misma, toda conversación nueva —como toda pintura, toda música, originales— parecerá siempre alambicada y cansina. Descansa en figuras a las que no estamos acostumbrados, nos parece que quien habla lo hace exclusivamente mediante metáforas, cosa que cansa y da la impresión de falta de verdad. (En el fondo, las formas antiguas del lenguaje fueron también en tiempos imágenes difíciles de seguir, cuando el oyente no conocía aún el universo que representaban, pero desde hace mucho nos imaginamos que era el universo real, nos apoyamos en él). Por eso, cuando Bergotte decía de Cottard —cosa que parece muy simple hoy— que era un ludión en busca de su equilibrio y de Brichot que, «más aún que a la Sra. Swann, el cuidado de su peinado le exig[ía] gran esfuerzo, porque, doblemente preocupado como est[aba] por su perfil y su reputación, la disposición de su cabellera le da[ba] el aspecto a la vez de un león y de un filósofo», inspiraba en seguida fatiga y deseos de descansar sobre algo más concreto, según se decía, en el sentido de más habitual. Había que atribuir sin lugar a dudas las palabras irreconocibles procedentes de la máscara que tenía yo ante los ojos al escritor al que admiraba: no se habrían podido insertar en sus libros como piezas de un rompecabezas que encajan entre otras, estaban en otro plano y requerían una transposición mediante la cual encontré en ellas —un día en que me repetía yo frases que había oído decir a Bergotte— todo el armazón de su estilo escrito, cuyas diferentes piezas pude reconocer y nombrar en aquel discurso hablado que tan diferente me había parecido.

Desde un punto de vista más accesorio, la forma especial, demasiado minuciosa e intensa, como pronunciaba ciertas palabras, ciertos adjetivos,

que reaparecían a menudo en su conversación y que siempre iban acompañados de cierto énfasis, recalcando todas sus sílabas y haciendo cantar la última —como en el caso de la palabra «rostro», con la que substituía siempre la palabra «cara» y a la que añadía siempre gran número de erres, de eses y de tes, todas las cuales parecían explotar en su mano abierta en esos momentos—, correspondía exactamente al hermoso lugar de su prosa en el que hacía resaltar esas palabras, precedidas como de un margen y compuestas de tal modo en el número total de la frase, que no quedaba más remedio —so pena de cometer una falta de medida— que contar toda su «cantidad». Sin embargo, no se encontraba en el lenguaje de Bergotte cierta luminosidad que en sus libros, como en los de algunos otros autores, modifica a menudo en la frase escrita la apariencia de las palabras. Seguramente es porque procede de las profundidades y no lanza sus rayos hasta nuestras palabras en los momentos en que, al estar abiertos a los otros por la conversación, estamos en cierta medida cerrados a nosotros mismos. A ese respecto había más entonaciones, más acento, en sus libros que en sus palabras: acento independiente de la belleza del estilo, que el propio autor no ha percibido seguramente, pues resulta inseparable de su personalidad más íntima. Ese acento era el que en los momentos en que Bergotte era en sus libros enteramente natural ritmaba las palabras, muchas veces muy insignificantes, que escribía. Ese acento no va notado en el texto, nada lo indica en él y, sin embargo, se añade por sí solo a las frases, no se puede pronunciarlas de otro modo, es lo más efímero y, sin embargo, lo más profundo que había en el escritor y es lo que dará testimonio de su naturaleza, lo que dirá si, pese a las durezas que expresó, era dulce y, pese a las sensualidades, sentimental.

Ciertas particularidades de elocución que existían en estado de débiles indicios en la conversación de Bergotte no le pertenecían exclusivamente, pues, cuando más adelante conocí a sus hermanos y hermanas, volví a verlas en ellos mucho más acentuadas. Era algo brusco y ronco en las últimas palabras de una frase alegre, algo debilitado y agonizante al final de una frase triste. Swann, quien había conocido al maestro cuando era niño, me dijo que entonces se oían en él, como en sus hermanos y hermanas, esas inflexiones en cierto modo familiares, sucesivamente gritos de violentos

gozos y murmurios de una lenta melancolía, y que en la sala en que jugaban todos juntos interpretaba su papel mejor que ninguno en sus conciertos sucesivamente ensordecedores y lánguidos. Por particular que sea, todo ese ruido que exhalan las personas es fugitivo y no les sobrevive, pero no ocurrió así con la pronunciación de la familia Bergotte, pues, si bien resulta difícil comprender jamás, incluso en *Los maestros cantores*, cómo puede inventar un artista la música escuchando gorjear los pájaros, Bergotte había transpuesto y fijado en su prosa esa forma de arrastrar palabras que se repiten en clamores de gozo o se escurren en tristes suspiros. Hay en sus libros tales terminaciones de frases en las que la acumulación de las sonoridades que se prolongan, como en los últimos acordes de una obertura de ópera que no puede acabar y repite varias veces su suprema cadencia antes de que el director de orquesta deje la batuta, en las que encontré más adelante un equivalente musical de aquellos cobres fonéticos de la familia Bergotte, pero él, a partir del momento en que los transpuso en sus libros, dejó inconscientemente de utilizarlos en su habla. Desde el día en que había empezado a escribir y con mayor razón más adelante, cuando lo conocí, su voz había abandonado esa orquestación por siempre jamás.

Aquellos jóvenes Bergotte —el futuro escritor y sus hermanos y hermanas— no eran seguramente superiores, sino al contrario, a jóvenes más finos, más agudos, que consideraban a los Bergotte muy ruidosos, por no decir un poco vulgares, irritantes con sus bromas, que caracterizaban el «estilo» —presuntuoso a medias y a medias simplón— de la casa, pero el genio —e incluso el gran talento— se debe menos a elementos intelectuales y de afinación social superiores a los de los demás que a la facultad de transformarlos, de transponerlos. Para calentar un líquido con una lámpara eléctrica, no hay que tener la lámpara más potente posible, sino una cuya corriente pueda dejar de iluminar, desviarse y dar —en lugar de luz— calor. Para pasearse por el aire, no es necesario tener el automóvil más potente, sino un automóvil que, dejando de correr por el suelo y cortando con una vertical la línea que seguía, pueda convertir en fuerza ascensional su velocidad horizontal. De igual modo, quienes producen obras geniales no son quienes viven en el medio más delicado, quienes tienen la conversación más brillante, la cultura más extensa, sino quienes han tenido la capacidad

de volver —dejando bruscamente de vivir para sí mismos— su personalidad semejante a un espejo, de tal forma que su vida —por mediocre, por lo demás, que fuera, mundana e incluso, en ciertos casos, intelectualmente hablando— se refleje en ella, pues el genio consiste en la capacidad reflectante y no en la calidad intrínseca del espectáculo reflejado. El día en que el joven Bergotte pudo mostrar al mundo de sus lectores el salón de mal gusto en el que había pasado su infancia y las charlas no demasiado divertidas que en él sostenía con sus hermanos subió más alto que los amigos de su familia, más agudos y distinguidos: éstos podían regresar a sus casas en sus hermosos Rolls-Royce manifestando un poco de desdén por la vulgaridad de los Bergotte, pero él, con su modesto aparato que acababa por fin de «despegar», volaba por encima de ellos.

Con quien tenía algunos rasgos de su elocución en común era —no ya con los miembros de su familia, sino— con ciertos escritores de su época. Unos más jóvenes que empezaban a repudiarlo y aseguraban carecer de parentesco intelectual alguno con él lo manifestaban sin querer empleando los mismos adverbios, las mismas preposiciones que repetía él sin cesar, construyendo las frases del mismo modo, hablando con el mismo tono amortiguado, lento, por reacción contra el lenguaje elocuente y fácil de una generación anterior. Tal vez aquellos jóvenes —ya veremos quiénes estaban en ese caso— no hubieran conocido a Bergotte, pero su forma de pensar, inoculada en ellos, había desarrollado esas alteraciones de la sintaxis y del acento que guarda relación necesaria con la originalidad intelectual y que, por lo demás, requiere interpretación. Así, Bergotte, si bien nada debía a nadie en su forma de escribir, estaba en deuda en su forma de hablar con uno de sus antiguos compañeros, maravilloso conversador cuyo ascendiente había sufrido y a quien imitaba sin querer en la conversación, pero que, por tener menos dotes, nunca había escrito, por su parte, libros en verdad superiores. De modo, que, de haberse tenido en cuenta exclusivamente la originalidad del habla, Bergotte habría sido etiquetado discípulo, escritor de segunda mano, cuando, en realidad, había sido —influido por su amigo en el ámbito de la conversación— original y creador como escritor. Seguramente también para separarse de la generación anterior, demasiado dada a las abstracciones, a los grandes lugares comunes, cuando Bergotte

quería hablar bien de un libro, lo que destacaba, lo que citaba, era siempre alguna escena muy plástica, algún cuadro sin significado racional: «¡Ah, sí!», decía. «¡Está bien! Hay una niña con un chal naranja. ¡Ah! Está bien», o bien: «¡Sí, sí! Hay un pasaje en el que un regimiento cruza una ciudad. ¡Ah, sí! ¡Está bien!». En cuanto al estilo, no era del todo de su tiempo —y resultaba, por lo demás, muy exclusivamente de su país: detestaba a Tolstói, George Eliot, Ibsen y Dostoievski—, pues la palabra que reaparecía siempre, cuando quería elogiar un estilo, era «suave». «Sí, me gusta, de todos modos, más el Chateaubriand de *Atala* que el de *Rancé*: me parece más suave». Decía esa palabra como un médico a quien un enfermo asegura que la leche le sienta mal al estómago y que responde: «Pues la verdad es que es muy suave». Y es cierto que en el estilo de Bergotte había como una armonía semejante a aquella por la cual los antiguos hacían a algunos de sus oradores alabanzas cuya naturaleza nos cuesta concebir, habituados como estamos a nuestras lenguas modernas, en las que no se buscan esa clase de efectos.

Decía también, con sonrisa tímida, de páginas suyas de las que le declaraban admiración: «Creo que es bastante cierto, es bastante exacto, puede ser útil», pero por simple modestia, así como una mujer a quien dicen que su vestido o su hija son encantadores responde sobre el primero: «Es cómodo», y sobre la segunda: «Tiene buen carácter». Pero el instinto del constructor era demasiado profundo en Bergotte para que ignorara que la única prueba que había construido útilmente y según la verdad estribaba en el gozo que su obra había brindado a él primero y luego a los demás. Sólo, que, muchos años después, cuando ya no le quedaba talento, siempre que escribió algo de lo que no estaba satisfecho, para no borrarlo, como debería haber hecho, para publicarlo, se repitió, a sí mismo aquella vez: «Pese a todo, es bastante exacto, no es inútil a mi país». De modo, que la frase murmurada en otro tiempo ante sus admiradores por un ardid de su modestia lo fue, al final, en el secreto de su corazón, por las inquietudes de su orgullo y las mismas palabras que habían servido a Bergotte de excusa superflua para el valor de sus primeras obras llegaron a serlo como un consuelo ineficaz de la mediocridad de las últimas.

Esa como severidad de gusto que tenía, de voluntad de no escribir jamás sino cosas de las que pudiera decir: «Es suave», y que lo había hecho pasar durante tantos años por un artista estéril, precioso, cincelador de naderías, era, al contrario, el secreto de su fuerza, pues el hábito forja tanto el estilo del escritor como el carácter del hombre y el autor que se ha contentado varias veces con alcanzar en la expresión de su pensamiento cierto atractivo planta así para siempre los hitos de su talento, como, al ceder con frecuencia al placer, a la pereza, al miedo a sufrir, nos dibujamos nosotros mismos —en un carácter en el que el retoque acaba resultando imposible— la figura de nuestros vicios y los límites de nuestras virtudes.

Sin embargo, si, pese a las numerosas correspondencias que advirtió más adelante entre el escritor y el hombre, no había yo creído en el primer momento, en casa de la Sra. Swann, que fuera Bergotte, que fuese el autor de tantos libros divinos, quien se encontraba ante mí, tal vez no anduviera del todo errado, pues él mismo —en el sentido propio de la palabra— tampoco lo «creía». No lo creía, pues daba muestras de gran solicitud —sin ser, por lo demás, esnob— para con la gente de la alta sociedad, para con literatos, periodistas, muy inferiores a él. Cierto es que ahora había sabido por el sufragio de los demás que era un genio, frente a lo cual nada son la situación en el mundo y las posiciones oficiales. Había sabido que era un genio, pero no se lo creía, porque seguía simulando deferencia para con escritores mediocres a fin de llegar próximamente a ser académico, cuando, en realidad, la Academia o el Faubourg Saint-Germain tienen tan poco que ver con la parte del Espíritu eterno que es el autor de los libros de Bergotte como el principio de causalidad o la idea de Dios. Eso también lo sabía, como sabe un cleptómano, inútilmente, que está mal robar, y el hombre con perilla y nariz de caracol tenía astucias de *gentleman* ladrón de tenedores —para acercarse al sillón académico esperado— de tal duquesa que disponía de varios votos en las elecciones, pero lo hacía de tal modo, que ninguna persona que hubiera considerado un vicio perseguir semejante fin pudiese ver su maniobra. Sólo lo lograba a medias: alternando con las palabras del Bergotte de verdad, se oían las del Bergotte egoísta y ambicioso y que sólo pensaba en hablar de determinada gente poderosa, noble o rica, para darse a

valer, él, que en sus libros, cuando era de verdad él mismo, tan bien había mostrado el encanto —puro como el de una fuente— de los pobres.

En cuanto a los otros vicios a que había aludido el Sr. de Norpois, aquel amor a medias incestuoso, complicado incluso, según decían, con indelicadeza en materia de dinero, si bien contradecía de forma chocante la tendencia de sus últimas novelas, colmadas de un interés tan escrupuloso, tan doloroso, por el bien, que las menores alegrías de sus protagonistas resultaban emponzoñadas por él y para el propio lector se desprendía de ellas una sensación de angustia por la que la existencia más suave parecía difícil de soportar, no por ello probaban —suponiendo que se los imputara precisamente a Bergotte— que su literatura fuera mentirosa y tanta sensibilidad fuese comedia. Así como en patología ciertos estados de apariencia semejante son debidos unos a un exceso, otros a una insuficiencia de tensión, de secreción, etcétera, así también puede haber vicio por hipersensibilidad, igual que hay vicio por falta de sensibilidad. Tal vez sólo en vidas realmente viciosas pueda plantearse el problema moral con toda su fuerza de ansiedad y a ese problema el artista no da una solución en el plano de su vida individual, sino —en el de lo que para él es su vida de verdad— una solución general, literaria. Así como los grandes padres de la Iglesia comenzaron en muchos casos —sin dejar de ser buenos— conociendo los pecados de todos los hombres y de ello obtuvieron su santidad personal, con frecuencia los grandes artistas, aun siendo malos, recurren a sus vicios para llegar a concebir la norma moral de todos. En la mayoría de los casos, los vicios —o tan sólo las debilidades y las ridiculeces— del medio en el que vivían —las palabras inconsecuentes, la vida frívola y escandalosa de su hija, las traiciones de su mujer o sus propias faltas— son los que los escritores han reprobado en sus diatribas sin por ello cambiar el modo de vida de su familia o el mal ambiente reinante en su hogar, pero ese contraste asombraba menos en tiempos que en la época de Bergotte, porque, por una parte, a medida que se corrompía la sociedad, iban depurándose las ideas de moralidad, y, por otra, el público se había puesto al corriente más que hasta entonces de la vida privada de los escritores y ciertas noches, en el teatro, señalaban a un autor que tanto había admirado yo en Combray, sentado en el fondo de un palco, composición

que por sí sola parecía un comentario singularmente risible o angustioso, mentís impúdico de la tesis que acababa de sostener en su última obra. Lo que unos u otros pudieron decirme no fue lo que me informó en gran medida de la bondad o la maldad de Bergotte. Uno de sus allegados ofrecía pruebas de su dureza, un desconocido citaba un rasgo —conmovedor, pues había estado, evidentemente, destinado a permanecer oculto— de su profunda sensibilidad. Había sido cruel con su mujer, pero en un hostal de aldea al que había ido a pasar la noche se había quedado a velar a una mendiga que había intentado arrojarse al agua y, cuando se había visto obligado a marcharse, había dejado mucho dinero al hostalero para que no expulsara a aquella desgraciada y tuviera atenciones con ella. Tal vez cuanto más se desarrolló en Bergotte el gran escritor a expensas del hombre de la perilla, más se ahogó su vida individual en la ola de todas las vidas que imaginaba y dejó de parecerle que le impusiera deberes efectivos, substituidos en su caso por el deber de imaginar esas otras vidas, pero al mismo tiempo, como imaginaba los sentimientos de los demás tan bien como si hubieran sido suyos, cuando por las circunstancias había de dirigirse a un desgraciado, al menos de forma pasajera, no lo hacía desde su punto de vista personal, sino desde el de la propia persona que sufría, desde el cual le habría horrorizado el lenguaje de quienes siguen pensando en sus pequeños intereses ante el dolor del prójimo. De modo, que inspiró a su alrededor rencores justificados y gratitudes imborrables.

Sobre todo era un hombre al que sólo gustaban en verdad ciertas imágenes y —como una miniatura en el fondo de un cofre— componerlas y pintarlas con las palabras. Por una cosa de nada que le hubieran enviado, si le brindaba la ocasión de entretejer algunas, se mostraba pródigo en la expresión de su agradecimiento, mientras que no lo manifestaba por un rico presente, y, si hubiera tenido que defenderse ante un tribunal, no habría elegido, a su pesar, sus palabras por la impresión que podían causar al juez, sino en función de imágenes que el juez en modo alguno habría advertido.

Aquel primer día en que lo vi en casa de los padres de Gilberte, conté a Bergotte que había visto recientemente a la Berma en *Fedra*; me dijo que en la escena en que permanece con el brazo alzado a la altura del hombro —precisamente una de las escenas en que había habido tantos aplausos—

había sabido evocar con un arte muy noble obras maestras que tal vez no hubiera, por lo demás, visto nunca: una Hespérides que hace ese gesto sobre una metopa de Olimpia y también las hermosas vírgenes del antiguo Erecteion.

«Puede ser una adivinación, pero me imagino que irá a los museos. Sería interesante "verificarlo"» («verificar» era una de las expresiones habituales en Bergotte y que ciertos jóvenes que no lo conocían personalmente le imitaban, al hablar como él por una sugestión —por decirlo así— a distancia).

«¿Se refiere a las Cariátides?», preguntó Swann.

«No, no», dijo Bergotte, «salvo en la escena en que confiesa su pasión a Enone y hace con la mano el movimiento de Hégeso en la estela del Cerámico: se trata de un arte mucho más antiguo que revivifica. Me refería a las kores del antiguo Erecteion y reconozco que tal vez no haya nada tan alejado del arte de Racine, pero hay ya tantas cosas en *Fedra*… una más… ¡Oh! Y, además, es que sí, es muy bonita la Fedra del siglo VI, la verticalidad del brazo, el bucle de pelo que "parece mármol", sí, es mucho haber encontrado todo eso. Hay en eso mucha más antigüedad que en muchos libros llamados, este año, "antiguos"».

Como Bergotte había dirigido en uno de sus libros una invocación célebre a esas estatuas arcaicas, las palabras que pronunciaba en aquel momento eran muy claras para mí y me brindaban una nueva razón para interesarme en la interpretación de la Berma. Intentaba volver a verla en mi recuerdo, tal como había estado en aquella escena en la que había elevado —recordaba yo— el brazo a la altura del hombro, y yo pensaba: «Es la Hespérides de Olimpia, la hermana de una de aquellas admirables orantes de la Acrópolis: eso es un arte noble». Pero para que aquellas palabras pudieran embellecerme el gesto de la Berma, habría sido necesario que Bergotte me las hubiera brindado antes de la representación. Entonces, mientras aquella actitud de la actriz existía efectivamente ante mí, en el momento en que el suceso tiene aún la plenitud de la realidad, habría podido yo extraer de ella la idea de escultura arcaica, pero de la Berma en aquella escena lo que yo conservaba era un recuerdo ya no modificable, endeble como una imagen desprovista de esos intríngulis profundos del

presente que se dejan ahondar y de los que se puede obtener verídicamente algo nuevo, una imagen a la que no se puede imponer retrospectivamente una interpretación que ya no se prestaría a la verificación, a la sanción objetiva. Para introducirse en la conversación, la Sra. Swann me preguntó si se le había ocurrido a Gilberte enseñarme lo que había escrito Bergotte sobre *Fedra*. «Tengo una hija tan atolondrada…», añadió. Bergotte sonrió con modestia y aseguró que eran unas páginas sin importancia. «Pero que no: es encantador ese opúsculo, ese pequeño *libelo*», dijo la Sra. Swann, para mostrarse como buena señora de su casa, para hacer creer que había leído el folleto y también porque no sólo gustaba de cumplimentar a Bergotte, sino también de elegir entre las cosas que escribía, de dirigirlo, y, a decir verdad, lo inspiró, de forma distinta, por lo demás, de lo que pensaba, pero, en fin, entre lo que fue la elegancia del salón de la Sra. Swann y toda una faceta de la obra de Bergotte hay relaciones tales, que cada uno de aquéllos puede ser, alternativamente, para los ancianos de hoy un comentario de la otra.

Me lancé a contar mis impresiones. Aunque muchas de ellas no le parecían acertadas, Bergotte me dejaba hablar. Le dije que me había gustado la iluminación verde en el momento en que Fedra alza el brazo. «¡Ah! Cuánto le gustaría oírle hablar así al decorador, que es un gran artista: se lo contaré, porque está muy orgulloso de esa luz. Pero debo decir que a mí no me gusta demasiado, lo inunda todo con una tramoya glauca, dentro de la cual Fedra se parece demasiado a una rama de coral en el fondo de un acuario. Me dirá usted que así se resalta el lado cósmico del drama. Eso es cierto. De todos modos, estaría mejor en una obra que sucediera en el reino de Neptuno. Sé que hay en ello una venganza de Neptuno. No pido —¡no, por Dios!— que sólo se piense en Port-Royal, pero en fin, lo que Racine cuenta no son, de todos modos, los amores de los erizos de mar, pero, en fin, así lo quiso mi amigo y queda muy bien, de todos modos, y, en el fondo, resulta bastante bonito. Sí, en fin, le gustó a usted; como habrá comprendido, verdad, en el fondo estamos de acuerdo al respecto: fue un poco insensato lo que hizo su autor, pero, en fin, muy inteligente». Y cuando la opinión de Bergotte era, así, contraria a la mía, en modo alguno me reducía al silencio, a la imposibilidad de responder nada, como habría

hecho la del Sr. de Norpois, lo que no prueba que las opiniones de Bergotte fueran menos válidas que las del embajador: al contrario. Una idea fuerte comunica parte de su fuerza al contradictor. Como partícipe que es en el valor universal de las inteligencias, se inserta, se injerta, en la mente de aquel a quien refuta, en medio de ideas adyacentes, con cuya ayuda —al recuperar cierta ventaja— la completa, la rectifica, de modo que la sentencia final es en cierto modo obra de dos personas que debatían. A las ideas que no son, hablando con propiedad, tales, a las ideas que, por carecer de fundamento, no encuentran punto de apoyo alguno, ramal fraterno alguno, en la mente del adversario, es a las que éste, enfrentado al puro vacío, nada puede decir. Los argumentos del Sr. de Norpois —en materia de arte— carecían de réplica por carecer de realidad.

Como Bergotte no desechaba mis objeciones, le confesé que habían sido despreciadas por el Sr. de Norpois. «Pero si es que es un viejo tonto», respondió; «le dio picotazos a usted, porque siempre cree tener ante sí una torta o una jibia». «¡Cómo! ¿Conoces a Norpois?», me dijo Swann. «¡Oh! Es aburrido como la lluvia», interrumpió su mujer, quien tenía gran confianza en el juicio de Bergotte y seguramente temía que el Sr. de Norpois nos hubiera hablado mal de ella. «Quise hablar con él después de la cena, pero —no sé si sería la edad o la digestión— me pareció de lo más mediocre. ¡Parecía que hubiera sido necesario drogarlo!». «Sí», dijo Bergotte, «se ve por fuerza obligado, verdad, a callarse con bastante frecuencia para no agotar antes del fin de la velada la provisión de tonterías que almidonan la chorrera de su camisa y mantienen su blanco chaleco». «Me parece que Bergotte y mi esposa son muy severos», dijo Swann, quien había adoptado en su casa «el papel» de hombre sensato. «Comprendo que Norpois no pueda interesarles mucho, pero, desde otro punto de vista» (pues Swann gustaba de recoger las bellezas de la «vida»), «es una persona bastante curiosa, un “amante” bastante curioso. Cuando era secretario en Roma», añadió, tras haberse asegurado de que Gilberte no podía oírlo, «tenía en París una amante de la que estaba prendado y encontraba la forma de hacer el viaje dos veces a la semana para verla dos horas. Por lo demás, en aquella época era una mujer muy inteligente y encantadora, ahora es una anciana. Y en el intervalo tuvo muchas otras. Si la mujer a quien amara

viviera en París mientras yo estuviese retenido en Roma, me habría vuelto loco. Los nerviosos deberían amar siempre a quienes fueran, como se dice popularmente, “menos que ellos” para que, por razones de interés, la mujer amada estuviese a su disposición». En aquel momento Swann se dio cuenta de que yo podía aplicar aquella máxima al caso de Odette y él, y, como incluso en las personas superiores, en el momento en que parecen planear con nosotros por encima de la vida, el amor propio sigue siendo mezquino, fue presa de un gran malhumor contra mí, pero sólo se manifestó en la inquietud de su mirada. En aquel momento no me dijo nada. No hay que extrañarse demasiado. Cuando Racine, según un relato —por lo demás, inventado, pero cuya materia se repite todos los días en la vida de París— aludió a Scarron delante de Luis XIV, el rey más poderoso del mundo nada dijo al poeta aquella misma noche. Hasta el día siguiente no cayó éste en desgracia.

Pero, como una teoría requiere que se la exprese por entero, después de aquel minuto de irritación y tras haber limpiado el cristal de su monóculo, Swann completó su pensamiento con estas palabras que más adelante iban a cobrar en mi recuerdo el valor de una advertencia profética y que yo no supe tener en cuenta: «Sin embargo, el peligro de esa clase de amores es que la sujeción de la mujer calma por un momento los celos del hombre, pero los vuelve también más exigentes. Llega a hacer vivir a su amante como esos presos a los que mantienen iluminados noche y día para vigilarlos mejor y, por lo general, eso acaba en dramas».

Volví a referirme al Sr. de Norpois. «No te fíes de él, que tiene, al contrario, una lengua viperina», dijo la Sra. Swann, con un acento que me pareció significar que el Sr. de Norpois había hablado mal de ella tanto más cuanto que Swann miró a su esposa con expresión de reprimenda y como para impedirle decir nada más.

Entretanto, Gilberte, a quien habían rogado ya dos veces que fuera a prepararse para salir, seguía escuchándonos, entre su madre y su padre, en cuyo hombro estaba mimosamente apoyada. Nada, a primera vista, contrastaba más con la Sra. Swann, quien era morena, que aquella muchacha de cabellera pelirroja y piel dorada, pero, al cabo de un instante, se reconocían en Gilberte muchas facciones —por ejemplo, la nariz, cortada

con brusca e infalible decisión por el invisible escultor que trabaja con su cincel para varias generaciones— y la expresión, los movimientos de su madre; por poner una comparación en otro arte, parecía un retrato poco parecido aún a la Sra. Swann, a quien el pintor, por un capricho de colorista, hubiera hecho posar medio disfrazada, lista para dirigirse a una cena de «máscaras» en Venecia, y —como no era sólo que tuviese una peluca rubia, sino que todo átomo de umbría había sido expulsado de su carne, que, desvestida de sus velos morenos, parecía más desnuda, cubierta sólo con rayos emitidos por un sol interior— no se trataba de un simple maquillaje superficial, sino encarnado; Gilberte parecía representar algún animal fabuloso o llevar un disfraz mitológico. Aquella tez pelirroja era la de su padre, hasta el punto de que la naturaleza parecía haber tenido que resolver —cuando Gilberte había sido creada— el problema de rehacer poco a poco a la Sra. Swann disponiendo sólo —como materia— de la piel del Sr. Swann y la naturaleza la había utilizado perfectamente, como un ebanista que hubiese querido dejar a la vista el grano y los nudos de la madera. En el rostro de Gilberte, en la comisura de la nariz de Odette perfectamente reproducida, la piel se elevaba para conservar intactos los dos lunares del Sr. Swann. Era una nueva variedad de Sra. Swann obtenida ahí, a su lado, como una lila blanca junto a otra violeta. Sin embargo, no habría que imaginarse la línea de demarcación entre las dos semejanzas como absolutamente nítida. En ciertos momentos, cuando Gilberte se reía, se distinguía el óvalo de la mejilla de su padre en el rostro de su madre, como si los hubieran juntado para ver cómo resultaría la mezcla; dicho óvalo se precisaba como se forma un embrión, se alargaba en sentido oblicuo, se inflaba y al cabo de un instante había desaparecido. En los ojos de Gilberte aparecía la buena y franca mirada de su padre; era la que había en ellos cuando me dio la canica de ágata y me dijo: «Guárdala como recuerdo de nuestra amistad». Pero, si preguntaban a Gilberte por lo que había hecho, se veía en esos mismos ojos la confusión, la incertidumbre, el disimulo, la tristeza que en otro tiempo sentía Odette, cuando Swann le preguntaba adónde había ido y ella le daba una de aquellas respuestas mentirosas que desesperaban al amante y ahora lo hacían cambiar bruscamente de conversación, como marido indiferente y cauto. En los

Campos Elíseos me había inquietado con frecuencia ver aquella mirada en Gilberte, pero la mayoría de las veces no había razón, pues en ella aquella mirada —al menos aquélla, supervivencia totalmente física de su madre— a nada correspondía. Cuando había ido a su clase, cuando debía volver a casa para una lección, las pupilas de Gilberte ejecutaban aquel movimiento que en otro tiempo causaba en los ojos de Odette el miedo a revelar que había recibido durante el día a uno de sus amantes o que tenía prisa para ir a una de sus citas. Así se veían aquellas dos naturalezas del Sr. y la Sra. Swann ondular, refluir, apoyarse sucesivamente en el cuerpo de aquella Melusina.

Desde luego, sabemos que un hijo tiene rasgos de su padre y de su madre. Ahora bien, la distribución de las cualidades y los defectos que hereda resulta tan extraña, que de dos cualidades que parecían inseparables en uno de los padres ya sólo se encuentra una en el hijo y aliada con el defecto del otro padre que parecía inconciliable con ella. Incluso la encarnación de una calidad moral en un defecto físico incompatible es con frecuencia una de las leyes del parecido filial. De dos hermanas, una tendrá, junto con la altiva estatura de su padre, el espíritu mezquino de su madre; la otra, totalmente colmada de la inteligencia paterna, la presentará al mundo con el aspecto de su madre; de su madre, la nariz grande, el vientre nudoso e incluso la voz han pasado a ser las vestiduras de dones que conocíamos bajo una apariencia soberbia. De modo, que de cada una de las dos hermanas podemos decir con igual razón que es quien más ha salido a uno de sus padres. Cierto es que Gilberte era hija única, pero había al menos dos Gilberte. Las dos naturalezas —de su padre y de su madre— no se limitaban a combinarse en ella: se la disputaban y aun eso sería hablar inexactamente y haría suponer que una tercera Gilberte sufría, entretanto, de ser la presa de las otras dos. Ahora bien, Gilberte era sucesivamente una y después la otra y en cada momento sólo una, es decir, incapaz, cuando no era tan buena, de sufrir por ello, pues la mejor Gilberte no podía entonces —por su momentánea ausencia— observar aquella degradación. Por eso, la menos buena de las dos era libre para disfrutar de placeres poco nobles. Cuando la otra hablaba con el corazón de su padre, tenía amplitud de miras, daban ganas de realizar con ella una empresa hermosa y benéfica, se lo decías, pero en el momento en que, tras proponérselo, ibas a concertarla, el

corazón de su madre ya había recuperado el turno y era el que te respondía y te sentías decepcionado e irritado —casi intrigado, como ante una substitución de la persona— por una reflexión mezquina, una pérfida risita burlona, con los que Gilberte se complacía, pues procedían de lo que era en aquel momento. La distancia era a veces tan grande incluso, que te preguntabas —en vano, por lo demás— qué podías haberle hecho para encontrártela tan diferente. No sólo no había venido a la cita que te había propuesto y luego no se excusaba, sino que, además, fuera cual fuese la influencia que hubiera podido cambiar su determinación, se mostraba tan diferente después, que, si no te hubiera manifestado un mal humor con el que revelaba sentirse en falta y su deseo de evitar las explicaciones, habría sido como para pensar que —víctima de un parecido como el de los *Menechmos*— no estabas ante la persona que con tanta amabilidad te había expresado su deseo de verte.

«Anda, corre, que vas a hacernos esperar», le dijo su madre.

«Estoy tan bien junto a mi papaíto, quiero quedarme un momento más», respondió Gilberte ocultando la cara bajo el brazo de su padre, quien le pasó los dedos con ternura por su rubia cabellera.

Swann era de esos hombres que, tras haber vivido mucho tiempo con las ilusiones del amor, han visto cómo el bienestar que han brindado a muchas mujeres aumentaba la felicidad de éstas sin inspirarles el menor agradecimiento, la menor ternura, para con ellos, pero en sus hijos creen sentir un afecto que los hará pervivir —encarnado en su propio nombre— después de su muerte. Cuando ya no hubiera un Charles Swann, habría aún una Srta. Swann o una Sra. X, de soltera Swann, quien seguiría queriendo al padre desaparecido, tal vez queriéndolo demasiado incluso, pensaba seguramente Swann, pues respondió a Gilberte: «Eres una buena hija», con ese tono enternecido por la inquietud que nos inspira para el futuro el cariño demasiado apasionado de una persona destinada a sobrevivirnos. Para disimular su emoción, intervino en nuestra plática sobre la Berma. Me comentó —pero con tono indiferente, aburrido, como si quisiera permanecer en cierto modo ajeno a lo que decía— la inteligencia, la exactitud imprevista con que la actriz decía a Enone: «¡Tú lo sabías!». Estaba en lo cierto: al menos aquella entonación tenía un valor en verdad

inteligible y debería haber satisfecho, así, mi deseo de encontrar razones irrefutables para admirar a la Berma, pero precisamente por su claridad no lo contentaba. La entonación era tan ingeniosa, con una intención, un sentido, tan precisos, que parecía existir en sí misma y cualquier artista inteligente habría podido adquirirla. Era una idea hermosa, pero quienquiera que la concibiese tan plenamente la haría suya igual. El caso es que la Berma la había encontrado, pero ¿se puede emplear la palabra «encontrar» cuando se trata de algo que, si lo hubiéramos recibido, nos resultaría diferente, algo que no se debe esencialmente a nuestra persona, puesto que otra puede después reproducirlo?

«Dios mío, pero ¡cómo eleva tu presencia el *nivel de la conversación*!», me dijo —como para excusarse ante Bergotte— Swann, quien había adquirido en el círculo de Guermantes la costumbre de recibir a los grandes artistas como a buenos amigos a quienes sólo se quiere brindar la posibilidad de comer los platos que les gustan, jugar a los juegos o —en el campo— entregarse a los deportes que les divierten. «Me parece que hablamos en verdad de *arte*», añadió. «Está muy bien, me gusta mucho», dijo la Sra. Swann, al tiempo que me lanzaba una mirada agradecida, por bondad y también porque conservaba sus antiguas aspiraciones a una conversación más intelectual. Después Bergotte habló a otras personas, en particular a Gilberte. Yo le había dicho todo lo que sentía con una libertad que me había asombrado y que se debía a que —por haber adquirido con él, desde hacía años (durante tantas horas de soledad y lectura, en las que no era para mí sino la parte mejor de mí mismo), la costumbre de la sinceridad, la franqueza, la confianza— me intimidaba menos que una persona con quien hubiese hablado por primera vez y, sin embargo, me sentía —por la misma razón— muy inquieto por la impresión que debía de haberle causado, el desprecio que le inspirarían —había yo supuesto— mis ideas, que no databan de aquel momento, sino de los tiempos —ya antiguos— en que había empezado a leer sus libros, en nuestro jardín de Combray, pero tal vez debería haber pensado que, puesto que había simpatizado tanto con la obra de Bergotte, por una parte, y, por otra, había experimentado en el teatro una decepción cuyas razones no conocía, esos dos movimientos instintivos que me habían arrastrado no debían de ser diferentes uno del

otro, sino obedecer a las mismas leyes, y que aquel espíritu de Bergotte, que tanto había adorado en sus libros, no debía de ser algo enteramente ajeno y hostil a mi decepción y a mi incapacidad para expresarlo. Es que mi inteligencia debía de ser una y tal vez sólo exista incluso una de la que todo el mundo sea coarrendatario, una inteligencia a la que cada cual —desde el fondo de su cuerpo particular— dirige sus miradas, como en el teatro, donde, si bien cada cual tiene su lugar, sólo hay, en cambio, un escenario. Seguramente las ideas que yo me deleitaba intentando discernir no eran aquellas en que solía ahondar Bergotte en sus libros, pero, si era la misma inteligencia la que teníamos él y yo a nuestra disposición, él debía —al oírme expresarlas— de recordarlas, gustarlas, sonreírles, conservando probablemente, pese a lo que yo suponía, ante su ojo interior otra parte de la inteligencia muy distinta de aquella que había pasado —en forma de fragmento— a sus libros y gracias a la cual había imaginado yo todo su universo mental. Así como los sacerdotes que tienen la mayor experiencia del corazón pueden perdonar mejor los pecados que no cometen, así también el genio que tiene la mayor experiencia de la inteligencia puede comprender mejor las ideas más opuestas a las que constituyen el fondo de sus propias obras. Debería yo haberme dicho todo eso (que, por lo demás, no resulta demasiado agradable precisamente, pues la benevolencia de las mentes más elevadas tiene por corolario la incomprensión y la hostilidad de las mediocres; ahora bien, la amabilidad de un gran escritor que encontramos, si acaso, en sus libros nos satisface mucho menos de lo que soportamos la hostilidad de una mujer a quien no hemos elegido por su inteligencia, pero no podemos por menos de amar). Debería haberme dicho yo todo eso, pero no me lo decía, estaba convencido de que habría parecido estúpido a Bergotte, cuando Gilberte me susurró al oído:

«No quepo en mí de gozo, porque has conquistado a mi gran amigo Bergotte. Ha dicho a mamá que le has parecido extraordinariamente inteligente».

«¿Adónde vamos?», pregunté a Gilberte.

«¡Oh! A donde queramos; a mí, verdad, ir aquí o allá…».

Pero, después del incidente habido el día del aniversario de la muerte de su abuelo, yo me preguntaba si no sería el carácter de Gilberte diferente de

lo que había creído, si aquella indiferencia ante lo que fuéramos a hacer, aquella formalidad, aquella calma, aquella dulce sumisión constante, no ocultarían, al contrario, deseos muy apasionados que por amor propio no quería mostrar y sólo revelaba con su repentina resistencia, cuando por casualidad resultaban contrariados.

Como Bergotte vivía en el mismo barrio que mis padres, nos marchamos juntos; en el coche me habló de mi salud: «Nuestros amigos me han dicho que está usted enfermo. Lo compadezco mucho, pero, aun así, no demasiado, porque comprendo perfectamente que debe de gozar de los placeres de la inteligencia y probablemente sea lo que sobre todo cuenta para usted, como para todos cuantos los conocen».

¡Cómo sentía yo —ay— que lo que él iba diciendo era poco aplicable a mí, a quien todo razonamiento, por elevado que fuese, dejaba frío, que sólo era feliz en momentos de simple vagabundeo, cuando experimentaba bienestar! ¡Cómo sentía que lo que deseaba en la vida era puramente material y con qué facilidad habría prescindido de la inteligencia! Como no distinguía —de entre los placeres— los que tenían orígenes diferentes, más o menos profundos o duraderos, pensé —en el momento de responderle— que me habría gustado una vida en la que hubiera tenido amistad con la duquesa de Guermantes y en la que hubiese sentido con frecuencia —como en la antigua oficina de arbitrios de los Campos Elíseos— un frescor que me hubiera recordado a Combray. Ahora bien, en aquel ideal de vida que no me atrevía a confiarle nada pintaban los placeres de la inteligencia.

«No, señor, los placeres de la inteligencia son muy poca cosa para mí, no son los que busco, ni siquiera sé si los he gozado jamás».

«¿De verdad?», me respondió. «Pues mire, sí, de todos modos, debe de ser eso lo que usted prefiere, me lo figuro, eso creo».

Desde luego, no me convencía, pero me sentía más feliz, menos agobiado. A consecuencia de lo que me había dicho el Sr. de Norpois, yo había considerado puramente subjetivos y carentes de verdad mis momentos de ensueño, de entusiasmo, de confianza en mí mismo. Ahora bien, según Bergotte, quien parecía conocer mi caso, el síntoma desdeñable parecían ser, al contrario, mis dudas, mi hastío de mí mismo. Sobre todo lo

que había dicho del Sr. de Norpois quitaba mucha de su fuerza a una condena que yo había creído sin apelación.

«¿Recibe usted un tratamiento adecuado?», me preguntó Bergotte. «¿Quién se ocupa de su salud?». Le dije que me había visitado y seguramente volvería a hacerlo Cottard. «Pero ¡si no es lo que necesita!», me respondió. «Como médico no lo conozco, pero lo he visto en casa de la Sra. Swann y es un imbécil. Suponiendo que eso no impida ser buen médico, cosa que me cuesta creer, impide ser un buen médico para artistas, para personas inteligentes. Las personas como usted necesitan médicos apropiados, regímenes, medicamentos —casi podríamos decir— particulares. Cottard lo aburrirá y ya sólo eso impedirá que resulte eficaz su tratamiento y, además, es que ese tratamiento no puede ser el mismo para usted que para un individuo cualquiera. Las tres cuartas partes de la enfermedad de las personas inteligentes proceden de su inteligencia. Necesitan al menos un médico que conozca esa enfermedad. ¿Cómo quiere que Cottard pueda tratarlo? Ha previsto la dificultad de digerir las salsas, el empacho, pero no la lectura de Shakespeare… Por eso, sus cálculos pierden exactitud con usted, se rompe el equilibrio, es una vez más el ludión que sube. Le encontrará una dilatación del estómago, no necesita reconocerlo, puesto que la tiene de antemano en el ojo. Puede usted verla, se refleja en sus lentes». Aquella forma de hablar me fatigaba mucho, yo me decía con la estupidez del sentido común: «En los lentes del profesor Cottard hay tan poca dilatación de estómago reflejada como tonterías ocultas en el chaleco blanco del Sr. de Norpois». «Lo que yo le aconsejaría más bien», prosiguió Bergotte, «es recurrir al doctor Du Boulbon, que es de lo más inteligente». «Es un gran admirador de sus obras», le respondí yo. Vi que Bergotte lo sabía y concluí que las mentalidades fraternales no tardan en juntarse, que tenemos pocos verdaderos «amigos desconocidos». Lo que Bergotte me dijo sobre Cottard, aun siendo contrario a todo lo que yo creía, me impresionó. No me preocupaba lo más mínimo que mi médico me resultara aburrido; esperaba de él que, gracias a un arte cuyas leyes no entendía yo, emitiera sobre mi salud un oráculo indiscutible consultando mis entrañas. Y no me interesaba que —con ayuda de su inteligencia, en lo que podría yo haberlo suplido, intentara comprender la mía, que no era, para mí, sino un

medio, indiferente en sí mismo, de intentar alcanzar verdades exteriores. Dudaba yo mucho que las personas inteligentes necesitaran una higiene distinta de la de los imbéciles y estaba totalmente dispuesto a someterme a la de éstos. «Alguien que necesitaría un buen médico es nuestro amigo Swann», dijo Bergotte y, cuando le pregunté si estaba enfermo, me contestó: «Es que es un hombre que se ha casado con una mujerzuela y se traga cincuenta sapos al día de mujeres que no quieren recibir a la suya o de hombres que se han acostado con ella. Se ven: le dejan la boca torcida. Fíjese un día en la ceja circunfleja que pone al volver a casa para ver qué visitas hay». La malevolencia con la que Bergotte hablaba así, a un extraño, de amigos que lo recibían en su casa desde hacía tanto tiempo era algo tan nuevo para mí como el tono casi cariñoso que en todo momento adoptaba con los Swann en su casa. Desde luego, una persona como mi tía abuela, por ejemplo, habría sido incapaz de tener para con ninguno de nosotros gentilezas como las que había yo oído a Bergotte prodigar a Swann. Le gustaba decir —incluso a las personas a quienes quería— cosas desagradables pero, en su ausencia, no habría pronunciado una palabra inconveniente para con ellas. Nada se parecía menos a la buena sociedad que la nuestra de Combray. La de los Swann era ya una vía hacia ella, hacia sus versátiles olas. No era aún el mar abierto, era ya la laguna. «Todo esto, que quede entre nosotros», me dijo Bergotte, al despedirse de mí ante la puerta. Unos años después, yo le habría respondido: «Nunca repito nada». Es la frase ritual de la gente de la buena sociedad con la que se tranquiliza falsamente al maldiciente. Ésa es la que debería yo haber dirigido ya aquel día a Bergotte, pues no inventamos todo lo que decimos, sobre todo en los momentos en que actuamos como personajes sociales, pero aún no la conocía. Por otra parte, la de mi tía abuela en una ocasión semejante habría sido: «Si no quiere que se repita, ¿por qué lo dice?». Ésa es la respuesta de las personas insociables, las que ponen «mala cara». Yo no lo era: me incliné en silencio.

Hombres de letras que eran para mí personas de consideración se pasaban años intrigando antes de llegar a trabar con Bergotte relaciones que seguían siendo siempre obscuramente literarias y no salían de su gabinete de trabajo, mientras que yo acababa de instalarme entre los amigos del

escritor, de golpe y tranquilamente, como alguien que, en lugar de guardar cola con todo el mundo para ocupar un sitio malo, obtiene los mejores pasando por un pasillo cerrado a los demás. Si Swann me lo había abierto así, era seguramente porque así como un rey invita, naturalmente, a los amigos de sus hijos al palco real, al yate real, así también los padres de Gilberte recibían a los amigos de su hija en medio de las cosas preciosas que poseían y de las intimidades, más preciosas aún, en ellas enmarcadas, pero en aquella época yo pensé —y tal vez con razón— que aquella amabilidad de Swann iba destinada indirectamente a mis padres. En tiempos me había parecido oír en Combray que, al ver mi admiración por Bergotte, se les había ofrecido para llevarme a cenar a su casa y mis padres no habían accedido con el argumento de que yo era demasiado joven y nervioso para «salir». Seguramente mis padres representaban para ciertas personas, aquellas precisamente que me parecían las más maravillosas, algo muy diferente que para mí, por lo que, como en la época en que la señora vestida de rosa había expresado a mi padre elogios de los que éste se había mostrado tan poco digno, me habría gustado que mis padres hubieran comprendido el inestimable presente que acababa de recibir y hubiesen manifestado su agradecimiento a aquel Swann generoso y cortés que me lo —o se lo— había ofrecido sin parecer advertir su valor, como en el fresco de Luini el encantador rey mago, de nariz aguileña y cabello rubio y con el cual le habían encontrado, al parecer, una gran semejanza.

Por desgracia, no parecieron apreciar aquel favor que me había hecho Swann y que, al volver a casa, antes incluso de quitarme el abrigo, anuncié a mis padres, con la esperanza de que despertara en su corazón un sentimiento tan emocionado como el mío y los incitara a tener para con los Swann alguna «atención» enorme y decisiva. «¿Que Swann te ha presentado a Bergotte? ¡Excelente conocimiento, encantadora relación!», exclamó, irónico, mi padre. «¡Ya sólo faltaba eso!». Y, cuando añadí que el Sr. de Norpois no era santo de su devoción, prosiguió —¡ay!— así:

«¡Naturalmente! Eso demuestra que es un hombre falso y malintencionado. Pobre hijo mío, con el poco sentido común que ya tenías, me desagrada profundamente verte caído en un ambiente que va a acabar de trastornarte».

Ya mi simple frecuentación de la casa de los Swann no había encantado precisamente a mis padres. La presentación a Bergotte les pareció una consecuencia nefasta, pero natural, de una primera falta, de la debilidad que habían tenido y que mi abuelo habría llamado «carencia de circunspección». Tuve la sensación de que, para acabar de dar el último retoque a su mal humor, sólo me faltaba decir que había parecido extraordinariamente inteligente a aquel hombre perverso y que no apreciaba al Sr. de Norpois. En efecto, cuando mi padre consideraba que una persona —uno de mis compañeros, por ejemplo— iba —como yo en aquel momento— por mal camino, si, además, éste contaba entonces con la aprobación de alguien a quien mi padre no estimaba, veía en ese sufragio la confirmación de su pésimo diagnóstico. El mal le parecía tanto mayor. Ya me lo oía yo exclamar: «Necesariamente, ¡es *todo uno*!», expresión que me espantaba por la imprecisión y la inmensidad de las reformas cuya inminente introducción en mi apacible vida parecía anunciar, pero, como —aunque no hubiera contado lo que Bergotte había dicho de mí— nada podía ya borrar, de todos modos, la impresión experimentada por mis padres, poca importancia tenía que fuera un poco peor aún. Por lo demás, me parecían tan injustas, tan erróneas, que no sólo no abrigaba esperanzas, sino casi tampoco el deseo, de infundirles una opinión equitativa. Sin embargo, al sentir —en el momento en que las palabras salían de mi boca— lo mucho que iba a horrorizarles pensar que me hubiese apreciado alguien que consideraba idiotas a los hombres inteligentes y era objeto del desprecio de las personas de bien y cuyo elogio, al parecerme envidiable, me incitaría al mal, en voz baja y con expresión un poco avergonzada fue como, al concluir mi relato, lancé el ramillete: «Ha dicho a los Swann que le he parecido extraordinariamente inteligente». Como un perro envenenado que en un campo se arroja, sin saberlo, sobre la hierba que constituye precisamente el antídoto de la toxina que ha absorbido, acababa yo de decir, sin sospecharlo, la única palabra del mundo apta para vencer en mis padres el prejuicio para con Bergotte, el prejuicio contra el que los mejores razonamientos que hubiera podido exponer, los mayores elogios que le hubiese dedicado, habrían sido inútiles. En aquel preciso instante la

situación cambió de cariz: «¡Ah!… ¿Ha dicho que le parecías inteligente?», dijo mi madre. «Me complace, porque es un hombre de talento».

«¡Cómo! ¿Eso ha dicho?», prosiguió mi padre… «No niego lo más mínimo su valor literario, ante el cual se inclina todo el mundo; sólo, que resulta molesto que lleve esa vida poco honorable a que se ha referido, con medias palabras, Norpois», añadió sin advertir que, ante la virtud soberana de las palabras mágicas que acababa yo de pronunciar, la depravación de las costumbres de Bergotte podía luchar tan poco tiempo como la falsedad de su juicio.

«¡Oh! Mi amor», interrumpió mamá, «nada prueba que sea cierto. Se dicen tantas cosas… Por lo demás, el Sr. de Norpois es una persona de lo más amable, pero no siempre es condescendiente, sobre todo con las personas que no son de su opinión».

«Es verdad, yo también lo he notado», respondió mi padre.

«Y, además, mucho será perdonado, a fin de cuentas, a Bergotte por haber considerado simpático a mi niño», respondió mamá, al tiempo que me acariciaba el pelo con los dedos y fijaba en mí una larga mirada soñadora.

Por lo demás, mi madre no había esperado a aquel veredicto de Bergotte para decirme que podía invitar a Gilberte a merendar, cuando me visitaran amigos, pero no me atrevía a hacerlo por dos razones. La primera es que en casa de Gilberte nunca servían otra cosa que té. En cambio, en casa mamá quería que, junto al té, hubiera chocolate. Yo temía que a Gilberte le pareciera una ordinariez y concibiese un gran desprecio por nosotros. La otra razón fue una dificultad de protocolo que nunca logré eliminar. Cuando yo llegaba a su casa, la Sra. Swann me preguntaba:

«¿Cómo está tu madre?».

Yo había hecho algunas insinuaciones a mamá para saber si haría ella lo mismo, cuando viniera Gilberte, detalle que me parecía más delicado que el «monseñor» en la corte de Luis XIV, pero no quiso ni oír hablar de ello.

«Pues no, porque no conozco a la Sra. Swann».

«Pero ella tampoco te conoce a ti».

«No lo niego, pero no estamos obligadas a hacer exactamente lo mismo en todo. Yo tendré para con Gilberte otras amabilidades que la Sra. Swann no tendrá para contigo».

Pero no me convenció y preferí no invitar a Gilberte.

Tras separarme de mis padres, fui a cambiarme de ropa y, al vaciarme los bolsillos, encontré de repente el sobre que me había entregado el mayordomo de los Swann antes de introducirme en el salón. Ahora estaba solo. Lo abrí y en su interior había una tarjeta en la que se me indicaba la dama a quien debía ofrecer el brazo para ir a la mesa.

Hacia aquella época fue cuando Bloch conmovió mi concepción del mundo, me brindó posibilidades nuevas de felicidad (que más adelante iban a convertirse, por lo demás, en posibilidades de sufrimiento), al asegurarme que, al contrario de lo que yo creía en la época de mis paseos por la parte de Méséglise, las mujeres estaban siempre deseosas de entregarse al amor. Completó aquel favor haciéndome otro que yo no iba a apreciar hasta más adelante: fue él quien me llevó por primera vez a una casa de citas. Me había dicho que en ella había muchas mujeres bonitas que se dejaban poseer, pero yo les atribuía un rostro impreciso que las casas de citas iban a permitirme substituir por rostros particulares. De modo que, si bien tenía yo para con Bloch —por la «buena noticia» de que el gozo, la posesión de la belleza, no son cosas inaccesibles y a las que no tenemos por qué renunciar por siempre jamás— una deuda de gratitud del mismo tipo que para con determinado médico o determinado filósofo optimista que nos hace esperar la longevidad en este mundo y no estar enteramente separados de él, cuando hayamos pasado al otro, las casas de citas que frecuenté unos años después —al brindarme muestras del gozo, al permitirme sumar a la belleza de las mujeres ese elemento que no podemos inventar, el presente en verdad divino, el único que podemos recibir de nosotros mismos, ante el cual expiran todas las creaciones lógicas de nuestra inteligencia y que sólo podemos pedir a la realidad: un encanto individual— merecieron su clasificación por mi parte junto a esos benefactores de origen más reciente, pero de utilidad análoga (antes de los cuales imaginábamos sin entusiasmo la seducción de Mantegna, de Wagner, de Siena, por mediación de otros pintores, otros músicos, otras ciudades): las ediciones ilustradas de historia de la pintura, los conciertos sinfónicos y los estudios sobre las «ciudades del arte». Pero la casa a la que Bloch me llevó y a la que, por lo demás, había dejado él de ir hacía mucho era de una categoría demasiado inferior,

el personal era demasiado mediocre y se renovaba demasiado poco para que pudiera yo satisfacer en ella antiguas curiosidades o contraer otras nuevas. La regente de aquella casa no conocía a ninguna de las mujeres que se le pedían y proponía siempre otras que no deseábamos. Me ponderaba sobre todo los méritos de una, de la que con una sonrisa cargada de promesas —como si se hubiera tratado de una rareza y una delicia— decía: «¡Es una judía! ¿Le apetece?». (Seguramente por eso la llamaba Rachel). Y con una exaltación bobalicona y facticia y que, con la esperanza de que fuera comunicativa, acababa con un estertor casi de goce: «Imagínese, amigo mío, una judía. ¡Huy, huy, huy! ¡Me parece que debe de ser algo enloquecedor!». Aquella Rachel, a quien observé sin que ella me viese, era morena y, aunque no hermosa, tenía expresión inteligente y, sin dejar de pasarse la punta de la lengua por los labios, sonreía con expresión impertinente a los *cabritos* que le presentaban y a los que oía yo entablar conversación con ella. Su fino y estrecho rostro estaba rodeado de pelo negro y rizado, irregular, como indicado con trazos en una aguada de tinta china. Todas las veces prometía yo a la regente, quien me la proponía con una insistencia particular alabando su gran inteligencia y su instrucción, que no dejaría de acudir un día a propósito para conocer a Rachel, denominada por mí «Rachel cuando del Señor». Pero la primera noche oí a ésta decir a la regente en el momento en que se marchaba:

«Bueno, pues quedamos así, mañana estoy libre; si tiene usted a alguien, no olvide mandarme a buscar».

Y aquellas palabras me impidieron ver en ella a una persona, porque me la clasificaron inmediatamente en una categoría general de mujeres cuya costumbre común a todas era la de acudir allí por la noche a ver si había la posibilidad de ganarse un luis o dos. Sólo variaba la forma de su frase al decir: «si me necesita» o «si necesita a alguien».

La regente, que no conocía la ópera de Halévy, ignoraba por qué había yo adoptado la costumbre de decir: «Rachel cuando del Señor». Pero no por no entenderlo deja nunca de resultar gracioso un chiste y todas las veces me decía riendo con toda el alma:

«Entonces, ¿tampoco esta noche puedo unirlo a “Rachel cuando del Señor”? ¿Cómo dice usted? ¡“Rachel cuando del Señor”! ¡Ah! Es un gran

hallazgo. Voy a emparejarlos. Ya verá como no lo lamentará».

Una vez estuve a punto de decidirme, pero Rachel estaba «en prensa», otra vez en manos del «peluquero», un señor que lo único que hacía a las mujeres era verterles aceite en el pelo suelto y después peinarlas. Y me cansé de esperar, aunque algunas asiduas muy humildes, supuestamente obreras, pero siempre sin trabajo, viniesen a hacerme la tisana y mantener conmigo una larga conversación a la que, pese a la seriedad de los temas abordados, la desnudez parcial o completa de mis interlocutoras infundía sabrosa sencillez. Por lo demás, dejé de ir a aquella casa, porque —deseoso de manifestar mis buenos sentimientos a su regente, necesitada de muebles — le regalé algunos —en particular, un gran diván— que había heredado de mi tía Léonie. No los veía nunca, porque la falta de espacio había impedido a mis padres instalarlos en nuestra casa y estaban amontonados en un cobertizo, pero, en cuanto volví a verlos en la casa en que aquellas mujeres los utilizaban, se me aparecieron todas las virtudes que se respiraban en la habitación de mi tía en Combray, ¡atormentadas por el cruel contacto al que las había yo entregado sin defensa! Si hubiera hecho violar a una muerta, no habría yo sufrido más. No volví nunca a casa de la alcahueta, pues me parecía que vivían y me suplicaban, como esos objetos en apariencia inánimes de un cuento persa en los que están encerradas almas que sufren un martirio e imploran su liberación. Por lo demás, como nuestra memoria no nos presenta habitualmente los recuerdos en su sucesión cronológica, sino como un reflejo en el que el orden de las partes está invertido, hasta mucho después no recordé que sobre aquel mismo diván había sido, muchos años antes, sobre el que había conocido yo por primera vez los placeres del amor con una de mis primitas con quien no sabía dónde meterme y que me había dado el consejo, bastante peligroso, de aprovechar una hora en que mi tía Léonie estaba levantada.

Pese a la opinión contraria de mis padres, vendí otro lote de los muebles y sobre todo una magnífica cubertería antigua de plata de mi tía Léonie para poder disponer de más dinero y enviar más flores a la Sra. Swann, quien, al recibir enormes cestas de orquídeas, me decía: «Si yo fuera tu padre, te pondría en tutela judicial». ¿Cómo podía yo suponer que un día llegaría a añorar muy en particular aquella cubertería de plata y a colocar algunos

placeres por encima del —que tal vez llegara a ser absolutamente nulo— de tener atenciones para con los padres de Gilberte? También por Gilberte —y para no separarme de ella— decidí no entrar en la carrera diplomática. Siempre adoptamos decisiones definitivas por un estado de ánimo que no está destinado a durar. Apenas podía imaginar que aquella substancia extraña que albergaba Gilberte irradiaba a sus padres, a su casa, y me volvía indiferente todo lo demás, podía salir, emigrar a otra persona: la misma substancia en verdad y que, sin embargo, iba a surtir en mí efectos muy distintos, pues la propia enfermedad evoluciona y de igual forma un veneno delicioso deja de ser tolerado cuando con los años ha disminuido la resistencia del corazón.

Sin embargo, mis padres habrían preferido que la inteligencia que Bergotte me había reconocido se hubiera manifestado en algún trabajo notable. Antes de conocer a los Swann, creía que me impedía trabajar el estado de agitación que me infundía la imposibilidad de ver a Gilberte con libertad, pero, después de que se me abriera su morada, no acababa de sentarme a mi escritorio, cuando ya me levantaba y corría a su casa, y, una vez que me había despedido de ellos y había vuelto a casa, mi aislamiento era tan sólo aparente, mi pensamiento no podía ya remontar la corriente del flujo de palabras por el cual me había dejado maquinalmente arrastrar durante horas. A solas seguía imaginando las declaraciones que habrían podido gustar a los Swann y, para infundir mayor interés al juego, ocupaba el lugar de aquellos interlocutores ausentes, me formulaba a mí mismo preguntas ficticias elegidas de tal modo, que mis ocurrencias brillantes estuvieran simplemente al servicio de una réplica afortunada. Pese a ser silencioso, aquel ejercicio era una conversación y no una meditación y mi soledad una vida de salón mental en el que no era mi persona, sino unos interlocutores imaginarios, quienes guiaban mis palabras y en el que, al concebir, en lugar de los pensamientos que consideraba verdaderos, los que se me ocurrían sin esfuerzo, sin regresión desde fuera hacia dentro, experimentaba esa clase de placer totalmente pasivo que permanecer tranquilo brinda a quien tiene una digestión pesada.

Si hubiera estado menos decidido a dedicarme definitivamente al trabajo, tal vez habría hecho un esfuerzo para comenzar en seguida, pero,

como mi resolución era irrevocable y antes de veinticuatro horas se realizarían fácilmente mis buenas disposiciones en los marcos vacíos del día de mañana, en el que tan bien se situaba todo, porque aún no me encontraba en él, más valía no elegir una noche en que me encontraba dispuesto para un comienzo al que los días siguientes no iban —¡ay!— a mostrarse más propicios. Pero yo era razonable. Por parte de quien había esperado años habría sido pueril no soportar un retraso de tres días. Seguro de que pasado mañana ya habría escrito algunas páginas, ya no decía ni palabra a mis padres de mi decisión; prefería esperar unas horas y llevar a mi madre, consolada y convencida, la obra en marcha. Por desgracia, el siguiente no era ese día exterior e inmenso que había yo esperado, febril. Cuando había concluido, mi pereza y mi pesada lucha contra ciertos obstáculos internos habían durado simplemente veinticuatro horas más y, al cabo de unos días, al no haberse realizado mis planes, ya no abrigaba la misma esperanza de que lo fueran de inmediato y, por tanto, ya no tenía tanto valor para subordinarlo todo a aquella realización: empezaba a trasnochar otra vez, pues ya no tenía —para obligarme a acostarme temprano una noche— la visión cierta de la obra comenzada la mañana siguiente. Antes de recobrar el impulso, necesitaba unos días de descanso y la única vez en que mi abuela se atrevió con tono dulce y desencantado a formular este reproche: «Entonces, ¿qué? ¿Ya no se habla de ese trabajo?», me inspiró rencor, convencido como estaba de que, al no haber sabido ver que mi decisión era irrevocable, acababa de aplazar una vez más —y quizá para mucho tiempo— su ejecución con el abatimiento que su denegación de justicia me causaba y bajo cuyos efectos no quería comenzar mi obra. Sintió que su escepticismo acababa de chocar a ciegas contra mi voluntad. Se excusó por ello y me dijo, al tiempo que me daba un beso: «Perdona, no volveré a decir nada». Y, para que no me desanimara, me aseguró que, el día en que me encontrase bien, el trabajo llegaría por sí solo y por añadidura.

Por lo demás, al pasar la vida en casa de los Swann, ¿acaso no hago —me decía yo— como Bergotte? A mis padres les parecía que, aun siendo perezoso, hacía —puesto que era en el mismo salón que un gran escritor— la vida más favorable para el talento. Y, sin embargo, que alguien pueda

verse dispensado de realizar ese talento por sí mismo, por dentro, y lo reciba de otros resulta tan imposible como lograr buena salud —aun transgrediendo todas las normas de la higiene y cometiendo los peores excesos— simplemente cenando a menudo fuera de casa con un médico. Por lo demás, la persona que más completamente se dejaba engañar por la falsa ilusión de que era yo víctima, junto con mis padres, era la Sra. Swann. Cuando le dije que no podía acudir a su casa, que debía quedarme trabajando, parecía considerar que yo ponía muchos inconvenientes, que mis palabras revelaban cierta necedad y presuntuosidad:

«Pero Bergotte no deja de venir. ¿Te parece que lo que escribe no está bien? Pronto va a ser incluso mejor», añadía, «pues en el periódico se muestra más agudo, más concentrado, que en el libro, en el que se diluye un poco. He conseguido que en adelante haga el *leader article* en *Le Figaro*. Va a ser exactamente *the right man in the right place*».

Y añadía:

«Ven, él mejor que nadie te dirá lo que debes hacer».

Y por el bien de mi carrera —como cuando invitan a un voluntario con su coronel y como si se hiciesen las obras maestras «con relaciones»— me decía que no dejara de acudir el día siguiente a cenar en su casa con Bergotte.

De modo, que ni por parte de los Swann ni por parte de mis padres, es decir, de quienes en momentos diferentes deberían —al parecer— haber puesto obstáculos, se manifestaba ya oposición alguna a aquella plácida vida mía, en la que podía ver a Gilberte como quería, con arrobo, ya que no con calma. Calma no puede haber en el amor, puesto que lo obtenido es siempre un nuevo punto de partida para desear más. Mientras no había podido ir a su casa, con los ojos clavados en aquel gozo inaccesible, no podía yo imaginar siquiera las nuevas causas de inquietud que en ella me esperaban. Una vez vencida la resistencia de sus padres y resuelto por fin el problema, empezó a plantearse de nuevo, siempre en otros términos. En ese sentido era, efectivamente, una nueva amistad la que comenzaba todos los días. Todas las noches, al volver a casa, me daba cuenta de que tenía cosas capitales que decir a Gilberte y de las que dependía nuestra amistad y nunca eran las mismas, pero, en fin, estaba feliz y ninguna amenaza se elevaba ya

contra mi felicidad. Iba a tener —¡ay!— una procedencia en la que yo nunca había advertido peligro alguno: la de Gilberte y yo. Sin embargo, debería haberme sentido atormentado por lo que, al contrario, me tranquilizaba, por lo que consideraba mi felicidad. En el amor ésta es un estado anormal, que puede comunicar en seguida al accidente más simple en apariencia —y que siempre puede sobrevenir— una gravedad que en sí mismo no entrañaría. Lo que nos hace tan felices es la presencia en el corazón de algo inestable, que nos las componemos perpetuamente para mantener y ya casi no advertimos, mientras no haya mudado. En realidad, en el amor hay un sufrimiento permanente, que la alegría neutraliza, vuelve virtual, pero que en todo momento puede llegar a ser lo que, si no hubiéramos conseguido lo que deseábamos, sería desde hace mucho: atroz.

En varias ocasiones sentí que Gilberte deseaba distanciar mis visitas. Cierto es que, cuando deseaba demasiado verla, bastaba con que atendiera a la invitación de sus padres, que estaban cada vez más persuadidos de mi excelente influencia en ella. Gracias a ellos mi amor no corre —pensaba yo — riesgo alguno; dado que están a mi favor, puedo estar tranquilo, ya que tienen autoridad absoluta sobre Gilberte. Por desgracia, ante ciertas señales de impaciencia que ésta dejaba escapar, cuando su padre me hacía acudir en cierto modo contra la voluntad de ella, me pregunté si lo que había considerado una protección para mi felicidad no sería, al contrario, la razón secreta por la cual no iba a poder durar.

La última vez que fui a ver a Gilberte, llovía y la habían invitado a una lección de baile en casa de personas que conocía demasiado poco para llevarme consigo. En vista de la humedad que había, yo había tomado más cafeína que de costumbre. Tal vez por el mal tiempo o por abrigar cierto reparo contra la casa en que iba a celebrarse aquella función, la Sra. Swann, en el momento en que su hija iba a marcharse, la llamó con extrema firmeza: «¡Gilberte!», y me señaló para indicar que yo había ido a verla y debía quedarse conmigo. Aquel «Gilberte» había sido pronunciado —gritado más bien— con buena intención para conmigo, pero, al ver a Gilberte encogerse de hombros, mientras se quitaba el abrigo, comprendí que su madre había acelerado involuntariamente la evolución, hasta entonces tal vez interrumpible aún, que separaba poco a poco a mi amiga de

mí. «No es obligatorio ir todos los días a bailar», dijo Odette a su hija con una sensatez seguramente aprendida en otro tiempo de Swann. Después, al volver a ser Odette, se puso a hablar en inglés a su hija. Al instante fue como si una pared me hubiese ocultado una parte de la vida de Gilberte, como si un genio maléfico se hubiera llevado a mi amiga lejos de mí. En una lengua que conocemos hemos substituido la opacidad de los sonidos por la transparencia de las ideas, pero una lengua que no conocemos es un palacio cerrado en el que aquella a quien amamos puede engañarnos sin que, al habernos quedado fuera y desesperadamente crispados con nuestra impotencia, podamos ver nada, impedir nada. Así ocurría con aquella conversación en inglés ante la que un mes antes me habría limitado a sonreír y en medio de la cual algunos nombres propios franceses no dejaban de aumentar y orientar mis inquietudes: presentaba —mantenida a dos pasos de mí por dos personas inmóviles— la misma crueldad y me dejaba tan desamparado y solo como un rapto. Al final, la Sra. Swann nos dejó. Aquel día, tal vez por rencor contra mí, causante involuntario de que no fuera a divertirse, tal vez también porque, al imaginármela enfadada me mostré preventivamente más frío que de costumbre, el rostro de Gilberte, desprovisto de toda alegría, desnudo, trastornado, pareció toda la tarde dedicar una pesadumbre melancólica al paso de cuatro que mi presencia le impedía ir a bailar y desafiar a todas las personas —empezando por mí— a comprender las sutiles razones que habían determinado en ella una inclinación sentimental por el bostón. Se limitó a entablar, de vez en cuando, conmigo —sobre el tiempo que hacía, el recrudecimiento de la lluvia, el avance del reloj de péndulo— una conversación puntuada de silencios y monosílabos en la que yo mismo me empeñaba, como con rabia desesperada, en destruir los instantes que habríamos podido brindar a la amistad y el gozo y el paroxismo de su paradójica insignificancia confería a todas nuestras palabras como una dureza suprema, si bien me consolaba, pues impedía a Gilberte dejarse engañar por la trivialidad de mis reflexiones y la indiferencia de mi acento. En vano decía yo: «Me parece que el otro día el reloj iba atrasado», pues ella lo traducía, evidentemente, por «¡Qué mala eres!». De nada servía que me obstinara en prolongar, durante todo aquel día lluvioso, aquellas palabras sin claros: sabía que mi frialdad no era algo

tan definitivamente estereotipado como fingía y que Gilberte debía de sentir sin duda que, si, después de habérselo dicho ya tres veces, me había aventurado una cuarta vez a repetirle que los días se iban acortando, me habría costado contenerme para no deshacerme en lágrimas. Cuando ella estaba así, cuando no colmaba su mirada ni descubría su rostro una sonrisa, la desoladora monotonía que marcaba sus tristes ojos y sus hurañas facciones resultaba indescriptible. Su cara, casi afeada, se parecía entonces a esas playas aburridas en las que el mar, retirado hasta muy lejos, nos fatiga con un reflejo siempre igual cercado por un horizonte inmutable y limitado. Al final, al no ver producirse en Gilberte el cambio afortunado que llevaba varias horas esperando, le dije que era una antipática: «Tú sí que lo eres», me respondió. «¡Ya lo creo que sí!». Me pregunté qué había hecho yo y, como no lo descubrí, se lo pregunté a ella. «Naturalmente, ¡te crees simpático!», me dijo, al tiempo que se reía largo rato. Entonces sentí el dolor que entrañaba para mí no poder alcanzar aquel otro plano, más inasible, de su pensamiento, descrito por su sonrisa. Aquella risa parecía significar: «No, no, yo no me dejo engañar por todo lo que me dices, sé que estás loco por mí, pero eso ni me va ni me viene, pues me traes sin cuidado». Pero yo me decía que la risa no es, al fin y al cabo, un lenguaje lo bastante determinado para que pudiera estar seguro de comprender bien la suya y las palabras de Gilberte eran afectuosas. «Pero ¿en qué no soy simpático?», le pregunté. «Dímelo y haré todo lo que desees». «No, no serviría de nada, no puedo explicártelo». Por un instante tuve miedo de que creyera que no la amaba, lo que fue para mí otro motivo de sufrimiento, no menos intenso, pero que reclamaba una dialéctica diferente. «Si supieras la pena que me causas, me lo dirías». Pero aquella pena que, si hubiera dudado de mi amor, debería haberla alegrado, la irritó, al contrario. Entonces, al comprender mi error y decidido a no volver a tener en cuenta sus palabras, dejé, sin creerla, que me dijera: «Yo te amaba de verdad, un día lo comprenderás» (ese día en que los culpables aseguran que se reconocerá su inocencia y que, por razones misteriosas, nunca es aquel en que se los interroga), y tuve el valor de adoptar de súbito la resolución de no volver a verla y sin anunciárselo aún, porque no me habría creído.

Una pena causada por una persona a quien amamos puede ser amarga, aun cuando se inserte en medio de preocupaciones, quehaceres, alegrías, que no tengan por objeto a esa persona y de las que nuestra atención se desvíe sólo de vez en cuando para fijarse en ella, pero, cuando semejante pena nace —como ocurría con aquélla— en un momento en que la felicidad de ver a esa persona nos embarga enteramente, la brusca depresión que se produce entonces en nuestra alma, hasta entonces alegre, sostenida y tranquila, determina en nosotros una tempestad furiosa contra la cual no sabemos si podremos luchar hasta el final. La que arreciaba en mi corazón era tan violenta, que volví a casa trastornado, herido, con la sensación de que no podría recuperar la respiración sino dando media vuelta y regresando con un pretexto cualquiera junto a Gilberte, pero ella habría pensado: «¡Otra vez ése! Está claro que puedo permitírmelo todo: siempre volverá tanto más dócil cuanto más desdichado se sintiera al separarse de mí». Además, mi pensamiento me llevaba irresistiblemente hasta ella y aquellas orientaciones alternas, aquella perturbación de la brújula interior, persistieron cuando hube llegado a casa y se plasmaron en los borradores de las contradictorias cartas que escribí a Gilberte.

Iba a pasar por una de esas difíciles coyunturas ante las cuales llegamos en general a encontrarnos en varias ocasiones en la vida y que no afrontamos del mismo modo —aunque no hayamos cambiado de carácter, de naturaleza, nuestra naturaleza, que crea por sí misma nuestros amores y casi a las mujeres que amamos y hasta sus faltas— todas las veces, es decir, en cualquier edad. En esos momentos, nuestra vida queda dividida —y como distribuida— por entero en una balanza, en dos platillos opuestos. En uno está nuestro deseo de no desagradar, de no parecer demasiado humildes a la persona que amamos sin lograr comprenderla, pero a quien nos parece más hábil dejar un poco de lado para que no tenga la sensación de creerse indispensable, que la haría cansarse de nosotros; en el otro hay un sufrimiento —no un sufrimiento localizado y parcial— que sólo se podría calmar, si, tras renunciar a gustar a esa mujer y a hacerle creer que podemos prescindir de ella, fuéramos a reunirnos con ella. Si retiramos del platillo en que se encuentra el orgullo una pizca de voluntad que hemos tenido la debilidad de dejar desgastarse con la edad y si añadimos en el platillo en el

que se encuentra la pena un sufrimiento físico adquirido y que hayamos permitido agravarse, la que nos abate a los cincuenta años —en lugar de la solución valerosa que habría prevalecido a los veinte— es la otra, demasiado pesada ya y sin suficiente contrapeso: tanto más cuanto que las situaciones, aun repitiéndose, cambian y existe una posibilidad de que, en el medio o al final de la vida, hayamos tenido respecto de nosotros mismos la funesta complacencia de complicar el amor con una parte de hábito que la adolescencia, retenida por otros deberes, menos libre de sí misma, no conoce.

Acababa de escribir a Gilberte una carta en la que había dejado tronar mi furia, no sin por ello arrojar la boya de unas palabras situadas como al azar y a la que mi amiga podría enganchar una reconciliación; un instante después, tras cambiar el viento, las que le dirigía eran frases cariñosas por la dulzura de ciertas expresiones desoladas, de tales «nunca más», tan enternecedores para quienes los emplean, tan fastidiosos para quien los leerá, ya sea porque los considere mendaces y traduzca «nunca más» por «esta misma noche, si lo deseas» o porque los considere veraces y le anuncien entonces una de esas separaciones definitivas que tan perfectamente indiferentes nos resultan en la vida cuando se trata de personas de quienes no estamos prendados, pero, puesto que, mientras amamos, no somos capaces de actuar como dignos predecesores de la persona próxima que seremos y que habrá dejado de amar, ¿cómo podríamos imaginar enteramente el estado de ánimo de una mujer a quien, aun cuando supiéramos que le somos indiferentes, hemos hecho pronunciar en nuestras ilusiones —para acunarnos con un hermoso sueño o consolarnos de una gran pena— las mismas palabras que si nos amara? Ante los pensamientos, las acciones, de una mujer a quien amamos estamos tan desorientados como podían estarlo —antes de que la ciencia estuviera constituida y hubiese arrojado un poco de luz en lo desconocido— los primeros físicos ante los fenómenos de la naturaleza o —peor aún— como una persona para cuya mentalidad apenas existiera el principio de causalidad, una persona que no pudiese establecer un vínculo entre un fenómeno y otro y ante la cual el espectáculo del mundo fuese incierto como un sueño. Yo me esforzaba —cierto es— por salir de aquella

incoherencia, por encontrar causas. Intentaba incluso ser «objetivo» y para ello tener bien en cuenta la desproporción existente entre la importancia que tenía para mí Gilberte y la que no sólo tenía yo para ella, sino también ella misma para las otras personas distintas de mí, y, si yo hubiera omitido dicha desproporción, habría podido hacerme tomar una simple amabilidad de mi amiga por una confesión apasionada, una actitud grotesca y envilecedora por mi parte por el simple y gracioso impulso que nos dirige hacia unos ojos hermosos, pero temía también caer en el exceso contrario, por el que habría visto en la llegada con retraso de Gilberte a una cita, en un arranque de mal humor, una hostilidad irremediable. Procuraba encontrar entre esas dos ópticas igualmente deformantes la que me daría la visión justa de las cosas; los cálculos que debía hacer para ello me distraían un poco de mi sufrimiento y —ya fuera por obediencia a la respuesta de los números o porque les hubiese yo hecho decir lo que deseaba— el día siguiente me decidí a ir a casa de los Swann, feliz, pero del mismo modo que quienes, tras haberse atormentado mucho tiempo por un viaje que no querían hacer, tan sólo llegan hasta la estación y vuelven a su casa a deshacer la maleta. Y, como, mientras vacilamos, la simple idea de una posible resolución —a menos que la hayamos vuelto inerte al decidir no adoptarla— desarrolla, como una hierba vivaz, los lineamientos, todo el detalle, de las emociones que nacerían del acto ejecutado, pensé que había sido muy absurdo por mi parte lastimarme —al proyectar no volver a ver a Gilberte— tanto como si hubiese debido realizar aquel proyecto y que —puesto que era, al contrario, para acabar volviendo junto a ella— habría podido ahorrarme tantas veleidades y aceptaciones dolorosas. Pero aquella reanudación de las relaciones de amistad tan sólo duró el tiempo de llegar hasta la casa de los Swann: no porque su mayordomo, quien me quería mucho, me dijera que Gilberte había salido (en efecto, aquella misma noche supe, por personas que la habían visto, que era cierto), sino por la forma como me lo dijo: «La señorita ha salido, puedo asegurar al señor que no miento. Si el señor quiere informarse, puedo hacer venir a la doncella. Como comprenderá el señor, yo haría todo lo que pudiera para agradarle y, si estuviese la señorita, lo conduciría al instante junto a ella». Aquellas palabras —de la única clase importante: las involuntarias, las que nos brindan la radiografía, al menos

somera, de la realidad insospechable que ocultaría un discurso estudiado— demostraban que en el círculo de Gilberte tenían la impresión de que yo le resultaba importuno; por eso, en cuanto las hubo pronunciado, engendraron en mí un odio al que preferí dar como objeto —en lugar de Gilberte— el mayordomo, en quien concentró todos los sentimientos de cólera que podía haber sentido para con mi amiga; desembarazado de ellos gracias a aquellas palabras, mi amor subsistió solo, pero habían mostrado a la vez que durante un tiempo debía no intentar ver a Gilberte. Seguro que me escribiría para disculparse. Aun así, no volvería en seguida a verla para demostrarle que podía vivir sin ella. Por lo demás, una vez que hubiera recibido su carta, frecuentar a Gilberte sería algo de lo que podría privarme más fácilmente durante un tiempo, porque estaría seguro de encontrarla en cuanto lo deseara. Lo que necesitaba para soportar menos tristemente la ausencia voluntaria era sentir mi corazón liberado de la terrible incertidumbre de si estaríamos reñidos para siempre, de si no estaría prometida, se habría marchado, la habrían raptado. Los días siguientes se parecieron a los de aquella antigua semana de Año Nuevo que había debido pasar sin Gilberte, pero entonces, por una parte, mi amiga, pasada aquella semana, acudiría de nuevo a los Campos Elíseos, volvería yo a verla como antes, estaba seguro de ello, y, por otra, sabía con no menor certeza que, mientras duraran las vacaciones de Año Nuevo, no valía la pena ir a los Campos Elíseos. De modo que durante aquella triste semana, ya distante, había soportado mi tristeza con calma, porque no iba combinada con temor ni esperanza. Ahora, al contrario, este último sentimiento era el que, casi tanto como el temor, volvía mi sufrimiento intolerable. Como no había recibido una carta de Gilberte aquella misma noche, lo había achacado a su negligencia, a sus ocupaciones, y no dudaba que encontraría una en el correo de la mañana. Lo esperé todos los días con palpitaciones del corazón a las que sucedía un estado de abatimiento, cuando sólo había encontrado cartas de personas distintas de Gilberte o nada, cosa que no era peor, pues las pruebas de amistad de otra persona me volvían más crueles las de su indiferencia. Volvía a ponerme a esperar el correo de la tarde. Ni siquiera entre las horas de recogida de las cartas me atrevía ya a salir, porque podía ser que mandara la suya por mediación de alguien. Después acababa llegando el

momento en que, como ni un cartero ni un lacayo de los Swann podían ya venir, había de dejar para la mañana siguiente la esperanza de verme tranquilizado, conque, por creer que mi sufrimiento no duraría, me veía obligado, por decirlo así, a renovarlo sin cesar. La pena tal vez fuera la misma, pero, en lugar de limitarme, como en el pasado, a prolongar uniformemente una emoción inicial, se reanudaba varias veces al día comenzando con una emoción tan frecuentemente renovada, que acababa, pese a ser un estado totalmente físico —tan momentáneo— estabilizándose, por lo que, como los trastornos causados por la espera apenas tenían tiempo de calmarse antes de que surgiera una nueva razón para esperar, no había ya un solo minuto del día en el que no fuese presa de esa ansiedad que, sin embargo, resulta tan difícil de soportar durante una hora. Así, mi sufrimiento era infinitamente más cruel que en aquel 1 de enero, porque esta vez había en mí —en lugar de la aceptación pura y simple de dicho sufrimiento— la esperanza, a cada instante, de verla cesar. Sin embargo, acabé experimentando dicha aceptación y entonces comprendí que debía ser definitiva y renuncié para siempre a Gilberte, por el bien de mi propio amor y porque deseaba ante todo que no conservara de mí un recuerdo desdeñoso. E incluso, cuando, más adelante, me dio citas, las aceptaba —para que no pudiera suponer como un despecho amoroso por mi parte— con frecuencia y en el último momento le escribía que no podía acudir, pero protestando mi desolación, como habría hecho con alguien a quien no hubiera deseado ver. Esas expresiones de pesar que solemos reservar para los indiferentes persuadirían mejor a Gilberte de mi indiferencia —me parecía— que el tono de indiferencia que tan sólo fingimos para con aquella a quien amamos. Cuando —mejor que con palabras— mediante acciones indefinidamente repetidas le hubiera demostrado que no sentía deseos de verla, tal vez volviese a sentirlos ella por mí. Sería —¡ay!— en vano: intentar no volviendo a verla reavivar en ella el deseo de verme era perderla para siempre; en primer lugar, porque, cuando empezara a renacer, si quería yo que durara, no debería ceder a él en seguida; por lo demás, las horas más crueles habrían pasado; en aquel momento era cuando me resultaba indispensable y me habría gustado poder avisarle de que pronto no calmaría, al volver a verme, sino un dolor tan disminuido, que ya no sería

—como lo habría sido aún en aquel mismo momento y para ponerle fin— un motivo de capitulación, para reconciliarnos y volver a vernos y más adelante, cuando —tras haber renacido con fuerza su deseo de verme— pudiera por fin confesar sin peligro a Gilberte el mío de verla a ella, éste no habría podido resistir tan larga ausencia y habría dejado de existir: Gilberte habría pasado a serme indiferente. Yo lo sabía, pero no podía decírselo: habría creído que, si sostenía que dejaría de amarla permaneciendo demasiado tiempo sin verla, era exclusivamente para que me dijese que volviera en seguida junto a ella. Entretanto, lo que me volvía más fácil condenarme a aquella separación era que, siempre que sabía de antemano que Gilberte no iba a estar en casa de sus padres, había de salir con una amiga y no volvería a cenar, yo —para que se diese bien cuenta de que, pese a mis afirmaciones contrarias, era mi voluntad, y no un impedimento ni mi estado de salud, lo que me privaba de verla— iba a ver a la Sra. Swann (quien había vuelto a ser para mí lo que en la época en que tan difícil me resultaba ver a su hija y en que iba —los días en que ésta no acudía a los Campos Elíseos— a pasearme por la Avenida de las Acacias). De ese modo oiría hablar de Gilberte y ella oiría después —estaba seguro— hablar de mí y de una forma que le mostraría mi desinterés por ella y, como todos cuantos sufren, me parecía que mi triste situación habría podido ser peor, pues, al tener entrada libre en la morada de Gilberte, pensaba siempre —si bien decidido a no aprovechar aquella facultad— que, si alguna vez mi dolor era demasiado intenso, podría hacerlo cesar. Era desdichado tan sólo día tras día y aun eso es mucho decir. ¡Cuántas veces en una hora —pero ahora sin la ansiosa espera que me había oprimido las primeras semanas después de nuestra riña, antes de haber vuelto a casa de los Swann— no me recitaba yo la carta que Gilberte no dejaría de enviarme un día, tal vez me traería incluso ella misma! La constante visión de aquella felicidad imaginaria me ayudaba a soportar la destrucción de la felicidad real. En el caso de las mujeres que no nos aman, como en el de los «desaparecidos», saber que ninguna esperanza podemos abrigar no nos impide seguir esperando. Vivimos al acecho, a la escucha; las madres cuyo hijo ha partido al mar para una exploración peligrosa se imaginan en todo momento —y eso que la certidumbre de que ha perecido resulta indiscutible desde hace

mucho tiempo— que va a volver, milagrosamente salvado y en perfecta salud y esa espera, según la fuerza del recuerdo y la resistencia de los órganos, ora les permite atravesar los años al cabo de los cuales soportarán que su hijo haya dejado de existir, olvidar poco a poco y sobrevivir… ora les causa la muerte. Por otra parte, mi pena resultaba consolada un poco por la idea de que redundaba en provecho de mi amor. Cada una de las visitas que hacía a la Sra. Swann sin ver a Gilberte me resultaba cruel, pero sentía que mejoraba tanto más la idea que Gilberte tenía de mí.

Por lo demás, si me las arreglaba siempre, antes de ir a casa de la Sra. Swann, para estar seguro de la ausencia de su hija, tal vez se debiera tanto a mi resolución de estar reñido con ella como a la esperanza de reconciliación que se superponía a mi voluntad de renuncia (muy pocas son absolutas, al menos de forma continua, en esta alma humana una de cuyas leyes, fortificada por los aflujos inopinados de recuerdos diferentes, es la intermitencia) y me ocultaba su demasiada crueldad. De sobra sabía yo lo que de quimérica tenía aquella esperanza. Era como un pobre que mezcla sus lágrimas con su pan seco, si piensa en que al cabo de poco tal vez un extraño le deje toda su fortuna. Todos nos vemos obligados —para volver soportable la realidad— a abrigar en nuestro interior algunas pequeñas locuras. Ahora bien, mi esperanza seguía más intacta y al mismo tiempo se realizaba mejor la separación, si no veía a Gilberte. Si me hubiera encontrado frente a frente con ella en casa de su madre, tal vez habríamos cambiado palabras irrepetibles que habrían vuelto definitiva nuestra riña, habrían matado mi esperanza y, por otra parte, al crear una ansiedad nueva, habrían despertado mi amor y habrían vuelto más difícil mi resignación.

Hacía mucho —mucho antes de mi riña con su hija— que la Sra. Swann me había dicho: «Está muy bien que vengas a ver a Gilberte, pero también me gustaría que vinieras alguna vez por *mí*, no a mi salón, en el que te aburrirías, porque asiste demasiada gente, sino los demás días, en los que siempre me encontrarás a una hora un poco avanzada». Así, pues, al ir a verla, parecía yo obedecer —mucho después— a un deseo antiguamente expresado por ella y —a hora muy avanzada, ya de noche, casi en el momento en que mis padres se sentaban a la mesa— salía para ir a hacer una visita a la Sra. Swann durante la cual sabía que no vería a Gilberte y en

la que, sin embargo, sólo pensaría en ella. En aquel barrio, considerado entonces lejano, de un París más sombrío que hoy y que ni siquiera por el centro tenía iluminación eléctrica en la vía pública y muy poca en las casas, las lámparas de un salón situado en la planta baja o en un entresuelo muy bajo —como aquel de sus pisos en el que solía recibir la Sra. Swann— bastaban para iluminar la calle y hacer alzar la vista al transeúnte que atribuía a su claridad, como a su causa aparente y velada, la presencia ante la puerta de algunos *coupés* bien enjaezados. El transeúnte creía —y no sin cierta emoción— que había habido un cambio en aquella causa misteriosa, cuando veía a uno de ellos ponerse en movimiento, pero era sólo que un cochero, temiendo que sus animales cogieran frío, los hacía de vez en cuando ir y venir, cosa que resultaba tanto más impresionante cuanto que las ruedas de caucho daban al paso de los caballos un fondo de silencio sobre el cual se destacaba más nítido y explícito.

El «jardín de invierno», que en aquellos años el transeúnte solía vislumbrar, fuera cual fuese la calle, si el piso no estaba en un nivel demasiado alto por encima de la acera, ya sólo se ve en los huecograbados de los libros de regalo de P.-J. Stahl, en los que, en contraste con los escasos ornamentos florales de los salones Luis XVI de hoy (una rosa o un iris del Japón en un jarrón de cristal de largo cuello que no podría contener una flor más), parece —por la profusión de las plantas interiores que había entonces y la falta absoluta de estilización en su arreglo— haber respondido —en las señoras de las casas— más bien a alguna pasión viva y deliciosa por la botánica que a un frío interés por la decoración muerta. Recordaba —pero en mayor tamaño— a esos invernaderos minúsculos y portátiles que en las casas de entonces se colocaban la mañana del día de Año Nuevo bajo la lámpara encendida —pues los niños no habían tenido la paciencia de esperar a que fuera de día— entre los demás regalos de aquella fecha, pero era el más hermoso de ellos, ya que con las plantas que se iban a poder cultivar consolaba de la desnudez del invierno; más aún que a aquellos invernaderos, aquellos jardines de invierno se parecían al que se veía junto a ellos, representado en un libro hermoso, otro regalo de Año Nuevo, y que, aunque no se diera a los niños, sino a la Srta. Lili, la protagonista de la obra, les encantaba hasta tal punto, que, tras haber llegado a ser casi viejos, se

preguntaban si no sería el invierno en aquellos años afortunados la más hermosa de las estaciones. Por último, al fondo de aquel jardín de invierno, a través de las arborescencias de diversas especies que desde la calle hacían parecer la ventana iluminada al cristal de aquellos invernaderos para niños, dibujados o reales, el transeúnte, alzándose de puntillas, divisaba generalmente a un hombre con levita y una gardenia o un clavel en el ojal, de pie delante de una mujer sentada, los dos imprecisos, como grabados en un topacio, al fondo de la atmósfera del salón, ambarada por el samovar —importación reciente entonces— con vapores que tal vez sigan escapando de él hoy, pero que con la costumbre ya nadie ve. La Sra. Swann gustaba mucho de aquel «té»; creía dar prueba de originalidad y encanto al decir a un hombre: «Me encontrará siempre a una hora un poco avanzada: venga a tomar el té», de modo que acompañaba con una sonrisa fina y dulce esas palabras pronunciadas con un acento inglés momentáneo y de las que su interlocutor tomaba buena nota saludando con aire grave, como si hubiesen sido algo importante y singular que impusiera deferencia y exigiese atención. Había otra razón, además de las antes aducidas, por la que las flores no tenían sólo carácter de ornamento en el salón de la Sra. Swann y no estaba vinculada con la época, sino en parte con la vida que había llevado en otro tiempo Odette. Una gran casquivana, como había sido ella, vive mucho para sus amantes, es decir, en su casa, lo que puede moverla a vivir para ella. Las cosas que se ven en casa de una mujer honrada —y que, desde luego, pueden parecerle, también a ella, tener importancia— son, en todo caso, las que para la casquivana más la tienen. El punto culminante de su jornada no es aquel en que se viste para la sociedad, sino aquel en que se desviste para un hombre. Debe estar tan elegante en bata, en camisón, como en traje de paseo. Otras mujeres enseñan sus joyas; ella, en cambio, vive en la intimidad de sus perlas. Esa clase de vida impone la obligación —y acaba inspirando el gusto— de un lujo secreto, es decir, que se presta mucho más a ser desinteresado. La Sra. Swann lo hacía extensivo a las flores. Siempre había cerca de su sillón una inmensa copa de cristal llena enteramente de violetas de Parma o margaritas deshojadas en el agua y que parecía —como habría ocurrido con la taza de té que la Sra. Swann hubiera bebido sola, para su placer— atestiguar al recién llegado alguna ocupación preferida e

interrumpida, una ocupación más íntima incluso y misteriosa, por lo que sentías deseos de disculparte al ver las flores expuestas ahí, como lo habrías hecho por mirar el título del volumen aún abierto que habría revelado la lectura reciente y, por tanto, tal vez el pensamiento actual de Odette. Y, más que el libro, las flores vivían; cuando entrabas a hacer una visita a la Sra. Swann, te sentías violento, al advertir que no estaba sola o, al entrar junto con ella, al no encontrar el salón vacío, pues aquellas flores no preparadas para los visitantes de Odette, sino como olvidadas allí por ella, ocupaban hasta cierto punto un lugar enigmático en él y correspondían a horas de la vida de la señora de la casa que no conocías, habían tenido y tendrían aún con ella tratos particulares que temías perturbar y cuyo secreto en vano intentabas leer, al clavar la vista en el color desvaído, líquido, malva y disoluto de las violetas de Parma. Desde el final de octubre, Odette volvía a casa lo más regularmente que podía para el té, aún llamado *five o'clock tea* en aquella época, por haber oído decir —y gustar de repetir— que, si la Sra. Verdurin había creado un salón, había sido porque siempre había la seguridad de poder encontrarla en casa a la misma hora. Ella misma se imaginaba que tenía uno, del mismo estilo, pero más libre, *senza rigore*, como le gustaba decir. Se veía, así, como una Lespinasse y creía haber fundado un salón rival al quitar a la Du Deffand del grupito sus hombres más agradables, en particular Swann, quien la había seguido en su secesión y su retirada, según una versión que consiguió —se comprende— acreditar ante los recién llegados, ignorantes del pasado, pero no ante sí misma. Pero desempeñamos tantas veces ante el mundo —y repasamos en nosotros mismos— ciertos papeles favoritos, que nos resulta más fácil referirnos a su testimonio ficticio que al de una realidad casi completamente olvidada. Los días en que la Sra. Swann no había salido, te la encontrabas en bata de crespón de China, blanca como una primera nieve, a veces también en uno de esos largos encañonados de muselina de seda, que parecen una simple multitud de pétalos rosáceos o blancos y que hoy consideraríamos —muy desatinadamente— poco apropiados para el invierno, pues aquellas telas ligeras y aquellos colores tiernos daban a la mujer —con el intenso calor de los salones de entonces cerrados con cortinas y de los cuales lo que los novelistas mundanos de la época

consideraban más elegante decir era que estaban «confortablemente acolchados»— el mismo aspecto friolero que a las rosas que podían encontrarse junto a ella, pese al invierno, en el rosicler de su desnudez, como en primavera. A causa de esa amortiguación de los sonidos por los tapices y de su retirada a las profundidades, la señora de la casa, al no haber sido avisada de nuestra entrada como hoy, seguía leyendo cuando ya estábamos casi delante de ella, lo que contribuía aún más a aquella impresión novelesca, a aquel encanto como de un secreto sorprendido, que volvemos a sentir hoy en el recuerdo de aquellas vestiduras, ya pasadas de moda entonces, que la Sra. Swann tal vez fuera la única en no haber abandonado aún y que nos dan la idea de que la mujer que las llevaba debía de ser una heroína de novela, porque la mayoría de nosotros apenas las hemos visto sino en ciertas novelas de Henry Gréville. Odette tenía ahora, en su salón, al comienzo del invierno, crisantemos enormes y una variedad de colores que Swann en tiempos no pudo ver en su casa. Mi admiración por ellos —cuando iba a hacer a la Sra. Swann una de aquellas tristes visitas en las que volvía a ver en ella, por mi pena, toda su misteriosa poesía de madre de aquella Gilberte a la que el día siguiente diría: «Tu amigo me ha hecho una visita»— se debía seguramente a que —rosa pálidos, como la seda Luis XV de sus sillones, blancos de nieve, como su bata de crespón de China, o de un rojo metálico, como su samovar— superponían a la del salón una decoración suplementaria, de un colorido igualmente profuso, igualmente refinado, pero vivo y que tan sólo duraría unos días, pero lo que me emocionaba era lo que en aquellos crisantemos había no tanto de efímero cuanto de relativamente duradero en comparación con esos tonos, tan rosados o tan cobrizos, que el sol en el ocaso exalta tan suntuosamente en la bruma de los atardeceres de noviembre y que, después de haberlos divisado antes de entrar en casa de la Sra. Swann, apagándose en el cielo, volvía a ver prolongados, transpuestos, en la inflamada paleta de las flores. Como fuegos arrancados por un gran colorista a la inestabilidad de la atmósfera y del sol, a fin de que fueran a ornar una morada humana, me invitaban —aquellos crisantemos, y pese a mi tristeza— a saborear ávidamente durante aquella hora del té los placeres, tan cortos, de noviembre, cuyo íntimo y misterioso esplendor hacían llamear cerca de mí.

No era —¡ay!— en las conversaciones que oía como podía yo alcanzarlo; se le parecían muy poco. Aun con la Sra. Cottard, aunque ya fuera una hora avanzada, la Sra. Swann adoptaba un tono mimoso para decir: «Pero, qué va, si no es tarde, no mire ese reloj de la pared, que no va bien, no es la hora: ¿qué cosa tan urgente puede usted tener que hacer?», y ofrecía otra tartita a la esposa del profesor, quien conservaba su portadocumentos en la mano.

«No se puede marchar una de esta casa», decía la Sra. Bontemps a la Sra. Swann, mientras que la Sra. Cottard, sorprendida al oír expresar su propia impresión, exclamaba: «¡Es lo que siempre me digo yo, con mi pobre caletre, en mi fuero interno!», con la aprobación de unos señores del Jockey que se habían confundido en saludos, y como colmados por tanto honor, cuando la Sra. Swann los había presentado a aquella pequeñoburguesa poco amable, quien ante los brillantes amigos de Odette se mantenía en guardia, cuando no a la —como ella decía— «defensiva», pues empleaba siempre un lenguaje noble para las cosas más sencillas. «Nadie lo diría: tres miércoles ya que me ha faltado usted», decía la Sra. Swann a la Sra. Cottard. «Es verdad, Odette, hace *siglos, eternidades*, que no la he visto. Como ve, reconozco mi culpabilidad, pero he de decirle», añadía con expresión pudibunda y vaga, pues, aunque esposa de médico, no se habría atrevido a hablar sin perífrasis de reumatismo o de cólicos nefríticos, «que he tenido la mar de pequeñas *miserias*. Cada cual tiene las suyas. Y, además, he tenido una crisis en mi servidumbre masculina. Sin estar más que otra imbuida de mi autoridad, tuve que despedir, para dar ejemplo, a mi Vatel, que, por lo demás, buscaba —creo yo— un puesto más lucrativo, pero su marcha estuvo a punto de arrastrar la dimisión de todo el ministerio. Mi doncella tampoco quería quedarse, hubo unas escenas homéricas. Pese a todo, sujeté firmemente el timón y ha sido una auténtica lección práctica que, para mí, no habrá caído en saco roto. Estoy aburriéndola con estas historias de sirvientes, pero usted sabe tan bien como yo el trastorno que es verse obligado a hacer cambios de personal. ¿Y no vamos a ver a su deliciosa hija?», preguntaba. «No, mi deliciosa hija cena en casa de una amiga», respondía la Sra. Swann y, tras dirigirse a mí así: «Creo que te ha escrito para que vengas a verla mañana», preguntaba a

la esposa del profesor: «¿Y sus nenes?». Yo respiraba profundamente. Aquellas palabras de la Sra. Swann me demostraban que podría ver a Gilberte cuando quisiera y me hacían precisamente el bien que había ido a buscar y por el que me resultaban tan necesarias en aquella época las visitas a la Sra. Swann. «No, le escribiré una nota esta noche. Por lo demás, Gilberte y yo ya no podemos vernos», añadía, como atribuyendo a nuestra separación una causa misteriosa, lo que me infundía aún una ilusión de amor, alimentada también por la ternura con la que hablaba yo de Gilberte y ella de mí. «Ya sabes que te quiere infinitamente», me decía la Sra. Swann. «¿De verdad no quieres venir mañana?». De pronto una alegría me animaba, acababa de pensar: «Pero, al fin y al cabo, ¿por qué no, ya que es su propia madre quien me lo propone?». Pero no tardaba en sumirme de nuevo en la tristeza. Temía que, al verme, Gilberte pensara que mi indiferencia de aquellos últimos tiempos hubiera sido simulada y prefería prolongar la separación. Durante aquellos apartes, la Sra. Bontemps se quejaba del aburrimiento que le causaban las mujeres de los políticos, pues aparentaba considerar a todo el mundo pesado y ridículo y estar desolada por la posición de su marido: «Conque puede usted recibir a cincuenta mujeres de médicos seguidas», decía a la Sra. Cottard, quien era, al contrario, todo amabilidad para todo el mundo y respeto para todas las obligaciones. «¡Ah, es usted una santa! A mí, en el ministerio, verdad, no me queda más remedio, naturalmente. Bueno, pues, no puedo remediarlo, mire usted: a esas mujeres de funcionarios no puedo por menos de sacarles la lengua. Y mi sobrina Albertine es como yo. No sabe usted lo descarada que es esa niña. La semana pasada, el día en que recibo vino la mujer del Subsecretario de Estado de Hacienda, quien decía no entender de cocina. “Pero, señora”, le respondió mi sobrina con su sonrisa más graciosa, “debería usted saber lo que es, puesto que su padre fue marmitón”». «¡Oh! Me gusta mucho esa historia, me parece exquisita», decía la Sra. Swann. «Pero al menos para los días de visita del doctor debería tener usted un pequeño *home*, con sus flores, sus libros, las cosas que le gustan», aconsejaba a la Sra. Cottard. «Así, ¡paf!, en la cara, ¡paf!, se lo soltó. Y no me había avisado nada, esa picarona, es astuta como un zorro. Tiene usted suerte de poder contenerse; yo envidio a las personas que saben disimular

sus pensamientos». «Pero si yo no necesito hacerlo, señora mía, no soy tan difícil», respondía con dulzura la Sra. Cottard. «En primer lugar, yo no tengo allí los mismos derechos que usted», añadía con voz un poco más fuerte, que adoptaba —para subrayarlas— siempre que pronunciaba en la conversación alguna de esas amabilidades delicadas, esas ingeniosas lisonjas, que causaban admiración y contribuían a la carrera de su marido. «Y, además, es que hago con gusto todo lo que puede ser útil al profesor».

«Pero, señora mía, para eso hay que poder. Probablemente no sea usted nerviosa, pero, cuando yo veo a la mujer del ministro de la Guerra hacer muecas, me pongo de inmediato a imitarla. Es terrible tener un temperamento así».

«¡Ah, sí!», dijo la Sra. Cottard. «He oído decir que tiene tics; mi marido conoce también a algunos altos cargos y, naturalmente, cuando esos señores hablan entre sí…».

«Pero mire, señora, eso es también como lo del jefe de protocolo, que es jorobado: es matemático, no lleva cinco minutos en mi casa y ya estoy tocándole la joroba. Mi marido dice que voy a provocar su destitución. Pues, ¡a paseo el ministerio! Sí, ¡a paseo el ministerio! Quería ponerlo como divisa en mi papel de cartas. Estoy segura de que la escandalizo, porque usted es buena; a mí nada me divierte tanto, se lo confieso, como las pequeñas maldades. Sin ellas, la vida sería muy monótona».

Y seguía hablando todo el tiempo del ministerio como si hubiera sido el Olimpo. Para cambiar de conversación, la Sra. Swann se dirigía a la Sra. Cottard:

«¡Está usted muy guapa! *¿Redfern fecit?*».

«No, ya sabe usted que soy ferviente devota de Raudnitz. Por lo demás, es un arreglillo».

«Pues, ¡tiene distinción!».

«¿Cuánto cree usted?… No, cambie la primera cifra».

«¡Cómo! Pero si no es nada, si es regalado. Me habían dicho tres veces más».

«Así se escribe la Historia», concluía la esposa del doctor y, mostrando a la Sra. Swann un pañuelo para el cuello que ésta le había regalado, añadía:

«Mire, Odette. ¿Lo reconoce?».

En la abertura de un cortinaje aparecía una cabeza, ceremoniosamente deferente, fingiendo en broma miedo a molestar: era Swann. «Odette, el príncipe de Agrigento, que está conmigo en mi despacho, pregunta si podría venir a presentarte sus respetos. ¿Qué debo ir a responderle?». «Pues que me encantaría», decía Odette con satisfacción y sin abandonar una calma tanto más fácil cuanto que siempre, incluso cuando era una casquivana, había recibido a hombres elegantes. Swann iba a transmitir la autorización y, acompañado del príncipe, volvía junto a su esposa, a menos que en el intervalo hubiera entrado la Sra. Verdurin. Cuando se había casado con Odette, Swann le había pedido que dejara de frecuentar el pequeño clan (tenía muchas razones para ello y, si no las hubiera tenido, lo habría hecho, de todos modos, obedeciendo a una ley de ingratitud que carece de excepción y resalta la imprevisión de todos los alcahuetes o su desinterés). Sólo había permitido que Odette intercambiara con la Sra. Verdurin dos visitas al año, lo que parecía aún excesivo a algunos fieles indignados por la injuria hecha a la Señora, quien durante tantos años había tratado a Odette e incluso a Swann como a los hijos queridos de la casa, pues, si bien el grupito incluía a traidores que faltaban algunas noches para dirigirse, sin decirlo, a una invitación de Odette, listos, en caso de ser descubiertos, para excusarse con la curiosidad de ver a Bergotte (aunque la Señora afirmara que éste no frecuentaba a los Swann y que carecía de talento, intentaba, según una expresión que le era cara, atraerlo), también había en él «ultras» y a éstos —desconociendo las conveniencias particulares que desvían con frecuencia a las personas de la actitud extrema que agradaría verlas adoptar para molestar a alguien— les habría gustado —y no habían conseguido— que la Sra. Verdurin cesara todas las relaciones con Odette y la privase, así, de la satisfacción de decir riendo: «Desde el cisma, vamos muy raras veces a casa de la Señora. Aún era posible cuando mi marido estaba soltero, pero para un matrimonio no siempre resulta muy fácil… El Sr. Swann, a decir verdad, no traga a la Verdurin y no apreciaría precisamente que yo la frecuentara habitualmente y yo, fiel esposa…». Swann acompañaba a su esposa en la velada, pero procuraba no estar presente cuando la Sra. Verdurin iba de visita a casa de Odette. Por eso, si la Señora estaba en el salón, el príncipe de Agrigento entraba solo. Solo también, por lo demás,

era presentado por Odette, quien prefería que la Sra. Verdurin no oyera nombres obscuros y, viendo más de un rostro para ella desconocido, se creyese en medio de notabilidades aristocráticas, cálculo que daba tan buen resultado, que por la noche la Sra. Verdurin decía asqueada a su marido: «¡Un ambiente encantador! ¡Estaba toda la flor y nata de la Reacción!». Odette vivía respecto de la Sra. Verdurin con una ilusión inversa. No es que entonces aquel salón hubiese comenzado siquiera a ser lo que veremos más adelante. La Sra. Verdurin no estaba aún siquiera en el período de incubación en el que se suspenden las grandes fiestas en las que los escasos elementos brillantes recientemente adquiridos quedarían sumergidos entre demasiada turbamulta y se prefiere esperar a que el poder generador de los diez justos a quienes se ha logrado atraer haya producido setenta veces más. Como Odette no iba a tardar en hacerlo, la Sra. Verdurin se proponía, desde luego, la «alta sociedad» como objetivo, pero sus zonas de ataque eran aún tan limitadas y estaban, por lo demás, tan lejanas de aquellas por las que tenía alguna posibilidad de llegar a un resultado idéntico, a penetrar, que vivía en la más completa ignorancia de los planes estratégicos elaborados por la Señora y, cuando le hablaban de la Sra. Verdurin como de una esnob, con la mejor fe del mundo, Odette se echaba a reír y decía: «Es todo lo contrario. En primer lugar, carece de los elementos para ello, no conoce a nadie. Además, hay que reconocer que se encuentra a gusto así. No, lo que le gusta son sus reuniones de los miércoles, los conversadores agradables». Y envidiaba, en secreto, a la Sra. Verdurin —si bien no desesperaba de acabar ella misma aprendiéndolas en tan gran escuela— esas artes a las que la Señora atribuía tanta importancia, aunque lo único que hagan sea matizar la existencia y esculpir el vacío y sean, hablando propiamente, las Artes de la Nada: el arte —en el caso de una señora de su casa— de saber «reunir», entender cómo «agrupar», «valorizar», «eclipsarse», servir de «nexo».

En todo caso, las amigas de la Sra. Swann quedaban impresionadas al ver en su casa a una mujer a quien sólo se imaginaban en su salón, rodeada de un marco inseparable de invitados, de todo un grupito que maravillaba ver, así, evocado, resumido, apretado, en un solo sillón, en forma de la Señora, visitante, a su vez, arrebujada en su abrigo forrado de pieles de somormujo, tan mullido como las blancas pieles que tapizaban aquel salón

en el que la Sra. Verdurin era, a su vez, un salón. Las mujeres más tímidas querían retirarse, discretas, y empleando el plural, como cuando se quiere dar a entender a los demás que conviene no fatigar demasiado a una convaleciente que se ha levantado por primera vez y decían: «Odette, vamos a dejarla». Envidiaban a la Sra. Cottard, a quien la Señora llamaba por su nombre de pila. «¿Quiere que la lleve?», le decía la Sra. Verdurin, que no podía soportar la idea de que una fiel fuera a quedarse, en lugar de seguirla. «Es que esta señora ha tenido la amabilidad de ofrecerse a llevarme», respondía la Sra. Cottard, quien no quería parecer haber olvidado, en pro de una persona más celebre, su aceptación del ofrecimiento de la Sra. Bontemps de llevarla en su coche con escarapela.

«Confieso que siento particular gratitud para con las amigas que quieren llevarme con ellas en su vehículo. Es una auténtica ganga para mí, que no tengo automedonte». «Tanto más», respondía la Señora (por decir algo, pues conocía un poco a la Sra. Bontemps y acababa de invitarla a sus reuniones de los miércoles) «cuanto que en casa de la Sra. de Crécy no está usted cerca precisamente de su casa. ¡Huy, Dios mío! Nunca voy a conseguir decir “Sra. Swann”». Era una broma en el pequeño clan —en el caso de personas que no tenían demasiado ingenio— aparentar no poder acostumbrarse a decir «Sra. Swann»: «Estaba tan habituada a decir Sra. de Crécy, que ya he estado otra vez a punto de equivocarme». Ahora bien, cuando la Sra. Verdurin hablaba a Odette, no sólo estaba a punto de equivocarse, sino que lo hacía a propósito. «¿No le da miedo, Odette, vivir en este barrio perdido? Me parece que yo no estaría del todo tranquila para volver a casa por la noche y, además, es que es tan húmedo… No debe de ser muy bueno para el eczema de su marido. ¿Al menos no tendrá ratas?». «¡No, mujer! ¡Qué horror!». «Me alegro, es lo que me habían dicho. Me complace mucho saber que no es verdad, porque les tengo un miedo cerval y no volvería a esta casa. Adiós, querida, hasta pronto, ya sabe lo que me alegra verla. No sabe usted disponer los crisantemos», decía al marcharse, mientras la Sra. Swann se levantaba para acompañarla. «Son flores japonesas y hay que disponerlas como los japoneses». «No comparto la opinión de la Sra. Verdurin, aunque sea para mí en todo la Ley y los Profetas. Sólo usted, Odette, puede encontrar crisantemos tan hermosos»,

declaraba la Sra. Cottard, cuando la Señora había cerrado la puerta. «La querida señora Verdurin no siempre se muestra benévola con las flores ajenas», respondía con dulzura la Sra. Swann. «¿De quién se surte usted, Odette?», preguntaba la Sra. Cottard, para impedir que se prolongaran las críticas a la Señora… «¿Lemaître? Confieso que el otro día había delante de donde Lemaître un gran arbusto rosado que me movió a hacer una locura». Pero por pudor se negó a dar informaciones más precisas sobre el precio del arbusto y se limitó a decir que el profesor, «pese a no ser irascible», había puesto el grito en el cielo y le había dicho que no conocía el valor del dinero. «No, no, mi único florista habitual es Debac». «El mío también», decía la Sra. Cottard, «pero confieso que a veces lo traiciono con Lachaume». «¡Ah! Lo traiciona usted con Lachaume, se lo voy a decir», respondía Odette, quien se esforzaba por dar muestras de ingenio y dirigir la conversación en su casa, en la que se sentía más a gusto que en el pequeño clan. «Por lo demás, Lachaume se está poniendo demasiado caro, la verdad; sus precios son excesivos, mire usted, ¡me parecen inconvenientes!», añadía riendo.

Entretanto, la Sra. Bontemps, quien había dicho cien veces que no quería ir a casa de los Verdurin, encantada de haber sido invitada a las reuniones de los miércoles, estaba calculando cómo podría hacer para acudir el mayor número de veces posible. Ignoraba que la Sra. Verdurin deseaba que no se faltara nunca; por otra parte, era de esas personas poco solicitadas que, cuando son invitadas por la señora de una casa a reuniones «en serie», no acuden —como quien sabe agradar siempre— cuando tienen un momento y el deseo de salir, sino que se privan, por ejemplo, de la primera velada y de la tercera, por imaginarse que se notará su ausencia, y se reservan para la segunda y la cuarta, a no ser que se hayan enterado de que la tercera será particularmente brillante, siguen sólo un orden inverso y alegan que «por desgracia, la última vez no estuv[ieron] libre[s]». Así, la Sra. Bontemps calculaba cuántos miércoles podía haber antes de Pascua y cómo podría acudir a uno más, sin que por ello pareciera imponer su presencia. Contaba con la Sra. Cottard, a quien iba a llevar a su casa, para que le diese algunas indicaciones. «¡Oh! Señora Bontemps, veo que se levanta usted, está muy mal dar así la señal de la huida. Me debe usted una

compensación por no haber venido el jueves pasado… Vamos, vuelva a sentarse un momento. Al fin y al cabo, no va usted a hacer ya otra visita antes de la cena. ¿De verdad no van a dejarse tentar?», añadía la Sra. Swann y también, al tiempo que ofrecía una fuente con pasteles: «Miren, no están nada mal, estas chucherías. De aspecto no lo parecen, pero pruébenlas y ya verán». «Al contrario, tienen un aspecto delicioso», respondía la Sra. Cottard. «En su casa, Odette, nunca faltan vituallas. No necesito preguntarle la marca de fábrica, sé que lo encarga usted todo en donde Rebattet. He de decir que yo soy más ecléctica para las pastas. Para todas las golosinas, recurro con frecuencia a Bourbonneux, pero reconozco que no saben lo que es un helado. Rebattet, para toda clase de helados, jaleas o sorbetes, es el gran artista. Como diría mi marido, es el *nec plus ultra*». «Pues éstos son simplemente caseros. ¿No quieren, de verdad?». «No voy a poder cenar», respondía la Sra. Bontemps, «pero voy a volver a sentarme un instante; es que, mire, adoro, verdad, charlar con una mujer inteligente como usted». «Le voy a parecer indiscreta, Odette, pero me gustaría saber qué le ha parecido el sombrero que llevaba la Sra. Trombert. Ya sé que están de moda los sombreros grandes, pero ¿no es un poco exagerado? Y, comparado con el que trajo el otro día a mi casa, el que llevaba esta tarde era microscópico». «Qué va, yo no soy inteligente», decía Odette, por pensar que así quedaba bien. «En el fondo, soy una bobalicona que se cree todo cuanto le dicen, que se apena por una cosita de nada». E insinuaba que al principio había sufrido mucho por haberse casado con un hombre como Swann, que tenía una vida aparte y la engañaba. Entretanto, el príncipe de Agrigento, tras haber oído las palabras «yo no soy inteligente», consideraba su deber protestar, pero carecía de talento para la réplica. «¡Cómo! ¡Cómo!», exclamaba la Sra. Bontemps, «¿que no es usted inteligente?». «En efecto, estaba yo diciéndome: “¿Qué es lo que oigo?”», decía el príncipe, agarrándose a ese cable. «Deben de haberme engañado mis oídos». «Pero, que no, se lo aseguro», decía Odette. «En el fondo, soy una pequeñoburguesa llena de prejuicios, que se escandaliza muy fácilmente y vive en su rincón y sobre todo muy ignorante». Y, para preguntar por el barón de Charlus, le decía: «¿Ha visto usted a mi querido baronet?». «¿Ignorante, usted?», exclamaba la Sra. Bontemps. «Pues no sé qué diría

usted, entonces, del mundo oficial, ¡todas esas mujeres de Sus Excelencias que sólo saben hablar de trapitos!… Hombre, mire, hace ocho días, sin ir más lejos, cité *Lohengrin* a la mujer del ministro de Instrucción Pública. Me respondió: "*¿Lohengrin?* ¡Ah, sí! La última revista del *Folies-Bergère*: parece que es como para desternillarse". Conque, ¿qué quiere que le diga? Cuando oyes cosas así, es que echas chispas. Me dieron ganas de abofetearla, porque yo tengo, verdad, mi geniecito. A ver, dígame», decía dirigiéndose a mí, «¿tengo o no tengo razón?». «Mire», decía la Sra. Cottard, «se puede disculpar una respuesta no del todo atinada ante una pregunta así, de buenas a primeras, sin avisar. Me lo conozco yo un poco, pues la Sra. Verdurin tiene la costumbre de ponernos, así, el cuchillo en el cuello». «A propósito de la Sra. Verdurin», preguntaba la Sra. Bontemps a la Sra. Cottard, «¿sabe usted quién irá a su casa el miércoles?… ¡Ah! Ahora recuerdo que hemos aceptado una invitación para el próximo miércoles. ¿No quieren ustedes cenar con nosotros ocho días después del miércoles? Iríamos juntos a casa de la Sra. Verdurin. Me intimida entrar sola, no sé por qué esa gran mujer siempre me ha dado miedo». «Voy a decirle yo», respondía la Sra. Cottard, «lo que la atemoriza de la Sra. Verdurin: su voz. ¡Qué le vamos a hacer! No todo el mundo tiene una voz tan bonita como la Sra. Swann, pero, después del primer contacto, como dice la Señora, no tardará en romperse el hielo, pues en el fondo es muy acogedora. Ahora, que comprendo muy bien su sensación, nunca es agradable encontrarse la primera vez entre extraños». «También usted podría cenar con nosotros», decía la Sra. Bontemps a la Sra. Swann. «Después de cenar, iríamos todos juntos en plan Verdurin y, una vez en su casa, aunque la Señora me mire por ello con ojos reprobatorios y no vuelva a invitarme, nos quedaremos las tres hablando entre nosotras: creo que es lo que más me divertirá». Pero no debía de ser ésta una afirmación demasiado verídica, pues la Sra. Bontemps preguntaba: «¿Quién cree usted que habrá el miércoles de la semana próxima? ¿Qué ocurrirá? ¿Al menos no habrá demasiada gente?». «Yo, desde luego, no iré», decía Odette. «Sólo haremos una pequeña aparición el último miércoles. Si no le importa esperar hasta entonces…». Pero la Sra. Bontemps no parecía seducida por aquella propuesta de aplazamiento.

Aunque los méritos intelectuales de un salón y su elegancia suelen guardar relación inversa más que directa, hemos de creer —puesto que Swann consideraba agradable a la Sra. Bontemps— que toda decadencia aceptada tiene como consecuencia volver a las personas menos difíciles para con aquellos con quienes se han resignado a mostrar complacencia, menos difíciles en cuanto a su talento y a todo lo demás, y, si ello es cierto, los hombres deben —como los pueblos— ver desaparecer su cultura e incluso su lengua junto con su independencia. Uno de los efectos de esa indulgencia es el de agravar la inclinación —que se da a partir de cierta edad— a considerar agradables las palabras que representan un homenaje a nuestra propia mentalidad, a nuestras inclinaciones, un estímulo para que nos entreguemos a ellas; esa edad es aquella en que un gran artista prefiere —a la sociedad de los genios originales— la de discípulos que sólo tienen en común con él la letra de su doctrina y que lo escuchan y adulan, en que un hombre o una mujer notables que viven para un amor considerarán la más inteligente de una reunión a una persona, tal vez inferior, pero que con una frase haya demostrado comprender y aprobar lo que es una existencia entregada a la galantería y haya lisonjeado, así, agradablemente la tendencia voluptuosa del amante o la amante; era la edad también en que Swann —por haber pasado a ser el marido de Odette— gustaba de oír decir a la Sra. Bontemps que resulta ridículo recibir sólo a duquesas —con lo que sacaba la conclusión contraria a la que en otro tiempo le habría inspirado en casa de los Verdurin: la de que era una buena mujer, muy aguda y nada esnob— y de contarle historias que la hacían «desternillarse», porque no las conocía y que, por lo demás, «captaba» en seguida, pues le gustaba halagar y divertirse. «Entonces, ¿el doctor no está, como usted, loco por las flores?», preguntaba la Sra. Swann a la Sra. Cottard. «¡Oh! Ya sabe usted que mi marido es un sabio; es moderado en todo. Ahora bien, sí que tiene una pasión». La Sra. Bontemps, con ojos brillantes de malevolencia, gozo y curiosidad, preguntaba: «¿Cuál, señora Cottard?». Ésta respondía con sencillez: «La lectura». «¡Oh! ¡Es una pasión muy tranquilizadora en un marido!», exclamaba la Sra. Bontemps, al tiempo que sofocaba una risa satánica. «Ya puede usted pensar que cuando el doctor está enfrascado en un libro…». «Pues no debe usted temerlo mucho…». «¡Claro que sí!… Por

su vista. Voy a ir a reunirme con él, Odette, y la próxima vez que pueda volveré a llamar a su puerta. A propósito de vista, ¿sabía usted que la casa que acaba de comprar la Sra. Verdurin va a estar iluminada con electricidad? No es que lo sepa por mi policía particular, sino por otra fuente: el propio electricista, Mildé, me lo ha contado. Como ve, ¡cito a mis autores! Incluso las alcobas tendrán sus lámparas eléctricas con una pantalla que tamizará la luz. Se trata, evidentemente, de un lujo fascinante. Por lo demás, nuestros contemporáneos quieren novedad a toda costa, como si no hubiera ya bastante en el mundo. ¡La cuñada de una de mis amigas tiene instalado el teléfono en su casa! ¡Puede hacer un pedido a un proveedor sin salir de su piso! Confieso que he intrigado vilmente para poder ir un día a hablar delante del aparato. Me tienta mucho, pero mejor en casa de una amiga que en la mía. Me parece que no me gustaría tener el teléfono a domicilio. Una vez pasada la primera diversión, debe de ser un auténtico quebradero de cabeza. Bueno, Odette, me marcho, no retenga más a la Sra. Bontemps, que va a acompañarme: no puedo esperar más, hay que ver cómo me hace usted quedar: ¡voy a llegar a casa después que mi marido!».

Y yo también tenía que volver a casa, antes de haber saboreado aquellos placeres del invierno, cuyo brillante envoltorio me habían parecido los crisantemos. No habían llegado aquellos placeres y, sin embargo, la Sra. Swann no parecía esperar nada más. Dejaba que los sirvientes se llevaran el té, como si hubiera anunciado: «¡Cerramos!». Y acababa diciéndome: «Entonces, ¿ya te vas, de verdad? Bueno, pues, *¡good bye!*». Tenía la sensación de que podía haberme quedado sin experimentar aquellos placeres desconocidos y que no era sólo mi tristeza la que me había privado de ellos. ¿No se encontraban, pues, situados en ese camino trillado de las horas que siempre conducen tan aprisa al instante de la partida, sino más bien en algún atajo para mí desconocido por el que habría que internarse? Al menos había alcanzado el objeto de mi visita: Gilberte iba a enterarse de que yo había ido a casa de sus padres, cuando ella estaba ausente, y que en ella, como no había cesado de repetir la Sra. Cottard, había «conquistado de golpe, de buenas a primeras, a la Sra. Verdurin», a quien —añadía la esposa del doctor— no había visto nunca «tan pródiga» con nadie. «Deben de tener ustedes», había dicho, «átomos afines». Iba a saber que yo había hablado de

ella como debía, con cariño, pero que no tenía esa incapacidad para vivir sin que nos viéramos a la que yo atribuía el aburrimiento experimentado por ella en los últimos tiempos a mi lado. Había dicho a la Sra. Swann que ya no podía ver más a Gilberte. Lo había dicho como si hubiera decidido para siempre no volver a verla y la carta que iba a enviar a Gilberte tendría la misma orientación. Sólo, que a mí mismo me proponía —para infundirme ánimo— un supremo y corto esfuerzo de pocos días. Me decía: «Es la última cita que le rechazo: la próxima la aceptaré». Para presentarme la separación como menos difícil de realizar, no me la imaginaba como definitiva, pero no dejaba de sentir que iba a serlo.

Aquel año, el 1 de enero me resultó particularmente doloroso, como todo lo que señala una fecha y un aniversario, cuando nos sentimos desdichados, pero, si es, por ejemplo, por haber perdido a un ser querido, el sufrimiento consiste sólo en una comparación más intensa con el pasado. En mi caso se sumaba la esperanza no formulada de que Gilberte —tras haberme dejado la iniciativa de los primeros pasos y comprobar que no los había dado—, hubiera esperado sólo al pretexto del 1 de enero para escribirme: «Pero, bueno, ¿qué ocurre? Estoy loca por ti: ven para que nos expliquemos francamente, que no puedo vivir sin verte». A partir de los últimos días del año, esa carta me pareció probable. Tal vez no lo fuera, pero, para así considerarla, bastaba el deseo, la necesidad que de ella tenía. El soldado está convencido de que se le concederá un corto plazo indefinidamente prolongable antes de que lo maten; el ladrón, antes de que lo atrapen; los hombres en general, antes de que les llegue la muerte. Ése es el amuleto que preserva a los individuos —y a veces a los pueblos— no del peligro, sino del miedo al peligro, de la creencia, en realidad, en el peligro, lo que en ciertos casos permite arrostrarlo sin la necesidad de ser valeroso. Una confianza de esa clase y con tan poco fundamento sostiene al enamorado que cuenta con una reconciliación, con una carta. Para que yo no hubiera esperado ésta, habría bastado que hubiese dejado de desearla. Por indiferentes que sepamos ser para aquella a la que aún amamos, le atribuimos una serie de pensamientos —aunque sean de indiferencia—, una intención de manifestarlos, una complicación de vida interior, en la que tal vez seamos objeto de antipatía —pero también de atención— permanente.

Para imaginar, en cambio, lo que experimentaba Gilberte, habría sido necesario que hubiera podido sencillamente prever desde aquel 1 de enero lo que habría sentido en el de uno de los años siguientes, en el que la atención o el silencio o la ternura o la frialdad de Gilberte hubiesen pasado casi inadvertidos a mis ojos y no hubiera pensado —no hubiese podido siquiera pensar— en buscar la solución para problemas que habrían dejado de planteárseme. Cuando amamos, el amor es demasiado grande para poder mantenerse enteramente dentro de nosotros; irradia hacia la persona amada, encuentra en ella una superficie que lo detiene, lo obliga a volver hacia su punto de partida, y ese choque de retorno de nuestra propia ternura es lo que llamamos los sentimientos del otro y nos encanta más que a la ida, porque no reconocemos que procede de nosotros. El 1 de enero dio todas sus horas sin que llegara aquella carta de Gilberte y, como recibí algunas con felicitaciones tardías o retrasadas por la acumulación de correo en aquellas fechas, los días 3 y 4 de enero seguía esperando, si bien cada vez menos. Los días siguientes, lloré mucho. Se debía —cierto es— a que, al haber sido menos sincero de lo que creía cuando había renunciado a Gilberte, había conservado esa esperanza de una carta de ella para el nuevo año, y, al verla defraudada antes de que hubiera tenido tiempo de proveerme de otra, sufría como un enfermo que ha vaciado su frasco de morfina sin tener otro a mano, pero tal vez —y estas dos explicaciones no se excluyen, pues a veces un solo sentimiento está hecho de contrarios— la esperanza que abrigaba de recibir por fin una carta me hubiera aproximado la imagen de Gilberte, hubiese recreado las emociones que la espera de encontrarme junto a ella, su visión, su forma de ser conmigo me infundían en el pasado. La posibilidad inmediata de una reconciliación había suprimido esa cosa cuya enormidad no advertimos: la resignación. Los neurasténicos no pueden creer a quienes les aseguran que, si permanecen en la cama sin recibir cartas ni leer periódicos, irán calmándose poco a poco. Se imaginan que ese régimen no hará otra cosa que exasperar su nerviosismo. Así mismo, los enamorados, al considerarla desde un estado contrario, por no haber empezado a experimentarla, no pueden creer en el poder benéfico de la renuncia.

En vista de la violencia de los latidos de mi corazón, me racionaron la cafeína y aquéllos cesaron. Entonces me pregunté si no se habría debido un poco a ésta la angustia que había experimentado cuando había reñido más o menos con Gilberte y que había atribuido —siempre que se renovaba— al sufrimiento de no ver más a mi amiga o correr el riesgo de no verla sino presa del mismo mal humor, pero, si ese medicamento había sido la causa de los sufrimientos que mi imaginación hubiera interpretado entonces erróneamente —lo que nada tendría de extraordinario, pues con frecuencia las más crueles penas morales se deben en los amantes a la costumbre física de la mujer con quien viven—, había sido al modo del filtro que, mucho después de ser absorbido, sigue manteniendo unidos a Tristán e Iseo, pues la mejoría física que la disminución de la cafeína propició casi inmediatamente en mí no detuvo la evolución de la pena que la absorción del tóxico tal vez hubiera —ya que no creado— al menos agudizado.

Ahora bien, cuando se acercó la mitad del mes de enero, una vez defraudadas mis esperanzas de recibir una carta por Año Nuevo y una vez calmado el dolor suplementario que había acompañado a la decepción, volvió a aparecer mi pena de antes de las fiestas. Lo más cruel que tal vez había aún en ella era que yo mismo fuese su artífice consciente, voluntario, despiadado y paciente. Yo mismo me dedicaba a volver imposible la única cosa que me importaba —mis relaciones con Gilberte— creando poco a poco, mediante la prolongada separación de mi amiga, no su indiferencia, sino —cosa que al final equivaldría a lo mismo— la mía. Estaba entregado sin descanso a un largo y cruel suicidio del yo que en mí amaba a Gilberte, con la clarividencia no sólo de lo que hacía en el presente, sino también de lo que resultaría para el futuro: sabía no sólo que dentro de cierto tiempo habría dejado de amar a Gilberte, sino también que ella misma lo lamentaría y los intentos que haría entonces de verme serían tan vanos como los del presente, no ya porque la amara demasiado, sino porque amaría sin lugar a dudas a otra mujer a quien permanecería deseando, esperando, durante horas de las cuales no osaría distraer un ápice para Gilberte, quien ya no sería nada. Y seguramente en aquel momento mismo en que —puesto que estaba decidido a no verla más, a no ser que recibiera una solicitud explícita de explicaciones, una declaración completa de amor por su parte, que en

modo alguno resultaban ya posibles— había perdido a Gilberte y la amaba más —sentía todo lo que era para mí mejor que el año anterior, cuando, por pasar todas las tardes con ella, si quería, pensaba que nada amenazaba nuestra amistad— la idea de que un día abrigaría los mismos sentimientos por otra me resultaba odiosa, pues me quitaba, además de a Gilberte, mi amor y mi sufrimiento, con los que llorando intentaba comprender precisamente lo que era Gilberte y que no le pertenecían —debía por fuerza reconocerlo— especialmente y tarde o temprano serían patrimonio de tal o cual otra mujer. De modo, que siempre estamos —así al menos pensaba yo entonces— separados de las personas: cuando amamos, sentimos que ese amor no lleva su nombre, podrá renacer en el futuro, habría podido incluso nacer en el pasado para otra y no para ésta y, cuando no amamos, si nos resignamos filosóficamente a lo contradictorio que hay en ese amor, es porque ese amor del que hablamos con facilidad no lo experimentamos entonces y, por tanto, no lo conocemos, pues el conocimiento en esos asuntos es intermitente y no sobrevive a la presencia efectiva del sentimiento. Cierto es que aún habría habido tiempo de advertir a Gilberte que ese futuro en el que yo habría dejado de amarla y que mi sufrimiento me ayudaba a adivinar sin que mi imaginación pudiese aún representárselo claramente se formaría poco a poco, que su llegada era —si no inminente— al menos ineluctable, si ella misma, Gilberte, no venía en mi ayuda y no destruía en germen mi futura indiferencia. Cuántas veces no estuve a punto de escribir —o ir a decir— a Gilberte: «Ten cuidado, que he adoptado mi resolución, el que doy es un paso supremo. ¡Te veo por última vez! ¡Pronto habré dejado de amarte!». ¿Para qué? ¿Con qué derecho habría reprochado a Gilberte una indiferencia que —sin por ello considerarme culpable— manifestaba a todo lo que no era ella? ¡La última vez! A mí me parecía algo inmenso, porque amaba a Gilberte. A ella le habría causado seguramente la misma impresión que esas cartas en que unos amigos nos expresan su deseo de hacernos una visita antes de expatriarse, visita que, como a las aburridas mujeres que nos aman, les denegamos, porque tenemos placeres ante nosotros. El tiempo de que disponemos cada día es elástico; las pasiones que sentimos lo dilatan, las que inspiramos lo encogen y el hábito lo llena.

Por lo demás, de nada me habría servido hablar a Gilberte: no me habría escuchado. Cuando hablamos, nos imaginamos siempre que son nuestros oídos, nuestra mente, los que escuchan. Mis palabras habrían llegado hasta Gilberte desviadas, como si hubieran tenido que atravesar la cortina en movimiento de una catarata antes de llegar a mi amiga, irreconocibles, con un sonido ridículo, carentes ya del menor sentido. La verdad que infundimos a las palabras no se abre paso directamente, no está dotada de una evidencia irresistible. Es necesario que pase el tiempo suficiente para que una verdad del mismo orden haya podido formarse en ellos. Entonces el adversario político que, pese a todos los razonamientos y todas las pruebas, consideraba un traidor a quien profesa la doctrina contraria comparte, a su vez, la detestada convicción en la que quien en vano intentaba difundirla ha dejado de creer. Así, pues, la obra maestra que para los admiradores que la leían en voz alta parecía mostrar en sí misma las pruebas de su excelencia y no ofrecía a quienes escuchaban sino una imagen insana o mediocre será proclamada por ellos como tal demasiado tarde para que el autor pueda enterarse. Así mismo en el amor aquel a quien desesperan las barreras en modo alguno puede derribarlas desde fuera y, cuando ya hayan dejado de importarle, de pronto —por efecto de una labor de otra procedencia realizada dentro de la que no amaba— dichas barreras, antes atacadas sin éxito, caerán en vano. Si yo hubiera ido a anunciar a Gilberte mi indiferencia futura y el medio de prevenirla, ésta habría inducido de esa actitud que mi amor, mi necesidad de ella, eran aún mayores de lo que había pensado y su enojo al verme habría aumentado en consecuencia. Por lo demás, es bien cierto que ese amor era el que me ayudaba —mediante los estados de ánimo inconexos que hacía sucederse en mí— a prever, mejor que ella, su fin. Sin embargo, tal vez habría comunicado semejante advertencia a Gilberte, por carta o de viva voz, cuando hubiera pasado bastante tiempo, con lo que me la volvería —cierto es— menos indispensable, pero después de haber podido demostrarle también que no me lo era. Por desgracia, ciertas personas bien o mal intencionadas le hablaron de mí de un modo que debió de hacerla pensar que yo se lo había pedido. Siempre que me enteré, así, de que Cottard, mi propia madre e incluso el Sr. de Norpois habían inutilizado —con palabras torpes— todo el

sacrificio que acababa de hacer, habían arruinado todo el resultado de mi reserva al presentarme falsamente con la apariencia de haber salido de ella, yo sufría un doble contratiempo. En primer lugar, ya no podía hacer remontarse sino a aquel día mi dura y fructífera abstención que aquellos pesados habían interrumpido, sin que yo lo supiera, y, por consiguiente, habían anulado, pero, además, habría sentido menos placer al ver a Gilberte, quien ahora me creía —no ya dignamente resignado, sino— maniobrando en la sombra para obtener una entrevista que no se había dignado conceder. Yo maldecía esa vana palabrería de gente que muchas veces —sin la intención siquiera de perjudicar o hacer un favor, para nada, por hablar, a veces porque no hemos podido por menos de hacerlo delante de ellos y son indiscretos, como nosotros— nos hacen, en el momento oportuno, tanto daño. Cierto es que en la funesta tarea cumplida para la destrucción de nuestro amor, distan de desempeñar un papel igual a dos personas que tienen por costumbre —una por exceso de bondad y la otra de maldad— deshacerlo todo en el momento en que todo iba a arreglarse, pero a esas dos personas no les guardamos el mismo rencor que a los Cottard, pues la última es aquella a quien amamos y la primera nosotros mismos.

Sin embargo, como, casi siempre que iba a verla, la Sra. Swann me invitaba a ir a merendar con su hija y me decía que respondiera directamente a ésta, yo escribía con frecuencia a Gilberte y en aquella correspondencia no elegía las frases que habrían podido —me parecía— persuadirla, sino que sólo procuraba abrir el lecho más suave para que discurriera por él mi llanto, pues la pena, como el deseo, no procura analizarse, sino satisfacerse; cuando empezamos a amar, no pasamos el tiempo enterándonos de lo que es nuestro amor, sino tan sólo preparando las posibilidades para citas futuras. Cuando renunciamos, no procuramos conocer nuestra pena, sino ofrecer la que nos parece su expresión más tierna a aquella que la causa. Decimos las cosas que necesitamos decir y que la otra no comprenderá, hablamos sólo para nosotros mismos. Yo escribía: «Había creído que no sería posible. Ya veo —¡ay!— que no es tan difícil». Decía también: «Probablemente no volveré a verte», y, al decirlo, seguía guardándome de una frialdad que ella habría podido considerar afectada y aquellas palabras, al escribirlas, me hacían llorar, porque no expresaban —

me parecía— lo que me habría gustado creer, sino lo que ocurriría en realidad, pues a la próxima petición de cita que me dirigiera, yo tendría aún, como aquella vez, valor para no ceder y, de rechazo en rechazo, llegaría poco a poco al momento en que —a fuerza de no haberla visto— no desearía verla. Lloraba, pero encontraba el valor —y experimentaba la dulzura— de sacrificar la felicidad de estar junto a ella por la posibilidad de parecerle agradable un día: un día en que parecerle agradable me resultaría —¡ay!— indiferente. La propia hipótesis —pese a ser tan poco verosímil— de que en aquel momento —como había afirmado durante la última visita que le había hecho yo— me amara, de que el fastidio que se siente, a mi juicio, junto a alguien de quien nos hemos cansado, se debiera simplemente a una susceptibilidad celosa, a una indiferencia fingida, análoga a la mía, no contribuía sólo a hacerme mi resolución menos cruel. Me parecía entonces que al cabo de unos años, después de que nos hubiéramos olvidado el uno del otro, cuando pudiese decirle retrospectivamente que aquella carta que en aquel momento estaba escribiéndole en modo alguno había sido sincera, ella me respondería: «¡Cómo! ¿Que me amabas? Si supieras cómo la esperaba, aquella carta, cómo esperaba una cita, ¡cómo me hizo llorar!». La idea —mientras le escribía, nada más volver de casa de su madre— de que tal vez estuviera consumando precisamente aquel malentendido me movía —por su propia tristeza, por el placer de imaginar que Gilberte me amaba— a continuarla.

Si, en el momento de despedirme de la Sra. Swann, cuando acababa su «té», pensaba yo en lo que iba a escribir a su hija, la Sra. Cottard, por su parte, al marcharse, había tenido pensamientos de un carácter muy diferente. Al hacer su «pequeña inspección», no había dejado de felicitar a la Sra. Swann por los muebles nuevos, las recientes «adquisiciones» observadas en el salón. Por lo demás, entre ellos podía reconocer —aunque en muy pequeño número— algunos de los objetos que Odette tenía en otro tiempo en su hotelito de la Rue La Pérouse, en particular sus animales de materiales preciosos, sus fetiches.

Pero, tras haber conocido la Sra. Swann —por un amigo al que veneraba— la palabra «mamarracho» —que le había abierto nuevos horizontes, porque designaba precisamente las cosas que unos años antes le

habían parecido «finas»—, todas éstas habían seguido sucesivamente en su retirada al encañado como de oro que servía de apoyo a los crisantemos, a más de una bombonera de donde Giroux y al papel de cartas con corona (por no hablar de los luises de cartón esparcidos sobre las chimeneas y que, mucho antes de que conociera a Swann, un hombre de buen gusto le había aconsejado sacrificar). Por lo demás, en el desorden de artista, en el revoltijo de taller, de las habitaciones con paredes aún pintadas en colores obscuros que las diferenciaban al máximo de los salones blancos que más adelante tuvo la Sra. Swann, el Extremo Oriente retrocedía cada vez más ante la invasión del siglo XVIII y los cojines que, para que estuviera más «a gusto», amontonaba y modelaba la Sra. Swann tras mi espalda estaban sembrados de ramilletes Luis XV y ya no, como antaño, de dragones chinos. En el cuarto en el que se la encontraba más a menudo y del que decía: «Sí, me gusta bastante, paso mucho tiempo en él; no podría vivir en medio de cosas hostiles y vulgares; aquí es donde trabajo» —sin precisar, por lo demás, si era en un cuadro, tal vez en un libro: las mujeres que gustan de hacer algo y no ser inútiles empezaban a sentir el gusto de escribirlos— estaba rodeada de porcelana de Sajonia; le gustaba ese tipo de porcelana, cuyo nombre pronunciaba con acento inglés y llegaba hasta el extremo de decir a propósito de cualquier cosa: «Es bonito, se parece a las flores de la porcelana de Sajonia»; temía por ella —más aún que en tiempos por sus figuritas orientales y sus jarrones— el tacto ignorante de los sirvientes, a quienes hacía expiar las zozobras que le habían causado con arrebatos que Swann, amo tan educado y afable, presenciaba sin escandalizarse. Por lo demás, la visión lúcida de ciertas inferioridades no hace mermar el cariño lo más mínimo; éste hace, al contrario, que parezcan encantadoras. Ahora ya no era tan frecuente que recibiese Odette con batas japonesas a sus íntimos, sino más bien con las sedas claras y espumosas de albornoces Watteau, cuya espuma florida acariciaba y en los cuales se bañaba, se arrellanaba, se desplomaba con tal expresión de bienestar, frescor de la piel y suspiros tan profundos, que no parecía considerarlos decorativos al modo de un marco, sino necesarios del mismo modo que el *tub* y el *footing* para contener las exigencias de su fisionomía y los refinamientos de su higiene. Tenía la costumbre de decir que le resultaría

más fácil prescindir del pan que del arte y la limpieza y que la habría entristecido más ver arder *La Gioconda* que a «multidumbres» de conocidos suyos. Teorías que parecían paradójicas a sus amigas, pero la hacían pasar por una mujer superior ante ellas y le valían la visita, una vez a la semana, del embajador de Bélgica, por lo que en el mundillo cuyo Sol era habría asombrado a todo el mundo enterarse de que en otro sitio —en casa de los Verdurin, por ejemplo— estaba considerada tonta. Por esa vivacidad mental, la Sra. Swann prefería la sociedad de los hombres a la de las mujeres, pero, cuando criticaba a éstas, lo hacía siempre como casquivana, al señalar los defectos en ellas que podían perjudicarlas ante los hombres: tobillos gruesos, un cutis feo, faltas de ortografía, vello en las piernas, un olor pestilencial, cejas falsas. Para con una que en tiempos le había dado muestras de indulgencia y amabilidad se mostraba, en cambio, más tierna, sobre todo si era desdichada. La defendía con destreza y decía: «Son injustos con ella, pues es una buena mujer, se lo aseguro».

No era sólo el mobiliario del salón de Odette, sino la propia Odette, lo que a la Sra. Cottard y todos cuantos habían frecuentado a la Sra. de Crécy les habría costado reconocer, si no la hubieran visto desde hacía mucho tiempo. ¡Parecía tener tantos años menos que entonces! Seguramente se debía en parte a que había engordado y estaba mejor de salud, tenía una expresión más apacible, lozana, descansada y, por otra parte, a que los nuevos peinados, con el pelo alisado, daban mayor extensión a su rostro, animado por un polvo rojo y en el que sus ojos y su perfil, antes demasiado saltones, parecían ahora absorbidos, pero otra razón de ese cambio consistía en que, tras llegar a la mitad de la vida, Odette se había descubierto —o inventado— por fin una fisionomía personal, un «carácter» inmutable, una «clase de belleza», y había aplicado a sus deslavazadas facciones ese tipo fijo —que por haber estado durante tanto tiempo entregadas a los azarosos e impotentes caprichos de la carne y cobrar años, como una vejez pasajera, con la menor fatiga de un instante, le habían formado, mal que bien, según su humor y su expresión, un rostro disperso, tornadizo, informe y encantador— como una juventud inmortal.

Swann tenía en su alcoba —en lugar de las hermosas fotografías que ahora hacían a su mujer y en las que la misma expresión enigmática y

victoriosa dejaba reconocer, fueran cuales fuesen el vestido y el sombrero, su silueta y su rostro triunfantes— un pequeño daguerrotipo antiguo muy sencillo, anterior a aquel tipo y del que la juventud y la belleza de Odette, aún no descubiertas por ella, parecían ausentes, pero seguramente Swann —fiel o de vuelta a una concepción diferente— apreciaba en la joven delgada de ojos pensativos, facciones cansadas y actitud suspendida entre la marcha y la inmovilidad una gracia más botticelliana. En efecto, aún le gustaba ver en su mujer un Botticelli. Odette —que, en lugar de destacar, procuraba, al contrario, compensar, disimular, lo que no le gustaba de sí misma, lo que tal vez fuera, para un artista, su «carácter», pero en lo que, como mujer, encontraba defectos— no quería ni oír hablar de ese pintor. Swann tenía un maravilloso chal oriental, azul y rosa, que había comprado porque era exactamente el de la Virgen del *Magnificat*, pero la Sra. Swann no quería ponérselo. Sólo una vez dejó que su marido le encargara un vestido, todo él salpicado de margaritas, acianos, miosotas y campánulas, inspirado en el de la *Primavera*. A veces, por la noche, cuando estaba cansada, Swann me indicaba en voz baja que Odette infundía, sin darse cuenta, a sus manos pensativas el movimiento sutil, un poco atormentado, de la Virgen, al mojar la pluma en el tintero ofrecido por el ángel antes de escribir en el libro santo, en el que ya está trazada la palabra «Magnificat». Pero añadía: «Sobre todo no se lo digas, bastaría que lo supiera para que no lo hiciese».

Salvo en esos momentos de involuntaria flaqueza, en los que Swann intentaba recuperar la melancólica cadencia botticelliana, el cuerpo de Odette estaba recortado ahora en una sola silueta circunscrita por entero por una «línea» que, para seguir el contorno de la mujer, había abandonado los caminos accidentados, los entrantes y los salientes facticios, las redes, la dispersión compuesta de las modas de antaño, pero que también —en los casos en que era la anatomía la que se equivocaba, al dar rodeos inútiles más acá o más allá del trazado ideal— sabía rectificar con un trazo audaz las desviaciones de la naturaleza, suplir —en toda una parte del recorrido— los fallos tanto de la carne como de las telas. Los cojines, el «transportín», del horrible «miriñaque» habían desaparecido, junto con esos corsés con faldones que, por encima de la falda y atirantados con ballenas, durante tanto tiempo habían añadido a Odette un vientre postizo y la habían hecho

parecer como compuesta de piezas inconexas sin una individualidad que las vinculara. La vertical de los «flecos» y la curva de los encañonados habían cedido el puesto a la inflexión de un cuerpo que hacía palpitar la seda como la sirena azota la ola y daba a la percalina una expresión humana, ahora que —como una forma organizada y viva— se había liberado del largo caos y de la nebulosa envoltura de las modas destronadas, pero, aun así, la Sra. Swann había querido, había sabido, conservar cierto vestigio de algunas de ellas entre las que las habían substituido. Cuando por la noche —al no poder trabajar y estar seguro de que Gilberte estaba en el teatro con unas amigas— me presentaba de improviso en casa de sus padres, me encontraba con frecuencia a la Sra. Swann con un elegante traje de estar por casa cuya falda —de uno de esos hermosos tonos foscos, rojo obscuro o naranja que parecían tener un significado particular por haber pasado de moda— estaba oblicuamente cruzada por una rampa calada y amplia de encaje negro que recordaba a los volantes de antaño. Cuando, antes de que yo riñera con su hija, me había llevado, un día aún frío de primavera, al Jardín Botánico, las «vistas» en dientes de sierra de su blusa parecían —bajo su chaqueta, que entreabría más o menos, a medida que iba entrando en calor al caminar— el revés vislumbrado de un chaleco ausente, semejante a uno de los que había llevado unos años antes y cuyos bordes le gustaban con ese ligero recorte, y la corbata —de esa tela «escocesa» a la que había seguido fiel, pero suavizando tanto sus tonos: el rojo en rosa y el azul en lila, que casi parecía uno de esos tafetanes tornasolados que eran la última novedad— iba anudada de tal modo bajo la barbilla, sin que se viera dónde estaba fijada, que recordaba infaliblemente a aquellas «bridas» de caballos que ya no se llevaban. A poco que supiera «durar» aún un tiempo así, los jóvenes, al intentar entender su vestimenta, dirían: «La Sra. Swann es toda una época, ¿verdad?». En la vestimenta de la Sra. Swann —como en un estilo hermoso que superpone formas diferentes y fortifica una tradición oculta— aquellos recuerdos inciertos de chalecos o lazadas, a veces una tendencia —en seguida reprimida— al «salto en barca» e incluso una alusión lejana y vaga al «sígame, joven», hacían circular en forma concreta la semejanza inacabada de otros más antiguos que no se habrían podido encontrar efectivamente realizados en ellos por la costurera o la modista,

pero en los que no se podía por menos de pensar constantemente, y envolvían a la Sra. Swann en cierta nobleza: tal vez porque la propia inutilidad de aquellos adornos hacía que parecieran responder a un fin más que utilitario, tal vez por el vestigio conservado de los años pretéritos o como de una individualidad vestimentaria, propia de esa mujer, y que daba a sus trajes más diferentes un aire de familia. Se notaba que no se vestía sólo para la comodidad o el adorno de su cuerpo; estaba envuelta en su vestimenta como en el delicado aparato y la espiritualidad de una civilización.

Cuando Gilberte, quien solía ofrecer sus meriendas los días en que su madre recibía, iba a estar, en cambio, ausente y, gracias a ello, podía yo ir a la reunión de la Sra. Swann, la encontraba ataviada con algún vestido hermoso: unos de tafetán, otros de falla, terciopelo, crespón de China, raso o seda y que —por no ir sueltos como las batas que solía llevar en casa, sino estar combinados como para salir a la calle— infundían en aquellas tardes a su ociosidad en casa cierto carácter alerta y activo y seguramente la audaz sencillez de su corte era muy apropiada para su talle y sus movimientos, cuyo color parecía ser el de las mangas, que cambiaba con los días; parecía como si hubiera de pronto decisión en el terciopelo azul, un humor fácil en el tafetán blanco, y como si una reserva suprema y llena de distinción en la forma de adelantar el brazo hubiera cobrado —para hacerse visible— el aspecto —brillante con la sonrisa de los grandes sacrificios— del crespón de China negro, pero al mismo tiempo la complicación de las «guarniciones» sin utilidad práctica, sin razón de ser visible, añadía a aquellos vestidos tan vivos una pincelada desinteresada, pensativa, secreta, que armonizaba con la melancolía que la Sra. Swann conservaba siempre, al menos en el cerco de los ojos y las falanges de las manos. Bajo la profusión de los brazaletes de zafiro, los tréboles de cuatro hojas de esmalte, las medallas de plata, los medallones de oro, los amuletos de turquesa, las esclavas de rubíes, las castañas de topacio, había en el propio vestido cierto motivo coloreado que proseguía en un canesú añadido su existencia anterior, cierta fila de botoncitos de raso que nada abotonaban y no se podían desabrochar, una trencilla que procuraba agradar con la minucia, la discreción, de un recuerdo delicado, que tanto como las joyas parecían —

pues, de lo contrario, carecían de justificación posible— revelar una intención, ser un testimonio de ternura, retener una confidencia, responder a una superstición, conservar el recuerdo de una curación, un voto, un amor o un juego. Y a veces un asomo de cuchillada Enrique II en el terciopelo azul del corsé, un ligero abullonamiento en el vestido de raso negro, que ora recordaban —en las mangas, junto a los hombros— a los «jamones» 1830 ora, al contrario —bajo la falda—, a los «miriñaques» Luis XV, infundían al vestido el aire imperceptible de ser un traje y, al insinuar bajo la vida presente como una reminiscencia indiscernible del pasado, combinaban con la persona de la Sra. Swann el encanto de ciertas heroínas históricas o novelescas y, si yo se lo comentaba, decía: «No juego al golf, como varias de mis amigas. No tendría excusa alguna para ir, como ellas, vestida con *sweaters*».

En el barullo del salón, al volver de acompañar a una visita o tomar una fuente de pasteles para ofrecérselos a otra, la Sra. Swann, cuando pasaba junto a mí, me llevaba un momento aparte: «Gilberte me ha encargado especialmente que te invite a almorzar pasado mañana. Como no estaba segura de verte, iba a escribirte, si no hubieras venido». Yo seguía resistiendo y aquella resistencia me costaba cada vez menos, porque, por mucho que nos guste el veneno que nos hace daño, cuando llevamos ya cierto tiempo privados de él por una necesidad, no podemos por menos de apreciar en parte el descanso que ya no conocíamos, la ausencia de emociones y sufrimientos. Si bien no somos del todo sinceros al decirnos que no queremos volver a ver jamás a la que amamos, tampoco lo seríamos diciendo que queremos volver a verla, pues seguramente sólo podemos soportar su ausencia prometiéndola breve, pensando en el día en que volveremos a verla, pero, por otra parte, sentimos hasta qué punto son esos sueños cotidianos de una próxima reunión y sin cesar aplazada menos dolorosos que una entrevista a la que podrían seguir los celos, por lo que la noticia de que vamos a volver a ver a la que amamos supondría una conmoción poco agradable. Lo que ahora diferimos día tras día no es ya el fin de la intolerable ansiedad causada por la separación, es el temido retorno de emociones sin salida. ¡Cómo preferimos —a semejante entrevista— el dócil recuerdo que completamos a voluntad con ensueños en los que quien

en la realidad no nos ama nos hace, al contrario, declaraciones, cuando estamos solos! ¡Cómo preferimos ese recuerdo —que, combinándolo poco a poco con muchos de nuestros deseos, podemos llegar a volver tan dulce como queramos— a la entrevista aplazada en la que afrontaríamos a una persona a la que ya no podríamos dictar a voluntad las palabras que deseamos, sino que sufriríamos sus nuevas frialdades, sus violencias inesperadas! Todos sabemos, cuando hemos dejado de amar, que el olvido e incluso el recuerdo vago no causan tantos sufrimientos como el amor desdichado. De semejante olvido anticipado prefería yo, sin confesármelo, la dulzura descansada.

Por lo demás, la posible dureza de semejante cura de alejamiento físico y aislamiento se va mitigando poco a poco por otra razón: la de que debilita —en espera de curarla— la idea fija que es un amor. El mío era aún bastante fuerte para que deseara reconquistar todo mi prestigio ante Gilberte, que, mediante mi separación voluntaria, había de aumentar —me parecía— progresivamente, de modo que cada uno de aquellos tranquilos y tristes días en los que no la veía y que se sucedían sin interrupción, sin prescripción (cuando no se mezclaba algún pesado en mis asuntos), no era un día perdido, sino ganado: inútilmente ganado tal vez, pues pronto podrían darme de alta. La resignación, modalidad de la costumbre, permite a ciertas fuerzas aumentar indefinidamente. Las —tan ínfimas— que yo tenía para soportar mi pena, la primera noche después de haber reñido con Gilberte, habían alcanzado desde entonces una potencia incalculable. Sólo, que la tendencia de todo lo que existe a prolongarse resulta a veces interrumpida por bruscos impulsos a los que nos permitimos abandonarnos con tantos menos escrúpulos cuanto que sabemos durante cuántos días, meses, hemos sido —y seríamos aún— capaces de privarnos y con frecuencia, cuando la bolsa en la que ahorramos va a estar llena, es cuando la vaciamos de una vez, sin esperar al resultado del tratamiento, y, cuando ya estamos habituados a él, es cuando lo dejamos. Y un día en que la Sra. Swann estaba repitiéndome sus palabras habituales sobre lo mucho que gustaría a Gilberte verme, con lo que ponía como al alcance de la mano la felicidad de la que llevaba ya tanto tiempo privándome, fui presa de una conmoción al comprender que aún era posible saborearla y me costó esperar

al día siguiente: acababa de decidir ir a dar una sorpresa a Gilberte antes de la cena.

Lo que me ayudó a esperar durante todo un día fue un proyecto que concebí. Puesto que todo estaba olvidado y me había reconciliado con Gilberte, ya sólo quería verla como enamorado. Todos los días recibiría de mí las más hermosas flores que hubiera y, si la Sra. Swann, aunque no tuviese derecho a ser una madre demasiado severa, no me permitía envíos cotidianos de flores, buscaría regalos más preciosos y menos frecuentes. Mis padres no me daban bastante dinero para comprar cosas caras. Pensé en un gran jarrón de porcelana antigua de China que había heredado de mi tía Léonie y del que Françoise iba a venir —predecía mamá todos los días— a decir: «Es que se ha desprendido…», y nada quedaría de él. En esas condiciones, ¿acaso no era más sensato venderlo para poder agradar como quisiera a Gilberte? Me parecía que podría obtener mis buenos mil francos por él. Mandé envolverlo. La costumbre me había impedido verlo nunca; separarme de él tuvo al menos una virtud: la de permitirme conocerlo. Me lo llevé antes de ir a casa de los Swann y, al dar su dirección al cochero, le dije que fuera por los Campos Elíseos, en una de cuyas esquinas estaba la tienda de un gran comerciante de artículos chinos, conocido de mi padre. Para gran sorpresa mía, me ofreció en el acto no mil, sino diez mil francos. Cogí aquellos billetes con arrobo: durante todo un año, iba a poder colmar todos los días a Gilberte de rosas y lilas. Cuando volví a montar en el coche, tras salir de la tienda, como los Swann vivían cerca del Bois, el cochero, en lugar de seguir el camino habitual, descendió, como es natural por la avenida de los Campos Elíseos. Ya habíamos pasado la esquina de la Rue de Berri, cuando a la luz del crepúsculo me pareció reconocer —muy cerca de la casa de los Swann, pero en dirección inversa y alejándose de ella— a Gilberte, quien caminaba despacio, aunque con paso deliberado, junto a un joven con quien iba hablando y cuyo rostro no pude distinguir. Me levanté en el coche con la intención de mandar que se detuviera, pero después vacilé. Los dos paseantes estaban ya un poco lejos y las dos líneas suaves y paralelas que trazaba su lento paseo iban difuminándose en la sombra elísea. No tardé en llegar ante la casa de Gilberte. Me recibió la Sra. Swann: «¡Oh! ¡Cuánto va a sentirlo!», me dijo. «No sé cómo es que no está en casa.

Esta tarde ha pasado mucho calor en una clase y me ha dicho que quería ir a tomar un poco el aire con una de sus amigas». «Creo que la he divisado por la Avenida de los Campos Elíseos». «No creo que fuera ella. En todo caso, no se lo digas a su padre. No le gusta que salga a estas horas. *Good evening*». Me marché: dije al cochero que recorriera el mismo camino en sentido inverso, pero no volví a ver a los dos paseantes. ¿Dónde estarían? ¿Qué se dirían en la obscuridad, con aquel aire confidencial? Volví a casa sujetando, desesperado, los diez mil francos que debían haberme permitido hacer tantos regalitos a aquella Gilberte a quien ahora estaba decidido a no volver a ver. Seguramente aquel alto en la tienda de artículos chinos me había alegrado al hacerme concebir la esperanza de que no volvería a ver jamás a mi amiga sino contenta conmigo y agradecida, pero, si no hubiera hecho aquel alto, si el coche no se hubiese internado por la avenida de los Campos Elíseos, no habría visto a Gilberte y a aquel joven. Así, un mismo hecho entraña ramales opuestos y la desgracia que engendra anula la felicidad que había causado. Me había ocurrido lo contrario de lo que sucede con tanta frecuencia. Deseamos un gozo y carecemos del medio material para alcanzarlo. «Resulta triste», dijo La Bruyère, «amar sin una gran fortuna». Ya sólo queda intentar aniquilar poco a poco el deseo de ese gozo. Yo, en cambio, había obtenido el medio material, pero en el mismo momento —si no por un efecto lógico, al menos por una consecuencia fortuita de ese primer éxito— se me había hurtado el gozo. Por lo demás, me parece que así ha de sucedernos siempre. Por lo general, no en la misma velada —cierto es— en la que hemos obtenido lo que lo hace posible. En la mayoría de los casos, seguimos afanándonos y esperando un tiempo, pero la felicidad no puede llegar nunca. Si se llega a superar las circunstancias, la naturaleza transporta la lucha de fuera a dentro y poco a poco hace cambiar nuestro corazón lo suficiente para que desee una cosa distinta de lo que va a poseer y, si la peripecia ha sido tan rápida, que nuestro corazón no ha tenido tiempo de cambiar, no por ello la naturaleza pierde la esperanza de vencernos, de forma —cierto es— tardía, más sutil, pero más eficaz. Entonces, en el último segundo, es cuando se nos hurta la posesión de la felicidad o, mejor dicho, a esa posesión misma es a la que la naturaleza, mediante un ardid diabólico, encarga destruir la felicidad. Tras haber

fracasado en todo lo que correspondía a la esfera de los hechos y de la vida, la naturaleza crea una última imposibilidad: la imposibilidad psicológica de la felicidad. El fenómeno de la felicidad no se produce u origina las reacciones más amargas.

Apreté los diez mil francos, pero ya no me servían para nada. Por lo demás, los gasté aún más deprisa que si hubiera enviado todos los días flores a Gilberte, pues, cuando llegaba la noche, me sentía tan desdichado, que no podía permanecer en mi casa e iba a llorar en los brazos de mujeres a quienes no amaba. En cuanto a intentar agradar de algún modo a Gilberte, ya no lo deseaba; ahora volver a la casa de Gilberte sólo habría podido hacerme sufrir. Ni siquiera volver a ver a Gilberte —cosa que me habría resultado tan deliciosa la víspera— me habría bastado, pues habría estado inquieto todo el tiempo en que no hubiera estado junto a ella. A eso se debe que una mujer —mediante todo sufrimiento nuevo que nos inflige, con frecuencia sin saberlo— aumenta su poder sobre nosotros, pero también nuestras exigencias sobre ella. Mediante ese daño que nos hace, la mujer nos cerca cada vez más, incrementa nuestras cadenas, pero también aquellas que hasta entonces nos habrían parecido suficientes para agarrotarla con el fin de sentirnos tranquilos. Todavía la víspera, si no hubiese creído molestar a Gilberte, me habría contentado con reclamar unas pocas entrevistas, que ahora ya no me habrían satisfecho y habría substituido por condiciones muy distintas, pues en el amor —al contrario de lo que ocurre después de los combates— las endurecemos más, no cesamos de agravarlas, cuanto más vencidos nos vemos, si, aun así, estamos en condiciones de imponerlas. No era así en mi caso respecto de Gilberte. Por eso, preferí en primer lugar no volver a casa de su madre. Seguía diciéndome que Gilberte no me amaba, que yo lo sabía desde hacía mucho, que podía volver a verla, si quería, y, si no quería, olvidarla a la larga, pero aquellas ideas —como un remedio que no actúa contra ciertas afecciones— carecían del menor poder eficaz contra aquellas dos líneas paralelas, que volví yo a ver de vez en cuando, de Gilberte y del joven internándose a pasos cortos por la avenida de los Campos Elíseos. Era un mal nuevo que también acabaría debilitándose, era una imagen que un día me vendría a la cabeza por completo decantada de todo lo nocivo que contenía, como esos venenos mortales que se manejan

sin peligro, como un poco de dinamita con la que podemos encender el cigarrillo sin miedo a una explosión. Entretanto, había en mí otra fuerza que luchaba con toda su potencia contra aquella fuerza dañina que me representaba sin cambio el paseo de Gilberte en el crepúsculo: para domeñar los asaltos renovados de mi memoria, mi imaginación laboraba útilmente en sentido inverso. La primera de esas dos fuerzas seguía —cierto es— mostrándome a aquellos dos paseantes de la avenida de los Campos Elíseos y me ofrecía otras imágenes desagradables, procedentes del pasado: por ejemplo, Gilberte encogiendo los hombros cuando su madre le pedía que se quedara conmigo. Pero la segunda fuerza, que laboraba en el cañamazo de mis esperanzas, dibujaba un futuro desarrollado con mucha más complacencia que aquel triste pretérito, en resumidas cuentas, tan limitado. Por un minuto en el que volvía a ver a Gilberte desabrida, cuántos no había en los que imaginaba gestiones que ella encargaría en pro de nuestra reconciliación, ¡de nuestro noviazgo incluso! Cierto es que aquella fuerza que la imaginación dirigía hacia el futuro la obtenía, pese a todo, del pasado. A medida que se borrara mi enojo ante la indiferencia de Gilberte, disminuiría también el recuerdo de su encanto y, por tanto, el deseo de que volviera hacia mí, pero distaba aún mucho de esa muerte del pasado. Seguía amando a aquella a la que creía —cierto es— detestar. Ahora bien, siempre que comentaban lo bien peinado que iba, el buen aspecto que tenía, me habría gustado que ella estuviera presente. Me irritaba el deseo que muchas personas manifestaron en aquella época de recibirme y a cuyas casas me negaba a acudir. En casa hubo una escena, porque no acompañé a mi padre a una cena oficial a la que iban a asistir los Bontemps con su sobrina Albertine, jovencita que era casi una niña aún. Los diferentes períodos de nuestra vida se superponen, así, uno sobre otro. Nos negamos con desdén —en pro de lo que amamos y que un día nos será tan indiferente— a ver lo que nos resulta indiferente hoy, que amaremos mañana, que, si hubiéramos consentido ver antes, tal vez habríamos podido amar antes y habría, así, abreviado nuestros sufrimientos actuales para substituirlos —cierto es— por otros. Los míos iban modificándose. Me asombraba advertir en el fondo de mí mismo un sentimiento un día y el siguiente otro, generalmente inspirados por tal esperanza o tal temor relativos a Gilberte: a la Gilberte

que llevaba en mi interior. Debería haberme dicho que la otra, la real, tal vez fuera enteramente diferente de ésta, ignoraba todos los pesares que yo le atribuía, probablemente pensase en mí no sólo mucho menos que yo en ella, sino también menos de lo que yo la hacía pensar en mí, cuando estaba a solas frente a frente con mi Gilberte ficticia, investigaba cuáles podían ser sus verdaderas intenciones para conmigo y la imaginaba, así, siempre con su atención puesta en mí.

Durante esos períodos en que, aun debilitándose, persiste la pena, hay que distinguir entre la que nos causa el pensamiento constante de la propia persona y la que reavivan ciertos recuerdos: cierta frase desagradable pronunciada, cierto verbo empleado en una carta que hemos recibido. Al tiempo que nos reservamos para describir con ocasión de un amor posterior las diversas formas de la pena, digamos que de esas dos la primera es infinitamente menos cruel que la segunda. Se debe a que nuestra idea de la persona que sigue viviendo en nosotros está embellecida por la aureola que no tardamos en colocarle y se impregna —ya que no de las frecuentes dulzuras de la esperanza— al menos de la calma de una tristeza permanente. (Por lo demás, conviene observar que la imagen de una persona que nos hace sufrir ocupa poco lugar en esas complicaciones que agravan una pena de amor, la prolongan y le impiden curar, así como en ciertas enfermedades la causa es desproporcionada respecto de la fiebre consecutiva y la lentitud con que se entra en la convalecencia). Pero, si bien la idea de la persona a la que amamos recibe el reflejo de una inteligencia generalmente optimista, no ocurre así con esos recuerdos particulares, esas palabras desagradables, esa carta hostil (yo sólo recibí una así de Gilberte): parece como si la propia persona existiera en esos fragmentos, pese a ser tan limitados, y elevada a una potencia que dista de tener en la idea habitual que nos hacemos de toda ella. Es que no hemos contemplado la carta —a diferencia de la imagen de la persona amada— con la calma melancólica de la pena; la hemos leído, devorado, con la horrible angustia con que nos oprimía una desgracia inesperada. La formación de esa clase de penas es diferente; nos vienen de fuera y por el camino del más cruel sufrimiento es como han llegado a nuestro corazón. La imagen de nuestra amiga, que creemos antigua, auténtica, la hemos rehecho, en realidad, muchas veces. El

recuerdo cruel, por su parte, no es contemporáneo de esa imagen restaurada, es de otra época, es uno de los escasos testimonios de un pasado monstruoso, pero, como ese pasado —salvo en nosotros, que hemos preferido substituirlo por una maravillosa edad de oro, un paraíso en el que todo el mundo se habrá reconciliado— sigue existiendo, esos recuerdos, esas cartas, son una llamada a la realidad y deberían hacernos sentir —mediante el brusco daño que nos hacen— hasta qué punto estamos alejados de ella en las locas esperanzas de nuestra espera cotidiana. No es que esa realidad deba seguir siendo siempre la misma, aunque lo sea a veces. En nuestra vida hay muchas mujeres a quienes nunca hemos querido volver a ver y que, naturalmente, han respondido a nuestro silencio —en modo alguno deseado— con otro semejante. Sólo, que, como a ésas no las amábamos, no hemos contado los años pasados lejos de ellas y, cuando razonamos sobre la eficacia del aislamiento, pasamos por alto ese ejemplo que lo invalidaría, como hacen quienes creen en los presentimientos con todos los casos en que los suyos no se cumplieron.

Pero al final el alejamiento puede ser eficaz. El deseo, las ganas, de volver a vernos acaban renaciendo en el corazón que actualmente no nos aprecia. Sólo, que para ello hace falta tiempo. Ahora bien, nuestras exigencias en cuanto al tiempo no son menos exorbitantes que las reclamadas por el corazón para cambiar. En primer lugar, el tiempo es precisamente lo que menos concedemos con facilidad, pues nuestro sufrimiento es cruel y tenemos prisa por verlo acabar. Además, ese tiempo que el otro corazón necesitará para cambiar el nuestro lo utilizará para cambiar también, por lo que, cuando el fin que nos proponíamos llegue a ser asequible, habrá dejado de ser un fin para nosotros. Por lo demás, la idea misma de que sea asequible, de que no hay felicidad que, cuando haya dejado de ser tal para nosotros, no acabemos alcanzando, entraña una —pero sólo una— parte de verdad. Nos llega cuando nos resulta indiferente, pero precisamente esa indiferencia nos ha vuelto menos exigentes y nos permite creer retrospectivamente que nos habría hechizado en una época en la que tal vez nos habría parecido muy incompleta. No somos demasiado exigentes ni demasiado buenos jueces sobre lo que nada nos importa. La amabilidad de una persona a quien hemos dejado de amar y que parece aún

excesiva a nuestra indiferencia tal vez hubiera distado mucho de bastar a nuestro amor. Pensamos en el placer que nos habrían causado esas palabras cariñosas, esa propuesta de una cita, no en todas aquellas con las que hubiéramos deseado verlas seguidas y que con esa avidez tal vez habríamos impedido. De modo que no es seguro que la felicidad obtenida demasiado tarde, cuando ya no podemos disfrutarla, cuando hemos dejado de amar, sea exactamente aquella misma felicidad cuya falta nos hizo en tiempos tan desdichados. Una sola persona podría dilucidarlo: nuestro yo de entonces; ya no está aquí y seguramente bastaría con que volviera para que —idéntica o no— la felicidad se esfumara.

En espera de esas realizaciones *a posteriori* de un sueño que dejaría de interesarme, a fuerza de inventar —como en la época en que apenas conocía a Gilberte— palabras, cartas en las que ésta imploraba mi perdón, confesaba no haber amado nunca sino a mí y pedía que nos casáramos, una serie de imágenes gratas sin cesar recreadas acabaron ocupando más espacio en mi mente que la visión de Gilberte y del joven, que ya nada alimentaba. Tal vez habría vuelto, por tanto, a casa de la Sra. Swann, si no hubiera sido porque tuve un sueño en el que uno de mis amigos, que, sin embargo, no figuraba entre los por mí conocidos, actuaba con la mayor falsedad para conmigo y consideraba que yo hacía lo propio para con él. Despertado de repente por el sufrimiento que acababa de causarme aquel sueño y viendo que persistía, volví a pensar en él, intenté recordar quién era el amigo que había visto mientras dormía y cuyo nombre español ya no recordaba con claridad. A la vez José y Faraón, me puse a interpretar mi sueño. Sabía que en muchos de ellos no se debe tener en cuenta el aspecto de las personas, que pueden estar disfrazadas y haber intercambiado sus rostros, como esos santos mutilados de las catedrales que arqueólogos ignorantes han reconstruido colocando en el cuerpo de uno la cabeza de otro y mezclando sus atributos y sus nombres. Los que llevan las personas en un sueño pueden engañarnos. La persona a quien amamos debe ser reconocida en ellos sólo por la fuerza del dolor sentido. El mío me reveló que la persona cuya falsedad reciente me hacía daño aún —convertida durante mi sueño en un joven— era Gilberte. Entonces recordé que, la última vez que la había visto, el día en que su madre le había impedido ir a

una función de danza, no había querido —al tiempo que se reía de forma extraña— creer —ya fuese sincera o fingiese— en mis buenas intenciones para con ella. Aquel recuerdo me trajo, por asociación, otro a la memoria. Mucho antes, había sido Swann quien no había querido creer en mi sinceridad ni en que yo fuera un buen amigo para Gilberte. En vano le había yo escrito: Gilberte me había traído mi carta y me la había devuelto con la misma risa incomprensible. No me la había devuelto al instante, recordé toda la escena tras el macizo de laureles. En cuanto somos desdichados, nos volvemos morales. La antipatía que entonces sentía Gilberte por mí me pareció como un castigo infligido por la vida por mi comportamiento de aquel día. Creemos eludir los castigos, porque prestamos atención a los coches al cruzar la calzada y evitamos los peligros, pero los hay internos. El accidente procede de donde no imaginábamos: de dentro, del corazón. Las palabras de Gilberte: «Si quieres, seguimos luchando», me horrorizaron. La imaginé igual, tal vez en su casa, en la lavandería, con el joven a quien había yo visto acompañándola por la avenida de los Campos Elíseos. Así, tan insensato como al creer —hacía un tiempo— que estaba tranquilamente instalado en la felicidad lo había sido ahora que había renunciado a ser feliz, al dar por seguro que al menos había llegado a estar —y podría permanecer— tranquilo, pues, mientras nuestro corazón encierra de forma permanente la imagen de otra persona, no es sólo nuestra felicidad la que puede en todo momento ser destruida; cuando esa felicidad se ha esfumado, cuando hemos sufrido y después hemos logrado adormecer nuestro sufrimiento, cosa que resulta tan engañosa y precaria como la propia felicidad, viene la calma. La mía acabó volviendo, pues lo que, modificando nuestro estado moral, nuestros deseos, ha entrado, a favor de un sueño, en nuestra mente poco a poco se disipa también; nada —ni siquiera el dolor— tiene garantía de permanencia y duración. Por lo demás, quienes sufren por amor son, como se dice de ciertos enfermos, su propio médico. Como sólo pueden recibir consuelo de la persona que causa su dolor y éste es una emanación de ella, en él es en el que acaban encontrando remedio. Se lo revela en un momento dado, pues, a medida que cavilan sobre él, ese dolor les muestra otro aspecto de la persona añorada: ora tan odiosa, que ni siquiera deseamos volver a verla, porque, antes de estar a gusto con ella,

habría que hacerla sufrir, ora tan dulce, que consideramos un mérito y una razón para abrigar esperanzas la dulzura que le atribuimos, pero de nada sirvió que el sufrimiento que se había reavivado en mí acabara calmándose, no quise volver sino raras veces a casa de la Sra. Swann. Es que, en primer lugar, en quienes aman y son abandonados el sentimiento de espera —incluso de espera no confesada— en el que viven se transforma por sí solo y —aunque idéntico en apariencia— hace suceder al primer estado otro exactamente contrario. El primero era la consecuencia, el reflejo, de los incidentes dolorosos que nos habían trastornado. La espera de lo que podría suceder va acompañada de espanto, tanto más cuanto que en ese momento deseamos —si nada nuevo nos llega de aquella a quien amamos— actuar y no sabemos si tendrá éxito un paso después del cual tal vez ya no sea posible dar otro, pero pronto, sin que nos demos cuenta, nuestra espera, que continúa, ya no va determinada, como hemos visto, por el recuerdo del pasado que hemos padecido, sino por la esperanza de un futuro imaginario.

Entonces resulta casi agradable. Además, la primera, al durar un poco, nos ha acostumbrado a vivir a la expectativa. El sufrimiento que hemos sentido durante nuestras últimas citas sobrevive aún en nosotros, pero ya adormecido. No tenemos demasiada premura por renovarlo, tanto menos cuanto que no sabemos qué podríamos pedir ahora. La posesión de un poco más de la mujer a quien amamos no haría sino volvernos más necesario lo que no poseemos y que seguiría, pese a todo, siendo —pues nuestros deseos nacen de nuestras satisfacciones— algo irreductible.

Además, una última razón se sumó más adelante a ésta para hacerme interrumpir completamente mis visitas a la Sra. Swann. Esa razón, más tardía, no era la de que hubiese olvidado de nuevo a Gilberte, sino la de intentar olvidarla más aprisa. Seguramente, desde que mi gran sufrimiento había cesado, mis visitas a la casa de la Sra. Swann habían vuelto a ser —para la tristeza que me quedaba— el calmante y la distracción que tan preciosos me habían resultado al principio, pero la razón de la eficacia del primero constituía también el inconveniente de la segunda, a saber, el de que el recuerdo de Gilberte iba íntimamente unido a aquellas visitas. Tan sólo si hubiera enfrentado un sentimiento —que la presencia de Gilberte ya no alimentaba— con pensamientos, intereses, pasiones, en los que Gilberte

no hubiera intervenido para nada, me habría sido útil la distracción. Esos estados de conciencia a los que la persona a la que amamos permanece ajena ocupan entonces un espacio que, por pequeño que sea al principio, desplaza en la misma medida el amor que ocupaba el alma entera. Hay que intentar alimentar, hacer crecer, esos pensamientos, mientras declina el sentimiento que ya sólo es un recuerdo, a fin de que los elementos nuevos introducidos en la mente le disputen, le arrebaten, una parte cada vez mayor del alma y, al final, se la arrebaten del todo. Me daba cuenta de que era la única forma de matar un amor y era aún bastante joven, bastante valiente, para proponerme hacerlo, para aceptar el más cruel de los dolores, que nace de la certeza de que, por mucho tiempo que haya que dedicar a ello, lo lograremos. La razón que yo aducía ahora en mis cartas a Gilberte para negarme a verla era una alusión a algún misterioso malentendido, perfectamente ficticio, que había habido entre ella y yo y por el cual esperaba primero que Gilberte me pidiera explicaciones, pero, en realidad, un corresponsal sabedor de que una frase obscura, mendaz, incriminadora, está colocada a propósito para que proteste y a quien complace sobremanera sentir con ello que posee —y conserva— el dominio y la iniciativa de las operaciones nunca —ni siquiera en las relaciones más insignificantes de la vida— solicita una aclaración. Con mayor razón sucede lo mismo en relaciones más cariñosas, en las que el amor tiene tanta elocuencia y la indiferencia tan poca curiosidad. Como Gilberte no lo había puesto en duda ni había intentado conocerlo, aquel malentendido pasó a ser para mí algo real a lo que me refería en todas las cartas y en esas situaciones equívocas, en el fingimiento de la frialdad, hay un sortilegio que te hace perseverar en ellas. A fuerza de escribir: «Desde que nuestros corazones están desunidos», para que Gilberte me respondiera: «Pero si no lo están: expliquémonos», había acabado persuadiéndome de que lo estaban. Al repetir siempre: «La vida ha podido cambiar para nosotros, pero no borrará el sentimiento que nos unió», por deseo de oír decir por fin: «Pero ¡si nada ha cambiado! ¡Ese sentimiento es más fuerte que nunca!», yo vivía con la idea de que la vida había cambiado, en efecto, de que conservaríamos el recuerdo del sentimiento que había dejado de existir, como algunas personas nerviosas, por haber simulado una enfermedad, acaban

permaneciendo siempre enfermas. Ahora, todas las veces que debía escribir a Gilberte, me refería a ese sentimiento imaginado y cuya existencia, en adelante tácitamente reconocida por el silencio que ella guardaba al respecto en sus respuestas, subsistiría entre nosotros. Después Gilberte cesó de atenerse a la preterición. Ella misma adoptó mi punto de vista y —como en los brindis oficiales en los que el Jefe de Estado que es recibido repite casi las mismas expresiones que acaba de emplear el Jefe de Estado que lo recibe— siempre que yo escribía a Gilberte: «La vida ha podido separarnos, pero el recuerdo de la época en que nos conocimos permanecerá», ella no dejaba de responder: «La vida ha podido separarnos, pero no podrá hacernos olvidar los buenos momentos que siempre nos serán caros» (nos habría resultado muy difícil decir por qué nos había separado «la vida», qué cambio había habido). Yo ya no sufría demasiado. Sin embargo, un día en que le decía en una carta que me había enterado de la muerte de nuestra anciana vendedora de pirulíes de los Campos Elíseos, nada más escribir estas palabras: «He pensado que te habrá dado pena, a mí me ha traído muchos recuerdos», no pude por menos de deshacerme en lágrimas, al ver que hablaba en pasado —y como si se tratara de un muerto ya casi olvidado— de aquel amor en el que, contra mi voluntad, nunca había cesado de imaginarlo vivo o que al menos podía renacer. Nada más tierno que aquella correspondencia entre amigos que no querían volver a verse. Las cartas de Gilberte tenían la delicadeza de las que yo escribía a quienes me eran indiferentes y me daban las mismas señales aparentes de afecto, tan dulces para mí al recibirlas de ella.

Por lo demás, poco a poco cada negativa a verla me daba menos pena y, como me iba resultando menos querida, mis recuerdos dolorosos ya no tenían fuerza suficiente para destruir en su incesante regreso la formación del placer que me daba pensar en Florencia, en Venecia. En aquellos momentos lamentaba haber renunciado a ingresar en la carrera diplomática y haberme creado una vida sedentaria para no alejarme de una muchacha a quien no volvería a ver y ya casi había olvidado. Organizamos nuestra vida para una persona y, cuando por fin podemos recibirla en ella, no acude y después muere para nosotros y vivimos presos en algo que estaba destinado exclusivamente a ella. Si Venecia parecía a mis padres muy lejana y muy

febril para mí, al menos era fácil ir sin fatiga a instalarse en Balbec, pero, para eso, habría que haber abandonado París, renunciar a aquellas visitas gracias a las cuales —y por escasas que fueran— oía a veces a la Sra. Swann hablarme de su hija. Por lo demás, empezaba a experimentar tal o cual placer que nada tenía que ver con Gilberte.

Como, cuando se acercaba la primavera y volvió el frío, en la época de los Santos de hielo y los aguaceros de Semana Santa, la Sra. Swann decía que en su casa helaba, con frecuencia la veía recibir a las visitas cubierta de pieles y con las manos y los hombros ocultos bajo el blanco y brillante tapiz de un inmenso manguito liso y un cuello —los dos de cebellina— que no se había quitado al volver a casa y que se parecían a los últimos y más persistentes retazos de las nieves del invierno que ni el calor del fuego ni el avance de la estación habían logrado fundir y la verdad total de aquellas semanas glaciales, pero ya florecientes, me la sugerían en aquel salón, al que pronto dejaría de acudir, otras blancuras más embriagadoras: las de las «bolas de nieve», por ejemplo, que reunían en la cumbre de sus altos tallos desnudos, como los arbustos lineales de los prerrafaelitas, sus globos parcelados pero unidos, blancos como ángeles anunciadores y envueltos en olor a limón, pues la señora de Tansonville sabía que abril, aun helado, no carece de flores, que el invierno, la primavera, el verano no están separados por tabiques tan herméticos como suele creer el habitante de la ciudad, quien hasta la llegada de los primeros calores se imagina el mundo compuesto sólo de casas desnudas bajo la lluvia. No estoy ni mucho menos afirmando —ni me preocupaba entonces— que la Sra. Swann se contentara con los envíos que le hacía su jardinero de Combray y que colmase —por mediación de su florista «titular»— las lagunas de una insuficiente evocación con ayuda de préstamos tomados a la precocidad mediterránea. Para sentir nostalgia del campo, me bastaba con que, junto a los neveros del manguito que llevaba la Sra. Swann, las bolas de nieve —que tal vez no tuvieran en el pensamiento de la señora de la casa otro fin que el de hacer, por consejo de Bergotte, «sinfonía en blanco mayor» con su mobiliario y su vestimenta— me recordaran que el *Encanto del Viernes Santo* representa un milagro natural al que podíamos asistir todos los años, si nos comportábamos mejor y, ayudadas por el ácido y embriagador perfume de

corolas de otras especies cuyos nombres ignoraba yo y que tantas veces me habían hecho detenerme en mis paseos de Combray, volvieran el salón de la Sra. Swann tan virginal, tan cándidamente florido sin ninguna hoja, tan sobrecargado de olores auténticos, como el pequeño repecho de Tansonville.

Pero aún era demasiado que me viniera su recuerdo. Éste podía alimentar lo poco que subsistía de mi amor a Gilberte. Por eso, aunque ya no sufriera nada durante aquellas visitas a la Sra. Swann, las espacié aún más y procuré verla lo menos posible. Como máximo, me concedí —pues aún no me había marchado de París— ciertos paseos con ella. Por fin había vuelto el buen tiempo y el calor. Como sabía que la Sra. Swann salía durante una hora, antes del almuerzo, e iba a caminar un poco por la avenida del Bois, cerca de la Étoile y del lugar llamado entonces —en referencia a la gente que acudía a contemplar a ricos a quienes no conocían de nombre— el «club de los boqueras», conseguí de mis padres que el domingo —pues a esa hora no estaba libre los días de entre semana— me dejaran almorzar mucho después que ellos —a la una y cuarto— para poder ir a dar una vuelta antes. Durante aquel mes de mayo nunca falté, pues Gilberte había ido al campo con unas amigas. Llegaba al Arco de Triunfo hacia el mediodía. Me situaba al acecho a la entrada de la avenida, sin perder de vista la esquina de la callecita por la que la Sra. Swann, que sólo debía dar unos pasos, venía de su casa. Como era ya la hora en que muchos paseantes volvían a casa a almorzar, los que quedaban eran poco numerosos y la mayoría personas elegantes. De repente, sobre la arena de la alameda aparecía —retrasada, lenta y lujuriante como la flor más hermosa y que no se abriría hasta el mediodía— la Sra. Swann desplegando en derredor un atavío siempre diferente, pero que recuerdo sobre todo malva, después alzaba y extendía sobre un largo pedúnculo —en el momento de su más completa irradiación— el estandarte de seda de una amplia sombrilla del mismo color que el deshoje de los pétalos de su vestido. Toda una comitiva —Swann, cuatro o cinco miembros de un club que habían ido a verla por la mañana a su casa o con los que se había encontrado— la rodeaba y su negra o gris aglomeración ejecutaba, obediente, los movimientos casi mecánicos de un marco inerte en torno a Odette, hacía parecer a aquella mujer, la única

que tenía intensidad en los ojos, como mirando hacia delante, por entre todos aquellos hombres, como desde una ventana a la que se hubiera acercado, y la hacía surgir —débil, sin miedo, en la desnudez de sus tiernos colores— como la aparición de un ser de una especie diferente, de una raza desconocida y una fuerza casi guerrera, gracias a la cual compensaba por sí sola su múltiple escolta. Sonriente, contenta del buen tiempo, del sol que aún no molestaba, con la expresión de seguridad y calma del creador que ha realizado su obra y ya no se ocupa de lo demás, convencida de que su atavío —aun cuando unos transeúntes vulgares no lo apreciaran— era el más elegante de todos, lo llevaba para sí y para sus amigos, naturalmente, sin atención exagerada, pero también sin total indiferencia, sin impedir que los nuditos de su corsé y de su falda flotaran ligeramente delante de ella como criaturas cuya presencia no ignoraba y a quienes permitía con indulgencia entregarse a sus juegos, según su propio ritmo, con tal de que siguieran su paso, e incluso en su sombrilla malva, que con frecuencia llevaba aún cerrada, cuando llegaba, dejaba posarse a veces —como en un ramillete de violetas de Parma— su mirada feliz y tan dulce, que —cuando no se detenía en sus amigos, sino en un objeto inanimado— parecía sonreír aún. Reservaba, así, hacía ocupar, a su atavío aquel intervalo de elegancia cuyos espacio y necesidad los hombres a quienes la Sra. Swann hablaba con mayor familiaridad respetaban, no sin cierta deferencia de profanos, confesión de su propia ignorancia, y sobre el cual reconocían a su amiga —como a un enfermo sobre los tratamientos especiales que debe recibir o a una madre sobre la educación de sus hijos— competencia y jurisdicción. Por la hora tardía de su aparición, no menos que por el cortejo que la rodeaba y no parecía ver a los transeúntes, la Sra. Swann evocaba aquel piso en el que había pasado una mañana tan larga y al que pronto debería volver a almorzar; parecía indicar su proximidad por la calma ociosa de su paseo, semejante al que damos paso a pasito por nuestro jardín: parecía que llevaba aún a su alrededor la sombra interior y fresca de ese piso. Pero precisamente por todo aquello su vista me daba aún más la sensación del aire libre y del calor: tanto más cuanto que —convencido como estaba ya de que, en virtud de la liturgia y los ritos en los que la Sra. Swann estaba profundamente versada, su atavío iba unido a la estación y a la hora por un

vínculo necesario, único— las flores de su flexible sombrero de paja y los lacitos de su vestido me parecían nacer del mes de mayo de forma más natural aún que las flores de los jardines y los bosques, y, para conocer el nuevo temblor de la temporada, no alzaba yo la vista más allá de su sombrilla, abierta y tensa como otro cielo más próximo, clemente, móvil y azul, pues aquellos ritos, si bien eran soberanos, cifraban su gloria —y, por consiguiente, la Sra. Swann la suya— en obedecer con condescendencia a la mañana, a la primavera, al sol, que no me parecían bastante halagados de que una mujer tan elegante tuviera a bien no pasarlos por alto y hubiese elegido por ellos un vestido de una tela más clara, más ligera, que hacía pensar —con su ensanchamiento en el cuello y en las mangas— en la humedad del cuello y de las muñecas, se tomara, por último, por ellos todas las molestias de una gran señora que —al condescender, alegre, a ir a ver en el campo a gente común y que todo el mundo, incluso el vulgo, conoce— no por ello deja de tener a gala ponerse especialmente para ese día una vestimenta campestre. En cuanto llegaba, yo saludaba a la Sra. Swann, quien me detenía y me decía, sonriente: «*Good morning*». Dábamos algunos pasos y yo comprendía que obedecía a aquellos cánones conforme a los cuales se vestía por sí misma como a una sabiduría superior cuya gran sacerdotisa fuera, pues, si, por tener demasiado calor, se abría —o incluso se quitaba y me la entregaba para que se la llevara— su chaqueta, que había pensado llevar cerrada, descubría yo en la blusa mil detalles de ejecución que habían estado a punto de pasar inadvertidos, como esas partes de la orquesta a las que el compositor ha dedicado todo su esmero, aunque nunca vayan a llegar a los oídos del público, o en las mangas de la chaqueta doblada en mi brazo veía yo —y me quedaba contemplando largo rato, por placer o por amabilidad— algún detalle exquisito: una franja de un color delicioso, un rasete malva habitualmente oculto a los ojos de todos, pero tan delicadamente confeccionados como las partes exteriores, como esas esculturas góticas de una catedral disimuladas en el reverso de una balaustrada a ochenta pies de altura, tan perfectas como los bajorrelieves del gran pórtico, pero que nadie había visto nunca hasta que, al azar de un viaje, un artista obtuvo permiso para subir a pasearse en pleno cielo, para dominar toda la ciudad, entre las dos torres.

Lo que intensificaba aquella impresión de que la Sra. Swann se paseaba por la avenida del Bois como por la alameda de un jardín propio era —para quienes ignoraban su hábito de *footing*— que hubiese acudido a pie, sin que la siguiese un coche, a ella, quien desde el mes de mayo se acostumbraba a verla pasar con el tiro de caballos más cuidado y la librea mejor conservada de París, cómoda y majestuosamente sentada como una diosa, al cálido aire libre de un inmenso «Victoria» de ocho ballestas. A pie, la Sra. Swann parecía —sobre todo con su paso, que aminoraba el calor— haber cedido a una curiosidad, cometer una elegante infracción a las reglas del protocolo, como esos soberanos que sin consultar a nadie, acompañados de la admiración un poco escandalizada de una comitiva que no se atreve a formular una crítica, salen de su palco durante una gala, visitan el salón de descanso y se mezclan unos instantes con los demás espectadores. Así, entre la Sra. Swann y la muchedumbre, ésta sentía esas barreras de cierta clase de riqueza que le parecen las más infranqueables. El Faubourg Saint-Germain tiene también las suyas, pero menos expresivas para los ojos y la imaginación de los «boqueras». Éstos, ante una gran señora más sencilla, más fácil de confundir con una pequeñoburguesa, menos alejada del pueblo, no experimentarán esa sensación de su desigualdad, casi de su indignidad, que tienen ante una Sra. Swann. Seguramente a esa clase de mujeres no les impresiona, como a ellos, el brillante aparato que las rodea, ya no le prestan atención, pero es por estar acostumbradas a él, es decir, por haber acabado considerándolo tanto más natural, tanto más necesario, haber acabado juzgando a las otras personas según estén más o menos iniciadas en esas costumbres de lujo: de modo, que, si esas mujeres —como la grandeza que dejan resplandecer en ellas, que descubren en los demás, es totalmente material, fácil de observar, prolija para adquirir, difícil de compensar— colocan a un transeúnte en el rango más bajo, lo hacen igual que ellas le han aparecido en el más alto, a saber, de inmediato, a primera vista, sin apelación. Tal vez aquella clase social particular —que contaba entonces con mujeres como Lady Israels, quien se relacionaba con las de la aristocracia, y la Sra. Swann, quien iba a frecuentarlas un día (esa clase intermedia, inferior al Faubourg Saint-Germain, puesto que lo cortejaba, pero superior a quienes eran ajenos a él, y que tenía la particularidad de ser

—por estar desvinculada ya del mundo de los ricos— la riqueza aún, pero una riqueza vuelta dúctil, obediente a un destino, a un pensamiento, artísticos, el dinero maleable, poéticamente cincelado y que sabe sonreír)— haya dejado ya de existir, al menos con el mismo carácter y el mismo encanto. Por lo demás, las mujeres que formaban parte de ella ya no tendrían hoy la que era primera condición de su reinado, puesto que con la edad han perdido casi todas su belleza. Ahora bien, desde el glorioso culmen de su maduro estío y tan sabroso aún —tanto como desde la cima de su noble riqueza— veía la Sra. Swann —majestuosa, sonriente y magnánima, mientras avanzaba por la avenida del Bois, como Hipacia, bajo el lento paso de sus pies— girar los mundos. Ciertos jóvenes que pasaban la miraban ansiosos, inseguros de si sus vagas relaciones con ella —tanto más cuanto que, por haber sido presentados una vez a Swann, temían que no los reconociese— eran suficientes para que se permitiesen saludarla y —temblando ante las consecuencias— se decidían a hacerlo, al tiempo que se preguntaban si no iría su gesto —audazmente provocativo y sacrílego, atentatorio contra la inviolable supremacía de una casta— a desencadenar catástrofes o hacer descender el castigo de un dios. Tan sólo desencadenaba, como un movimiento de relojería, los gesticulantes saludos de personajillos que no eran sino el círculo de Odette, empezando por Swann, quien alzaba su chistera forrada de cuero verde, con gracia sonriente, aprendida en el Faubourg Saint-Germain, pero sin la indiferencia que la habría acompañado en tiempos. La substituía —como si hubiera hecho suyos en cierta medida los prejuicios de Odette— a la vez la molestia de deber responder a alguien bastante mal vestido y la satisfacción de que su esposa conociera a tanta gente, sentimiento mixto que expresaba diciendo a los elegantes amigos del séquito: «¡Otro! ¡Hay que ver! ¡Me pregunto de dónde saca Odette a toda esa gente!». Entretanto, tras haber respondido con una seña de la cabeza al transeúnte alarmado y ya perdido de vista, pero cuyo corazón latía aún con fuerza, la Sra. Swann se volvía hacia mí: «Entonces», me decía, «¿se acabó? ¿Ya no volverás a ver a Gilberte? Me alegro de ser una excepción y de que no me “plantes” del todo. Me gusta verte, pero también me gusta la influencia que ejerces en mi hija. Creo que ella lo siente mucho también. En fin, no quiero tiranizarte, ¡no vaya a ser que tampoco a mí quieras volver a

verme!». «Odette, es Sagan, que está saludándote», indicaba Swann a su mujer y, en efecto, el príncipe, haciendo girar su caballo, como en un apoteosis de teatro o de circo o en un cuadro antiguo, estaba dirigiendo a Odette un gran saludo teatral o como alegórico, en el que se amplificaba toda la caballeresca cortesía del gran señor que se inclinaba, respetuoso, ante la Mujer, aun encarnada en una a quien su madre o su hermana no podrían frecuentar. Por lo demás, en todo momento la Sra. Swann —reconocida en el fondo de la transparencia líquida y del barniz luminoso de la sombra que derramaba sobre ella su sombrilla— era saludada por los últimos jinetes rezagados, como cinematografiados al galope sobre la blanca insolación de la avenida, hombres de un círculo, cuyos nombres —Antoine de Castellane, Adalbert de Montmorency y tantos otros— célebres para el público eran para la Sra. Swann familiares, de amigos, y, como la duración media de la vida —la longevidad relativa— es mucho mayor para los recuerdos de las sensaciones poéticas que para los de los sufrimientos del corazón, pese a que hace tanto tiempo que se esfumaron las penas que sentía yo entonces por Gilberte, les ha sobrevivido el placer que experimento, siempre que quiero leer, como en una esfera solar, los minutos comprendidos entre las doce y cuarto del mediodía y la una, en el mes de mayo, al volver a verme charlando así con la Sra. Swann, bajo su sombrilla, como bajo el reflejo de un cenador de glicinas.

SEGUNDA PARTE

NOMBRES DE PAÍSES: EL NOMBRE

Cuando, dos años después, partí con mi abuela con destino a Balbec, había llegado a sentir una casi completa indiferencia por Gilberte. Al sentir la fascinación de un rostro nuevo, al esperar conocer las catedrales góticas, los palacios y los jardines de Italia con ayuda de otra muchacha, me decía con tristeza que nuestro amor, en cuanto que lo es a cierta persona, tal vez no sea algo muy real, ya que, si bien asociaciones de ensueños agradables o dolorosos pueden vincularlo durante un tiempo con una mujer hasta hacernos pensar que ha sido inspirado por ella de forma necesaria, renace, en cambio, si nos desvinculamos voluntariamente o sin saberlo de esas asociaciones, como si fuera, al contrario, espontáneo y procediese sólo de nosotros, para entregarse a otra mujer. Sin embargo, en el momento de aquella partida para Balbec y durante los primeros tiempos de mi estancia, mi indiferencia era aún sólo intermitente. Muchas veces —como nuestra vida es tan poco cronológica, al inmiscuirse tantos anacronismos en la sucesión de los días— vivía en aquellos —anteriores a la víspera o a la antevíspera— en que amaba a Gilberte. Entonces, no verla más me resultaba doloroso, como si hubiera estado en aquel tiempo. El yo que la había amado, substituido ya casi enteramente por otro, resurgía, traído mucho más a menudo por una cosa fútil que por una importante. Por ejemplo, en Balbec —por anticiparme respecto de mi estancia en Normandía— oí decir a un desconocido con el que me crucé en el malecón: «La familia del director del ministerio de Correos». Ahora bien, aquellas

palabras —como entonces no sabía yo la influencia que aquella familia iba a tener en mi vida— deberían haberme parecido ociosas, pero me causaron un intenso sufrimiento, el que sentía en mí un yo, en gran parte abolido desde hacía mucho, por estar separado de Gilberte. Es que nunca había vuelto a pensar en una conversación que Gilberte había tenido delante de mí con su padre, relativa a la familia del «director del ministerio de Correos». Ahora bien, los recuerdos amorosos no son una excepción de las leyes generales de la memoria, regidas, a su vez, por las —más generales— de la costumbre. Como ésta lo debilita todo, lo que mejor nos recuerda a una persona es precisamente lo que habíamos olvidado (porque era insignificante y lo habíamos conservado, así, con toda su fuerza). Por eso, la mejor parte de nuestra memoria está fuera de nosotros, en una ráfaga lluviosa, en el olor a cerrado de una habitación o en el de una primera llamarada, donde quiera que recuperemos de nosotros mismos lo que nuestra inteligencia —por resultarle inútil— había desdeñado, la última reserva del pasado, la mejor, la que, cuando todas nuestras lágrimas parecen agotadas, sabe aún hacernos llorar. ¿Fuera de nosotros? En nosotros, mejor dicho, pero oculta a nuestras miradas, en un olvido más o menos prolongado. Gracias exclusivamente a ese olvido, podemos recuperar de vez en cuando la persona que fuimos, colocarnos ante las cosas como estaba aquella persona, sufrir de nuevo, porque ya no somos nosotros, sino ella, que amaba lo que ahora nos resulta indiferente. Con la claridad de la memoria habitual, las imágenes del pasado palidecen poco a poco, se borran, ya no queda nada de ellas, no las recuperaremos nunca más o, mejor dicho, no las recuperaríamos nunca más, si algunas palabras —como «director del ministerio de Correos»— no hubieran quedado cuidadosamente encerradas en el olvido, así como se deposita en la Biblioteca Nacional un ejemplar de un libro que, de lo contrario, podría llegar a ser inencontrable.

Pero aquel sufrimiento y aquel renacer del amor a Gilberte no duraron más que los que se dan en los sueños y aquella vez al contrario, porque en Balbec ya no estaba la costumbre antigua para hacerlos durar, y, si esos efectos de ésta parecen contradictorios, es porque obedecen a leyes múltiples. En París, Gilberte había ido resultándome cada vez más

indiferente, gracias a la costumbre. El cambio de costumbre —es decir, su cese momentáneo— remató su obra cuando partí para Balbec. La costumbre debilita, pero estabiliza; origina la disgregación, pero la hace durar indefinidamente. Todos los días, desde hacía años, calcaba yo bien que mal mi estado de ánimo del de la víspera. En Balbec una cama nueva, junto a la cual me traían por la mañana un desayuno diferente del de París, debía dejar de sustentar los pensamientos que habían alimentado mi amor a Gilberte: hay casos —bastante raros, cierto es— en que, como el sedentarismo inmoviliza los días, el mejor medio de ganar tiempo es el de cambiar de sitio. Mi viaje a Balbec fue como la primera salida de un convaleciente que ya sólo esperaba eso para darse cuenta de su curación.

Seguramente hoy ese viaje lo haríamos en automóvil, creyendo que así resultará más agradable. Como veremos, realizado de ese modo, sería incluso —en cierto sentido— más verdadero, ya que seguiríamos más de cerca, en una más estrecha intimidad, las diversas gradaciones con las que cambia la superficie de la Tierra, pero, a fin de cuentas, el placer específico del viaje no es el de poder apearnos por el camino y detenernos cuando estamos cansados, sino el de volver la diferencia entre la partida y la llegada no tan insensible, sino tan profunda, como podemos sentirla en su totalidad, intacta, tal como era en nuestro pensamiento cuando nuestra imaginación nos llevaba desde el lugar en el que vivíamos hasta el centro de un lugar deseado, de un salto que nos parecía milagroso, más que por franquear una distancia, por unir dos individualidades distintas, de la Tierra, por llevarnos de un nombre a otro nombre y esquematizar —mejor que un paseo, en el que, como desembarcamos donde queremos, ya apenas hay llegada— la misteriosa operación que se realizaba en esos lugares especiales —las estaciones— que no forman parte, por decirlo así, de la ciudad, sino que contienen la esencia de su personalidad, así como en un letrero indicativo llevan su nombre.

Pero nuestro tiempo tiene en todos los ámbitos la manía de querer mostrar las cosas exclusivamente con lo que las rodea en la realidad y con ello suprimir lo esencial, el acto mental que las aisló de ella. Se «presenta» un cuadro en medio de muebles, chucherías, colgaduras de la misma época, decorado insulso en cuya composición, en los hoteles de hoy, destaca la

señora de su casa más ignorante la víspera, quien ahora pasa los días en los archivos y las bibliotecas, y en medio del cual la obra maestra contemplada mientras cenamos no nos infunde el mismo gozo embriagador que en una sala de museo, símbolo mucho mejor —con su desnudez y su carencia de toda clase de particularidades— de los espacios interiores en que el artista se ha abstraído para crear.

Por desgracia, esos lugares maravillosos que son las estaciones, de las que se parte para un destino lejano, son también trágicos, pues, si bien se da en ellas el milagro gracias al cual los países que aún no tenían existencia salvo en nuestro pensamiento van a ser aquellos en los que viviremos, precisamente por esa razón hemos de renunciar —al salir de la sala de espera— a recuperar al cabo de un rato la habitación familiar en la que estábamos hace tan sólo un instante. Una vez que nos hemos decidido a penetrar en el antro infestado por el que se llega al misterio —en uno de esos grandes talleres acristalados, como el de Saint-Lazare, adonde iba yo a buscar el tren de Balbec y que desplegaba, por encima de la ciudad desventrada, uno de esos inmensos cielos crudos y preñados de amenazas acumuladas de drama, semejantes a ciertos cielos, de una modernidad casi parisina, de Mantegna o Veronese, y bajo el cual sólo podía materializarse algún acto terrible y solemne, como una partida en ferrocarril o la erección de la Cruz—, hemos de abandonar toda esperanza de volver a acostarnos en nuestra casa.

Mientras me había contentado con divisar desde el fondo de mi cama de París la iglesia persa de Balbec en medio de los copos de la tormenta, mi cuerpo no había puesto objeción alguna a aquel viaje. No aparecieron hasta que comprendió que también él participaría y que la noche de la llegada me conducirían a «mi» cuarto, que él no conocería. Su rebelión era tanto más profunda cuanto que la víspera misma de la partida me había enterado de que mi madre no nos acompañaría, pues mi padre, entretenido en el ministerio hasta el momento en que partiría para España con el Sr. de Norpois, había preferido alquilar una casa en los alrededores de París. Por lo demás, la contemplación de Balbec no me parecía menos deseable porque se debiera adquirirla al precio de un mal que parecía representar y garantizar, al contrario, la realidad de la impresión en pos de la cual iba yo y

que no habría podido substituir ningún espectáculo supuestamente equivalente, ningún «panorama» que hubiera podido ir a contemplar sin por ello verme impedido de volver a dormir en mi cama. No era la primera vez que sentía yo que quienes aman y quienes gozan no son los mismos. Creía desear tan profundamente Balbec como el doctor que me trataba y que, extrañado, la mañana de la partida, de mi expresión triste, me dijo: «Le respondo que, si yo pudiera disponer tan sólo de ocho días para ir a tomar el fresco al borde del mar, no me haría rogar. Va usted a poder ver las carreras, las regatas: va a ser exquisito». Por mi parte, yo ya había aprendido —e incluso mucho antes de ir a ver a la Berma— que, fuera cual fuese la cosa que me gustara, nunca dejaría de estar situada al final de una persecución dolorosa durante la cual habría de sacrificar primero mi placer a ese bien supremo, en lugar de buscarlo en él.

Mi abuela concebía, naturalmente, nuestra partida de forma algo diferente y, tan deseosa como siempre de atribuir a los regalos que me hacían un carácter artístico, había querido —para ofrecerme una «prueba» en parte antigua de aquel viaje— que recorriéramos —la mitad en tren y la mitad en coche— el trayecto que había seguido Madame de Sévigné cuando había ido de París a «L'Orient», pasando por Chaulnes y por el «Pont-Audemer», pero se había visto obligada a renunciar a aquel proyecto, prohibido por mi padre, que sabía cuántas pérdidas de trenes y equipajes, cuántos dolores de garganta y contravenciones, se podían pronosticar, cuando ella organizaba un desplazamiento con vistas a hacer que rindiera todo el provecho intelectual que fuese de esperar. Mi abuela se alegraba al menos al pensar que nunca nos expondríamos —en el momento de ir a la playa— a vernos impedidos de hacerlo por la aparición intempestiva de lo que su querida Sévigné llama una «maldita de las que tanto abundan», pues, como Legrandin no nos había ofrecido una carta de presentación para su hermana, no íbamos a conocer a nadie en Balbec. (Abstención que no habían apreciado igual mis tías Céline y Victoire, quienes, por haber conocido de joven a quien hasta entonces habían llamado siempre —para indicar aquella intimidad de antaño— «Renée de Cambremer» y tenían aún regalos de ella que amueblan un cuarto y la conversación, pero ya no corresponden a la realidad actual, creían vengar nuestra afrenta no

volviendo a pronunciar jamás en casa de la Sra. Legrandin madre el nombre de su hija y limitándose a congratularse, una vez que habían salido, con frases como: «No he aludido a quien tú ya sabes». «Creo que *habrán* entendido»).

Conque partiríamos simplemente de París en aquel tren de la una y veintidós que durante tanto tiempo me había complacido buscar en la guía de los ferrocarriles, en la que siempre me brindaba la emoción —casi la bienaventurada ilusión, de la partida— como para no imaginarme que lo conocía. Como el deslinde en nuestra imaginación de los rasgos de una dicha está más relacionado con la identidad de los deseos que nos inspira que con la precisión de nuestras informaciones sobre ella, creía yo conocer aquélla en sus detalles y no dudaba que experimentaría en el vagón un placer especial cuando el día empezara a refrescar, que contemplaría determinado efecto de luz al acercarnos a una estación, por lo que —como aquel tren despertaría siempre en mí las imágenes de las mismas ciudades que atraviesa y que yo envolvía con la luz de esas horas de la tarde— me parecía diferente de todos los demás trenes y había acabado —como hacemos con frecuencia con una persona a quien nunca hemos visto, pero cuya amistad imaginamos, complacidos, haber conquistado— atribuyendo una fisionomía particular e inmutable a aquel viajero artista y rubio que me habría llevado por su camino y del que me habría despedido al pie de la catedral de Saint-Lô, antes de que se hubiera alejado hacia el ocaso.

Como mi abuela no podía decidirse a ir «de la manera más tonta» a Balbec, iba a detenerse veinticuatro horas en casa de una de sus amigas, de la que yo partiría aquella misma noche para no molestar y también para poder ver durante el día siguiente la iglesia de Balbec, que —según habíamos sabido— estaba bastante alejada de Balbec-playa y a la que no podría ir después, al comienzo de mi tratamiento balneario. Y tal vez fuera menos penoso para mí sentir el objeto admirable de mi viaje situado antes de la cruel primera noche en la que entraría en una morada nueva y aceptaría vivir en ella, pero primero había habido que abandonar la antigua; mi madre había decidido instalarse aquel mismo día en Saint-Cloud y había adoptado —o fingido adoptar— todas sus disposiciones para trasladarse directamente allí después de habernos acompañado a la estación, sin tener

que volver a pasar por casa, pues temía que yo quisiera —en lugar de partir para Balbec— volver con ella, e incluso —con el pretexto de tener mucho que hacer en la casa recién alquilada y disponer de poco tiempo, pero, en realidad, para evitarme la crueldad de esa clase de despedidas— había decidido no quedarse con nosotros hasta la partida del tren, momento en el que una separación, antes disimulada con idas y venidas y preparativos que no comprometen definitivamente, parece de pronto imposible de soportar, cuando, en realidad, resulta ya imposible de evitar, concentrada como está por entero en un instante inmenso de lucidez impotente y suprema.

Por primera vez sentía yo que era posible que mi madre viviese sin mí —y no para mí— en otra vida. Iba a vivir, por su parte, con mi padre, cuya existencia volvían un poco complicada y triste —tal vez considerara ella— mi mala salud y mi nerviosismo. Aquella separación me disgustaba más, porque probablemente fuera para mi madre —me decía— el fin de las sucesivas decepciones que yo le había causado, si bien ella no lo había traslucido, y después de las cuales había comprendido la dificultad de unas vacaciones en común y tal vez también el primer ensayo de una existencia a la que empezaba a resignarse con miras al futuro, a medida que pasaran los años para mi padre y para ella, una existencia en la que yo la vería menos, en la que ella sería ya para mí —cosa que ni siquiera en mis pesadillas se me había presentado nunca— un poco una extraña, una señora a la que se vería volver sola a una casa en la que yo no viviría y preguntar al portero por una carta mía.

Apenas pude responder al empleado que quiso coger mi maleta. Mi madre —para consolarme— procuraba recurrir a los medios que le parecían más eficaces. Consideraba inútil aparentar no ver mi pena, sino que bromeaba con cariño al respecto:

«Pero bueno, ¿qué diría la iglesia de Balbec, si supiera que nos disponemos a ir a verla con esa expresión afligida? ¿Se puede ser así el viajero arrobado del que habla Ruskin? Por lo demás, voy a saber si has estado a la altura de las circunstancias: aun lejos, seguiré estando con mi lobito. Mañana tendrás una carta de tu mamá».

«Hija mía», dijo mi abuela, «te veo como a Madame de Sévigné con un mapa ante los ojos y sin separarte de nosotros ni un instante».

Después mamá procuraba distraerme, me preguntaba qué iba a pedir para cenar, admiraba a Françoise, la felicitaba por un sombrero y un abrigo que no había reconocido, aunque en tiempos le habían inspirado horror, cuando se los había visto nuevos a mi tía abuela: uno con el inmenso pájaro que lo coronaba; el otro, recargado con horribles dibujos y azabaches, pero, como el abrigo estaba desgastado, Françoise había encargado que le dieran la vuelta y exhibía un revés de tejido liso y color precioso. En cuanto al pájaro, hacía mucho que se había roto y lo habían arrumbado y, así como a veces resulta conmovedor encontrar en una canción popular los refinamientos que procuran lograr los artistas más conscientes y en la fachada de una casa de campesinos una rosa blanca o azufrada que se abre encima de la puerta en el sitio oportuno, así también Françoise había colocado con gusto infalible e ingenuo —en el sombrero, ahora precioso— el nudo de terciopelo y el bucle de cinta que nos habrían encantado en un retrato de Chardin o Whistler.

Por remontarnos a un tiempo más antiguo, como la modestia y la probidad que con frecuencia infundían nobleza al rostro de nuestra vieja sirviente habían impregnado la ropa que —como mujer reservada pero sin bajeza, que «sabe estar y mantenerse en su lugar»— se había puesto para el viaje a fin de ser digna de acompañarnos sin dar la impresión de querer exhibirse, Françoise, con la tela de color cereza, pero desvaída, de su abrigo y el pelo sin rudeza de su cuello de piel, recordaba a una de esas imágenes de Ana de Bretaña pintadas en libros de horas por un antiguo maestro y en las cuales todo está tan bien situado, la sensación de conjunto se ha esparcido tan por igual por todas las partes, que la rica y desusada singularidad del traje expresa la misma gravedad pía que los ojos, los labios y las manos.

No se habría podido hablar de pensamiento a propósito de Françoise. No sabía nada, en el sentido total en que no saber nada equivale a no comprender nada, salvo las escasas verdades que el corazón puede alcanzar directamente. El inmenso mundo de las ideas no existía para ella, pero, ante la claridad de su mirada, ante las delicadas líneas de aquella nariz, de aquellos labios, ante todos aquellos testimonios inexistentes en tantas personas cultas en quienes habrían significado la distinción suprema, el

noble desapego de una mente selecta, te sentías conmovido como ante la mirada inteligente y bondadosa de un perro, a quien sabemos, sin embargo, que son ajenas todas las concepciones de los hombres, y podías preguntarte si no habrá entre esos otros humildes hermanos, los campesinos, personas que son como los hombres superiores del mundo de los inocentes o, mejor dicho, que, condenados por un destino injusto a vivir entre los inocentes, privados de luces, pero, aun así, más natural, más esencialmente emparentados con los temperamentos selectos que la mayoría de las personas instruidas, son como miembros dispersos, extraviados, privados de razón, de la familia santa, parientes —que no han abandonado la infancia— de las inteligencias más elevadas y a quienes —como revela el brillo, imposible de confundir, de sus ojos, en los que, sin embargo, no se aplica a nada— tan sólo ha faltado —para tener talento— el saber.

Mi madre, al ver que me costaba contener las lágrimas, me decía: «Régulo acostumbraba en las grandes circunstancias… y, además, es que no está bien que le hagas esto a tu mamá. Citemos a Madame de Sévigné, como tu abuela: “Me voy a ver obligada a recurrir a todo el valor que tú no tienes”». Y, recordando que el afecto a los demás aparta de los dolores egoístas, intentaba agradarme diciéndome que el viaje a Saint-Cloud no iba a ser —le parecía— problemático, que estaba contenta del coche de punto que había reservado, que el cochero era atento y el coche cómodo. Yo me esforzaba por sonreír ante aquellos detalles e inclinaba la cabeza con expresión de aquiescencia y satisfacción, pero tan sólo me ayudaban a representarme con mayor exactitud la marcha de mamá y, con el corazón en un puño, la miraba como si estuviera ya separada de mí, bajo el sombrero de paja redondo que había comprado para ir al campo y con un vestido ligero que se había puesto para aquel largo recorrido en pleno calor y que la hacían parecer otra, perteneciente ya a la quinta de «Montretout», donde yo no la vería.

Para evitar los ataques de ahogo que me provocaría el viaje, el médico me había aconsejado que tomara, en el momento de la partida, un poco más de la cuenta de cerveza o coñac para estar en ese estado —que llamaba «euforia»— en el que el sistema nervioso es momentáneamente menos vulnerable. Yo no estaba aún seguro de si lo haría, pero quería al menos que

mi abuela reconociera que, en caso de que así lo decidiese, estaría en mi derecho y sería lo más atinado. Por eso, hablaba al respecto como si mi vacilación versara sólo sobre el lugar en el que bebería el alcohol: fonda o vagón-cafetería. Pero al instante, ante la expresión de censura que cobró el rostro de mi abuela y de no querer siquiera ponerse a pensar en aquella idea, exclamé, al tiempo que decidía de pronto poner en práctica aquel propósito de ir a beber, cuya ejecución resultaba necesaria para demostrar mi libertad, puesto que su anuncio verbal no había dejado de inspirar protesta: «¡Cómo! O sea, que sabes lo enfermo que estoy, sabes lo que me ha dicho el médico, ¡y ése es el consejo que me das!».

Cuando le hube explicado mi desasosiego, mi abuela puso una expresión tan desconsolada, tan bondadosa, al responder: «Pero entonces, si ha de sentarte bien, vete en seguida a buscar cerveza o un licor», que me lancé sobre ella y la cubrí de besos y, si fui, sin embargo, a beber mucho más de la cuenta en el bar del tren, fue porque sentía que, de lo contrario, tendría un ataque demasiado violento y eso sería lo que más la afligiría. Cuando en la primera estación volví a montar en nuestro carruaje, dije a mi abuela lo contento que estaba de ir a Balbec, que tenía la sensación de que todo iba a salir bien, que en el fondo me iba a acostumbrar en seguida a estar separado de mamá, que aquel tren era agradable y el hombre del bar y los empleados tan encantadores, que me habría gustado volver a hacer con frecuencia aquel trayecto para tener la posibilidad de verlos de nuevo. Sin embargo, mi abuela no parecía alegrarse tanto como yo de todas aquellas buenas noticias. Me respondió apartando la mirada: «Tal vez deberías intentar dormir un poco», y volvió la vista hacia la ventana, cuya cortina, que habíamos bajado, no cubría todo el marco del cristal, por lo que el sol podía deslizar sobre el roble encerado de la portezuela y el paño del asiento —como un anuncio mucho más persuasivo de una vida en la naturaleza que los colgados muy arriba en el vagón por la Compañía y que representaban paisajes cuyo nombre no alcanzaba yo a leer— la misma luz cálida y adormilada, sesteante en los claros.

Pero, cuando mi abuela pensaba que yo tenía los ojos cerrados, la veía a veces —bajo su velo cubierto de grandes lunares— lanzarme una mirada y

después retirarla y luego volver a empezar, como quien intenta practicar —para habituarse a él— un ejercicio que le resulta pesado.

Entonces le hablaba, pero no parecía resultarle agradable. Y, sin embargo, a mí mi propia voz me daba placer, como también los movimientos más insensibles, más interiores, de mi cuerpo. Por eso, procuraba hacerlos durar, dejaba que cada una de mis inflexiones se prolongaran mucho con las palabras, sentía que cada una de mis miradas se encontraba bien allí donde se había posado y permanecía más del tiempo habitual. «Vamos, descansa», me dijo mi abuela. «Si no puedes dormir, lee algo». Y me pasó un volumen de Madame de Sévigné, que abrí, mientras ella, a su vez, se enfrascaba en las *Memorias* de Madame de Beausergent. Nunca viajaba sin un tomo de una o de la otra. Eran sus dos autoras predilectas. Como no deseaba mover la cabeza en aquel momento y experimentaba un gran placer conservando una posición, una vez que la había adoptado, sujeté el volumen de Madame de Sévigné sin abrirlo y no bajé sobre él mi mirada, que tan sólo tenía ante sí la cortinilla azul de la ventana, pero contemplar aquella cortinilla me parecía admirable y no me habría molestado en responder a quien hubiera querido apartarme de mi contemplación. El color azul de la cortinilla me parecía —tal vez no por su belleza, sino por su intensa vivacidad— borrar hasta tal punto todos los colores que había habido ante mis ojos desde el día de mi nacimiento hasta el momento en que había acabado de tomar mi bebida y ésta había empezado a hacer efecto, que, en comparación con él, me resultaban tan apagados, tan nulos, como puede serlo retrospectivamente la obscuridad en la que han vivido los ciegos de nacimiento a quienes operan al anochecer y ven por fin los colores. Un empleado anciano vino a pedirnos los billetes. Los reflejos argénteos que emitían los botones metálicos de su uniforme no dejaron de hechizarme. Me dieron ganas de pedirle que se sentara junto a nosotros, pero pasó a otro vagón y pensé con nostalgia en la vida de los ferroviarios, que, al pasar todo el tiempo en el ferrocarril, no debían de perderse ni un solo día la posibilidad de ver a aquel viejo empleado. El placer que experimentaba yo al mirar la cortinilla azul y sentir que tenía la boca medio abierta empezó por fin a disminuir. Recobré un poco más de movilidad; cambié un poco de postura; abrí el volumen que mi abuela me

había dado y pude fijar mi atención en las páginas que escogí aquí y allá. Mientras leía, sentía que aumentaba mi admiración por Madame de Sévigné.

No hay que dejarse engañar por particularidades puramente formales correspondientes a la época y a la vida de salón y que mueven a ciertas personas a creer que imitan a Sévigné, cuando dicen: «Hágame venir a mi criada» o «Aquel conde me pareció tener mucho ingenio» o «Hacer heno es la cosa más linda del mundo». Ya Madame de Simiane se imagina parecerse a su abuela por escribir: «El Sr. de la Boulie tiene una salud magnífica, señor mío, y está en perfectas condiciones para oír noticias sobre su muerte» u «¡Oh, mi querido marqués! ¡Cuánto me gusta su carta! No hay forma de responderla» o también: «Me parece, señor mío, que me debe una respuesta y yo tabaqueras de bergamota. Me desquito con ocho y otras seguirán… la tierra nunca había dado tantas. Es, al parecer, para agradaros». Y escribe con ese mismo estilo la carta sobre la sangría, sobre los limones, etcétera, que se imagina como cartas de Madame de Sévigné, pero mi abuela, quien había llegado a ésta por dentro, por el amor de los suyos, por la naturaleza, me había enseñado a amar las bellezas auténticas, que son muy distintas. No iban a tardar en maravillarme tanto más cuanto que Madame de Sévigné es una gran artista de la misma familia que un pintor a quien iba yo a conocer en Balbec y que tan profunda influencia tuvo en mi visión de las cosas: Elstir. En Balbec me di cuenta de que nos presenta las cosas como éste —en el orden de nuestras percepciones—, en lugar de explicarlas primero por su causa, pero ya aquella tarde, en aquel vagón, al releer la carta en que aparece la luz de la luna: «No pude resistir la tentación: me pongo todas las tocas y casacas, que no eran necesarias, me voy a esa explanada cuyo aire es tan bueno como el de mi cuarto; me encuentro con mil pamplinas, *monjas blancas y negras, varias religiosas grises y blancas, ropa blanca tirada aquí y allá, hombres amortajados y apoyados, muy derechos, en árboles*, etcétera», me encantó lo que un poco más adelante habría llamado la faceta Dostoievski (¿acaso no pinta los paisajes de la misma forma que él, los caracteres?) de las *Cartas de Madame de Sévigné*.

Cuando por la noche, tras haber acompañado a mi abuela y haberme quedado unas horas en casa de su amiga, volví a tomar el tren solo, al menos no me pareció penosa la noche que siguió; es que no debía pasarla en la cárcel de una alcoba cuya somnolencia me mantendría despierto; me rodeaba la calmante actividad de todos aquellos movimientos del tren, que me acompañaban, se ofrecían a charlar conmigo, si no me venía el sueño, me acunaban con sus ruidos que yo acoplaba —como el sonido de las campanas en Combray— ora con un ritmo ora con otro, oyendo, según mi fantasía, primero cuatro semicorcheas iguales, después una semicorchea furiosamente precipitada contra una negra: neutralizaban la fuerza centrífuga de mi insomnio ejerciendo sobre ella presiones contrarias que mantenían en equilibrio y sobre las cuales mi inmovilidad y pronto mi sueño se sintieron llevados con la misma impresión reparadora que me habría dado un reposo debido a la vigilancia de fuerzas poderosas en la naturaleza y en la vida, si hubiera podido por un momento encarnarme en algún pez que duerme en el mar, paseado en su adormecimiento por las corrientes y la ola, o en un águila de las alas desplegadas y con el exclusivo apoyo de la tormenta.

Las salidas del sol son un acompañamiento en los largos viajes en ferrocarril, como los huevos duros, las revistas ilustradas, los juegos de cartas, los ríos en los que unas barcas se afanan sin avanzar. En un momento en que estaba enumerando —para darme cuenta de si acababa de dormir o no— los pensamientos que habían colmado mi mente durante los minutos anteriores y en que la propia incertidumbre que me hacía formular la pregunta estaba dándome una respuesta afirmativa, en el cristal de la ventana, por encima de un bosquecillo negro, vi nubes recortadas cuyo suave plumón era de un rosa fijo, muerto, que no cambiará más, como el que tiñe las plumas del ala que lo ha asimilado o el pastel en el que lo ha depositado la fantasía del pintor, pero sentía que, al contrario, aquel color no era ni inercia ni capricho, sino necesidad y vida. No tardaron en amontonarse tras ella reservas de luz. Se avivó, el cielo cobró un rosicler que yo intentaba —pegando los ojos al cristal— ver mejor, pues lo sentía relacionado con la existencia profunda de la naturaleza, pero, al cambiar de dirección la línea del ferrocarril, el tren dobló, la escena matinal fue

substituida en el marco de la ventana por una aldea nocturna con tejados azules de luz de luna, con un lavadero enmugrecido con el nácar opalino de la noche, bajo un cielo aún sembrado con todas sus estrellas, y me consternó haber perdido mi franja de cielo rosa, cuando la divisé de nuevo, pero roja esa vez, en la ventana de enfrente, que abandonó en un segundo recodo de la vía férrea, de modo que pasé el tiempo corriendo de una ventana a otra para juntar, recomponer, los fragmentos intermitentes y opuestos de mi hermosa mañana escarlata y versátil y tener una vista total de ella y un cuadro continuo.

El paisaje se volvió accidentado, abrupto, el tren se detuvo en una pequeña estación entre dos montañas. En el fondo de la garganta, al borde del torrente, sólo se veía una casa de guarda hundida en el agua que corría al ras de las ventanas. Si una persona puede ser el producto de un suelo cuyo encanto particular saboreamos en ella, más aún que la campesina que tanto había yo deseado ver aparecer cuando erraba solo por la parte de Méséglise, en los bosques de Roussainville, debía serlo la muchacha alta que vi salir de aquella casa y venir —por el sendero que iluminaba oblicuo el sol naciente— hacia la estación con un jarro de leche. En el valle al que aquellas alturas ocultaban el resto del mundo no debía de ver a nadie, salvo en los trenes que se detenían tan sólo un instante. Bordeó los vagones ofreciendo café con leche a algunos viajeros despiertos. Su rostro, purpurado con los reflejos de la mañana, estaba más rosáceo que el cielo. Sentí ante ella aquel deseo de vivir que renace en nosotros siempre que tomamos de nuevo conciencia de la belleza y la felicidad. Siempre olvidamos que son individuales y —al substituirlos en nuestra mente por un tipo de convención que concebimos al hacer como una media entre los diferentes rostros que nos han gustado, entre los placeres que hemos conocido— no tenemos otra cosa que imágenes abstractas, que resultan lánguidas e insulsas porque les falta precisamente ese carácter de cosa nueva, diferente de lo que hemos conocido, ese carácter propio de la belleza y la felicidad, y emitimos sobre la vida un juicio pesimista y que suponemos atinado, pues hemos creído hacer entrar en él la felicidad y la belleza, cuando los hemos omitido y substituido por síntesis en las que no queda ni un solo átomo de ellas. Así, de aburrimiento bosteza por

adelantado un hombre de letras a quien hablan de un nuevo «libro hermoso», porque se lo imagina como un compuesto de todos los libros hermosos que ha leído, mientras que un libro hermoso es particular, imprevisible, y no está hecho de la suma de todas las obras maestras anteriores, sino de algo que, para encontrarlo, en modo alguno basta haber asimilado perfectamente esa suma, pues está precisamente fuera de ella. En cuanto ha tenido conocimiento de esa nueva obra, el hombre de letras, antes hastiado, siente interés por la realidad que describe. Así también, la hermosa muchacha, ajena a los modelos de belleza que trazaba mi pensamiento, cuando me encontraba solo, me inspiró al instante el gusto de cierta felicidad (única forma, totalmente particular, en la que podemos saborearlo), de una felicidad que realizaría viviendo junto a ella, pero también en aquel caso intervenía en gran parte el cese momentáneo de la costumbre. La vendedora de leche contaba con la ventaja de que ante ella se encontraba mi ser completo, apto para saborear goces intensos. Habitualmente, vivimos con nuestro ser reducido al mínimo; la mayoría de nuestras facultades permanecen adormecidas, porque descansan en la costumbre, que sabe lo que se debe hacer y no las necesita, pero, en aquella mañana de viaje, la interrupción de mi existencia, el cambio de lugar y de hora habían vuelto su presencia indispensable. Mi costumbre, sedentaria y no precisamente matutina, estaba ausente y todas mis facultades habían corrido a substituirla, rivalizando de celo entre ellas —elevándose todas como olas hasta un mismo nivel inhabitual— desde la más baja hasta la más noble, desde el hálito, el apetito y el flujo sanguíneo hasta la sensibilidad y la imaginación. No sé si el salvaje encanto de aquellos lugares —al hacerme creer que aquella muchacha no era semejante a las otras mujeres— intensificaba el suyo, pero ella se lo devolvía. La vida me habría parecido deliciosa, si hubiera podido pasarla, hora tras hora, con ella, acompañarla hasta el torrente, hasta la vaca, hasta el tren, estar siempre a su lado, sentirme conocido de ella, con un lugar en su pensamiento. Me habría iniciado en los encantos de la vida rústica y de las primeras horas del día. Le hice una seña para que viniera a darme café con leche. Necesitaba que se fijara en mí. No me vio y la llamé. Por encima de su alto cuerpo, su tez era tan dorada y rosácea, que parecía vista a través de una vidriera iluminada.

Volvió sobre sus pasos, yo no podía apartar mis ojos de su rostro, cada vez mayor, semejante a un sol que pudiéramos mirar fijamente y que se aproximara hasta llegar muy cerca de nosotros, dejándose mirar de cerca, deslumbrándonos de oro y bermellón. Fijó en mí su mirada penetrante, pero, como los empleados estaban cerrando las puertas, el tren se puso en marcha; la vi abandonar la estación e internarse de nuevo por el sendero; ahora era de día: me alejaba de la aurora. Ya hubiera sido mi exaltación obra de aquella muchacha o hubiese causado, al contrario, la mayor parte del placer que había sentido al encontrarme junto a ella, estaba, en todo caso, tan mezclada con él, que mi deseo de volver a verla era ante todo el —moral— de no dejar que aquel estado de excitación pereciera del todo, de no ser separado nunca más de la persona que —aun sin saberlo— en él había participado. No es sólo que aquel estado fuera agradable. Es sobre todo que —así como la tensión mayor de una cuerda o la vibración más rápida de un nervio produce una sonoridad o un color diferente— daba otro tono a lo que yo veía, me introducía como actor en un universo desconocido e infinitamente más interesante; aquella hermosa muchacha que yo divisaba aún, mientras el tren aceleraba su marcha, era como una parte de una vida diferente de la que yo conocía, separada de ella por una orla y en la que las sensaciones que inspiraban los objetos ya no eran las mismas, y salir de ella ahora habría sido como morir para mí mismo. Para tener el gozo de sentirme al menos vinculado a aquella vida, habría bastado que viviera lo bastante cerca de la pequeña estación para poder acudir todas las mañanas a pedir café con leche a aquella campesina, pero —¡ay!— estaría siempre ausente de la otra vida hacia la que me dirigía cada vez más deprisa y que sólo me resignaba a aceptar combinando planes que me permitirían un día volver a tomar aquel mismo tren y detenerme en aquella estación, proyecto que presentaba también la ventaja de proporcionar un alimento a la disposición interesada, activa, práctica, maquinal, perezosa, centrífuga de nuestro espíritu, pues éste se aparta con gusto del esfuerzo necesario para profundizar en uno mismo, de forma general y desinteresada, una impresión agradable que hemos tenido, y, como, por otra parte, queremos seguir pensando en ella, prefiere imaginarla en el futuro, preparar hábilmente las circunstancias que podrán hacerla renacer, cosa que no nos enseña nada

sobre su esencia, sino que nos evita la fatiga de recrearla en nosotros mismos y nos permite esperar recibirla de nuevo del exterior.

Algunos nombres de ciudades —Vézelay o Chartres, Bourges o Beauvais— sirven para designar, en forma abreviada, su iglesia principal. Esa acepción particular con la que las tomamos con tanta frecuencia, acaba —si se trata de lugares que aún no conocemos— esculpiendo el nombre entero que a partir de entonces, cuando queramos hacer entrar en él el nombre de la ciudad, —que nunca hemos visto—, le impondrá —como un molde— las mismas cinceladuras, del mismo estilo, la convertirá como en una gran catedral. Sin embargo, fue en una estación de ferrocarril, por sobre el dintel de la fonda en letras blancas sobre un rótulo azul, donde leí el nombre, casi de estilo persa, de Balbec. Crucé a paso rápido la estación y el bulevar que en ella concluía, pregunté por la playa para ver sólo la iglesia y el mar; no parecían entender lo que quería yo decir. Balbec-le-Vieux, Balbec-en-Terre, donde me encontraba, no era ni una playa ni un puerto. Cierto era que en el mar habían encontrado los pescadores, según la leyenda, el Cristo milagroso cuya vida narraba una vidriera de aquella iglesia que estaba a unos metros de mí y que procedía, en efecto, de los acantilados azotados por las olas, la piedra de la nave y de las torres, pero aquel mar, que por esa razón había yo imaginado viniendo a morir al pie de la vidriera, estaba a más de cinco leguas de distancia, en Balbec-playa, y, junto a su cúpula, aquel campanario —que, por haber leído que era, a su vez, un áspero acantilado normando en el que se amontonaban los granos, en el que se arremolinaban las aves, me había imaginado siempre recibiendo en su base la última espuma de las olas alzadas— se alzaba sobre una plaza con la bifurcación de dos líneas de tranvías, frente a un café que tenía escrita en letras de oro la palabra «Billar» y se destacaba sobre un fondo de casas con cuyos tejados no se mezclaba ningún mástil y la iglesia —al entrar en mi campo visual, junto con el café, el transeúnte a quien había tenido que preguntar el camino y la estación, a la que iba a regresar— era una sola cosa con todo el resto, parecía un accidente, un producto de aquel atardecer, en el que la blanda e inflada cúpula en el cielo era como un fruto cuya dorada, rosa y fundente piel maduraba la misma luz que bañaba las chimeneas de las casas, pero, cuando reconocí a los Apóstoles, cuyas

estatuas en molde había visto en el Museo del Trocadéro y que, a los dos lados de la Virgen y delante del profundo vano del pórtico, me esperaban como para rendirme honores, ya no quise pensar sino en el significado eterno de las esculturas. Con su rostro benévolo, chato y dulce y la espalda encorvada, parecían avanzar con expresión de bienvenida cantando el *Aleluya* de un día hermoso, pero se advertía que su expresión era inmutable como la de un muerto y sólo se modificaba, si los rodeábamos. Yo me decía: «Es aquí, es la iglesia de Balbec. Esta plaza, que parece conocer su gloria, es el único lugar del mundo que tiene la iglesia de Balbec. Lo que he visto hasta ahora eran fotografías de esta iglesia y —de estos Apóstoles, de esta Virgen del pórtico, tan célebres— tan sólo los moldes. Ahora es la propia iglesia, es la propia estatua, son ellas, las únicas, es mucho más».

Tal vez fuera menos también. Así como un joven, en un día de examen o de duelo, considera aquello sobre lo que le han preguntado, la bala que ha disparado, muy poca cosa, cuando piensa en las reservas de ciencia y valor con que cuenta y que habría querido demostrar, así también mi entendimiento —que había erigido la Virgen del pórtico fuera de las reproducciones que había tenido ante los ojos, inaccesible a las vicisitudes que podían amenazar a éstas, intacta, si las destruían, ideal, con valor universal— se extrañaba de ver la estatua que había esculpido mil veces reducida ahora a su propia apariencia de piedra, ocupando —respecto del alcance de mi brazo— un lugar en el que tenía por rivales un cartel electoral y la punta de mi bastón, encadenada a la plaza, inseparable de la desembocadura de la calle mayor, sin poder eludir las miradas del café y del despacho de boletos para el ómnibus, recibiendo en el rostro la mitad del rayo de sol en el ocaso —y pronto, al cabo de unas horas, de la claridad del reverbero— cuya otra mitad recibía la oficina del banco de crédito, invadida, al mismo tiempo que esa sucursal, por el tufo de las cocinas del pastelero, sometida a la tiranía de lo particular hasta el punto de que, si hubiera querido trazar mi firma en aquella piedra, ella —la Virgen ilustre a la que hasta entonces había dotado yo de una existencia general y una belleza intangible, la Virgen de Balbec, la única, lo que quería decir, ¡ay!, la única existente— habría sido la que sobre su cuerpo enmugrecido por el mismo hollín que las casas vecinas habría mostrado —sin poder deshacerse

de ella— a todos los admiradores llegados hasta allí para contemplarla la huella de mi trozo de tiza y las letras de mi nombre y era, por último, la obra de arte inmortal y tanto tiempo deseada que me encontraba convertida, como la propia iglesia, en una viejecita de piedra cuya altura y arrugas podía medir y contar.

Había pasado el tiempo, debía volver a la estación, donde había de esperar a mi abuela y a Françoise para trasladarnos juntos a Balbec-playa. Recordaba lo que había leído sobre Balbec, las palabras de Swann: «Es exquisito, es tan hermoso como Siena». Y, acusando de mi desencanto sólo a las contingencias, a la mala disposición en que me encontraba, mi fatiga, mi incapacidad para mirar, intentaba consolarme pensando que quedaban otras ciudades aún intactas para mí, que próximamente podría penetrar tal vez, como en medio de una lluvia de perlas, en el fresco gorjeo de los goteos de Quimperlé, atravesar el verdeante y rosáceo reflejo que bañaba Pont-Aven, pero en el caso de Balbec, desde que había entrado, había sido como si hubiera entreabierto un nombre que se debiese haber mantenido herméticamente cerrado y en el que —aprovechando la salida que yo les había ofrecido imprudentemente al expulsar todas las imágenes que hasta entonces vivían en él— un tranvía, un café, la gente que pasaba por la plaza, la sucursal del banco de crédito, irresistiblemente impulsados por una presión exterior y una fuerza neumática, se hubieran precipitado en el interior de las sílabas, que, tras cerrarse sobre ellos, les dejaban ahora enmarcar el pórtico de la iglesia persa y ya no cesarían de contenerlos.

En el trenecito local que debía llevarnos a Balbec-playa, encontré a mi abuela, pero sola, pues, para que todo estuviese preparado de antemano, se le había ocurrido que Françoise saliera antes que ella, pero, como le había dado una información errónea, había partido en otra dirección y en aquel momento, y sin sospecharlo, corría a toda velocidad hacia Nantes y tal vez se despertara en Burdeos. Apenas me hube sentado en el vagón inundado por la fugitiva luz del ocaso y el persistente calor de la tarde, si bien la primera me permitió ver —¡ay!— de lleno en el rostro de mi abuela hasta qué punto el segundo la había fatigado, me preguntó: «Bueno, ¿qué? ¿Qué tal Balbec?», con una sonrisa tan ardientemente iluminada por la esperanza del gran placer que había yo —pensaba ella— experimentado, que no me

atreví a confesarle de pronto mi desencanto. Por lo demás, la impresión que mi espíritu había buscado me ocupaba menos, a medida que se aproximaba el lugar al que mi cuerpo habría de acostumbrarse. En el final —aún distante más de una hora— de aquel trayecto, procuraba imaginar al director del hotel de Balbec, para quien yo era, en aquel momento, inexistente, y me habría gustado presentarme ante él con una compañía más prestigiosa que la de mi abuela, que le iba a pedir —seguro— una rebaja. Me lo imaginaba marcado por una altivez indiscutible, pero de contornos muy vagos.

El trenecito se detenía constantemente en alguna de las estaciones que precedían a Balbec-playa y cuyos nombres mismos (Incarville, Marcouville, Doville, Pont-à-Couleuvre, Arambouville, Saint-Mars-le-Vieux, Hermonville, Maineville) me parecían extraños, mientras que leídos en un libro habrían tenido alguna relación con los nombres de ciertas localidades vecinas de Combray, pero para los oídos de un músico dos motivos, materialmente compuestos de varias de las mismas notas, si difieren en el color de la armonía y la orquestación, pueden no presentar ninguna semejanza. De igual forma, nada me hacía pensar menos que aquellos tristes nombres hechos de arena, espacio demasiado aireado y vacío y sal, por encima de los cuales la palabra *ville* se escapaba como *vuelo* en *al vuelo* en aquellos otros nombres de Roussainville o Martinville que —por haberlos oído pronunciar tan a menudo por mi tía abuela en la mesa, en la «sala»— habían adquirido cierto encanto melancólico, en el que tal vez se hubieran mezclado extractos de sabor de mermeladas, del olor a fuego de leña y del papel de un libro de Bergotte, del color de la arenisca de la casa de enfrente y que aún hoy, cuando remontan como una burbuja gaseosa del fondo de mi memoria, conservan su virtud específica a través de las capas superpuestas de medios diferentes que han debido franquear antes de alcanzar la superficie.

Eran pequeñas estaciones que —dominando el lejano mar desde lo alto de su duna o acomodándose ya para la noche al pie de colinas de un verde crudo y de una forma chocante, como la del canapé de una habitación de hotel a la que acabamos de llegar, compuestas de algunas quintas prolongadas por una pista de tenis y a veces un casino, cuya bandera

flameaba al viento refrescante, vacío y ansioso— me mostraban por primera vez pero por el exterior, a sus huéspedes habituales —jugadores de tenis con gorras blancas, el jefe de estación que vivía allí, cerca de sus tamariscos y sus rosas, una señora tocada con un sombrero de paja, quien, describiendo el trazado cotidiano de una vida que nunca conocería yo, llamaba a su galgo, rezagado, y volvía a su hotelito, cuya lámpara estaba ya encendida— y que con aquellas imágenes extrañamente habituales y desdeñosamente familiares herían, crueles, mis miradas desconocidas y mi corazón desterrado, pero ¡cuánto se agravó mi sufrimiento, cuando hubimos llegado al vestíbulo del Grand-Hôtel de Balbec, frente a la monumental escalera que imitaba el mármol, y, mientras mi abuela, sin miedo a aumentar la hostilidad y el desprecio de los extraños en medio de los cuales íbamos a vivir, discutía las «condiciones» con el director, un retaquito con cara y voz llenas de cicatrices —que habían dejado la extirpación, en una, de numerosos granos y, en la otra, de los diversos acentos debidos a orígenes lejanos y a una infancia cosmopolita—, con *smoking* de hombre de mundo y mirada de psicólogo, quien, a la llegada del ómnibus, tomaba generalmente a los grandes señores por protestones y a los rateros de hotel por grandes señores! Olvidando seguramente que él mismo no cobraba quinientos francos de sueldo mensual, despreciaba profundamente a las personas para quienes quinientos francos —o, mejor dicho, como él decía, «veinticinco luises»— eran «una suma» y las consideraba miembros de una raza de parias a la que no estaba destinado el Grand-Hôtel. Cierto es que en aquel gran hotel había personas que no pagaban demasiado y, aun así, eran estimadas del director, a condición de que éste estuviese seguro de que, si reparaban en gastos no era por pobreza, sino por avaricia. En efecto, ésta no puede detraer el menor prestigio, porque es un vicio y, por consiguiente, puede darse en todas las situaciones sociales. La situación social —o, mejor dicho, los signos que le parecían indicar que era elevada, como, por ejemplo, no descubrirse al entrar en el vestíbulo, llevar pantalones bombachos, un gabán con cinturón y sacar de un estuche de tafilete muy fino un puro ceñido de púrpura y oro: ventajas, todas ellas, de las que, ¡ay!, carecía yo— era la única cosa a la que el director prestaba atención.

Salpicaba sus conversaciones comerciales con expresiones selectas, pero con sentido equivocado.

Mientras oía yo a mi abuela preguntarle —sin ofenderse de que la escuchara con el sombrero puesto y silbando— con entonación artificial: «¿Y cuáles son… sus precios?… ¡Oh! Demasiado altos para mi pequeño presupuesto», y la esperaba sentado, me refugiaba en lo más profundo de mí mismo, me esforzaba por emigrar a pensamientos eternos, por no dejar nada de mí, nada vivo, en la superficie de mi cuerpo, insensibilizado como el de los animales, que por inhibición se hacen el muerto cuando los hieren, a fin de no sufrir demasiado en aquel lugar en el que mi falta total de costumbre me resultaba aún más sensible al ver la que parecían tener en aquel mismo momento una señora elegante a quien el director mostraba su respeto tomándose familiaridades con el perrito que la seguía, el niñato con una pluma en el sombrero, que, al volver de la calle, preguntaba si «ten[ía] cartas», toda aquella gente para la que subir los escalones de mármol falso era volver a su *home*. Y al mismo tiempo la mirada de Minos, Éaco y Radamantis, en la que yo sumergí mi alma despojada, como en un mundo ignoto en el que ya nada la protegía, cayó sobre mí, severamente lanzada por unos señores, tal vez poco versados en el arte de «recibir», que llevaban el título de «jefes de recepción»; más lejos, tras una puerta vidriera cerrada, había personas sentadas en una sala de lectura para cuya descripción habría necesitado elegir en Dante sucesivamente los colores que atribuye al Paraíso y al Infierno, según pensara yo en la felicidad de los elegidos o en el terror que me habría causado mi abuela, si —con su despreocupación por esa clase de impresiones— me hubiera ordenado entrar en él.

Mi impresión de soledad aumentó aún más un momento después. Como había confesado a mi abuela que no me encontraba bien, que íbamos a vernos obligados —me parecía— a volver a París, ella había dicho sin protestar que salía a hacer unas compras, útiles tanto si nos marchábamos como si nos quedábamos (y que, según supe después, eran todas para mí, pues Françoise llevaba consigo cosas que yo iba a necesitar); mientras la esperaba, yo me había ido a pasear por las calles atestadas por una multitud mantenida en ellas por el calor en las casas y en las que estaban aún abiertas la peluquería y una pastelería, algunos de cuyos parroquianos tomaban

helados delante de la estatua de Duguay-Touin. Me causó así tanto placer como el que puede proporcionar su imagen en medio de una revista «ilustrada» al enfermo que la hojea en la sala de espera de un cirujano. Me asombró que hubiera personas lo bastante diferentes de mí para que el director pudiese haberme aconsejado aquel paseo por la ciudad como una distracción y para que el lugar de suplicio que es una nueva morada pudiera parecer a algunos «una estancia deliciosa», como decía el prospecto del hotel, que podía exagerar, pero no por ello dejaba de ir dirigido a toda una clientela cuyos gustos halagaba. Cierto es que invocaba —para hacerla acudir al Grand-Hôtel de Balbec— no sólo los «exquisitos manjares» y «la maravillosa vista de los jardines del Casino», sino también los «decretos de Su Majestad la Moda, que no se pueden violar impunemente sin quedar como un grosero, cosa a la que ningún hombre bien educado quisiera exponerse».

La necesidad que sentía de mi abuela había aumentado con mi temor a haberle causado una desilusión. Debía de estar desanimada, sentir que, si no soportaba yo aquella fatiga, era como para desesperar de que pudiese sentarme bien viaje alguno. Decidí volver a esperarla en el hotel; el director en persona acudió a pulsar un botón y un personaje aún desconocido para mí llamado *lift* —y que estaba instalado en el punto más alto del hotel, allí donde estaría la lucernaria de una iglesia normanda, como un fotógrafo tras su cristal o como un organista en su cámara— empezó a descender hacia mí con la agilidad de una ardilla doméstica, industriosa y cautiva. Después, deslizándose de nuevo a lo largo de un pilar, me arrastró tras él hacia el domo de la nave comercial. En cada piso, a los dos lados de las escaleritas de comunicación, se desplegaban en abanico galerías obscuras por las que pasaba una doncella con una almohada. Yo aplicaba a su rostro, que el crepúsculo desdibujaba, la máscara de mis sueños más apasionados, pero leía en su mirada vuelta hacia mí el horror de mi nulidad. Entretanto, para disipar, durante la interminable ascensión, la angustia mortal que sentía al atravesar en silencio el misterio de aquel clarobscuro sin poesía, iluminado por una sola fila vertical de cristaleras que formaba el único *water-closet* de cada piso, dirigí la palabra al joven organista, artesano de mi viaje y compañero de mi cautividad, quien seguía manipulando los registros de su

instrumento y accionando los tubos. Me disculpé por ocupar tanto sitio, por importunarlo tanto, y le pregunté si lo molestaba en el ejercicio de un arte para con el cual hice —a fin de halagar al virtuoso— algo más que manifestar curiosidad: confesé mi predilección. Pero —ya fuera por asombro ante mis palabras, atención a su trabajo, observancia de la etiqueta, dureza de su oído, respeto del lugar, temor al peligro, pereza de la inteligencia o consigna del director— no me respondió.

Tal vez nada haya que dé hasta tal punto la impresión de la realidad exterior como el cambio de posición —respecto de nosotros— de una persona, aun insignificante, antes de que la conociésemos y después. Yo era el mismo hombre que había tomado al atardecer el trenecito de Balbec, llevaba dentro de mí la misma alma, pero en ella, en el lugar en el que, a las seis, había —por la imposibilidad de imaginar al director, el hotel, su personal— una espera vaga y temerosa del momento en que llegaría, se encontraban ahora los granos extirpados en la cara del cosmopolita director (en realidad, naturalizado monegasco, aunque fuese —como decía, porque empleaba siempre expresiones que creía distinguidas, sin advertir que eran defectuosas— de «originalidad rumana»), su gesto para llamar al *lift*, el *lift* mismo y todo un friso de personajes de guiñol salidos de aquella caja de Pandora que era el Grand-Hôtel, innegables, inamovibles y —como todo lo realizado— esterilizantes, pero al menos aquel cambio en el que yo no había intervenido me demostraba que había ocurrido algo exterior a mí —por carente de interés que fuera— y yo estaba como el viajero que, tras haber tenido el sol delante de sí al comienzo de un trayecto, advierte el paso de las horas, al verlo detrás de él. Yo estaba deshecho de cansancio, tenía fiebre y con mucho gusto me habría acostado, pero no tenía nada de lo que necesitaba para ello. Me habría gustado al menos echarme un instante en la cama, pero ¿con qué objeto, puesto que no habría podido brindar reposo a ese conjunto de sensaciones que es para cada uno de nosotros su cuerpo consciente, ya que no su cuerpo material, y puesto que los objetos desconocidos que lo rodeaban, al obligarlo a poner sus percepciones en una permanente defensiva vigilante, habrían mantenido mis miradas, mi oído, todos mis sentidos, en una posición tan reducida e incómoda —aun cuando hubiera alargado las piernas— como la del cardenal La Balue en la jaula en

la que no podía mantenerse ni de pie ni sentado? Nuestra atención es la que coloca objetos en un cuarto y la costumbre la que los retira de él y nos hace sitio. Sitio no había para mí en mi habitación —mía sólo de nombre— de Balbec: estaba llena de cosas que no me conocían, me devolvieron la mirada desconfiada que yo les lancé y, sin tener en cuenta lo más mínimo mi existencia, manifestaron que yo perturbaba la marcha normal de la suya. El reloj de pared —mientras que en casa no oía el mío sino unos segundos a la semana: sólo cuando salía de una profunda meditación— siguió sin interrumpirse un instante pronunciando en una lengua desconocida palabras que debían de ser descorteses para conmigo, pues las grandes cortinas violáceas lo escuchaban sin responder, pero con una actitud análoga a la de quienes encogen los hombros para manifestar que la vista de un tercero los irrita. Daban a aquella habitación tan alta un carácter casi histórico que habría podido hacerla apropiada para el asesinato del duque de Guisa y más tarde para una visita de turistas conducidos por un guía de la agencia Cook… pero en modo alguno para mi sueño. Me atormentaba la presencia de pequeñas librerías con vitrinas, que corrían a lo largo de las paredes, pero sobre todo un gran espejo con pies atravesado en el centro y sin cuya salida del cuarto no habría —sentía yo— descanso posible para mí. Alzaba constantemente mis miradas —a las que los objetos de mi habitación de París molestaban tan poco como mis propias pupilas, pues eran simples anexos de mis órganos, una ampliación de mí mismo— hacia el techo sobrealzado de aquel belvedere situado en la cima del hotel y que mi abuela había elegido para mí y hasta en esa región más íntima que aquella en la que vemos y oímos, en esa región en la que apreciamos la calidad de los olores, casi en mi interior, llegaba el del espinacardo a lanzar su ofensiva a mis últimos reductos, a la cual oponía yo, no sin fatiga, la inútil e incesante respuesta de un resoplido alarmado. Carente ya de universo, de habitación, de cuerpo, salvo amenazado por los enemigos que me rodeaban, salvo invadido hasta los huesos por la fiebre, estaba solo y quería morir. Entonces entró mi abuela y al instante se abrieron espacios infinitos al desahogo de mi corazón reprimido.

Llevaba una bata de percal que en casa se ponía siempre que uno de nosotros estaba enfermo —porque se sentía más a gusto con ella, según

decía, atribuyendo siempre a lo que hacía móviles egoístas— y que era su blusa de sirviente y guarda, su hábito de religiosa, para cuidarnos, para velarnos, pero, mientras que las atenciones de esas hermanas, la bondad que prodigan, el mérito que les reconocemos y la gratitud que les debemos, aumentan aún más nuestra impresión de ser, para ellas, otros, de sentirnos solos, conservando para nuestros adentros la carga de nuestros pensamientos, de nuestro propio deseo de vivir, yo sabía —cuando estaba con mi abuela y por grande que fuera mi aflicción— que sería recibido en una piedad más vasta aún, que todo lo mío —mis preocupaciones, mi voluntad— estaría sostenido en mi abuela por un deseo de conservación y crecimiento de mi propia vida aún más fuerte que el mío y mis pensamientos se prolongaban en ella sin sufrir desviación, porque pasaban de mi mente a la suya sin cambiar de medio, de persona, y, engañado —como alguien que quiere anudarse la corbata ante un espejo sin comprender que el trozo que ve no está situado respecto de él en el lado hacia el que dirige la mano o como un perro que persigue en el suelo la sombra danzante de un insecto— por la apariencia del cuerpo, como nos sucede en este mundo en el que no percibimos directamente las almas, me arrojé en brazos de mi abuela y apliqué los labios a su cara como si tuviera acceso, así, a aquel inmenso corazón que me abría. Cuando tenía así la boca pegada a sus mejillas, a su frente, obtenía en ellas algo tan benéfico, tan nutritivo, que conservaba la inmovilidad, la seriedad, la tranquila avidez de un niño que mama.

A continuación contemplaba sin cansarme su gran rostro recortado como una bella nube ardiente y apacible, tras el cual se sentía irradiar la ternura. Y todo lo que recibía aún —por débilmente que fuera— un poco de sus sensaciones, todo lo que aún se podía decir, así, a ella, quedaba al instante tan espiritualizado, tan santificado, que con las palmas de las manos leía yo sus hermosos cabellos apenas grises con tanto respeto, precaución y dulzura como si hubiera acariciado su bondad. Ella sentía tal placer en cualquier esfuerzo que me lo evitara a mí y —en un momento de inmovilidad y calma para mis miembros fatigados— algo tan delicioso, que —cuando, al ver que quería ayudarme a acostarme y descalzarme, hice el gesto de impedírselo y empezar a desvestirme por mí mismo— detuvo con

una mirada suplicante mis manos que tocaban los primeros botones de mi chaqueta y de mis botines.

«Oh, te lo ruego», me dijo. «Es tal gozo para tu abuela… y sobre todo no dejes de llamar a la pared, si necesitas algo esta noche: mi cama está adosada a la tuya y el tabique es muy fino. Dentro de un momento, cuando estés acostado, hazlo para ver si nos entendemos bien».

Y, en efecto, aquella noche llamé con tres golpes, que, cuando estuve enfermo, una semana después, renové todas las mañanas durante unos días, porque mi abuela quería darme leche temprano. Entonces, cuando me parecía oír que estaba despierta, me arriesgaba —para que no esperara y pudiera, un instante después, volver a dormirse— a dar tres golpecitos, tímida, débil, nítidamente, pese a todo, pues, si bien temía interrumpir su sueño, en caso de que me hubiera equivocado y estuviese dormida, tampoco quería que siguiera alerta para oír una llamada que no hubiese distinguido la primera vez y que yo no me atrevería a repetir, y, apenas había dado mis golpes, oía otros tres, con una entonación diferente, marcados por una autoridad apacible, repetidos en dos ocasiones para mayor claridad y que decían: «No te agites, te he oído; dentro de unos instantes estaré ahí», y muy poco después llegaba mi abuela. Yo le contaba mi temor de que no me oyera o hubiese creído que se trataba de un vecino y se reía:

«Confundir los golpes de mi pobre niñito con otros, pero ¡si su abuela los reconocería de entre mil! ¿Crees tú que puede haber otros en el mundo tan bonitos, tan febriles, tan divididos entre el miedo a despertarme y a no ser entendido? Pero, aunque se contentara con un raspadito, reconocería en seguida a mi ratoncín, sobre todo cuando es tan excepcional y digno de lástima como el mío. Ya lo estaba yo oyendo desde hace un momento que vacilaba, que se movía en la cama, que hacía todas sus maniobras».

Entornaba las persianas; en el anexo en saliente del hotel, el sol estaba ya instalado en los tejados como un techador matutino que empieza temprano su tarea y la realiza en silencio para no despertar a la ciudad aún dormida y cuya inmovilidad lo hace parecer más ágil. Me decía la hora, el tiempo que iba a hacer —que si no valía la pena que me acercara a la ventana, que si había bruma sobre el mar—, me decía también si estaba ya abierta la panadería y cuál era aquel coche que se oía: todo aquel

insignificante alzamiento del telón, aquel desdeñable *introito* del día al que nadie asiste, trocito de vida que era exclusivo de nosotros dos, que durante el día iba a evocar yo con gusto delante de Françoise o de extraños al hablar de la niebla que había habido por la mañana a las seis y que se podía cortar con un cuchillo, no con la ostentación de un saber adquirido, sino de una señal de afecto recibida por mí solo; dulce instante matinal que se iniciaba como una sinfonía con el diálogo rítmico de los tres golpes, al que el tabique embargado de ternura y gozo, vuelto armonioso, inmaterial, cantor como los ángeles, respondía con otros tres, ardientemente esperados, dos veces repetidos, con lo que transmitía el alma entera de mi abuela y la promesa de su llegada, con una alegría de anunciación y una fidelidad musical, pero aquella primera noche de la llegada, cuando mi abuela me hubo dejado, se reanudó mi sufrimiento, como en París, en el momento de abandonar la casa. Tal vez aquel espanto que yo sentía —que tantos otros sienten— por acostarme en una alcoba desconocida no sea sino la forma más humilde, obscura, orgánica, casi inconsciente, de la profunda y desesperada oposición de las cosas que constituyen lo mejor de nuestra vida presente a que cubramos mentalmente con nuestra aceptación un futuro en el que no figuran, oposición que era en el fondo el horror por mí experimentado con tanta frecuencia ante la idea de que mis padres morirían un día, de que las necesidades de la vida podrían obligarme a vivir lejos de Gilberte o simplemente a establecerme definitivamente en un país en el que nunca más vería a mis amigos, oposición aún radicada en el fondo de la dificultad que tenía para pensar en mi propia muerte o en una supervivencia como la prometida a los hombres por Bergotte en sus libros, en la que no podría llevar conmigo mis recuerdos, mis defectos, mi carácter, que no se resignaban a la idea de dejar de ser y no querían para mí ni una nada ni una eternidad de la que estuvieran ausentes.

Cuando Swann me había dicho en París, un día en que me encontraba particularmente enfermo: «Deberías marcharte a esas deliciosas islas de Oceanía: ya verás como no volverás nunca», me habría gustado responderle: «Pero entonces no veré nunca a su hija, viviré entre cosas y personas que ella nunca ha visto». Y, sin embargo, mi razón me decía: «¿Qué puede importar eso, puesto que no te afligirá? Cuando el Sr. Swann

te dice que no volverás, se refiere a que no querrás volver y, puesto que no lo querrás, será que allí estarás feliz». Pues mi razón sabía que la costumbre —la que iba a abordar la empresa de hacerme amar aquella morada desconocida, cambiar de sitio el espejo, dar otro tono a los visillos, detener el reloj de la pared— se encarga también de volvernos entrañables los compañeros que al principio nos habían desagradado, dar otra forma a los rostros, volver simpático el sonido de una voz, modificar la inclinación de los corazones. Cierto es que esas amistades nuevas con lugares y personas tienen como trama el olvido de las antiguas, pero precisamente mi razón pensaba que yo podía considerar sin terror la perspectiva de una vida en la que me vería para siempre separado de personas cuyo recuerdo perdería y como un consuelo ofrecía a mi corazón una promesa de olvido que no hacía, al contrario, sino exasperar su desesperación. No es que nuestro corazón no deba —también él— experimentar, cuando se consume la separación, los analgésicos efectos de la costumbre, pero hasta entonces seguirá sufriendo y el temor a un futuro en el que se nos privará de ver a quienes amamos y con ellos conversar, cosa a la que debemos en el presente nuestro gozo más caro, en lugar de disiparse, aumenta, si pensamos que al dolor de semejante privación se sumará lo que actualmente nos parece más cruel aún: no sentirlo como un dolor, permanecer indiferentes a él, pues entonces nuestro yo habría cambiado: ya no sería sólo el encanto de nuestros padres, nuestra amante, nuestros amigos, el que habría dejado de rodearnos; nuestro afecto por ellos habría resultado tan perfectamente arrancado de nuestro corazón, del que hoy es una parte notable, que podríamos sentir complacencia en esa vida separada de ellos, que sólo de pensarla nos horroriza en el presente; sería, pues, una verdadera muerte de nosotros mismos, seguida —cierto es— de resurrección, pero en un yo diferente y hasta cuyo amor no pueden elevarse las partes del antiguo yo condenadas a morir. Ellas —incluso las más endebles, como los obscuros apegos a las dimensiones, a la atmósfera, de una habitación— son las que se espantan y se niegan, con rebeliones en las que debemos ver un modo secreto, parcial, tangible y verdadero de la resistencia a la muerte, de la larga resistencia desesperada y cotidiana a la muerte fragmentaria y sucesiva, tal como se inserta en toda la duración de nuestra vida y nos

arranca en todo momento jirones de nosotros mismos sobre cuya mortificación se multiplicarán células nuevas, y —para una naturaleza nerviosa como era la mía, es decir, aquella en que los intermediarios, los nervios, desempeñan mal sus funciones, no detienen en su camino hacia la conciencia, sino que dejan, al contrario, llegar hasta ella, nítida, agotadora, innumerable y dolorosa, la queja de los más humildes elementos del yo que van a desaparecer— la ansiosa alarma que sentía bajo aquel techo desconocido y demasiado alto no era sino la protesta de una amistad que sobrevivía en mí para con un techo familiar y bajo. Seguramente aquella amistad desaparecería, tras haber ocupado otra su lugar —y entonces la muerte y después una nueva vida habrían realizado, con el nombre de costumbre, su doble obra—, pero hasta su aniquilación todas las noches sufriría —y sobre todo aquella primera— al presenciar un futuro ya realizado y en el que ya no había lugar para ella, se rebelaba, me torturaba con el grito de sus lamentaciones siempre que mis miradas, al no poder desviarse de lo que las hería, intentaban posarse en el techo inaccesible.

Pero, la mañana siguiente —después de que un sirviente hubiera venido a despertarme y traerme el agua caliente y, mientras me lavaba y en vano intentaba encontrar las cosas que necesitaba en mi maleta, de la que tan sólo sacaba, en desorden, las que para nada podían servirme—, ¡qué alegría, al pensar ya en el placer del desayuno y del paseo, ver en la ventana y en todas las vitrinas de las librerías —como en los ojos de buey de un camarote de barco— la mar desnuda, sin opacidades, pese a estar a la sombra en la mitad de su extensión, delimitada por una línea fina y móvil, y seguir con los ojos las olas que se lanzaban una tras otra como saltadores en un trampolín! A cada paso, volvía —con la áspera y tiesa toalla, que llevaba escrito el nombre del hotel, en la mano y con la cual hacía yo inútiles esfuerzos para secarme— junto a la ventana a lanzar otra mirada a aquel vasto circo deslumbrante y montañoso y a las nubosas cimas de sus olas de piedra esmeralda, aquí y allá, pulida y translúcida, que, con plácida violencia y fruncimiento leonino, dejaban realizarse y correr el desplome de sus pendientes, a las que el sol infundía una sonrisa sin rostro: ventana a la que en adelante iba a pegar la cara todas las mañanas, como al cristal de una diligencia en la que hemos dormido, para ver si durante la noche se ha

acercado o alejado una cordillera deseada, en mi caso aquellas colinas del mar que, antes de volver danzando hacia nosotros, pueden llegar tan lejos en su retirada, que con frecuencia hasta después de una larga llanura arenosa no divisaba yo a gran distancia sus primeras ondulaciones, en una lejanía transparente, vaporosa y azulina, como esos glaciares que se ven en el fondo de los cuadros de los primitivos toscanos. Otras veces era muy cerca de mí donde reía el sol sobre aquellas olas de un verde tan tierno como el que conserva en las praderas alpinas —en las montañas en las que el sol se despliega aquí y allá como un gigante que descendiera alegre, a saltos desiguales, sus pendientes— menos la humedad del suelo que la líquida movilidad de la luz. Por lo demás, en esa brecha que la playa y las olas abren por el resto del mundo para hacer pasar —y acumular— en él la luz, ésta es sobre todo, según la dirección de la que proceda y que sigue nuestro ojo, la que desplaza y sitúa las ondulaciones del mar. La diversidad de la iluminación no menos modifica la orientación de un lugar, no menos alza ante nosotros nuevas metas y nos infunde el deseo de alcanzarlas que un trayecto larga y efectivamente recorrido en un viaje. Cuando, por la mañana, el sol venía de detrás del hotel y descubría ante mí los arenales iluminados hasta los primeros contrafuertes del mar, parecía mostrarme otra vertiente suya e incitarme a proseguir, por la tornadiza ruta de sus rayos, un viaje inmóvil y variado por los más hermosos parajes del escabroso paisaje de las horas y desde aquella primera mañana me designaba a lo lejos con un dedo sonriente aquellas cimas azules del mar que carecen de nombre en mapa alguno hasta que, aturdido por su sublime paseo sobre la resonante y caótica superficie de sus crestas y sus avalanchas, vino a refugiarse del viento en mi habitación arrellanándose sobre la cama deshecha y desgranando sus riquezas sobre el lavabo mojado, dentro de la maleta abierta, donde —con su propio esplendor y su lujo fuera de lugar— contribuía aún más a la impresión de desorden. Una hora después, en el gran comedor —mientras almorzábamos y con un limón en forma de cantimplora esparcíamos unas gotas de oro sobre dos lenguados que no tardaron en dejar en nuestros platos el penacho de sus espinas, rizado como una pluma y sonoro como una cítara— pareció —¡ay!— cruel a mi abuela no sentir el vivificante soplo del viento del mar por culpa de un bastidor

transparente, pero cerrado, que, como una vitrina, nos separaba de la playa, al tiempo que nos dejaba verla por entero y en el que el cielo entraba tan completamente, que su azul parecía ser el color de las ventanas y sus nubes blancas un defecto del cristal. Imaginándome que estaba «sentado en el malecón» o en el fondo del «saloncito» de que habla Baudelaire, me preguntaba yo si no sería su «sol que irradia sobre el mar» —muy diferente del rayo del atardecer, simple y superficial como un trazo dorado y trémulo — el que en aquel momento quemaba el mar como un topacio, lo hacía fermentar, volverse rubio y lechoso como cerveza, espumante como leche, mientras que en ciertos momentos se paseaban aquí y allá por él grandes sombras azules que un dios parecía divertirse desplazando, al mover un espejo en el cielo. Por desgracia, no sólo por su aspecto difería —aquel comedor de Balbec, desnudo, lleno de sol verde como el agua de una piscina y a unos metros del cual la pleamar y la plena luz del día elevaban, como ante la ciudad celeste, una muralla indestructible y móvil de esmeralda y oro— de la «sala» de Combray que daba a las casas de enfrente. En Combray, como todo el mundo nos conocía, yo no prestaba atención a nadie. En la vida balnearia no conocemos a nuestros vecinos. Yo no tenía aún edad suficiente y seguía siendo demasiado sensible para haber renunciado al deseo de gustar a las personas y poseerlas. Carecía de la indiferencia, más noble, que habría experimentado un hombre de mundo para con quienes almorzaban en el comedor y los jóvenes y las muchachas que pasaban por el malecón, con los cuales no podría —sufría al pensarlo— hacer excursiones, si bien menos que si mi abuela, desdeñosa de las formas mundanas y atenta sólo a mi salud, les hubiera dirigido la solicitud, para mí humillante, de aceptarme como compañero de paseo. Ya volviesen hacia algún hotelito desconocido, salieran para dirigirse con una raqueta en la mano a una pista de tenis o montaran en caballos cuyos cascos me pisoteaban el corazón, yo los contemplaba con una curiosidad apasionada en aquella iluminación cegadora de la playa en la que las proporciones sociales cambian, seguía todos sus movimientos a través de la transparencia de aquel gran vano acristalado que dejaba pasar tanta luz, pero interceptaba el viento y era un defecto, en opinión de mi abuela, quien, al no poder soportar la idea de que me perdiera el beneficio de una hora de aire, abrió

subrepticiamente un cristal e hizo que salieran volando al instante —junto con los menús— los periódicos, velos y gorras de todas las personas que estaban almorzando; sostenida por el soplo celeste, permaneció tranquila y sonriente, como Santa Blandina, en medio de las invectivas, que, al intensificar mi impresión de aislamiento y tristeza, reunían contra nosotros a los turistas despreciativos, despeinados y furiosos.

Eran en parte personalidades eminentes de los principales departamentos de aquella parte de Francia —un presidente de la Audiencia de Caen, un decano del Colegio de Abogados de Cherburgo, un gran notario de Le Mans, cosa que en Balbec daba a la población, por lo general trivialmente rica y cosmopolita, de aquellas clases de hoteles de gran lujo, un carácter regional bastante acentuado— que en la época de las vacaciones, partiendo de puntos en los que estaban todo el año diseminados en orden disperso o como fichas del juego de las damas, iban a concentrarse en aquel hotel. Conservaban en él siempre las mismas habitaciones y formaban —junto con sus mujeres, con pretensiones aristocráticas— un grupito, al que se habían unido un gran abogado y un gran médico de París, quienes, el día de su marcha, les decían:

«¡Ah! Es verdad, ustedes no cogen el mismo tren que nosotros, ustedes, los privilegiados, estarán en su destino a la hora del almuerzo».

«¡Cómo que privilegiados! Ustedes, que viven en la capital, París, la gran ciudad, mientras que yo vivo en una pobre cabeza de partido de cien mil almas —ciento dos mil, cierto es, en el último censo—, pero ¿qué es eso en comparación con ustedes, que tienen dos millones y medio y van a volver a ver el asfalto y todo el brillo del mundo parisino?».

Lo decían —con la pronunciación fuerte de la erre campesina— sin acritud, pues eran lumbreras de su provincia que habrían podido ir, como otros, a París (varias veces habían ofrecido, por ejemplo, al presidente de la Audiencia de Caen un puesto en el Tribunal Supremo), pero habían preferido quedarse por amor de su ciudad o de la obscuridad o de la gloria o por ser reaccionarios y por el atractivo de las relaciones de vecindad con los castillos. Por lo demás, varios de ellos no iban a volver en seguida a su cabeza de partido, pues —como la bahía de Balbec era un pequeño universo aparte en medio del grande, un cesto de estaciones en el que estaban

reunidos en círculo los días variados y los meses sucesivos, hasta el punto de que no sólo los días en que se divisaba Rivebelle, cosa que era señal de tormenta, se distinguía el sol sobre las casas, mientras que en Balbec estaba obscuro, sino que, además, cuando los fríos habían llegado a Balbec, se podía estar seguro de encontrar en esta otra orilla dos o tres meses suplementarios de calor— aquellos de los asiduos al Grand-Hôtel cuyas vacaciones comenzaban tarde o duraban más mandaban cargar sus maletas en una barca —cuando llegaban las lluvias y las brumas, al acercarse el otoño— y cruzaban —para recuperar el verano— a Rivebelle o Costedor. Aquel grupito del hotel de Balbec miraba con desconfianza a todo recién llegado y, pese a aparentar no interesarse por él, todos preguntaban al respecto a su amigo el jefe de comedor, pues era el mismo —Aimé—, que volvía todos los años a hacer la temporada y les guardaba sus mesas, y sus señoras esposas —sabiendo que su mujer esperaba un niño— trabajaban después de las comidas cada una en una pieza de la canastilla, al tiempo que nos miraban —a mi abuela y a mí— de arriba abajo con sus impertinentes, porque comíamos huevos duros en la ensalada, cosa considerada ordinaria y proscrita en la buena sociedad de Alençon. Aparentaban una actitud de ironía despreciativa para con un francés al que llamaban Majestad y que se había proclamado, en efecto, rey de un pequeño islote de Oceanía poblado por algunos salvajes. Vivía en el hotel con su bella amante, al paso de la cual —cuando iba a bañarse— los pilluelos gritaban: «¡Viva la reina!», porque hacía llover sobre ellos monedas de cincuenta céntimos. El presidente de la Audiencia y el decano del Colegio de Abogados no querían que pareciese siquiera que la miraban y, si alguno de sus amigos lo hacía, se consideraban obligados a advertirle que era una obrerilla.

«Pero si me habían asegurado que en Ostende usaban la caseta real».

«¡Naturalmente! Se alquila por veinte francos. Usted mismo puede hacerlo, si le apetece. Y sé pertinentemente que él solicitó una audiencia al Rey, quien le hizo saber que no estaba interesado en conocer a semejante soberano guiñolesco».

«¡Ah, hay que ver! ¡Es interesante! ¡La verdad es que hay ciertas personas!…».

Y seguramente todo aquello sería verdad, pero era también por el fastidio de sentirse considerados por buena parte de la multitud buenos burgueses que no conocían a aquel rey y a aquella reina pródigos con sus monedas por lo que el notario, el presidente, el decano experimentaban —al paso de aquellos a quienes calificaban de carnaval— tal mal humor y manifestaban en voz muy alta una indignación de la que estaba al corriente su amigo el jefe de comedor, quien, pese a estar obligado a poner buena cara a unos soberanos más generosos que auténticos, mientras apuntaba lo que iban a tomar, dirigía desde lejos a sus antiguos clientes un guiño significativo. Tal vez contara también un poco el fastidio de que por error se los considerara menos «distinguidos» —y no poder explicar que lo eran más— en el fondo del «¡Qué buena pieza!» con que calificaban a un niñato, hijo, enfermo del pecho y juerguista, de un gran industrial que, con chaqueta nueva y una orquídea en el ojal, almorzaba todos los días con champán e iba —pálido, impasible y con una sonrisa de indiferencia en los labios— a tirar en la mesa de bacarrá del Casino sumas enormes cuyas pérdidas eran «superiores a sus posibles», según decía con expresión resignada el notario al presidente de la Audiencia, cuya esposa «sabía de buena tinta» que aquel joven «fin de siglo» estaba matando de pena a sus padres.

Por otra parte, el decano y sus amigos no escatimaban sarcasmos a propósito de una anciana rica y con título, porque nunca daba un paso sin todo el séquito de su servidumbre. Siempre que la esposa del notario y la del presidente de la Audiencia la veían en el comedor en el momento de las colaciones, la inspeccionaban insolentemente con sus impertinentes y la misma expresión minuciosa y desafiante que si hubiera sido un plato de nombre pomposo y apariencia sospechosa que apartar —después del resultado desfavorable de una observación metódica— con gesto distante y mueca de asco.

Con ello querían seguramente mostrar tan sólo que, si carecían de ciertas cosas —en aquel caso, ciertas prerrogativas de la anciana señora y la posibilidad de mantener relaciones con ella—, no era porque no pudiesen —sino porque no querían— poseerlas, pero habían acabado convenciéndose de ello y la supresión de todo deseo, de la curiosidad por las formas de la

vida que no se conocen, de la esperanza de gustar a nuevas personas, substituidos en aquellas mujeres por un desdén simulado, por una alegría facticia, tenía el inconveniente de hacerlas descubrir el desagrado con la etiqueta de la insatisfacción y mentirse perpetuamente a sí mismas, condiciones, ambas, para que fueran desdichadas, pero todo el mundo en aquel hotel actuaba seguramente del mismo modo que ellas, aunque con otras formas, y sacrificaba —ya que no al amor propio, al menos a ciertos principios de educación o a hábitos intelectuales— la deliciosa turbación de inmiscuirse en una vida desconocida. Seguramente el microcosmos en el que se aislaba la anciana señora no estaba amargado por virulentas acritudes, como el grupo en que reían, burlonas y rabiosas, la esposa del notario y la del presidente de la Audiencia. Estaba, al contrario, embalsamado con un perfume fino y anticuado, pero que no por ello dejaba de ser facticio, pues en el fondo la anciana señora habría experimentado, al seducir, al granjearse —y con ello renovarse— la simpatía misteriosa de personas nuevas, un encanto del que carece el placer que entraña no frecuentar sino a las personas del círculo propio y recordar que, por ser éste el mejor que existe, el desdén ajeno y mal informado es despreciable. Tal vez tuviera la sensación de que, si hubiese llegado como una desconocida al Grand-Hôtel de Balbec, habría hecho sonreír —con su vestido de lana negra y su gorro pasado de moda— a algún juerguista, quien desde su *rocking* habría murmurado «¡qué muerta de hambre!», o sobre todo a algún hombre de valor que hubiera conservado, como el presidente de la Audiencia, entre sus canosas patillas un rostro lozano y ojos inteligentes, como le gustaban, y que al instante habría designado a la lente de aumento de los impertinentes conyugales la aparición de aquel fenómeno insólito y tal vez por aprensión inconsciente de ese primer minuto que sabemos breve, pero no por ello resulta —como la primera zambullida de cabeza en el agua— menos temible, enviaba aquella señora por adelantado a un sirviente para poner al corriente al hotel de su personalidad y sus costumbres e, interrumpiendo en seco los saludos del director, se apresuraba —con una celeridad más debida a la timidez que al orgullo— a dirigirse a su habitación, donde visillos personales, que substituían los colgados en las ventanas, biombos, fotografías, interponían tan bien —entre el mundo

exterior, al que debería haberse adaptado, y ella— el tabique de sus costumbres, que —más que ella— era su propia morada, dentro de la cual había permanecido, la que viajaba.

En adelante, tras haber colocado —entre el personal del hotel y los proveedores, por una parte, y, por otra, ella— a sus sirvientes, quienes recibían en su lugar el contacto de esa humanidad nueva y mantenían en torno a su ama la atmósfera acostumbrada, tras haber colocado —entre los bañistas y ella— sus prejuicios y sin preocuparse por desagradar a personas a las que sus amigos no habrían recibido, seguía viviendo en su mundo mediante la correspondencia con sus amigas, el recuerdo, la conciencia íntima que tenía de su situación, de la calidad de sus modales, la competencia de su educación, y todos los días, cuando bajaba a dar un paseo en su calesa, su doncella, que llevaba sus cosas tras ella, y su lacayo, que la precedía, parecían como esos centinelas que, en las puertas de una embajada empavesada con los colores del país del que depende, le garantizan, en pleno suelo extranjero, el privilegio de su extraterritorialidad. El día de nuestra llegada, no abandonó su habitación antes de mediada la tarde y no la vimos en el comedor, adonde el director, como éramos recién llegados, nos condujo, bajo su protección, a la hora del almuerzo, como un suboficial que lleva a unos reclutas hasta donde el cabo-sastre para que los vista, pero allí vimos, en cambio, al cabo de un instante a un hidalgüelo y a su hija —el Sr. y la Srta. de Stermaria— de una obscura, pero muy antigua, familia de Bretaña, cuya mesa nos habían asignado creyendo que no volverían hasta la noche. Como habían acudido a Balbec sólo a ver a los señores de un castillo de la vecindad a los que conocían, entre las invitaciones aceptadas fuera y las visitas permanecían en el comedor del hotel tan sólo el tiempo estrictamente necesario. Su altivez los preservaba de toda simpatía humana, de todo interés por los desconocidos sentados en derredor y en medio de los cuales el Sr. de Stermaria conservaba la expresión glacial, distante, ruda, puntillosa y malintencionada que se tiene en una fonda de ferrocarril en medio de viajeros a los que nunca hemos visto y no volveremos a ver y con los cuales no concebimos otras relaciones que las de defender contra ellos nuestro pollo frío y nuestro ángulo en el vagón. Apenas habíamos comenzado a almorzar cuando vinieron a

hacernos levantar por orden del Sr. de Stermaria, quien acababa de llegar y, sin el menor gesto de excusa para con nosotros, rogó en voz alta al jefe de comedor que velara por que semejante error no se repitiera, pues le resultaba desagradable que «personas a quienes no cono[cía]» hubieran ocupado su mesa.

Y, desde luego, en el sentimiento que movía a cierta actriz —más conocida, por lo demás, por su elegancia, su ingenio y sus hermosas colecciones de porcelana alemana que por unos pocos papeles desempeñados en el Odéon—, a su amante, joven muy rico para el cual se había cultivado ella, y a dos hombres que estaban en primer plano entre la aristocracia, a hacer rancho aparte, a viajar siempre juntos, a tomar en Balbec el almuerzo muy tarde, cuando todo el mundo había acabado, a pasar el día en su salón jugando a las cartas, no había malevolencia alguna, sino sólo las exigencias del gusto que sentían por ciertas formas ingeniosas de conversación, por ciertos refinamientos gastronómicos, que los hacían complacerse viviendo, tomando sus comidas, siempre juntos y les habrían vuelto insoportable la vida en común con personas no iniciadas al respecto. Incluso en una mesa servida o ante una mesa de juego, cada uno de ellos necesitaba saber que en el comensal o compañero de juego sentado enfrente reposaban en suspenso e inutilizados ciertos conocimientos que permiten reconocer las baratijas con que tantas moradas parisinas se adornan como con un «Edad Media» o «Renacimiento» auténticos y criterios comunes propios para distinguir —en todo— lo bueno de lo malo. Seguramente en aquellos momentos ya era sólo en una rara y graciosa interjección lanzada en pleno silencio de la comida o de la partida o en el encantador vestido nuevo que la joven actriz se había puesto para almorzar o echar una partida de póquer como se manifestaba la existencia especial en la que aquellos amigos querían permanecer sumidos por doquier, pero, al envolverlos así con costumbres que conocían a fondo, bastaba para protegerlos contra el misterio de la vida ambiente. Durante las largas tardes, el mar estaba suspendido frente a ellos como una simple tela de un color agradable colgada en el saloncito de un rico soltero y en el intervalo entre jugadas uno de los jugadores, no teniendo nada mejor que hacer, alzaba los ojos hacia ella para obtener una indicación sobre el buen tiempo o sobre la hora y

recordar a los otros que la merienda estaba esperando y por la noche no cenaban en el hotel, en el que, como las luces eléctricas hacían manar a raudales la luz en el gran comedor, éste se volvía como un inmenso y maravilloso acuario delante de cuya pared de cristal la población obrera de Balbec, los pescadores y también las familias pequeñoburguesas, invisibles en la sombra, se apretujaban contra el cristal para vislumbrar —lentamente balanceada en remolinos de oro— la lujosa vida de aquellas personas, tan extraordinaria para los pobres como la de peces y moluscos extraños (una gran cuestión social es la de si la pared de cristal protegerá siempre el festín de los animales maravillosos y si las personas obscuras que los contemplan con avidez en la noche no irán a cogerlos en su acuario y comérselos). Entretanto, entre la muchedumbre parada y confundida en la noche tal vez hubiera algún escritor, algún aficionado a la ictiología humana, que, al contemplar las mandíbulas de viejos monstruos femeninos cerrándose sobre un trozo de comida devorada, se divirtiera clasificándolos por raza, por sus caracteres innatos y también por sus caracteres adquiridos, en virtud de los cuales una anciana señora servia cuyo apéndice bucal es el de un gran pez del mar, porque desde su infancia vive en las aguas dulces del Faubourg Saint-Germain, come ensalada como una La Rochefoucauld.

A aquella hora se veía a los tres hombres en *smoking* esperando a la mujer, retrasada, quien —con un vestido nuevo casi todas las veces y chales elegidos según un gusto particular de su amante— no tardaba —tras haber llamado al *lift*— en salir del ascensor como de una caja de juguetes, y, como los cuatro consideraban que el fenómeno internacional del Palacio, implantado en Balbec, había hecho florecer en él el lujo más que la buena cocina, montaban en un coche e iban a cenar —a media legua de allí— a un pequeño restaurante reputado, donde mantenían con el cocinero interminables conferencias sobre la composición del menú y la confección de los platos. Durante aquel trayecto la carretera, bordeada de manzanos, que parte de Balbec no era para ellos sino la distancia que salvar —poco diferente en la negra noche de la que separaba sus domicilios parisinos del *Café Anglais* o de *La Tour d'Argent*— para llegar al pequeño restaurante elegante, donde, mientras que los amigos del joven rico lo envidiaban por

tener una amante tan bien vestida, los chales de ésta tendían ante la pequeña sociedad como un ligero velo perfumado, pero que la separaba del mundo.

Por desgracia para mi tranquilidad, yo distaba mucho de ser como todas aquellas personas. Muchos de ellos me interesaban; me habría gustado que se hubiera fijado en mí un hombre de frente deprimida y mirada huidiza entre las anteojeras de sus prejuicios y su educación, el gran señor de la comarca, quien no era otro que el cuñado de Legrandin y acudía a veces de visita a Balbec y, los domingos, despoblaba —con la fiesta en el jardín semanal que su esposa y él daban— el hotel de una parte de sus habitantes, porque uno o dos de ellos estaban invitados a aquellas fiestas y porque los otros —para no parecer que no lo estaban— optaban aquel día por hacer una excursión a un punto lejano. Por lo demás, el primer día, cuando el personal, recién llegado de la Costa Azul, no sabía aún quién era, había sido muy mal recibido en el hotel. No sólo no iba vestido con franela blanca, sino que, además, por antigua usanza francesa e ignorancia de la vida de los palacios, al entrar en un vestíbulo en el que había mujeres, se había quitado el sombrero ya en la puerta, ante lo cual el director ni siquiera se había tocado el suyo para responderle, por considerar que debía de ser alguien de la más humilde extracción, lo que él llamaba un hombre «procedente del común». La esposa del notario había sido la única en sentirse atraída por el recién llegado —quien intuía toda la vulgaridad envarada de las personas como es debido— y había declarado, con el fondo de discernimiento infalible y autoridad sin réplica de una persona para quien la primera sociedad de Le Mans no tenía secretos, que ante él se sentía en presencia de un hombre de alta distinción, perfectamente educado y que contrastaba con todos cuantos se encontraba en Balbec y consideraba infrecuentables, mientras ella no los frecuentara. Aquel juicio favorable sobre el cuñado de Legrandin tal vez se debiera al apagado aspecto de alguien que nada tenía de intimidante, tal vez a que hubiese reconocido en aquel hidalgo hacendado con aspecto de sacristán los signos masónicos de su propio clericalismo.

De nada sirvió enterarme de que los jóvenes que todos los días montaban a caballo delante del hotel eran los hijos del equívoco propietario de un almacén de novedades, a quien mi padre nunca habría accedido a

conocer: la «vida balnearia» los erigía, ante mí, en estatuas ecuestres de semidioses y lo mejor que podía esperar era que no dejaran caer jamás sus miradas sobre un pobre muchacho como yo, quien tan sólo abandonaba el comedor del hotel para ir a sentarse en la arena. Me habría gustado inspirar simpatía incluso al aventurero que había sido rey de una isla desierta en Oceanía, incluso al joven tuberculoso que bajo su apariencia insolente ocultaba —me gustaba suponer— un alma temerosa y tierna y tal vez habría podido prodigar para mí solo tesoros de afecto. Por lo demás, como —al contrario de lo que se suele decir de las relaciones de viaje— ser visto con ciertas personas puede granjearnos —en una playa a la que a veces regresamos— un coeficiente incomparable en la verdadera vida mundana, nada hay —no ya que se mantenga tan a distancia, sino— que se cultive tan cuidadosamente en la vida de París como las amistades balnearias. Me preocupaba la opinión que podían tener de mí todas aquellas notabilidades momentáneas o locales a las que mi disposición a ponerme en el lugar de las personas y recrear su estado de ánimo me hacía situar —en lugar de en su rango real, el que habrían ocupado en París, por ejemplo, y que habría sido muy bajo— en el que debían de considerar suyo y lo era, a decir verdad, en Balbec, donde la ausencia de medida común les atribuía como una superioridad relativa y de interés singular. De ninguna de aquellas personas me resultaba —¡ay!— más doloroso el desprecio que del Sr. de Stermaria.

Es que, en cuanto había entrado, me había fijado en su hija, en su lindo rostro pálido y casi azulado, lo que de particular tenían el porte de su alto talle y sus andares y que con razón me evocaba su herencia, su educación aristocrática y tanto más claramente cuanto que sabía su nombre: como esos temas expresivos inventados por músicos de genio y que pintan espléndidamente el centelleo de la llama, el murmurio del río y la paz del campo para los oyentes, quienes, al recorrer previamente el libreto, han orientado su imaginación por la vía idónea. La «raza», al añadir a los encantos de la Srta. de Stermaria la idea de su causa, los volvía más inteligibles, más completos. Los hacía también más deseables, al anunciar que eran poco asequibles, así como un precio elevado aumenta el valor de un objeto que nos ha gustado, y el tronco hereditario atribuía a su tez,

compuesta de esencias escogidas, el sabor de un fruto exótico o de un caldo célebre.

Ahora bien, un azar puso de pronto entre nuestras manos el medio para darnos a mi abuela y a mí un prestigio inmediato ante todos los habitantes del hotel. En efecto, aquel primer día, en el momento en que la anciana señora bajaba de su habitación, ejerciendo —gracias al lacayo que la precedía y a la doncella que corría tras ella con un libro y una manta olvidados— una acción en las almas y despertando en todos una curiosidad y un respeto a los que menos que nadie escapaba —resultó aparente— el Sr. de Stermaria, el director se inclinó hacia mi abuela y por amabilidad —como quien muestra el Sha de Persia o la reina Ranavalo a un espectador obscuro, que no puede tener, evidentemente, relación alguna con el poderoso soberano, pero puede considerar interesante haberlo visto en alguna parte— le sopló al oído: «La marquesa de Villeparisis», al tiempo que aquella señora, al divisar a mi abuela, no podía contener una mirada de alegre sorpresa.

Se puede pensar que la aparición repentina, con las facciones de una viejecita, de la más poderosa de las hadas no me habría causado más placer, desprovisto como estaba de recurso alguno para acercarme a la Srta. de Stermaria, en un país en el que no conocía a nadie. Quiero decir «nadie» desde el punto de vista práctico. Estéticamente, el número de tipos humanos es demasiado limitado para que no tengamos con mucha frecuencia —dondequiera que vayamos— la alegría de volver a ver a personas conocidas, aun sin buscarlas en los cuadros de los antiguos maestros, como hacía Swann. Así, desde los primeros días de nuestra estancia en Balbec, tuve ocasión de ver a Legrandin, al portero de Swann y a la propia Sra. Swann, convertidos —el primero— en camarero de café, en forastero de paso al que no volví a ver —el segundo— y —la última— en bañero. Una como imantación atrae y retiene tan inseparablemente, unos junto a otros, a ciertos caracteres de fisionomía y mentalidad, que, cuando la naturaleza introduce, así, a una persona en un nuevo cuerpo, no la mutila demasiado. Convertido en camarero de café, Legrandin conservaba intactos su estatura, el perfil de su nariz y una parte de la barbilla; en el sexo masculino y la condición de bañero, la Sra. Swann había sido seguida no

sólo por su fisionomía habitual, sino también por cierta forma de hablar incluso. Sólo, que ceñida con su cinturón rojo e izando, al menor oleaje, la bandera que prohíbe el baño (pues los bañeros son prudentes: pocos son los que saben nadar), no podía serme de mayor utilidad que en el fresco de la *Vida de Moisés*, en el que Swann la había reconocido en otro tiempo con las facciones de la hija de Jetro. Si bien aquella Sra. de Villeparisis era, efectivamente, la verdadera, no había sido víctima de un encantamiento que la hubiese despojado de su poder, sino que podía, al contrario, ponerlo a disposición del mío, que centuplicaría y gracias al cual —como si me hubiera llevado en sus alas un ave fabulosa— iba a salvar en unos instantes las infinitas distancias sociales —al menos en Balbec— que me separaban de la Srta. de Stermaria.

Por desgracia, si había alguien que viviese más que nadie encerrado en su universo particular, era mi abuela. Si hubiese sabido que me interesaban —y atribuía importancia a la opinión de— personas cuya existencia ni siquiera advertía ella y cuyo nombre no iba a retener en toda su estancia en Balbec, no me habría despreciado siquiera, no me habría comprendido; yo no me atrevía a confesarle que, si esas mismas personas la hubieran visto hablar con la Sra. de Villeparisis, me habría complacido mucho, porque sentía yo que la marquesa tenía prestigio en el hotel y su amistad nos habría dado categoría ante el Sr. de Stermaria. No era, por lo demás, que la amiga de mi abuela representara en modo alguno para mí una persona de la aristocracia: estaba demasiado acostumbrado a su nombre, que había llegado a ser familiar a mis oídos antes de que mi mente se detuviera en él, cuando de muy niño oía pronunciarlo en casa, y su título sólo le añadía una particularidad extraña, como lo habría hecho un nombre de pila poco usado, como ocurre con los nombres de la calle, pues no advertimos nada más noble en la Rue Lord-Byron, en la tan popular y vulgar Rue Rochechouart o en la Rue de Gramont que en la Rue Léonce-Reynaud o la Rue Hippolyte-Lebas. La Sra. de Villeparisis no me hacía pensar en una persona de un mundo especial más que su primo MacMahon, a quien no diferenciaba del Sr. Carnot, Presidente de la República como él, y de Raspail, cuya fotografía había comprado Françoise junto con la de Pío IX. Mi abuela profesaba el principio de que, estando de viaje, no se deben tener

relaciones: no se va a la orilla del mar para ver a gente, para lo cual se tiene todo el tiempo del mundo en París, pues sería perder en cortesías y trivialidades todo el tiempo precioso que se debe pasar al aire libre, delante de las olas, y, por considerar más cómodo suponer compartida esa opinión por todo el mundo y autorizada —entre viejos amigos a quienes el azar hacía coincidir en el mismo hotel— la ficción de un anonimato recíproco, se contentó —ante el nombre que le citó el director— con apartar la vista e hizo como si no hubiera visto a la Sra. de Villeparisis, quien, al comprender que mi abuela no deseaba reconocer a los conocidos, miró, a su vez, al vacío. Se alejó y yo me quedé en mi aislamiento como un náufrago al que ha parecido acercarse un barco, pero después ha desaparecido sin detenerse.

Tomaba sus comidas también en el comedor, pero en el otro extremo. No conocía a ninguna de las personas que vivían en el hotel o venían a él de visita, ni siquiera al Sr. de Cambremer; en efecto, vi que éste no la saludaba, un día en que había aceptado, junto con su esposa, una invitación a almorzar del decano, quien, embriagado con el honor de tener al hidalgo a su mesa, evitaba a sus amigos de los otros días y se contentaba con dirigirles de lejos un guiño, alusión a aquel acontecimiento histórico, bastante discreta, no obstante, para que no pudieran interpretarla como una invitación a acercarse.

«¡Vaya, vaya! Ya veo que no se priva usted de nada, que es usted un hombre distinguido», le dijo por la noche la esposa del presidente de la Audiencia.

«¿Distinguido? ¿Por qué?», preguntó el decano, disimulando su alegría bajo un asombro exagerado. «¿Por mis invitados?», dijo, notando que no podía fingir por más tiempo, «pero ¿qué tiene de distinguido recibir a unos amigos para almorzar? ¡En alguna parte han de hacerlo!».

«Pues, ¡claro que es distinguido! Eran los *De* Cambremer, ¿verdad? Bien que los he reconocido. Es una marquesa: y auténtica, no por matrimonio».

«¡Oh! Es una mujer muy sencilla, encantadora, no hay que andarse con cumplidos con ella. Pensaba que iban ustedes a venir, les he estado haciendo señas… ¡los habría presentado!», dijo corrigiendo con ligera

ironía la barbaridad de semejante propuesta, como Asuero, cuando dice a Esther: «¿Acaso debo daros la mitad de mi Reino?».

«No, no, no y no, nosotros permanecemos ocultos, como la humilde violeta».

«Pero han hecho ustedes mal, se lo repito», respondió el decano, enardecido, una vez pasado ya el peligro. «No les iban a comer. ¿Vamos a echar nuestra partidita?».

«Pues con mucho gusto: ¡no nos atrevíamos a proponérselo, ahora que tiene usted trato con marquesas!».

«¡Oh! Vamos, vamos, que no son nada del otro mundo. Miren, mañana por la noche voy a cenar en su casa. ¿Quieren ir ustedes en mi lugar? Se lo digo de todo corazón. Francamente, lo mismo me da quedarme aquí».

«¡No, no!… Me revocarían por reaccionario», exclamó el presidente de la Audiencia y se rió hasta saltársele las lágrimas de semejante broma. «Pero usted también es recibido en Féterne», añadió dirigiéndose al notario.

«¡Oh! Voy los domingos: por una puerta entramos y por la otra salimos. Pero no almuerzan en mi casa como en la del decano».

Para disgusto del decano, el Sr. de Stermaria no estaba aquel día en Balbec, pero dijo, insidiosamente, al jefe de comedor:

«Aimé, podría usted decir al Sr. de Stermaria que no es el único noble que haya estado en este comedor. ¿Se ha fijado usted bien en ese señor que ha almorzado conmigo esta mañana? ¿Bigotito, aire militar? ¿Eh? Bueno, pues, es el marqués de Cambremer».

«¿Ah, sí? ¡No me extraña!».

«Así verá que él no es el único título. ¡Para que se vaya enterando! No viene mal poder bajar los humos a esos nobles. Mire, Aimé, no le diga nada, si no quiere, que no es por mí; por lo demás, lo sabe de sobra».

Y, el día siguiente, el Sr. de Stermaria, sabedor de que el decano había defendido a uno de sus amigos, fue a presentarse *motu proprio*.

«Nuestros amigos comunes, los De Cambremer, querían precisamente reunirnos, pero no coincidimos, en fin, ya no sé», dijo el decano, quien, como muchos mentirosos, se imaginaba que nadie procurará elucidar un detalle insignificante y que, sin embargo, sirve —si el azar nos da a conocer

la humilde realidad que está en contradicción con él— para denunciar un carácter e inspirar desconfianza por siempre jamás.

Como siempre, pero más fácilmente mientras su padre se había alejado para hablar con el decano, yo miraba a la Srta. de Stermaria. Tanto como la singularidad audaz —como cuando, con los dos codos sobre la mesa, alzaba el vaso por encima de sus dos antebrazos— y siempre hermosa de sus actitudes, la sequedad de una mirada en seguida agotada, la dureza innata, familiar, que se advertía, mal oculta bajo sus inflexiones personales, en el fondo de su voz, y que había chocado a mi abuela, como un muelle atávico al que volvía en cuanto —con un vistazo o una entonación— había acabado de expresar su pensamiento propio, hacía pensar a quien la miraba en el linaje que le había legado aquella insuficiencia de simpatía humana, lagunas de sensibilidad, una falta de amplitud en su ser, pero en ciertas miradas que pasaban un instante por el fondo, tan pronto seco, de su pupila y en las que se sentía esa dulzura casi humilde atribuida por el gusto predominante del placer sensual a la más altiva, quien no tarda en reconocer tan sólo un prestigio —el que tiene para ella toda persona que puede hacerla experimentarlos, aunque sea un comediante o un saltimbanqui, por el cual tal vez abandone un día a su marido— y en cierto matiz de un rosa sensual y vivo que granaba sus pálidas mejillas, igual al que atribuía su rosicler al corazón de los nenúfares blancos del Vivonne, habría permitido fácilmente —me parecía sentir— que yo fuera a buscar en ella el gusto de aquella vida tan poética que llevaba en Bretaña y a la que —ya fuera por demasiada costumbre, por distinción innata o por repugnancia de la pobreza o la avaricia de los suyos— no parecía atribuir demasiado valor, pero mantenía, sin embargo, encerrada en su cuerpo. Tal vez no hubiera encontrado, en la escasa reserva de voluntad que se le había transmitido y que daba a su expresión cierta cobardía, los recursos de una resistencia, y el sombrero de fieltro gris —coronado por una pluma un poco anticuada y presuntuosa— que llevaba sin falta en todas las comidas me la hacía más dulce —no porque armonizara con su tez de plata y rosa, sino— porque, al hacerme suponerla pobre, la aproximaba. Obligada a una actitud convencional por la presencia de su padre, pero basando ya la percepción y la clasificación de las personas que tenía delante en principios diferentes de los de él, tal vez

no viera en mí el rango insignificante, sino el sexo y la edad. Si un día el Sr. de Stermaria salía sin ella y sobre todo si la Sra. de Villeparisis, al venir a sentarse a nuestra mesa, le hubiera dado una opinión de nosotros que me infundiese valor para acercarme a ella, tal vez habríamos podido cambiar algunas palabras, fijar una cita, intimar más y, un mes en que se quedara sola sin sus padres en su novelesco castillo, tal vez podríamos pasearnos un día, solos los dos, en un crepúsculo en que relucirían más dulcemente —por encima del agua obscurecida y bajo los robles azotados por el chapoteo de las olas— las rosadas flores de los brezos. Juntos recorreríamos aquella isla impregnada para mí de tanto encanto por haber encerrado la vida habitual de la Srta. de Stermaria y reposar en la memoria de sus ojos pues me parecía que sólo allí la poseería, cuando atravesara aquellos lugares que la envolvían con tantos recuerdos: velo que mi deseo quería arrancar, uno de los que la naturaleza interpone entre la mujer y algunas personas y, con la misma intención con que —en el caso de todos— la hace situar el acto de la reproducción entre el placer más intenso y ellas y —en el de los insectos— colocar delante del néctar el polen que deben llevarse, para que —engañadas por la ilusión de poseerla así más entera— se vean obligadas a adueñarse primero de los paisajes en medio de los cuales vive y que, pese a ser más útiles para su imaginación que el placer sensual, no habrían bastado —sin él— para atraerlas.

Pero tuve que desviar mis miradas de la Srta. de Stermaria, pues —considerando seguramente que conocer a una personalidad importante era un acto curioso y breve que se bastaba a sí mismo y que, para desarrollar todo su interés, sólo requería un apretón de manos y un vistazo penetrante sin conversación inmediata ni relaciones ulteriores— su padre se había despedido ya del decano y volvía a sentarse frente a ella frotándose las manos, como quien acaba de hacer una adquisición preciosa. En cuanto al decano, una vez pasada la primera emoción de aquella entrevista, se le oía decir a veces, como los demás días, dirigiéndose al jefe de comedor:

«Pero yo no soy rey, Aimé, conque vaya junto al Rey… Oiga, presidente, eso parece muy bueno, esas truchitas, vamos a pedírselas. Aimé, me parece totalmente recomendable ese pescadito que tiene usted ahí: va usted a traérnoslo, Aimé, y a discreción».

Repetía todo el tiempo el nombre de Aimé, por lo que, cuando tenía algún invitado a la cena, éste le decía: «Veo que es usted como de la casa», y creía deber pronunciar también constantemente el nombre de «Aimé», en virtud de esa tendencia —en la que se combinan a un tiempo timidez, chabacanería y necedad— de ciertas personas a considerar ingenioso y elegante imitar al pie de la letra a aquellos con quienes se encuentran. Lo repetía sin cesar, pero con una sonrisa, pues deseaba mostrar a la vez sus buenas relaciones con el jefe de comedor y su superioridad sobre él, y también el jefe de comedor, siempre que reaparecía su nombre, sonreía con expresión enternecida y orgullosa para mostrar que apreciaba el honor y comprendía la broma.

Por intimidantes que fueran siempre para mí las comidas en aquel vasto restaurante, habitualmente atestado, del Grand-Hôtel, lo resultaban aún más cuando llegaba a pasar unos días el propietario —o director general elegido por una sociedad en comandita, no sé— no sólo de aquel palacio, sino también de siete u ocho más situados en los cuatro confines de Francia y en cada uno de los cuales —yendo y viniendo entre ellos— pasaba, de vez en cuando, una semana. Entonces, casi al comienzo de la cena, aparecía todas las noches, en la entrada del comedor, aquel hombrecillo de pelo blanco y nariz roja, de una impasibilidad y una corrección extraordinarias y conocido, al parecer, tanto en Londres como en Montecarlo como uno de los primeros hoteleros de Europa. Una vez en que había yo salido un instante al comienzo de la cena, al pasar de vuelta delante de él, me saludó, seguramente para mostrar que yo estaba en su casa, pero con una frialdad sobre cuya causa no pude discernir si era la reserva de quien no olvida quién es o el desdén para con un cliente sin importancia. Ante los que, en cambio, la tenían muy grande, el Director General se inclinaba con la misma frialdad, pero más profundamente, con los párpados bajados como por un respeto púdico, como si tuviera ante sí —en un entierro— al padre de la difunta o el Santo Sacramento. Exceptuados aquellos gélidos y escasos saludos, no hacía un solo movimiento, como para mostrar que sus chispeantes ojos, que parecían salírsele de la cara, lo veían todo, lo regulaban todo, garantizaban en «la cena en el Grand-Hôtel» tanto la perfección de los detalles como la armonía del conjunto. Evidentemente, se

sentía —más que director de teatro, más que director de orquesta— auténtico generalísimo. Considerando que una contemplación llevada a su máximo de intensidad le bastaba para garantizar que todo estaba listo, que ninguna falta podía provocar el desorden, y para hacerse cargo, por último, de sus responsabilidades, se abstenía de hacer gesto alguno, incluso el de mover sus ojos petrificados por la atención y que abarcaban y dirigían todas las operaciones. Tenía yo la sensación de que ni siquiera se le escapaban los movimientos de mi cuchara y, aunque desapareciese nada más concluida la sopa, la revista que acababa de pasar me había quitado el apetito para el resto de la cena. El suyo era muy bueno, como se podía ver en el almuerzo, que tomaba como un simple particular, a la misma hora que todo el mundo, en el comedor. Su mesa sólo tenía una particularidad, la de que, mientras comía, el otro director, el habitual, permanecía a su lado, de pie, sin cesar de dar conversación, pues, como era un subordinado del director general, le tenía pánico e intentaba halagarlo. El mío era menor durante aquellos almuerzos, pues —perdido entonces entre los clientes— procuraba mantener la actitud de discreción de un general sentado en un restaurante en el que se encuentran también unos soldados para no parecer que les presta atención. No obstante, cuando el portero, rodeado de sus «botones», me anunciaba: «Se marcha mañana por la mañana a Dinard: de allí va a Biarritz y después a Cannes», yo respiraba con mayor libertad.

Mi vida en el hotel me resultaba no sólo triste, porque no tenía relaciones en él, sino también incómoda, porque Françoise había trabado muchas. Podría parecer que éstas deberían habernos facilitado muchas cosas, pero era al contrario. Los proletarios, si bien les costaba un poco ser tratados como personas conocidas de Françoise y sólo lo conseguían con ciertas condiciones de mucha educación para con ella, una vez que lo habían obtenido, eran, en cambio, las únicas que contaban para ella. Según su código, no tenía obligación alguna para con los amigos de sus señores y, si tenía prisa, podía enviar a paseo a una señora que había venido a ver a mi abuela, pero para con sus relaciones, es decir, las escasas personas del pueblo dignas de su difícil amistad, el protocolo más sutil y absoluto regulaba sus acciones. Así, Françoise, tras haber conocido al cafetero y a una joven doncella que hacía vestidos para una señora belga, ya no volvía a

subir en seguida a atender a mi abuela después de almorzar, sino una hora después, porque el cafetero quería hacerle café o una tisana en la cafetería y la doncella le pedía que fuera a verla coser y habría sido imposible negárselo, una de esas cosas que no se hacen. Por lo demás, habían de tenerse consideraciones particulares para con la doncella, que era huérfana y se había criado en casa de unos extraños con quienes a veces iba a pasar unos días. Aquella situación despertaba la piedad de Françoise y también su desdén condescendiente. Ella, que tenía familia y una casita que había sido de sus padres y en la que su hermano criaba unas vacas, no podía considerar su igual a una desarraigada y, como aquella joven esperaba ir el 15 de agosto a ver a sus benefactores, Françoise no podía por menos de repetir: «Me hace gracia. Dice: “Espero ir a mi casa el 15 de agosto”. ¡Mi casa, dice! No es su país, son simplemente personas que la recogieron y dice “mi casa”, como si lo fuera de verdad. ¡Pobrecilla! ¡Qué duro debe de ser no saber lo que es tener casa propia!». Pero, si al menos Françoise no hubiera hecho amistad sino con doncellas traídas por clientas, que cenaban con ella en el «comedor del servicio» y ante su bella cofia de encaje y su fino perfil la tomaban por una señora, noble tal vez, reducida por las circunstancias o movida por el afecto a hacer de dama de compañía de mi abuela, si, en una palabra, Françoise no hubiese conocido sino a personas que no eran del hotel, el daño no habría sido grande, porque no habría podido impedirles servirnos para algo, por la razón de que en ningún caso —ni siquiera desconocido para ella— habrían podido servirnos para nada, mas había trabado amistad también con un bodeguero, un cocinero y una encargada de piso y el resultado para nuestra vida diaria era que Françoise —quien el día de su llegada, cuando no conocía aún a nadie, llamaba al timbre a cada paso por el menor motivo, a horas en que mi abuela y yo no nos habríamos atrevido a hacerlo y, si le hacíamos una ligera advertencia al respecto, respondía: «Pero para eso pagamos tanto», como si hubiera pagado ella misma— ahora —desde que era amiga de una personalidad de la cocina, cosa que nos había parecido de buen augurio para nuestra comodidad—, no se atrevía a llamar, si mi abuela o yo teníamos frío en los pies, aunque fuera a una hora totalmente normal; aseguraba que estaría mal visto, porque obligaría a encender de nuevo los fogones o interrumpiría la cena de los

sirvientes, que se enfadarían, y acababa con una expresión que, pese al tono vacilante con que la pronunciaba, no era menos clara y nos quitaba claramente la razón: «El caso es que…». No insistíamos, por miedo a que nos infligiera otra, mucho más grave: «¡Es que hay que ver!…». De modo que ya no podíamos, en una palabra, tener agua caliente, porque Françoise había hecho amistad con el encargado de calentarla.

Al final, también nosotros entablamos una relación, por mediación de mi abuela, si bien contra su voluntad, pues la Sra. de Villeparisis y ella se tropezaron una mañana en una puerta y se vieron obligadas a abordarse, no sin antes intercambiar gestos de sorpresa, de vacilación, ejecutar movimientos de retroceso, de duda y por fin expresar protestas de cortesía y júbilo, como en ciertas escenas de Molière en las que dos actores que llevan un buen rato pronunciando monólogos cada uno por su lado y a unos pasos uno del otro no se han advertido —se supone— aún y de pronto se ven, no pueden dar crédito a sus ojos, interrumpen lo que están diciendo y por fin se hablan, mientras el coro ha seguido el diálogo, y se arrojan uno en los brazos del otro. La Sra. de Villeparisis quiso al cabo de un instante dejar —por discreción— a mi abuela, quien prefirió, al contrario, retenerla hasta el almuerzo, pues deseaba enterarse de cómo hacía para recibir el correo antes que nosotros y excelentes parrilladas de carne (pues la Sra. de Villeparisis, muy glotona, apreciaba muy poco la cocina del hotel, donde nos servían platos que —según afirmaba mi abuela, citando también a Madame de Sévigné— eran «de una magnificencia como para morirse de hambre») y la marquesa adquirió la costumbre de venir todos los días —mientras esperaba a que la sirvieran— a sentarse un momento junto a nosotros en el comedor, sin permitir que nos levantáramos, que nos molestásemos lo más mínimo. A lo sumo, nos quedábamos a menudo charlando con ella, una vez acabado nuestro almuerzo, en ese sórdido momento en que los cuchillos están por ahí tirados, en el mantel, junto a las servilletas deshechas. Por mi parte, a fin de conservar —para poder apreciar Balbec— la idea de que estaba en la punta extrema de la Tierra, me esforzaba por mirar más lejos, no ver sino el mar, buscar en él efectos descritos por Baudelaire y no dejar que mis miradas se posaran en nuestra mesa, salvo los días en que servían en ella un gran pescado, monstruo marino que —al contrario de los cuchillos y los

tenedores— era contemporáneo de las épocas primitivas en que la vida comenzaba a afluir en el Océano, en tiempos de los cimerios, y cuyo cuerpo, de innumerables vértebras y nervios azules y rosados, había sido construido por la naturaleza, pero según un plan arquitectónico, como una polícroma catedral del mar.

Así como un peluquero —viendo a un oficial a quien sirve con particular consideración reconocer a un cliente que acaba de entrar y quedarse un rato de palique con él— se alegra al comprender que son del mismo mundo y no puede por menos de sonreír al ir a buscar la escudilla del jabón, pues sabe que a las vulgares tareas del simple salón de peluquería se suman en su establecimiento placeres sociales o incluso aristocráticos, así también Aimé, al ver que la Sra. de Villeparisis se había encontrado —al reparar en nosotros— con antiguos conocidos, se iba a buscar nuestros enjuagadientes con la misma sonrisa, orgullosamente modesta y sabiamente discreta, de una señora de su casa que sabe retirarse, oportuna. Parecía también un padre feliz y enternecido que vela —sin perturbarla— por la felicidad de un noviazgo trabado en torno a su mesa. Por lo demás, bastaba que se pronunciara el nombre de una persona con título para que Aimé pareciera contento, al contrario que Françoise, ante quien no se podía decir «el conde Fulano» sin que su rostro se entristeciera y su habla se volviese seca y breve, señal de un amor a la nobleza no menor —sino mayor— que el de Aimé. Además, Françoise tenía la cualidad que en los demás consideraba el mayor de los defectos: era orgullosa. No era de la raza agradable y llena de bonhomía a la que pertenecía Aimé. Éstos experimentan —y manifiestan— un intenso placer cuando se les cuenta un suceso más o menos chistoso, pero inédito, que no aparece en el periódico. Françoise no quería parecer asombrada. Si hubieran dicho delante de ella que el archiduque Rodolfo, cuya existencia jamás había sospechado, no estaba muerto, como se daba por seguro, sino vivo, habría respondido: «Claro», como si lo supiera desde hacía mucho. Por lo demás, es de creer que, para que incluso de nuestros labios —los de aquellos a quienes tan humildemente llamaba sus «señores» y que la habíamos domeñado casi enteramente— no pudiera oír —sin tener que reprimir un arranque de cólera — el nombre de un noble, la familia de la que procedía había de ocupar en

su pueblo una situación acomodada, independiente, y que no podía ver perturbada la consideración de la que gozaba salvo por aquellos mismos nobles en cuya casa un Aimé ha servido, al contrario, desde la infancia, si no es que ha sido criado por caridad. Así, pues, para Françoise, la Sra. de Villeparisis debía hacerse perdonar su condición de noble, pero el talento es —al menos en Francia— la única ocupación de los grandes señores y señoras. Obedeciendo a la tendencia de los sirvientes, quienes recogen sin cesar sobre las relaciones de sus señores con las demás personas observaciones fragmentarias de las que a veces sacan deducciones erróneas, como hacen los seres humanos respecto de la vida de los animales, Françoise consideraba a cada momento que nos habían «faltado al respeto», conclusión a la que, por lo demás, la inducía fácilmente tanto como su excesivo amor de nosotros el placer que sentía al resultarnos desagradable. Ahora bien, tras observar, sin posible error, las mil atenciones con que nos colmaba —y la colmaba a ella misma— la Sra. de Villeparisis, Françoise la disculpó de ser marquesa y, como aquélla nunca había cesado de agradecérselo, la prefirió a todas las personas que conocíamos. Es que, además, ninguna se esforzaba por ser tan continuamente amable. Siempre que mi abuela se fijaba en un libro que la Sra. de Villeparisis estaba leyendo o alababa unas frutas que ésta había recibido de una amiga, una hora después un lacayo subía a entregarnos el libro o las frutas y, cuando la veíamos después, se contentaba —y parecía que buscara una excusa para su presente en alguna utilidad especial— con decir para responder a nuestro agradecimiento: «No es una obra maestra, pero los periódicos llegan tan tarde: algo hay que leer», o: «A la orilla del mar, siempre es más prudente tener fruta de la que estemos seguros».

«Pero me parece que nunca comen ustedes ostras», nos dijo —con lo que aumentaba la impresión de asco que sentía yo a aquella hora, pues la carne viva de las ostras me repugnaba aún más de lo que la viscosidad de las medusas empañaba para mí la playa de Balbec— la Sra. de Villeparisis, «¡las de aquí son exquisitas! ¡Ah! Voy a decir a mi doncella que vaya a recoger sus cartas al mismo tiempo que las mías. ¡Cómo! ¿Que su hija le escribe *todos los días*? Pero ¿de dónde pueden sacar tanto que contarse?». Mi abuela se calló, pero es de creer que fue por desdén, ella, que repetía a

mamá las palabras de Madame de Sévigné: «En cuanto recibo una carta, me gustaría recibir otra al instante, sólo vivo para ellas. Pocas personas son dignas de comprender lo que siento». Y temía que aplicara a la Sra. de Villeparisis la conclusión: «Busco a quienes forman parte de ese pequeño número y evito a los demás». Se conformó con elogiar la fruta que la Sra. de Villeparisis nos había mandado llevar la víspera, tan hermosa, en efecto, que el director, pese a la envidia de sus desdeñados compoteros, me había dicho: «Yo soy como ustedes: soy más adepto de la fruta que de cualquier otro postre». Mi abuela dijo a su amiga que la había apreciado tanto más cuanto que la servida en el hotel solía ser detestable. «Yo no puedo», añadió, «decir, como Madame de Sévigné, que, si quisiéramos por capricho una fruta mala, tendríamos que mandar traerla de París». «Ah, sí, está usted leyendo a Madame de Sévigné. Desde el primer día la he visto con sus *Cartas*» (olvidaba que no había visto a mi abuela en el hotel antes de encontrársela en aquella puerta). «¿No cree usted que es un poco exagerada esa preocupación constante por su hija? Habla demasiado de ella para que sea del todo sincera. Le falta naturalidad». Mi abuela consideró inútil seguir hablando de cosas que amaba ante alguien que no podía comprenderlas, por lo que ocultó —colocándoles encima su bolso— las *Memorias* de Madame de Beausergent.

Cuando la Sra. de Villeparisis se encontraba con Françoise en el momento —que ésta llamaba «el mediodía»— en el que, tocada con una bella cofia y rodeada de la consideración general, bajaba a «comer con el servicio», la Sra. de Villeparisis la detenía para preguntarle por nosotros y Françoise nos transmitía los recados de la marquesa: «Ha dicho: “Salúdelos de mi parte”», imitando la voz de la Sra. de Villeparisis, cuyas palabras creía citar textualmente, sin por ello dejar de deformarlas no menos que Platón las de Sócrates o San Juan las de Jesús. Françoise se sentía, naturalmente, muy emocionada ante aquellas atenciones, pero no creía a mi abuela, cuando ésta aseguraba que la Sra. de Villeparisis había sido en tiempos de una belleza arrebatadora, y pensaba que mentía por interés de clase, pues los ricos se apoyan unos a otros. Cierto es que sólo subsistían restos muy escasos, con los que quien no fuera más artista que Françoise no podría restituir la belleza destruida, pues, para comprender lo hermosa que

puede haber sido una anciana, no basta con mirar, hay que traducir cada una de las facciones.

«Tengo que acordarme alguna vez de preguntarle si me equivoco al pensar que tiene algún parentesco con los Guermantes», me dijo mi abuela, con lo que me inspiró indignación. ¿Cómo habría podido yo creer en una comunidad de origen entre dos nombres que habían entrado en mí uno por la puerta baja y vergonzosa de la experiencia y el otro por la puerta de oro de la imaginación?

Desde hacía unos días se veía pasar a menudo, con pomposo séquito —alta, pelirroja, hermosa, con una nariz un poco grande— a la princesa de Luxemburgo, que disfrutaba de unas semanas de vacaciones en el país. Su calesa se había detenido delante del hotel, un lacayo había ido a hablar con el director, había vuelto al coche y había traído frutas maravillosas —que reunían en una sola canasta, como la propia bahía, diversas estaciones— junto con una tarjeta: «La princesa de Luxemburgo», en la que había unas palabras escritas con lápiz. ¿A qué viajero principesco, allí alojado de incógnito, podían ir destinadas aquellas ciruelas glaucas, luminosas y esféricas, como estaba en aquel momento la redondez del mar, unas uvas transparentes colgadas de la madera desecada como un claro día de otoño y unas peras de un ultramar celeste? Pues no podía ser a la amiga de mi abuela a quien quisiera visitar la princesa. Sin embargo, el día siguiente la Sra. de Villeparisis nos envió el racimo de uvas fresco y dorado y unas ciruelas y unas peras que también reconocimos, aunque las ciruelas hubieran pasado, como el mar a la hora de nuestra cena, al malva y en el ultramar de las peras flotaran algunas formas de nubes rosáceas. Unos días después, nos encontramos con la Sra. de Villeparisis, al salir del concierto sinfónico que se ofrecía por la mañana en la playa. Convencido de que las obras que en él oía —el preludio de *Lohengrin*, la obertura de *Tannhäuser*, etcétera— expresaban las verdades más altas, yo procuraba elevarme todo lo posible para alcanzarlas, sacaba de mí —para comprenderlas— todo lo mejor, lo más profundo, que entonces encerraba y se lo entregaba.

Ahora bien, al salir del concierto —como, tras internarnos por el camino que conducía al hotel, nos habíamos detenido un instante en el malecón, mi abuela y yo, para cambiar unas palabras con la Sra. de Villeparisis, quien

nos anunciaba haber encargado para nosotros en el hotel unos bocadillos de jamón y queso y huevos con nata—, vi de lejos venir hacia nosotros a la princesa de Luxemburgo, a medias apoyada en una sombrilla a fin de imprimir a su alto y maravilloso cuerpo esa ligera inclinación y hacerle dibujar ese arabesco tan caro a las mujeres que habían sido hermosas durante el Imperio y sabían hacer flotar —con los hombros caídos, la espalda realzada, las caderas ahuecadas, las piernas tensas— blandamente su cuerpo, como un pañuelo, en torno a la armadura de un invisible tallo inflexible y oblicuo que lo atravesara. Salía todas las mañanas a dar su vuelta por la playa casi a la hora en que todo el mundo, después del baño, volvía a subir a almorzar y, como el suyo no lo tomaba hasta la una y media, no regresaba a su quinta hasta mucho después de que los bañistas hubieran abandonado el desierto y ardiente malecón. La Sra. de Villeparisis presentó a mi abuela y quiso presentarme a mí, pero hubo de preguntarme mi nombre, que no recordaba. Tal vez nunca lo hubiera sabido o, en todo caso, hubiese olvidado desde hacía muchos años con quién había casado mi abuela a su hija. Aquel nombre pareció causar una viva impresión a la Sra. de Villeparisis. Sin embargo, la princesa de Luxemburgo nos había dado la mano y, de vez en cuando, mientras hablaba con la marquesa, se desviaba para dedicarnos miradas afables a mi abuela y a mí, con ese embrión de beso que se añade a la sonrisa, cuando ésta va dirigida a un niño de pecho con su nodriza. Seguramente, aun deseando no parecer hallarse en una esfera superior a la nuestra, había calculado mal la distancia, pues, por un error de regulación, sus miradas se impregnaron de tal bondad, que vi acercarse el momento en que nos acariciaría con las manos como a dos animalitos simpáticos que hubieran sacado la cabeza hacia ella, por entre una reja, en el zoológico. Por lo demás, aquella idea de animales y Bois de Boulogne cobró en seguida más consistencia para mí. Era la hora en que recorrían el malecón vendedores ambulantes y chillones que ofrecían pasteles, caramelos, panecillos. No sabiendo qué hacer para demostrarnos su benevolencia, la princesa detuvo al primero que pasó; sólo le quedaba un pan de centeno, del que se tira a los patos. La princesa lo tomó y me dijo: «Es para tu abuela». Sin embargo, me lo tendió a mí, al tiempo que me decía con fina sonrisa: «Dáselo tú mismo», pensando que así mi placer sería

mayor, si no había un intermediario entre los animales y yo. Se acercaron otros vendedores y me llenó los bolsillos con todo lo que llevaban: paquetitos atados con cinta, barquillos, pasteles y pirulíes. Me dijo: «Toma, para que os los comáis tú y tu abuela», y mandó al negrito vestido de raso rojo que la seguía por doquier y era la admiración de la playa que pagara a los vendedores. Después se despidió de la Sra. de Villeparisis y nos dio la mano con la intención de tratarnos del mismo modo que a su amiga, como íntimos, y ponerse a nuestra altura, pero aquella vez seguramente colocó nuestro nivel un poco más bajo en la escala de los seres, pues la princesa significó a mi abuela su igualdad con nosotros mediante esa tierna y maternal sonrisa que se dedica a un chiquillo cuando se le dice adiós como a una persona mayor. Mediante un maravilloso avance de la evolución, mi abuela ya no era un pato ni un antílope, sino por fin lo que la Sra. Swann habría llamado *baby*. Por último, tras haberse separado de nosotros tres, la princesa reanudó su paseo por el soleado malecón curvando su magnífico talle, que, como una serpiente en torno a una vara, enlazaba con la sombrilla blanca estampada de azul que la Sra. de Luxemburgo llevaba cerrada en la mano. Fue la primera alteza a la que conocí: digo «la primera» porque la princesa Mathilde nada tenía —en cuanto a modales— de alteza. La segunda, como veremos más adelante, no iba a asombrarme menos por su finura. El día siguiente, aprendí una forma de la amabilidad de los grandes señores, intermediarios benévolos entre los soberanos y los burgueses, cuando la Sra. de Villeparisis nos dijo: «Le parecieron ustedes encantadores. Es una mujer con gran capacidad de juicio, de mucho corazón. No es como tantas soberanas o altezas. Tiene valor de verdad». Y la Sra. de Villeparisis añadió con expresión de convencimiento y encantadísima de poder decírnoslo: «Creo que le encantaría volver a verlos».

Pero aquella misma mañana, al separarse de la princesa de Luxemburgo, la Sra. de Villeparisis me dijo una cosa que me sorprendió más y que no era del ámbito de la amabilidad.

«¿Es usted el hijo del director en el Ministerio?», me preguntó. «¡Ah! Al parecer, su padre es un hombre encantador. Ahora está haciendo un viaje precioso».

Unos días antes, nos habíamos enterado por una carta de mamá de que mi padre y su compañero el Sr. de Norpois habían perdido el equipaje.

«Lo han recuperado o, mejor dicho, no se había perdido: verán lo que ocurrió», nos dijo la Sra. de Villeparisis, quien, sin que supiéramos cómo, parecía mucho mejor informada que nosotros sobre los detalles del viaje. «Creo que su padre adelantará su regreso a la semana próxima, pues probablemente renuncie a visitar Algeciras, pero quiere dedicar un día a Toledo, pues es un admirador de un discípulo de Tiziano cuyo nombre no recuerdo y cuya obra sólo se puede ver bien allí».

Y yo me preguntaba en virtud de qué azar se encontraba inserto —en el lugar reservado a mi padre dentro de la desinteresada lente con la que la Sra. de Villeparisis consideraba desde bastante lejos la somera, minúscula y vaga agitación de la muchedumbre de personas que conocía— un trozo de cristal de prodigioso aumento que le permitía ver con tanto relieve y con el mayor detalle todo lo agradable que aquél entrañaba, las contingencias que lo obligaban a regresar, sus problemas en la aduana, su gusto por El Greco y, cambiando para ella la escala de su visión, le mostraba a aquel hombre tan grande en medio de los otros, diminutos, como ese Júpiter a quien Gustave Moreau atribuyó —cuando lo pintó junto a una débil mortal— estatura más que humana.

Mi abuela se despidió de la Sra. de Villeparisis para que pudiéramos quedarnos a tomar el aire un instante más delante del hotel, en espera de que nos hiciesen señas desde el otro lado del cristal de que nuestro almuerzo estaba servido. Oímos un tumulto. Era la joven amante del rey de los salvajes, que acababa de tomar el baño y volvía a almorzar.

«La verdad es que es un azote, ¡como para marcharse de Francia!», exclamó con rabia el decano, quien pasaba en aquel momento.

Sin embargo, la esposa del notario tenía clavados unos ojos como platos en la falsa soberana.

«No puedo explicarle cómo me irrita la Sra. Blandais al mirar a esa gente así», dijo el decano al presidente de la Audiencia. «Me gustaría poder darle un tortazo. Así se da importancia a esa chusma, deseosa, naturalmente, de que le presten atención, conque dígale a su marido que le

advierta lo ridículo que resulta; como parezcan fijarse en los disfrazados, yo dejo de salir con ellos».

En cuanto a la llegada de la princesa de Luxemburgo, cuyo séquito, el día que había traído frutas, se había detenido delante del hotel, no había pasado inadvertida al grupo de las esposas respectivas del notario, del decano y del presidente de la Audiencia, ya muy interesadas desde hacía un tiempo en saber si era una marquesa auténtica y no una aventurera aquella Sra. de Villeparisis a quien daban trato tan deferente y del que era —como deseaban ardientemente todas aquéllas que se confirmara— indigna. Cuando la Sra. de Villeparisis cruzaba el vestíbulo, la esposa del presidente de la Audiencia, que se olía irregularidades por doquier, apartaba la vista de sus labores y la miraba de un modo que hacía morirse de risa a sus amigas.

«¡Oh! Yo, verdad», decía con orgullo, «siempre empiezo pensando mal. Me niego a aceptar que una mujer está de verdad casada hasta que me enseñen las partidas de nacimiento y las actas notariales. Por lo demás, no teman, voy a hacer mi investigación».

Y todos los días aquellas señoras acudían riendo.

«Venimos por las noticias».

Pero, la noche de la visita de la princesa de Luxemburgo, la mujer del presidente de la Audiencia se llevó un dedo a los labios.

«Hay novedades».

«¡Oh! ¡Esta mujer es extraordinaria, señora Poncin! Nunca he visto… pero, dígame, ¿de qué se trata?».

«Pues de que esta tarde ha venido a ver a la supuesta marquesa una mujer de pelo rubio, con un palmo de carmín en la cara y un coche que olía a suripanta a una legua, de esos que sólo tienen esas señoritas».

«¡Huy, huy, huy! ¡Cataplum! ¡Ya está! Es la señora que hemos visto, ¿recuerda, señor decano?; nos ha parecido, desde luego, que tenía mala pinta, pero no sabíamos que hubiera venido a ver a la marquesa. Una mujer con un negro, ¿verdad?».

«La misma».

«¡Ah! ¡No me diga! ¿Sabe usted cómo se llama?».

«Sí, he aparentado equivocarme, he tomado la tarjeta, ¡y su nombre de guerra es princesa de Luxemburgo! ¡Razón tenía yo de desconfiar! Es

agradable tener aquí una promiscuidad con esa especie de baronesa de Ange». El decano citó Mathurin Régnier y *Macette* al presidente de la Audiencia.

Por lo demás, no hemos de pensar que aquel malentendido fuera momentáneo como los que se crean en el segundo acto de un *vaudeville* para disiparse en el último. La Sra. de Luxemburgo, sobrina del rey de Inglaterra y del emperador de Austria, y la Sra. de Villeparisis parecieron siempre —cuando la primera venía a buscar a la segunda para ir a pasear en coche— dos desvergonzadas de esas de las que resulta difícil apartarse en las ciudades balnearias. Las tres cuartas partes de los hombres del Faubourg Saint-Germain pasan —ante buena parte de la burguesía— por juerguistas arruinados —cosa que a veces son individualmente— y a los que, por consiguiente, nadie recibe. La burguesía es demasiado honrada en eso, pues sus taras en modo alguno le impedirían ser recibida con la mayor estima allí donde nunca lo será y ellos se imaginan hasta tal punto que la burguesía lo sabe, que fingen una sencillez personal, una denigración de sus amigos, en particular «en la costa», que remata el malentendido. Si por casualidad un hombre de la alta sociedad tiene relaciones con la pequeña burguesía, porque —por ser extraordinariamente rico— ocupe la presidencia de las más importantes sociedades financieras, la burguesía, al ver al fin a un noble digno de ser un gran burgués, juraría que no se codea con el marqués jugador y arruinado, al que considera tanto más carente de relaciones cuanto más amable es, y no sale de su asombro cuando el duque, presidente del Consejo de Administración de la sociedad colosal, casa a su hijo con la hija del marqués jugador, pero cuyo nombre es el más antiguo de Francia, así como un soberano casará más bien a su hijo con la hija de un rey destronado que con la de un Presidente de la República en funciones, es decir, que los dos mundos tienen una idea tan quimérica uno del otro como la que los habitantes de una playa situada en uno de los extremos de la bahía de Balbec tienen de la situada en el otro extremo: desde Rivebelle se ve un poco Marcouville-l’Orgueilleuse, pero eso mismo engaña, porque parece que aquélla se ve desde ésta, desde la cual resultan, al contrario, en gran parte invisibles los esplendores de Rivebelle.

Como el médico de Balbec, a quien habían llamado por un acceso de fiebre que me había sobrevenido, consideró que no debía permanecer todo el día a la orilla del mar, a pleno sol, que el intenso calor no me sentaría bien, y expidió a mi nombre algunas recetas farmacéuticas, mi abuela las cogió con aparente respeto, en el que yo reconocí en seguida la firme decisión de no ejecutar ninguna, pero tuvo en cuenta el consejo sobre higiene y aceptó el ofrecimiento de la Sra. de Villeparisis de darnos algunos paseos en coche. Yo iba y venía —hasta la hora del almuerzo— de mi habitación a la de mi abuela. Ésta no daba directamente al mar, como la mía, pero recibía la luz por tres lados diferentes —de un ángulo del malecón, de un patio y del campo— y tenía un mobiliario diferente —sillones bordados con filigranas metálicas y flores rosáceas de las que parecía emanar el agradable y fresco olor notado al entrar— y —en aquella hora en que rayos procedentes de orientaciones y como de horas diferentes deformaban los ángulos de la pared, colocaban sobre la cómoda junto a un reflejo de la playa un altarcito esmaltado como las flores del sendero, colgaban de la pared las alas plegadas, trémulas y tibias de una claridad lista para reanudar su vuelo, calentaban como un baño un cuadrado de alfombra provinciana delante de la ventana del patinillo festoneado por el sol como una viña y aumentaban el encanto y la complejidad de la decoración mobiliaria al parecer exfoliar la seda florida de los sillones y despegar su pasamanería— aquel cuarto que yo cruzaba un momento antes de vestirme para el paseo parecía un prisma en el que se descomponían los colores de la luz de fuera, una colmena en la que las esencias del día que iba a saborear estaban disociadas, dispersas, embriagadoras y visibles, de un jardín de la esperanza que se disolvía en una palpitación de rayos de plata y pétalos de rosa, pero, antes que nada, había yo abierto mis visillos con la impaciencia de saber cuál era aquel mar que jugaba aquella mañana al borde de la ribera, como una nereida, pues ninguno de aquellos mares permanecía nunca más de un día. El día siguiente, había otro que tal vez se le parecía, pero nunca vi el mismo dos veces.

Los había de una belleza tan poco común, que, al divisarlos, la sorpresa intensificaba mi placer. ¿A qué privilegio se debía que, una mañana y no otra, la ventana, al entreabrirse, descubriera a mis ojos maravillados la ninfa

Glaucónome, cuya perezosa hermosura, que respiraba suavemente, tenía la transparencia de una vaporosa esmeralda a través de la cual veía yo afluir los elementos ponderables que la coloreaban? Hacía jugar el sol con una sonrisa lánguida que le infundía una bruma invisible, simple espacio vacío reservado en torno a su translúcida superficie, y que resultaba, así, más abreviada y embargante, como esas diosas destacadas por el escultor sobre el resto del bloque, que no se ha dignado desbastar. Así, con su color único, nos invitaba al paseo por aquellas rudimentarias carreteras rurales, desde las que, instalados en la calesa de la Sra. de Villeparisis, divisaríamos durante todo el día —y sin alcanzarlo nunca— el frescor de su suave palpitación.

La Sra. de Villeparisis mandaba enganchar los caballos temprano para que tuviéramos tiempo de ir hasta Saint-Mars-le-Vêtu o hasta las rocas de Quetteholme o cualquier otro destino de excursión, que, para un coche bastante lento, quedara lejano y requiriera todo el día. Alegre con el largo paseo que íbamos a emprender, yo tarareaba una tonada recientemente oída y me paseaba por la calle en espera de que la Sra. de Villeparisis estuviese lista. Si era domingo, su coche no era el único delante del hotel; varios coches de punto alquilados esperaban no sólo a las personas invitadas al castillo de Féterne, en casa de la Sra. de Cambremer, sino también a quienes declaraban que el domingo era un día fastidioso en Balbec y —en lugar de quedarse allí como niños castigados— se marchaban nada más almorzar a una playa vecina o a visitar algún paraje y con frecuencia, cuando preguntaban a la Sra. Blandais si había estado en casa de los Cambremer, respondía incluso, perentoria: «No, hemos estado en las cascadas del Bec», como si aquélla fuera la única razón por la que no había pasado el día en Féterne, y el decano decía, caritativo:

«Los envidio y se lo habría cambiado: es mucho más interesante».

Junto a los coches, delante del soportal en el que yo esperaba, estaba plantado —como un arbusto de especie poco común— un joven botones que no llamaba la atención menos por la armonía singular de su pelo que por su epidermis de planta. Dentro, en el vestíbulo que correspondía al nártex o zona de los catecúmenos en las iglesias romanas y al que las personas que no se alojaban en el hotel tenían derecho a pasar, los compañeros del botones «exterior» no trabajaban mucho más que él, pero al

menos ejecutaban algunos movimientos. Es probable que por la mañana ayudaran a la limpieza, pero por la tarde permanecían allí sólo como coristas que, incluso cuando no sirven para nada, permanecen en escena para contribuir a la figuración. El director general, el que me daba tanto miedo, pensaba aumentar considerablemente su número el año siguiente, pues tenía «proyectos ambiciosos» y su decisión afligía mucho al director del hotel, quien pensaba que todos aquellos niños eran simples «causantes de molestias», con lo que quería decir que interrumpían el paso y no servían para nada. Al menos entre el almuerzo y la cena, entre las salidas y las entradas de los clientes, llenaban el vacío de la acción, como esos discípulos de Madame de Maintenon que, bajo el atuendo de jóvenes israelitas, hacen de intermedio siempre que salen Esther o Joad, pero el botones de fuera, de matices preciosos, talle esbelto y sutil, no lejos del cual esperaba yo a que la marquesa bajara, mantenía una inmovilidad acompañada de melancolía, pues sus hermanos mayores habían abandonado el hotel rumbo a destinos más brillantes y se sentía aislado en aquella tierra extraña. Por fin llegaba la Sra. de Villeparisis. Las de ocuparse de su coche y ayudarla a montar en él tal vez deberían haber sido algunas de las funciones del botones, pero sabía que quien lleva su personal consigo es servido por éste y suele dar pocas propinas en un hotel y que los nobles del antiguo Faubourg Saint-Germain hacen lo propio. La Sra. de Villeparisis pertenecía a la vez a esas dos categorías. El botones arborescente sacaba la conclusión de que nada debía esperar de la marquesa y, dejando que el jefe de comedor y la doncella de ésta la instalaran con sus pertenencias, soñaba, triste, con la envidiada suerte de sus hermanos y conservaba su inmovilidad vegetal.

Partíamos; poco después de haber rodeado la estación de ferrocarril, entrábamos en una carretera rural que no tardó en resultarme —desde el recodo en el que se iniciaba entre cercados encantadores hasta la revuelta en que la abandonábamos— tan familiar como la de Combray y que tenía a ambos lados tierras labradas. En medio de ellas, se veía, aquí y allá, un manzano, privado —cierto es— de sus flores y que sólo ostentaba un ramillete de pistilos, pero que bastaba para hechizarme, porque reconocía aquellas hojas inimitables cuya larga extensión —como la alfombra de

tarima de una fiesta nupcial ya concluida— había sido hollada muy recientemente por la ola de raso blanco de las flores sonrojadas.

¡Cuántas veces en París, en el mes de mayo del año siguiente, compré una rama de manzano en la floristería y después pasé la noche ante sus flores, en las que se desplegaba la misma esencia cremosa que empolvaba aún con su espuma los brotes de hojas y entre cuyas blancas corolas parecía que el florista —por generosidad para conmigo y también por gusto inventivo y contraste ingenioso— hubiera añadido a cada lado —de remate— un oportuno brote rosa! Yo los miraba, los hacía posar bajo la lámpara —y tanto tiempo, que con frecuencia la aurora les comunicaba, antes de que me hubiera marchado, el mismo rubor que debía de estar creando al mismo tiempo en Balbec— e intentaba trasladarlas con la imaginación a aquella carretera, multiplicarlas, extenderlas en el marco preparado, en la tela lisa, de aquellos cercados cuyo dibujo conocía yo de memoria y que tanto me habría gustado volver —y un día volvería— a ver en el momento en que la primavera —con la hechizadora inspiración del genio— colorea su cañamazo.

Antes de montar en el coche, yo había compuesto la marina que iba a buscar, que esperaba ver con el «sol resplandeciente» y que en Balbec sólo podía divisar demasiado troceada entre tantos enclaves vulgares —y que mi sueño no admitía— de bañistas, casetas, yates de recreo, pero, cuando, al llegar el coche de la Sra. de Villeparisis a lo alto de una cota, divisaba el mar entre los follajes de los árboles, entonces, desde tan lejos, desaparecían aquellos detalles contemporáneos que lo habían colocado como fuera de la naturaleza y de la Historia y podía —mirando las olas— esforzarme en pensar que eran las mismas que Leconte de Lisle nos pinta en *L'Orestie*, cuando los guerreros de copiosas cabelleras de la heroica Hélade «con cien mil remos batían —"como un vuelo de aves rapaces en la aurora"— las olas», pero, en cambio, ya no estaba yo lo bastante cerca del mar, que no me parecía vivo, sino fijo, ya no sentía fuerza bajo sus colores extendidos como los de una pintura entre las hojas en la que aparecía tan inconsistente como el cielo y sólo más obscuro que él.

La Sra. de Villeparisis, al ver que me gustaban las iglesias, me prometía que iríamos a ver —una vez— una y —otra vez— otra y sobre todo la de

Carqueville, «totalmente oculta bajo su vieja hiedra», dijo con un movimiento de la mano que parecía envolver con gusto la fachada ausente en un follaje invisible y delicado. La Sra. de Villeparisis acompañaba a menudo aquel gestito descriptivo con unas palabras idóneas para definir el encanto y la particularidad de un monumento, evitando siempre los términos técnicos, pero sin poder ocultar que conocía muy bien las cosas de las que hablaba. Parecía intentar excusarse aduciendo que, como uno de los castillos de su padre —aquel en que se había criado ella— estaba situado en una región en la que había iglesias del mismo estilo que las de los alrededores de Balbec, habría sido vergonzoso no haber adquirido el gusto de la arquitectura, pues aquel castillo era, por lo demás, el más hermoso ejemplar de la del Renacimiento, pero —como también era un verdadero museo, como, por otra parte, Chopin y Liszt habían tocado en él, Lamartine había recitado versos, todos los artistas conocidos de todo un siglo habían escrito pensamientos, melodías, habían trazado croquis en el álbum familiar — la Sra. de Villeparisis no mencionaba —por delicadeza, buena educación, modestia real o falta de mentalidad filosófica— sino aquel origen puramente material de su conocimiento de todas las artes y acababa pareciendo considerar la pintura, la música, la literatura y la filosofía patrimonio de una muchacha educada de la forma más aristocrática en un monumento catalogado e ilustre. Parecía que no hubiera para ella otros cuadros que los heredados de su familia. Se alegró de que gustara a mi abuela un collar que llevaba y que sobresalía de su vestido. Estaba en el retrato de una bisabuela suya, obra de Tiziano de la que nunca se había desprendido la familia. Así estaban seguros de que era auténtico. No quería oír hablar de los cuadros comprados a saber cómo por un Creso, estaba convencida de antemano de que eran falsos y no sentía el menor deseo de verlos. Sabíamos que ella misma hacía acuarelas de flores y mi abuela, que había oído elogiarlas, se lo comentó. La Sra. de Villeparisis cambió de conversación por modestia, pero sin mostrar más asombro ni placer que una artista suficientemente conocida a quien los elogios nada nuevo dicen. Se contentó con decir que era un pasatiempo encantador, porque, si bien las flores nacidas del pincel no eran gran cosa, al menos pintarlas hacía vivir en la sociedad de las flores naturales, de cuya belleza —sobre todo cuando

había que mirarlas desde más cerca para imitarlas— era imposible cansarse, pero en Balbec la Sra. de Villeparisis renunciaba al arte para dejar descansar sus ojos.

Nos asombró, a mi abuela y a mí, ver cuánto más «liberal» era que incluso la mayor parte de la burguesía. Le extrañaba que escandalizara la expulsión de los jesuitas, pues, según decía, siempre se había hecho, incluso durante la monarquía, incluso en España. Defendía la República, a la que reprochaba su anticlericalismo tan sólo en esta medida: «Consideraría igualmente inaceptable que se me impidiera ir a misa, si lo deseo, que verme obligada a ir, si no quiero», y soltaba incluso palabras como éstas: «¡Oh! La nobleza hoy, ¿qué es?». «Para mí, un hombre que no trabaja no es nada», tal vez sólo porque sentía el carácter mordaz, sabroso, memorable que cobraban en sus labios.

Al oír a menudo expresar con franqueza opiniones avanzadas —no hasta llegar al socialismo, sin embargo, que era el caballo de batalla de la Sra. de Villeparisis— precisamente por una de esas personas en consideración de cuya mentalidad nuestra escrupulosa y tímida imparcialidad se niega a condenar las ideas de los conservadores, no distábamos, mi abuela y yo, de creer que nuestra agradable compañera encarnaba la mesura y el modelo de la verdad en todas las cosas. Creíamos en su palabra mientras juzgaba sus Tizianos, la columnata de su castillo, el espíritu de conversación de Luis Felipe, pero —como esos eruditos que maravillan cuando abordan la pintura egipcia y las inscripciones etruscas y que hablan de forma tan trivial de las obras modernas, que nos preguntamos si no habremos sobreestimado el interés de las ciencias en que están versados, puesto que no aparece en ellas esa misma mediocridad que, sin embargo, han debido de poner en juego como en sus ridículos estudios sobre Baudelaire— la Sra. de Villeparisis, preguntada por mí sobre Chateaubriand, Balzac, Victor Hugo, todos ellos recibidos en tiempos por sus padres y conocidos por ella, se reía de mi admiración, contaba detalles chistosos sobre ellos, como acababa de hacer a propósito de grandes señores o políticos, y juzgaba con severidad a aquellos escritores, precisamente porque habían carecido de esa modestia, ese autoeclipsamiento, ese arte sobrio que se contenta con un solo trazo justo y

no lo recalca, que rehúye más que nada la ridícula grandilocuencia, esa oportunidad, esas cualidades de moderación de juicio y sencillez, que —según le habían enseñado— alcanza el valor verdadero: se veía que no vacilaba en preferir a hombres que tal vez hubieran gozado, en efecto, de ventaja —gracias a ellas— sobre un Balzac, un Hugo, un Vigny en un salón, en una academia, un consejo de ministros: Molé, Fontanes, Vitrolles, Bersot, Pasquier, Lebrun, Salvandy o Daru.

«Es como las novelas de Stendhal, por las que parecía usted sentir admiración. Se habría asombrado mucho de oírlo hablar en ese tono. Mi padre, quien lo veía en casa del Sr. Mérimée —hombre de talento al menos, ése— me dijo con frecuencia que Beyle —que así se llamaba— era de una vulgaridad atroz, pero ingenioso en una cena y no se daba importancia con sus libros. Por lo demás, usted mismo sabe que se encogió de hombros ante los exagerados elogios de Balzac. En eso al menos no carecía de elegancia». Tenía autógrafos de todos aquellos grandes hombres y parecía pensar —invocando las relaciones particulares que su familia había tenido con ellos— que su juicio al respecto era más atinado que el de jóvenes que, como yo, no habían podido frecuentarlos.

«Creo que puedo hablar de ellos, pues venían a casa de mi padre y, como decía el Sr. Sainte-Beuve, quien tenía mucho ingenio, hay que creer al respecto a quienes los vieron de cerca y pudieron juzgar más exactamente lo que valían».

A veces, cuando el coche ascendía por una pendiente entre tierras labradas, con lo que volvía los campos más reales, les añadía una marca de autenticidad, como la preciosa florecilla con que algunos maestros antiguos firmaban sus cuadros, algunos acianos vacilantes, similares a los de Combray, seguían a nuestro coche. Pronto nuestros caballos los distanciaban, pero unos pasos más allá divisábamos otro que, mientras nos esperaba, había punteado delante de nosotros en la hierba su estrella azul; varios se animaban hasta venir a posarse al borde de la carretera y con mis recuerdos lejanos y las flores domesticadas se formaba toda una nebulosa.

Volvíamos a bajar la pendiente; entonces nos cruzábamos con alguna criatura —una muchacha de alquería que conducía una vaca o medio acostada en una carreta, una hija de tendero de paseo, una elegante señorita

sentada en el trasportín de un landó, frente a sus padres: flores del día hermoso, pero que no son como las de los campos, pues cada una de ellas encierra algo que no se encuentra en otra y que nos impedirá satisfacer con sus semejantes el deseo que ha despertado en nosotros— que la subía a pie, en bicicleta, en carro o en coche. Cierto es que Bloch me había abierto una era nueva y había cambiado para mí el valor de la vida, el día en que me había informado de que los sueños que yo había paseado a solas por la parte de Méséglise, cuando deseaba que pasara una campesina a la que tomar en mis brazos, no eran una quimera que no correspondiese a nada exterior a mí, sino que todas las muchachas que nos encontrábamos —aldeanas o señoritas— estaban totalmente dispuestas a satisfacerlos y, aunque nunca pudiera yo —ahora que estaba enfermo y no salía solo— hacer el amor con ellas, estaba feliz, de todos modos, como un niño nacido en una cárcel o en un hospital y que, tras haber creído durante mucho tiempo que el organismo humano sólo puede digerir pan seco y medicamentos, acaba de enterarse de repente de que los melocotones, los albaricoques, las uvas no son un simple adorno del campo, sino también alimentos deliciosos y asimilables. Aunque su celador o su enfermero no le permitan recoger esas hermosas frutas, no por ello deja de parecerle mejor el mundo y más clemente la existencia, pues un deseo nos parece más hermoso, nos apoyamos en él con más confianza, cuando sabemos que, fuera de nosotros, la realidad se ajusta a él, aunque para nosotros resulte irrealizable, y pensamos con más alegría en una vida en la que —a condición de que apartemos por un instante de nuestro pensamiento el pequeño obstáculo accidental y particular que nos impide hacerlo personalmente— podemos imaginarnos saciándolo. Cuando había sabido yo que se podían besar las mejillas de las hermosas muchachas que pasaban, había sentido curiosidad por su alma y el universo me había parecido más interesante.

El coche de la Sra. de Villeparisis avanzaba veloz. Apenas me daba tiempo de ver a la muchacha que venía hacia nosotros y, sin embargo, como la belleza de las personas no es como la de las cosas y sentimos que es la de una criatura única, consciente y voluntaria, en cuanto su individualidad, alma vaga, voluntad por mí desconocida, se reflejaba en una pequeña imagen prodigiosamente reducida, pero completa, en el fondo de su mirada

distraída, al instante sentía brotar en mí —misteriosa réplica de los pólenes preparados por los pistilos— el embrión, tan vago, tan minúsculo, del deseo de no dejar pasar a aquella muchacha sin que su pensamiento tomara conciencia de mi persona, sin impedir que sus deseos fueran destinados a otro, sin ir a fijarme en su ensueño y apoderarme de su corazón. Sin embargo, nuestro coche se alejaba, la hermosa muchacha estaba ya detrás de nosotros y, como no tenía de mí ninguna de las nociones que constituyen una persona, sus ojos, que apenas me habían visto, ya me habían olvidado. ¿Sería por haberla tan sólo vislumbrado por lo que me había parecido tan bella? Tal vez. En primer lugar, la imposibilidad de detenernos junto a una mujer y el riesgo de no volver a encontrarla otro día le infunden de pronto el mismo encanto que a un país la enfermedad o la pobreza que nos impiden visitarlo o a los días, tan apagados, que nos quedaban de vida el combate en el que seguramente sucumbiremos. De modo, que, si no existiera la costumbre, la vida habría de parecer deliciosa a seres que estuviesen a cada momento amenazados con la muerte… es decir, a todos los hombres. Además, si bien la imaginación se ve arrastrada por el deseo de lo que no podemos poseer, su vuelo no está limitado por una realidad completamente percibida en esos encuentros en los que los encantos de la transeúnte están generalmente en relación directa con la rapidez del paso. A poco que caiga la noche y el coche —en el campo, en una ciudad— avance veloz, no hay torso femenino, mutilado como un mármol antiguo por la velocidad que nos arrastra y el crepúsculo que lo envuelve, que no lance a nuestro corazón —a cada recodo de la carretera, desde el fondo de cada tienda— las flechas de la Belleza, sobre la que a veces sentimos la tentación de preguntarnos si es otra cosa en este mundo que la parte de complemento que añade a una transeúnte fragmentaria y fugitiva nuestra imaginación sobreexcitada por la pena.

Si hubiera podido apearme para hablar a la muchacha con quien nos cruzábamos, ¿me habría desilusionado tal vez algún defecto de su piel que no hubiese distinguido desde el coche? (Y entonces todo esfuerzo para penetrar en su vida me habría parecido de pronto imposible, pues la belleza es una sucesión de hipótesis que la fealdad reduce, al cortar la vía que ya veíamos abrirse a lo desconocido). Tal vez una sola palabra que hubiera

pronunciado, una sonrisa, me habrían brindado una clave, una cifra, inesperadas para interpretar la expresión de su rostro y sus andares, que se habrían vuelto al instante triviales. Es posible, pues nunca en la vida he encontrado muchachas tan deseables como los días en que estaba con alguna persona seria a quien, pese a los mil pretextos que inventaba, no podía abandonar: unos años después de aquel en el que fui por primera vez a Balbec, yendo en coche por París con un amigo de mi padre y tras divisar a una mujer que caminaba aprisa en la noche, pensé que no era razonable perder —por respeto de las conveniencias— la parte de felicidad que me correspondía en la única vida que seguramente existe y, tras apearme de un salto y sin excusarme, fui en busca de la desconocida, la perdí en el cruce de dos calles, volví a encontrarla en una tercera y me encontré al fin, jadeante, bajo un reverbero, ante la vieja Sra. Verdurin, a quien evitaba por doquier y que exclamó, contenta y sorprendida: «¡Oh! ¡Qué amable ha sido por haber corrido para saludarme!».

Aquel año, en Balbec, en el momento de aquellos encuentros, aseguré a mi abuela y a la Sra. de Villeparisis que, por culpa de un intenso dolor de cabeza, más valía que volviera solo a pie. Ellas no me dejaron y yo añadí aquella hermosa muchacha, mucho más difícil de volver a encontrar que un monumento, pues era anónima y móvil, a la colección de todas las que me prometía ver de cerca. Sin embargo, una volvió a pasar ante mis ojos en tales condiciones, que creí poder conocerla a voluntad. Era una lechera que se desplazó desde una granja al hotel para llevar un suplemento de nata. Pensé que también ella me había reconocido y me miraba, en efecto, con una atención que tal vez se debiera tan sólo al asombro que le causaba la mía. Ahora bien, cuando el día siguiente, en el que pasé toda la mañana descansando, vino Françoise a retirar los visillos hacia el mediodía, me entregó una carta dejada en el hotel para mí. No conocía yo a nadie en Balbec. No me cabía duda de que sería de la lechera. Por desgracia, era simplemente de Bergotte, quien, por estar de paso, había intentado verme, pero, al enterarse de que estaba durmiendo, me había dejado una nota encantadora y el ascensorista la había metido en un sobre, cuya escritura había atribuido yo a la lechera. Me sentí espantosamente decepcionado y la idea de que fuese más difícil y halagador recibir una carta de Bergotte en

modo alguno me consolaba de que no fuese de la lechera. Tampoco a aquella muchacha volví a verla, como aquellas a las que tan sólo divisaba desde el coche de la Sra. de Villeparisis. La vista y la pérdida de todas ellas intensificaban el estado de agitación en el que vivía, por lo que encontraba cierta sabiduría en los filósofos que nos recomiendan limitar nuestros deseos (si es que se refieren al deseo de personas, pues es el único que puede crear ansiedad, al aplicarse a lo desconocido consciente: suponer que la filosofía se refiera al deseo de riquezas sería demasiado absurdo). Sin embargo, estaba yo dispuesto a juzgar aquella sabiduría incompleta, pues aquellos encuentros me hacían considerar —me decía— aún más hermoso un mundo que hace crecer, así, en todas las carreteras rurales flores a la vez singulares y comunes, tesoros fugitivos del día, regalos del paseo, que tan sólo circunstancias contingentes, que tal vez no se reprodujeran siempre, me habían impedido aprovechar y que infunden un nuevo sabor a la vida.

Pero tal vez, al abrigar la esperanza de que un día, más libre, podría encontrar en otras carreteras a muchachas semejantes, empezaba ya a falsear lo exclusivamente individual que entraña el deseo de vivir junto a una mujer a quien hemos considerado linda y por el simple hecho de admitir la posibilidad de hacerlo nacer artificialmente ya había reconocido implícitamente su carácter ilusorio.

El día en que la Sra. de Villeparisis nos llevó a Carqueville, donde se encontraba la iglesia cubierta de hiedra de la que nos había hablado y que domina desde una colina la aldea y el río que la cruza con su bien cuidado puentecillo de la Edad Media, mi abuela, pensando que me gustaría quedarme solo para contemplar el monumento, propuso a su amiga ir a merendar a la pastelería, en la plaza que se divisaba con claridad y que, bajo su pátina dorada, era como otra parte de un objeto enteramente antiguo. Quedamos en que iría a reunirme con ellas. Para reconocer una iglesia en el bloque de verdor ante el que me dejaron, era necesario un esfuerzo que me hizo inclinarme profundamente sobre la idea de iglesia: en efecto, como sucede a los alumnos que captan más completamente el sentido de una frase, cuando los obligan a despojarla —con la traducción directa o inversa — de las formas a las que están acostumbrados, me veía obligado a recurrir constantemente a aquella idea de iglesia, habitualmente innecesaria ante

campanarios que se dejaban reconocer por sí solos, para no olvidar que la cimbra de una mata de hiedra —aquí— era la de una vidriera ogival, que el saliente de las hojas —allá— se debía a un relieve de un capitel, pero entonces soplaba un poco de viento, hacía temblar el pórtico móvil recorrido por remolinos propagados y trémulos como una claridad, se estrellaban las hojas unas contra otras y la fachada vegetal arrastraba, temblorosa, consigo los ondulosos, acariciados y huidizos pilares.

Cuando abandonaba la iglesia, vi —paradas ante el viejo puente y, seguramente por ser domingo, emperifolladas— a unas muchachas del pueblo interpelando a los muchachos que pasaban. Había una alta y peor vestida que las otras, pero que —pues apenas respondía a lo que le decían— parecía tener sobre ellas algún ascendiente de expresión más grave y más voluntariosa, a medias sentada en el pretil del puente, con las piernas colgando y un jarrito lleno de peces, probablemente recién pescados, delante. Tenía tez tostada y ojos dulces, pero mirada desdeñosa para lo que la rodeaba, y nariz pequeña, de forma fina y encantadora. Mis miradas se posaban en su piel y mis labios podían, si acaso, creer que las habían seguido, pero no era sólo su cuerpo lo que me habría gustado conseguir, sino también la persona que en él vivía y con la que sólo hay una forma de contacto, la de llamar su atención, una sola clase de penetración, la de despertar en ella una idea.

Y aquella persona interior de la hermosa pescadora me parecía aún cerrada para mí, dudaba haber entrado en ella, aun después de haber vislumbrado mi propia imagen furtivamente reflejada en el espejo de su mirada, siguiendo un índice de refracción que me resultaba tan desconocido como si me hubiera colocado ante el campo visual de una cierva, pero, así como no me habría bastado con que mis labios hubieran sentido placer con los suyos, sin brindárselo, a su vez, así tampoco habría querido que la idea de mí que entraría en aquella persona, que se fijaría en ella, la moviera sólo a prestarme atención, sino también a admirarme, a desearme, y la obligara a conservar mi recuerdo hasta el día en que pudiese yo volver a encontrarlo. Sin embargo, divisaba a unos pasos la plaza en la que debía esperarme el coche de la Sra. de Villeparisis. Sólo disponía de un instante y ya notaba que las muchachas empezaban a reírse, al verme así parado. Tenía cinco

francos en el bolsillo. Los saqué y, antes de explicar a la hermosa muchacha el recado que iba a encargarle, mantuve un instante —para tener más posibilidades de que me escuchara— la moneda ante sus ojos:

«Como parece ser usted de aquí», dije a la pescadora, «¿tendría la bondad de hacerme un recadito? Ir ante una pastelería, que, según creo, está en una plaza, no sé dónde, ante la cual me espera un coche. ¡Espere!… Para no confundirse, pregunte si es el coche de la marquesa de Villeparisis. Por lo demás, tiene, como verá, dos caballos».

Eso era lo que quería yo que supiese para que se hiciera una gran idea de mí, pero, cuando hube pronunciado las palabras «marquesa» y «dos caballos», experimenté de pronto un gran sosiego. Sentí que la pescadora me recordaría y que, junto con el espanto de no poder volver a encontrarla, se disipaba una parte de mi deseo de volver a verla. Me parecía que acababa de tocar su persona con labios invisibles del espíritu y que le había gustado y aquella toma por la fuerza de su espíritu, aquella posesión inmaterial, la había privado de su misterio tanto como la posesión física.

Bajamos hacia Hudimesnil: de repente me embargó esa felicidad profunda que no había sentido a menudo desde los tiempos de Combray, una felicidad análoga a la que me habían inspirado, entre otros, los campanarios de Martinville, pero aquella vez quedó incompleta. Acababa de divisar, a un lado de la carretera con badenes que seguíamos, tres árboles que debían de servir de entrada a una alameda cubierta y formaban un dibujo que no veía yo por primera vez: no conseguía reconocer el lugar del que parecían como arrancados, pero tenía la sensación de que en otro tiempo me había sido familiar, de modo que, al tropezar mi espíritu entre un año lejano y el momento presente, los alrededores de Balbec vacilaron y me pregunté si no sería todo aquel paseo una ficción, Balbec un lugar en el que sólo hubiera estado con la imaginación, la Sra. de Villeparisis un personaje de novela y los tres viejos árboles la realidad que volvemos a ver al alzar la vista del libro que estábamos leyendo y que nos describía un ambiente al que habíamos acabado creyéndonos efectivamente transportados.

Yo miraba los tres árboles, los veía perfectamente, pero mi entendimiento sentía que ocultaban algo fuera de su alcance, como esos objetos situados demasiado lejos cuyo envoltorio tan sólo rozan a veces

nuestros dedos, alargados en el extremo de nuestro brazo tendido, sin lograr atrapar nada. Entonces descansamos un momento para lanzar el brazo hacia delante con mayor impulso e intentar llegar más lejos, pero, para que mi mente hubiera podido concentrarse así, tomar impulso, habría necesitado estar solo. ¡Cuánto me habría gustado poder apartarme, como hacía en los paseos por la parte de Guermantes, cuando me aislaba de mis padres! Me parecía incluso que debería haberlo hecho. Reconocía esa clase de placer que requiere —cierto es— un trabajo del pensamiento sobre sí mismo, pero en comparación con el cual los atractivos de la indolencia que nos hacen renunciar a él parecen muy mediocres. Muy pocas veces experimentaba aquel placer, cuyo objeto tan sólo presentía, que debía crear yo mismo, pero en todas ellas me parecía que lo sucedido en el intervalo carecía de la menor importancia y que centrándome exclusivamente en su realidad podría comenzar por fin una vida verdadera. Me coloqué por un instante la mano ante los ojos para poder cerrarlos sin que la Sra. de Villeparisis lo advirtiese. Me quedé así, sin pensar en nada, y después con el pensamiento concentrado, recuperado con mayor fuerza, salté más adelante hacia los árboles o, mejor dicho, hacia la dirección interior al final de la cual los veía dentro de mí. Sentí de nuevo tras ellos el mismo objeto conocido, pero impreciso, y que no pude traer hacia mí. Sin embargo, a medida que el coche avanzaba, los veía acercarse. ¿Dónde los había ya visto? En torno a Combray no había lugar alguno en que se abriera así una alameda. Tampoco a la campiña alemana, a la que había ido un año con mi abuela a tomar las aguas, correspondía el sitio que me recordaban. ¿Procederían de años tan lejanos ya de mi vida, que el paisaje que los rodeaba había quedado totalmente abolido en mi memoria y —como esas páginas que siempre nos emocionan al volver a verlas en una obra que no pensábamos haber leído nunca— subsistían solos en el libro olvidado de mi primera infancia? ¿No pertenecerían, al contrario, exclusivamente a esos paisajes del sueño, siempre los mismos, al menos para mí, en quien su aspecto extraño era la simple objetivación, dormido, del esfuerzo que hacía en vela —ora para alcanzar el misterio en un lugar tras cuya apariencia lo presentía, como me había ocurrido tan a menudo por la parte de Guermantes, ora para intentar reintroducirlo en un lugar que había deseado conocer— y que, cuando lo

había conocido, me había parecido totalmente superficial, como Balbec? ¿Serían tan sólo una imagen totalmente nueva arrancada de un sueño de la noche anterior, pero ya tan borrosa, que me parecía proceder de mucho más lejos? ¿O sería que no los había visto nunca y ocultaban tras sí —como determinados árboles, determinada mata de hierba que había visto por la parte de Guermantes— un sentido tan obscuro, tan difícil de captar como un pasado lejano, por lo que, al incitarme a profundizar en un pensamiento, creía que debía reconocer un recuerdo? ¿O sería que no ocultaban siquiera pensamiento alguno y se debían a una fatiga de mi visión, que me hacía verlos dobles en el tiempo, como a veces se ve doble en el espacio? No sabía yo. Sin embargo, venían hacia mí, tal vez como una aparición mítica, una ronda de brujas o nornas que me proponía sus oráculos. Pensé que eran más bien fantasmas del pasado, queridos compañeros de mi infancia, amigos desaparecidos que invocaban nuestros recuerdos comunes. Como sombras, parecían pedirme que los llevara conmigo, que los devolviese a la vida. En su ingenua y apasionada gesticulación reconocía yo la pena impotente de un ser querido que ha perdido el uso de la palabra y siente que no podrá decirnos lo que quiere y que no sabemos adivinar. Pronto, en un cruce de caminos, el coche los abandonó. Éste llevaba lejos de lo único que creía verdadero, de lo que de verdad me habría hecho feliz: se parecía a mi vida.

Vi alejarse los árboles agitando, desesperados, sus brazos, que parecían decirme: «Lo que no aprendas de nosotros hoy no lo sabrás nunca. Si nos dejas volver a caer en el fondo de este camino del que intentábamos alzarnos hasta ti, toda una parte de ti mismo que te aportábamos caerá por siempre jamás en la nada». En efecto, si bien más adelante volví a conocer la clase de placer e inquietud que acababa de sentir una vez más y si bien una noche —demasiado tarde, pero para siempre— me apegué a él, de aquellos árboles mismos nunca supe, en cambio, lo que habían querido aportarme ni dónde los había visto y, cuando —tras haberse desviado el coche en un cruce— les volví la espalda y cesé de verlos, mientras la Sra. de Villeparisis me preguntaba por qué tenía expresión soñadora, me sentí triste como si acabara de perder a un amigo, morir para mí mismo, renegar de un muerto o desconocer a un dios.

Había que pensar en el regreso. La Sra. de Villeparisis, quien tenía cierto sentido de la naturaleza, más frío que el de mi abuela, pero sabía reconocer, aun fuera de los museos y las moradas aristocráticas, la belleza sencilla y majestuosa de ciertas cosas antiguas, dijo al cochero que fuese por la antigua carretera de Balbec, poco concurrida, pero plantada con viejos olmos que nos parecían admirables.

Una vez que conocimos aquella antigua carretera regresábamos, para variar, por otra —a no ser que la hubiéramos tomado a la ida— que cruzaba los bosques de Chantereine y Canteloup. La invisibilidad de las innumerables aves que platicaban muy cerca de nosotros entre sus árboles daba la misma impresión de reposo que tenemos con los ojos cerrados. Encadenado a mi transportín, como Prometeo a su roca, escuchaba yo a mis oceánides y, cuando por casualidad vislumbraba una de esas aves, que pasaba de una hoja a otra, había tan poco vínculo aparente entre ella y aquellos cantos, que no creía ver la causa de éstos en aquel cuerpecillo saltarín, asombrado y sin expresión.

Aquella carretera se parecía a muchas otras de Francia, que suben en pendiente bastante empinada y después vuelven a bajar durante un trecho largo. En aquel momento no me pareció encantadora, tan sólo me alegraba de regresar, pero más adelante llegó a ser una fuente de gozos para mí, al permanecer grabada en mi memoria como un punto de partida en el que todas las carreteras semejantes por las que pasaría durante un paseo o un viaje empalmarían al punto sin solución de continuidad y podrían, gracias a ella, comunicar inmediatamente con mi corazón, pues, en cuanto el coche o el automóvil se internara por una de aquellas carreteras que pareciesen la continuación de la que había yo recorrido con la Sra. de Villeparisis, aquello en lo que mi conciencia actual se apoyaría inmediatemente, como en mi pasado más reciente, serían —pues quedarían abolidos todos los años intermedios— las impresiones que había tenido en aquellos atardeceres, de paseo cerca de Balbec, cuando las hojas olían bien, se alzaba la bruma y, allende el próximo pueblo, se vislumbraba entre los árboles el ocaso, como si hubiese sido una localidad siguiente, forastera, distante y a la que no llegaríamos aquella noche. Conectadas con las que experimentaba ahora en otro país, en otra carretera semejante, rodeándose con todas las sensaciones accesorias de libre respiración, curiosidad, indolencia, apetito, alegría que tenían en común y excluyendo todas las demás, aquellas impresiones se reforzarían, cobrarían la consistencia de una clase particular de placer y casi de un marco de vida que, por lo demás, raras veces tenía ocasión de recuperar, pero en el cual el sueño de los recuerdos colocaba en medio de la realidad materialmente percibida una parte bastante grande de realidad evocada, soñada, imperceptible, para infundirme, en medio de aquellas regiones por las que pasaba, más un sentimiento estético, un deseo fugitivo, pero exaltado, de vivir en adelante en ellas por siempre jamás. ¡Cuántas veces —por haber sentido simplemente un olor a enramada, ir sentado en un trasportín frente a la Sra. de Villeparisis, cruzarnos con la princesa de Luxemburgo, quien la saludaba desde su coche, volver a cenar al Grand-Hôtel— no se me presentó como uno de esos gozos inefables que ni el presente ni el futuro pueden devolvernos y que sólo saboreamos una vez en la vida!

Con frecuencia había caído la noche antes de que estuviéramos de vuelta. Tímidamente, citaba yo a la Sra. de Villeparisis, al tiempo que le mostraba la luna en el cielo, alguna expresión hermosa de Chateaubriand o Vigny o Victor Hugo: «Esparcía ese antiguo secreto de melancolía» o «Llorando como Diana junto a sus fuentes» o «La sombra era nupcial, augusta y solemne».

«¿Y eso le parece hermoso?», me preguntaba ella. «¿"Genial", como dice usted? He de decirle que siempre me asombra ver que ahora se toman muy en serio cosas de las que los amigos de esos señores, aun reconociendo plenamente sus cualidades, eran los primeros en burlarse. No se prodigaba el calificativo de genio como ahora, cuando, si se dice a un escritor que sólo tiene talento, se lo toma como una injuria. Me cita usted una frase famosa del Sr. de Chateaubriand sobre la luz de la luna. Va usted a ver que tengo razones para mostrarme refractaria al respecto. El Sr. de Chateaubriand venía con mucha frecuencia a casa de mi padre. Por lo demás, era agradable, cuando estábamos a solas con él, porque entonces era sencillo y divertido, pero, en cuanto había otras personas, se ponía a hacer poses y resultaba ridículo; delante de mi padre, afirmaba haber arrojado su dimisión a la cara del Rey y haber dirigido el cónclave, pero olvidaba haber encargado a mi padre suplicar al Rey que volviera a admitirlo y que aquél le había oído hacer los pronósticos más insensatos sobre la elección del Papa. Respecto de aquel dichoso cónclave, hay que oír al Sr. de Blacas, persona muy diferente del Sr. de Chateaubriand. En cuanto a las frases de éste sobre la luz de la luna, habían pasado a ser una simple broma en casa. Siempre que brillaba la luz de la luna en torno al castillo y había algún invitado nuevo, le aconsejaban que llevara al Sr. de Chateaubriand a tomar el aire después de la cena. Cuando volvían, mi padre no dejaba de llevar aparte al invitado: "Entonces, ¿ha estado elocuente el Sr. de Chateaubriand?". "¡Sí, sí!". "¿Le ha hablado de la luz de la luna?". "Sí, ¿cómo lo sabe usted?". "Espere, ¿no le habrá dicho…?" y le citaba la frase. "Sí, pero ¿qué misterio es éste?". "Y le ha hablado incluso de la luz de la luna en la campiña romana". "Pero ¡es usted un brujo!". Mi padre no era un brujo, pero el Sr. de Chateaubriand se contentaba con servir siempre un mismo plato ya preparado».

Ante el nombre de Vigny, se echó a reír.

«El que decía: “Soy el conde Alfred de Vigny”. Se es conde o no se es, eso carece de la menor importancia».

Y tal vez le pareciera que sí que la tenía un poco, de todos modos, pues añadía:

«En primer lugar, no estoy segura de que lo fuese, pero, en todo caso, aquel señor que habló en sus versos de su “cimera de hidalgo” no era de muy rancio abolengo. ¡Qué buen gusto demuestra y qué interesante resulta para el lector! Es como Musset, simple burgués de París, quien decía enfáticamente: “El gavilán de oro con el que va armado mi casco”. Un gran señor de verdad nunca dice cosas así. Al menos Musset tenía talento como poeta, pero, aparte de *Cinq-Mars*, yo nunca he podido leer nada del Sr. de Vigny, del aburrimiento se me cae el libro de las manos. El Sr. Molé, quien tenía el ingenio y el tacto de los que carecía el Sr. de Vigny, le dio su merecido al recibirlo en la Academia. ¡Cómo! ¿No conoce usted su discurso? Es una obra maestra de malicia e impertinencia».

Reprochaba a Balzac, a quien —para asombro suyo— admiraban sus sobrinos, haber pretendido representar una sociedad «en la que no era recibido» y de la que contó mil inverosimilitudes. En cuanto a Victor Hugo, nos decía que el Sr. de Bouillon, su padre, quien tenía amigos entre la juventud romántica, había asistido gracias a ellos al estreno de *Hernani*, pero no había podido quedarse hasta el final, de tan ridículos que le habían parecido los versos de aquel escritor de grandes dotes, pero exagerado, y que recibió el título de gran poeta en virtud exclusivamente de una transacción y como recompensa por la indulgencia interesada que profesó para con las peligrosas divagaciones de los socialistas.

Ya divisábamos el hotel, sus luces, tan hostiles la primera noche, a la llegada, y ahora protectoras y gratas, anuncio del hogar, y, cuando el coche llegaba cerca de la puerta, el portero, los *grooms*, el ascensorista —presurosos, ingenuos, vagamente inquietos por nuestro retraso, esperándonos agrupados en los peldaños— eran, al resultarnos ya familiares, de esas personas que cambian tantas veces a lo largo de nuestra vida, como nosotros mismos, pero en quienes en el momento en el que son por un tiempo el espejo de nuestras costumbres, nos resulta grato sentirnos

fiel y amistosamente reflejados. Las preferimos a amigos a los que no hemos visto desde hace mucho, pues encarnan más de lo que somos actualmente. Sólo el «botones», expuesto al sol durante el día, había recibido la orden de entrar para que no hubiera de soportar el rigor del anochecer y lo habían enfundado en lanas, que, junto con la anaranjada desolación de su cabellera y el brillo curiosamente rosáceo de sus mejillas, recordaban, en medio del acristalado vestíbulo, a una planta de invernadero protegida contra el frío. Bajábamos del coche, ayudados por muchos más sirvientes de los que hacía falta, pero éstos sentían la importancia de la escena y se consideraban obligados a desempeñar un papel en ella. Yo estaba hambriento. Por eso, muchas veces, para no retrasar el momento de la cena, no subía a mi habitación, que había acabado volviéndose tan realmente mía, que ver de nuevo las grandes cortinas violáceas y las librerías bajas era volver a encontrarme solo con ese yo mismo cuya imagen me ofrecían las cosas y las personas, y esperábamos juntos en el vestíbulo a que el jefe de comedor viniese a decirnos que estábamos servidos. Era otra ocasión para escuchar a la Sra. de Villeparisis.

«Estamos abusando de su amabilidad», decía mi abuela.

«Pero ¡qué va! Si me encanta», respondía su amiga con una sonrisa mimosa y adoptando un tono melodioso que contrastaba con su sencillez habitual.

Es que, en efecto, en aquellos momentos no era natural, recordaba su educación, los modales aristocráticos con los que una gran señora debe mostrar a unos burgueses su contento de encontrarse con ellos, su falta de altivez y la única falta de verdadera educación que había en ella era el exceso de cortesías, pues se reconocía en ellas el hábito profesional de una señora del Faubourg Saint-Germain, quien, al ver siempre en algunos burgueses el descontento que habrá de crearles ciertos días, aprovecha con avidez todas las ocasiones posibles para adelantarse con un saldo acreedor en el libro de cuentas de su amabilidad para con ellos, que le permitirá próximamente inscribir en su débito la cena o la fiesta a las que no los invitará. Así, el genio de su casta, tras haber actuado sobre ella una vez por todas —e ignorando que ahora las circunstancias eran otras y las personas diferentes y que en París iba a desear vernos en su casa con frecuencia—

movía con ardor febril a la Sra. de Villeparisis —y como si el tiempo del que disponía para ser amable fuera corto— a multiplicar con nosotros, mientras estábamos en Balbec, los envíos de rosas y melones, los préstamos de libros, los paseos en coche y las efusiones verbales y, por esa razón sus amabilidades cotidianas y también la facilidad momentánea, estival, con la que mi abuela las aceptaba, se me quedaron grabadas en la memoria —en la misma medida que el deslumbrante esplendor de la playa, que el resplandor multicolor y los fulgores suboceánicos de las habitaciones, incluso que las clases de equitación mediante las cuales unos hijos de comerciantes resultaban deificados como Alejandro de Macedonia— como características de la vida balnearia.

«Entreguen sus abrigos para que se los suban».

Mi abuela se los pasaba al director y, en vista de sus gentilezas para conmigo, me afligía la falta de consideración de que parecía ser víctima.

«Creo que este señor está ofendido», decía la marquesa. «Probablemente se crea demasiado superior para recoger sus abrigos. Recuerdo al duque de Nemours volviendo, cuando era yo aún muy pequeña, a casa de mi padre, quien vivía en el último piso del Hotel Bouillon, con un gran paquete bajo el brazo, cartas y periódicos. Aún me parece ver al príncipe con su traje azul bajo el marco de nuestra puerta, que tenía unos preciosos revestimientos de madera: creo que era Bagard quien los hacía, esas varillas finas, verdad, tan flexibles, que a veces el ebanista las daba forma de capullitos y flores, como cintas que anudan un ramillete. “Mire, Cyrus”, dijo a mi padre, “su portero me ha dado esto para usted. Me ha dicho: ‘Puesto que va usted a casa del señor conde, no vale la pena que yo suba tantos pisos, pero tenga cuidado para que no se suelte el bramante’”. Ahora que ya está usted libre de esas cosas, siéntese, mire, póngase ahí», decía a mi abuela, al tiempo que le cogía la mano.

«¡Oh! Si no le importa, ¡en ese sillón, no! Es demasiado pequeño para dos y demasiado grande para una sola, voy a estar incómoda».

«Me recuerda usted un sillón —pues era idéntico exactamente— que tuve durante mucho tiempo, pero al final no pude conservar, porque se lo había regalado a mi madre la desdichada duquesa de Praslin. Mi madre, que era la persona más sencilla del mundo, pero tenía aún ideas en verdad

anticuadas y que yo ya no comprendía del todo, no había querido al principio que la presentaran a la Sra. de Praslin, quien no era otra que la Srta. Sebastiani, mientras que ésta, por ser duquesa, consideraba que no le correspondía a ella hacerse presentar, y la verdad es», añadía la Sra. de Villeparisis y olvidaba su supuesta ignorancia de esa clase de matices, «que, aun cuando hubiera sido la Sra. de Choiseul, su pretensión habría carecido de fundamento. Los Choiseul son de lo más grande, proceden de una hermana del rey Luis el Grueso, fueron auténticos soberanos en Bassigny. Reconozco que nosotros los superamos en alianzas y personajes ilustres, pero la antigüedad es casi la misma. Aquellas cuestiones de prelación habían provocado incidentes cómicos, como un almuerzo que se sirvió con más de una hora de retraso, el tiempo que tardó una de aquellas señoras en dejarse presentar. Aun así, llegaron a ser grandes amigas y regaló a mi madre un sillón del mismo estilo que éste y en el que, como acaba de hacer usted, todo el mundo se negaba a sentarse. Un día mi madre oyó un coche en el patio de su palacete. Preguntó a un joven sirviente quién era. “Es la señora duquesa de La Rochefoucauld, señora condesa”. “¡Ah! Bien, voy a recibirla”. Al cabo de un cuarto de hora, nada: “Pero, a ver, ¿la señora duquesa de La Rochefoucauld? ¿Dónde está?”. “Está en la escalera, sin aliento, señora condesa”, respondió el joven sirviente, quien acababa de llegar del campo, donde mi madre tenía la buena costumbre de ir a buscarlos. A muchos de ellos los había visto nacer. Así es como se puede tener personas de confianza en casa y es el mayor de los lujos. En efecto, a la duquesa de La Rochefoucauld le costaba mucho subir, pues era enorme: tanto, que, cuando entró, mi madre tuvo un momento de inquietud, al preguntarse dónde podría colocarla. En aquel momento llamó su atención el mueble que le había regalado la Sra. de Praslin: “Tenga la bondad de sentarse”, dijo mi madre, al tiempo que se lo ofrecía. Y la duquesa lo ocupó enteramente. Pese a sus dimensiones, no había dejado de ser una persona bastante agradable. “Sigue causando cierto efecto, cuando entra”, decía uno de nuestros amigos. “Pero sobre todo cuando sale”, respondió mi madre, quien tenía la lengua más ligera de lo que ahora sería admisible. En la propia casa de la Sra. de La Rochefoucauld no se privaban de bromear delante de ella, que era la primera en reírse, sobre sus amplias proporciones.

“Pero ¿está usted solo?”, preguntó un día al Sr. de La Rochefoucauld mi madre, que iba a visitar a la duquesa y, al ser recibida en la entrada por el marido, no había podido divisar a su esposa, quien se encontraba en un vano del fondo. “¿No está la Sra. de La Rochefoucauld? No la veo”. “¡Qué amable es usted!”, respondió el duque, una de las personas con menos discernimiento que he conocido en mi vida, pero no carente de humor».

Después de la cena, cuando había subido con mi abuela, le decía yo que las cualidades que nos encantaban en la Sra. de Villeparisis —el tacto, la finura, la discreción, el autoeclipsamiento— tal vez no fueran preciosas, puesto que quienes las personificaron en más alto grado fueron simples Molé y Loménie, y, si bien su ausencia puede hacer que las relaciones cotidianas resulten desagradables, no impidió a unos vanidosos sin discernimiento, de quienes resultaba fácil burlarse, como Bloch, llegar a ser Chateaubriand, Vigny, Hugo, Balzac… pero, al oír el nombre de Bloch, mi abuela protestaba y me alababa a la Sra. de Villeparisis. Así como se dice que el interés de la especie es el que guía en el amor las preferencias de cada cual y, para que un hijo esté constituido de la forma más normal, hace que los hombres gruesos busquen a mujeres delgadas y las mujeres gruesas a hombres delgados, así también las exigencias de mi felicidad, amenazada por el nerviosismo, por mi enfermiza inclinación a la tristeza, al aislamiento, eran las que la hacían, obscuramente, conceder el primer rango a las cualidades de ponderación y juicio, propias no sólo de la Sra. de Villeparisis, sino también de una sociedad en la que yo podría encontrar una distracción, un sosiego: una sociedad semejante a aquella en la que se vio florecer el ingenio de un Doudan, de un Sr. de Rémusat, por no hablar de una Beausergent, un Joubert, una Sévigné, ingenio que infunde mayor gozo, mayor dignidad, a la vida que los refinamientos opuestos, los que granjearon a un Baudelaire, un Poe, un Verlaine, un Rimbaud, sufrimientos y una desconsideración que mi abuela no deseaba para su nieto. Yo la interrumpía para besarla y le preguntaba si se había fijado en determinada frase que la Sra. de Villeparisis había pronunciado y en la que se traslucía la mujer que atribuía mayor importancia a su cuna de lo que confesaba. Así, sometía yo mis impresiones a mi abuela, pues nunca sabía el grado de estima correspondiente a una persona hasta que ella me lo había indicado.

Todas las noches iba yo a llevarle los bosquejos mentales que había trazado durante todo el día de todas esas personas inexistentes que no eran ella. Una vez le dije: «Yo no podría vivir sin ti». «Pero no puede ser», me respondió con voz trémula. «Tienes que endurecer más el corazón. De lo contrario, ¿qué sería de ti, si yo me marchara de viaje? Espero que fueras, en cambio, muy razonable y muy feliz». «Sabría ser razonable, si te marcharas por unos días, pero estaría contando las horas». «Pero, si me marchara por unos meses» (ante aquella simple idea se me encogía el corazón) «por unos años… por…».

Guardábamos silencio los dos. No nos atrevíamos a mirarnos. Sin embargo, yo sufría más por su angustia que por la mía. Por eso, me acerqué a la ventana y le dije con toda claridad, apartando la vista:

«Ya sabes que soy una persona de costumbres fijas. Los primeros días en que me veo separado de las personas a las que más quiero, me siento desgraciado, pero, sin dejar de seguir queriéndolas igual, me acostumbro, mi vida se vuelve tranquila, agradable; podría soportar estar separado de ellas meses, años…».

Tuve que callarme y mirar directamente por la ventana. Mi abuela salió un instante de la habitación, pero el día siguiente me puse a hablar de filosofía, con el tono más indiferente, aunque procurando que mi abuela prestara atención a mis palabras, y dije que era curioso, que, después de los últimos descubrimientos de la ciencia, el materialismo parecía invalidado y lo más probable seguía siendo la eternidad de las almas y su futura reunión.

La Sra. de Villeparisis nos avisó de que pronto no iba a poder vernos con tanta frecuencia. Un joven sobrino suyo que estaba preparándose para ingresar en Saumur y se encontraba entonces en una guarnición cercana, en Doncières, iba a ir a pasar con ella un permiso de varias semanas, por lo que le dedicaría gran parte de su tiempo. Durante nuestros paseos, nos había alabado su gran inteligencia, pero sobre todo su buen corazón; yo ya me figuraba que iba a sentir simpatía por mí, que yo iba a ser su amigo preferido y, cuando, antes de su llegada, su tía dio a entender a mi abuela que había caído, por desgracia, en las garras de una mujer mala, de la que se había enamorado locamente y que no lo soltaría, como yo estaba convencido de que esa clase de amor acababa fatalmente en la alienación

mental, el crimen y el suicidio y pensando en el breve tiempo reservado para nuestra amistad, ya tan intensa en mi corazón, aun cuando aún no lo había visto, lloré por ella y por las desdichas que le aguardaban como por una persona querida, cuando acaban de informarnos de que padece una grave enfermedad y tiene los días contados.

Una tarde en que hacía mucho calor, estaba yo en el comedor, medio a obscuras, porque lo habían dejado —para protegerlo del sol— con las cortinas echadas, que éste amarilleaba y por cuyos intersticios parpadeaba el azul del mar, cuando por la vía central que comunicaba la playa con la carretera vi pasar —alto, delgado, con el cuello despejado y la cabeza orgullosamente erguida— a un joven de ojos penetrantes, piel tan rubia y pelo tan dorado como si hubiese absorbido todos los rayos del sol. Iba vestido con un traje de tela tan ligera y blanquecina, que nunca —me habría parecido— se atrevería un hombre a ponérselo y que —no menos que el frescor del comedor— evocaba el calor y el buen tiempo de fuera, y caminaba aprisa. Sus ojos, de uno de los cuales se caía a cada momento un monóculo, eran del color del mar. Todo el mundo lo miró pasar con curiosidad, se sabía que aquel joven marqués de Saint-Loup-en-Bray era famoso por su elegancia. Todos los periódicos habían descrito el traje con el que recientemente había hecho de testigo del joven duque de Uzès en un duelo. Parecía que la calidad tan particular de su pelo, sus ojos, su piel, su porte, que lo habrían distinguido en medio de una multitud como un precioso filón de ópalo azulino y luminoso enfundado en una materia grosera, debía corresponder a una vida diferente de la de los otros hombres y, en consecuencia, cuando, antes de la relación de la que la Sra. de Villeparisis se quejaba, las mujeres más hermosas de la alta sociedad se lo habían disputado, su presencia —en una playa, por ejemplo— junto a la renombrada belleza a la que cortejaba no sólo lo hacía destacar totalmente, sino que, además, atraía las miradas sobre él y sobre ella. Por su distinción, su impertinencia de joven «león», por su extraordinaria belleza sobre todo, algunos le veían incluso un aire afeminado, pero sin reprochárselo, pues conocían su virilidad y la pasión que sentía por las mujeres. Era ese sobrino de la Sra. de Villeparisis del que ésta nos había hablado. Me encantó pensar que iba a conocerlo durante unas semanas y no me cupo duda de que me

daría todo su afecto. Cruzó, raudo, todo el espacio del hotel, como si persiguiera su monóculo, que revoloteaba delante de él como una mariposa. Venía de la playa y el mar, que ocupaba hasta media altura los cristales del vestíbulo, formaba un fondo sobre el cual destacaba de pie, como en ciertos retratos en que los pintores pretenden ofrecer —sin tergiversar en modo alguno la observación más exacta de la vida actual, pero eligiendo para su modelo un marco apropiado: césped de polo, de golf, pista de carreras, puente de yate— un equivalente moderno de las telas en que los primitivos presentaban la figura humana en primer plano sobre un paisaje de fondo. Un coche de dos caballos lo esperaba delante de la puerta y, mientras su monóculo reanudaba sus retozos por la carretera soleada, el sobrino de la Sra. de Villeparisis, tras tomar —con la elegancia y la pericia que un gran pianista se las arregla para mostrar hasta en el pasaje más sencillo, en el que no parecía posible que supiera revelarse superior a un ejecutante de segunda fila— las riendas que le cedió el cochero, se sentó junto a él y, al tiempo que abría una carta que le había entregado el director del hotel, hizo arrancar a los caballos.

¡Qué decepción experimenté los días siguientes, cuando pude darme cuenta, siempre que lo encontré fuera o en el hotel —con el cuello alzado y equilibrando constantemente los movimientos de sus miembros en torno a su fugitivo y danzante monóculo, que parecía su centro de gravedad— de que no intentaba acercársenos y vi que no nos saludaba, aunque no podía ignorar que éramos los amigos de su tía! Y, recordando la amabilidad que me había mostrado la Sra. de Villeparisis y, antes que ella, el Sr. de Norpois, pensé que tal vez éstos fueran tan sólo unos nobles de mentirijillas y que un artículo secreto de las leyes que rigen la aristocracia debía de permitir tal vez a las mujeres y a ciertos diplomáticos renunciar —en sus relaciones con los plebeyos y por una razón que se me escapaba— a la altivez que, en cambio, debía ejercer, despiadado, un joven marqués. Mi inteligencia podría haberme dicho lo contrario, pero lo característico de la ridícula edad por la que atravesaba yo —en modo alguno ingrata, sino muy fecunda— es la de que en ella no consultamos a la inteligencia y los menores atributos de las personas nos parecen formar parte indivisible de su personalidad. Totalmente rodeados de monstruos y dioses, apenas conocemos la calma.

Casi no hay un gesto que hiciéramos entonces que no hayamos deseado más adelante poder abolir, pero lo que deberíamos, al contrario, lamentar es haber perdido la espontaneidad que nos movía a hacerlos. Más adelante vemos las cosas de forma más práctica, en coincidencia plena con el resto de la sociedad, pero la de adolescente es la única época en la que hayamos aprendido algo.

Aquella insolencia que adivinaba yo en el Sr. de Saint-Loup y toda la dureza natural que entrañaba resultó verificada por su actitud siempre que pasaba junto a nosotros, con el cuerpo inflexiblemente espigado, la cabeza siempre tan alta, la mirada impasible o, mejor dicho, tan implacable, carente del vago respeto que tenemos para con los derechos de otras personas, aun cuando no conozcan a nuestra tía, y por el cual yo no era exactamente el mismo ante una señora anciana que ante un farol de gas. Aquellos modales gélidos estaban tan lejos de las cartas encantadoras que unos días antes lo imaginaba yo escribiéndome para expresarme su simpatía como del entusiasmo de la Asamblea y del pueblo que se ha imaginado despertando con un discurso inolvidable lo está la situación mediocre, obscura, del imaginativo que, tras haber, así, soñado despierto, a solas y en voz alta, se vuelve a sentir —una vez calmadas las aclamaciones imaginarias— tan pobre hombre como antes. Cuando la Sra. de Villeparisis —seguramente para intentar borrar la mala impresión que nos habían causado aquellas apariencias reveladoras de un carácter orgulloso y perverso— volvió a hablarnos de la inagotable bondad de su sobrino segundo (era hijo de una de sus sobrinas y un poco mayor que yo), me admiró que en la buena sociedad se atribuyeran —con absoluto desprecio de la verdad— cualidades del corazón a quienes lo tenían tan duro, aunque fuesen, por lo demás, amables con personas brillantes de su ambiente. La propia Sra. de Villeparisis añadió, aunque indirectamente, una confirmación de los rasgos esenciales, ya indudables para mí, del carácter de su sobrino, un día en que me los encontré a los dos en un camino tan estrecho, que no pudo por menos de presentármelo. Aquel joven pareció oír que le citaban el nombre de alguien, pues ningún músculo de su rostro se movió; sus ojos, en los que no brilló ni la más débil vislumbre de simpatía humana, mostraron simplemente en la insensibilidad, en la inanidad, de la mirada una exageración por defecto sin

la cual nada los habría diferenciado de espejos sin vida. Después, tras clavar en mí aquellos duros ojos, como si hubiera querido informarse sobre mí, antes de devolverme el saludo, alargó cuan largo era el brazo mediante un brusco arranque —que más pareció debido a un reflejo muscular que a un acto de voluntad y creó entre él y yo el mayor intervalo posible— y me tendió la mano, a distancia. Cuando, el día siguiente, me pasaron su tarjeta, creí que era al menos para un duelo, pero sólo me habló de literatura y, después de una larga charla, declaró que deseaba ardientemente verme varias horas todos los días. Durante aquella visita no sólo había dado muestras de un gusto muy entusiasta por los asuntos intelectuales, sino que, además, me había manifestado una simpatía que muy poco condecía con el saludo de la víspera. Cuando lo vi volver a hacerlo siempre que le presentaban a alguien, comprendí que era una simple costumbre mundana particular de cierta parte de su familia y a la que su madre, deseosa de que estuviera admirablemente educado, había sometido su cuerpo; hacía esos saludos sin pensar en ellos más que en su linda vestimenta, en su hermoso pelo; era algo desprovisto del significado moral que yo le había atribuido al principio, algo puramente aprendido, como aquel otro hábito que también tenía de hacerse presentar inmediatamente a los parientes de sus conocidos y que había llegado a ser tan instintivo en él, que, al verme el día siguiente al de nuestro encuentro, corrió hacia mí y, sin darme los buenos días, me pidió que le dijera el nombre de mi abuela, quien estaba junto a mí, con la misma febril rapidez que si aquella petición se hubiese debido a algún instinto defensivo —como el gesto de parar un golpe o cerrar los ojos ante un chorro de agua hirviendo— y permanecer un solo segundo más sin su protección hubiera entrañado peligro.

Una vez cumplidos los primeros ritos de exorcismo, vi a aquel ser desdeñoso volverse —así como un hada uraña se despoja de su primera apariencia y se engalana con gracias hechizadoras— el joven más amable, más atento, que había conocido jamás. «Bien», pensé, «ya me he equivocado con él, he sido víctima de un espejismo, pero, nada más vencer el primero, he caído en otro, pues se trata de un gran señor henchido de nobleza y que intenta disimularlo». Ahora bien, al cabo de poco tiempo toda la encantadora educación, toda la amabilidad, de Saint-Loup iba a

dejarme ver, en efecto, a otra persona, pero muy diferente de la que sospechaba yo.

Aquel joven que parecía un aristócrata y un deportista desdeñoso sólo sentía estima y curiosidad por los asuntos intelectuales, sobre todo por las manifestaciones modernistas de la literatura y del arte que tan ridículas parecían a su tía; estaba, por otra parte, imbuido de lo que ésta llamaba las declamaciones socialistas y henchido del más profundo desprecio para con su casta y pasaba horas estudiando a Nietzsche y a Proudhon. Era uno de esos «intelectuales» propensos a la admiración, que se encierran en un libro, interesados exclusivamente en altos pensamientos. En Saint-Loup la expresión de aquella tendencia tan abstracta y que tanto lo alejaba de mis preocupaciones habituales, sin dejar de parecerme conmovedora, me enojaba un poco incluso. Puedo decir que —cuando, tras leer, con la mente henchida de ensueños, deseosa de precisiones sobre la vida del Sr. de Marsantes, unas *Memorias* cargadas de anécdotas sobre aquel famoso conde en quien se resume la elegancia tan especial de una época ya lejana, supe bien quién había sido su padre— me dio rabia que Robert de Saint-Loup —en lugar de contentarse con ser el hijo de su padre, en lugar de ser capaz de guiarme por la novela anticuada que había sido la vida de éste— se hubiera elevado hasta el amor de Nietzsche y Proudhon. Su padre no habría compartido mi disgusto. Era, a su vez, un hombre inteligente, que sobrepasaba los límites de su vida de miembro de la alta sociedad. Apenas había tenido tiempo de conocer a su hijo, pero había deseado que valiera más que él y no me cabe la menor duda de que, al contrario que el resto de la familia, lo habría admirado, se habría alegrado de que abandonara sus ligeras diversiones para dedicarse a austeras meditaciones y sin decir nada, con su modestia de gran señor espiritual, habría leído a escondidas a los autores favoritos de su hijo para apreciar la superioridad de Robert sobre él.

Por lo demás, se daba la circunstancia, bastante triste, de que, si bien el Sr. de Marsantes, de mentalidad muy abierta, habría apreciado a un hijo tan diferente de él, Robert de Saint-Loup —por ser de quienes creen que el mérito va unido a ciertas formas de arte y de vida— tenía un recuerdo afectuoso, pero un poco despectivo, de un padre que se había dedicado toda su vida a la caza y a las carreras, había bostezado ante Wagner y se había

pirrado por Offenbach. Saint-Loup no era lo bastante inteligente para comprender que el valor intelectual nada tiene que ver con la adhesión a cierta fórmula estética y la «intelectualidad» del Sr. de Marsantes le inspiraba en parte el mismo desdén que habrían sentido por sus padres un hijo de Boieldieu y un hijo de Labiche que hubieran sido adeptos de la literatura más simbolista y de la música más complicada. «Conocí muy poco a mi padre», decía Robert. «Al parecer, era un hombre exquisito. Su desastre fue la deplorable época en la que vivió. Haber nacido en el Faubourg Saint-Germain y haber vivido en la época de la *Belle-Hélène* es un cataclismo para una existencia. Tal vez si hubiera sido un pequeño burgués fanático del *Ring*, habría dado otro resultado. Me han dicho incluso que le gustaba la literatura, pero no se puede saber, porque lo que entendía por literatura se componía de obras caducas». Y por lo que a mí respectaba, si bien yo consideraba a Saint-Loup un poco serio, él no comprendía que yo no lo fuera más. Al juzgarlo todo exclusivamente por el peso de inteligencia que contiene, al no advertir los encantos de imaginación que me infundían ciertas cosas que él juzgaba frívolas, le extrañaba que yo —a quien se imaginaba ser él tan inferior— pudiera interesarme por ellas.

Desde los primeros días, Saint-Loup conquistó a mi abuela, no sólo por la incesante bondad que se las ingeniaba para mostrarnos, sino también por la naturalidad con que la ejercía y que ponía en todo. Ahora bien, la naturalidad —seguramente porque hace sentir, bajo el arte del hombre, la naturaleza— era la cualidad que mi abuela prefería a todas tanto en los jardines, en los que no le gustaba que hubiera —como en el de Combray— arriates demasiado regulares, como en la cocina, en la que detestaba esos «platos montados» en los que apenas se reconocen los alimentos que los componen, o en la interpretación pianística, que no deseaba demasiado refinada, demasiado pulida, e incluso le complacían en particular las notas enganchadas, las notas desafinadas de Rubinstein. Apreciaba esa naturalidad hasta en la vestimenta de Saint-Loup, de una elegancia suelta, nada «cursi» ni «estudiada», sin rigidez ni acartonamiento. Apreciaba aún más a aquel joven rico por la forma descuidada y libre con que vivía en el lujo sin «oler a dinero», sin darse importancia; veía incluso el encanto de aquella naturalidad en la incapacidad que Saint-Loup había conservado —y

que suele desaparecer con la infancia, al tiempo que ciertas particularidades fisiológicas de esa edad— para impedir que su rostro reflejara una emoción. Algo que deseara, por ejemplo, y con lo que no hubiera contado, aunque fuese un cumplido, hacía emanar de él un placer tan brusco, tan ardiente, tan volátil, tan expansivo, que le resultaba imposible contenerlo y ocultarlo; un gesto de placer se apoderaba irresistiblemente de su rostro; la piel, demasiado fina, de sus mejillas dejaba traslucir un intenso rubor, sus ojos reflejaban la confusión y la alegría, y mi abuela era infinitamente sensible a esa graciosa apariencia de franqueza e inocencia, que, por lo demás, en Saint-Loup, al menos en la época en que yo hice amistad con él, no engañaba, pero conocí a otra persona —y hay muchas de ese estilo— en la que la sinceridad fisiológica de ese rubor pasajero en modo alguno excluía la duplicidad moral; muy a menudo demuestra sólo la vivacidad con la que sienten el placer —hasta el punto de quedar desarmados ante él y verse forzados a confesarlo a los demás— personas capaces de las más viles bribonadas. Ahora bien, en lo que mi abuela adoraba sobre todo la naturalidad de Saint-Loup era en su forma de confesar sin rodeos la simpatía que yo le inspiraba y emplear para expresarla palabras como no habría podido ella misma encontrarlas más idóneas y cariñosas de verdad, palabras que habrían refrendado «Sévigné y Beausergent»; no tenía reparos en bromear sobre mis defectos, que había discernido con una agudeza que la divertía, pero —como habría hecho ella misma— con ternura, y exaltaba, al contrario, mis cualidades con un ardor, un abandono, que no conocía la reserva y la frialdad gracias a las cuales jóvenes de su edad suelen creer que se dan importancia y daba muestras —a la hora de prevenir mis menores indisposiciones, de ponerme una manta sobre las piernas, si había refrescado sin que yo lo hubiera advertido, de arreglárselas para quedarse por la noche conmigo hasta más tarde, si me sentía triste o de mal humor— de una vigilancia que, desde el punto de vista de mi salud, para la que tal vez habría sido preferible un mayor endurecimiento, mi abuela consideraba casi excesiva, pero que, como prueba de afecto por mí, la conmovía profundamente.

No tardamos en convenir él y yo en que habíamos llegado a ser grandes amigos para siempre y él hablaba de «nuestra amistad» como de algo

importante y delicioso que existiese fuera de nosotros y que no tardó en considerar el mayor gozo —dejando aparte su amor a su amante— de su vida. Aquellas palabras me causaban como una tristeza y me sentía violento a la hora de responderles, pues al encontrarme y hablar con él, yo no experimentaba —y seguramente lo mismo habría ocurrido con cualquier otro— nada parecido a ese gozo, que, en cambio, podía sentir cuando carecía de compañero. A solas sentía afluir a veces desde lo más profundo de mi ser alguna de esas impresiones que me infundían un bienestar delicioso, pero, en cuanto me encontraba con alguien, en cuanto hablaba con un amigo, mi mente daba media vuelta y hacia ese interlocutor —y no hacia mí— dirigía sus pensamientos y, cuando seguían ese sentido inverso, no me procuraban el menor placer. Una vez que me había separado de Saint-Loup, ponía, mediante las palabras, como un orden en los confusos minutos que había pasado con él; me decía que tenía un buen amigo, que un buen amigo es una cosa rara y gozaba, al sentirme rodeado de bienes difíciles de adquirir, lo opuesto exactamente del placer que me resultaba natural, del placer de haber extraído de mi propio ser y sacado a la luz algo que en él estaba oculto en la penumbra. Si había pasado dos o tres horas charlando con Robert de Saint-Loup y éste había admirado lo que yo le había dicho, sentía como un remordimiento, de pesar, de fatiga por no haber estado solo y listo por fin para trabajar, pero me decía que sólo somos inteligentes para nosotros mismos, que los más grandes desearon verse apreciados, que no podía considerar perdidas horas en las que había hecho que mi amigo concibiera un gran concepto de mí, no me costaba convencerme de que debía sentirme feliz al respecto y deseaba tanto más intensamente no verme privado de esa felicidad cuanto que no la había sentido. Más que la de todos los demás, tememos la desaparición de los bienes que han permanecido fuera de nosotros, porque nuestro corazón no se los ha adueñado. Me sentía capaz de ejercer las virtudes de la amistad mejor que muchos, porque siempre pondría el bien de mis amigos por delante de esos intereses personales a los que otros se sienten tan apegados y que para mí no contaban, pero no de conocer el gozo infundido por un sentimiento que, en lugar de aumentar las diferencias que había entre mi alma y la de los demás, como las hay entre las almas de todos nosotros, las

borraría. En cambio, a veces mi pensamiento discernía en Saint-Loup un ser más general que él mismo —el «noble»— y que, como un espíritu interior, movía sus miembros, ordenaba sus gestos y sus acciones; entonces, en esos momentos yo estaba —aunque a su lado— solo, como lo habría estado ante un paisaje cuya armonía hubiese comprendido. Él ya no era sino un objeto en el que mi ensueño intentaba profundizar. Al volver a ver siempre en él a ese ser anterior, secular, a ese aristócrata que Robert aspiraba precisamente a no ser, experimentaba yo un intenso gozo, pero de inteligencia, no de amistad. En la agilidad moral y física que confería tanta gracia a su amabilidad, en la soltura con la que ofrecía su coche a mi abuela y la hacía montar en él, en su destreza para saltar de su asiento, cuando temía que yo tuviera frío, para echarme su propio abrigo sobre los hombros, no sentía yo sólo la agilidad hereditaria de los grandes cazadores que habían sido desde hacía generaciones los antepasados de aquel joven que sólo aspiraba a la intelectualidad, su desdén de la riqueza que —al subsistir en él junto al aprecio en que la tenía tan sólo para poder festejar mejor a sus amigos— le hacía poner con tanta despreocupación su lujo a los pies de éstos, sino también —y sobre todo— la certidumbre o la falsa ilusión que habían tenido aquellos grandes señores de ser «más que los otros», gracias a lo cual no habían podido legar a Saint-Loup ese deseo de mostrar que somos «tanto como los otros», ese miedo a parecer demasiado solícito que le resultaba en verdad desconocido y que con tanta rigidez y torpeza desfigura la más sincera amabilidad plebeya. A veces me reprochaba a mí mismo sentir —así— placer al considerar a mi amigo como una obra de arte, es decir, al contemplar el funcionamiento de todas las partes de su ser como armoniosamente regulado por una idea general a la que estaban sometidas, pero que él no conocía y que, por consiguiente, en nada contribuía a sus cualidades propias, a ese valor personal de inteligencia y moralidad que en tan alto concepto tenía.

Y, sin embargo, era en cierta medida la condición para éste. Precisamente porque era un hidalgo, esa actividad mental, esas aspiraciones socialistas, que lo movían a buscar el contacto con jóvenes estudiantes presuntuosos y mal vestidos, entrañaban en él una pureza y un desinterés auténticos, de los que ellos carecían. Creyéndose heredero de una casta

ignorante y egoísta, aspiraba sinceramente a que le perdonaran sus orígenes aristocráticos, que, en cambio, ejercían sobre ellos una seducción y por los cuales buscaban su compañía, al tiempo que simulaban frialdad e incluso insolencia para con él. Llegaba, así, a interesarse por personas respecto de las cuales cualquier actitud por su parte que no fuera el alejamiento habría inspirado a mis padres, fieles a la sociología de Combray, estupefacción. Un día en que estábamos sentados en la arena, Saint-Loup y yo, oímos —procedentes de una tienda de tela junto a la que nos encontrábamos— imprecaciones contra el pulular de israelitas que infestaba Balbec. «No se pueden dar dos pasos sin toparse con ellos», decía la voz. «Yo no soy por principio irreductiblemente hostil a la nacionalidad israelita, pero aquí hay una plétora. Oyes todo el rato: "Mira, Abraham, he visto a Jacob". Esto parece la Rue d'Aboukir». El hombre que tronaba así contra Israel salió por fin de la tienda y alzamos la vista hacia aquel antisemita. Era mi compañero Bloch. Saint-Loup me pidió inmediatamente que recordara a éste que se habían conocido en el examen de la reválida del bachillerato, en el que Bloch había obtenido matrícula de honor y después en una Universidad Popular.

A lo sumo, sonreía yo a veces al reconocer en Robert las enseñanzas de los jesuitas manifestadas en el malestar que sentía, siempre que alguno de sus amigos intelectuales cometía un error en materia de urbanidad mundana, hacía algo ridículo, a lo que él —Saint-Loup— no atribuía la menor importancia, pero que, si se hubiera advertido, habría hecho enrojecer —lo sabía— al otro y era Robert quien enrojecía, como si hubiese sido él el culpable: por ejemplo, el día en que Bloch, tras prometerle que iría a verlo al hotel, añadió:

«Como no puedo soportar la espera entre la falsa distinción de esos grandes centros cosmopolitas y los zíngaros me ponen enfermo, diga al *laift* que los haga callar y lo avise a usted en seguida».

Personalmente, yo no deseaba precisamente que Bloch acudiera al hotel. No estaba, por desgracia, solo en Balbec, sino con sus hermanas, que tenían allí, a su vez, muchos parientes y amigos. Ahora bien, aquella colonia judía era más pintoresca que agradable. Ocurría en Balbec como en ciertos países —Rusia o Rumania— en los que, como nos enseñan los cursos de

geografía, la población israelita no goza del mismo favor ni ha logrado el mismo grado de asimilación que en París, por ejemplo. Cuando las primas y los tíos de Bloch o sus correligionarios varones y hembras, siempre juntos, sin mezcla de otro elemento alguno, se dirigían —unas para el «baile», los otros desviándose hacia el bacarrá— al Casino, formaban un cortejo homogéneo en sí y enteramente disímil de las personas que los veían pasar y volvían a verlos allí todos los años sin cambiar jamás un saludo con ellos, ya se tratara de la sociedad de los Cambremer, del clan del presidente de la Audiencia o de grandes o pequeños burgueses o incluso de simples comerciantes de granos de París, cuyas hijas —bellas, orgullosas, burlonas y francesas como las estatuas de Reims— no habrían querido mezclarse con aquella horda de chicarronas maleducadas que llevaban la obsesión de la moda «balnearia» hasta el extremo de parecer siempre volver de pescar gambas o haber estado bailando el tango. En cuanto a los hombres, pese al brillo de los *smokings* y los zapatos de charol, la exageración de su tipo recordaba siempre a esas investigaciones denominadas «inteligentes» de los pintores que, para ilustrar los Evangelios o *Las mil y una noches*, tienen en cuenta el país en que se enmarcan y atribuyen a San Pedro o a Ali Babá precisamente la cara que tenía el «pez» más «gordo» de Balbec. Bloch me presentó a sus hermanas, a quienes cerraba el pico con la mayor brusquedad y que reían a carcajadas de las menores ocurrencias de su hermano, su admirado ídolo. Así, pues, aquel ambiente debía de encerrar —como cualquier otro, tal vez más que cualquier otro— muchos encantos, cualidades y virtudes, pero para conocerlos habría que haber penetrado en él. Ahora bien, no gustaba: lo notaba y veía en ello la prueba de un antisemitismo al que hacía frente en una falange compacta y apretada entre la que, por lo demás, a nadie se le ocurría abrirse paso.

En cuanto al *laift*, había tantas menos razones para que me sorprendiera cuanto que, unos días antes, tras preguntarme Bloch por qué había yo acudido a Balbec (en cambio, su presencia allí le parecía de lo más natural) y si era «con la esperanza de hacer amistades interesantes» y contestarle yo que aquel viaje respondía a uno de mis deseos más antiguos, si bien menos profundo que el de ir a Venecia, había comentado: «Sí, naturalmente, para tomar sorbetes con señoras hermosas y al tiempo fingir leer *The Stones of*

Venaice de Lord John Ruskin, tremendo pelmazo y uno de los tipos más aburridos que imaginarse pueda». Así, pues, Bloch creía, evidentemente, que en Inglaterra no sólo todos los individuos de sexo masculino son lores, sino también que en inglés la letra *i* siempre se pronuncia *ai*. En cuanto a Saint-Loup, consideraba esa falta de pronunciación tanto menos grave cuanto que veía en ella sobre todo una falta de esos conocimientos casi mundanos que mi nuevo amigo despreciaba en la misma medida en que los dominaba, pero el miedo a que Bloch, al enterarse un día de que se pronuncia «Venice» y de que Ruskin no era lord, pensara retrospectivamente haber parecido ridículo a Robert, hizo que este último se considerase culpable, como si hubiera carecido de la indulgencia de la que rebosaba y sintiese —por adelantado y con reversibilidad— invadido su rostro por el rubor que seguramente colorearía un día el de Bloch, pues no le cabía duda de que Bloch atribuía más importancia que él a aquella falta, cosa que Bloch demostró un tiempo después, un día en que me oyó pronunciar *lift*, al interrumpirme: «¡Ah! Se dice *lift*», y añadir con tono seco y altanero: «Por lo demás, carece de la menor importancia», frase análoga a un reflejo, la misma que pronuncian todos los hombres con amor propio en las circunstancias más graves y en las más ínfimas, con lo que se revela entonces tan bien como en aquel caso la importancia que atribuye al asunto de que se trate quien lo declara carente de importancia, frase trágica a veces, la primera que se escapa —tan desconsoladora entonces— de los labios de todo hombre un poco orgulloso a quien acaban de privar de la última esperanza a la que se aferraba, al negarle un favor: «¡Ah! Bien, carece de la menor importancia, ya me arreglaré de otro modo», cuando resulta que el otro modo hacia el que carece de importancia verse abocado es a veces el suicidio.

Después Bloch me dijo cosas muy agradables. Deseaba —no cabía duda — mostrarse muy amable conmigo. Sin embargo, me preguntó: «¿Frecuentas a Saint-Loup-en-Bray por deseo de elevarte hacia la nobleza, una nobleza bastante al margen, por lo demás, pero es que tú sigues siendo un ingenuo? Debes de estar pasando por una buena crisis de esnobismo. Dime: ¿eres un esnob? Sí, ¿verdad?». No era que su deseo de amabilidad hubiese cambiado bruscamente, pero lo que con expresión bastante

incorrecta se llama «mala educación» era su defecto y, por consiguiente, aquel que no advertía y, con mayor razón, no creía que pudiera chocar a los demás. En la Humanidad la frecuencia de las virtudes idénticas para todos no es más maravillosa que la multiplicidad de los defectos particulares a cada uno. Seguramente «la cosa más extendida en el mundo» no es el sentido común, sino la bondad. En los rincones más lejanos, más perdidos, maravilla verla florecer por sí sola, como en un vallecito apartado una amapola igual a las del resto del mundo, pese a no haber visto ninguna y no haber conocido otra cosa que el viento que hace estremecer a veces su roja caperuza solitaria. Aun cuando no se ejerza dicha bondad, paralizada por el interés, no por ello deja de existir y, siempre que un móvil egoísta no le impide hacerlo —por ejemplo, durante la lectura de una novela o de un periódico—, se abre, se inclina —incluso en el corazón de quien, aun siendo un asesino en la vida, sigue conservando ternura como aficionado a los folletines— hacia el débil, hacia el justo y el perseguido, pero la diversidad de los defectos no es menos admirable que la similitud de las virtudes. La persona más perfecta tiene cierto defecto que choca o irrita. Una es una hermosa inteligencia, ve todo desde un punto de vista elevado, nunca habla mal de nadie, pero olvida en el bolsillo las cartas más importantes que ella misma nos ha pedido confiarle y nos hace faltar después a una cita capital, sin disculparse, con una sonrisa, porque se precia de no saber nunca la hora. Otra tiene tanta finura, suavidad, actitudes delicadas, que nunca nos dice sobre nosotros mismos sino las cosas que pueden hacernos dichosos, pero sentimos que calla, que sepulta en su corazón, en el que se agrían, otras muy diferentes, y el placer que siente al vernos le es tan caro, que preferiría hacernos morir de fatiga a dejarnos. Un tercero abriga más sinceridad, pero la lleva hasta el extremo de tener el mayor interés en que sepamos —cuando nos hemos excusado por nuestro estado de salud de no poder ir a verlo— que nos han visto dirigiéndonos al teatro y teníamos buen aspecto o que no ha podido aprovechar enteramente nuestra gestión para él, que, por lo demás, otras tres personas se han ofrecido ya a hacerle y de la que nos está, así, sólo ligeramente agradecido. En las dos circunstancias, el amigo anterior habría fingido ignorar que habíamos ido al teatro y que otras personas hubieran podido hacerle el

mismo favor. En cuanto a este último amigo, siente la necesidad de repetir o revelar a alguien lo que más puede contrariarnos, está encantado con su franqueza y nos dice con convicción: «Yo soy así». Mientras que otros nos irritan con su exagerada curiosidad o su absoluta falta de curiosidad y podemos hablarles de los acontecimientos más sensacionales sin que sepan de qué se trata, otros tardan meses en contestarnos a una carta relativa a un asunto que nos afecta a nosotros y no a ellos o, si nos dicen que van a venir a pedirnos algo y no nos atrevemos a salir por miedo a que no nos encuentren, no vienen y nos hacen esperar semanas, porque, al no haber recibido de nosotros la respuesta que su carta en modo alguno requería, creían habernos enojado, y algunos, consultando su deseo y no el nuestro, nos hablan sin dejarnos decir palabra, si están contentos y tienen ganas de vernos, aun cuando tengamos que hacer un trabajo urgente, pero, si se sienten cansados por el tiempo o de mal humor, no podemos arrancarles una palabra, oponen a nuestros esfuerzos un decaimiento inerte y se toman tan poca molestia en respondernos —ni siquiera con monosílabos— a lo que decimos como si no nos hubiesen oído. Cada uno de nuestros amigos tiene hasta tal punto sus defectos, que para seguir queriéndolos nos vemos obligados a intentar consolarnos de ellos —pensando en su talento, en su bondad, en su ternura— o más bien a no tenerlos en cuenta desplegando para ello toda nuestra buena voluntad. Por desgracia, nuestra complaciente obstinación en no ver el defecto de nuestro amigo es superada por la que muestra en entregarse a él por su ceguera o la que atribuye a los demás, pues no lo ve o cree que no lo vemos. Como el riesgo de desagradar se debe sobre todo a la dificultad de apreciar lo que pasa o no inadvertido, al menos nunca se debería —por prudencia— hablar de uno mismo, pues se trata de un asunto en el que podemos estar seguros de que la opinión de los otros y la nuestra nunca coincidirán. Si, cuando descubrimos la verdadera vida de los otros, el universo real bajo el aparente, nos llevamos tantas sorpresas como al visitar una casa de apariencia normal cuyo interior está lleno de tesoros, ganzúas y cadáveres, no menos nos las llevamos, si —en lugar de la idea que nos habíamos hecho de nosotros mismos gracias a lo que todo el mundo nos decía— nos enteramos por el lenguaje con que se refieren a nosotros en nuestra ausencia de la idea enteramente distinta que encerraban

de nosotros y de nuestra vida en su interior. De modo, que, siempre que hemos hablado de nosotros, podemos estar seguros de que nuestras palabras inofensivas y prudentes, escuchadas con cortesía aparente y aprobación hipócrita, han originado los comentarios más exasperados o más jocosos: en todo caso, los menos favorables. El menor riesgo que corremos es el de irritar con la desproporción existente entre nuestra idea de nosotros mismos y nuestras palabras y a la que suele deberse que las afirmaciones de las personas sobre sí mismas resulten tan risibles como esos canturreos de los falsos aficionados a la música que sienten la necesidad de tararear una tonada que les gusta compensando la insuficiencia de su inarticulado murmullo con una mímica enérgica y gratuita y una expresión admirativa no justificada por lo que nos hacen oír. Y a la mala costumbre de hablar de nosotros mismos y de nuestros defectos hay que añadir, como constitutiva de un solo bloque con ella, esa otra de denunciar en los demás defectos análogos precisamente a los que tenemos. Ahora bien, de esos defectos es de los que hablamos siempre, como si fuera una forma indirecta de hablar de nosotros mismos y que combina el placer de confesar con el de absolvernos. Por lo demás, parece que nuestra atención, siempre atraída por lo que nos caracteriza, lo observa más que otra cosa alguna en los otros. Un miope dice de otro: «Pero ¡si es que apenas puede abrir los ojos!»; un enfermo del pecho tiene dudas sobre la integridad pulmonar del más sólido; un desaseado no habla sino de los baños que los otros no se dan; un maloliente afirma que hay mal olor; un marido engañado ve maridos engañados por doquier; una mujer ligera, mujeres ligeras; el esnob, esnobs. Y, además, todos los vicios, como todas las profesiones, exigen y desarrollan un saber especial que no tenemos inconveniente en exponer. El invertido identifica a invertidos; el sastre invitado a una reunión mundana aún no ha hablado con nosotros y ya ha apreciado el tejido de nuestro traje y sus dedos se mueren de ganas de palpar su calidad y, si, al cabo de unos instantes de conversación, preguntáramos su verdadera opinión sobre nosotros a un odontólogo, nos diría el número de muelas cariadas que tenemos. Nada le parece más importante y para nosotros, que hemos notado las suyas, nada hay más ridículo. Y no sólo cuando hablamos de nosotros creemos ciegos a los otros; actuamos como si lo fueran. Para cada uno de

nosotros, hay un dios especial ahí que le oculta o le promete la invisibilidad de su defecto, del mismo modo que cierra los ojos y las ventanas de la nariz a quienes no se lavan respecto de la línea de mugre que ostentan en las orejas y del olor de transpiración que conservan en las axilas y los persuade de que pueden pasear una y otro impunemente por el mundo, que nada advertirá, y quienes llevan o regalan perlas falsas se imaginan que las confundiremos con las auténticas. Bloch era un maleducado, neurópata y esnob y, como pertenecía a una familia poco estimada, soportaba como en el fondo de los mares las incalculables presiones que ejercían sobre él no sólo los cristianos de la superficie, sino también las capas superpuestas de las castas judías superiores a la suya, cada una de las cuales agobiaba con su desprecio a la inmediatamente inferior. Salir al aire libre elevándose de familia judía en familia judía habría requerido a Bloch varios millares de años. Más valía abrirse una salida por otro lado.

Cuando Bloch me habló de la crisis de esnobismo por la que debía de atravesar yo y me pidió que le confesara que era un esnob, habría podido responderle: «Si lo fuese, no te frecuentaría». Me limité a decirle que era poco amable. Entonces quiso excusarse, pero al modo precisamente del hombre maleducado, que tiene mucho gusto —al retirar sus palabras— en encontrar una ocasión para agravarlas. «Perdóname», me decía ahora, siempre que nos encontrábamos, «te he apenado, te he torturado, he sido perverso sin motivo y, sin embargo, el hombre en general y tu amigo en particular es un animal tan singular, que no puedes imaginarte el cariño que siento por ti, yo, que te hago rabiar tan cruelmente. Con frecuencia se me saltan las lágrimas, cuando pienso en ti». Y soltó un sollozo.

Lo que en Bloch me asombraba más que sus malos modales era la irregularidad de su conversación. Aquel muchacho tan exigente que decía de los escritores más en boga: «Es un idiota, lo que se dice un imbécil de remate», a veces contaba, muy alegre, anécdotas que no tenían la menor gracia y citaba como «alguien muy curioso» a un hombre enteramente mediocre. Aquel doble rasero para juzgar el ingenio, el valor, el interés de las personas no dejó de asombrarme hasta el día en que conocí al Sr. Bloch padre.

No pensaba que se nos fuera a permitir jamás conocerlo, pues Bloch hijo había hablado mal de mí a Saint-Loup y de Saint-Loup a mí. Había dicho, en particular, a Robert que yo seguía siendo espantosamente esnob. «Que sí, que sí, que está encantado de conocer al Sr. LLLLegrandin», dijo. Esa forma de destacar una palabra era en Bloch un signo a la vez de ironía y de literatura. Saint-Loup, que nunca había oído el nombre de Legrandin, se extrañó: «Pero ¿quién es?». «¡Oh! Alguien *estupendo*», respondió Bloch riendo, al tiempo que se metía las manos en los bolsillos de la chaqueta, convencido como estaba en aquel momento de estar contemplando el aspecto pintoresco de un extraordinario hidalgo provinciano comparado con el cual los de Barbey d'Aurevilly no eran nada. Se consolaba de no saber representar al Sr. Legrandin concediéndole varias eles y saboreando su nombre como un vino muy bueno, pero aquellos gozos subjetivos permanecían desconocidos de los otros. Si bien habló mal de mí a Saint-Loup, no menos mal me habló, por otra parte, a mí de Saint-Loup. Cada uno de nosotros conoció el mismo día siguiente los detalles de aquellas maledicencias: no es que nos las hubiéramos repetido el uno al otro, cosa que habríamos considerado muy reprobable, pero parecía algo tan natural y casi inevitable a Bloch, que con su inquietud —y considerando seguro que informarían a uno o al otro de lo que iban a saber— prefirió tomar la delantera y, llevándose aparte a Saint-Loup, le confesó que había hablado mal de él a propósito para que se lo contaran, le juró «por el Zeus Cronio, custodio de los juramentos», que le quería, que daría su vida por él y se enjugó una lágrima. El mismo día, se las arregló para verme a solas, me hizo la confesión, declaró que había actuado así por mi bien, porque consideraba que cierto tipo de relaciones mundanas eran nefastas para mí y que «yo val[ía] más que eso». Después, cogiéndome la mano con ternura de borracho, aunque su embriaguez fuera puramente nerviosa, dijo: «Créeme —y, si no es verdad lo que digo, que la negra Ker me atrape al instante y me haga cruzar las puertas del Hades, odioso a los hombres— que ayer, pensando en ti, en Combray, en mi infinito cariño por ti, en ciertas tardes en clase que tú ni siquiera recuerdas, pasé toda la noche llorando. Sí, toda la noche, te lo juro y tú —lo sé, ¡ay!, pues conozco las almas— no me creerás». En efecto, no lo creía y su juramento «por la Ker» no confería

gran peso, a aquellas palabras que yo sentía inventadas en aquel mismo instante, y a medida que hablaba, pues el culto helénico era en Bloch puramente literario. Por lo demás, en cuanto empezaba a enternecerse por un hecho falso, decía: «Te lo juro», más aún por la voluntad histérica de mentir que por hacer creer que decía la verdad. Yo no creía lo que me decía, pero no se lo reprochaba, pues mi madre y mi abuela me habían enseñado a no ser rencoroso, ni siquiera con culpables mucho mayores, ni condenar nunca a nadie.

Por lo demás, en modo alguno era Bloch un mal muchacho, podía tener grandes amabilidades y, desde que la raza de Combray, la raza de la que proceden personas absolutamente intactas como mi abuela y mi madre, parece casi extinta, como ya sólo puedo escoger entre brutos honrados, insensibles y leales y en quienes el simple sonido de la voz muestra perfectamente que les importa un comino tu vida y otra clase de hombres que, mientras están junto a ti, te comprenden, te quieren, se enternecen hasta llorar y, unas horas después, se toman la revancha haciendo una broma cruel sobre ti, pero vuelven junto a ti, siempre tan comprensivos, tan encantadores, tan momentáneamente asimilados a ti mismo, creo que de esta última clase de hombres es de la que prefiero —ya que no el valor moral— al menos la sociedad.

«No puedes imaginarte mi dolor cuando pienso en ti», prosiguió Bloch. «En el fondo», añadió, irónico y empequeñeciendo su pupila, como si se tratara de dosificar en el microscopio una cantidad infinitesimal de «sangre judía», «es una faceta bastante judía que reaparece en mí» y como habría podido decir —pero no lo habría hecho— un gran señor francés que, entre sus antepasados totalmente cristianos, hubiera contado, sin embargo, con Samuel Bernard o, más antiguamente aún, la Santa Virgen, de la que afirman descender, según dicen, los Lévy. «Me gusta bastante», añadió, «tener en cuenta, así, en mis sentimientos la parte —bastante escasa, por lo demás— que puede deberse a mis orígenes judíos». Pronunció aquella frase porque le parecía a la vez ingenioso y valiente decir sobre su raza la verdad, que en la misma ocasión se las arreglaba para atenuar singularmente, como los avaros que se deciden a saldar sus deudas, pero sólo tienen valor para pagar la mitad. El tipo de fraude que consiste en tener la audacia de

proclamar la verdad, pero combinando con ella una buena parte de mentiras que la falsifican, está más extendido de lo que se cree e incluso a quienes no lo practican habitualmente ciertas crisis de la vida —en particular, aquellas en que está en juego una relación amorosa— les brindan la ocasión de caer en él.

Todas aquellas diatribas confidenciales de Bloch a Saint-Loup contra mí y a mí contra Saint-Loup acabaron en una invitación a cenar. No estoy del todo seguro de que no intentara primero hacerlo sólo con Saint-Loup. La verosimilitud presta probabilidad a tal intento, que no fue coronado por el éxito, pues fue a Saint-Loup y a mí a quienes Bloch dijo un día: «Querido maestro y usted, jinete amado de Ares, de Saint-Loup-en-Bray, domador de caballos, puesto que os he encontrado en las riberas de Anfitrite, resonantes de espuma, cerca de las tiendas de los Menier, de nervios rápidos, ¿queréis venir los dos a cenar, un día de esta semana, en casa de mi ilustre padre, de corazón irreprochable?». Nos formulaba aquella invitación porque deseaba relacionarse más estrechamente con Saint-Loup, quien lo haría entrar —esperaba— en medios aristocráticos. Aquel deseo, concebido por mí, para mí, habría parecido a Bloch la señal del más horrible esnobismo, muy acorde con la opinión que tenía de toda una faceta de mi personalidad que no consideraba —al menos hasta entonces— la principal, pero el mismo deseo por su parte le parecía la prueba de una encomiable curiosidad de su inteligencia deseosa de ciertos extrañamientos sociales en los que tal vez pudiera encontrar alguna utilidad literaria. El Sr. Bloch padre, cuando su hijo le había dicho que iba a llevar a cenar a uno de sus amigos, cuyo título y nombre pronunció con tono de satisfacción sarcástica: «El marqués de Saint-Loup-en-Bray», había experimentado una conmoción violenta. «¡El marqués de Saint-Loup-en-Bray! ¡Huy, la Virgen!», había exclamado recurriendo al reniego, que en él era la señal más clara de la deferencia social, y había lanzado a su hijo, capaz de haberse granjeado semejantes relaciones, una mirada admirativa que significaba: «Es asombroso, la verdad. ¿Este prodigio es hijo mío?», y dio tanta satisfacción a mi compañero como si le hubieran aumentado la pensión mensual en cincuenta francos, pues Bloch se sentía incómodo en su casa y notaba que su padre lo tildaba de descarriado, porque vivía embargado de admiración por Leconte

de Lisle, Heredia y otros «bohemios», pero relaciones con Saint-Loup-en-Bray, cuyo padre había sido presidente del Canal de Suez (¡Huy, la Virgen!) eran un resultado «indiscutible», razón de más para que lamentaran haber dejado en París —por miedo a estropearlo— el estereoscopio. Sólo el Sr. Bloch, el padre, tenía el arte —o, al menos, el derecho— de utilizarlo. Por lo demás, lo hacía raras veces, y oportunamente, los días en que había banquete y sirvientes suplementarios. De modo, que aquellas sesiones de estereoscopio emanaban para quienes a ellas asistían como una distinción, un favor de privilegiados, y para el señor de la casa, que las ofrecía, un prestigio análogo al que confiere el talento y que, si las vistas hubieran sido tomadas por el propio Sr. Bloch y en un aparato de su invención, no habría podido ser mayor.

«¿No te invitaron ayer a casa de Salomon?». «No, ¡no fui uno de los elegidos! ¿Qué había?». «Una gran fiesta, el estereoscopio y toda la pesca». «¡Ah! Si había estereoscopio, lo siento, pues Salomon es, al parecer, extraordinario al enseñarlo». «Pues mira», dijo el Sr. Bloch a su hijo, «no hay que darle todo a la vez, así le quedará algo por desear». Con su cariño paterno y para conmover a su hijo, bien que había pensado en mandar traer el instrumento, pero faltaba el «tiempo material» o, mejor dicho, creyeron que faltaría; hubimos de aplazar la cena, porque Saint-Loup —en vista de que esperaba a un tío suyo que iba a ir a pasar cuarenta y ocho horas con la Sra. de Villeparisis— no iba a poder acudir. Como era muy aficionado a los ejercicios físicos, sobre todo a las largas caminatas, aquel tío iba a hacer gran parte del recorrido —desde el castillo en que pasaba sus vacaciones— a pie, durmiendo de noche en los caseríos, por lo que no se podía saber con certeza en qué momento llegaría a Balbec y Saint-Loup —al no poder salir — me encargó incluso que llevara a Incarville, donde se encontraba la oficina de telégrafos, el telegrama que mi amigo enviaba diariamente a su amante. El tío al que esperaban se llamaba Palamède, nombre de pila heredado de los príncipes de Sicilia, sus antepasados, y más adelante, cuando en mis lecturas históricas me encontré con un podestá o determinado príncipe de la Iglesia con aquel mismo nombre de pila, hermosa medalla del Renacimiento —auténtica reliquia, según algunos— conservada siempre en la familia y transmitida de descendiente en

descendiente desde el gabinete del Vaticano hasta el tío de mi amigo, sentí el placer reservado a quienes, al no poder, por falta de dinero, constituirse un medallero, una pinacoteca, buscan los nombres antiguos (nombres de localidades, documentales y pintorescos como un mapa antiguo, una vista con perspectiva caballera, un estandarte o una compilación de costumbres, nombres de bautismo en los que resuena y se oye, en las bellas finales francesas, el defecto lingüístico, la entonación de una vulgaridad étnica, la pronunciación viciosa, según las cuales nuestros antepasados hacían sufrir a las palabras latinas y sajonas mutilaciones duraderas que más adelante llegaron a ser las augustas legisladoras de los gramáticos) y, gracias a esas colecciones de sonoridades antiguas, se dan, en una palabra, a sí mismos conciertos, al modo de quienes adquieren violas de gamba y violas de amor para tocar la música de antaño con instrumentos antiguos. Saint-Loup me dijo que su tío Palamède se distinguía —incluso en la sociedad aristocrática más cerrada— por ser de acceso particularmente difícil, desdeñoso, imbuido de su nobleza, y formaba —junto con la esposa de su hermano y algunas otras personas selectas— el llamado círculo de los Fénix. En este mismo inspiraba tal temor por sus insolencias, que en tiempos personas de la alta sociedad que se habían dirigido —con el deseo de conocerlo— a su propio hermano habían recibido una negativa. «No, no me pidan que les presente a mi hermano Palamède. Aunque lo intentáramos mi esposa y yo y todos nosotros, no lo lograríamos o bien nos arriesgaríamos a que no se mostrara amable, cosa que no me gustaría». En el Jockey había designado, junto a algunos amigos, a doscientos miembros a los que no se dejarían presentar y en casa del conde de París era conocido con el apodo del «Príncipe» por su elegancia y su orgullo.

Saint-Loup me habló de la juventud, ya muy lejana, de su tío. Todos los días llevaba a mujeres a un piso de soltero que compartía con dos de sus amigos, apuestos como él, por lo que los llamaban «las tres Gracias».

«Un día, uno de los hombres que ocupa un primerísimo plano en el Faubourg Saint-Germain, como habría dicho Balzac, pero que en un primer período, bastante enojoso, mostraba gustos extraños, expresó el deseo de acompañar a mi tío a aquel piso, pero, nada más llegar, no fue a las mujeres, sino a mi tío Palamède, a quien se declaró. Mi tío hizo como que no

entendía, se llevó con un pretexto a sus dos amigos, volvieron, cogieron al culpable, lo desnudaron, lo golpearon hasta hacerlo sangrar y lo arrojaron a patadas —con un frío de diez grados bajo cero— afuera, donde fue encontrado medio muerto, por lo que la Justicia hizo una investigación y al desdichado le costó Dios y ayuda hacerla renunciar. Hoy día, mi tío ya no se entregaría a una ejecución tan cruel y no puedes imaginarte el número de hombres del pueblo a los que tiene —él, tan altivo con la gente de la alta sociedad— afecto y protege, aun a riesgo de ser pagado con ingratitud. Puede tratarse de un sirviente que lo haya atendido en un hotel y a quien encontrará una colocación en París o un campesino al que hará aprender un oficio. Ésa es incluso su faceta más amable, por contraste con la mundana». En efecto, Saint-Loup pertenecía a esa clase de jóvenes de la buena sociedad situados en una altitud en la que han podido surgir esas expresiones: «Los rasgos de bastante amabilidad que tiene, su faceta más amable», semillas bastante preciosas que en seguida han engendrado una forma de ver las cosas en la que ellos mismos nada cuentan y sólo cuenta el «pueblo»; todo lo contrario, en una palabra, del orgullo plebeyo. «Al parecer, no podemos ni imaginarnos hasta qué punto marcaba la tónica, dictaba la ley a toda la sociedad en su juventud. En toda circunstancia, hacía lo que le parecía lo más agradable, lo más cómodo, pero en seguida era imitado por los esnobs. Si había tenido sed en el teatro y había pedido que le llevaran de beber en el fondo de su palco, los saloncitos que había tras cada uno de ellos se llenaban, la semana siguiente, de refrescos. Un verano muy lluvioso, en el que tenía un poco de reumatismo, se había encargado un gabán de una vicuña ligera, pero cálida, que sólo sirve para hacer mantas de viaje y cuyas rayas azules y anaranjadas había respetado. En seguida los sastres importantes recibieron encargos de gabanes azules, con franjas y largos pelos. Si por alguna razón deseaba quitar toda solemnidad a una cena en un castillo en el que pasaba un día y, para indicar ese matiz, no se había llevado un traje y se había sentado a la mesa con la chaqueta vespertina, se ponía de moda ir con chaqueta para cenar en el campo. Si para comer un pastel se servía con un tenedor, en lugar de con la cuchara, o con un cubierto por él inventado y encargado a un orfebre o con los dedos, quedaba en adelante vedado hacerlo de otro modo. En cierta ocasión quiso volver a

oír ciertos cuartetos de Beethoven —pues, pese a todas sus ideas estrafalarias, no es precisamente idiota y es muy agudo— y mandó venir a unos artistas para que los interpretaran todas las semanas para él y unos amigos. Aquel año lo más elegante fue celebrar reuniones poco numerosas en las que se oía música de cámara. Por lo demás, creo que en su vida se ha aburrido. Con su apostura, ¡la de mujeres que ha debido de tener! Por lo demás, no podría deciros cuáles exactamente, porque es muy discreto, pero sé que ha engañado, pero bien, a mi pobre tía. Lo que no quita para que fuera delicioso con ella, quien lo adoraba, y la lloró durante años. Cuando está en París, vuelve a ir al cementerio casi todos los días».

La mañana siguiente al día en que Robert me había hablado así de su tío, mientras lo esperaba —en vano, por lo demás—, tuve —al pasar yo solo por delante del casino de vuelta al hotel— la sensación de ser observado por alguien que no estaba lejos de mí. Volví la cabeza y vi a un hombre muy alto y bastante grueso, de unos cuarenta años y con bigote muy negro y que, al tiempo que se golpeaba, nervioso, el pantalón con un bastoncillo, me clavaba unos ojos dilatados por la atención. A veces los atravesaban en todos los sentidos miradas de extrema actividad, como las que sólo se dan —ante una persona que no conocen— en hombres a quienes, por algún motivo, ésta inspira pensamientos que no tendría nadie más: por ejemplo, locos o espías. Me lanzó un vistazo supremo, a la vez audaz, prudente, rápido y profundo, como el último disparo en el momento de darse a la fuga, y, después de haber mirado en derredor y adoptando de pronto expresión distraída y altiva, se volvió —mediante un brusco giro de toda su persona— hacia un cartel en cuya lectura se enfrascó, al tiempo que canturreaba una tonada y se atusaba la rosa de espuma que colgaba de su ojal. Sacó del bolsillo una libreta en la que pareció anotar el título del espectáculo anunciado, sacó dos o tres veces el reloj, se caló sobre los ojos un sombrero de paja negro, cuyo borde prolongó con la mano en forma de visera como para ver si llegaba alguien, hizo el gesto de descontento con el que se cree dar a entender que se está harto de esperar, pero que nunca se hace cuando se espera de verdad, y después, tras echarse hacia atrás el sombrero y dejar ver un pelo cortado a cepillo y muy corto, que, sin embargo, admitía por cada lado unos mechones bastante largos y ondulados

en forma de alas de paloma, exhaló el ruidoso resoplido de las personas que no es que tengan demasiado calor, sino que desean hacer ver que lo tienen. Pensé que se trataba de un timador de hotel, que, tras habernos observado tal vez los días anteriores, a mi abuela y a mí, estaba preparando una jugarreta y acababa de advertir que yo lo había sorprendido mientras me espiaba; tal vez tan sólo procurara con su nueva actitud expresar —para dar el pego— distracción y desinterés, pero con una exageración tan agresiva, que su objeto parecía ser —al menos tanto como el de disipar las sospechas que podía haberme infundido— el de vengar una humillación que, sin saberlo, le hubiera yo infligido, inspirarme la idea no tanto de que no me había visto cuanto de que yo era un objeto demasiado poco importante para atraer su atención. Arqueaba el tronco con expresión de bravata, apretaba los labios, se alzaba el bigote y ajustaba en su mirada cierto tono indiferente, duro, casi insultante, por lo que la singularidad de su expresión me hacía tomarlo ora por un ladrón ora por un alienado. Sin embargo, su vestimenta, extraordinariamente cuidada, era mucho más grave y mucho más sencilla que las de todos los bañistas que yo veía en Balbec y tranquilizadora para mi chaqueta, con tanta frecuencia humillada por la resplandeciente y trivial blancura de sus trajes playeros, pero ya venía mi abuela hacia mí, dimos una vuelta juntos y, una hora después, estaba yo esperándola delante del hotel, al que ella había entrado por un instante, cuando vi salir a la Sra. de Villeparisis con Robert de Saint-Loup y el desconocido que me había mirado tan fijamente delante del Casino. Con la rapidez de un relámpago, su mirada me atravesó como en el momento en el que lo había divisado la primera vez y volvió, como si no me hubiera visto, a situarse, un poco baja, delante de sus ojos, embotada, como la —neutra— que finge nada ver fuera y es incapaz de leer nada dentro, la que expresa tan sólo la satisfacción de sentir en derredor las pestañas que aparta con su franqueza beatífica, la devota y confitada que ponen ciertos hipócritas, la fatua que ponen algunos bobos. Vi que había cambiado de traje. El que llevaba era aún más obscuro y seguramente es cierto que la verdadera elegancia está más cerca de la sencillez que la falsa, pero había otra cosa: de un poco más cerca se notaba que, si bien el color estaba casi del todo ausente de su ropa, no era porque quien lo había proscrito fuese indiferente

a él, sino porque, por alguna razón, se lo vedaba y la sobriedad que mostraba era de las que se deben a la obediencia a un régimen más que a falta de glotonería. Un hilo verde obscuro en el tejido del pantalón armonizaba con la raya de los calcetines con un refinamiento que revelaba la vivacidad de un gusto contenido en todo lo demás y al que por tolerancia se había hecho esa concesión, mientras que una mancha roja en la corbata resultaba imperceptible, como una libertad que no se atreviera a tomarse.

«¿Cómo está usted? Le presento a mi sobrino, el barón de Guermantes», me dijo la Sra. de Villeparisis, mientras el desconocido, sin mirarme, al tiempo que mascullaba un vago: «Encantado», seguido de «hum, hum, hum» para que su amabilidad pareciera algo forzada y plegando el meñique, el índice y el pulgar, me ofrecía el dedo medio y el anular, sin anillo alguno, que estreché bajo su guante de piel de Suecia; después, sin haber alzado la vista para mirarme, se volvió hacia la Sra. de Villeparisis.

«¡Huy, Dios mío! ¿Estaré perdiendo la cabeza?», dijo ésta. «¡Pues no te he llamado barón de Guermantes! Le presento al barón de Charlus. Al fin y al cabo, no es un error tan grande», añadió, «no dejas de ser un Guermantes, de todos modos».

En aquel momento salía mi abuela y nos pusimos en camino juntos. El tío de Saint-Loup no me honró —no ya con una simple palabra, sino— con una mirada siquiera. Si bien miraba de hito en hito a los desconocidos y durante aquel corto paseo lanzó dos o tres veces su terrible y profunda mirada, como una sonda, a personas insignificantes y de la más modesta extracción, que pasaban, en ningún momento miraba, en cambio, a juzgar por mi caso, a las personas que conocía: como un policía en misión secreta, pero que mantiene a sus amigos fuera del ámbito de su vigilancia profesional. Dejé charlar a mi abuela, la Sra. de Villeparisis y él y retuve a Saint-Loup detrás:

«Dime: ¿he oído bien? La Sra. de Villeparisis ha dicho a tu tío que era un Guermantes».

«Pues claro, naturalmente: es Palamède de Guermantes».

«Pero ¿de los mismos Guermantes que tienen un castillo cerca de Combray y afirman descender de Genoveva de Brabante?».

«Pues claro que sí; mi tío, muy aficionado a la heráldica, te respondería que nuestro *grito,* nuestro grito de guerra, que después pasó a ser Passavant, fue primero Combraysis», dijo riendo para no parecer envanecerse de aquella prerrogativa del grito, de la que sólo gozaban las casas soberanas, los grandes jefes de bandas. «Es el hermano del propietario actual del castillo».

De modo que era pariente próxima de los Guermantes aquella Sra. de Villeparisis, quien durante mucho tiempo había seguido siendo para mí la que, cuando era pequeño, me había dado una chocolatina sostenida por un pato, más alejada entonces de la parte de Guermantes que si hubiera estado encerrada en la parte de Méséglise, menos brillante, menos elevada, para mí, que el óptico de Combray, y que ahora experimentaba bruscamente uno de esos ascensos fantásticos, paralelos a las depreciaciones no menos imprevistas de otros objetos nuestros y que introducen —tanto unas como las otras— cambios tan numerosos en nuestra adolescencia y en las partes de nuestra vida en que persiste un poco de ella como las metamorfosis de Ovidio.

«¿Es verdad que en ese castillo están todos los bustos de los antiguos señores de Guermantes?».

«Sí, es un espectáculo hermoso», dijo, irónico, Saint-Loup. «Dicho sea entre nosotros, todas esas cosas me parecen un poco ridículas, pero en Guermantes hay —¡cosa un poco más interesante!— un retrato muy conmovedor de mi tía, obra de Carrière. Es hermoso como uno de Whistler o de Velázquez», añadió Saint-Loup, quien con su celo de neófito no siempre respetaba exactamente la escala de las magnitudes. «Hay también pinturas conmovedoras de Gustave Moreau. Mi tía es la sobrina de vuestra amiga la Sra. de Villeparisis, con quien se crió, y se casó con su primo, sobrino también de mi tía Villeparisis, el actual duque de Guermantes».

«Entonces, ¿qué es tu tío?».

«Lleva el título de barón de Charlus. Normalmente, cuando murió mi tío abuelo, mi tío Palamède debería haber recibido el título de príncipe Des Laumes, que era el de su hermano antes de que pasara a ser duque de Guermantes, pues en esa familia cambian de nombre como de camisa, pero mi tío tiene ideas particulares sobre todo eso y, como le parece que se abusa

un poco de los ducados italianos, grandezas españolas, etcétera, y aunque podía elegir entre cuatro o cinco títulos de príncipe, conservó el de barón de Charlus, como protesta y con una aparente sencillez que entraña mucho orgullo. “Hoy”, dijo, “todo el mundo es príncipe; sin embargo, algo hemos de tener que nos distinga; tomaré un título de príncipe cuando quiera viajar de incógnito”. Según él, no hay título más antiguo que el de barón de Charlus; para demostrarte que es anterior al de los Montmorency, que se decían erróneamente los primeros barones de Francia, cuando, en realidad, lo eran sólo de Île-de-France, donde estaba su feudo, mi tío te dará explicaciones durante horas y con mucho gusto, pues, aunque sea muy fino, muy agudo, ese tema de conversación le parece de lo más apasionante», dijo Saint-Loup sonriendo, «pero, como yo no me parezco a él, no vas a hacerme hablar de genealogía, no conozco nada más pesado, más anticuado; la vida es demasiado corta, la verdad».

Ahora reconocía yo en la dura mirada que me había hecho volverme antes, cerca del casino, la que había visto clavada en mí en Tansonville en el momento en que la Sra. Swann llamaba a Gilberte.

«Pero, entre las numerosas amantes que, según me has dicho, tuvo tu tío, el Sr. de Charlus, ¿no fue una de ellas la Sra. Swann?».

«¡Oh! ¡No, no! Eso sí: es un gran amigo de Swann y siempre lo ha apoyado mucho, pero nunca se ha dicho que fuera amante de su esposa. Si afirmaras creer eso, causarías mucho asombro en la alta sociedad».

No me atreví a responderle que mayor habría sido el que habrían sentido en Combray, si hubiera afirmado no creerlo.

El Sr. de Charlus encantó a mi abuela. Desde luego, aquél atribuía la mayor importancia a todas las cuestiones de nacimiento y situación mundana y mi abuela no había dejado de notarlo, pero sin esa severidad en la que suelen intervenir una secreta envidia y la irritación de ver a otro gozar de ventajas que deseamos y no podemos poseer. Como mi abuela estaba, al contrario, contenta de su suerte y en modo alguno lamentaba no vivir en una sociedad más brillante, utilizaba exclusivamente su inteligencia para observar los defectos del Sr. de Charlus, hablaba del tío de Saint-Loup con esa bonhomía despreocupada, sonriente, casi simpática, con la que recompensamos el objeto de nuestra observación desinteresada por el placer

que nos procura y tanto más cuanto que aquella vez el objeto era un personaje cuyas pretensiones —si no legítimas, al menos pintorescas— lo hacían contrastar intensamente con las personas a las que por lo general tenía ocasión de tratar, pero sobre todo por la inteligencia y la sensibilidad, que se adivinaban extraordinariamente vivas en el Sr. de Charlus, al contrario que tanta gente de la alta sociedad de la que se burlaba Saint-Loup, era por lo que mi abuela le había perdonado tan fácilmente su prejuicio aristocrático. Sin embargo, el tío no lo había sacrificado —como el sobrino— en pro de cualidades superiores, sino que más bien lo había conciliado con ellas. Pese a poseer —como descendiente que era de los duques de Nemours y los príncipes de Lamballe— archivos, muebles, tapices, retratos hechos para sus antepasados por Rafael, Velázquez, Boucher y a poder decir precisamente que «visitaba» un museo y una biblioteca incomparable limitándose a recorrer sus recuerdos de familia, situaba, al contrario, en el rango del que su sobrino lo había hecho caer todo el legado de la aristocracia. Tal vez tampoco quisiera —por ser menos ideólogo que Saint-Loup, estar menos dispuesto a contentarse con las palabras, ser un observador más realista de los hombres— descuidar un elemento esencial de prestigio, a juicio de éstos, y que, si bien brindaba a su imaginación gozos desinteresados, podía ser con frecuencia para su actividad utilitaria un coadyuvante poderosamente eficaz. Aún no se ha dicho la última palabra en el debate entre los hombres de esa clase y los que obedecen al ideal interior que los mueve a deshacerse de esas ventajas para intentar únicamente realizarlo, semejantes a ese respecto a los pintores, a los escritores, que renuncian a su virtuosidad, a los pueblos artistas que se modernizan, a los pueblos guerreros que adoptan la iniciativa del desarme universal, a los gobiernos absolutos que se vuelven democráticos y abrogan leyes duras, sin que muchas veces la realidad recompense su noble esfuerzo, pues unos pierden su talento y los otros su predominio secular; a veces el pacifismo multiplica las guerras y la indulgencia, la criminalidad. Si bien no se podía por menos de considerar muy nobles los esfuerzos de sinceridad y emancipación de Saint-Loup, a juzgar por el resultado exterior, cabía felicitarse de que hubiera carecido de ellos el Sr. de Charlus, quien había hecho transportar a su morada una gran parte de los admirables

artesonados de la quinta de Guermantes, en lugar de cambiarlos, como su sobrino, por un mobiliario *modern style*, cuadros de Lebourg y Guillaumin. No por ello dejaba de ser cierto que el ideal del Sr. de Charlus era muy facticio y —si es que se puede acoplar este epíteto con el substantivo «ideal»— tan mundano como artístico. En algunas mujeres de gran belleza y cultura poco común cuyas antepasadas habían participado dos siglos antes en toda la gloria y toda la elegancia del Antiguo Régimen, veía una distinción por la que sólo podía encontrarse a gusto con ellas y seguramente la admiración que les había profesado era sincera, pero en ella intervenían en gran parte numerosas reminiscencias de historia y arte evocadas por sus nombres, así como los recuerdos de la Antigüedad son una de las razones del placer que encuentra un letrado en la lectura de una oda de Horacio tal vez inferior a poemas de nuestros días que lo dejarían indiferente. Cada una de aquellas mujeres —en comparación con una linda burguesa— era, para él, lo que son a una tela contemporánea que representa una carretera o una boda esos cuadros antiguos cuya historia conocemos, desde el Papa o el Rey que los encargaron, pasando por determinados personajes junto a los cuales su presencia —por donación, adquisición, conquista o herencia— nos recuerda algún acontecimiento o, como mínimo, alguna alianza de un interés histórico y, por consiguiente, conocimientos que hemos adquirido, les confiere una nueva utilidad, aumenta la sensación de la riqueza de las posesiones de nuestra memoria o nuestra erudición. El Sr. de Charlus se felicitaba de que un prejuicio análogo al suyo, al impedir a aquellas grandes señoras codearse con mujeres de una sangre menos pura, las ofreciera a su culto intactas en su nobleza inalterada, como cierta fachada del siglo XVIII sostenida por sus columnas lisas de mármol rosáceo y que los nuevos tiempos en nada han cambiado.

El Sr. de Charlus celebraba la verdadera *nobleza* de espíritu y de corazón de aquellas mujeres, jugando, así, con la palabra mediante un equívoco que engañaba a él mismo y en el que estribaba la mentira de aquella concepción bastarda, de aquella ambigüedad de aristocracia, generosidad y arte, pero también su seducción, peligrosa para personas como mi abuela, a quien el prejuicio más grosero, pero más inocente, de un noble que sólo atiende a la alcurnia y no se preocupa de nada más habría

parecido demasiado ridículo, pero se quedaba sin defensa en cuanto algo se presentaba bajo las apariencias de una superioridad espiritual, hasta el punto de que consideraba a los príncipes más envidiables que hombre otro alguno, porque pudieron tener de preceptores a un La Bruyère, un Fénelon.

Delante del Grand-Hôtel, los tres Guermantes nos dejaron; iban a almorzar en casa de la princesa de Luxemburgo. En el momento en que mi abuela se despedía de la Sra. de Villeparisis y Saint-Loup de mi abuela, el Sr. de Charlus, que hasta entonces no me había dirigido la palabra, retrocedió unos pasos y, al llegar junto a mí, me dijo: «Esta noche voy a tomar el té, después de cenar, en el piso de mi tía Villeparisis. Espero que tenga usted la bondad de venir junto con su señora abuela». Y volvió a reunirse con la marquesa.

Aunque era domingo, no había más coches de punto que al comienzo de la temporada. La esposa del notario, en particular, consideraba un gasto excesivo alquilar todas las veces un coche para no ir a casa de los Cambremer y se contentaba con permanecer en su habitación.

«¿No se encuentra bien la Sra. Blandais?», preguntaban al notario. «No la hemos visto hoy».

«Le duele un poco la cabeza: el calor, este bochorno. Una cosita de nada se lo provoca, pero creo que la verán esta noche. Le he aconsejado que baje. Ha de sentarle bien por fuerza».

Yo había pensado que, al invitarnos, así, a casa de su tía, a la que habría avisado —no me cabía duda— al respecto, el Sr. de Charlus quería reparar la descortesía que me había manifestado durante el paseo de por la mañana, pero, cuando, al llegar al salón de la Sra. de Villeparisis, quise saludar al sobrino de ésta, en vano me paseé a su alrededor, mientras contaba, con voz aguda, una historia bastante malévola para con uno de sus parientes, pues no pude captar su mirada; me decidí a saludarlo y en voz bastante alta, para avisarlo de mi presencia, pero comprendía que la había advertido, pues, antes incluso de que saliera palabra alguna de mis labios, en el momento en que me inclinaba, vi sus dos dedos estirados para que se los estrechara, sin que hubiera vuelto la mirada ni interrumpido la conversación. Evidentemente, me había visto, sin dejar traslucirlo, y entonces advertí que sus ojos, que nunca estaban fijos en su interlocutor, se paseaban

perpetuamente en todas las direcciones, como los de ciertos animales espantados o como los de esos vendedores ambulantes que, mientras sueltan su perorata y exhiben su mercancía ilícita, escrutan, sin por ello mover la cabeza, los diferentes puntos del horizonte por los que podría llegar la policía. Sin embargo, me extrañaba un poco ver que la Sra. de Villeparisis, contenta de vernos llegar, no parecía haberlo esperado, pero más aún me extrañó oír al Sr. de Charlus decir a mi abuela: «¡Ah! Qué buena idea han tenido ustedes de venir. ¡Qué detalle tan encantador! ¿Verdad, tía?». Seguramente había notado la sorpresa de ésta ante nuestra entrada y pensaba, como hombre habituado a marcar la tónica, a llevar la voz cantante, que le bastaría —para convertir aquella sorpresa en alegría— indicar que él mismo la sentía, que ése era el sentimiento que nuestra llegada debía inspirar. Y estaba totalmente en lo cierto, pues la Sra. de Villeparisis, quien tenía muy en cuenta a su sobrino y sabía lo difícil que era de agradar, pareció de pronto ver en mi abuela nuevas cualidades y no cesaba de festejarla, pero yo no podía comprender que el Sr. de Charlus hubiera olvidado en unas horas la invitación —tan breve, pero en apariencia tan intencional, tan premeditada— que me había expresado aquella misma mañana y que llamó «buena idea» de mi abuela, cuando era enteramente suya. Con un escrúpulo de precisión que conservé hasta la edad en que comprendí que el de preguntársela no es precisamente el medio para enterarnos de la verdad sobre la intención de una persona y que el riesgo de malentendido, que probablemente pase inadvertido, es menor que el de una insistencia ingenua, le dije: «Pero, señor de Charlus, ¿recuerda, verdad, que ha sido usted quien me ha pedido que viniéramos esta noche?». Ningún movimiento, ningún sonido reveló que el Sr. de Charlus hubiera oído mi pregunta. En vista de ello, la repetí, como los diplomáticos o esos jóvenes malquistados que con una buena voluntad incansable y vana intentan obtener aclaraciones de un adversario decidido a no dárselas. El Sr. de Charlus siguió sin responderme. Me pareció ver flotar en sus labios la sonrisa de quienes juzgan desde muy arriba el carácter y la educación de las personas.

Como se negaba a dar explicación alguna, yo intenté encontrar una y sólo conseguí vacilar entre varias, ninguna de las cuales podía ser la idónea.

Tal vez no lo recordara o tal vez hubiese sido yo quien hubiera entendido mal lo que había dicho por la mañana… Más probablemente, no quería, por orgullo, hacer ver que había procurado atraer a personas a las que desdeñaba y prefería atribuirles la iniciativa de haber acudido, pero entonces, si nos desdeñaba, ¿por qué había expresado su deseo de que fuéramos o, mejor dicho, de que fuese mi abuela, pues sólo a ella dirigió la palabra durante aquella velada y ni una sola vez a mí? Mientras charlaba con la mayor animación con ella, así como con la Sra. de Villeparisis, oculto en cierto modo tras ellas, como si hubiera estado en el fondo de un palco, se contentaba tan sólo con desviar a veces la mirada investigadora de sus penetrantes ojos y fijarla en mi cara con la misma seriedad, la misma expresión de preocupación, que si hubiese sido un manuscrito difícil de descifrar.

Seguramente el rostro del Sr. de Charlus era —si exceptuamos aquellos ojos— semejante al de muchos hombres apuestos y, cuando Saint-Loup, al hablarme de otros Guermantes, me dijera más adelante: «Qué caramba, no tienen ese aire de raza, de gran señor de la cabeza a los pies, de mi tío Palamède», y me confirmara que el aire de raza y la distinción aristocráticos no eran nada misterioso y nuevo, sino elementos que yo había reconocido sin dificultad y sin sentir una impresión particular, iba yo a notar que se disipaba una de mis ilusiones, pero en vano cerraba herméticamente el Sr. de Charlus la expresión de aquel rostro, al que una ligera capa de polvos confería en parte el aspecto de un rostro de teatro, los ojos eran lo único que no había podido cerrar, como una resquebrajadura, como una tronera, desde la cual —según el punto en que estuvieses situado respecto de él— te sentías bruscamente cruzado por el reflejo de un artefacto interior que no parecía tranquilizador precisamente, ni siquiera para quien —sin dominarlo totalmente— lo llevaba en sí mismo, en estado de equilibrio inestable y siempre a punto de estallar, y la expresión —circunspecta e incesantemente inquieta— de aquellos ojos —con toda la fatiga resultante, en torno a ellos, hasta unas ojeras muy bajas, para el rostro, por bien formado que estuviese — recordaba a un incógnito, a un disfraz de un hombre poderoso en peligro o simplemente de un individuo peligroso, pero trágico. Me habría gustado adivinar cuál era aquel secreto que no llevaban dentro de sí los otros

hombres y que me había vuelto tan enigmática la mirada del Sr. de Charlus, cuando lo había visto por la mañana cerca del casino, pero, con lo que ahora sabía de su parentesco, ya no podía creer que fuera el de un ladrón ni —por lo que oía de su conversación— el de un loco. Si se mostraba tan frío conmigo y, en cambio, tan amable con mi abuela, tal vez no se debiera a una antipatía personal, pues en la misma medida en que se mostraba benévolo con las mujeres, de cuyos defectos hablaba sin abandonar, habitualmente, una gran indulgencia, manifestaba de forma general para con los hombres —y, en particular, los jóvenes— un odio de una violencia que recordaba al de ciertos misóginos para con las mujeres. De dos o tres *gigolos* familiares o íntimos de Saint-Loup y cuyo nombre citó éste por casualidad, el Sr. de Charlus dijo con una expresión casi feroz, que contrastaba con su frialdad habitual: «Son unos simples canallas». Comprendí que lo que reprochaba sobre todo a los jóvenes de hoy era ser demasiado afeminados. «Son auténticas mujeres», decía con desprecio, pero ¿qué vida no habría parecido afeminada en comparación con la que él propugnaba para un hombre y que nunca consideraba suficientemente enérgica y viril? (Él mismo, en sus viajes a pie, después de horas de caminata, se arrojaba sofocado a ríos helados). Ni siquiera admitía que un joven llevara un solo anillo, pero aquel prejuicio de virilidad no le impedía tener cualidades de sensibilidad de lo más finas. A la Sra. de Villeparisis, quien le rogó que describiera a mi abuela un castillo en el que se había alojado Madame de Sévigné y añadió que veía un poco de literatura en aquella desesperación por estar separada de una aburrida como la Sra. de Grignan, le respondió:

«Nada, al contrario, me parece más cierto. Por lo demás, era una época en la que se entendían bien esos sentimientos. El habitante del Monomotapa de La Fontaine que corre a casa de su amigo, porque le ha parecido un poco triste durante su sueño, la paloma que considera que el mayor de los males es la ausencia de otra paloma, le parecerán tal vez, tía, tan exagerados como Madame de Sévigné al no poder esperar al momento en que se encontrará a solas con su hija. Es tan hermoso lo que dice cuando se separa de ella: “Esta separación me causa un dolor en el alma, que siento como un dolor en el cuerpo. En la ausencia somos liberales con las horas. Avanzamos en un

tiempo al que aspiramos”». Mi abuela estaba encantada de oír hablar de aquellas *Cartas* exactamente como ella lo habría hecho. Le extrañaba que un hombre pudiera comprenderlas tan bien. Veía en el Sr. de Charlus delicadeza y una sensibilidad femeninas. Más tarde, cuando estuvimos solos y hablamos de él, nos dijimos que debía de haber sufrido la influencia profunda de una mujer, su madre, o, más adelante, su hija, si es que tenía descendencia. Yo pensé: «Una amante», remitiéndome a la que la de Saint-Loup parecía haber tenido en él y que me permitía darme cuenta de hasta qué punto las mujeres con quienes viven afinan a los hombres.

«Una vez junto a su hija, probablemente no tuviera nada que decirle», respondió la Sra. de Villeparisis.

«Ya lo creo que sí, aunque sólo fuera lo que llamaba “cosas ligeras en las que sólo tú y yo nos fijábamos”. Y, en cualquier caso, estaba junto a ella y, según nos dice La Bruyère, con eso basta: “Estar junto a las personas a las que queremos, hablarles, no hablarles, es igual”. Tiene razón: ésa es la única felicidad», añadió el Sr. de Charlus con voz melancólica, «y la vida es, por desgracia, tan injusta, que raras veces la saboreamos; Madame de Sévigné fue, en una palabra, menos digna de lástima que otros. Pasó gran parte de su vida junto a lo que amaba».

«Olvidas que no se trataba del amor, sino de su hija».

«Pero lo importante en la vida no es lo que se ame», prosiguió con tono competente, perentorio y casi tajante, «sino amar. Lo que Madame de Sévigné sentía por su hija puede pretender con mucha mayor razón asemejarse a la pasión representada por Racine en *Andrómaca* o en *Fedra* que las triviales relaciones del joven Sévigné con sus amantes: como el amor de un místico a su Dios. Las demarcaciones demasiado estrechas que trazamos en torno al amor se deben tan sólo a nuestra ignorancia de la vida».

«¿Te gusta mucho *Andrómaca* o *Fedra*?», preguntó Saint-Loup a su tío con tono ligeramente desdeñoso.

«Hay más verdad en una tragedia de Racine que en todos los dramas del Sr. Victor Hugo», respondió el Sr. de Charlus.

«La verdad es que la aristocracia es espantosa», me dijo Saint-Loup al oído. «¡Preferir Racine a Victor Hugo es pero que una barbaridad!». Las

palabras de su tío lo entristecían sinceramente, pero el placer de decir «es pero que» y sobre todo «una barbaridad» lo consolaba.

Con aquellas reflexiones sobre la tristeza de vivir lejos de lo que se ama —que iban a mover a mi abuela a decirme que el sobrino de la Sra. de Villeparisis comprendía ciertas obras mucho mejor que su tía y sobre todo había algo en él que lo situaba muy por encima de la mayoría de las personas de club— el Sr. de Charlus no revelaba sólo una finura de sentimiento que raras veces muestran, en efecto, los hombres; su voz misma, semejante a ciertas voces de contralto en las que no se ha cultivado bastante el medio y cuyo canto parece el dúo alterno de un joven y una mujer, cobraba —en el momento en que expresaba aquellos pensamientos tan delicados— notas altas, adoptaba una suavidad imprevista y parecía contener coros de novias, de hermanas, que derramaban su ternura, pero la nidada de muchachas que el Sr. de Charlus, con su horror de todo afeminamiento, se habría sentido tan afligido de abrigar en su voz no se limitaba a la interpretación, a la modulación, de los pasajes de sentimiento. Con frecuencia, mientras hablaba el Sr. de Charlus, se oía la aguda y fresca risa de aquéllas —propia de actrices o coquetas— apuntar a su prójimo con malicias de lagartas deslenguadas.

Contó que una morada que había pertenecido a su familia, en la que María Antonieta había dormido y cuyo parque era obra de Le Nôtre, pertenecía ahora a los ricos financieros Israels, que la habían comprado. «Israels, al menos es el nombre que lleva esa gente, que me parece un término genérico, étnico, más que un nombre propio. A saber, tal vez esa clase de personas no lleven nombres y sólo sean designadas por el de la colectividad a la que pertenecen. ¡Es igual! ¡¡¡Haber sido la morada de los Guermantes y pertenecer a los Israels!!!», exclamó. «Recuerda a esa habitación del castillo de Blois en la que el guía de la visita me dijo: “Aquí es donde María Estuardo rezaba sus oraciones y aquí es donde guardo yo ahora mis escobas”. Naturalmente, nada quiero saber de esa morada, que ha quedado deshonrada, como tampoco de mi prima Clara de Chimay, que se ha separado de su marido, pero conservo la fotografía de la primera aún intacta, como la de la princesa cuando en sus grandes ojos sólo había miradas para mi primo. Cuando la fotografía adquiere un poco la dignidad

de que carece, cesa de ser una reproducción de la realidad y nos muestra cosas que han dejado de existir. Podría darle una, puesto que ese tipo de arquitectura le interesa», dijo a mi abuela. En aquel momento, al advertir que el pañuelo bordado que llevaba en el bolsillo superaba los límites de color, lo metió enérgicamente con la expresión alarmada de una mujer pudibunda, pero nada inocente, al disimular encantos que, por un exceso de escrúpulo, considera indecentes. «Imagínese», prosiguió, «que esa gente ha comenzado destruyendo el parque de Le Nôtre, cosa que tiene tanto delito como desgarrar un cuadro de Poussin. Por eso, esos Israels deberían estar en la cárcel. ¡Cierto es, —añadió sonriendo, tras un minuto de silencio—, que seguramente hay muchas otras cosas por las que deberían estarlo! En todo caso, ya se puede usted imaginar el efecto que causa ante esas arquitecturas un jardín inglés».

«Pero la casa es del mismo estilo que el Petit Trianon», dijo la Sra. de Villeparisis, «y María Antonieta mandó hacer en ella un jardín inglés».

«Que desentona, de todos modos, con la fachada de Gabriel», respondió el Sr. de Charlus. «Evidentemente, ahora sería una salvajada destruir el Caserío, pero, sea cual fuere el espíritu del momento, dudo, de todos modos, que una fantasía de la Sra. Israels tenga a ese respecto el mismo prestigio que el recuerdo de la Reina».

Entretanto, mi abuela me había hecho una seña para que subiera a acostarme, pese a la insistencia de Saint-Loup, quien, para gran vergüenza mía, había aludido delante del Sr. de Charlus a la tristeza que sentía yo con frecuencia por la noche antes de dormirme y que su tío debía considerar algo muy poco viril. Tardé aún unos instantes y después me fui y me asombró mucho, un poco después, tras oír que llamaban a la puerta de mi habitación y haber preguntado quién era, escuchar la voz del Sr. de Charlus, quien decía con tono seco:

«Soy Charlus. ¿Puedo entrar? Mire», prosiguió con el mismo tono, una vez que hubo vuelto a cerrar la puerta, «mi sobrino estaba contando antes que se sentía usted un poco contrariado antes de dormirse y, por otra parte, que admiraba usted los libros de Bergotte. Como llevo uno en mi maleta que probablemente no conozca usted, se lo traigo para ayudarlo a pasar esos momentos en que se siente desdichado».

Di las gracias, emocionado, al Sr. de Charlus y le dije que había temido, al contrario, que lo que le había dicho Saint-Loup de mi malestar al acercarse la noche me hubiera hecho parecer ante él más estúpido de lo que era.

«No, qué va», respondió con acento más dulce. «Tal vez no tenga usted mérito personal, ¡son tan pocas las personas que lo tienen! Pero, por un tiempo al menos, tiene usted la juventud y eso es siempre una seducción. Por lo demás, la mayor de las tonterías es considerar ridículos o vituperables los sentimientos que no experimentamos. A mí me gusta la noche y usted me dice que la teme; a mí me gusta oler las rosas y a un amigo mío su olor le da fiebre. ¿Cree usted que lo considero por ello inferior a mí? Procuro comprenderlo todo y me guardo de condenar nada. En una palabra, no se queje demasiado, no voy a decir que sus tristezas no sean angustiosas, sé lo que se puede sufrir por cosas que los demás no comprenden, pero usted al menos ha dirigido bien su afecto hacia su abuela. La ve usted mucho y, además, es que se trata de un cariño permitido, quiero decir: un cariño correspondido. ¡Hay tantos otros de los que no se puede decir lo mismo!».

Se paseaba de un extremo a otro de la habitación mirando un objeto, alzando otro. Yo tenía la impresión de que tenía algo que anunciarme y no encontraba los términos para hacerlo.

«Tengo otro volumen de Bergotte aquí, se lo voy a buscar», añadió y llamó al timbre. Al cabo de un momento, llegó un botones. «Vaya a buscar al jefe de comedor. Sólo él puede hacer un recado inteligentemente», dijo el Sr. de Charlus con altivez. «¿Aimé, señor?», preguntó el botones. «No sé cómo se llama, pero sí, recuerdo que he oído llamarlo Aimé. Vaya rápido, que tengo prisa». «En seguida estará aquí, señor, precisamente acabo de verlo abajo», respondió el botones, que quería parecer enterado. Pasó un tiempo. Volvió el botones. «Señor, Aimé está acostado, pero yo puedo hacer el recado». «No, será mejor que vaya a levantarlo». «No puedo, señor, no duerme aquí». «Entonces déjenos tranquilos». «Pero, señor Charlus», dije yo, una vez que se hubo marchado el botones, «es usted demasiado bueno: con un solo volumen de Bergotte me bastará». «Eso me parece, al fin y al cabo». El Sr. de Charlus caminaba. Pasaron unos minutos así y después, tras

unos instantes de vacilación y varios intentos frustrados, se dio media vuelta y con su voz, de nuevo áspera, me soltó: «Adiós, buenas noches», y se marchó. Después de todos los sentimientos elevados que yo le había oído expresar aquella noche, el día siguiente, que era el de su marcha, por la mañana, en el momento en que iba a bañarme, cuando el Sr. de Charlus se me acercó, en la playa, para avisarme de que mi abuela me esperaba en cuanto saliera del agua, me asombró mucho oírlo decir, al tiempo que me pellizcaba el cuello con una familiaridad y una risa vulgares:

«Pero ¡nos trae sin cuidado nuestra vieja abuela, ¿eh, granujilla?!».

«¡Cómo! Pero ¡si la adoro!».

«Mire», me dijo, al tiempo que daba un paso para alejarse, y con expresión glacial, «usted es aún joven, por lo que debería aprovechar para aprender dos cosas: la primera es la de abstenerse de expresar sentimientos demasiado naturales para no quedar sobrentendidos; la segunda es la de no responder con vehemencia a cosas que le digan antes de haber comprendido plenamente su significado. Si hubiera tenido usted esa precaución hace un instante, no habría parecido hablar a tontas y a locas y como un sordo y se habría librado de sumar un segundo ridículo al de llevar anclas bordadas en el bañador. Le he prestado un libro de Bergotte, que necesito. Mándemelo dentro de una hora con ese jefe de comedor de nombre de pila risible y mal llevado, que a esta hora no estará —supongo— en la cama. Ahora caigo en la cuenta de que me precipité ayer al hablarle de las seducciones de la juventud, le habría hecho un mayor favor indicándole su atolondramiento, sus consecuencias y su incomprensión. Espero que esta duchita no le resulte menos saludable que el baño, pero no se quede así, inmóvil, que puede coger frío. ¡Adiós, buenas tardes!».

Seguramente se arrepintió de sus palabras, pues un tiempo después recibí el libro —con encuadernación en tafilete en cuya tapa habían encajado una placa de cuero que representaba en semirrelieve una rama de miosota— que me había prestado y que yo le había devuelto por mediación —no de Aimé, quien «libraba», sino— del ascensorista.

Una vez que se hubo marchado el Sr. de Charlus, pudimos por fin, Robert y yo, ir a cenar a casa de Bloch. Ahora bien, durante aquella fiestecita comprendí que las que nuestro compañero con tanta indulgencia

consideraba graciosas eran historias del Sr. Bloch padre y que el hombre «tan curioso» era siempre uno de sus amigos así considerado por él. Hay ciertas personas a las que admiramos desde la infancia: un padre más ingenioso que el resto de la familia, un profesor que se beneficia ante nosotros de la metafísica que nos revela, un compañero más avanzado que nosotros —lo que Bloch había sido para mí— y que desprecia al Musset de *L'Espoir en Dieu*, cuando a nosotros aún nos gusta, y, cuando hayamos pasado al viejo Leconte o a Claudel, ya sólo se extasiará con:

À Saint-Blaise, à la Zuecca,
Vous étiez, vous étiez bien aise…

añadiéndole:

Padoue est un fort bel endroit
Où des très grands docteurs en droit…
Mais j'aime mieux la polenta…
… Passe dans son domino noir
La Toppatelle.

y de todas las *Nuits* sólo se queda con

Au Havre, devant l'Atlantique,
À Venise, à l'affreux Lido,
Où vient sur l'herbe d'un tombeau
Mourir la pâle Adriatique.

Ahora bien, de alguien a quien admiramos con confianza, recogemos, citamos, cosas muy inferiores a las que, con independencia de criterio, rechazaríamos con severidad, así como un escritor utiliza en una novela —con el pretexto de que son verdaderas— «palabras» y personajes que en el conjunto vivo son, al contrario, un peso muerto, parte mediocre. Los retratos de Saint-Simon, escritos por él seguramente sin autoadmiración, son admirables, mientras que los rasgos que cita como encantadores de personas ingeniosas a quienes conoció resultan mediocres o han llegado a ser incomprensibles. No habría tenido a bien inventar la finura o brillantez que transmite de Madame Cornuel o de Luis XIV, cosa que, por lo demás,

es digna de mención en muchos otros y entraña diversas interpretaciones de entre las cuales basta en este momento con citar ésta: es que en el estado de ánimo en el que «observamos» estamos en un nivel muy inferior a aquel en el que nos encontramos cuando creamos.

Así, pues, en mi compañero Bloch había encerrado un Bloch padre con cuarenta años de retraso respecto de su hijo, que contaba anécdotas ridículas y se reía con ellas tanto, en el fondo de mi amigo, como el Bloch padre exterior y verdadero, pues a la risa que este último soltaba no sin repetir dos o tres veces la última palabra para que su público apreciara bien la historia, se sumaba la ruidosa con la que el hijo no dejaba de acoger las historias de su padre. Así, después de haber dicho las cosas más inteligentes, el Bloch joven, para manifestar la aportación recibida de la familia, nos contaba por trigésima vez algunas de las palabras que el Bloch padre sacaba —al tiempo que su levita— sólo los días solemnes en que el Bloch joven llevaba a casa a alguien a quien valía la pena deslumbrar: uno de los profesores, un «amiguete» que había recibido todos los premios o, aquella noche, a Saint-Loup y a mí. Por ejemplo: «Un crítico militar muy agudo, que había doctamente deducido, con pruebas al canto, por qué razones infalibles los japoneses serían los vencidos y los rusos los vencedores en la guerra ruso-japonesa», o bien: «Es un hombre eminente con fama de gran financiero en los medios políticos y de gran político en los medios financieros». Aquellas historias eran intercambiables con una del barón de Rothschild y otra de Sir Rufus Israels, personajes que el Sr. Bloch había conocido —podría parecer por la forma equívoca como salían a escena— personalmente.

Yo mismo me dejé engañar y, por la forma como el Sr. Bloch habló de Bergotte, creí también que era uno de sus viejos amigos. Ahora bien, el Sr. Bloch conocía a todas las personas célebres exclusivamente «sin conocerlas», por haberlas visto en el teatro, en los bulevares. Por lo demás, se imaginaba que su propia cara, su nombre, su personalidad no les eran desconocidos y que, al verlo, se veían con frecuencia obligados a contener un deseo furtivo de saludarlo. Los miembros de la alta sociedad —no por conocer, por recibir a cenar— a las personas de talento, originales, las comprenden, pero, cuando hemos frecuentado un poco dicha sociedad, la

necedad de sus habitantes nos hace concebir un deseo demasiado intenso de vivir en los medios obscuros en los que se conoce exclusivamente «sin conocer» y atribuirles demasiada inteligencia. Iba a advertirlo yo al hablar de Bergotte. El Sr. Bloch no era el único que tenía éxito en su casa. Mi compañero tenía aún más ante sus hermanas, a las que no cesaba de interpelar en tono gruñón, metiéndoles la cara en el plato; las hacía, así, reír hasta saltárseles las lágrimas. Por lo demás, habían adoptado la lengua de su hermano, que hablaban comúnmente, como si fuera la única obligatoria y que pudiesen emplear personas inteligentes. Cuando llegamos, la mayor dijo a una de las otras: «Ve a avisar a nuestro prudente padre y a nuestra venerable madre». «Perras», les dijo Bloch, «os presento al jinete Saint-Loup, de veloces jabalinas, que ha venido a Doncières a pasar unos días en la morada de piedra pulida, fecunda en caballos». Por ser tan vulgar como letrado, el discurso solía concluir con un chiste menos homérico: «Pero, bueno, cerrad un poco más vuestros peplos de hermosos corchetes, ¿a qué vienen esos melindres? Al fin y al cabo, ¡no es ningún pecado!». Y las señoritas Bloch se desplomaban como en una tormenta de carcajadas. Yo dije a su hermano los muchos gozos que me había procurado al recomendarme la lectura de Bergotte, cuyos libros había adorado.

El Sr. Bloch padre, quien sólo conocía a Bergotte de lejos y su vida por los chismes que corrían, tenía una forma igualmente indirecta de entrar en conocimiento de sus obras, con ayuda de juicios de apariencia literaria. Vivía en el mundo de lo aproximado, en el que se saluda en el vacío, se juzga con el error. La inexactitud, la incompetencia, no menoscaban en él la seguridad, sino al contrario. El milagro benefactor del amor propio estriba en que, como son pocas las personas que pueden tener relaciones brillantes y conocidos profundos, quienes de ellos carecen se creen aún más favorecidos, porque la óptica de la gradación social hace que cada cual considere su rango el mejor y menos favorecidos, menoscabados, dignos de lástima, a los superiores que nombra y calumnia sin conocerlos, juzga y desdeña sin comprenderlos. Aun en el caso de que la multiplicación por el amor propio de las escasas ventajas personales no bastara para garantizar a cada cual la dosis de felicidad, superior a la concedida a los demás, que necesita, la envidia se encarga de colmar la diferencia. Cierto es que, si bien

la envidia se expresa en frases desdeñosas, hay que traducir «no quiero conocerlo» por «no puedo conocerlo». Ése es el sentido intelectual, pero el sentido pasional es sin lugar a dudas: «No quiero conocerlo». Se sabe que no es verdad, pero no se dice por simple artificio: se dice porque así se siente y eso basta para suprimir la distancia, es decir, para permitir la felicidad.

Como el egocentrismo permite, así, a cada ser humano ver el universo escalonado por encima de él, que es rey, el Sr. Bloch se permitía el lujo de mostrarse despiadado, cuando por la mañana, mientras tomaba su chocolate, al ver la firma de Bergotte al pie de un artículo en el periódico apenas entreabierto, le concedía, desdeñoso, una audiencia abreviada y se concedía el cómodo placer de repetir entre cada sorbo del brebaje hirviente: «Este Bergotte se ha vuelto ilegible. ¡Lo pesado que puede llegar a ser el muy bestia! Es como para anular la subscripción. ¡Qué maraña! ¡Qué ladrillo!». Y tomaba otra rebanada de pan con mantequilla.

Aquella ilusoria importancia del Sr. Bloch se había extendido, por lo demás, un poco allende el círculo de su propia percepción. Para empezar, sus hijos lo consideraban un hombre superior. Los hijos siempre tienen una tendencia ora a despreciar ora a exaltar a sus padres y para un hijo bueno el suyo es siempre el mejor de los padres, independientemente incluso de toda razón objetiva para admirarlo. Ahora bien, éstas en modo alguno faltaban en el caso del Sr. Bloch, que era instruido, fino, afectuoso para con los suyos. En la familia más próxima gustaba tanto más cuanto que —si bien, en la «sociedad», se juzga a las personas con un patrón, por lo demás, absurdo y conforme a reglas falsas pero fijas, por comparación con la totalidad de las demás personas elegantes— en la fragmentación de la vida burguesa, en cambio, las cenas, las veladas de familia giran en torno a personas a quienes se declara agradables, divertidas, y que en la alta sociedad no se mantendrían en cartel dos noches. Por último, en ese medio en el que no existen las facticias grandezas de la aristocracia, se las substituye por distinciones aún más absurdas. Así, para su familia y hasta un grado de parentesco muy lejano, a un supuesto parecido en la forma de llevar el bigote y en la forma de la nariz se debía que llamaran al Sr. Bloch un «falso duque d’Aumale». (En el mundo de los «botones» de un club,

¿acaso uno que lleva la gorra ladeada y el uniforme muy apretado para parecer —cree él— un oficial extranjero no es como un personaje para sus compañeros?).

La semejanza era de lo más leve, pero parecía que fuese un título. Repetían: «¿Bloch? ¿Cuál? ¿El duque d'Aumale?». Como si dijeran: «¿La princesa Murat? ¿Cuál? ¿La Reina (de Nápoles)?». Otros varios indicios ínfimos acababan de atribuirle, a juicio de la parentela, una supuesta distinción. Como carecía de medios para poseer un coche, el Sr. Bloch alquilaba algunos días un «Victoria» descapotable con dos caballos de la Compañía y cruzaba el Bois de Boulogne, cómodamente arrellanado de través, con dos dedos en la sien y otros dos en la barbilla y, si bien las personas que no lo conocían lo consideraban por ello «afectado», en la familia estaban convencidos de que, en cuanto a distinción, el tío Salomon habría podido dar cien vueltas a Gramont-Caderousse. Era de esas personas que, cuando mueren, son calificadas —por haber compartido mesa con su redactor jefe en un restaurante de los bulevares— de «fisionomía muy conocida de los parisinos» por la crónica de sociedad de *Le Radical*. El Sr. Bloch nos dijo a Saint-Loup y a mí que Bergotte sabía tan bien por qué él —el Sr. Bloch— no lo saludaba, que, en cuanto lo vislumbraba en el teatro o en el círculo, rehuía su mirada. Saint-Loup enrojeció, pues pensó que aquel círculo no podía ser el Jockey, del que su padre había sido presidente. Por otra parte, debía de ser un círculo relativamente cerrado, pues el Sr. Bloch había dicho que hoy Bergotte ya no sería recibido en él. Por eso, temiendo «subestimar al adversario», Saint-Loup preguntó si era el círculo de la Rue Royale, que, según su familia, «hacía perder categoría» y en el que, según sabía, eran recibidos algunos israelitas. «No», respondió el Sr. Bloch con expresión indiferente, orgullosa y vergonzante, «es un círculo pequeño, pero mucho más agradable, el Círculo de los Ganaches. Tiene unos criterios de admisión muy estrictos». «¿No es Sir Rufus el presidente?», preguntó Bloch hijo a su padre para brindarle la ocasión de decir una mentira honorable y sin sospechar que aquel financiero no gozaba del mismo prestigio ante Saint-Loup que ante él. En realidad, del Círculo de los Ganaches no era miembro sir Rufus, sino uno de sus empleados, pero, como se llevaba muy bien con su jefe, tenía a su disposición tarjetas del

gran financiero y daba una al Sr. Bloch, cuando éste salía de viaje con una compañía cuyo administrador era Sir Rufus, lo que permitía al Bloch padre decir: «Voy a pasar por el círculo para pedir una recomendación de Sir Rufus». Y la tarjeta le permitía deslumbrar a los jefes de tren. Las señoritas Bloch se mostraron más interesadas en Bergotte y, volviendo a ese tema, en lugar de seguir con los «Ganaches», la menor preguntó a su hermano con el tono más serio del mundo, pues creía que para designar a las personas de talento no había en el mundo otras expresiones que las que aquél empleaba: «¿Es un titi de verdad estupendo, ese Bergotte? ¿Es de la categoría de los grandes, de titis como Villiers o Catulle?». «Yo lo he visto en varios ensayos generales», dijo el Sr. Nissim Bernard. «Es torpe, es como un *Schlemihl*». Aquella alusión al conde de Chamisso no era demasiado seria, pero el epíteto de *Schlemihl* formaba parte del dialecto a medias alemán y a medias judío cuyo empleo encantaba al Sr. Bloch en la intimidad, pero que consideraba vulgar e inapropiado delante de extraños. Por eso, lanzó una mirada severa a su tío. «Tiene talento», dijo Bloch. «¡Ah!», dijo, muy seria, su hermana, como queriendo decir que en esas condiciones era excusable. «Todos los escritores tienen talento», dijo con desprecio el Sr. Bloch padre. «Parece incluso», dijo su hijo, al tiempo que alzaba el tenedor y entornaba los ojos con expresión diabólicamente irónica, «que va a presentar su candidatura a la Academia». «¡Venga, hombre! No tiene bagaje suficiente», respondió el Sr. Bloch padre, que no parecía abrigar el desprecio por la Academia de su hijo y sus hijas. «No tiene el calibre necesario». «Por lo demás, la Academia es un salón y Bergotte carece del menor crédito», declaró el tío del que heredaría la Sra. Bloch, personaje inofensivo y suave cuyo apellido Bernard tal vez hubiera despertado por sí solo las dotes de diagnóstico de mi abuelo, pero habría parecido insuficientemente armónico con un rostro que parecía traído del palacio de Darío y reconstituido por la Sra. Dieulafoy, si —elegido por algún aficionado deseoso de conferir un remate oriental a aquella cara de Susa— el nombre de pila de Nissim no hubiera hecho planear por encima de ella las alas de un toro androcéfalo de Jorsabad, pero el Sr. Bloch no cesaba de insultar a su tío, ya fuera porque lo excitara la bonhomía sin defensa de su víctima o porque, como quien pagaba la quinta era el Sr. Nissim Bernard, el beneficiario quisiese

demostrar que conservaba su independencia y sobre todo que no pretendía asegurarse con zalamerías la herencia futura del ricacho. Éste se sentía sobre todo ofendido de que le dieran trato tan grosero delante del mayordomo. Murmuró una frase ininteligible en la que sólo se distinguía: «Delante de los mescoreos». En la Biblia «mescoreo» designa al servidor de Dios. Entre ellos, los Bloch lo empleaban para designar a los sirvientes y siempre les divertía, porque su certeza de no ser comprendidos ni por los cristianos ni por los propios sirvientes exaltaba en el Sr. Nissim Bernard y el Sr. Bloch su doble particularismo de «señores» y «judíos», pero esta última causa de satisfacción se volvía de descontento cuando había alguien delante. Entonces el Sr. Bloch, al oír a su tío decir «mescoreos», le parecía que dejaba traslucir demasiado su faceta oriental, así como una mujer de vida alegre que invita a sus amigas, junto con gente como Dios manda, se irrita, si aquéllas aluden a su profesión o emplean palabras malsonantes. Por eso, lejos de que el juego de su tío causara efecto alguno en el Sr. Bloch, éste, fuera de sí, no pudo contenerse más. Ya no perdía ocasión de increpar al desgraciado tío. «Naturalmente, cuando existe la oportunidad de decir alguna necedad, podemos estar seguros de que no la desaprovecharás. Si estuviera aquí, serías el primero en lamerle los pies», gritó el Sr. Bloch, mientras el Sr. Nissim Bernard, entristecido, inclinaba hacia su plato la barba anillada del rey Sargón. Mi compañero, desde que se la había dejado crecer, también crespa y azulada, se parecía mucho a su tío abuelo. «¡Cómo! ¿Es usted el hijo del marqués de Marsantes? Pero si yo lo conocí muy bien», dijo a Saint-Loup el Sr. Nissim Bernard. Creí que decía «conocido» en el sentido en el que el padre de Bloch decía que conocía a Bergotte, es decir, de vista, pero añadió: «Su padre fue uno de mis buenos amigos». Entretanto, Bloch se había puesto excesivamente rojo, su padre parecía profundamente contrariado y las señoritas se reían hasta reventar. Es que en el Sr. Nissim Bernard el gusto de la ostentación, contenido en el Sr. Bloch padre y en sus hijos, había engendrado la costumbre de la mentira perpetua. Por ejemplo, de viaje, en el hotel, el Sr. Nissim Bernard mandaba a su mayordomo —como podría haber hecho el Sr. Bloch padre— que le llevara todos sus periódicos al comedor, en pleno almuerzo, cuando todo el mundo estaba reunido, para que se viera bien que viajaba con mayordomo,

pero a las personas con las que trababa relación en el hotel el tío les decía —cosa que el sobrino nunca habría hecho— que era senador. De nada le servía saber con seguridad que un día se enterarían de que había usurpado el título, en el momento no podía resistir la necesidad de atribuírselo. El Sr. Bloch sufría mucho con las mentiras de su tío y todos los problemas que le creaba. «No le hagan caso, es extraordinariamente bromista», dijo a media voz a Saint-Loup, quien sintió aún más interés, pues le picaba mucho la curiosidad la psicología de los mentirosos. «Más mentiroso aún que el itacense Odiseo, pese a que Atenea lo llamaba el más mentiroso de los hombres», completó nuestro compañero Bloch. «¡Ah! ¡Ya lo creo!», exclamó el Sr. Nissim Bernard. «¡Cómo iba a esperarme que cenaría con el hijo de mi amigo! Pero ¡si es que tengo en París una fotografía de su padre y muchas cartas suyas! Siempre me llamaba "tío mío", nunca se supo por qué. Era un hombre encantador, brillante. Recuerdo una cena en mi casa, en Niza, a la que asistieron Sardou, Labiche, Augier…». «Molière, Racine, Corneille», continuó, irónico, el Sr. Bloch padre, cuya enumeración acabó su hijo añadiendo: «Plauto, Menandro, Kalidasa». El Sr. Nissim Bernard, ofendido, interrumpió bruscamente su relato y, privándose ascéticamente de un gran placer, permaneció mudo hasta el final de la cena.

«Saint-Loup, el del casco de bronce», dijo Bloch, «repita un poco de este pato de muslos henchidos de grasa sobre los cuales el ilustre sacrificador de aves ha esparcido numerosas libaciones de vino tinto».

Por lo general, tras haber recurrido a su repertorio para brindar a un compañero notable de su hijo las historias sobre Sir Rufus Israels y otros, el Sr. Bloch, notando que había conmovido a su hijo hasta el enternecimiento, se retiraba para no «mancillarse» ante el «colegial». Sin embargo, si había una razón totalmente capital, como, por ejemplo, cuando su hijo ganó las oposiciones, el Sr. Bloch añadía a la serie habitual de anécdotas esta reflexión irónica que reservaba más bien para sus amigos íntimos y que hizo sentir extraordinariamente orgulloso al joven Bloch, al verla dedicada a sus amigos: «El Gobierno ha estado imperdonable. ¡No ha consultado al Sr. Coquelin! El Sr. Coquelin ha manifestado su descontento». (El Sr. Bloch se preciaba de ser reaccionario y despreciativo para con la gente de teatro).

Pero las señoritas Bloch y su hermano enrojecieron hasta las orejas de la impresión que les causó ver a su padre mostrarse magnífico hasta el final para con los dos condiscípulos de su hijo: dio la orden de que trajeran champán y anunció como si tal cosa que, con el fin de «invitarnos», había encargado tres butacas para la representación que una compañía de ópera cómica iba a dar aquella misma noche en el Casino. Lamentaba no haber podido conseguir un palco. Estaban todos vendidos. Por lo demás, como sabía él por experiencia propia, se estaba mejor en el patio de butacas. Ahora bien, si el defecto de su hijo, es decir, lo que su hijo creía invisible a los demás, era la grosería, el del padre era la avaricia. Por eso, mandó servir en una garrafa —con el nombre de champán— un vinillo espumoso y —con el de butacas— había mandado comprar sillas de patio que costaban la mitad, milagrosamente convencido por la intervención divina de su defecto que ni a la mesa ni en el teatro —donde todos los palcos estaban vacíos— advertiríamos la diferencia. Cuando el Sr. Bloch nos hubo dejado mojar los labios en copas lisas que su hijo decoraba con el nombre de «cráteras de flancos profundamente ahuecados», nos hizo admirar un cuadro que le gustaba tanto, que se lo llevaba consigo a Balbec. Nos dijo que era un Rubens. Saint-Loup le preguntó, ingenuo, si estaba firmado. El Sr. Bloch respondió —y, al hacerlo, enrojeció— que, para que cupiera en el marco había mandado cortar la firma, cosa que carecía de importancia, pues no quería venderlo. Después se apresuró a despedirnos rápidamente para sumirse en el *Diario Oficial*, cuyos números atestaban la casa y cuya lectura le había resultado necesaria, según nos dijo, por su «situación parlamentaria», sobre cuya naturaleza exacta no nos aclaró. «Voy a coger un pañuelo», nos dijo Bloch, «pues Céfiro y Bóreas se disputan a cuál mejor el mar abundante en peces y, por poco que nos entretengamos después del espectáculo, no volveremos a casa hasta los primeros albores de Eos, la de los dedos de púrpura. A propósito», preguntó a Saint-Loup, cuando estuvimos fuera (y yo temblé, pues comprendí en seguida que al Sr. de Charlus era al que se refería Bloch con tono irónico), «¿quién era ese excelente mamarracho vestido de obscuro con el que los vi pasear anteayer por la mañana en la playa?». «Mi tío», respondió Saint-Loup, ofendido. Por desgracia, una «plancha» distaba mucho de parecer a Bloch cosa que evitar.

Se desternilló: «Enhorabuena, debería haberlo adivinado, tiene una excelente distinción y una impagable jeta de viejo chocho de la más alta alcurnia». «Te equivocas de medio a medio, es muy inteligente», replicó Saint-Loup, furioso. «Lo lamento, pues entonces es menos completo. Por lo demás, me gustaría mucho conocerlo, pues estoy seguro de que escribiría piezas impecables sobre tipos así. Ése es —al verlo pasar— para troncharse, pero no insistiría en el aspecto caricatural, en el fondo bastante despreciable para un artista prendado de la belleza plástica de las frases, de la jeta, que me ha hecho —les ruego que me perdonen— desternillarme un buen rato y pondría de relieve el aspecto aristocrático de su tío, que, en resumidas cuentas, causa un efecto colosal y, apagadas las primeras carcajadas, impresiona con un gran estilo. Pero», dijo, dirigiéndose aquella vez a mí, «hay una cosa, por otra parte, sobre la que quiero preguntarte y, siempre que nos reunimos, algún dios, bienaventurado habitante del Olimpo, me hace olvidarme totalmente de pedirte esa información, que habría podido ya serme —y me será, seguro— muy útil. ¿Quién era esa belleza con la que te encontré en el Jardín Botánico y que iba acompañada de un señor al que creo conocer de vista y de una joven de larga cabellera?». Yo había visto perfectamente que la Sra. Swann no recordaba el nombre de Bloch, pues me había citado otro y había calificado a mi compañero de agregado en un ministerio, y después se me había ocurrido informarme de si había ingresado, pero ¿cómo podía Bloch —a quien, por lo que ella me había dicho entonces, se la habían presentado— ignorar su nombre? Estaba tan asombrado, que me quedé un momento sin contestar. «En cualquier caso, te felicito», me dijo, «no debes de haberte aburrido con ella. Yo la había conocido unos días antes en el tren del Cinturón. Tuvo a bien despojarse del suyo en pro de un servidor, nunca he pasado mejores momentos e íbamos a quedar para volver a vernos, cuando una persona conocida de ella tuvo el mal gusto de montar en la penúltima estación». El silencio que yo guardé no pareció gustar a Bloch. «Esperaba», me dijo, «conocer, gracias a su dirección, e ir a saborear en su casa, varias veces a la semana, los placeres de Eros, caro a los dioses, pero no insisto, puesto que te inclinas por la discreción respecto de una profesional que se me entregó tres veces

seguidas y de la forma más refinada, entre París y el Point-du-Jour. Ya me la encontraré una noche u otra».

Después de aquella cena, fui a ver a Bloch, él me devolvió la visita, pero yo había salido y, cuando éste estaba preguntando por mí, lo vio Françoise, quien, aunque Bloch había venido a Combray, nunca lo había visto hasta entonces, conque sólo sabía que uno «de los señores» conocidos míos había pasado a verme —ignoraba «para qué fin»— vestido de cualquier manera y no le había causado gran impresión. Ahora bien, pese a saber que ciertas ideas sociales de Françoise —que tal vez se basaran en parte en confusiones entre palabras y nombres que había aprendido de una vez y para siempre— seguirían resultándome siempre impenetrables, no pude por menos —yo, que desde hacía mucho había renunciado a hacerme preguntas en esos casos— de intentar dilucidar —en vano, por lo demás— qué inmensidad podía representar el nombre de Bloch para Françoise, pues, apenas le hube dicho que aquel joven que había visto era el Sr. Bloch, su estupor y su decepción fueron tales, que retrocedió unos pasos. «¡Cómo! ¡Que ése es el Sr. Bloch!», exclamó con expresión aterrada, como si un personaje tan prestigioso hubiera debido tener un aspecto que «hiciese saber» inmediatamente su condición de grande de la Tierra y —al modo de quien considera que un personaje histórico no está a la altura de su reputación— repetía en tono impresionado y en el que se sentían los gérmenes para el futuro de un escepticismo universal: «¡Cómo! ¡Que ése es el Sr. Bloch! ¡Ah! Al verlo, nadie lo diría, la verdad». Parecía guardarme rencor al respecto, como si yo le «hubiera puesto por las nubes» a Bloch alguna vez y, sin embargo, tuvo la bondad de añadir: «Bueno, pues, con todo lo Sr. Bloch que es, bien puede el señorito decir que nada debe envidiarle».

Pronto tuvo con Saint-Loup, a quien adoraba, una desilusión de otro tipo y menos duradera: se enteró de que era republicano. Ahora bien, Françoise —aunque dijese, refiriéndose, por ejemplo, a la reina de Portugal, con esa irrespetuosidad que en el pueblo es el respeto supremo: «Amélie, la hermana de Philippe»— era monárquica, pero sobre todo un marqués que la había deslumbrado y que estaba a favor de la República no le parecía auténtico. Revelaba el mismo mal humor al respecto que si yo le hubiera

regalado una caja y me la hubiese agradecido con efusión pensando que era de oro y después un joyero le hubiese revelado que estaba chapada. En seguida retiró su estima a Saint-Loup, pero no tardó en devolvérsela, tras haber pensado en que, siendo como era el marqués de Saint-Loup, no podía ser republicano, sino que tan sólo lo aparentaba, por interés, pues con el nuevo Gobierno podía resultarle muy rentable. A partir de aquel día su frialdad para con él y su despecho contra mí cesaron y, cuando hablaba de Saint-Loup, decía: «Es un hipócrita», con una ancha y bondadosa sonrisa que daba a entender perfectamente que lo «consideraba» de nuevo tanto como el primer día y que lo había perdonado.

Ahora bien, la sinceridad y el desinterés de Saint-Loup eran, en cambio, absolutos y esa gran pureza moral que —al no poder satisfacerse enteramente con un sentimiento egoísta como el amor, al no encontrar, por otra parte, en sí mismo la imposibilidad que existía, por ejemplo, en mí para encontrar mi alimento espiritual fuera de mí mismo— lo volvía en verdad apto —en la misma medida en que yo no lo era— para la amistad.

Françoise no se equivocaba menos sobre Saint-Loup, cuando decía que parecía no desdeñar al pueblo, pero que no era verdad y que bastaba verlo cuando estaba encolerizado con su cochero. En efecto, Robert lo había regañado alguna vez con cierta rudeza, prueba en él menos del sentimiento de diferencia que del de igualdad entre las clases. «Pero», me dijo en respuesta a mis reproches por haber tratado con cierta dureza a aquel cochero, «¿por qué habría de fingir y tratarlo con consideración? ¿Acaso no es igual a mí? ¿Es que no está tan cercano a mí como mis tíos o mis primos? Pareces dar a entender que debería tratarlo con consideración, ¡como a un inferior! Hablas como un aristócrata», añadió con desdén.

En efecto, si había una clase contra la cual abrigara prevención y parcialidad, era la aristocracia y hasta el punto de resultarle tan difícil creer en la superioridad de un hombre de la alta sociedad como fácil hacerlo en la de uno del pueblo. Cuando le hablé de la princesa de Luxemburgo, a la que había visto junto con su tía, me dijo:

«Una imbécil, como todas las de su clase. Por lo demás, es prima lejana mía».

Como tenía un prejuicio contra quienes frecuentaban la alta sociedad, raras veces acudía a sus reuniones y la actitud despreciativa u hostil que en ellas adoptaba aumentaba aún más la pena de todos sus parientes próximos por su relación con una mujer «de teatro», que, según acusaban, le resultaba fatal y, en particular, había engendrado en él aquel espíritu de denigración, aquella mala disposición, lo había «pervertido», en espera de que se «desclasara» completamente. Por eso, muchos hombres ligeros del Faubourg Saint-Germain se mostraban despiadados cuando hablaban de la amante de Robert: «Las zorras ejercen su profesión», decían. «Son tan válidas como otras, pero ésa, ¡no! ¡No se lo perdonaremos! Ha hecho demasiado daño a alguien a quien queremos». No era el primero, desde luego, al que hubiesen «pescado» así. Pero los otros se divertían como hombres de la alta sociedad y como tales seguían pensando, sobre todo, políticamente. A él su familia lo veía «amargado». No se daba cuenta de que, para muchos jóvenes de la alta sociedad, quienes, de lo contrario, seguirían siendo espiritualmente incultos, puros en sus amistades, sin dulzura ni gusto, su amante es con mucha frecuencia su verdadera maestra y las relaciones de esa clase constituyen la única escuela de moral en la que son iniciados en una cultura superior, en la que aprenden el valor de las relaciones desinteresadas. Incluso en la clase baja, que con tanta frecuencia se parece a la alta sociedad desde el punto de vista de la grosería, la mujer —más sensible, más fina, más ociosa— siente curiosidad por ciertas delicadezas, respeta ciertas bellezas en materia de sentimientos y de arte que, aunque no las comprenda, coloca por encima de lo que parecía más deseable al hombre: el dinero, la situación. Ahora bien, ya se trate de la amante de un joven de un club como Saint-Loup o de un joven obrero (los electricistas, por ejemplo, se cuentan hoy entre las filas de la auténtica caballería), su pareja siente por ella demasiados respeto y admiración para no hacerlos extensivos a los que ella misma respeta y admira y resulta invertida su escala de valores. Por su sexo mismo es débil, tiene trastornos nerviosos, inexplicables, que en un hombre e incluso en otra mujer —una tía o prima suya— harían sonreír a ese joven robusto, pero no puede ver sufrir a aquella a quien ama. El joven noble que, como Saint-Loup, tiene una amante adquiere la costumbre de llevar en el bolsillo —cuando va a

cenar con ella a un *cabaret*— el valerianato que ella puede necesitar, de ordenar al camarero, con fuerza y sin ironía, que procure no hacer ruido al cerrar las puertas, no poner musgo húmedo sobre la mesa, para evitar a su amiga esas indisposiciones que, por su parte, nunca ha sentido y constituyen para él un mundo oculto en cuya realidad ella le ha enseñado a creer y ahora le inspiran compasión, sin por ello necesitar conocerlas, y se la inspirarán cuando sean otras quienes las sientan. La amante de Saint-Loup le había enseñado —como las primeras monjas cristianas de la Edad Media— la piedad para con los animales, pues sentía pasión por ellos y nunca se desplazaba sin su perro, sus canarios, sus loros; Saint-Loup velaba por ellos con atenciones maternales y consideraba brutos a quienes no son buenos con los animales. Por otra parte, una actriz, o supuestamente tal, como la que vivía con él, ya fuera inteligente o no, cosa que yo ignoraba, al hacerlo considerar aburrida la sociedad de las mujeres de mundo y ver una carga en la obligación de ir a una velada, lo había preservado del esnobismo y lo había curado de la frivolidad. Si bien, gracias a ella, las relaciones mundanas ocupaban menos lugar en la vida de su joven amante, le había enseñado, en cambio, a infundir a sus amistades —a diferencia de un simple hombre de salón, para quien habrían estado guiadas por la vanidad o el interés y marcadas por la rudeza— nobleza y refinamiento. Con su instinto de mujer, capaz de apreciar más en los hombres ciertas cualidades de sensibilidad que, sin ella, su amante tal vez hubiera desconocido o ridiculizado, siempre tardaba muy poco en distinguir entre los otros al amigo de Saint-Loup que sentía un afecto sincero por él y preferirlo. Sabía obligarlo a sentir gratitud de él y a manifestárselo, a fijarse en las cosas que le agradaban y las que lo hacían sufrir y pronto Saint-Loup, sin necesidad ya de que ella se lo advirtiera, empezó a preocuparse por todo eso y en Balbec —donde ella no estaba— y para mí —a quien ella no conocía y de quien tal vez no le hubiera incluso hablado aún en sus cartas— salía de él cerrar la ventanilla de un coche en el que me encontraba, llevarse las flores que me sentaban mal y, cuando —al marcharse— había de despedirse a la vez de varias personas, se las arreglaba para hacerlo un poco antes a fin de quedarse a solas conmigo en último lugar, hacer esa diferencia entre ellas y yo, darme un trato diferente a los otros. Su amante le había abierto la mente

a lo invisible, había infundido seriedad a su vida, delicadezas a su corazón, pero todo ello pasaba inadvertido a la familia, que repetía, deshecha en lágrimas: «Esa víbora va a matarlo y, entretanto, lo deshonra». Cierto es que Saint-Loup había acabado de obtener de ella todo el bien que podía hacerle y ahora tan sólo le causaba sufrimiento, pues le daba horror y lo torturaba.

Un buen día había empezado a considerarlo tonto y ridículo, porque sus amigos del ambiente de los jóvenes autores y actores le habían asegurado que lo era y ella repetía, a su vez, lo que habían dicho con esa pasión, esa falta de reservas, que se muestra siempre que se reciben y se adoptan opiniones o usos ajenos que antes se ignoraban enteramente. Profesaba de buen grado, como aquellos profesionales de la farándula, que el abismo entre Saint-Loup y ella era infranqueable, porque eran de otra raza: ella era una intelectual y él —dijera lo que dijese— era, por nacimiento, un enemigo de la inteligencia. Le parecía una opinión profunda y buscaba su verificación en las palabras más insignificantes, los menores gestos de su amante, pero, cuando los mismos amigos la hubieron convencido, además, de que destruía —con un compañero tan poco idóneo para ella— las grandes esperanzas que, según decían, había despertado, que su amante acabaría contagiándola, que viviendo con él arruinaba su futuro de artista, a su desprecio de Saint-Loup se sumó el mismo odio que si él se hubiera obstinado en inocularle una enfermedad mortal. Se reunía con él lo menos posible, al tiempo que aplazaba aún el momento de una ruptura definitiva, que a mí me parecía muy poco probable. Saint-Loup hacía por ella tales sacrificios, que, a menos que fuera hechizadora (pero nunca había querido enseñarme su fotografía, al tiempo que me decía: «Para empezar, no es una belleza y, además, no sale bien en las fotografías: son instantáneas que he hecho yo mismo con mi Kodak y te darían una idea falsa de ella»), parecía difícil que encontrara otro hombre dispuesto a hacerlos. No me parecía que el simple capricho de conseguir fama, aun careciendo de talento, y estima —sólo la estima privada de personas que infunden respeto— pueda ser, incluso para una mujercita galante (por lo demás, tal vez no fuera así en el caso de la amante de Saint-Loup), motivo más determinante que el placer de ganar dinero. Saint-Loup, quien, sin comprender bien los pensamientos que pasaban por la cabeza de su amante, no la consideraba completamente

sincera —ni en los reproches injustos ni en las promesas de amor eterno— tenía, sin embargo, la sensación en algunos momentos de que aquélla rompería cuando pudiera, razón por la cual —movido seguramente por el instinto de conservación de su amor, tal vez más clarividente que el propio Saint-Loup y recurriendo, por lo demás, a una habilidad práctica que no resultaba incompatible en él con los más grandes y más ciegos impulsos del corazón— se había negado a constituirle un capital, había pedido un préstamo enorme para que no careciera de nada, pero sólo se lo iba entregando día tras día. Y seguramente, en caso de que ella hubiera pensado de verdad en dejarlo, esperaba con frialdad a haber «hecho su agosto», cosa que con las sumas entregadas por Saint-Loup no requeriría seguramente un período demasiado largo, pero, aun así, concedido como suplemento para prolongar la felicidad de mi nuevo amigo… o su desdicha.

Aquel período dramático de su relación —y que había llegado entonces a su punto más agudo, más cruel, para Saint-Loup, pues ella le había prohibido quedarse en París, donde su presencia la exasperaba y lo había obligado a pasar las vacaciones en Balbec, junto a su guarnición— había comenzado una noche en casa de una tía de Saint-Loup, quien había conseguido que su amiga acudiera a la casa de éste a recitar ante numerosos invitados fragmentos de una obra simbolista ya representada por ella en un escenario de vanguardia y por la cual le había hecho compartir su propia admiración.

Pero, cuando había aparecido, con un gran lis en la mano y vestida con un traje copiado de la «Ancilla Domini» y que era —había convencido a Saint-Loup al respecto— una auténtica «visión de arte», su entrada había sido acogida —en aquella asamblea de hombres de círculo y duquesas— con sonrisas que el monótono tono de la salmodia, la extravagancia de algunas palabras, su frecuente repetición habían convertido en ataques de risa, al principio sofocados y después tan irresistibles, que la pobre recitadora no había podido continuar. El día siguiente, la tía de Saint-Loup había sido objeto de censuras unánimes por haber dejado aparecer en su casa a una artista tan grotesca. Un duque muy conocido no le ocultó que tenía bien merecidas las críticas recibidas:

«Es que, además, ¡a quién se le ocurre venirnos con números de ese estilo! Si al menos tuviera talento esa mujer, pero ni lo tiene ni lo tendrá nunca. ¡Qué caramba! París no es tan idiota como pretenden presentarlo. La sociedad no está compuesta de imbéciles. Esa señorita ha creído, evidentemente, que iba a asombrar a París, pero París no se deja asombrar tan fácilmente y hay cosas que no vamos a tragar, la verdad».

En cuanto a la artista, salió diciendo a Saint-Loup:

«Pero ¿a qué reunión de pavas, de mujerzuelas sin instrucción, de patanes has ido a traerme? Más vale que te lo diga: no ha habido ni uno de los hombres presentes que no me haya guiñado el ojo o me haya metido el pie y, como he rechazado sus insinuaciones, han intentado vengarse».

Palabras que habían convertido la antipatía de Robert a la alta sociedad en un horror mucho más profundo y doloroso y que le inspiraban en particular quienes menos lo merecían: parientes serviciales, delegados por la familia, quienes habían intentado persuadir a la amiga de Saint-Loup para que rompiera con él, actitud inspirada, según ésta, por el amor de Saint-Loup a ella. Aunque había cesado en seguida de frecuentarlos, Robert pensaba que, cuando, como ahora, estaba lejos de su amiga, ellos u otros aprovechaban para volver a la carga y tal vez hubieran recibido sus favores y, cuando hablaba de los vividores que engañan a sus amigos, intentan corromper a las mujeres e intentan llevarlas a casas de citas, su rostro reflejaba sufrimiento y odio.

«Los mataría con menos remordimiento que a un perro, que al menos es un animal cariñoso, leal y fiel. En cambio, ésos sí que merecen la guillotina más que unos desdichados a los que la miseria y la crueldad de los ricos ha abocado a la delincuencia».

Pasaba la mayor parte del tiempo enviando cartas y telegramas a su amante. Siempre que —además de impedirle volver a París— encontraba forma de disgustarlo, yo lo notaba en su rostro descompuesto. Como su amante no le decía nunca qué tenía que reprocharle y, pese a sospechar que, si no se lo decía, tal vez fuera que no lo sabía y estaba simplemente harta de él, quería que le diese explicaciones y le escribía: «Dime qué he hecho. Estoy dispuesto a reconocer mis errores», y la pena que sentía acababa persuadiéndolo de que se había comportado mal.

Pero ella le hacía esperar indefinidamente unas respuestas desprovistas, por lo demás, de sentido. Por eso, casi siempre veía yo a Saint-Loup volver —con cara de preocupación y muy a menudo con las manos vacías— de la estafeta, a la que era el único —junto con Françoise— de todo el hotel que iba a buscar o llevar sus cartas: él, por impaciencia de amante; ella, por desconfianza de sirvienta. (Los telegramas lo obligaban a hacer un recorrido mucho más largo).

Cuando, unos días después de la cena en casa de los Bloch, mi abuela me dijo con expresión alegre que Saint-Loup acababa de preguntarle si quería que, antes de que se marchara de Balbec, le hiciera una fotografía y, cuando vi que se había puesto para ello su traje más elegante y vacilaba entre diversos sombreros, me sentí un poco irritado por aquel infantilismo que tanto me asombraba en ella. Llegué incluso a preguntarme si no me habría equivocado respecto de mi abuela, si no habría concebido un concepto demasiado alto de ella, si de verdad sentiría el desapego que yo había creído siempre en lo relativo a su persona, si no tendría lo que yo consideraba serle más ajeno: la coquetería.

Por desgracia, como di a entender lo suficiente aquel descontento que me causaban el proyecto de sesión fotográfica y sobre todo la satisfacción que mi abuela parecía sentir, Françoise lo notó y se apresuró involuntariamente a intensificarlo soltándome un discurso sentimental y enternecido, pues no quería que pareciera darle mi adhesión.

«¡Oh! Señorito, hay que dejar a esta pobre señora alegrarse tanto de que le hagan un retrato, para lo cual va a ponerse el sombrero que su vieja Françoise le ha arreglado».

Al recordar que mi madre y mi abuela, mis modelos en todo, también lo hacían, me convencí de que burlarme de la sensibilidad de Françoise no constituía una crueldad por mi parte, pero, al notar que yo estaba molesto, mi abuela me dijo que, si aquella sesión fotográfica podía contrariarme, renunciaría a ella. No quise: le aseguré que no veía inconveniente y la dejé ponerse guapa, pero me pareció dar muestras de penetración y fuerza diciéndole algunas palabras irónicas e hirientes destinadas a neutralizar el placer que parecía sentir al ser fotografiada, de modo que, si me vi obligado a ver el magnífico sombrero de mi abuela, logré al menos hacer desaparecer

de su rostro aquella expresión gozosa que debería haberme alegrado y que, como ocurre con demasiada frecuencia mientras están aún vivas las personas a quienes más queremos, nos parece la manifestación exasperante de un defecto mezquino más que la forma preciosa de la felicidad que tanto desearíamos procurarles. Mi mal humor se debía sobre todo a que aquella semana mi abuela había parecido rehuirme y yo no había podido estar un instante con ella a solas ni por el día ni por la noche. Cuando volvía por la tarde para estar un poco a solas con ella, me decían que no estaba o bien se encerraba con Françoise para largos conciliábulos que no podía interrumpir y, cuando durante el trayecto de regreso, tras haber pasado la velada fuera con Saint-Loup, pensaba yo en el momento en que iba a poder volver a ver y besar a mi abuela, en vano esperaba a que diera en el tabique los golpecitos que me incitarían a entrar a darle las buenas noches, no oía nada; acababa acostándome, un poco resentido de que me privara —con indiferencia tan nueva por su parte— de una alegría con la que tanto había contado, me quedaba un poco más escuchando —con el corazón palpitante como en mi infancia— la pared que permanecía muda y me dormía deshecho en lágrimas.

* * *

Aquel día, como los anteriores, Saint-Loup se había visto obligado a ir a Doncières, donde ahora, en espera de que volviese definitivamente, iban a necesitarlo siempre hasta el atardecer. Yo lamentaba que no estuviera en Balbec. Había visto apearse de un coche y entrar —unas en el baile del Casino, otras en la heladería— a unas jóvenes que de lejos me habían parecido arrebatadoras. Me encontraba en uno de esos períodos de la juventud —desprovistos de un amor particular, vacantes— en que por doquier —como un enamorado a la mujer de la que está prendado— deseamos, buscamos, vemos la Belleza. Con que un solo rasgo real —lo poco que se distingue de una mujer vista de lejos o de espaldas— nos

permita proyectar la Belleza delante de nosotros, nos imaginamos haberla reconocido, nos late el corazón, apretamos el paso y seguiremos siempre a medias convencidos de que era ella, siempre y cuando la mujer haya desaparecido: sólo si podemos alcanzarla, comprendemos nuestro error.

Por lo demás, como cada vez me encontraba más enfermo, era propenso a sobreestimar los placeres más sencillos precisamente por las dificultades que para mí representaba alcanzarlos. Me parecía ver mujeres elegantes por doquier, por estar demasiado cansado —si era en la playa— o sentirme demasiado tímido —si era en el Casino o en una pastelería— y, para entrar en contacto con ellas, en ninguna parte. Sin embargo, si iba a morir pronto, me habría gustado saber cómo estaban hechas de cerca, en realidad, las muchachas más lindas que la vida podía ofrecer, aun cuando hubiera sido otro o incluso nadie quien fuese a aprovechar ese ofrecimiento (en efecto, no me daba cuenta de que la causa de mi curiosidad era un deseo de posesión). Si me hubiese acompañado Saint-Loup, me habría atrevido a entrar en el salón de baile. Como estaba solo, me quedé simplemente delante del Grand-Hôtel esperando al momento de ir a reunirme con mi abuela, cuando —casi en el extremo aún del malecón, en el que formaban una singular mancha en movimiento— vi avanzar a cinco o seis muchachas tan diferentes en aspecto y modales de todas las personas a las que estábamos habituados en Balbec como podría haberlo sido en la playa una bandada de gaviotas, de procedencia desconocida, que hubieran ejecutado con pasos contados —y las rezagadas alcanzarían a las otras revoloteando — un paseo cuyo fin habría parecido tan obscuro a los bañistas, a quienes no parecerían ver, como claramente determinado para sus espíritus de aves.

Una de aquellas desconocidas empujaba con la mano, delante de ella, su bicicleta; otras dos llevaban palos de golf y su vestimenta contrastaba con la de otras jóvenes de Balbec, algunas de las cuales practicaban —cierto es— deportes, pero sin por ello adoptar una forma de vestir especial.

Era la hora en que señoras y caballeros iban todos los días a dar su paseo por el malecón, expuestos a los despiadados fuegos de los impertinentes que clavaba en ellos —como si fueran portadores de alguna tara que le interesaba inspeccionar en sus menores detalles— la mujer del presidente de la Audiencia, orgullosamente sentada delante del quiosco de

música, en medio de aquella temida fila de sillas, a la que después irían también ellos —convertidos de actores en críticos— a instalarse para juzgar, a su vez, a quienes desfilarían delante de ellos. Toda aquella gente que caminaba a lo largo del malecón bamboleándose tanto como si hubieran sido el puente de un barco —pues no sabían alzar una pierna sin mover al mismo tiempo los brazos, volver la mirada, enderezar los hombros, compensar con un movimiento equilibrado por el lado opuesto el que acababan de hacer por el otro lado y congestionarse la cara— y que —aparentando no ver para hacer creer que no les importaban, pero mirando a hurtadillas, para no toparse con ellas, a las personas que caminaban a sus lados o en sentido inverso— tropezaban, en cambio, y chocaban con ellas, porque habían sido recíprocamente objeto, por su parte, de la misma atención secreta, oculta bajo el mismo desdén aparente, pues el amor —y, por consiguiente, el odio— de la multitud es uno de los móviles más poderosos en todos los hombres, ya sea porque intenten gustar a los demás o impresionarles o mostrarles que los desprecian. En el solitario, el enclaustramiento —aun absoluto y hasta el fin de la vida— tiene en muchos casos como principio un amor desajustado de la multitud que prevalece hasta tal punto sobre cualquier otro sentimiento, que —al no poder obtener, cuando sale, la admiración de la portera, de los transeúntes, del cochero ahí, parado— prefiere no ser visto nunca por ellos y para ello renunciar a toda actividad que lo obligaría a salir.

En medio de todas aquellas personas, algunas de las cuales perseguían un pensamiento, pero revelaban entonces su movilidad mediante una brusquedad de gestos, un desplazamiento de miradas, tan poco armoniosos como el circunspecto titubeo de sus vecinos, las muchachas que yo había divisado iban —con el dominio de gestos que brinda una perfecta flexibilidad del propio cuerpo y un desprecio sincero del resto de la Humanidad— derechas hacia ellas, sin vacilación ni firmeza, ejecutando exactamente los movimientos que querían, con plena independencia de cada uno de sus miembros respecto de los otros, mientras la mayor parte del cuerpo conservaba la notable inmovilidad de las buenas bailarinas de vals. Ya no estaban lejos de mí. Aunque cada una de ellas era de un tipo absolutamente distinto del de las otras, todas ellas encarnaban la Belleza,

pero, a decir verdad, hacía tan pocos instantes que las veía y sin atreverme a mirarlas fijamente, que aún no había individualizado a ninguna de ellas. Salvo a una, a quien su nariz recta y su piel morena hacían contrastar en medio de las otras —como, en algún cuadro del Renacimiento, un rey mago de tipo árabe—, no las distinguía sino —a una— por un par de ojos duros, tercos y risueños y —a otra— por unas mejillas en las que el rosa presentaba ese tono cobrizo que evoca la idea de geranio, ni siquiera había vinculado aún indisolublemente ninguno de aquellos rasgos a una de las muchachas más que a otra y, cuando —conforme al orden en el que se desarrollaba aquel conjunto, maravilloso porque se combinaban en él los aspectos más diferentes y todas las gamas de colores aparecían unas junto a otras, pero que resultaba confuso como una música en la que no hubiera podido aislar y reconocer en el momento de su paso las frases, distinguidas, pero olvidadas un instante después— veía surgir un óvalo blanco, unos ojos negros, unos ojos verdes, no sabía si eran los mismos que ya me habían brindado su encanto antes, no podía identificarlos con determinada muchacha a la que hubiera separado de las demás y reconocido. Y aquella ausencia, en mi visión, de las demarcaciones que pronto establecería entre ellas, propagaba por su grupo una fluctuación armoniosa, la translación continua de una belleza fluida, colectiva y móvil.

Tal vez no fuera el azar sólo, en la vida, el que —para reunir a aquellas amigas— las hubiera elegido a todas tan bellas; tal vez aquellas muchachas, cuya actitud bastaba para revelar su carácter audaz, frívolo y duro, extraordinariamente sensibles al ridículo y a la fealdad, incapaces de experimentar una atracción de índole intelectual o moral, hubiesen sentido —de forma natural— repulsión de todas aquellas compañeras de su edad en las que disposiciones meditativas o sensibles se revelaban mediante timidez, embarazo, torpeza, mediante lo que debían de llamar «forma de ser antipática», y las hubieran mantenido aparte, mientras que habían hecho amistad, en cambio, con otras en quienes las atraía cierta combinación de gracia, agilidad y elegancia física, única forma con la que podían representarse la franqueza de un carácter seductor y la promesa de buenas horas que pasar juntas. Tal vez también la clase a la que pertenecían —y que yo no habría podido precisar— estaba en ese punto de su evolución en

el que —ya fuera gracias al enriquecimiento y al ocio o a las nuevas costumbres deportivas, difundidas incluso en ciertos medios populares, y de una cultura física a la que aún no se ha sumado la de la inteligencia, un medio social semejante a las escuelas de escultura armoniosas y fecundas que no buscan aún la expresión atormentada— produjera de forma natural y en abundancia cuerpos hermosos con hermosas piernas, hermosas caderas, rostros sanos y serenos, con expresión de agilidad y astucia. ¿Y acaso no eran nobles y serenos modelos de belleza humana los que veía yo allí, delante del mar, como estatuas expuestas al sol en una ribera de Grecia?

Como si, desde el interior de su franja que avanzaba a lo largo del malecón como un luminoso cometa, hubieran considerado que la multitud circundante estaba compuesta de personas de otra raza y cuyo sufrimiento mismo no podía despertar en ellas un sentimiento de solidaridad, no parecían verla, obligaban a las personas detenidas a apartarse, como al paso de una máquina lanzada y que no evitaría a los peatones, y a lo sumo se contentaban —si algún señor anciano cuya existencia no admitían y cuyo contacto rechazaban se había apartado con movimientos apocados o furiosos, pero precipitados o risibles— con mirarse entre sí riéndose. No abrigaban para con quien no era de su grupo apariencia alguna de desdén: su desdén sincero bastaba. Pero no podían —al ver un obstáculo— por menos de entregarse a la diversión de salvarlo tomando impulso o con los pies juntos, porque estaban henchidas —exuberantes— de esa juventud que tanto se necesita prodigar, que, incluso cuando se está triste o enfermo no deja —obedeciendo más a las necesidades de la edad que al humor del día — pasar una ocasión de saltar o resbalar sin entregarse a ello conscientemente, interrumpiendo, sembrando, el paso lento —como Chopin la frase más melancólica— con graciosos rodeos en los que el capricho se combina con la virtuosidad. La mujer de un anciano banquero, tras haber vacilado entre diversas posiciones para su marido, lo había sentado en una silla de tijera frente al malecón, abrigado del viento y del sol por el quiosco de los músicos. Viéndolo bien instalado, acababa de dejarlo para ir a comprarle un periódico que iba a leerle para distraerlo: pequeñas ausencias durante las cuales lo dejaba solo y que nunca prolongaba más de cinco minutos —que le parecían ya demasiados—, pero renovaba con bastante

frecuencia para que el anciano esposo tuviera la impresión de estar aún en condiciones de vivir como todo el mundo y no necesitar protección alguna. La tribuna de los músicos formaba por encima de él un trampolín natural y tentador sobre el cual la mayor del grupito echó —sin la menor vacilación — a correr y saltó por encima del espantado anciano, cuya gorra marina rozaron sus ágiles pies, lo que divirtió enormemente a las otras muchachas, sobre todo a dos ojos verdes en una cara rubicunda, quienes experimentaron para con aquel acto una admiración y una alegría en la que me pareció distinguir un poco de timidez —una timidez vergonzosa y fanfarrona— ausente en las otras. «Ese pobre viejo me da lástima: parece medio muerto», dijo una de las chicas con voz aguardentosa y acento a medias irónico. Dieron unos pasos más y después se detuvieron un momento en medio del camino sin preocuparse por interrumpir la circulación de los transeúntes, en un conglomerado de forma irregular, compacto, insólito y chillón, como un conciliábulo de aves reunidas en el momento de alzar el vuelo, y después reanudaron su lento paseo a lo largo del malecón, por encima del mar.

Ahora, sus encantadoras facciones ya no eran indistintas ni estaban mezcladas. Yo las había distribuido y aglomerado —a falta de sus nombres, que ignoraba— en torno a la mayor, que había saltado por encima del anciano banquero; de la pequeña, que destacaba sobre el horizonte del mar con sus mejillas hinchadas y rosáceas y sus ojos verdes; de la de tez morena y nariz recta, que contrastaba con las otras; de otra, de cara blanca como un huevo, en la que una naricita formaba un arco de círculo como un pico de polluelo, como la que tienen ciertas personas muy jóvenes; de otra más, alta, cubierta con una esclavina (que le daba un aspecto tan pobre y hasta tal punto desmentía su elegante porte, que quien la contemplaba pensaba —para explicarlo— que aquella muchacha debía de tener padres bastante brillantes y que ponían su amor propio muy por encima de los bañistas de Balbec y de la elegancia vestimentaria de sus propios hijos para que les diera absolutamente igual dejarla pasearse por el malecón con una vestimenta que personas humildes habrían considerado demasiado modesta); de una muchacha de ojos brillantes, risueños, con gruesas mejillas apagadas, bajo una gorra de polo negra, calada en la cabeza, que empujaba una bicicleta con un contoneo de caderas tan desgarbado,

empleaba términos jergales tan barriobajeros —entre los cuales distinguí, sin embargo, la enojosa expresión «vivir su vida»— y gritaba tan fuerte, cuando pasé junto a ella, que, tras abandonar la hipótesis que la esclavina de su compañera me había hecho esbozar, concluí más bien que todas aquellas chicas pertenecían a la población asidua de los velódromos y debían de ser las jovencísimas amantes de corredores ciclistas. En todo caso, en ninguna de mis suposiciones figuraba la de que pudieran ser virtuosas. A primera vista —por la forma como se miraban riendo, por la mirada insistente de la de las mejillas apagadas— yo había comprendido que no lo eran. Por lo demás, mi abuela había velado siempre por mí con una delicadeza tan timorata como para que no considerara yo indivisible el conjunto de las cosas que no se deben hacer y que unas muchachas que faltan al respeto a la vejez fueran detenidas en seco por escrúpulos en el caso de placeres más tentadores que el de saltar por encima de un octogenario.

Pese a estar individualizadas ahora, la réplica que se daban unas a otras sus miradas, animadas de suficiencia y espíritu de camaradería, y en las que se reavivaban de instante en instante ora el interés ora la insolente indiferencia con que brillaba cada una de ellas, según que se tratara de sus amigas o de los transeúntes, la conciencia también de conocerse entre sí bastante íntimamente para pasearse siempre juntas, formando una «panda», daban a sus cuerpos independientes y separados, mientras avanzaban lentamente, una vinculación invisible, pero armoniosa, como una misma sombra cálida, una misma atmósfera, que hacía de ellas un todo tan homogéneo en sus partes como diferente de la multitud en medio de la cual se desarrollaba despacio su cortejo.

Por un instante, mientras pasaba junto a la morena de mejillas gruesas que empujaba una bicicleta, mi mirada se cruzó con las suyas —oblicuas y risueñas— dirigidas desde el fondo de aquel mundo inhumano que encerraba la vida de aquella pequeña tribu, desconocido inaccesible al que la idea de lo que yo era no podía, desde luego, alcanzar ni encontrar un lugar en él. ¿Me habría visto aquella muchacha, tocada con una gorra de polo muy calada sobre la frente y totalmente atenta a lo que decían sus compañeras, en el momento en que el rayo negro emanado de sus ojos había topado conmigo? Si me había visto, ¿qué había podido representar yo

para ella? ¿Desde dentro de qué universo me distinguía? Me habría resultado tan difícil decirlo como lo es concluir —de ciertas particularidades que se nos revelan en un astro vecino gracias al telescopio — que en él viven seres humanos, que nos ven, y qué ideas puede despertar en ellos esa visión.

Si pensáramos que los ojos de una muchacha así no son sino una brillante arandela de mica, no sentiríamos avidez de conocer y unir a la nuestra su vida, pero sentimos que lo que brilla en ese disco reflectante no se debe únicamente a su composición material, que son las negras sombras —desconocidas para nosotros— de las ideas que esa persona concibe respecto de las personas y los lugares que conoce —céspedes de hipódromos, arena de los caminos a los que, pedaleando por campos y bosques, me habría arrastrado aquella pequeña Péri, más seductora para mí que la del paraíso persa—, las sombras también de la casa en la que va a entrar, de los proyectos que concibe y que han concebido para ella, y sobre todo que es ella, con sus deseos, sus simpatías, sus repulsiones, su obscura e incesante voluntad. Yo sabía que, para poseer a aquella joven ciclista, habría de poseer también lo que había en sus ojos y, por consiguiente, toda su vida era la que me inspiraba deseo: un deseo doloroso, porque lo sentía irrealizable, pero embriagador, porque, al haber cesado bruscamente de ser mi vida total lo que hasta entonces había sido mi vida, al no ser ya sino una pequeña parte del lapso que se extendía ante mí, coincidente con la vida de aquellas muchachas y que yo ardía en deseos de cubrir, me ofrecía esa prolongación, esa multiplicación posible, de uno mismo que es la felicidad. Y que no hubiera entre nosotros costumbre —ni idea— alguna en común debía seguramente dificultarme aún más trabar amistad con ellas y gustarles, pero tal vez fuese también gracias a aquellas diferencias, gracias a la conciencia de que no entraba —en la composición de la naturaleza y de las acciones de aquellas muchachas— un solo elemento que yo conociera o tuviese, acababa de suceder en mí a la saciedad la sed —semejante a la que se da en una tierra seca— de una vida que mi alma —por no haber recibido hasta entonces ni una sola gota— absorbería tanto más ávidamente, con largos tragos, hasta empaparse perfectamente.

Yo había mirado tanto a aquella ciclista de ojos brillantes, que pareció advertirlo y dijo a la mayor una palabra que no oí, pero que hizo reír a ésta. A decir verdad, aquella morena no era la que más me gustaba, precisamente por ser morena y —desde el día en que en el pequeño repecho de Tansonville había visto a Gilberte— el ideal inaccesible para mí había seguido siendo el de una joven pelirroja y con piel dorada, pero ¿no había amado a la propia Gilberte sobre todo porque me había aparecido nimbada con la aureola de su amistad con Bergotte y sus visitas con él a catedrales? Y del mismo modo, ¿no podía alegrarme de haber visto a aquella morena mirarme, lo que me hacía abrigar la esperanza de que me resultara más fácil entrar en relaciones con ella primero, pues me presentaría a las otras, a la despiadada que había saltado por encima del anciano, a la cruel que había dicho: «Me da lástima, este pobre anciano», a todas sucesivamente, de las que, por lo demás, era —gran prestigio— compañera inseparable? Y, sin embargo, la de que un día pudiera ser yo amigo de tal o cual de aquellas muchachas, de que aquellos ojos, cuyas desconocidas miradas caían sobre mí a veces jugando conmigo sin saberlo como un efecto de sol en una pared, pudiesen alguna vez —en virtud de una alquimia milagrosa— dejar transparentar entre sus inefables partículas la idea de mi existencia, alguna amistad por mi persona, de que yo mismo pudiera un día ocupar un lugar entre ellas, en la teoría que desarrollaban a lo largo del mar, era una suposición que me parecía encerrar en sí una contradicción tan insoluble como si ante un friso antiguo o un fresco que representara un cortejo hubiera considerado posible ocupar —yo, espectador— un lugar —amado por ellas— entre las divinas procesionarias.

Entonces, ¿era irrealizable la felicidad de conocer a aquellas muchachas? Cierto es que no habría sido la primera de esa clase a la que habría ya renunciado. Bastaba con que recordara a tantas desconocidas que, incluso en Balbec, el coche, al alejarse a toda velocidad, me había hecho abandonar para siempre e incluso el placer que me daba la pandilla noble, como si estuviera compuesta de vírgenes helénicas, se debía a que había en ella algo del paso de los transeúntes por la carretera. Esa fugacidad de las personas a las que no conocemos, que nos obligan a abandonar la vida habitual en la que las mujeres que frecuentamos acaban revelando sus taras,

nos coloca en ese estado de búsqueda en el que ya nada detiene nuestra imaginación. Ahora bien, despojar de ella nuestros placeres es reducirlos a sí mismos, a nada. Ofrecidas en casa de una de aquellas alcahuetas —a las que, como hemos visto, yo no despreciaba, por lo demás— alejadas del elemento que les atribuía tantos matices y vaguedad, aquellas muchachas me habrían encantado menos. Es necesario que la imaginación, despertada por la incertidumbre de poder alcanzar su objeto, cree un objetivo que nos oculte el otro y, al substituir el placer sensual por la idea de penetrar en una vida, nos impide reconocer dicho placer, probar su gesto verdadero, limitarlo a su alcance. Es necesario que entre nosotros y el pescado —que, si lo viésemos por primera vez en una mesa, no parecería valer las mil astucias y rodeos necesarios para apoderarnos de él— se interponga, durante las tardes de pesca, el remolino a cuya superficie afloran —sin que sepamos exactamente lo que queremos hacer con ellos— el bruñido de una carne, la indecisión de una forma, en la fluidez de un azul transparente y móvil.

Aquellas muchachas se beneficiaban también de aquel cambio de las proporciones sociales, característico de la vida balnearia. Todas las ventajas que en nuestro medio habitual nos prolongan, nos engrandecen, resultan allí invisibles y, en realidad, suprimidas; en cambio, las personas a las que indebidamente suponemos tales ventajas sobresalen falsamente amplificadas, lo que facilitaba tanto más que unas desconocidas —y, aquel día, aquellas muchachas— cobraran para mí una importancia enorme y me dificultaba la tarea de darles a conocer la que en mí podía haber.

Pero, si bien el paseo era —y ello obraba a su favor— un simple extracto del incesante paso de mujeres transeúntes, que siempre me había impresionado, en su caso quedaba reducido a un movimiento tan lento, que se aproximaba a la inmovilidad. Ahora bien, que en una fase tan poco rápida los rostros —ya no llevados en un torbellino, sino serenos y nítidos — me parecieran aún hermosos me impedía creer —como tantas veces, cuando iba en el coche de la Sra. de Villeparisis— que desde más cerca, si me hubiera detenido un instante, determinados detalles —una piel picada de viruelas, un defecto en las aletas de la nariz, una mirada trivial, la mueca de la sonrisa, un talle poco agraciado— habrían substituido en el rostro y en el

cuerpo de la mujer los que seguramente había yo imaginado, pues había bastado una silueta bonita, la vislumbre de una tez lozana, para que con muy buena fe hubiera añadido un hombro arrebatador, una mirada deliciosa cuyo recuerdo o idea preconcebida llevaba siempre conmigo, ya que esos desciframientos rápidos de una persona que vemos al vuelo nos exponen a los mismos errores que esas lecturas demasiado rápidas en las que —en una sola sílaba y sin tomarnos el tiempo para identificar las otras— substituimos la palabra escrita por otra totalmente distinta que nos brinda nuestra memoria. En aquel momento no podía ser así. Había contemplado bien sus rostros; no había visto cada uno de ellos en todos sus perfiles y raras veces de frente, pero con dos o tres aspectos bastante distintos, de todos modos, para poder hacer ora la rectificación ora la verificación y la «prueba» de las diferentes suposiciones de líneas y colores que aventura la primera visión y para ver subsistir en ellos —a través de las sucesivas expresiones— algo inalterablemente material. Por eso, podía decirme con certeza que ni en París ni en Balbec —según las hipótesis más favorables de lo que podrían haber sido, aun cuando hubiera podido quedarme a charlar con ellas, las transeúntes en las que se había detenido mi mirada— había habido ninguna nunca cuya aparición y después desaparición sin haber llegado a conocerla me hubieran dejado más apesadumbrado que éstas, me hubiesen inspirado la idea de que su amistad podía brindar semejante embriaguez. Ni entre las actrices o las campesinas o las señoritas de internado religioso había visto nada tan hermoso, impregnado de tanto misterio, tan inestimablemente precioso, tan probablemente inaccesible. Eran ejemplares tan deliciosos y en tan perfecto estado de la felicidad desconocida y posible de la vida, que casi por razones intelectuales me sentía desesperado de no poder experimentar —en condiciones excepcionales, sin margen alguno para un posible error— la experiencia de lo más misterioso que nos ofrece la belleza que deseamos y de la imposibilidad de cuya posición por siempre jamás nos consolamos solicitando placer —cosa que Swann se había negado siempre a hacer, antes de conocer a Odette— a mujeres a quienes no hemos deseado, con lo que morimos sin haber sabido nunca lo que era ese otro placer. Seguramente podía ser que no fuese en realidad un placer desconocido, que de cerca su misterio se disipara, que se tratase tan sólo de

una proyección, un espejismo del deseo, pero en ese caso sólo podría reprochárselo a la necesidad de una ley de la naturaleza —que, si se aplicaba a aquellas muchachas, se aplicaría a todas— y no a la defectuosidad del objeto, pues era el que yo habría elegido de todos, al darme cuenta perfectamente, con satisfacción de botánico, de que no era posible encontrar reunidas especies más raras que las de aquellas jóvenes flores que en aquel momento interrumpían delante de mí la línea de la multitud con su ligero seto, semejante a un bosquecillo de rosas de Pensilvania, ornamento de un jardín sobre el acantilado, entre las cuales encierra todo el trayecto del océano recorrido por un vapor, tan lento en deslizarse sobre la raya horizontal y azul que va de un tallo a otro, que una mariposa indolente, rezagada en el fondo de la corola que el casco del buque hace mucho que superó, puede esperar para alzar el vuelo —por estar segura de llegar antes que el navío— a que tan sólo una partícula azulada separe aún la proa de éste del primer pétalo de la flor hacia la que navega.

Volví al hotel, porque debía ir a cenar a Rivebelle con Robert y en aquellas tardes mi abuela exigía que, antes de marcharme, me echara una hora en la cama, siesta que el médico de Balbec no tardó en prescribirme para todas las demás tardes.

Por lo demás, ni siquiera era necesario —para volver— abandonar el malecón y penetrar en el hotel por el vestíbulo, es decir, por detrás. En virtud de un adelanto comparable al del sábado, día en que en Combray almorzábamos una hora antes, ahora, en pleno verano, los días habían llegado a ser tan largos, que, cuando ponían los cubiertos para la cena en el Grand-Hôtel de Balbec, el sol estaba aún alto en el cielo, como si fuera la hora de merendar. Por eso, las grandes ventanas acristaladas y con correderas permanecían abiertas a la misma altura que el malecón. Me bastaba con pasar por encima de un fino marco de madera para encontrarme en el comedor, que al instante abandonaba para dirigirme al ascensor.

Al pasar por delante de su despacho, dirigí una sonrisa al director y recogí otra —sin asomo de desagrado— de su rostro, que, desde que estaba en Balbec, mi atención comprensiva inyectaba y transformaba poco a poco como una preparación de historia natural. Sus facciones habían pasado a serme corrientes, cargadas de un sentido mediocre, pero inteligible, como

una escritura que se puede leer, y en nada se parecían ya a aquellos caracteres extraños, intolerables, que su rostro me había presentado aquel primer día en que había visto delante de mí a un personaje ahora olvidado o —si lograba evocarlo— irreconocible, difícil de identificar con la personalidad insignificante y educada de la que era una simple caricatura, repelente y sumaria. Sin la timidez ni la tristeza de la noche de mi llegada, llamé al *lift*, que ya no permanecía silencioso, mientras me elevaba junto a él en el ascensor, como en una caja torácica móvil que se desplazara a lo largo de la columna ascendente, sino que repetía: «Ya no hay tanta gente como hace un mes. Van a empezar a marcharse, los días están acortándose». No lo decía porque fuera verdad, sino porque, como estaba contratado para ir a trabajar en una parte más cálida de la costa, le habría gustado que nos marcháramos todos lo antes posible para que cerrase el hotel y él tuviera unos días para sí, antes de «reincorporarse» a su nuevo puesto. «Reincorporar» y «nuevo» no eran, por lo demás, términos contradictorios, pues para el *lift* «reincorporarse» era la forma usual del verbo «incorporarse». Lo único que me extrañaba era que condescendiese a decir «puesto», pues pertenecía a ese proletariado moderno que desea borrar de la lengua la huella del régimen de la servidumbre. Por lo demás, al cabo de un instante me informó de que en la «colocación» a la que iba a «reincorporarse» iba a tener una «guerrera» más linda y mejor «remuneración»; las palabras «librea» y «sueldo» le parecían anticuadas e inconvenientes. Y, como, por una contradicción absurda, el vocabulario ha sobrevivido, pese a todo, entre los «patronos», a la concepción de la desigualdad, yo seguía entendiendo mal lo que me decía el *lift*. Así, lo único que me interesaba era saber si mi abuela estaba en el hotel. Ahora bien, anticipándose a mis preguntas, me dijo: «Esa señora acaba de salir de su habitación». Siempre me atrapaba: creía que se refería a mi abuela. «No, me refiero a esa señora que es —creo— una empleada de ustedes». Como en el antiguo lenguaje burgués, que se debería abolir sin falta, no se llama «empleada» a una cocinera, yo pensé por un instante: «Pero se equivoca: no tenemos fábrica alguna ni empleados». De repente, recordé que el título de empleado es —como el bigote para los camareros de café— una satisfacción del amor propio concedida a los sirvientes y que aquella señora

que acababa de salir era Françoise (probablemente para visitar la cafetería o ir a ver coser a la doncella de la señora belga), satisfacción que aún no bastaba al *lift*, pues decía de buen grado —al apiadarse de su propia clase— «en el obrero» o «en el humilde» utilizando el mismo singular que Racine, cuando dice: «el pobre…». Pero, por lo general, pues mi celo y mi timidez del primer día quedaban ya lejos, no hablaba yo con el *lift*. Era él quien se quedaba ahora sin recibir respuestas en la corta travesía de recorrido del hotel, vaciado como un juguete y que —piso tras piso— desplegaba en torno a nosotros sus ramificaciones de pasillos, en cuyas profundidades la luz se aterciopelaba, se degradaba, adelgazaba las puertas de comunicación o los peldaños de las escaleras interiores que convertía en ese ámbar dorado, inconsistente y misterioso como un crepúsculo, en el que Rembrandt recorta el soporte de una ventana o la manivela de un pozo. Y en cada piso un resplandor de oro reflejado en la alfombra anunciaba la puesta del sol y la ventana de los retretes.

Yo me preguntaba si las muchachas a quienes acababa de ver vivirían en Balbec y quiénes podían ser. Cuando el deseo va, así, orientado hacia una pequeña tribu humana que selecciona, todo lo que puede estar relacionado con ella se vuelve motivo de emoción y después de ensueño. Yo había oído a una señora decir en el malecón: «Es una amiga de la pequeña Simonet», con el aire de precisión vanidosa de alguien que explica: «Es el amigo inseparable del pequeño de La Rochefoucauld». Y al instante se había visto en la cara de la persona a quien informaban de ello una mirada de curiosidad y mayor atención para con la persona favorecida, «amiga de la pequeña Simonet». Se trataba seguramente de un privilegio que no se brindaba a todo el mundo, pues la aristocracia es cosa relativa y hay agujeritos baratos en los que el hijo de un comerciante de muebles es príncipe de la elegancia y reina en una corte como un joven príncipe de Gales. Con frecuencia he intentado recordar más adelante cómo resonó para mí en la playa aquel nombre de Simonet, aún incierto entonces en su forma, que había yo distinguido mal, y también en cuanto al significado, a la designación por él de tal persona o tal vez tal otra, impregnado, en una palabra, de esa vaguedad y esa novedad tan emocionantes para nosotros más adelante, cuando ese nombre cuyas letras graba a cada segundo más

profundamente en nosotros nuestra incesante atención ha llegado a ser —cosa que no iba a ocurrir en mi caso, respecto de la pequeña Simonet, hasta unos años después— el primer vocablo que recordábamos, en el momento de despertar o después de un desvanecimiento, antes incluso que la noción de la hora que es, del lugar en que estamos, antes casi que la palabra «yo», como si la persona a quien nombraba fuera más nosotros que nosotros mismos y si, al cabo de unos momentos de inconsciencia, la tregua que expira antes que ninguna otra fuese aquella durante la cual no pensábamos en él. No sé por qué me dije desde el primer día que el apellido de Simonet debía de ser el de una de aquellas muchachas; ya no cesé de preguntarme cómo podría conocer a la familia Simonet y, además, por mediación de personas a las que ésta considerara superiores a sí misma, lo que no sería difícil, si se trataba de simples zorrillas de clase baja, para que no pudiera tener una idea desdeñosa de mí, pues, mientras no hayamos vencido ese desdén, no podemos tener un conocimiento perfecto, no podemos practicar la absorción completa, de quien nos desdeña. Ahora bien, siempre que la imagen de mujeres tan diferentes penetra en nosotros —a menos que el olvido o la concurrencia de otras imágenes la elimine— no descansamos hasta haber convertido a esas extrañas en algo semejante a nosotros, pues nuestra alma está dotada a ese respecto del mismo tipo de reacción y actividad que nuestro organismo físico, que no puede tolerar la intromisión en su seno de un cuerpo extraño sin que se dedique al instante a digerir y asimilar al intruso. La pequeña Simonet debía de ser la más linda de todas: la que habría podido llegar —me parecía— a ser mi amante, por lo demás, pues era la única que en dos o tres ocasiones había parecido —desviando a medias la cabeza— tomar conciencia de mi fija mirada. Pregunté al ascensorista si conocía a unos Simonet en Balbec. Como no le gustaba decir que ignoraba algo, respondió que le parecía haber oído ese nombre. Al llegar al último piso, le rogué que me trajera las últimas listas de visitantes.

Salí del ascensor, pero, en lugar de dirigirme a mi habitación, continué más adelante por el pasillo, pues a aquella hora el ayuda de cámara del piso, aunque temía las corrientes de aire, había abierto la ventana del extremo, que —en lugar de al mar— daba a la colina y al valle, pero nunca dejaba verlos, pues sus cristales —de vidrio opaco— solían estar casi siempre

cerrados. Me detuve delante de ella brevemente, el tiempo de rendir homenaje a la «vista», que por una vez descubría allende la colina a la que estaba adosado el hotel y en la que sólo aparecía una casa, a cierta distancia, pero a la que la perspectiva y la luz del atardecer daban —sin alterar su volumen— un cincelado precioso y un estuche de terciopelo, como a una de esas arquitecturas en miniatura, pequeño templo o pequeña capilla de orfebrería y esmaltes que sirven de relicarios y sólo en días muy señalados se exponen a los fieles, pero aquel instante de adoración había persistido ya demasiado, pues el mayordomo, que sujetaba en una mano un manojo de llaves y con la otra me saludó tocándose su gorro de sacristán, pero sin alzarlo para no exponerse al aire puro y fresco del atardecer, venía a cerrar de nuevo —como los de un relicario— los dos batientes de la ventana y ocultaba a mi adoración el monumento reducido y la reliquia de oro. Entré en mi cuarto. A medida que avanzaba la estación, iba cambiando el cuadro que encontraba en mi ventana. Primero había mucha luz y sólo si hacía mal tiempo estaba obscuro; entonces, en el cristal glauco y que hinchaba con sus olas redondas, el mar —engastado entre los montantes de hierro de mi ventana como en los plomos de una vidriera— deshilachaba en toda la profunda orla de la bahía triángulos emplumados con una espuma inmóvil y delineada con la delicadeza de una pluma o de un plumón dibujados por Pisanello y fijados por aquel esmalte blanco, inalterable y cremoso que figura una capa de nieve en las vidrieras de Gallé.

Pronto los días se acortaron y en el momento en que entraba en mi habitación el cielo violeta, que parecía estigmatizado por la figura rígida, geométrica, pasajera y fulgurante del sol, semejante a la representación de un signo milagroso, de una aparición mística, se inclinaba hacia el mar sobre la bisagra del horizonte como un cuadro religioso por encima del altar mayor, mientras que las partes diferentes del ocaso, expuestas en los cristales de las librerías bajas de caoba a lo largo de las paredes y que yo transportaba con el pensamiento a la maravillosa pintura de la que estaban separadas, parecían como escenas diferentes que algún maestro antiguo ejecutó en tiempos para una cofradía en un relicario y cuyas hojas separadas se exhiben, unas junto a otras, en una sala de museo, que sólo el visitante vuelve a situar en las partes inferiores de un retablo. Unas semanas después,

cuando volvía a subir, el sol ya se había puesto. Una faja de cielo rojo por encima del mar compacto y cortante como gelatina de carne —semejante a la que veía en Combray por encima del Calvario, cuando volvía de paseo y me disponía a bajar, antes de la cena, a la cocina— y poco después —sobre el mar ya frío y azul, como ese pescado llamado mújol— el cielo del mismo rosa que uno de esos salmones que más tarde nos servirían en Rivebelle reavivaban el placer que iba a sentir al vestirme para ir a cenar. Sobre el mar, muy cerca del pueblo, intentaban elevarse —unos sobre los otros, en estratos cada vez más amplios— vapores de un negro de hollín, pero también de un bruñido, una consistencia, de ágata, de un peso visible, con lo que los más elevados —inclinados por encima del tallo deformado y hasta fuera del centro de gravedad de los que los habían sostenido hasta entonces— parecían a punto de arrastrar aquel andamiaje, ya a media altura del cielo, y precipitarlo al mar. La vista de un buque que se alejaba como un viajero nocturno me causaba la misma impresión —que había tenido en el vagón— de estar libre de las necesidades del sueño y del enclaustramiento en una habitación. Por lo demás, no me sentía encarcelado en aquella en la que estaba, porque al cabo de una hora iba a abandonarla para montar en coche. Me echaba en la cama y —como si estuviese en la litera de uno de los barcos que veía bastante cerca de mí y que de noche extrañaría ver desplazarse lentamente en la sombra, como cisnes obscurecidos y silenciosos, pero que no duermen— estaba rodeado por todos lados de las imágenes del mar.

Pero muchas veces no eran, en efecto, sino imágenes; olvidaba que bajo su color se abría el triste vacío de la playa, recorrido por el inquieto viento del anochecer que tan ansiosamente había sentido a mi llegada a Balbec; por lo demás, incluso en mi cuarto, totalmente centrado en las muchachas que había visto pasar, ya no tenía la disposición bastante serena ni desinteresada para que pudiesen producirse en mí impresiones verdaderamente profundas de belleza. La espera de la cena en Rivebelle volvía mi humor más frívolo aún y mi pensamiento —morando en aquellos momentos en la superficie de mi cuerpo, que iba yo a vestir para intentar parecer lo más agradable posible a las miradas femeninas que me contemplarían de hito en hito en el restaurante iluminado— era incapaz de

crear profundidad tras el color de las cosas. Y, si, bajo mi ventana, el vuelo incansable y suave de los vencejos y las golondrinas no hubiera subido como un chorro de agua, como un fuego artificial de vida, uniendo el intervalo de sus altos cohetes con la inmóvil y blanca hilada de largas estelas horizontales, sin el encantador milagro de aquel fenómeno natural y local que vinculaba con la realidad los paisajes que tenía yo ante los ojos, habría podido creer que no eran sino una selección —todos los días renovada— de pinturas que se mostraban arbitrariamente en el lugar en que me encontraba y sin que tuviesen relación necesaria con él. Una vez era una exposición de estampas japonesas: junto al fino recorte del sol rojo y redondo como la luna, una nube amarilla parecía un lago sobre el cual se perfilaban espadas negras como los árboles de su ribera, una raya de un rosa tierno, que nunca había vuelto a ver desde mi primera caja de colores, se inflaba como un río en cuyas dos riberas unos barcos parecían esperar a que fuesen a tirar de ellos para ponerlos a flote y, con la mirada desdeñosa, aburrida y frívola de un aficionado o de una mujer que recorre —entre dos visitas mundanas— una galería, pensaba: «Es curioso, esta puesta de sol es diferente, pero, en fin, ya he visto otras tan delicadas, tan asombrosas, como ésta». Sentía más placer las noches en que un barco absorbido y fluidificado por el horizonte parecía —como en una tela impresionista— tan del mismo color que él como si hubiera sido de la misma materia, como si no hubiese hecho otra cosa que recortar su casco y las jarcias, en los cuales se hubiera adelgazado y afiligranado sobre el azul vaporoso del cielo. A veces el océano llenaba casi toda mi ventana, sobrealzada como estaba por una faja de cielo bordeada en alto sólo por una línea del mismo azul marino, pero que, por esa razón, parecía ser aún el mar y deber su color diferente a un efecto de iluminación. Otro día, el mar estaba pintado sólo en la parte baja de la ventana todo cuyo resto estaba lleno con tantas nubes lanzadas unas contra otras por fajas horizontales, que los cristales parecían presentar —por una premeditación o una especialidad del artista— un «estudio de nubes», mientras que las diferentes vitrinas de la librería, al mostrar nubes semejantes pero en otra parte del horizonte y coloreadas de forma diversa por la luz, parecían ofrecer como la repetición, cara a ciertos maestros contemporáneos, de un solo y mismo efecto, tomado siempre en horas

diferentes, pero que ahora, con la inmovilidad del arte, se podían ver juntos, todos, en una misma obra, ejecutados con pastel y cubiertos con vidrio. Y a veces en el cielo y el mar uniformemente grises un poco de rosa se sumaba con un refinamiento exquisito, mientras que una mariposita que se había quedado dormida en el alféizar de la ventana parecía poner con sus alas —al pie de aquella «armonía gris y rosa» del estilo de las de Whistler— la firma favorita del maestro de Chelsea. El propio rosa desaparecía y nada más había ya que contemplar. Me ponía en pie un momento y, antes de echarme de nuevo, cerraba las grandes cortinas. Por encima de ellas, veía desde mi cama la línea de claridad que aún subsistía y que iba obscureciéndose, adelgazándose, progresivamente, pero sin entristecerme ni añorarlo dejaba morir así en lo alto de las cortinas la hora en la que por lo general ya me encontraba a la mesa, pues sabía que aquel día era diferente a los demás: más largo, como los del polo, interrumpidos sólo unos minutos por la noche; sabía que de la crisálida de aquel crepúsculo se preparaba para salir, mediante una radiante metamorfosis, la resplandeciente luz del restaurante de Rivebelle. Pensaba: «Ya es la hora»; me estiraba sobre la cama, me levantaba, acababa de asearme y veía encanto en aquellos instantes inútiles, aligerados de carga material alguna, en los que, mientras los otros cenaban, yo empleaba las fuerzas acumuladas durante la inactividad de aquel fin del día tan sólo en secar mi cuerpo, ponerme un *smoking*, hacerme el nudo de la corbata, hacer todos esos gestos guiados ya por el placer esperado de volver a ver a determinada mujer en la que me había fijado la última vez en Rivebelle y que había parecido mirarme y tal vez se hubiera levantado un instante de la mesa exclusivamente con la esperanza de que la siguiese; me alegraba ponerme todos aquellos atractivos para entregarme entero y dispuesto a una vida nueva, libre, sin preocupación, en la que —para vencer mis vacilaciones— encontraría respaldo en la calma de Saint-Loup y elegiría —de entre las especies de la historia natural y las procedencias de todos los países— las que, como componentes de los platos más inusitados y al instante pedidos por mi amigo, hubieran tentado mi gula o mi imaginación.

Y muy al final llegaron los días en que ya no podía entrar desde el malecón por el comedor, pues, como fuera estaba obscuro, ya no dejaban

abiertas sus cristaleras y el enjambre de pobres y curiosos atraídos por el resplandor fuera de su alcance colgaba, en negros racimos enfriados por el cierzo, sobre las luminosas y resbaladizas paredes de la colmena de cristal.

Llamaron; era Aimé, que había querido traerme personalmente las últimas listas de visitantes.

Antes de retirarse, Aimé tuvo a bien decirme que Dreyfus era mil veces culpable. «Se sabrá todo», me dijo «no este año, sino el que viene: es un señor muy relacionado con el Estado Mayor quien me lo ha dicho». Le pregunté si no se decidirían a revelarlo todo en seguida, antes del final del año. «Ha dejado su cigarrillo en el cenicero», prosiguió Aimé imitando la escena y sacudiendo la cabeza y el índice como había hecho su cliente, como diciendo: no hay que ser demasiado exigente. «Este año, no, Aimé», me ha dicho, al tiempo que me tocaba el hombro, «no es posible. Pero ¡para Pascua, sí!». Y Aimé me dio un golpecito en el hombro, al tiempo que me decía: «Mire, ¿ve? Le muestro cómo lo ha hecho exactamente», ya fuese porque se sintiera halagado por la familiaridad de aquel personaje o para que pudiese yo apreciar mejor, con pleno conocimiento de causa, el valor del argumento y nuestras razones para esperar.

Cuando, en la primera página de la lista de visitantes, vi las palabras: «Simonet y familia», sentí un ligero vuelco del corazón. Abrigaba antiguos ensueños de mi infancia en los que una persona lo más diferente posible de mí me infundía toda la ternura que albergaba mi corazón, pero que, al experimentarla, no se distinguía de él. Una vez más estaba yo forjando esa persona mediante el apellido Simonet y el recuerdo de la armonía reinante entre los jóvenes cuerpos que había visto desplegarse por la playa en una procesión deportiva digna de la Antigüedad y de Giotto. No sabía yo cuál de aquellas jóvenes era la Srta. Simonet, si se apellidaría así alguna de ellas, pero sabía que la Srta. Simonet me amaba y que gracias a Saint-Loup iba a intentar conocerla. Por desgracia, éste se veía obligado a regresar todos los días —tras haber obtenido una prórroga de su permiso con esa condición— a Doncières, pero me pareció que, para hacerlo incumplir sus obligaciones militares, podía contar —más aún que con su amistad conmigo— con esa propia curiosidad de naturalista humano por conocer una nueva variedad de la belleza humana que —aun sin haber visto a la persona de quien se

hablaba y sólo de oír decir que la cajera de cierta frutería era preciosa— con tanta frecuencia había yo sentido en él. Ahora bien, me equivocaba al abrigar la esperanza de excitar en Saint-Loup esa curiosidad hablándole de mis muchachas, pues estaba paralizada en él para mucho tiempo por amor a aquella actriz cuyo amante era, y, aunque la hubiese sentido ligeramente, la habría reprimido, como por la creencia supersticiosa de que de su propia fidelidad dependiera la de su amante. Por eso, sin que me prometiese ocuparse activamente de mis muchachas, nos pusimos en camino para ir a cenar a Rivebelle.

Las primeras veces, cuando llegábamos, el sol acababa de ponerse, pero aún había claridad; en el jardín del restaurante cuyas luces no estaban aún encendidas, el calor del día caía, se depositaba, como en el fondo de un jarrón a lo largo de cuyas paredes la transparente y obscura helada del aire parecía tan consistente, que un gran rosal, aplicado a la sombreada pared que veteaba de rosa, parecía la arborización que se ve en el fondo de una piedra de ónix. Al cabo de poco, cuando nos apeábamos del auto, ya era de noche y —si hacía mal tiempo y con la esperanza de que mejorara habíamos retrasado el momento de mandar enganchar los caballos— con frecuencia también cuando partíamos de Balbec incluso, pero en aquellos días no me infundía tristeza oír el viento soplar, sabía que no significaba el abandono de mis proyectos, la reclusión en un cuarto, sabía que, en el gran comedor del restaurante en el que entraríamos al son de la música de los zíngaros, las innumerables lámparas triunfarían fácilmente sobre la obscuridad y el frío al aplicarles sus amplios cauterios de oro y montaba, alegre, junto a Saint-Loup en el *coupé* que nos esperaba bajo el chaparrón. Desde hacía un tiempo, las palabras de Bergotte, al manifestarse convencido de que —dijera yo lo que dijese— estaba hecho para saborear los placeres de la inteligencia, me habían devuelto —respecto de lo que podría llegar a hacer más adelante— una esperanza defraudada todos los días por el aburrimiento que sentía al ponerme ante una mesa para comenzar un estudio crítico o una novela. «Al fin y al cabo», me decía, «tal vez el placer sentido al escribirla no sea el criterio infalible para juzgar el valor de una página hermosa; tal vez se trate simplemente de un estado accesorio que se sume a él muchas veces, pero cuya ausencia no pueda

prejuzgar contra ella. Tal vez ciertas obras maestras hayan sido compuestas entre bostezos». Mi abuela calmaba mis dudas diciéndome que, si estaba bien de salud, el trabajo me cundiría y me daría satisfacción y, como nuestro médico consideró más prudente advertirme de los graves riesgos a que podía exponerme mi estado de salud y me había explicado todas las precauciones de higiene que debía seguir para evitar un accidente, subordinaba todos los placeres al objetivo —que consideraba infinitamente más importante— de llegar a adquirir la fuerza suficiente para poder realizar la obra que tal vez llevara dentro de mí y ejercía sobre mí mismo —desde que estaba en Balbec— un control minucioso y constante. No habrían podido hacerme tocar la taza de café que me habría privado del sueño nocturno, necesario para no estar cansado el día siguiente, pero, cuando llegábamos a Rivebelle, al instante —con la excitación de un placer nuevo y por encontrarme en esa zona diferente en que nos hace entrar lo excepcional, tras haber cortado el hilo, pacientemente tejido desde hacía tantos días, que nos conducía hacia la sensatez y como si no fuera a haber nunca más un mañana ni fines elevados que realizar— desaparecía ese mecanismo preciso de higiene prudente que funcionaba para salvaguardarlos. Cuando un lacayo me pedía mi gabán, Saint-Loup me decía:

«¿No tendrás frío? Sería mejor que te lo guardaras, no hace demasiado calor».

Yo respondía: «No, no», y tal vez no sintiera el frío, pero, en todo caso, ya no conocía el miedo a caer enfermo, la necesidad de no morir, la importancia de trabajar. Entregaba el gabán; entrábamos en la sala del restaurante con los sones de una marcha militar tocada por los zíngaros, avanzábamos entre las filas de las mesas servidas como por un fácil camino de gloria y, al sentir el gozoso ardor impreso a nuestro cuerpo por los ritmos de la orquesta que nos hacía sus honores militares y nos brindaba aquel triunfo inmerecido, lo disimulábamos con expresión grave y helada, bajo un paso cargado de lasitud, para no imitar a esas cursis de café cantante que, cuando van a cantar con aire belicoso un cuplé subido de tono, entran corriendo en el escenario con la actitud marcial de un general vencedor.

A partir de aquel momento, yo ya no era el nieto de mi abuela —y no iba a acordarme de ella hasta la salida—, sino un hombre nuevo: el hermano momentáneo de los camareros que iban a servirnos.

Absorbía en una hora —añadiéndole unas gotas de oporto y demasiado distraído para poder saborearlo— la dosis de cerveza —y, con mayor razón, de champán— que en Balbec no habría querido alcanzar en una semana, pese a que —con mi conciencia serena y lúcida— el sabor de aquellas bebidas representaba un placer claramente apreciable, pero fácil de sacrificar, y daba al violinista que acababa de tocar los dos «luises» ahorrados en un mes con vistas a comprarme algo que ya no recordaba. Algunos de los camareros que servían, corrían —lanzados por entre las mesas— a todo correr, con un plato sobre las palmas extendidas y el objeto de aquella clase de carreras parecía ser el de no dejarlo caer y, de hecho, los *soufflés* de chocolate llegaban a su destino sin haberse volcado y las patatas a la inglesa, pese al galope que debía de haberlas zarandeado, dispuestas como en el punto de partida en torno al cordero de Pauillac. Me fijé en uno de aquellos servidores, muy alto, emplumado con soberbio pelo negro y la cara pintada de un color que recordaba más a ciertas especies de aves poco comunes que a la humana y que corriendo sin tregua y —parecía— sin objeto de un extremo a otro de la sala recordaba a uno de esos guacamayos que llenan las grandes pajareras de los parques zoológicos con su ardiente colorido y su incomprensible agitación. No tardó el espectáculo en ordenarse —al menos para mí— de forma más noble y serena. Toda aquella actividad vertiginosa cristalizaba en una apacible armonía. Yo miraba las mesas redondas cuya innumerable asamblea llenaba el restaurante, como otros tantos planetas, tal como aparecen representados en los cuadros alegóricos de antaño. Por lo demás, entre aquellos diversos astros se ejercía una fuerza de atracción irresistible y en cada una de las mesas los comensales no quitaban la vista de otras mesas, exceptuado algún rico anfitrión, quien, por haber conseguido la compañía de un escritor célebre, se afanaba en sonsacarle, gracias a las virtudes de la mesa giratoria, palabras insignificantes que maravillaban a las señoras. La armonía de aquellas mesas astrales no impedía la incesante revolución de los innumerables servidores, que, por estar —en lugar de sentados, como los

comensales— de pie, evolucionaban en una zona superior. Seguramente uno corría a llevar entremeses, cambiar el vino, añadir vasos, pero, pese a aquellas razones particulares, de su perpetua carrera entre las mesas redondas acababa desprendiéndose la ley de su circulación vertiginosa y regulada. Dos horribles cajeras, sentadas tras un macizo de flores y entregadas a cálculos interminables, parecían dos magas ocupadas en prever mediante cálculos astrológicos las conmociones que podían producirse a veces en aquella bóveda celeste concebida conforme a la ciencia de la Edad Media.

Y todos los comensales me daban un poco de lástima, porque notaba que para ellos las mesas redondas no eran planetas y no habían seccionado las cosas para privarlas de su apariencia habitual y permitirles advertir analogías. Pensaban en que cenaban con tal o cual persona, en que la cena costaría tanto, aproximadamente, y el día siguiente volverían a hacerlo y parecían del todo insensibles al desarrollo de un cortejo de jóvenes empleados y que —por no tener probablemente una tarea urgente en aquel momento— llevaban en procesión panes en cestas. Algunos, demasiado jóvenes, agobiados por los pescozones que les daban al pasar los jefes de comedor, clavaban, melancólicos, la vista en un sueño lejano y sólo se consolaban cuando algún cliente del hotel de Balbec en el que antes habían trabajado, al reconocerlos, les dirigía la palabra y les decía personalmente que se llevaran semejante champán, imbebible, cosa que los llenaba de orgullo.

Yo oía los bramidos de mis nervios, embargados de bienestar, independiente de los objetos exteriores que pueden darlo y que el menor desplazamiento de mi cuerpo, de mi atención, bastaba para infundirme, como una ligera presión en un ojo cerrado la sensación del color. Ya había bebido mucho oporto y, si pedía más, no era tanto con vistas al bienestar que las nuevas copas me brindarían cuanto por efecto del bienestar debido a las anteriores. Dejaba que la propia música condujera mi placer sobre cada nota en la que acababa, dócil, de posarse. Si bien aquel restaurante de Rivebelle —semejante a esas industrias químicas gracias a las cuales se producen en grandes cantidades cuerpos que en la naturaleza sólo se encuentran de forma accidental y muy raras veces— reunía en un mismo

momento más mujeres que me tentaban con perspectivas de felicidad que el azar de los paseos o los viajes me habría permitido encontrar en un año, aquella música que oíamos —arreglos de valses, operetas alemanas, canciones de cafés cantantes, nuevas, todas ellas, para mí— era, por otra parte, como un lugar de placer aéreo superpuesto, a su vez, al otro y más embriagador que él, pues cada uno de los motivos, particular como una mujer, no reservaba —como lo habría hecho para algún privilegiado— el secreto de voluptuosidad que encerraba: me lo proponía, me echaba el ojo, venía hasta mí con paso caprichoso o chabacano, se me acercaba, me acariciaba, como si me hubiera vuelto de pronto más seductor, más poderoso o más rico; veía yo claramente en aquellas tonadas cierta crueldad. Es que cualquier sentimiento desinteresado de la belleza, cualquier reflejo de la inteligencia les resultaba desconocido; para ellas, sólo existe el placer físico y son el infierno más despiadado, el más desprovisto de salidas para el desdichado celoso a quien presentan dicho placer —el que la mujer amada saborea con otro— como lo único que existe en el mundo para aquella que lo entraña enteramente, pero, mientras yo repetía a media voz las notas de aquella tonada y le devolvía su beso, la voluptuosidad especial que me hacía experimentar llegó a serme tan cara, que habría abandonado a mis padres para seguir el motivo en el mundo singular que construía en lo invisible, en líneas sucesivamente llenas de languidez y vivacidad. Aunque semejante placer no sea de los que dan más valor a la persona en quien se encarnan, pues sólo ésta lo percibe, y aunque, siempre que en nuestra vida hemos desagradado a una mujer que nos ha visto, ésta ignoraba si abrigábamos en aquel momento o no esa felicidad interior y subjetiva que, por consiguiente, en nada habría cambiado el juicio que emitió sobre nosotros, me sentía más potente, casi irresistible. Me parecía que mi amor ya no era algo desagradable y que inspirara sonrisas, sino que presentaba precisamente la belleza conmovedora, la seducción de aquella música, semejante, a su vez, a un medio simpático en el que aquella a la que amaba y yo nos habríamos encontrado y habríamos intimado de repente.

No frecuentaban el restaurante sólo mujeres de vida alegre, sino también personas de la sociedad más elegante, que acudían a merendar

hacia las cinco u ofrecían grandes cenas en él. Se servían las meriendas en un largo y estrecho corredor acristalado, entre el vestíbulo y el comedor, que costeaba por un lado el jardín, del que sólo lo separaba —exceptuadas algunas columnas de piedra— la cristalera que se abría aquí o allá. El resultado —además de numerosas corrientes de aire, golpes de sol bruscos, intermitentes— era una iluminación deslumbrante e inestable, que casi impedía distinguir a las que allí merendaban, por lo que, cuando estaban allí, en grupos de dos mesas juntas a lo largo de todo aquel estrecho gollete, como producían reflejos tornasolados con todos los movimientos que hacían para beber el té o saludarse entre sí, parecía un vivero, un buitrón, en el que el pescador ha amontonado los resplandecientes peces capturados y que —a medias fuera del agua y bañados por los rayos— espejean ante las miradas con sus cambiantes destellos.

Unas horas después, durante la cena, que se servía, naturalmente, en el comedor, encendían las luces, aunque aún hubiese claridad fuera, por lo que veíamos ante nosotros en el jardín —junto a pabellones iluminados por el crepúsculo y que parecían los pálidos espectros del atardecer— enramadas cuyo glauco verdor era atravesado por los últimos rayos y que desde la sala —iluminada por las lámparas— en la que se cenaba parecían allende la cristalera —no ya, como en el caso de las señoras que merendaban a la caída de la tarde a lo largo del pasillo azulino y dorado, en una red resplandeciente y húmeda, sino— las vegetaciones de un pálido y verde acuario gigantesco con luz sobrenatural. Nos levantábamos de la mesa y, si bien los comensales, durante la cena, mientras pasaban el tiempo mirando, reconociendo, a los comensales de la mesa vecina y preguntando por sus nombres, habían estado retenidos con una cohesión perfecta en torno a su propia mesa, la fuerza de atracción que los hacía gravitar en torno a su huésped de una noche perdía potencia cuando se dirigían —para tomar café — a aquel mismo pasillo que había servido para las meriendas; con frecuencia sucedía que en el momento del tránsito cierta cena en marcha abandonaba uno o varios de sus corpúsculos, quienes, por haber sufrido demasiado intensamente la atracción de la cena rival, se separaban un instante de la suya, en la que los substituían señores o señoras venidos a saludar a sus amigos, antes de volver a su mesa diciendo: «Tengo que

largarme a reunirme con el Sr. X, que me ha invitado esta noche». Y durante un instante parecían dos ramilletes separados que se hubieran intercambiado algunas de sus flores. Después el propio pasillo se vaciaba. Con frecuencia, como —aun después de la cena— había aún un poco de claridad, no encendían aquel largo pasillo, por lo que —bordeado por los árboles que se inclinaban fuera, al otro lado de la cristalera— parecía una alameda en un parque arbolado y tenebroso. A veces, un comensal se entretenía en él, a la sombra. En una ocasión, al cruzarlo para salir, distinguí en él a la hermosa princesa de Luxemburgo, sentada en medio de un grupo desconocido. Me descubrí sin detenerme. Ella me reconoció e inclinó la cabeza sonriendo; muy por encima de aquel saludo, y emanando de aquel mismo movimiento, se elevaron, melodiosas, unas palabras a mí dirigidas, que debían de ser unas buenas noches un poco largas, no para que me detuviera, sino sólo para completar el saludo, para convertirlo en un saludo hablado, pero las palabras permanecieron tan indistintas y el sonido —lo único que percibí— se prolongó tan despacio y me pareció tan musical, que fue como si, en el ramaje obscurecido de los árboles, se hubiera puesto a cantar un ruiseñor. Si por casualidad —para acabar la velada con algún grupo de amigos suyos que habíamos encontrado— Saint-Loup decidía que nos trasladáramos al Casino de una playa vecina y, al marcharse con ellos, me dejaba solo en un coche, yo recomendaba al cochero que fuera a toda velocidad a fin de que resultaran menos largos los instantes que pasaría sin la ayuda de alguien para dispensarme de ofrecer yo mismo a mi sensibilidad —dando marcha atrás y saliendo de la pasividad en la que estaba atrapado como en un engranaje— aquellas modificaciones que desde mi llegada a Rivebelle recibía de los otros. El posible choque con un auto que viniera en sentido inverso por aquellos senderos en los que sólo había sitio para uno y era noche cerrada, la inestabilidad del suelo —con frecuencia desplomado — del farallón, la proximidad de su vertiente cortada a pico sobre el mar: nada de todo aquello encontraba en mí el pequeño esfuerzo que habría sido necesario para trasladar la representación y el temor del peligro hasta mi entendimiento. Es que así como no es el deseo de llegar a ser célebre, sino el hábito de la laboriosidad, lo que nos permite producir una obra, así tampoco es la alegría del momento presente, sino las sabias reflexiones del

pasado, lo que nos ayuda a preservar el futuro. Ahora bien, si ya, al llegar a Rivebelle, había yo arrojado lejos de mí aquellas muletas del razonamiento, del control de uno mismo, que ayudan a nuestra flaqueza a seguir el camino recto y me encontraba presa como de una ataxia moral, el alcohol, al tensar excepcionalmente mis nervios, había atribuido a los minutos actuales una calidad, un encanto, que no habían tenido el efecto de volverme más apto ni más resuelto para vedarlos, pues, al hacerme preferirlos mil veces al resto de mi vida, mi exaltación los aislaba de ella; estaba encerrado en el presente, como los héroes, como los embriagados; mi pretérito, momentáneamente eclipsado, ya no proyectaba delante de mí aquella sombra de sí mismo que llamamos nuestro futuro; al situar el objetivo de mi vida —ya no en la realización de los sueños de aquel pasado, sino— en la felicidad del minuto presente, ya no veía más lejos de él. De modo, que, en virtud de una contradicción que era tan sólo aparente, en el preciso momento en que experimentaba un placer excepcional, en que sentía que mi vida podía ser feliz, en que debería haber tenido más valor para mí, era en el que, liberado de las preocupaciones que podía haberme inspirado hasta entonces, la entregaba sin vacilación al azar de un accidente. Por lo demás, no hacía, en una palabra, otra cosa que concentrar en una velada la incuria que para los otros hombres va diluida en su existencia entera, en la que diariamente afrontan sin necesidad el riesgo de un viaje por mar, de un paseo en aeroplano o en automóvil, cuando en casa los espera la persona a quien su muerte destrozará o —cuando está vinculado aún con la fragilidad de su cerebro— el libro cuya próxima publicación es el único aliciente de su vida. De igual modo, en el restaurante de Rivebelle, las noches en que permanecíamos en él, si hubiera llegado alguien con la intención de matarme —como ya sólo veía en una lejanía sin realidad a mi abuela, mi vida por venir, mis libros por componer, como me adhería enteramente al olor de la mujer de la mesa vecina, a la cortesía de los jefes de comedor, al contorno del vals que estaban interpretando, como estaba pegado a la sensación presente y no tenía más extensión que ella ni otro objetivo que el de no verme separado de ella— habría muerto junto a ella, me habría dejado asesinar sin ofrecer resistencia, sin moverme, abeja embotada por el

humo del tabaco, que ya no se preocupa de preservar la provisión de sus esfuerzos acumulados y la esperanza de su colmena.

Por lo demás, debo decir que aquella insignificancia en la que caían las cosas más graves, por contraste con la violencia de mi exaltación, acababa comprendiendo incluso a la Srta. Simonet y a sus amigas. La empresa de conocerlas me parecía ahora fácil, pero indiferente, pues sólo mi sensación presente —gracias a su extraordinaria potencia, al gozo que provocaban sus menores modificaciones e incluso su simple continuidad— tenía importancia para mí; todo lo demás —padres, trabajo, placeres, muchachas de Balbec— no pesaba más que una pompa de espuma en una ventolera que no la deja posarse, no existía ya sino en relación con aquella potencia interior: la ebriedad realiza durante unas horas el idealismo subjetivo, la fenomenología pura; todo es ya puras apariencias y sólo existe en función de nuestro sublime yo. Por lo demás, no es que un amor verdadero —si lo sentimos— no pueda subsistir en semejante estado, pero notamos tan claramente, como en un medio nuevo, que presiones desconocidas han cambiado las dimensiones de ese sentimiento, que no podemos considerarlo igualmente. No dejamos de reconocer ese amor, pero desplazado, sin que pese ya sobre nosotros, satisfecho de la sensación que le concede el presente y que nos basta, pues no nos importa lo que no es actual. Por desgracia, el coeficiente que cambia así los valores sólo lo hace en esos momentos de embriaguez. Las personas que carecían ya de importancia y a las cuales soplábamos como pompas de jabón recuperarán el día siguiente su densidad; habrá que intentar de nuevo reanudar los trabajos que ya nada significaban. Cosa más grave aún: esa matemática del mañana, la misma que la de ayer y cuyos problemas de nuevo afrontaremos inexorablemente, es la que nos rige incluso durante esas horas, salvo para nosotros mismos. Si junto a nosotros se encuentra una mujer virtuosa u hostil, esa cosa tan difícil la víspera —a saber, la de que llegáramos a gustarle— nos parece ahora un millón de veces más fácil sin haber llegado a serlo en modo alguno, pues sólo ante nosotros, ante nuestro interior, hemos cambiado y está tan descontenta en el instante mismo de que nos hayamos permitido una familiaridad como lo estaremos nosotros el día siguiente de haber dado

cien francos al botones y por la misma razón que para nosotros se ha aplazado simplemente: la ausencia de ebriedad.

Yo no conocía a ninguna de las mujeres que estaban en Rivebelle y que —por formar parte de mi ebriedad, como los reflejos forman parte del espejo— me parecían mil veces más deseables que la —cada vez menos existente— Srta. Simonet. Una joven rubia, sola, de expresión triste, bajo su sombrero de paja punteado con flores del campo me miró por un instante con expresión soñadora y me pareció agradable. Después le tocó el turno a otra y luego a una tercera; por último, a una morena de tez brillante. A diferencia de mí, Saint-Loup las conocía a casi todas.

En efecto, antes de conocer a su amante actual, había vivido tanto en el mundo restringido de la francachela, que, de todas las mujeres que cenaban aquellas noches en Rivebelle y muchas de las cuales se encontraban allí por casualidad, pues habían acudido a la costa, para reunirse con su amante —unas— y —otras— para intentar pescarlo, pocas había a las que no conociera por haber pasado —él mismo o alguno de sus amigos— al menos una noche con ellas. Si estaban con un hombre, no las saludaba y ellas, al tiempo que lo miraban más que a otro, porque su indiferencia —que conocían— para con cualquier otra mujer que no fuera su actriz le infundía, para ellas, un prestigio singular, aparentaban no conocerlo. Y una susurraba: «¡Es ese Saint-Loup tan majo! Al parecer, sigue amando a su zorrilla. Es su gran amor. ¡Qué muchacho más guapo! ¡A mí es que me parece bárbaro! ¡Y qué distinción! Hay mujeres que tienen una suerte loca, la verdad, y, además, es que es un tipo estupendo. Yo lo conocí bien, cuando estaba con D’Orléans. Eran inseparables, esos dos. ¡Menudas juergas se corría entonces! Pero ya no es así; no le pone los cuernos. ¡Ah! La suerte que tiene ésa, vamos. Y yo me pregunto qué puede ver en ella. Tiene que ser tonto de remate. Tiene unos pies como barcos, ésa, bigote a la americana, ¡y la ropa interior sucia! Ni una obrerilla querría, me parece a mí, sus pololos. Fijaos en sus ojos: un hombre como para tirarse al fuego por él. Mira, calla, que me ha reconocido, se ríe. ¡Oh! Es que me conocía muy bien. Basta con que le hablen de mí». Entre ellas y él sorprendía yo una mirada de inteligencia. Me habría gustado que me presentara a aquellas mujeres, poder pedirles una cita y que me la concedieran, aunque no hubiese podido aceptarla, pues, si

no, su rostro permanecería eternamente desprovisto, en mi memoria, de esa parte que —como si estuviera oculta por un velo— varía en todas las mujeres, que no podemos imaginar cuando no se la hemos visto y que aparece sólo en la mirada dirigida a nosotros para acceder a nuestro deseo y prometer satisfacerlo y, sin embargo, aun reducido así, su rostro era para mí mucho más que el de las mujeres virtuosas por mí conocidas y no me parecía, como el de éstas, insulso, sin misterio, compuesto de una pieza única y sin densidad. Seguramente no era para mí lo que debía de ser para Saint-Loup, quien —bajo la indiferencia, para él transparente, de las facciones inmóviles que fingían no conocerlo o bajo la trivialidad del saludo, el mismo que habrían dirigido a cualquier otro— recordaba, veía, entre unos cabellos alborotados, una boca arrobada y ojos entornados, todo un cuadro silencioso, como los que los pintores, para engañar a la mayoría de los visitantes, cubren con una tela decente. Cierto es que —por sentir, al contrario, que nada de mi ser había penetrado en tal o cual de aquellas mujeres y no lo llevaría consigo en los rumbos desconocidos que siguiera durante su vida— para mí aquellos rostros permanecían cerrados, pero bastaba con saber que se abrían para que me parecieran cargados con un valor que —si hubiesen sido simples medallas hermosas, en lugar de medallones bajo los cuales se ocultaban recuerdos de amor— no habría yo visto en ellos. En cuanto a Robert, quien apenas podía mantenerse en el sitio cuando estaba sentado y disimulaba bajo una sonrisa de cortesano la avidez por actuar como guerrero, observándolo bien, me daba cuenta de hasta qué punto debía de ser la enérgica osamenta de su triangular rostro la misma que la de sus antepasados, más propia de un ardiente arquero que de un delicado literato. Bajo la piel fina, aparecían la construcción audaz, la arquitectura feudal. Su cabeza recordaba a esas torretas de antiguos torreones cuyas inutilizadas almenas siguen visibles, pero que por dentro albergan una biblioteca.

Al regresar a Balbec, volvía yo a decirme —sin detenerme un segundo y, sin embargo, casi sin advertirlo— de alguna de aquellas desconocidas a quien me había presentado: «¡Qué mujer más deliciosa!», como quien canta un estribillo. Cierto es que aquellas palabras iban dictadas más por disposiciones nerviosas que por un juicio duradero. No por ello es menos

cierto que, si hubiera llevado mil francos conmigo y hubiese habido aún joyerías abiertas a aquella hora, habría comprado una sortija para la desconocida. Cuando las horas de nuestra vida se desarrollan como planes demasiado diferentes, resulta que nos entregamos demasiado a personas diversas que el día siguiente nos parecen sin interés, pero nos sentimos responsables de lo que les dijimos la víspera y queremos cumplirlo.

Como aquellas noches yo regresaba tarde, me daba gusto volver a ver en mi habitación, que ya no me resultaba hostil, la cama en la que siempre me resultaría imposible —había creído el día de mi llegada— descansar y en la que ahora mis miembros, tan agitados, buscaban un apoyo, de modo que mis muslos, mis caderas, mis hombros intentaban sucesivamente adherirse en todos sus puntos a las sábanas que envolvían el colchón, como si mi fatiga, semejante a un escultor, hubiera querido tomar el molde total de un cuerpo humano, pero no podía conciliar el sueño; sentía acercarse la mañana; la calma y la buena salud me habían abandonado. Con mi angustia, me parecía que nunca más las recuperaría. Habría tenido que dormir mucho tiempo para alcanzarlas. Ahora bien, aunque me hubiera adormilado, dos horas después me habría despertado, de todos modos, el concierto sinfónico. De repente, me quedaba dormido, caía en ese sueño pesado en el que se nos revelan el regreso a la juventud, la recuperación de los años pasados, de los sentimientos perdidos, la desencarnación, la transmigración de las almas, la evocación de los muertos, las falsas ilusiones de la locura, la regresión hacia los reinos más elementales de la naturaleza, pues, aunque se dice que con frecuencia vemos animales en sueños, se olvida que casi siempre somos en ellos, a nuestra vez, animales privados de esa razón que proyecta en las cosas una claridad de certeza; en ellos no ofrecemos, al contrario, al espectáculo de la vida sino una visión dudosa y a cada minuto anulada por el olvido, al desvanecerse la realidad presente ante la que la sucede, como una proyección de linterna mágica ante la siguiente, cuando se ha cambiado el cristal: todos esos misterios que creemos no conocer y en los que somos iniciados, en realidad, casi todas las noches, como también al otro gran misterio del aniquilamiento y la resurrección. La iluminación sucesiva y errante de zonas obscuras de mi pasado, que volvía más errabunda la difícil digestión de la cena de Rivebelle, hacía de mí un ser

cuya suprema felicidad habría sido la de encontrarme con Legrandin, con quien acababa de charlar en el sueño.

Después incluso mi propia vida me resultaba enteramente oculta por un decorado nuevo, como el situado en el borde mismo del escenario y delante del cual —mientras que detrás se hacen cambios de cuadros— unos actores ofrecen un intermedio. Aquel en el que yo desempeñaba entonces mi papel correspondía al gusto de los cuentos orientales, nada sabía yo en él de mi pasado ni de mí mismo, impedido por la estrecha proximidad de un decorado interpuesto; era simplemente un personaje que recibía el bastonazo y sufría diversos castigos por una falta que no columbraba, pero que era la de haber bebido demasiado oporto. De repente me despertaba, advertía que, gracias a un largo sueño, no había oído el concierto sinfónico. Ya era la tarde; me cercioraba de ello con el reloj, tras hacer algunos esfuerzos para levantarme, infructuosos al principio e interrumpidos por caídas sobre la almohada, pero de esas caídas cortas que siguen al sueño como a las demás ebriedades, ya las procure el sueño o una convalecencia; por lo demás, antes incluso de haber mirado la hora, estaba seguro de que ya había pasado el mediodía. La noche anterior, yo no era sino un ser vaciado, sin peso y —como hay que haber estado tendido para poder sentarse y haber dormido para poder callar— no podía cesar de dar vueltas y hablar, carecía ya de consistencia y de centro de gravedad, estaba lanzado, me parecía que podría continuar mi taciturna carrera hasta la Luna. Ahora bien, aunque durmiendo mis ojos no habían visto la hora, mi cuerpo había sabido calcularla, había medido el tiempo —no en una esfera superficialmente imaginada, sino— por el peso progresivo de todas mis fuerzas recuperadas, que, como un reloj potente, había dejado descender punto por punto de mi cerebro al resto de mi cuerpo —donde se amontonaban ahora hasta por encima de mis rodillas— la abundancia intacta de sus provisiones. Si es cierto que el mar fue en tiempos nuestro medio vital en el que debamos sumergir de nuevo nuestra sangre para recuperar las fuerzas, lo mismo ocurre con el olvido, la nada mental; parecemos entonces ausentes del tiempo durante unas horas, pero las fuerzas que se han acumulado entretanto y no se han gastado lo miden por su cantidad tan exactamente como las pesas del reloj o los montículos que

se van despoblando del reloj de arena. Por lo demás, no se sale más fácilmente de semejante sueño que de la vigilia prolongada, pues todas las cosas tienen tendencia a durar y, si bien es verdad que ciertos narcóticos hacen conciliar el sueño, dormir mucho es un narcótico más potente aún, tras el cual cuesta lo suyo despertar. Como un marinero que ve perfectamente el muelle en el que amarrar su barca, mientras sigue aún sacudida, sin embargo, por las olas, yo quería mirar la hora y levantarme, pero mi cuerpo era rechazado en todo instante hacia el sueño; el atraque era difícil y, antes de ponerme en pie para alcanzar el reloj y confrontar su hora con la que indicaba la riqueza de materiales de que disponían mis molidas piernas, volvía a caer otras dos o tres veces sobre mi almohada.

Por fin veía claramente: «¡Las dos de la tarde!», llamaba al timbre, pero al instante entraba en un sueño que aquella vez iba a ser infinitamente más largo, a juzgar por el descanso y la visión de una inmensa noche superada, con la que me encontraba al despertar. Sin embargo, como éste se debía a la entrada de Françoise, motivada, a su vez, por mi llamada al timbre, aquel nuevo sueño que debía de haber sido —me parecía— más largo que el otro y me había brindado tanto bienestar y olvido, había durado tan sólo medio minuto.

Mi abuela abría la puerta de mi habitación y yo le hacía algunas preguntas sobre la familia Legrandin.

No basta con decir que yo había alcanzado la calma y la salud, pues lo que las había separado de mí en la víspera había sido algo más que una distancia, había tenido que luchar toda la noche contra una ola contraria y después no era sólo que me encontrara junto a ellas, sino que habían entrado dentro de mí. En puntos precisos y aún un poco dolorosos de mi cabeza vacía y que un día se rompería y dejaría escapar mis ideas para siempre, éstas habían vuelto a ocupar una vez más su lugar y habían recuperado aquella existencia que hasta entonces no habían sabido —¡ay!— aprovechar.

Una vez más había escapado a la imposibilidad de dormir, al diluvio, al naufragio de los ataques de nervios. Ya no temía en absoluto lo que me amenazaba la víspera por la noche, cuando aún no había descansado. Se abría ante mí una nueva vida; sin hacer un solo movimiento, pues estaba

aún molido, aunque ya dispuesto, saboreaba mi fatiga con alegría; había aislado y roto los huesos de mis piernas, de mis brazos, que yo sentía reunidos ante mí, listos para volver a juntarse, y que con un simple canto iba —como el arquitecto de la fábula— a reanimar.

De repente recordé a la joven rubia de expresión triste a la que había visto en Rivebelle y que me había mirado un instante. Durante toda la velada, muchas otras me habían parecido agradables, pero aquélla era lo único que ahora se elevaba desde el fondo de mi recuerdo. Me parecía que se había fijado en mí, esperaba que uno de los camareros de Rivebelle viniese a decirme unas palabras de su parte. Saint-Loup no la conocía y creía que era como Dios manda. Sería muy difícil verla, verla sin cesar, pero yo estaba dispuesto a todo para eso, ya sólo pensaba en ella. En filosofía se habla con frecuencia de actos libres y actos necesarios. Tal vez no haya uno más completamente pasivo por nuestra parte que el que, en virtud de una fuerza ascendente comprimida durante la acción, hace subir así —una vez en reposo nuestro pensamiento— un recuerdo hasta entonces nivelado con los otros por la opresiva fuerza de la situación y lanzarse, porque, sin que lo supiéramos, entrañaba más que los otros un encanto que no advertimos hasta veinticuatro horas después, y tal vez tampoco haya acto tan libre, pues está desprovisto de la costumbre, de esa manía mental, en cierto modo, que en el amor favorece el renacimiento exclusivo de la imagen de determinada persona.

Aquel día era precisamente el siguiente a aquel en que yo había visto desfilar delante del mar el hermoso cortejo de muchachas. Pregunté al respecto a varios clientes del hotel que acudían casi todos los años a Balbec. No pudieron informarme. Más adelante una fotografía me explicó por qué. ¿Quién habría podido reconocer ahora en ellas, recién salidas de una edad en la que se cambia tan completamente, una masa amorfa y deliciosa, aún totalmente infantil, de niñas a las que, tan sólo unos años antes, se podía ver sentadas formando un círculo en la arena, en torno a una tienda: como una blanca y vaga constelación en la que no se habrían distinguido dos ojos más brillantes que los otros, un rostro malicioso, un pelo rubio, salvo para volver a perderlos y confundirlos en seguida en el seno de la indistinta y láctea nebulosa?

Seguramente en aquellos años, aún tan poco alejados, no era, como la víspera en su primera aparición ante mí, la vista del grupo, sino el propio grupo lo que carecía de nitidez. Entonces aquellas chiquillas demasiado niñas estaban aún en ese grado elemental de formación en el que la personalidad no ha dejado su sello en cada uno de los rostros. Como esos organismos primitivos en los que el individuo apenas existe por sí mismo, está constituido más por el polípero que por cada uno de los pólipos que lo componen, permanecían apretadas unas contra otras. A veces una hacía caer a su vecina y entonces una risa loca, que parecía la única manifestación de su vida personal, las agitaba a todas a la vez y borraba, confundía, aquellos rostros indecisos y gesticulantes en la jalea de un solo racimo centelleante y tembloroso. En una fotografía antigua que iban a darme un día y que he conservado, su panda infantil presenta ya el mismo número de figurantes que —más adelante— su cortejo femenino; se nota en ella que ya debían de formar en la playa una mancha singular que obligaba a mirarlas, pero sólo se puede reconocerlas individualmente por el razonamiento, dejando el campo libre a todas las transformaciones posibles durante la juventud hasta el límite en que esas formas reconstituidas invadirían otra individualidad que también hemos de identificar y cuyo hermoso rostro —por la concomitancia de un gran talle y pelo rizado— puede haber sido en tiempos ese apergaminamiento de arruga desmedrada representado en la cartulina y, como la distancia recorrida en poco tiempo por los caracteres físicos de cada una de aquellas niñas hacía que resultaran un criterio bastante impreciso y, por otra parte, lo que tenían en común y colectivamente estaba, por tanto, muy marcado, a veces sus mejores amigas confundían a unas con las otras en esa fotografía, por lo que sólo se podía despejar la duda mediante determinado accesorio de la vestimenta que una —con exclusión de las otras— estaba segura de haber llevado. Pasados aquellos días tan diferentes —y, sin embargo, tan próximos— de aquel en que yo las había visto en el malecón, aún seguían abandonándose a la risa como yo había advertido la víspera, pero a una risa que ya no era la —intermitente y casi automática— de la infancia, distinción espasmódica que en tiempos hacía en todo momento zambullirse a aquellas cabezas, así como los bancos de gobios en el Vivonne se dispersaban y desaparecían para volver a formarse

al cabo de un instante; ahora su fisionomía había llegado a ser dueña de sí misma, sus ojos estaban fijos en el objetivo que perseguían y el día anterior habían hecho falta la indecisión y el tremolar de mi primera percepción para confundir indistintamente —como la hilaridad antigua y la antigua fotografía— las espórades hoy individualizadas y desunidas de la pálida madrépora.

Seguramente, muchas veces, al ver pasar a muchachas hermosas, me había prometido verlas de nuevo. Por lo general, no volvían a aparecer; por lo demás, la memoria, que en seguida olvida su existencia, difícilmente recuperaría sus facciones; nuestros ojos tal vez no las reconocerían y ya hemos visto pasar a nuevas muchachas a quienes tampoco volveremos a ver, pero otras veces —y así iba a ser con la pandilla insolente— el azar vuelve a colocarlas con insistencia ante nosotros. Entonces nos parece hermoso, pues discernimos en él como un comienzo de organización, de esfuerzo, para componer nuestra vida, y nos vuelve fácil, inevitable y a veces —después de interrupciones tras las cuales sería de esperar que dejáramos de recordar— cruel la fidelidad a unas imágenes a cuya posesión más adelante creeremos haber estado predestinados y que, sin su intervención, tan fácilmente habríamos podido olvidar, en el comienzo mismo, como tantas otras.

Pronto la estancia de Saint-Loup tocó a su fin. Yo no había vuelto a ver a aquellas muchachas en la playa y él se quedaba demasiado poco por la tarde en Balbec para poder estar atento a verlas e intentar trabar relaciones con ellas por mí. Por la noche estaba más libre y seguía llevándome a menudo a Rivebelle. En aquellos restaurantes, como en los parques públicos y los trenes, hay personas encerradas en una apariencia corriente y cuyo nombre nos asombra, si —tras preguntárselo por casualidad— descubrimos que no son ese inofensivo cualquiera que suponíamos, sino nada menos que el ministro o el duque de los que tan a menudo hemos oído hablar. Ya en el restaurante de Rivebelle habíamos visto dos o tres veces Saint-Loup y yo ir a sentarse a una mesa, cuando todo el mundo empezaba a marcharse, a un hombre muy alto, muy musculoso, de facciones regulares y barba entrecana, pero cuya soñadora mirada permanecía clavada con aplicación en el vacío. Una noche en que preguntamos al dueño quién era

aquel comensal obscuro, aislado y tardío, nos dijo: «¡Cómo! ¿No conocían ustedes al célebre pintor Elstir?». Swann había pronunciado en cierta ocasión su nombre delante de mí y yo había olvidado enteramente a propósito de qué, pero la omisión de un recuerdo, como la de un período de una frase en una lectura, favorece a veces —no la incertidumbre, sino— el despuntar de una certeza prematura. «Es un amigo de Swann y un artista muy conocido, de gran valor», dije a Saint-Loup. Al instante nos vino a él y a mí, como un escalofrío, el pensamiento de que Elstir era un gran artista, un hombre célebre, y después el de que, al confundirnos con los demás comensales, no sospechaba la exaltación que nos inspiraba la idea de su talento. Seguramente, que ignorara nuestra admiración y que conociésemos a Swann no nos habría resultado desconsolador, si no hubiéramos estado en la costa, pero —rezagados como estábamos en una edad en la que el entusiasmo no puede permanecer silencioso y transportados a una vida en la que el anonimato parece asfixiante— escribimos una carta firmada con nuestros nombres en la que revelábamos a Elstir —en los dos comensales sentados a unos pasos de él— a dos aficionados apasionados de su talento, dos amigos de su gran amigo Swann, y le pedíamos permiso para presentarle nuestros respetos. Un camarero se encargó de llevar aquella misiva al hombre célebre.

Célebre Elstir tal vez no lo fuera aún en aquella época tanto como afirmaba el dueño del establecimiento y como lo fue, por lo demás, pocos años después, pero había sido uno de los primeros en frecuentar aquel restaurante, cuando tan sólo era aún como un caserío y a llevar a él a una colonia de artistas (todos los cuales habían emigrado, por lo demás, en cuanto el caserío en el que se comía al aire libre bajo un simple tejadillo se había convertido en un centro elegante; el propio Elstir volvía en aquella época a Rivebelle simplemente porque su esposa, con la que vivía no lejos de allí, estaba ausente). Ahora bien, un gran talento, aun cuando no esté aún reconocido, provoca necesariamente fenómenos de admiración, que el dueño del caserío había estado en condiciones de distinguir en las preguntas de más de una inglesa, ávida de informaciones sobre la vida que llevaba Elstir, o en el número de cartas que recibía del extranjero. Entonces el dueño había advertido aún más claramente que no gustaba a Elstir que lo

importunaran mientras trabajaba, que se levantaba por la noche para llevar a una pequeña modelo a posar desnuda al borde del mar, cuando había luz de luna, y, cuando había reconocido en un cuadro de Elstir una cruz de madera colocada a la entrada de Rivebelle, había pensado que tantas fatigas no eran en vano ni la admiración de los turistas injustificada. «Es esa cruz enteramente», repetía con estupefacción. «Están las cuatro partes. Claro, que, ¡menudo esfuerzo hace!».

Y no sabía si una pequeña «salida del sol sobre el mar» que Elstir le había regalado valdría una fortuna.

Lo vimos leer nuestra carta, metérsela en el bolsillo, seguir cenando, empezar a pedir sus pertenencias y levantarse para marcharse y estábamos tan seguros de haberlo desagradado con nuestra actitud, que ahora habríamos deseado —en la misma medida en que lo habíamos temido— marcharnos sin haber sido vistos por él. No se nos había ocurrido ni por un instante pensar en algo que, sin embargo, debería habernos parecido lo más importante: que nuestro entusiasmo por Elstir, de cuya sinceridad no habríamos permitido que se dudara y de la que habríamos podido, en efecto, dar como testimonio nuestra respiración entrecortada por la espera, nuestro deseo de hacer cualquier cosa difícil o heroica por el gran hombre, no era, como nos imaginábamos, admiración, ya que nunca habíamos visto nada de Elstir; nuestro sentimiento podía tener por objeto la idea vacía de «un gran artista», no una obra que desconocíamos. Era, a lo sumo, admiración vacía, el marco nervioso, el bastidor sentimental de una admiración sin contenido, es decir, algo tan indisolublemente unido a la infancia como ciertos órganos que ya no existen en el hombre adulto; éramos aún unos niños. Sin embargo, cuando Elstir estaba a punto de llegar a la puerta, dio un rodeo de repente y vino hacia nosotros. Me sentí transportado por un delicioso espanto que no habría podido experimentar unos años después, porque, al tiempo que la edad disminuye la aptitud, el comercio con el mundo acaba con cualquier inclinación a provocar tan extrañas oportunidades, de sentir esa clase de emociones.

Con las pocas palabras que Elstir vino a decirnos, tras sentarse a nuestra mesa, en ninguna de las diversas veces en que le hablé de Swann me respondió. Empecé a creer que no lo conocía. No por ello dejó de pedirme

que fuera a verlo a su taller de Balbec, invitación que no hizo a Saint-Loup y que me granjearon —cosa que tal vez no habría obtenido con la recomendación de Swann, si Elstir hubiera sido amigo suyo (pues el papel de los sentimientos desinteresados es mayor en la vida de los hombres de lo que se cree)— unas palabras que le hicieron pensar que yo amaba las artes. Me prodigó una amabilidad que era tan superior a la de Saint-Loup como ésta a la afabilidad de un pequeñoburgués. Comparada con la de un gran artista, la amabilidad de un gran señor, por encantadora que sea, parece una interpretación de actor, un fingimiento. Saint-Loup procuraba agradar, Elstir gustaba de dar, de darse. Con mucho gusto habría dado todo lo que poseía —ideas, obras y lo demás, que contaba mucho menos— a quien lo hubiera comprendido, pero, a falta de una sociedad soportable, vivía en un aislamiento, con una insociabilidad, que las personas de la alta sociedad llamaban pose y mala educación; los poderes públicos, mala índole; sus vecinos, locura; su familia, egoísmo y orgullo.

Y seguramente en los primeros tiempos —y en plena soledad— había pensado con gusto en que, mediante sus obras, se dirigía a distancia, daba una idea más elevada de sí, a quienes no lo conocían o lo habían ofendido. Entonces tal vez su vida retirada no se debiera a indiferencia, sino a amor de los demás y —así como yo había renunciado a Gilberte para reaparecer un día ante ella con visos más amables— destinara su obra a determinadas personas, como un regreso hacia ellas, en el que, sin volver a verlo a él mismo, lo amaran, lo admirasen, lo comentaran; una renuncia —ya se trate de la de un enfermo, un monje, un artista o un héroe— no siempre es total desde el principio, cuando la decidimos con nuestra alma antigua y antes de que por reacción haya repercutido en nosotros, pero, si bien había querido hacer su obra con vistas a algunas personas, al producirla había vivido para sí mismo, lejos de la sociedad, que había llegado a resultarle indiferente; la práctica de la soledad le había infundido amor a ella, como ocurre con toda gran cosa que al principio hemos temido, porque la sabíamos incompatible con otras más pequeñas a las que nos sentíamos apegados y de las que —más que privarnos— nos separa. Antes de conocerla, lo único que nos preocupa es si podremos conciliarla —y en qué medida— con ciertos placeres que dejan de serlo en cuanto la hemos conocido.

Elstir no se quedó mucho tiempo hablando con nosotros. Yo me prometía ir a su taller al cabo de dos o tres días, pero el día siguiente al de aquella velada, tras haber acompañado a mi abuela hasta el extremo del malecón, hacia los acantilados de Canapville, al regreso, en la esquina de unas callecitas que desembocan, perpendicularmente, en la playa, nos cruzamos con una muchacha que —con la cabeza gacha, como un animal al que hacen entrar contra su voluntad en el establo, y sosteniendo unos palos de golf— caminaba por delante de una persona autoritaria, probablemente su «inglesa» o la de una de sus amigas, que se parecía al retrato de *Jeffries* por Hogarth, con la tez roja, como si su bebida favorita hubiera sido la ginebra más que el té, y prolongando con el colmillo negro de un resto de tabaco de mascar un bigote gris, pero muy poblado. La chica que la precedía se parecía a la de la panda que, bajo una gorra de polo negra, tenía —en un rostro inmóvil y mofletudo— ojos risueños. Ahora bien, la que regresaba en aquel momento llevaba también una gorra de polo negra, pero me parecía aún más linda que la otra: la línea de su nariz era más recta y sus ventanas eran más anchas y carnosas en la base. Además, la otra me había parecido una muchacha orgullosa y pálida y ésta una niña sumisa y de tez rosada. Sin embargo, como empujaba una bicicleta idéntica y llevaba los mismos guantes de piel de reno, saqué la conclusión de que las diferencias tal vez se debiesen al ángulo desde el que yo miraba y a las circunstancias, pues era poco probable que hubiese en Balbec otra muchacha de rostro, pese a todo, tan semejante y que presentara en su vestimenta las mismas particularidades. Lanzó en mi dirección una mirada rápida; los días siguientes, cuando volví a ver a la pandilla en la playa e incluso más adelante, cuando conocí a todas las muchachas que la componían, nunca tuve la certeza absoluta de que ninguna de ellas —ni siquiera la que de todas ellas más se le parecía, la de la bicicleta— fuese efectivamente la que yo había visto aquella tarde en el extremo de la playa, en la esquina, muchacha que era apenas diferente —pero, de todos modos, un poco— de aquella en la que me había fijado en el cortejo.

A partir de aquella tarde, aunque los días anteriores había pensado sobre todo en la alta, fue la de los palos de golf, la Srta. —suponía yo— Simonet, la que empezó a interesarme. Con frecuencia se detenía, en medio de las

otras, y obligaba a sus amigas, que parecían respetarla mucho, a interrumpir también su marcha. Así, en un alto, con los ojos brillantes bajo su gorra de polo vuelvo a verla aún ahora, perfilada en la pantalla que forma, al fondo, el mar y separada de mí por un espacio transparente y azulado, el tiempo transcurrido desde entonces, primera imagen, diminuta en mi recuerdo, deseada, perseguida, luego olvidada y después reencontrada, de un rostro que después he proyectado con frecuencia en el pasado para poder decirme respecto de una muchacha que estaba en mi habitación: «¡Es ella!».

Pero tal vez fuera aún la de la tez de geranio y ojos verdes la que más habría deseado yo conocer. Fuera quien fuese, por lo demás, en determinado día, la que prefiriera yo ver, las otras, sin ella, bastaban para emocionarme; mi deseo, aun recayendo una vez en una y otra en la otra, seguía —como el primer día de mi confusa visión— reuniéndolas, haciendo con ellas el mundillo aparte animado por una vida en común que seguramente tenían, por lo demás, la intención de constituir; haciendo amistad con una de ellas habría yo penetrado —como un pagano refinado o un cristiano escrupuloso entre los bárbaros— en una sociedad rejuveneciente en la que reinaban la salud, la inconsciencia, la voluptuosidad, la crueldad, la inintelectualidad y la alegría.

Mi abuela, a quien había yo contado mi entrevista con Elstir y que se alegraba del provecho intelectual que podía reportarme su amistad, consideraba absurdo y un poco descortés que no hubiera ido aún a visitarlo, pero yo sólo pensaba en la panda y, como no estaba seguro de la hora en que pasarían por el malecón, no me atrevía a alejarme de él. Mi abuela se extrañaba también de mi elegancia, pues de repente me había acordado de trajes que hasta entonces había dejado en el fondo de la maleta. Cada día me ponía uno diferente y había escrito incluso a París para que me enviaran nuevos sombreros y nuevas corbatas.

Un encanto suplementario de la vida en una ciudad balnearia como Balbec es el de que el rostro de una muchacha linda —una vendedora de conchas, pasteles o flores—, pintado con colores vivos en nuestro pensamiento, sea cotidianamente para nosotros —desde la mañana— el objetivo de cada una de esas jornadas indolentes y luminosas que pasamos en la playa. En ellas estamos, por esa razón —aunque ociosos— alertas,

como en jornadas de trabajo, orientados, imantados, ligeramente impelidos hacia un instante próximo: aquel en que, al tiempo que compremos polvorones, rosas, ammonites, nos deleitaremos viendo —en un rostro femenino— los colores expuestos con tanta pureza como en una flor, pero al menos a esas vendedoras podemos, para empezar, hablarles, lo que evita haber de construir con la imaginación las otras facetas distintas de la que nos brinda la simple percepción visual y recrear su vida, exagerar su encanto, como ante un retrato; sobre todo —precisamente porque les hablamos— podemos enterarnos de dónde y a qué horas podemos verlas. Ahora bien, en modo alguno era así en mi caso respecto de las muchachas de la pandilla. Cuando algunos días no las veía y —por desconocer sus costumbres— ignoraba la causa de su ausencia, intentaba dilucidar si se trataba siempre de un día determinado, si sólo acudían cada dos días o cuando hacía un tiempo determinado o si había días en que nunca se las veía. Me imaginaba por adelantado amigo de ellas y diciéndoles: «Pero no estabais tal día». «¡Ah! Sí, porque era sábado: los sábados nunca venimos, porque…». Si al menos hubiese sido tan sencillo como saber que el triste sábado era inútil empeñarse, que podías recorrer la playa en todos los sentidos, sentarte delante de la pastelería, hacer como que comías un pastelito, entrar en la tienda de antigüedades, esperar a la hora del baño, al concierto, a la subida de la marea, a la puesta de sol, a la noche, sin ver a la panda deseada, pero tal vez no se repitiera el día fatal una vez a la semana. Tal vez no cayese forzosamente en sábado. Tal vez influyeran en él ciertas condiciones atmosféricas o le fuesen totalmente ajenas. ¡Cuántas observaciones pacientes, pero no serenas, hay que recoger sobre los movimientos en apariencia irregulares de esos mundos desconocidos antes de poder estar seguros de que no nos hemos dejado engañar por coincidencias, de que nuestras previsiones no resultarán fallidas, antes de obtener las leyes seguras, adquiridas al precio de experiencias crueles, de esa astronomía apasionada! Al recordar que no las había visto el mismo día de la semana que el presente, me decía que no acudirían, que era inútil permanecer en la playa, y justo entonces las divisaba. En cambio, un día en que —en la medida en que había podido suponer que unas leyes regían el regreso de aquellas constelaciones— había calculado que sería un día fasto,

no acudían, pero a aquella primera incertidumbre de si las vería o no iba a sumarse otra —la de si volvería a verlas alguna vez— más grave, pues ignoraba, al fin y al cabo, si irían a marcharse a América o volver a París. Aquello bastaba para hacerme empezar a amarlas. Una persona puede gustarnos, pero —para desencadenar esa tristeza, ese sentimiento de lo irreparable, esas angustias que preparan el amor— es necesario —y tal vez lo sea así, más que una persona, el objeto mismo que intenta, ansiosa, estrechar la pasión— el riesgo de una imposibilidad. Así actuaban ya aquellas influencias que se repiten durante amores sucesivos —y que, por lo demás, pueden producirse, pero más bien en la vida de las grandes ciudades y en relación con obreras cuyos días de asueto no conocemos y a quienes nos espanta no haber visto a la salida del taller— o al menos se renovaron durante los míos. Tal vez sean inseparables del amor; tal vez todo lo que fuera una particularidad del primero vaya a sumarse a los siguientes mediante recuerdo, sugestión, hábito y a lo largo de los períodos sucesivos de nuestra vida y atribuir a sus aspectos diferentes un carácter general.

Yo aprovechaba todos los pretextos para ir a la playa a las horas en que esperaba poder encontrarlas. Como una vez las había visto durante nuestro almuerzo, llegaba ya siempre tarde a éste por esperar indefinidamente en el malecón a que pasaran, permanecía el poco tiempo que pasaba sentado en el comedor interrogando con los ojos al azul de la cristalera, me levantaba mucho antes del postre para no perdérmelas, en caso de que se hubieran paseado a otra hora y me irritaba con mi abuela, inconscientemente perversa, cuando me obligaba a quedarme con ella hasta más tarde de la hora que me parecía propicia. Procuraba prolongar el horizonte colocando mi silla de lado; si por casualidad veía a una cualquiera de las muchachas, como participaban todas ellas de la misma esencia especial, era como si hubiese proyectado enfrente de mí —en una alucinación móvil y diabólica — un poco del sueño enemigo y, sin embargo, apasionadamente codiciado que tan sólo un instante antes existía aún —y en él se encontraba, por lo demás, estancado de forma permanente— en mi cerebro.

No amaba a ninguna por amarlas a todas y, sin embargo, el posible encuentro con ellas era el único elemento delicioso de mis días, era lo único que hacía nacer en mí la esperanza de que se superaran todos los

obstáculos, seguidas con frecuencia de rabia, si no las había visto. En aquel momento, aquellas muchachas eclipsaban para mí a mi abuela; un viaje —si hubiera sido para ir a un lugar en el que fuesen a encontrarse— me habría sonreído al instante. De ellas estaba suspendido mi pensamiento cuando creía pensar en otra cosa o en nada, pero, cuando —aun sin saberlo— pensaba en ellas, más inconscientemente aún, representaban las ondulaciones montuosas y azules del mar, el perfil de un desfile delante del mar. Era el mar que esperaba encontrar, si iba a algunas ciudades en las que estuvieran. El amor exclusivo a una persona es siempre el amor a otra cosa.

Mi abuela me manifestaba —porque ahora me interesaba extraordinariamente por el golf y el tenis y dejaba escapar la ocasión de ver trabajar y oír discurrir a un artista que era, como sabía ella, uno de los más grandes— un desprecio que me parecía deberse a cierta estrechez de miras. En otro tiempo había yo vislumbrado en los Campos Elíseos —y después había comprendido mejor— que, al estar enamorados de una mujer, proyectamos simplemente en ella un estado de nuestra alma, que, por consiguiente, lo importante no es el valor de la mujer, sino la profundidad de ese estado, y que las emociones que nos infunde una muchacha mediocre pueden permitirnos hacer remontar a nuestra conciencia partes más íntimas de nosotros, más personales, más lejanas, más esenciales, que el placer que nos brinda la conversación de un hombre superior o incluso la contemplación admirativa de sus obras.

Tuve que acabar obedeciendo a mi abuela con tanto más enojo cuanto que Elstir vivía bastante lejos del malecón, en una de las avenidas más nuevas de Balbec. El calor del día me obligó a tomar el tranvía que pasaba por la Rue de la Plage y me esforcé en pensar que estaba en el antiguo reino de los cimerios, en la patria tal vez del rey Marco o en el bosque de Brocelandia, y no mirar el lujo de pacotilla de las construcciones que se alzaban ante mí, la más suntuosamente fea de entre las cuales tal vez fuera la quinta de Elstir, pese a lo cual la había alquilado, porque —de todas las de Balbec— era la única que podía ofrecerle un gran taller.

También desviando la vista crucé el jardín, que tenía un césped, de menor tamaño, como en la casa de cualquier burgués en las afueras de París, una estatuilla de jardinero galano, bolas de cristal en la que podías

contemplarte, orlas de begonias y un pequeño cenador bajo el cual había unas mecedoras delante de una mesa de hierro, pero, después de todos aquellos accesos impregnados de fealdad ciudadana, ya no presté atención a las molduras de color de chocolate de los plintos, cuando estuve en el taller; me sentí profundamente feliz, pues mediante todos los estudios que me rodeaban sentí la posibilidad de elevarme a un conocimiento poético, preñado de gozos, de numerosas formas, que hasta entonces no había yo aislado del espectáculo total de la realidad, y el taller de Elstir me pareció como el laboratorio de una nueva creación del mundo, en el que —a partir del caos que son todas las cosas que vemos— había obtenido —pintándolos en diversos rectángulos de tela situados en todos los sentidos— una ola del mar —aquí— que estrellaba encolerizada su espuma lila sobre la arena y —allá— a un joven con traje de dril blanco y acodado en el puente de un barco. La chaqueta del joven y la ola aplastante habían cobrado una dignidad nueva por seguir existiendo, aunque privados de aquello en lo que —se suponía— consistían, pues ésta ya no podía mojar ni aquélla vestir a nadie.

En el momento en que entré, el creador estaba acabando, con el pincel que sostenía en la mano, la forma del sol en el ocaso.

Las persianas estaban cerradas por casi todos los lados, el taller estaba bastante fresco y —salvo en un punto en el que la claridad fijaba en la pared su decoración resplandeciente y pasajera— obscuro; sólo estaba abierta una ventanita rectangular enmarcada de madreselva que, tras un trecho de jardín, daba a una avenida; de modo, que la atmósfera de la mayor parte del taller estaba obscura, transparente y compacta en su masa, pero húmeda y brillante en las aberturas en las que la bordeaba la luz, como un bloque de cristal de roca una de cuyas caras, ya tallada y pulida, brilla, aquí y allá, como un espejo y se irisa. Mientras Elstir seguía —así se lo rogué— pintando, yo circulaba por aquel clarobscuro y me detenía ante un cuadro y después ante otro.

La mayoría de los que me rodeaban no eran lo que más me habría gustado ver de él, las pinturas pertenecientes a sus estilos primero y segundo, como decía una revista de arte inglesa que se encontraba sobre la mesa del salón del Grand-Hôtel: el estilo mitológico y aquel en el que había

recibido la influencia del Japón, admirablemente representados los dos, según decían, en la colección de la Sra. de Guermantes. Naturalmente, lo que había en su taller eran sólo marinas realizadas allí, en Balbec, pero podía discernir que el encanto de cada una de ellas consistía como en una metamorfosis de cosas representadas, análoga a la que en poesía se denomina metáfora, y que, si bien Dios Padre había creado las cosas nombrándolas, Elstir las recreaba quitándoles el nombre o atribuyéndoles otro. Los nombres que designan las cosas responden siempre a una idea de la inteligencia, extraña a nuestras impresiones verdaderas y que nos obliga a suprimirles todo lo que no remite a ella.

A veces en mi ventana del hotel de Balbec, por la mañana, cuando Françoise abría las cortinas que ocultaban la luz o, por la noche, cuando esperaba al momento de partir con Saint-Loup, había confundido yo —influido por un efecto de sol— una parte más obscura del mar con una costa alejada o había contemplado, jubiloso, una zona azul y fluida sin saber si pertenecía al mar o al cielo. Muy pronto mi inteligencia restablecía la separación entre los elementos que mi impresión había abolido. Así me sucedía en París, en mi habitación, que oía una disputa, casi un tumulto, hasta que atribuía a su causa —un coche, por ejemplo, cuyo movimiento se acercaba— aquel ruido del que eliminaba aquellas vociferaciones agudas y discordantes que mi oído había captado realmente, pero que unas ruedas —sabía mi inteligencia— no producían, pero de los escasos momentos en que se ve la naturaleza tal como es, poéticamente, era de los que estaba hecha la obra de Elstir. Una de sus metáforas más frecuentes en las marinas que tenía junto a sí en aquel momento era precisamente la que, al comparar la tierra con el mar, suprimía todo deslinde entre ellos. Esa comparación, tácita e incansablemente repetida en una misma tela, era la que introducía en ella esa unidad multiforme y poderosa, causa —a veces no claramente percibida por ellos— del entusiasmo que inspiraba en ciertos aficionados la pintura de Elstir.

Por ejemplo, para una metáfora de esa clase —en un cuadro que representaba el puerto de Carquethuit, terminado pocos días antes y que me quedé largo rato contemplando— había preparado Elstir el espíritu del espectador al emplear términos exclusivamente marinos para el pueblecito y

para el mar exclusivamente urbanos. Ya fuera que las casas ocultaran una parte del puerto, una dársena de calafateo o tal vez el mar mismo internándose como un golfo en las tierras, como ocurría constantemente en aquella zona de Balbec, al otro lado de la punta avanzada sobre la que se erigía la ciudad, por sobre los techos sobresalían —como si hubieran sido chimeneas o campanarios— mástiles, que parecían infundir a los barcos a los que pertenecían un carácter urbano, como construidos sobre la tierra, impresión a la que contribuían otros barcos, atracados a lo largo de la escollera, pero en filas tan prietas, que sus ocupantes hablaban de un navío a otro sin que se pudiera distinguir su separación y el intersticio del agua, por lo que aquella flotilla de pesca parecía pertenecer menos al mar que, por ejemplo, las iglesias de Criquebec, que —rodeadas de agua por todos lados, porque se las veía sin la ciudad en una polvareda de sol y olas— parecían salir, a lo lejos, de las aguas, sopladas en alabastro o en espuma, y —encerradas en el anillo de un arco iris multicolor— formar un cuadro irreal y místico. En el primer plano de la playa, el pintor había sabido habituar los ojos del espectador a no reconocer frontera fija, demarcación absoluta, entre la tierra y el océano. Hombres que empujaban barcos en el mar corrían tanto entre las olas como sobre la arena, que —mojada— reflejaba ya los cascos como si hubiera sido agua. El propio mar no subía de forma regular, sino que seguía los accidentes del arenal, que la perspectiva recortaba aún más, de tal modo, que un navío en pleno mar, medio oculto por los elementos avanzados del arsenal, parecía bogar en medio de la ciudad; mujeres que recogían quisquillas en las rocas parecían —por estar rodeadas de agua y por la depresión que, tras la barrera circular de las rocas, rebajaba la playa, por los dos lados más próximos de las tierras, al nivel del mar— estar dentro de una gruta marina bajo las barcas y las olas, abierta y protegida en medio de las ondas milagrosamente apartadas. Si bien todo el cuadro daba esa impresión de los puertos en los que el mar entra en la tierra, en los que ésta es ya marina y la población anfibia, la fuerza del elemento marino estallaba por doquier y cerca de las rocas, a la entrada de la escollera, donde el mar estaba agitado, se sentía —por los esfuerzos de los marineros y la oblicuidad de los barcos inclinados en ángulo ante la serena verticalidad del depósito, de la iglesia, de las casas de la ciudad,

donde unos volvían y otros partían a pescar— que trotaban bruscamente sobre el agua como sobre un animal fogoso y rápido cuyos sobresaltos, sin su destreza, los habrían arrojado a tierra. Un grupo de paseantes salía, alegre, en una barca zarandeada como una carreta; un marinero alborozado, pero atento también al timón, como si fueran las riendas de su montura, dirigía la fogosa vela, cada cual se mantenía bien sujeto en su sitio para no hacer demasiado peso por un lado y no volcar y corrían, así, por los campos soleados, en los parajes en sombra, hundiéndose en las pendientes. Era una mañana hermosa, pese a la tormenta que había habido, e incluso se sentían aún las potentes acciones que debía neutralizar el bello equilibrio de las barcas inmóviles, gozando del sol y del frescor, en las partes —superpuestas unas sobre otras por la perspectiva— en las que los reflejos del mar —de tan apacible como estaba— tenían casi más solidez y realidad que los cascos vaporizados por un efecto de sol o, mejor dicho, no parecían otras partes del mar, pues entre aquellas partes había tanta diferencia como entre una de ellas y la iglesia que emergía de las aguas y los barcos detrás de la ciudad. La inteligencia componía después un mismo elemento con lo que estaba —aquí— negro con un efecto anaranjado, del mismo color enteramente que el cielo y tan barnizado como él —más allá— y —acullá — tan blanco de sol, bruma y espuma, tan compacto, tan terrestre, tan circundado de casas, que recordaba a una calzada de piedra o a un campo nevado, sobre el cual se elevaba —y daba espanto verlo— un navío por una empinada pendiente y sin rozar el agua, como un coche chapoteando al salir de un vado, pero que seguía siendo —se comprendía al cabo de un momento, al ver sobre la extensión alta y desigual de la sólida planicie barcos titubeantes— el mar, idéntico en todos sus aspectos.

Aunque se diga con razón que en el arte no hay avances ni descubrimientos, sino sólo en las ciencias, y que cada artista, al volver a iniciar por su cuenta un esfuerzo individual, no puede verse ayudado ni obstaculizado por los esfuerzos de otro, hemos de reconocer que, en la medida en que el arte pone de manifiesto ciertas leyes, una vez que una industria las ha vulgarizado, el arte interior pierde retrospectivamente parte de su originalidad. Desde los comienzos de Elstir, conocimos las fotografías de paisajes y ciudades, calificadas de «admirables». Si intentamos precisar

lo que en este caso designan los aficionados con ese epíteto, veremos que suele aplicarse a alguna imagen singular de algo conocido, imagen diferente de las que estamos habituados a ver, singular y, sin embargo, verdadera y que, por esa razón, nos resulta doblemente pasmosa, porque nos asombra, nos hace salir de nuestros hábitos y al tiempo entrar en nosotros mismos al recordarnos una impresión. Por ejemplo, una de esas fotografías «magníficas» ilustrará una ley de la perspectiva, nos mostrará cierta catedral que estamos habituados a ver en medio de la ciudad, tomada, en cambio, desde un punto elegido desde el que parecerá treinta veces más alta que las casas y formando un espolón al borde del río del que está, en realidad, distante. Ahora bien, el esfuerzo de Elstir para no exponer las cosas tal como sabía que eran, sino según esas ilusiones ópticas de las que se compone nuestra visión primordial, lo había incitado precisamente a poner de manifiesto algunas de esas leyes de perspectiva, más sorprendentes aún, pues el arte fue el primero en revelarlas. Un río —por la revuelta de su curso— o un golfo —por la aparente aproximación de los acantilados— parecían excavar en medio de la llanura o de las montañas un lago absolutamente cerrado por todas partes. En un cuadro que representaba Balbec en un tórrido día de verano, un entrante del mar parecía —encerrado entre murallas de granito rosado— no ser el mar, que comenzaba más allá. Sólo las gaviotas, que, dando vueltas sobre lo que al espectador parecía piedra, aspiraban, al contrario, la humedad de la ola sugerían la continuidad del océano. Otras leyes se desprendían de aquella misma tela como —al pie de los inmensos acantilados— la gracia liliputiense de las velas blancas sobre el espejo azul, en el que parecían mariposas dormidas, y ciertos contrastes entre la profundidad de las sombras y la palidez de la luz. Aquellos juegos de las sombras, que también la fotografía ha trivializado, habían interesado a Elstir hasta el punto de que en tiempos había disfrutado pintando verdaderos espejismos, en los que un castillo tocado con una torre parecía completamente circular y prolongado por una torre en su cima y abajo por una torre inversa, ya fuera porque la extraordinaria pureza del buen tiempo atribuyese a la sombra que se reflejaba en el agua la dureza y el brillo de la piedra o porque las brumas de la mañana volvieran la piedra tan vaporosa como la sombra. Asimismo, tras una fila de bosque, allende el

mar, comenzaba otro mar —rosado con el ocaso— que era el cielo. La luz, inventando como nuevos sólidos, empujaba el casco del barco sobre el que caía, más atrás del que estaba a la sombra, y disponía como los peldaños de una escalera de cristal sobre la superficie materialmente plana, pero quebrada por la iluminación matutina del mar. Un río bajo los puentes de una ciudad estaba tomado desde un punto de vista tal, que parecía enteramente dislocado, extendido —aquí— en lago, adelgazado —allá— en un hilillo, quebrado —en otros puntos— por la interposición de una colina coronada de bosque a la que el ciudadano va a respirar el fresco del atardecer y el propio ritmo de aquella trastocada ciudad era transmitido exclusivamente por la inflexible vertical de los campanarios, que, en lugar de subir, parecían más bien —conforme a la plomada de la gravedad que marcaba la cadencia como en una marcha triunfal— mantener en suspenso por debajo de ellos toda la masa más confusa de las casas escalonadas en la bruma, a lo largo del río aplastado y deshilvanado, y —como las primeras obras de Elstir databan de la época en que se adornaban los paisajes con la presencia de un personaje— el camino, parte a medias humana de la naturaleza, sobre el acantilado o en la montaña experimentaba —como el río o el océano— los eclipses de la perspectiva y —ya fuera una cresta montañosa o la bruma de una cascada o el mar lo que impidiese seguir la continuidad de la carretera, visible para el paseante, pero no para nosotros — el pequeño personaje humano con vestimenta pasada de moda y perdido en aquellas soledades parecía con frecuencia detenido delante de un abismo, pues allí acababa su sendero, cuyas revueltas intermedias, que rodeaban la cascada o el golfo, nos había ocultado la ladera de la montaña, mientras que con ojos enternecidos y corazón tranquilo veíamos reaparecer —trescientos metros más arriba, en aquel bosque de abetos— la fina blancura de su arena hospitalaria para el paso del viajero.

El esfuerzo que Elstir hacía para despojarse ante la realidad de todas las nociones de su inteligencia resultaba tanto más admirable cuanto que aquel hombre, quien antes de pintar se volvía ignorante y lo olvidaba todo —pues lo que sabemos no nos pertenece— por probidad, tenía precisamente una inteligencia excepcionalmente cultivada. Cuando le confesé la decepción que había sentido ante la iglesia de Balbec, me dijo: «¡Cómo! ¿Que le

decepcionó ese pórtico? Pero si es la más bella Biblia historiada que el pueblo haya podido leer jamás. Esa Virgen y todos los bajorrelieves que cuentan su vida son la expresión más tierna, más inspirada, de ese largo poema de adoración y alabanzas que la Edad Media desplegaría a la gloria de la Madona. ¡Si supiera usted qué hallazgos de delicadeza —junto con la exactitud más minuciosa para plasmar el texto sagrado— logró el antiguo escultor, qué de profundos pensamientos, qué deliciosa poesía! La idea de ese gran velo en el que los ángeles llevan el cuerpo de la Virgen, demasiado sacro para atreverse a tocarlo directamente (yo le dije que el mismo tema figuraba representado en Saint-André-des-Champs; él había visto fotografías del pórtico de esta última iglesia, pero me comentó que la solicitud de aquellos humildes campesinos que corren todos a la vez en torno a la Virgen era algo diferente de la gravedad de los dos grandes ángeles casi italianos, tan esbeltos, tan dulces); el ángel que lleva el alma de la Virgen para juntarla con su cuerpo; en el encuentro de la Virgen e Isabel, el gesto de esta última, que toca el seno de María y se maravilla de sentirlo hinchado; y el brazo vendado de la comadrona que no había querido creer, sin tocar, en la Inmaculada Concepción; y el ceñidor arrojado por la Virgen a Santo Tomás para ofrecerle la prueba de su resurrección; también ese velo que la Virgen arranca de su seno para cubrir con él la desnudez de su hijo, a uno de cuyos lados la Iglesia recoge la sangre, el licor de la Eucaristía, mientras que al otro, la Sinagoga, cuyo reino está acabado, tiene los ojos vendados, sostiene un cetro medio roto y deja escapar, junto con su corona, que se le cae de la cabeza, las tablas de la antigua Ley; y el esposo que, al ayudar a la hora del Juicio Final, a su joven esposa a salir de la tumba le apoya la mano contra su propio corazón para tranquilizarla y demostrarle que late de verdad, ¿acaso no es también una idea estupenda, lograda? ¡Y el ángel que se lleva el Sol y la Luna, inútiles ya, puesto que la Luz de la Cruz será —según está dicho— siete veces más potente que la de los astros, y el que mete la mano en el agua del baño de Jesús para ver si está bastante caliente y el que aparece de entre las nubes para depositar su corona sobre la frente de la Virgen y todos los que —asomados desde lo alto del Cielo, entre los balaústres de la Jerusalén celeste— alzan los brazos de espanto o júbilo ante los suplicios de los malos y el gozo de los elegidos! Pues lo que

tiene usted ahí es todos los círculos del Cielo, todo un gigantesco poema teológico y simbólico. Es una locura, es divino, es mil veces superior a todo lo que pueda usted ver en Italia, donde, por lo demás, el tímpano fue copiado, literalmente, por escultores mucho menos geniales. Es que todo eso es, verdad, asunto de genio. No ha habido época alguna en la que todo el mundo fuera genial: todo eso son cuentos, habría sido más que la Edad de Oro. Quien esculpió esa fachada era —ya puede usted estar seguro— tan grande y tenía ideas tan profundas como aquellos a los que pueda usted admirar más ahora. Si vamos juntos, se lo enseñaré. Ciertas palabras del oficio de la Asunción están expresadas con una sutileza que un Redon no ha igualado nunca».

Aquella inmensa visión celeste de la que me hablaba, aquel gigantesco poema teológico que se había escrito —comprendía yo— allí no eran lo que yo había visto, cuando mis ojos, henchidos de deseos, se habían abierto ante la fachada. Le hablé de esas grandes estatuas de santos, montados sobre zancos, que forman como una avenida.

«Parte del fondo de los tiempos para llegar a Jesucristo», me dijo. «Son, por una parte, sus antepasados, según el espíritu y, por otra, los reyes de Judea, sus antepasados por la carne. Todos los siglos están ahí y, si hubiera contemplado usted mejor lo que le parecieron zancos, habría podido nombrar a los encaramados, pues a los pies de Moisés habría reconocido el becerro de oro; bajo los pies de Abraham, el carnero; bajo los de José, el demonio aconsejando a la mujer de Putifar».

También le dije que esperaba encontrar un monumento casi persa y que seguramente ésa había sido una de las causas de mi error. «No, no», me respondió, «había mucho de cierto. Algunas partes son totalmente orientales; un capitel reproduce tan exactamente un motivo persa, que la persistencia de las tradiciones orientales no basta para explicarlo. El escultor debió de copiar algún cofre traído por navegantes». Y, en efecto, más adelante iba a enseñarme la fotografía de un capitel en el que vi dragones casi chinos que se devoraban, pero en Balbec aquel pequeño fragmento de escultura me había pasado inadvertido en el conjunto del monumento, que no se parecía a lo que me habían mostrado estas palabras: «Iglesia casi persa».

Los gozos intelectuales que yo saboreaba en aquel taller en modo alguno me impedían sentir —pese a que nos rodeaban como contra nuestra voluntad— las tibias veladuras, la reluciente penumbra de la sala y, en el extremo de la ventanita enmarcada de madreselva, en la avenida tan rústica, la resistente sequía de la tierra quemada por el sol que sólo la transparencia de la lejanía y de la sombra de los árboles ocultaba. Tal vez el inconsciente bienestar que me infundía aquella jornada de verano contribuyera a aumentar, como un afluente, el gozo que me causaba la vista del *Puerto de Carquethuit*.

Yo había creído que Elstir era modesto, pero me había —lo comprendí, al ver insinuarse la tristeza en su rostro, cuando en una frase de agradecimiento pronuncié la palabra «gloria»— equivocado. Quienes consideran duraderas sus obras —y Elstir era uno de ellos— adoptan la costumbre de situarlas en una época en la que ellos mismos no serán sino polvo y, así, al forzarlos a reflexionar sobre la nada, la idea de la gloria los entristece, porque es inseparable de la idea de la muerte. Cambié de conversación para disipar aquella nube de orgullosa melancolía con que había cargado —sin querer— la frente de Elstir. «Me habían aconsejado», le dije pensando en la conversación que había tenido con Legrandin en Combray y sobre la que deseaba saber su opinión, «no ir a Bretaña, porque era dañino para una mentalidad ya propensa a la ensoñación». «No, no», me respondió, «cuando una mentalidad es propensa a la ensoñación, no hay que mantenerla alejada de ella, racionársela. Mientras desvíe usted su mente de sus sueños, aquélla no los conocerá; será usted juguete de mil apariencias, porque no habrá comprendido su naturaleza. Si bien un poco de ensoñación es peligrosa, lo que cura no es menos —sino más— ensoñación, pero toda entera. Debemos conocer enteramente nuestros sueños para que no nos hagan sufrir más; con tanta frecuencia resulta útil hacer cierta separación entre el sueño y la vida, que me pregunto si no deberíamos a todo evento practicarla preventivamente, así como algunos cirujanos sostienen que, para evitar la posibilidad de una apendicitis futura, habría que amputar el apéndice a todos los niños».

Elstir y yo habíamos ido hasta el fondo del taller, delante de la ventana que daba —tras el jardín— a una estrecha avenida transversal, casi un

caminito rural. Habíamos ido hasta allí para respirar el aire más fresco de la tarde, ya avanzada. Yo creía estar muy lejos de las muchachas de la panda y —precisamente sacrificando por una vez la esperanza de verlas— había acabado obedeciendo al ruego de mi abuela y había ido a visitar a Elstir, pues no sabemos dónde se encuentra lo que buscamos y con frecuencia huimos durante mucho tiempo del lugar al que, por otras razones, todo el mundo nos invita, pero no sospechamos que precisamente en él veríamos a la persona en quien pensamos. Estaba yo mirando distraído el camino rural que pasaba pegado al taller, pero no pertenecía a la quinta de Elstir. De repente apareció en él, recorriéndolo a pasos rápidos, la joven ciclista de la panda con su gorra de polo sobre su pelo negro y calada hacia sus gruesas mejillas, sus ojos alegres y un poco insistentes y en aquel sendero afortunado y milagrosamente henchido de dulces promesas la vi bajo los árboles dirigir a Elstir un saludo sonriente de amiga, arco iris que unió para mí nuestro mundo terráqueo con regiones que hasta entonces había considerado inaccesibles. Se acercó incluso a dar la mano al pintor, sin detenerse, y vi que tenía un lunarcito en la barbilla. «¿Conoce usted a esta muchacha, señor Elstir?», le dije, al comprender que podría presentármela, invitarla a entrar en su casa. Aquel taller apacible con su horizonte rural se había llenado de un colmo delicioso, como ocurre con una casa en la que un niño estaba ya a gusto y se entera de que, además, por la generosidad con que las cosas bellas y las personas nobles aumentan indefinidamente sus dones, le están preparando una magnífica merienda. Elstir me dijo que se llamaba Albertine Simonet y me nombró también a sus otras amigas, a las que yo describí con bastante exactitud para que no cupiera la menor duda. Yo había cometido —respecto de su situación social— un error, pero no en el mismo sentido que de costumbre en Balbec. Allí tomaba yo con frecuencia por príncipes a hijos de tenderos que montaban a caballo. Aquella vez había situado en un medio equívoco a muchachas de una pequeña burguesía bastante rica, del mundo de la industria y los negocios. Era el que, en un principio, me interesaba menos, pues carecía para mí del misterio del pueblo y de una sociedad como la de los Guermantes. Y seguramente, si la brillante vaciedad de la vida de playa no les hubiera conferido un prestigio previo, que ya no iban a perder, no habría logrado yo

luchar victoriosamente contra la idea de que fuesen las hijas de grandes negociantes. No pude por menos de admirar hasta qué punto era la burguesía francesa un maravilloso taller de la escultura más variada. ¡Cuántos tipos imprevistos, qué invenciones en los caracteres de los rostros, qué decisión, qué lozanía, qué ingenuidad en las facciones! Los viejos burgueses avaros de quienes procedían aquellas Dianas y ninfas me parecían los más grandes estatuarios. Antes de que hubiera tenido tiempo de advertir la metamorfosis social —y puesto que esos descubrimientos de un error, esas modificaciones de la idea que tenemos de una persona se presentan con la instantaneidad de una reacción química— de aquellas muchachas, ya se había instalado tras su rostro —de un estilo tan golfo, que las había tomado yo por amantes de corredores ciclistas, de campeones de boxeo— la idea de que podían muy bien tener amistad con la familia de cierto notario a quien conocíamos. Yo no sabía nada de aquella Albertine Simonet. Ella ignoraba, desde luego, lo que llegaría a ser un día para mí. Incluso, si me hubieran pedido que escribiese, aquel apellido —Simonet— que yo ya había oído en la playa, lo habría ortografiado con dos enes, sin sospechar la importancia que aquella familia atribuía a su única ene. A medida que descendemos en la escala social, el esnobismo se aferra a nimiedades que tal vez no lo sean más que las distinciones de la aristocracia, pero que —por ser más obscuras, más particulares de cada cual — sorprenden más. Tal vez hubiera habido unos Simonnet a quienes les hubiesen ido mal los negocios o algo peor. El caso es que los Simonet siempre se habían irritado, al parecer, cuando les reduplicaban la ene. Sentían —al ser los únicos Simonet con una ene, en lugar de dos— tanto orgullo tal vez como los Montmorency de ser los primeros barones de Francia. Pregunté a Elstir si vivían aquellas muchachas en Balbec y me respondió que algunas de ellas sí. La quinta de una de ellas estaba situada precisamente en el extremo más alejado de la playa, donde comienzan los acantilados de Canapville. Como aquella muchacha era una gran amiga de Albertine Simonet, tuve una razón más para creer que esta última era, en efecto, la que yo había visto, cuando estaba con mi abuela. Cierto es que había tantas callejuelas perpendiculares a la playa, en la que formaban un ángulo semejante, que no habría podido yo especificar cuál era

exactamente. Nos gustaría tener un recuerdo exacto de algo que en su momento mismo nos resultó borroso. Sin embargo, tenía casi la certeza de que Albertine y aquella muchacha que entraba en casa de su amiga eran una y la misma persona. Aun así, mientras que las innumerables imágenes que me ofreció más adelante la morena jugadora de golf, por diferentes que sean entre sí, se superponen —porque sé que corresponden todas a ella— y, si me remonto por la línea de mis recuerdos, puedo —por debajo de esa identidad y como por una vía de comunicación interior— volver a ver todas esas imágenes sin que dejen de ser de la misma persona, en cambio, si quiero remontarme hasta la muchacha con quien me crucé el día en que iba con mi abuela, debo salir al aire libre. Estoy convencido de que aquella con quien me encuentro es Albertine, la misma que con frecuencia se detenía, en medio de sus amigas, durante el paseo, por encima del horizonte del mar, pero todas esas imágenes permanecen separadas de esta otra, porque no puedo conferirle retrospectivamente una identidad que no tenía para mí en el momento en que me llamó la atención; pese a lo que pueda asegurarme el cálculo de probabilidades, a aquella muchacha de mejillas gruesas que con tanto descaro me miró en la esquina de la callejuela y la playa y que podría —pensé— haberme amado, no he vuelto a verla —en el sentido estricto de la expresión— jamás.

¿Se sumaría también a aquellas causas mi vacilación entre las diferentes muchachas de la pandilla, todas las cuales conservaban un poco del encanto colectivo que al principio me había turbado para dejarme más adelante, incluso en la época de mi mayor —y segundo— amor a Albertine, como una libertad intermitente, y muy breve, para no amarla? Por haber errado entre todas sus amigas antes de recaer definitivamente en ella, mi amor conservó a veces entre la imagen de Albertine y él cierto «juego» que le permitía —como una iluminación mal regulada— posarse en otras antes de volver a dedicarse a ella; la relación entre el dolor que sentía en el corazón y el recuerdo de Albertine no me parecía necesaria, tal vez habría podido coordinarla con la imagen de otra persona. Así podía —en el fogonazo de un instante— hacer desaparecer la realidad: no sólo la realidad exterior como en mi amor a Gilberte —a quien había reconocido como un estado interior en el que obtenía de mí mismo la calidad particular, el carácter

especial, de la persona a quien amaba, todo lo que la volvía indispensable para mi felicidad—, sino también la realidad interior y puramente subjetiva.

«No hay día en que una u otra de ellas no pase por delante del taller y entre a hacerme una visita», me dijo Elstir, con lo que me desesperó también con la idea de que, si hubiera ido a verlo tan pronto como mi abuela me lo había pedido, probablemente habría conocido mucho antes a Albertine.

Ésta se había alejado; ya no se la veía desde el taller. Pensé que había ido a reunirse con sus amigas en el malecón. Si hubiera podido encontrarme en él con Elstir, las habría conocido. Inventé mil pretextos para que accediera a acompañarme a dar una vuelta por la playa. Ya no tenía yo la calma de antes de la aparición de la muchacha en el marco de la ventanita, tan encantadora hasta entonces con su madreselva y ahora tan vacía. Elstir me dio una alegría, mezclada de tortura, al decirme que daría una vuelta conmigo, pero que antes debía acabar el fragmento que estaba pintando. Eran flores, pero no aquellas cuyo retrato habría preferido yo encargarle en lugar de una persona, a fin de conocer mediante la revelación de su genio lo que con tanta frecuencia había buscado en vano ante ellas: majuelos, espinos rosados, acianos, flores de manzano. Mientras pintaba, Elstir me hablaba de botánica, pero yo apenas lo escuchaba; ya no se bastaba a sí mismo, ya sólo era el intermediario necesario entre aquellas muchachas y yo; el prestigio que tan sólo unos instantes antes le infundía para mí su talento ya sólo valía en la medida en que me confería un poco a mí mismo ante la pandilla a la que iba a presentarme.

Yo iba y venía, impaciente por que acabara de trabajar; cogía —para mirarlos— estudios, muchos de los cuales, vueltos contra la pared, estaban apilados unos sobre otros. Así, saqué una acuarela que debía de ser de una época mucho más antigua de la vida de Elstir y me causó esa clase particular de hechizo que dispensan obras no sólo de una ejecución deliciosa, sino también de un motivo tan singular y tan seductor, que a él atribuimos una parte de su encanto, como si el pintor sólo hubiera tenido que descubrirlo, que observarlo, materialmente realizado ya en la naturaleza y reproducirlo. Que puedan existir tales objetos, hermosos independientemente incluso de la interpretación del pintor, satisface un

materialismo innato en nosotros, combatido por la razón, y sirve de contrapeso a las abstracciones de la estética. Era —aquella acuarela— el retrato de una joven no linda, pero de un tipo curioso, tocada con un gorro bastante semejante a un bombín bordeado de una cinta de seda color de cereza; una de sus manos, enfundadas en mitones, sostenía un cigarrillo encendido, mientras que la otra elevaba a la altura de la rodilla como un gran sombrero de jardín, simple pantalla de paja contra el sol. Junto a ella, un florero de rosas sobre una mesa. Con frecuencia la singularidad de esas obras se debe sobre todo —y así era en aquel caso— a que han sido ejecutadas en condiciones particulares que al principio no advertimos claramente: por ejemplo, si la extraña vestimenta de una modelo es para un baile de disfraces o si, al contrario, el abrigo rojo de un anciano, que parece haberse puesto para prestarse a una fantasía del pintor, es su traje de profesor o de edil o su muceta de cardenal. El carácter ambiguo de la persona cuyo retrato tenía ante mis ojos se debía —sin que yo lo comprendiese— a que era una joven actriz de otro tiempo medio disfrazada, pero su bombín, bajo el cual el pelo estaba ahuecado, pero corto, y su chaqueta de terciopelo y sin solapas que se abría sobre un plastrón blanco me hicieron vacilar sobre la fecha de la moda y el sexo de la modelo, por lo que no sabía exactamente qué tenía ante los ojos, excepto que se trataba del más claro fragmento de pintura y sólo el temor a que Elstir, al entretenerse aún más, me hiciera quedarme sin ver a las muchachas, pues el sol estaba ya oblicuo y bajo en la ventanita, perturbaba el placer que me infundía. Nada en aquella acuarela estaba simplemente observado de hecho y representado por su utilidad en la escena: el traje, porque la mujer debía estar vestida; el florero, para contener las flores. El cristal del florero, amado por sí mismo, parecía encerrar el agua en el que estaban sumergidos los tallos de los claveles en algo tan límpido, casi tan líquido, como ella; el traje de la mujer la envolvía de un modo que presentaba un encanto independiente, fraternal y —si las obras de la industria pudieran rivalizar en encanto con las maravillas de la naturaleza— tan delicado, tan sabroso al tacto de la mirada, tan recién pintado como el pelo de una gata, los pétalos de un clavel, las plumas de una paloma. La blancura del plastrón, de una finura de granizo y cuyo frívolo plisado tenía campanillas como las del

muguete, se constelaba con los claros reflejos de la sala, agudos, a su vez, y finamente matizados como ramilletes de flores que hubiesen briscado la tela y el terciopelo de la chaqueta, brillante y nacarado, presentaba aquí y allá como erizamientos, recortes y vellosidades que recordaban al desgreñarse de los claveles en el jarrón, pero sobre todo se sentía que Elstir, sin preocuparse del cariz inmoral que podía presentar aquel disfraz de una joven actriz para quien el talento con el que desempeñara su papel tenía seguramente menos importancia que el irritante atractivo que iba a ofrecer a los sentidos hastiados o depravados de algunos espectadores, se había aplicado, en cambio, a esos rasgos de ambigüedad como a un elemento estético que valía la pena poner en relieve y que había procurado al máximo subrayar. A lo largo de las líneas del rostro, el sexo parecía estar a punto de confesar que era el de una muchacha un poco masculina, se esfumaba y más allá reaparecía para sugerir más bien la idea de un joven afeminado, vicioso y soñador, y después se desdibujaba otra vez, permanecía inaprensible. El carácter de tristeza soñadora de la mirada —por su propio contraste con los accesorios propios del mundo de la juerga y del teatro— no era lo menos turbador. Por lo demás, daban ganas de pensar que debía de ser facticio y que la joven que parecía ofrecerse a las caricias en aquel provocativo traje probablemente hubiera considerado excitante añadirle la expresión novelesca de un sentimiento secreto, de una pena inconfesada. Al pie del retrato había este rótulo: *Miss Sacripant*, octubre de 1872. No pude contener mi admiración. «¡Oh! No vale nada, es un boceto de juventud, era un traje para una revista de variedades. Todo aquello queda muy lejos». «¿Y qué ha sido de la modelo?». Un asombro provocado por mis palabras precedió en el rostro de Elstir la expresión de indiferencia y distracción que al cabo de un segundo lo cubrió. «Mire, corra, páseme esa tela», me dijo, «oigo llegar a mi esposa y, aunque esa joven con bombín no desempeñó —se lo aseguro— papel alguno en mi vida, más vale que no vea esta acuarela. La he conservado sólo como un documento divertido sobre el teatro de aquella época». Y, antes de ocultar la acuarela tras sí, Elstir, quien tal vez no la hubiera visto desde hacía mucho, se quedó contemplándola atentamente. «Voy a tener que guardar sólo la cabeza», murmuró, «la parte inferior está, la verdad, muy mal pintada, las manos son obra de un principiante». La

llegada de la Sra. Elstir, que iba a retrasarnos aún más, me contrarió. El borde de la ventana no tardó en teñirse de rosa. Nuestra salida iba a ser en vano. Ya no había la menor posibilidad de ver a las muchachas y, por consiguiente, carecía ya de importancia que la Sra. Elstir nos dejara antes o después. Por lo demás, no se quedó mucho rato. Me pareció muy aburrida; podría haber sido hermosa, si hubiera tenido veinte años y guiara un buey por el campo romano, pero su pelo negro estaba encaneciendo y era común y corriente sin ser sencilla, porque creía que su escultural belleza, a la que la edad había privado, por lo demás, de todas sus seducciones, requería modales solemnes y actitud majestuosa. Iba vestida con la mayor sencillez y, tras una primera sorpresa, conmovía oír a Elstir decir a cada paso y con una dulzura respetuosa —como si ya sólo pronunciar aquellas palabras lo enterneciera y le infundiese veneración—: «¡Mi hermosa Gabrielle!». Más adelante, cuando conocí la pintura mitológica de Elstir, la Sra. Elstir adquirió belleza también para mí. Comprendí que su esposo había atribuido, en realidad, a cierto tipo ideal resumido en ciertas líneas, en ciertos arabescos, que reaparecían sin cesar en su obra, a cierto canon, un carácter casi divino, puesto que había dedicado todo su tiempo, todo el esfuerzo de pensamiento, de que era capaz —en una palabra, toda su vida— a la tarea de distinguir mejor aquellas líneas, de reproducirlas más fielmente. Lo que semejante ideal inspiraba a Elstir era en verdad un culto tan serio, tan exigente, que nunca le permitía sentirse satisfecho; era la parte más íntima de sí mismo: por eso, no había podido considerarlo con desapego, obtener emociones de él, hasta el día en que lo encontró —realizado fuera— en el cuerpo de una mujer, el cuerpo de la que más adelante sería la Sra. Elstir y en quien había podido —como sólo nos sucede con lo que no somos nosotros mismos— considerarlo meritorio, enternecedor, divino. ¡Qué descanso, por lo demás, tocar con los labios aquella Belleza que hasta entonces había de extraer con tanto esfuerzo de sí mismo y ahora se le ofrecía —misteriosamente encarnada— para una sucesión de comuniones eficaces! En aquella época, Elstir ya había dejado atrás su primera juventud, en la que sólo esperamos del poder del pensamiento la realización de su ideal. Se acercaba a la edad en que contamos con las satisfacciones del cuerpo para estimular la fuerza del espíritu, en que la fatiga de éste y la

disminución de la actividad —al inclinarnos, respectivamente, al materialismo y a la posibilidad de recibir influencias pasivamente recibidas — empiezan a hacernos reconocer que tal vez existan en efecto ciertos cuerpos, ciertas profesiones, ciertos ritmos privilegiados, que realicen tan naturalmente nuestro ideal, que aun sin genialidad, copiando simplemente el movimiento de un hombro, la tensión de un cuello, haríamos una obra maestra; es la edad en que nos gustaba acariciar la Belleza con la mirada fuera de nosotros, cerca de nosotros, en un tapiz, en un hermoso esbozo de Tiziano descubierto en una chamarilería, en una amante tan bella como éste. Cuando lo hube comprendido, no pude contemplar a la Sra. Elstir sin sentir placer y su cuerpo perdió su pesadez, pues lo colmé con una idea: la de que era un ser inmaterial, un retrato de Elstir. Lo era para mí y seguramente también para él. Los datos de la vida no cuentan para el artista, son para él una simple ocasión para poner de manifiesto su genio. Al ver —unos junto a otros— diez retratos de personas diferentes pintados por Elstir, sentimos que son ante todo obras de Elstir. Sólo, que, después de esa marea en ascenso de la genialidad que cubre la vida, cuando el cerebro se fatiga, poco a poco se rompe el equilibrio y, como un río que vuelve a su curso después de la contracorriente de una gran marea, la vida puede más. Ahora bien, durante el primer período, el artista ha obtenido poco a poco la ley, la fórmula, de su don inconsciente. Sabe qué situaciones —si es novelista— y qué paisajes —si es pintor— le brindan la materia, indiferente en sí, pero necesaria, para sus investigaciones, como lo sería un laboratorio o un taller. Sabe que ha hecho sus obras maestras con efectos de luz atenuada, con remordimientos que modifican la idea de una falta, con mujeres situadas bajo los árboles o medio sumergidas en el agua como estatuas. Llegará un día en que —por el desgaste de su cerebro— ya no tendrá ante sí los materiales que utilizaba su genio, la fuerza para hacer el único esfuerzo intelectual que puede producir la obra y, sin embargo, seguirá buscándolos, feliz de encontrarse cerca de ellos por el placer espiritual, aliciente del trabajo, que despiertan en él y —al tiempo que los envuelva, por lo demás, como en una superstición, cual si fueran superiores a otra cosa y en ellos radicase ya buena parte de la obra de arte que en cierto modo encerrarían ya hecha— no irá más allá de la frecuentación, la adoración, de los modelos.

Charlará indefinidamente con criminales arrepentidos, cuyos remordimientos y regeneración fueron en tiempos el objeto de sus novelas; comprará una casa de campo en una región en que la bruma atenúe la luz; pasará muchas horas contemplando a mujeres mientras se bañan; coleccionará telas hermosas. Y la belleza de la vida, palabra en cierto modo carente de significado, fase situada aquende el arte y en la que yo había visto detenerse a Swann, era, así, aquella a la que —por aminoración del genio creador, idolatría de las formas que lo habían propiciado, deseo del menor esfuerzo— iba un día a retroceder poco a poco alguien como Elstir.

Acababa de dar por fin una última pincelada a sus flores; me quedé un instante contemplándolas; no tenía mérito hacerlo, pues sabía que las muchachas no iban a estar ya en la playa, pero, aunque hubiera creído que estaban aún en ella y que aquellos minutos perdidos me hacían quedarme sin verlas, las habría contemplado igual, pues me habría dicho que Elstir se interesaba más en sus flores que en mi encuentro con las muchachas. Sin embargo, el carácter de mi abuela, justo el opuesto de mi total egoísmo, se reflejaba en el mío. En una circunstancia en la que una persona que me resultaba indiferente, pero a quien yo había fingido siempre afecto o respeto, sólo corriera el riesgo de un sinsabor, mientras que yo afrontase un peligro, no habría podido por menos de compadecerla por su fastidio, como por algo considerable, y considerar mi peligro una nadería, porque me parecía que la situación debía presentar esas proporciones para ella. Es incluso un poco más —las cosas como son— que eso y no sólo deplorar el peligro que corría yo mismo, sino adelantarme a él y —respecto del que afectara a los demás—, intentar —aun cuando tuviera más posibilidades de verme afectado yo mismo— evitárselo, en cambio. Se debe a varias razones que no me honran precisamente. Una es la de que, si bien —mientras me limitaba a razonar— creía sobre todo apreciar la vida, siempre que, a lo largo de mi existencia, me he sentido obsesionado por preocupaciones morales o simplemente por inquietudes nerviosas, a veces tan pueriles, que no me atrevería a exponerlas, si entonces sobrevenía una circunstancia imprevista que entrañaba para mí el riesgo de resultar muerto, aquella nueva preocupación era tan ligera, en comparación con las otras, que la acogía con una sensación de calma rayana en el alborozo. Así, resulta que,

pese a ser el hombre menos valiente del mundo, he conocido eso que me parecía —cuando razonaba— tan extraño a mi naturaleza, tan inconcebible: la embriaguez del peligro. Pero, aun cuando yo lo fuera, cuando se presente uno —y mortal— en un período enteramente tranquilo y feliz, no podría —si estoy con otra persona— por menos de ponerla al abrigo y elegir para mí el lugar peligroso. Cuando un número bastante grande de experiencias me hubo revelado que yo actuaba siempre —y con gusto— así, descubrí —y para gran vergüenza mía— que, al contrario de lo que siempre había creído y afirmado, yo era muy sensible a la opinión de los demás. Sin embargo, esa clase de amor propio inconfesado nada tiene que ver con la vanidad ni con el orgullo, pues lo que puede satisfacer a una o al otro no me brindaría el menor placer y siempre me he abstenido al respecto, pero nunca he podido renunciar al placer de mostrar —a las personas ante quienes he conseguido ocultar de la forma más completa las pequeñas ventajas que habría podido brindarles una idea menos negativa de mí— que me esmero más en apartar la muerte de su camino que del mío. Como en esos casos mi móvil es el amor propio y no la virtud, considero muy natural que en cualquier circunstancia ellas actúen de otro modo. Disto mucho de censurárselo, cosa que tal vez haría, si me hubiera movido la idea de un deber que en ese caso me parecería tan obligatorio para ellas como para mí. Al contrario, me parecen muy sensatas por preservar su vida, si bien no puedo por menos de dejar en segundo plano la mía, cosa que resulta particularmente absurda y culpable desde que me ha parecido comprender que la de muchas personas delante de las cuales me coloco, cuando estalla una bomba, carece más de valor. Por lo demás, aquel día en que visité a Elstir quedaba aún lejos el momento en que tomaría conciencia de esa diferencia de valor y no se trataba de peligro alguno, sino simplemente —señal precursora del pernicioso amor propio— de no parecer atribuir más importancia al placer que tan ardientemente deseaba que a la tarea de acuarelista que aquél no había concluido. Así fue por fin y, una vez fuera, advertí que —con lo largos que eran los días en aquella estación— era menos tarde de lo que había creído; nos dirigimos al malecón. ¡Cuántos ardides empleé para hacer permanecer a Elstir en el lugar en que aquellas muchachas podían —creía yo— pasar aún! Al mostrarle los acantilados que

se elevaban junto a nosotros, no cesaba de pedirle que me hablara de ellas para hacerle olvidar la hora y quedarse. Me parecía que teníamos más posibilidades de avistar a la panda dirigiéndonos hacia el extremo de la playa. «Me gustaría ver con usted desde un poquito más cerca esos acantilados», dije a Elstir, pues había observado que una de aquellas muchachas iba con frecuencia hacia aquella parte, «y, entretanto, háble me de Carquethuit. ¡Ah! ¡Cómo me gustaría ir a Carquethuit!», añadí sin pensar en que el carácter tan nuevo que con tanta fuerza se manifestaba en el *Puerto de Carquethuit* de Elstir tal vez se debiera más a la visión del pintor que a un mérito especial de aquella playa. «Desde que he visto ese cuadro, tal vez sea lo que más deseo conocer, junto con la punta del Raz, lo que desde aquí, sería, por lo demás, todo un viaje». «Además, es que, aun cuando no estuviera más cerca, yo tal vez le aconsejaría, de todos modos, ir mejor a Carquethuit», me respondió Elstir. «La punta del Raz es admirable, pero no deja de ser el gran acantilado normando o bretón que usted ya conoce. Carquethuit es cosa muy distinta, con sus rocas sobre una playa baja. No conozco en Francia nada análogo, me recuerda más bien ciertos aspectos de la Florida. Es muy curioso y, por lo demás, extraordinariamente salvaje también. Está entre Clitourps y Nehomme y ya sabe usted lo desolados que son esos parajes; la línea de las playas es arrebatadora. Aquí, la línea de la playa no es nada del otro mundo, pero allí no puedo explicarle la gracia, la suavidad, que tiene».

Caía la noche; tuvimos que volver; acompañaba a Elstir hacia su quinta, cuando —como Mefistófeles apareciendo ante Fausto— aparecieron de pronto en el extremo de la avenida —como una simple adjetivación irreal y diabólica del temperamento opuesto al mío, de la vitalidad casi bárbara y cruel, de que tanto carecía mi debilidad, mi exceso de sensibilidad dolorosa y de intelectualidad— unas manchas de esencia imposible de confundir con cosa otra alguna, unas espórades de panda zoofítica de las muchachas, que parecían no verme, pero no por ello dejaban de estar sin lugar a dudas emitiendo un juicio irónico sobre mí. Al sentir que era inevitable que se produjera el encuentro entre ellas y nosotros y que Elstir iba a llamarme, volví la espalda como un bañista que va a recibir la ola; me detuve en seco y, dejando que mi ilustre compañero prosiguiera su camino, me quedé atrás,

inclinado —como si sintiese un súbito interés por él— hacia el escaparate de la tienda de antigüedades delante de la cual pasábamos en aquel momento; no me desagradaba parecer que podía pensar en cosa distinta de aquellas muchachas y sabía ya confusamente que, cuando Elstir me llamara para presentarme, pondría la expresión inquisitiva que —en lugar de sorpresa— revela el deseo de parecer sorprendido, pues todos somos tan malos actores o el prójimo buen fisionomista, que llegaría incluso hasta el extremo de señalarme el pecho con el dedo para preguntar: «¿Es a mí a quien llama usted?», y acudiría corriendo, con la cabeza gacha en señal de obediencia y docilidad y disimulando en el rostro fríamente el fastidio de tener que abandonar la contemplación de porcelanas antiguas para ser presentado a personas a quienes no deseaba conocer. Sin embargo, miraba el escaparate esperando el momento en que mi nombre, gritado por Elstir, llegara a acertarme como una bala esperada e inofensiva. La certeza de la presentación a aquellas muchachas había tenido la virtud no sólo de hacerme aparentar, sino también experimentar, indiferencia para con ellas. El placer de conocerlas, ya inevitable, quedó comprimido, reducido, me pareció menor que el de charlar con Saint-Loup, cenar con mi abuela, hacer por los alrededores excursiones a las que probablemente lamentaría —por relacionarme con personas que debían de interesarse poco por los monumentos históricos— haber de renunciar. Por lo demás, lo que disminuía el placer que iba a sentir no era sólo la inminencia, sino también la incoherencia, de su realización. Leyes tan precisas como las de la hidrostática mantienen la superposición de las imágenes que concebimos en un orden fijo que la proximidad del acontecimiento perturba. Elstir iba a llamarme. En modo alguno había sido así como con frecuencia me había imaginado —en la playa, en mi habitación— que conocería a aquellas muchachas. Lo que iba a suceder era otro acontecimiento para el que no me había preparado. No reconocía en él ni mi deseo ni su objeto; casi lamentaba haber salido con Elstir, pero sobre todo la contracción del placer que antes había creído debida a la certeza de que nada podía ya privarme de él, y recuperó —como en virtud de una fuerza elástica— toda su intensidad en el momento en que, tras decidirme a volver la cabeza, vi a Elstir —parado unos pasos más allá con las muchachas— decirles adiós. La cara de

la que estaba más cerca de él, gruesa e iluminada por sus miradas, parecía un pastel en el que hubieran reservado un lugar para un poco de cielo. Sus ojos, aun fijos, daban la impresión de la movilidad, como ocurre en los días de fuerte viento en que el aire, aunque invisible, deja advertir la velocidad con la que pasa sobre el fondo del cielo. Sus miradas se cruzaron un instante con las mías, como esos cielos viajeros de los días de tormenta que se acercan a una nube menos rápida, la bordean, la tocan, la rebasan, pero no se conocen y se alejan mutuamente. Así también nuestras miradas estuvieron un instante frente a frente, sin saber ninguno de los dos las promesas y amenazas para el futuro que albergaba el continente celeste que tenía ante sí. Tan sólo en el momento en que su mirada coincidió exactamente con la mía sin aminorar su marcha, se veló ligeramente. Así también, en una noche clara, la luna, llevada por el viento, pasa bajo una nube y vela por un instante su resplandor y después reaparece muy aprisa, pero Elstir ya se había separado de las muchachas sin haberme llamado. Se internaron por una calle transversal y él vino hacia mí. Todo había salido mal.

He dicho que Albertine no me había parecido aquel día la misma que los anteriores y que todas las veces iba a parecerme diferente, pero en aquel momento sentí que ciertas modificaciones en el aspecto, la importancia, el tamaño de una persona pueden deberse también a la variabilidad de ciertos estados interpuestos entre ella y nosotros. Uno de los que desempeñan a ese respecto el papel más considerable es la creencia (aquella tarde la creencia —y después su plenitud— de que iba a conocer a Albertine la había vuelto, a unos segundos de intervalo, casi insignificante y después infinitamente preciosa para mí; unos años después, la creencia —y después su desaparición— de que Albertine me era infiel propició cambios análogos).

Cierto es que en Combray ya había visto yo disminuir o aumentar, según las horas, según que entrara en uno o en el otro de los dos grandes modos que se repartían mi sensibilidad, la pena de no estar junto a mi madre, tan imperceptible, toda la tarde, como la luz de la luna mientras brilla el sol y, llegada la noche, reinando sola en mi alma ansiosa en el lugar de recuerdos recientes y eclipsados, pero aquel día, al ver que Elstir se separaba de las muchachas sin haberme llamado, comprendí que las

variaciones de importancia que tienen para nosotros un placer o una pena pueden no deberse sólo a esa alternancia de dos estados, sino también al desplazamiento de creencias invisibles, que, por ejemplo, nos hacen parecer indiferente la muerte, porque esparcen sobre ésta una luz de irrealidad y nos permiten, así, atribuir importancia a nuestra asistencia a una velada musical que perdería su encanto, si, ante el anuncio de que vamos a ser guillotinados, la creencia que inunda dicha velada se disipara de repente; cierto es que algo en mí conocía ese papel de las creencias y era la voluntad, pero, si la inteligencia, la sensibilidad, siguen desconociéndolo, resulta en vano; éstas tienen buena fe cuando creen que deseamos abandonar a una amante a quien —si bien sólo la voluntad lo sabe— nos aferramos. Es que quedan obscurecidas por la creencia de que volveremos a verla dentro de un instante, pero, si se disipa dicha creencia, si comprenden de pronto que esa amante se ha marchado para siempre, la inteligencia y la sensibilidad, al quedar desorientadas, parecen enloquecer y el placer ínfimo aumenta hasta el infinito.

Variación de una creencia, nulidad del amor también, preexistente y móvil, que se detiene ante la imagen de una mujer simplemente porque ésta será casi imposible de alcanzar. Desde ese momento pensamos menos en la mujer, quien nos resulta difícil de imaginar, que en los medios para conocerla. Se desarrolla todo un proceso de angustias y basta para fijar nuestro amor en ella, que es su objeto apenas conocido por nosotros. El amor se vuelve inmenso y no pensamos en el escaso lugar que ocupa en él la mujer real y, si de repente —como en el momento en que vi a Elstir detenerse con las muchachas— cesa nuestra inquietud, nuestra angustia, como ésta encarna todo nuestro amor, parece bruscamente que se haya esfumado en el momento en que tenemos por fin la presa en cuyo valor no hemos pensado bastante. ¿Qué sabía yo de Albertine? Uno o dos perfiles sobre el mar, menos bellos sin lugar a dudas que los de las mujeres de Veronese, que, si hubiera obedecido a razones puramente estéticas, debería haber preferido. Ahora bien, ¿podía obedecer a otras razones, puesto que, disipada la angustia, no podía recuperar otra cosa que aquellos perfiles mudos, no contaba con nada más? Desde que había visto a Albertine, había tenido todos los días miles de pensamientos sobre ella, había mantenido —

con la que así denominaba— toda una conversación interior en la que la hacía preguntar, responder, pensar, actuar y en la serie indefinida de Albertines imaginadas que se sucedían en mí, hora tras hora, la Albertine real, divisada en la playa, figuraba tan sólo a la cabeza, así como la «creadora» de un papel, la estrella, aparece —en una larga serie de representaciones— tan sólo en las primeras. Aquella Albertine no era una simple silueta, todo lo que se había superpuesto a ella era de mi cosecha, pues en el amor las aportaciones procedentes de nosotros superan —aun adoptando sólo el punto de vista de la cantidad— las que nos llegan de la persona amada. Y así sucede con los amores más efectivos. Los hay que no sólo pueden formarse, sino también subsistir en torno a muy poca cosa… e incluso entre quienes han recibido su satisfacción carnal. Un antiguo profesor de dibujo de mi abuela había tenido una hija con una obscura amante. La madre murió poco después del nacimiento de la hija y el profesor de dibujo tuvo tal pena, que no le sobrevivió mucho tiempo. En los últimos meses de su vida, mi abuela y otras señoras de Combray que nunca habían querido aludir siquiera delante de su profesor a aquella mujer, con la que, por lo demás, éste no había vivido oficialmente y había tenido pocas relaciones, pensaron en asegurar la suerte de la niña pagándole a escote una renta vitalicia. Mi abuela fue la que lo propuso y algunas amigas se hicieron rogar: ¿tan interesante era en verdad aquella niña? ¿Era al menos la hija de quien consideraban su padre? Con mujeres como la madre, nunca se sabe. Por fin se decidieron. La niña acudió a darles las gracias. Era fea y de un parecido con el antiguo profesor de dibujo que disipó todas las dudas; como su pelo era lo único que valía, una señora dijo al padre, quien la había traído: «¡Qué pelo más bonito tiene!». Y, pensando que ahora, muerta la madre y medio muerto el profesor, una alusión a aquel pasado que siempre habían fingido desconocer carecía ya de importancia, mi abuela añadió: «Debe de ser cosa de familia. ¿Tenía su madre ese pelo tan bonito?». «No lo sé», respondió, ingenuo, el padre. «Siempre la vi con sombrero».

Tenía que reunirme con Elstir. Me vi en un espejo. Además del desastre de no haber sido presentado, advertí que llevaba vuelta la corbata y el sombrero dejaba ver mi pelo largo, lo que no me favorecía, pero era una suerte, de todos modos, que me hubiesen visto, incluso así, con Elstir y no

pudiesen olvidarme; también lo era que aquel día —por consejo de mi abuela— me hubiese puesto mi precioso chaleco, que había estado a punto de substituir por otro horrible, y hubiera cogido mi bastón más bonito, pues, como nunca se produce un acontecimiento que deseamos como creíamos y al haberse presentado —a falta de las ventajas con las que creíamos poder contar— otras que no esperábamos, una cosa compensa la otra y temíamos tanto lo peor, que al final nos inclinamos a considerar que en conjunto el azar más bien nos ha favorecido, a fin de cuentas. «Me habría gustado tanto conocerlas», dije a Elstir, al llegar junto a él. «Entonces, ¿por qué se ha quedado a tanta distancia?». Éstas fueron las palabras que pronunció, pero no es que expresaran su pensamiento, porque, si su deseo hubiera sido el de satisfacer el mío, llamarme le habría resultado muy fácil, pero tal vez porque había oído frases de esa clase, familiares de las personas vulgares cogidas en falta, y porque incluso los grandes hombres son, en ciertos asuntos, semejantes a las personas vulgares, toman las excusas cotidianas en el mismo repertorio que ellas, como el pan cotidiano en la misma panadería, o puede que semejantes palabras —que en cierto modo se deben leer del revés, puesto que su letra significa lo contrario de la verdad— sean el efecto necesario, el gráfico negativo, de un reflejo. «Tenían prisa». Pensé que sobre todo le habrían impedido llamar a alguien que les resultaba poco simpático; si no, no habría dejado de hacerlo, después de que yo le hiciera tantas preguntas sobre ellas y viese el interés que me inspiraban. «Le estaba hablando de Carquethuit», me dijo, antes de que me separara de él delante de su puerta. «He hecho un pequeño esbozo en el que se ve mucho mejor el cerco de la playa. El cuadro no está mal, pero es otra cosa. Si me permite, como recuerdo de nuestra amistad, le regalaré el esbozo», añadió, pues las personas que nos deniegan lo que deseamos nos brindan otras cosas.

«Me habría gustado mucho disponer de una fotografía, si tiene usted alguna, del retrato de Miss Sacripant, pero ¿qué significa ese nombre?». «Es el de un personaje que desempeñó la modelo en una estúpida opereta». «Usted sabe que yo no la conozco de nada, señor Elstir, pero parece creer lo contrario». Elstir guardó silencio. «¿No será la Sra. Swann antes de su matrimonio?», dije con uno de esos bruscos encuentros fortuitos de la verdad, que son, a fin de cuentas, bastante poco frecuentes, pero que

después bastan para dar cierto fundamento a la teoría de los presentimientos, si procuramos olvidar todos los errores que la invalidarían. Elstir no me respondió. Era sin duda un retrato de Odette de Crécy. Ésta no había querido conservarlo por muchas razones, algunas de las cuales son demasiado evidentes. Había otras. El retrato era anterior al momento en que Odette, tras disciplinar sus facciones, había hecho con su rostro y su talle aquella creación cuyas grandes líneas iban a respetar, a lo largo de los años, sus peluqueros, sus modistas y ella misma, en su forma de estar, hablar, sonreír, posar las manos, las miradas, pensar. Era necesaria la depravación de un amante saciado para que Swann prefiriese a los numerosos retratos de la Odette *ne varietur* que era su encantadora esposa la pequeña fotografía que tenía en su alcoba y en la que bajo un sombrero de paja, adornado con pensamientos, se veía a una joven delgada y bastante fea, de pelo ahuecado y facciones cansadas.

Pero, si el retrato no hubiera sido, por lo demás, anterior, como la fotografía preferida de Swann, a la sistematización de las facciones de Odette en un tipo nuevo, majestuoso y encantador, sino posterior, habría bastado la visión de Elstir para desorganizarlo. El genio artístico actúa a la vez como esos temperamentos extraordinariamente elevados que tienen la capacidad de disociar las combinaciones de átomos y agruparlos conforme a un orden absolutamente contrario, propio de otro tipo. El gran pintor destruye en un segundo toda esa armonía facticia que la mujer ha impuesto a sus facciones y cuya persistencia comprueba —antes de salir— en el espejo y encarga a la inclinación del sombrero, al alisado del pelo, a la jovialidad de la mirada garantizar su continuidad y en su lugar hace un reagrupamiento de las facciones de la mujer para satisfacer un ideal femenino y pictórico que lleva dentro de sí. Asimismo, ocurre con frecuencia que, a partir de cierta edad, el ojo de un gran investigador encuentre por doquier los elementos necesarios para establecer las únicas relaciones que le interesan. Como esos obreros y jugadores que no se apuran y se contentan con lo que cae en sus manos, podrían decir de cualquier cosa: «Con esto me arreglo». Así, una prima de la princesa de Luxemburgo, belleza de lo más altanera, al prendarse en otro tiempo de un arte que entonces era nuevo, había pedido al mayor de los pintores

naturalistas que hiciera su retrato. El ojo del artista había encontrado al instante lo que buscaba por doquier y en la tela había —en lugar de la gran señora— un criado y detrás de él un inmenso decorado oblicuo y violeta que recordaba a la plaza Pigalle, pero, aun sin llegar hasta ese extremo, el retrato de una mujer por un gran artista no sólo no procurará en modo alguno satisfacer algunas de las exigencias —como las que, por ejemplo, cuando empieza a envejecer, la mueven a fotografiarse con vestidos casi de niña, que destacan su talle, conservado como cuando era joven, y hacen que parezca la hermana o incluso la hija de su hija, vestida como un adefesio ésta, en caso necesario, junto a ella— de ella, sino que, además, pondrá de relieve, al contrario, las desventajas que intenta ocultar y que, como una tez febril o incluso verdosa, lo tientan tanto más porque tienen «carácter», pero bastan para desilusionar al espectador vulgar y reducen para él a añicos el ideal cuyo armazón sostenía tan orgullosa la mujer y que la situaba en la forma única, irreductible, tan fuera, tan por encima del resto de la Humanidad. Ahora, despojada, situada fuera de su propio tipo, en el que se pavoneaba invulnerable, ya sólo es una mujer cualquiera en cuya superioridad hemos perdido toda fe. Hasta tal punto atribuíamos a dicho tipo no sólo la belleza de una Odette, sino también su personalidad, su identidad, que ante el retrato que la ha despojado de él, sentimos la tentación de exclamar no sólo: «¡Qué fea ha quedado!», sino también: «¡Qué poco se parece!». Nos cuesta creer que sea ella. No la reconocemos y, sin embargo, hay ahí una persona a quien —lo sentimos perfectamente— ya hemos visto. Pero esa persona no es Odette: el rostro de esa persona, su cuerpo, su aspecto, nos resultan muy conocidos. No nos recuerdan a la mujer, que nunca se ponía así, cuya postura habitual en modo alguno dibuja semejante arabesco extraño y provocativo, sino a otras mujeres, todas las que pintó Elstir y que —por diferentes que fueran— siempre le gustó que se plantaran así, de frente, con el pie arqueado sobresaliendo de la falda, el amplio sombrero redondo en la mano, respondiendo simétricamente, a la altura de la rodilla —que cubre—, a ese otro disco visto de frente: el rostro. Y, por último, un retrato genial no sólo disloca el tipo de una mujer, tal como lo han determinado su coquetería y su concepción egoísta de la belleza, sino que, además, si es antiguo, no se contenta con envejecer el

original del mismo modo que la fotografía, al mostrarlo con atavíos pasados de moda. En el retrato, no sólo queda anticuada la forma como se vestía la mujer, sino también el estilo del artista. Éste —el primer estilo de Elstir— era la partida de nacimiento más abrumadora para Odette, no sólo porque la convertía —como sus fotografías de entonces— en una hermana menor de casquivanas conocidas, sino también porque convertía su retrato en contemporáneo de uno de los numerosos que Manet o Whistler pintaron conforme a tantos modelos desaparecidos que ya pertenecen al olvido o a la Historia.

A aquellos pensamientos silenciosamente rumiados junto a Elstir, mientras lo acompañaba a su casa, me llevaba el descubrimiento que acababa de hacer respecto de la identidad de su modelo, cuando aquel primer descubrimiento me procuró otro, más turbador aún para mí, sobre la identidad del artista. Había hecho el retrato de Odette de Crécy. ¿Sería posible que aquel hombre genial, aquel solitario, aquel filósofo de conversación magnífica y que lo dominaba todo, fuera el ridículo y perverso pintor adoptado en otro tiempo por los Verdurin? Le pregunté si los había conocido, si por casualidad lo apodaban Sr. Biche entonces. Me respondió que sí, sin turbación, como si se tratara de una parte ya un poco antigua de su existencia y no sospechara la extraordinaria decepción que me inspiraba, pero, al alzar la vista, la leyó en mi rostro. El suyo puso expresión de descontento y, como ya casi habíamos llegado a su casa, un hombre menos eminente en inteligencia y corazón tal vez se hubiera limitado a decirme un adiós un poco seco y después habría evitado volver a verme, pero no fue así como Elstir actuó conmigo; como verdadero maestro que era —y tal vez fuese ése, desde el punto de vista de la creación pura, su único defecto, en este sentido de la palabra «maestro», pues un artista, para estar totalmente en la verdad de la vida espiritual, debe estar solo y no prodigar su yo ni siquiera a discípulos—, en toda circunstancia —ya fuese relativa a él o a otros—, intentaba extraer —para enseñanza óptima de los jóvenes— la parte de verdad que encerraba. Así, pues, a las palabras que habrían podido vengar su amor propio prefirió las que podían instruirme. «No hay hombre, por sabio que sea», me dijo, «que en determinada época de su juventud no haya pronunciado palabras, o incluso llevado una vida, cuyo recuerdo no le resulte desagradable y que desearía ver abolido, pero en modo alguno debe lamentarlo, porque sólo puede estar seguro de haber llegado a ser un sabio, en la medida en que ello sea posible, si ha pasado por todas las encarnaciones ridículas u odiosas que deben preceder a esta última. Sé que hay jóvenes, hijos y nietos de hombres distinguidos, a quienes sus preceptores han enseñado la nobleza del espíritu y la elegancia moral desde el colegio. Tal vez no tengan nada que suprimir de su vida, podrían publicar y firmar todo lo que han dicho, pero son espíritus pobres, descendientes sin fuerza de doctrinarios y cuya sabiduría es negativa y

estéril. No recibimos la sabiduría, debemos descubrirla por nosotros mismos después de un trayecto que nadie puede hacer por nosotros, no puede dispensárnosla, pues es un punto de vista sobre las cosas. Las vidas que admiramos, las actitudes que consideramos nobles no han sido dispuestas por el padre de familia o por el preceptor, han ido precedidas de comienzos muy diferentes, por haber recibido la influencia del mal o la trivialidad que reinaba en torno a ellas. Representan un combate y una victoria. Comprendo que la imagen de lo que hemos sido en un primer período no sea reconocible y resulte, en cualquier caso, desagradable. Sin embargo, por ser un testimonio que hemos vivido de verdad, pues, conforme a las leyes de la vida y del espíritu, hemos extraído de los elementos comunes de la vida —de la vida de los talleres, de los grupos artísticos, si se trata de un pintor— algo que los supera, no debemos renegar de ella». Habíamos llegado ante su puerta. Yo me sentía desilusionado por no haber conocido a aquellas muchachas, pero, en fin, ahora existía la posibilidad de encontrarlas en la vida; habían dejado de pasar exclusivamente por un horizonte en el que nunca más las vería —había podido pensar— aparecer. Ya no flotaba en torno a ellas como un gran remolino que nos separaba y que era simplemente la plasmación del deseo en perpetua actividad, móvil, urgente, alimentado por inquietudes que despertaban en mí su inaccesibilidad, su desaparición tal vez para siempre. Ahora podía dejar descansar mi deseo de ellas, guardarlo en reserva, junto a tantos otros, cuya realización —una vez que resultaba posible— aplazaba. Me despedí de Elstir y me encontré de nuevo solo. Entonces, de repente, pese a mi decepción, vi mentalmente todos aquellos azares cuyo concurso no habría sospechado: que Elstir tuviese amistad precisamente con aquellas muchachas, que quienes aquella misma mañana eran para mí figuras en un cuadro cuyo fondo era el mar me hubiesen visto y, además, relacionándome con un gran pintor, quien ahora sabía mi deseo de conocerlas y seguramente lo secundaría. Todo aquello me había dado placer, pero había permanecido oculto para mí; era de esos visitantes que esperan para hacernos saber que están ahí a que los otros nos hayan dejado, a que estemos solos. Entonces los advertimos, podemos decirles: «Estoy totalmente disponible para vosotros», y escucharlos. A veces entre el momento en que esos placeres

han entrado en nosotros y aquel en que podemos entrar, a nuestra vez, en ellos han transcurrido tantas horas, hemos visto a tantas personas en el intervalo, que tememos que no nos hayan esperado, pero son pacientes, no se cansan y, en cuanto se ha marchado todo el mundo, nos los encontramos ante nosotros. A veces somos nosotros quienes entonces estamos tan cansados, que no tendremos —nos parece— en nuestro pensamiento desfalleciente fuerza bastante para retener esos recuerdos, esas impresiones, para las que nuestro frágil yo es el único lugar habitable, el único modo de realización, y lo lamentaríamos, pues la existencia sólo tiene interés en los días en que el polvo de las realidades se mezcla con la arena mágica, en que un incidente vulgar se convierte en un resorte novelesco. Entonces surge de la iluminación del sueño todo un promontorio del mundo inaccesible y entra en nuestra vida, en la que, como el durmiente despierto, nos encontramos a las personas con las que habíamos soñado tan ardientemente, que ya nunca las veríamos —habíamos llegado a creer— salvo en sueños.

La calma infundida por la probabilidad de conocer ahora, cuando quisiera, a aquellas muchachas me resultó tanto más preciosa cuanto que en los días siguientes —dedicados a los preparativos para la marcha de Saint-Loup— no habría podido seguir acechándolas. Mi abuela estaba deseosa de manifestar a mi amigo su agradecimiento por las muchas amabilidades que había tenido con ella y conmigo. Le dije que era un gran admirador de Proudhon y le propuse que mandara traer un gran número de cartas de aquel filósofo que había comprado: Saint-Loup vino a verlas al hotel, el día en que llegaron, la víspera de su marcha. Las leyó con avidez, manejando las hojas con respeto e intentando retener las frases, y después, tras levantarse, estaba ya disculpándose ante mi abuela de haber permanecido demasiado tiempo, cuando la oyó responderle:

«No, no, lléveselas, he pedido que me las enviaran para regalárselas».

Fue presa de un júbilo que pudo dominar tan poco como un estado físico que se produce sin intervención de la voluntad y se puso escarlata, como a un niño a quien acaban de castigar, y mi abuela, al ver todos los esfuerzos que había hecho —sin conseguirlo— para contener el júbilo que lo embargaba, se sintió mucho más emocionada que por todos los agradecimientos que hubiera podido proferir, pero él, creyendo haber

manifestado mal su gratitud, el día siguiente, seguía —asomado a la ventanilla del trenecito local que tomó para incorporarse a su guarnición— rogándome que lo disculpara. En efecto, ésta estaba muy cerca. Había pensado dirigirse a ella —como hacía con frecuencia, cuando iba a regresar por la noche y no se trataba de una marcha definitiva— en coche, pero aquella vez tuvo que montar su abundante equipaje en el tren y le pareció más sencillo montar también él, siguiendo la opinión del director, quien a su consulta respondió que, en coche o en el trenecito, «sería casi equívoco». Con eso quería decir que sería equivalente (casi lo mismo, en una palabra, que habría expresado Françoise al decir que «sería igualito»). «De acuerdo», había concluido Saint-Loup, «cogeré el pequeño "tren carreta"». Yo también lo habría cogido, si no hubiera estado fatigado, y habría acompañado a mi amigo hasta Doncières; al menos le prometí, todo el tiempo que permanecimos en la estación de Balbec —es decir, el que el conductor del trenecito pasó esperando a unos amigos retrasados, sin los cuales no quería marcharse, y también tomando refrescos—, que iría a verlo varias veces a la semana. Como también Bloch había venido —para gran desagrado de Saint-Loup— a la estación, éste, al ver que nuestro compañero lo oía rogarme que fuera a almorzar, cenar, vivir, en Doncières, acabó diciéndole en tono extraordinariamente frío, destinado a corregir la amabilidad forzada de la invitación e impedir que Bloch la tomara en serio: «Si pasas por Doncières una tarde en que yo esté libre, puedes ir a preguntar por mí en el cuartel, pero libre no estoy prácticamente nunca». Tal vez temiera Robert también que yo no fuese solo y, pensando que tenía más amistad con Bloch de lo que le decía, me brindaba, así, un compañero de viaje, un animador.

Yo temía que aquel tono, aquella forma de invitar a alguien aconsejándole no ir, hubiera ofendido a Bloch y me parecía que habría sido mejor que Saint-Loup no hubiese dicho nada, pero me equivocaba, pues, después de que arrancara el tren, mientras caminamos juntos hasta el cruce de las dos avenidas, en el que debíamos separarnos —uno hacia el hotel, el otro hacia su quinta—, Bloch no cesó de preguntarme qué día iríamos a Doncières, pues, después de «todas las amabilidades que Saint-Loup ha[bía] tenido para con [él]», habría sido «demasiado grosero por [su] parte» no

aceptar su invitación. Me alegré de que no hubiera notado —o no estuviese lo suficientemente descontento para desear fingir no haberlo notado— el tono menos que apremiante, apenas educado, en que se había expresado la invitación. Sin embargo, me habría gustado que Bloch evitara el ridículo de presentarse en seguida en Doncières, pero no me atrevía a darle un consejo que por fuerza le habría desagradado, al indicarle que Saint-Loup se había mostrado menos apremiante que él apresurado. Era muy de agradecer que todos sus defectos de ese estilo quedaran compensados por cualidades notables que otros, más reservados, no habrían tenido: llevaba la indiscreción hasta un extremo que irritaba. No podía transcurrir aquella semana, según él, sin que fuéramos a Doncières (lo decía en plural, porque contaba un poco —creo— con mi presencia para disculpar la suya). A lo largo de todo el camino —delante del gimnasio, perdido entre sus árboles, delante de la pista de tenis, de la alcaldía, del vendedor de conchas—, me detuvo para suplicarme que fijara un día y, como yo no lo hacía, se despidió de mí diciéndome, enfadado: «Como guste el señor. En todo caso, yo estoy obligado a ir, porque me ha invitado».

Saint-Loup temía tanto no haberse mostrado suficientemente agradecido para con mi abuela, que me encargó otra vez expresarle su gratitud dos días después, en una carta suya que recibí procedente de la ciudad en la que estaba de guarnición y que parecía —en el sobre en cuyo matasellos figuraba el nombre— correr hacia mí para decirme que entre sus muros, en el cuartel de caballería «Luis XVI», pensaba en mí. El papel llevaba el escudo de Marsantes, en el que distinguí un león por sobre una corona cerrada con un gorro de par de Francia.

«Después de un trayecto», me decía, «que pasé sin problemas leyendo un libro, comprado en la estación, de Arvède Barine (es, creo, una autora rusa y me ha parecido extraordinariamente bien escrito por tratarse de un extranjero, pero dame tu opinión, pues tú, pozo de ciencia que lo ha leído todo, debes de conocerlo), aquí estoy de nuevo en medio de esta vida grosera, en la que me siento —¡ay!— muy exiliado, por carecer de lo que dejé en Balbec, una vida en la que no encuentro recuerdo alguno de afecto, encanto alguno de intelectualidad, vida cuyo ambiente seguramente despreciarías tú y que, sin embargo, no carece de encanto. Me parece que

todo ha cambiado desde que me marché, pues en el intervalo ha comenzado una de las épocas más importantes de mi vida, aquella de la que data nuestra amistad. Espero que nunca acabe. Sólo he hablado de ella, de ti, a una persona, a mi amiga, que me ha dado la sorpresa de venir a pasar una hora junto a mí. Le gustaría mucho conocerte y creo que congeniaríais, pues también ella es muy aficionada a la literatura. En cambio, para volver a pensar en nuestras charlas, para revivir aquellas horas que nunca olvidaré, me he aislado de mis compañeros, muchachos excelentes, pero que habrían sido totalmente incapaces de comprenderlo. Casi habría preferido, el primer día, evocar a solas y sin escribirte ese recuerdo de los instantes pasados contigo, pero temo que tú, ingenio sutil y corazón ultrasensible, te preocupes al no recibir una carta, si es que te has dignado rebajar tu pensamiento hasta el rudo jinete al que te costará mucho desbastar y volver un poco más sutil y digno de ti».

En el fondo, aquella carta se parecía mucho por su ternura a las que, cuando no conocía yo aún a Saint-Loup, me imaginaba que me escribiría, en aquellas ensoñaciones de las que la frialdad de su primera acogida me había sacado al colocarme ante una realidad glacial que no iba a ser definitiva. Una vez que la hube recibido, siempre que a la hora del almuerzo traían el correo, reconocía en seguida, cuando era de él, que había carta, pues siempre tenía ese segundo rostro que muestra una persona, cuando está ausente y en cuyas facciones —los caracteres de la escritura— no hay razón para que no creamos captar un alma individual tan bien como en la línea de la nariz o en las inflexiones de la voz.

Ahora me quedaba con gusto a la mesa mientras quitaban los cubiertos y, si no era un momento en que las muchachas de la panda podían pasar, ya no miraba sólo hacia el mar. Desde que los había visto en acuarelas de Elstir, intentaba reconocer en la realidad, me gustaban como algo poético, el gesto interrumpido de los cuchillos aún de través, la redondez abombada de una servilleta deshecha en la que el sol intercalaba un trozo de terciopelo amarillo, el vaso a medias vacío que mostraba mejor, así, el noble ensanchamiento de sus formas y en el fondo de su acristalamiento translúcido y semejante a una condensación del día un resto de vino obscuro, pero centelleante de luces, el desplazamiento de los volúmenes, la

transmutación de los líquidos por la iluminación, la alteración de las ciruelas que pasaban del verde al azul y del azul al oro en el frutero ya a medias despojado, el paseo de las sillas anticuadas que dos veces al día iban a instalarse en torno al mantel, montado sobre la mesa como sobre un altar en el que se celebraban las fiestas de la gula y en el que unas gotas de agua lustral permanecían en el fondo de las ostras como en pequeñas pilas de piedra; intentaba encontrar la belleza allí donde no me había imaginado que estuviera: en las cosas más usuales, en la vida profunda de las «naturalezas muertas».

Cuando, unos días después de la marcha de Saint-Loup, conseguí que Elstir diera una pequeña recepción en la que conocería a Albertine, lamenté no poder reservar —junto con el crédito de Elstir— el encanto y la elegancia, totalmente momentáneos, que ostentaba en el instante en que salía del Grand-Hôtel y que se debían a un reposo prolongado y a gastos especiales de acicalamiento, para la conquista de otra persona más interesante, y lamenté consumir todo aquello para el simple placer de conocer a Albertine. Mi inteligencia juzgaba aquel placer muy poco valioso, desde que estaba garantizado, pero en mí la voluntad no compartió ni un instante aquella falsa ilusión: la voluntad, servidora perseverante e inmutable de nuestras personalidades sucesivas, oculta en la sombra, desdeñada, incansablemente fiel, labora sin cesar —y haciendo caso omiso de las variaciones de nuestro yo— en pro de que nunca carezca de lo necesario. Mientras, en el momento en que va a hacerse realidad un viaje deseado, la inteligencia y la sensibilidad empiezan a preguntarse si vale de verdad la pena emprenderlo; la voluntad, que sabe que esos amos ociosos empezarían inmediatamente a considerar maravilloso ese viaje, si resultara imposible, los deja disertar ante la estación, multiplicar las vacilaciones, pero se ocupa de comprar los billetes y situarnos en el vagón a la hora de la salida. Es tan invariable como cambiantes son la inteligencia y la sensibilidad, pero, como es silenciosa, no expone sus razones, parece casi inexistente; su firme determinación es la que siguen las otras partes de nuestro yo, pero sin advertirlo, mientras que distinguen claramente sus propias incertidumbres. Así, pues, mi sensibilidad y mi inteligencia instituyeron un debate sobre el valor del placer que entrañaría conocer a

Albertine, mientras yo contemplaba en el espejo atractivos vanos y frágiles que aquéllas habrían deseado guardar intactos para otra ocasión, pero mi voluntad no dejó pasar la hora de partir y dio al cochero la dirección de Elstir. Mi inteligencia y mi sensibilidad tuvieron la oportunidad —puesto que la suerte estaba echada— de considerarlo una lástima. Si mi voluntad hubiera dado otra dirección, habrían quedado bien atrapadas.

Cuando llegué a casa de Elstir, un poco más tarde, creí al principio que la Srta. Simonet no estaba en el taller. Sí que había una muchacha sentada, con vestido de seda y descubierta, pero cuyas magnífica cabellera, nariz y tez no conocía yo, y en la que no reconocía la entidad que había extraído yo de una joven ciclista que se paseaba tocada con una gorra de polo a lo largo del mar. Sin embargo, era Albertine, pero incluso cuando lo supe, no le presté atención. Al entrar en cualquier reunión mundana, cuando somos jóvenes, morimos para nosotros mismos, nos volvemos hombres diferentes, pues todo salón es un nuevo universo en el que, en virtud de la ley de otra perspectiva moral, fijamos nuestra atención —como si fueran a importarnos para siempre— en personas, danzas, partidas de cartas, que el día siguiente habremos olvidado. Obligado a seguir —para dirigirme a charlar con Albertine— un camino en modo alguno trazado por mí y que se detenía primero ante Elstir, pasaba por otros grupos de invitados cuyos nombres me indicaban y después a lo largo del ambigú en el que me ofrecían —y comía — tartas de fresas, mientras escuchaba, inmóvil, una música que empezaban a ejecutar, me veía concediendo a aquellos diversos episodios la misma importancia que a mi presentación a la Srta. Simonet, quien no era sino uno de ellos y unos minutos antes —había yo olvidado enteramente— el objeto único de mi presencia allí. Por lo demás, ¿acaso no ocurre así, en la vida activa, con nuestros gozos verdaderos, con nuestras desgracias? En medio de otras personas, recibimos de aquella a quien amamos la respuesta favorable o mortal que esperábamos desde hacía un año, pero hay que seguir charlando, las ideas se suman unas a otras, desarrollando una superficie bajo la cual apenas llega, de vez en cuando, a aflorar, sordo, el recuerdo —mucho más profundo, pero muy estrecho— de que nos ha caído la desgracia. Si, en lugar de ésta, es la felicidad, puede que hasta años después no recordemos que el mayor acontecimiento de nuestra vida

sentimental se produjo —sin que tuviéramos tiempo de prestarle atención por extenso, casi de tomar conciencia de él— en una reunión mundana, por ejemplo, y a la que habíamos acudido exclusivamente en espera de él.

En el momento en que Elstir me pidió que fuera con él para que me presentara a Albertine, sentada un poco más allá, primero acabé de comerme un pastelillo de café y pedí con interés a un señor anciano —a quien acababa de conocer y a quien me pareció poder regalar la rosa que admiraba en mi ojal— que me diera detalles sobre ciertas ferias normandas. Con esto no quiero decir que la presentación que siguió no me causara placer y no presentase para mí cierta gravedad. El placer no lo conocí, naturalmente, hasta un poco después, cuando, tras haber regresado al hotel, volví a ser yo mismo. Con los placeres ocurre como con las fotografías. Lo que tomamos delante de la persona amada es un simple cliché negativo y más tarde, una vez que estamos en casa —cuando hemos encontrado a nuestra disposición esa cámara obscura interior cuya entrada está «condenada», mientras vemos a otras personas—, lo revelamos.

Si bien el conocimiento del placer se retrasó, así, unas horas para mí, sentí, en cambio, la gravedad de aquella presentación al instante. En el momento de la presentación, por mucho que nos sintamos de repente agraciados y portadores de un «vale», válido por placeres futuros, tras el cual corríamos desde hacía semanas, comprendemos perfectamente que su obtención pone fin para nosotros no sólo a pesadas investigaciones, cosa que por fuerza ha de henchirnos de alegría, sino también a la existencia de cierta persona, la que nuestra imaginación había desnaturalizado, que nuestro temor ansioso a no poder jamás ser conocidos de ella había aumentado. En el momento en que resuena nuestro nombre de labios del presentador, sobre todo si éste lo envuelve, como hizo Elstir, en comentarios elogiosos —momento sacramental, análogo a aquel en que en una comedia mágica el genio ordena a una persona que sea de repente otra —, aquella a la que hemos deseado acercarnos se esfuma: ¿cómo podría, para empezar, permanecer semejante a sí misma, dado que —por la atención que la desconocida se ve obligada a prestar a nuestro nombre y a nuestra persona— en los ojos ayer situados en el infinito —y con los que, según creíamos, no lograrían nunca encontrarse los nuestros, errantes, mal

regulados, desesperados, divergentes— la mirada consciente, el pensamiento incognoscible, que buscábamos acaban de quedar milagrosa y pura y simplemente substituidos por nuestra propia imagen representada como en el fondo de un espejo que sonriera? Si bien la encarnación de nosotros mismos en lo que nos parece más diferente de ella es lo que modifica más a la persona a quien acaban de presentarnos, la forma de ésta sigue aún bastante imprecisa y podemos preguntarnos si será dios, mesa o jofaina, pero las pocas palabras que la desconocida va a decirnos —tan ágiles como esos ciroplastas que hacen un busto ante nosotros en cinco minutos— precisarán esa forma y le infundirán cierto cariz definitivo que excluirá todas las hipótesis a las que la víspera se entregaban nuestro deseo y nuestra imaginación. Seguramente, incluso antes de acudir a aquella recepción, Albertine ya no era para mí del todo ese único fantasma digno de asediar nuestra vida que sigue siendo una transeúnte de la que nada sabemos, que apenas hemos distinguido. Su parentesco con la Sra. Bontemps había ya limitado dichas hipótesis maravillosas, al cegar una de las vías por las que podían internarse. A medida que me acercaba a la muchacha y la conocía mejor, aquel conocimiento se hacía por substracción, pues cada una de las partes de la imaginación o del deseo quedaba substituida por una idea que valía infinitamente menos, y a la cual iba a sumarse —cierto es— como un equivalente, en la esfera de la vida, de lo que las sociedades financieras dan después del reembolso de la acción primitiva y que denominan «acción de usufructo». Su nombre, sus parentescos habían sido un primer límite a mis suposiciones. Su amabilidad, mientras muy cerca de ella reconocía su lunarcito en la mejilla y debajo del ojo, fue otro límite; por último, me asombró oírla emplear el adverbio «perfectamente», en lugar de «totalmente», al decir —refiriéndose a dos personas— de una que «está perfectamente loca, pero, aun así, es muy agradable» y de la otra que «es un señor perfectamente corriente y perfectamente aburrido». Por poco agradable que sea ese empleo de «perfectamente», indica un grado de civilización y cultura que no habría podido imaginar yo alcanzado por la bacante en bicicleta, la musa orgiástica del golf, lo que no quita, por lo demás, para que, después de aquella primera metamorfosis, Albertine fuera a cambiar muchas veces más para mí. Las

cualidades y los defectos que una persona presenta dispuestos en el primer plano de su rostro se ordenan conforme a una formación muy distinta, si lo abordamos por un lado diferente: así como en una ciudad los monumentos esparcidos en orden disperso sobre una sola línea se escalonan, desde otro punto de vista, en profundidad e intercambian sus magnitudes relativas. Para empezar, Albertine me pareció bastante intimidada, en lugar de implacable; me pareció más modosita que maleducada, a juzgar por los epítetos de «tiene malos modales, tiene modales extraños» que aplicó a todas las muchachas de quienes le hablé; por último, tenía como punto de mira del rostro una sien bastante arrebolada y poco agradable a la vista y ya no la mirada singular en la que no había cesado yo de volver a pensar hasta entonces, pero aquélla era sólo una segunda vista y seguramente había otras por las que había de pasar sucesivamente. Así, hasta después de haber reconocido, no sin vacilaciones, los errores de óptica del comienzo, se podría llegar al conocimiento exacto de una persona, si éste fuera posible, pero no lo es, pues, mientras se rectifica la visión que de ella tenemos, ella misma, que no es un objetivo inerte, cambia por su cuenta, creemos recobrarlo, se desplaza y, creyendo verlo por fin más claramente, sólo hemos logrado aclarar las imágenes antiguas que de él habíamos tomado, pero que ya no lo representan.

Sin embargo, pese a las decepciones inevitables que deba procurar, ese paso hacia lo que tan sólo hemos vislumbrado, lo que hemos tenido oportunidad de imaginar, es el único sano para los sentidos, que alimenta su apetito. ¡Qué triste aburrimiento marca la vida de quienes, por pereza o timidez, se dirigen directamente en coche a casa de amigos a los que han conocido sin antes haber soñado con ellos, sin jamás atreverse en el recorrido a detenerse junto a lo que desean!

Regresé pensando en aquella recepción, volviendo a ver el pastelillo de café que había acabado de comer antes de dejarme conducir por Elstir junto a Albertine, la rosa que había regalado a aquel señor anciano, todos aquellos detalles elegidos, sin que lo sepamos, por las circunstancias y que componen para nosotros, en un orden especial y fortuito, el cuadro de un primer encuentro, pero yo tuve la impresión de ver aquel cuadro desde otro punto de vista, desde muy lejos de mí mismo, al comprender que sólo había

existido para mí cuando, unos meses después, al hablar a Albertine del primer día en que la conocí, me recordó, para gran asombro mío, el pastelillo, la flor que yo había regalado, todo lo que yo creía —no puedo decir importante sólo para mí, sino— advertido sólo por mí y que recobraba así, transcrito en una versión cuya existencia no sospechaba yo, en el pensamiento de Albertine. Aquel mismo primer día, cuando, al volver, pude ver el recuerdo que traía, comprendí que había habido un malabarismo perfectamente ejecutado y había charlado un momento con una persona que, gracias a la habilidad del prestidigitador, sin tener nada de aquella a quien yo había seguido durante tanto tiempo al borde del mar, la había substituido. Por lo demás, podría haberlo adivinado de antemano, ya que la muchacha de la playa había sido forjada por mí. Aun así, como en mis conversaciones con Elstir la había identificado con Albertine, sentí para con ésta la obligación moral de mantener las promesas de amor hechas a la Albertine imaginaria. Nos prometemos por poderes y nos consideramos obligados a casarnos después con la persona interpuesta. Por lo demás, si bien había desaparecido —provisionalmente al menos— de mi vida una angustia que habría bastado para mitigar el recuerdo de los modales como Dios manda, de la expresión «perfectamente corriente» y de la sien arrebolada, dicho recuerdo despertaba en mí otro tipo de deseo que, aunque dulce y en modo alguno doloroso, semejante a un sentimiento fraternal, podía a la larga llegar a ser también peligroso, al hacerme sentir en todo momento la necesidad de besar a aquella persona nueva cuyos buenos modales, timidez y disponibilidad inesperada detenían la inútil carrera de mi imaginación, pero hacían nacer una gratitud enternecida, y, además —como la memoria comienza en seguida a tomar clichés independientes unos de otros, suprime todo vínculo, todo avance, entre las escenas que en ellos aparecen representadas, en la colección de las que expone—, el último no necesariamente destruye los precedentes. Frente a la mediocre y conmovedora Albertine con quien yo había hablado, veía a la misteriosa Albertine delante del mar. Ahora eran recuerdos, es decir, cuadros, que no me parecían unos más verdaderos que los otros. Para acabar con aquella primera noche de la presentación, al intentar volver a ver aquel lunarcito en la mejilla y debajo del ojo, recordé que en casa de Elstir —cuando

Albertine se había marchado— había yo visto aquel lunar en la barbilla. En una palabra, cuando la veía, notaba que tenía un lunar, pero mi memoria errante lo paseaba después por la cara de Albertine y lo situaba ora aquí ora allá.

Aunque me sintiera bastante decepcionado de haber visto en la Srta. Simonet a una muchacha demasiado poco diferente de todas las que conocía, me decía que —así como mi decepción ante la iglesia de Balbec no me impedía desear ir a Quimperlé, a Pont-Aven y a Venecia— al menos por mediación de Albertine podría —si ésta resultaba no ser lo que había yo esperado— conocer a sus amigas de la panda.

Al principio creí que no lo lograría. Como ella iba a quedarse aún mucho tiempo en Balbec y yo también, me había parecido que lo mejor era no intentar verla demasiado y esperar a que se me brindara una ocasión de encontrarla, pero, si así sucedía todos los días, era muy de temer que se contentara con responder de lejos a mi saludo, cosa que, repetida cotidianamente durante toda la temporada, no me permitiría, en ese caso, lograr avance alguno.

Poco tiempo después, una mañana en que había llovido y hacía casi frío, me abordó en el malecón una muchacha que llevaba una gorrita y un manguito, tan diferente de la que había visto en la reunión de Elstir, que reconocer en ella a la misma persona parecía una operación mental imposible; sin embargo, lo conseguí, pero después de un segundo de sorpresa que no pasó —creo— inadvertido a Albertine. Por otra parte, al recordar en aquel momento los «buenos modales» que me habían llamado la atención, me hizo experimentar el asombro inverso con su tono rudo y sus modales de «panda». Por lo demás, la sien había cesado de ser el centro óptico y tranquilizador del rostro, ya fuera porque estuviese yo situado en la otra parte o porque la gorrita la tapara y su inflamación no fuera constante. «¡Qué tiempo!», me dijo. «En el fondo, lo del verano interminable de Balbec es un gran cuento. ¿Tú no haces nada aquí? No se te ve nunca en el golf ni en los bailes del Casino; tampoco montas a caballo. ¡Cómo debes de aburrirte! ¿No te parece que se atonta uno quedándose todo el tiempo en la playa? ¡Ah! ¿Te gusta tomar el sol? Claro, que tienes tiempo. Ya veo que no eres como yo: ¡yo adoro todos los deportes! ¿No estuviste en las carreras de

la Sogne? Fuimos en el trole, ¡y comprendo que no te divierta tomar semejante cacharro! ¡Tardamos dos horas! Con la bici yo habría hecho tres veces el trayecto de ida y vuelta». Yo, que había admirado a Saint-Loup cuando había llamado con toda naturalidad «tren carreta» el trenecito local por los innumerables rodeos que daba, me sentía intimidado por la facilidad con que Albertine decía «trole» y «cacharro». Sentía su dominio en un modo de designación en el que temía que advirtiera y despreciase mi inferioridad y aún no se me había revelado la riqueza de sinónimos con que contaba la pandilla para designar aquel tren. Al hablar, Albertine mantenía la cabeza inmóvil y las ventanas de la nariz apretadas, sólo movía los labios. El resultado era un sonido arrastrado y nasal en cuya composición tal vez intervinieran herencias provinciales, una afectación juvenil de flema británica, las lecciones de una institutriz extranjera y una hipertrofia congestiva de la mucosa de la nariz. Aquella pronunciación, que, por lo demás, desaparecía muy aprisa, cuando conocía más a las personas y volvía a ser natural e infantil, habría podido parecer desagradable, pero era particular y me encantaba. Siempre que llevaba algunos días sin verla, me exaltaba repitiéndome: «No se te ve nunca en el golf», con el tono nasal con el que ella lo había dicho, muy derecha, sin mover la cabeza, y entonces pensaba yo que no había persona más deseable.

Aquella mañana formábamos una de esas parejas que puntean aquí y allá la escollera con su conjunción, con su parada, el tiempo justo de cambiar unas palabras antes de separarse para reanudar por separado cada cual su paseo divergente. Aproveché aquella inmovilidad para mirar y saber definitivamente dónde estaba situado el lunar. Ahora bien, como una frase de Vinteuil que me había encantado en la Sonata y que mi memoria hacía errar del andante al final hasta el día en que con la partitura en la mano pude encontrarla en el *scherzo* e inmovilizarla en su lugar en el recuerdo, el lunar que yo había recordado —ora en la mejilla ora en el mentón— se detuvo para siempre en el labio superior y por debajo de la nariz. Así también resulta que encontramos con asombro versos que sabemos de memoria en una obra en la que no sospechábamos que se encontraran.

En aquel momento, como para que delante del mar se multiplicase en libertad, en la variedad de sus formas, todo el rico conjunto decorativo del

hermoso cortejo de las vírgenes, a la vez doradas y rosáceas, tostadas por el sol y por el viento, las amigas de Albertine, de piernas hermosas y talle sutil, pero tan diferentes unas de otras, mostraron su grupo, que se desarrolló, avanzando hacia nosotros, más cerca del mar, por una línea paralela. Pedí permiso a Albertine para acompañarla unos instantes. Por desgracia, se contentó con saludarlas con la mano. «Pero tus amigas van a quejarse de que las abandonas», le dije, con la esperanza de que paseáramos juntos. Un joven de facciones regulares, que llevaba en la mano unas raquetas, se nos acercó. Era el jugador de bacarrá cuyas locuras tanto indignaban a la mujer del presidente de la Audiencia. Con expresión fría, impasible, en la que consistía —debía de figurarse, evidentemente— la distinción suprema, saludó a Albertine. «¿Vienes del golf, Octave?», le preguntó ésta. «¿Cómo ha ido? ¿Estabas en forma?». «¡Oh! Estoy harto, no doy pie con bola», respondió. «¿Estaba Andrée?». «Sí, ha hecho setenta y siete». «¡Oh! Pero es una plusmarca». «Ayer yo hice ochenta y dos». Era hijo de un industrial muy rico que iba a desempeñar un papel bastante importante en la organización de la próxima Exposición Universal. Me impresionó hasta qué punto se había desarrollado en aquel joven y los otros —muy escasos— amigos masculinos de aquellas muchachas el conocimiento de todo lo que tenía que ver con la vestimenta, la forma de llevarla, los puros, las bebidas inglesas, los caballos —y que dominaba hasta en sus menores detalles con una infalibilidad orgullosa y rayana en la silenciosa modestia del sabio— sin ir acompañado de la menor cultura intelectual. No tenía la menor vacilación sobre la oportunidad del *smoking* o del pijama, pero ni la menor idea sobre los casos en que se puede emplear o no determinada palabra ni de las reglas más sencillas siquiera del francés. Aquella disparidad entre las dos culturas debía de ser la misma que en su padre, presidente de la Asociación de Propietarios de Balbec, pues en una carta abierta a los electores que acababa de mandar fijar en todas las paredes decía: «He querido entrevistarme con el alcalde para *charlarlo*, pero no ha querido escuchar mis justas quejas». Octave obtenía en el Casino premios en todos los concursos de bostón, de tango, etcétera, con lo que conseguiría, si quisiera, un matrimonio estupendo en aquel ambiente «balneario», en el que las jóvenes se casan —no en sentido figurado, sino

propio— con su «pareja». Encendió un cigarrillo, al tiempo que decía a Albertine: «Con permiso», como si pidiera la autorización para terminar, sin dejar de charlar, un trabajo urgente, pues nunca podía «estar sin hacer nada», aunque nunca hiciera, por lo demás, nada, y, como la inactividad completa acaba teniendo los mismos efectos que el trabajo exagerado, tanto en la esfera moral como en la vida del cuerpo y de los músculos, la constante nulidad intelectual que se albergaba tras la frente soñadora de Octave había acabado creándole —pese a su aire apacible— ineficaces comezones de pensamiento que por la noche le impedían dormir como a un metafísico extenuado.

Pensando que, si conocía a sus amigos, tendría más ocasiones de ver a aquellas muchachas, había estado a punto de pedirle que me lo presentara. En cuanto se marchó, se lo dije a Albertine y repetí: «No doy pie con bola». «Pero bueno», exclamó, «¡no puedo presentarte a un *gigolo*! Aquí pululan los *gigolos*, pero no podrían hablar contigo. Éste juega muy bien al golf y se acabó. Si lo sabré yo: no es de tu estilo en nada». «Tus amigas se van a quejar, si las dejas así», le dije, con la esperanza de que me propusiera que fuésemos a reunirnos con ellas. «¡Qué va! No me necesitan para nada». Nos cruzamos con Bloch, que me dirigió una sonrisa fina e insinuante y, violento ante la presencia de Albertine, a quien no conocía o al menos conocía «sin conocer», embutió la cabeza en el cuello de su camisa con un movimiento envarado y repelente. «¿Cómo se llama ese tipo?», me preguntó Albertine. «No sé por qué me saluda, si no me conoce. Por eso no le he devuelto el saludo». No tuve tiempo de responder a Albertine, pues, viniendo derecho hacia nosotros, dijo: «Disculpa que te interrumpa, pero quería avisarte de que mañana voy a Doncières. Sería una descortesía esperar más y me pregunto qué pensará de mí Saint-Loup-en-Bray. Que sepas que tomaré el tren de las dos. A tu disposición». Pero yo sólo pensaba en volver a ver a Albertine e intentar conocer a sus amigas y Doncières —como ellas no iban a ir y yo volvería después de la hora en que bajaban a la playa— me parecía el fin del mundo. Dije a Bloch que me resultaba imposible. «Pues bien, iré solo. Según los dos ridículos alejandrinos del señor Arouet, diré a Saint-Loup, para halagar su clericalismo:

Sabed que del suyo independiente es mi deber;
Que él lo incumpla, si quiere; yo al mío he de atender».

«Reconozco que es un muchacho bastante guapo», me dijo Albertine, «pero ¡cómo me desagrada!».

Yo nunca había pensado que Bloch pudiese ser guapo; lo era, en efecto. Con una cabeza un poco prominente, una nariz muy curvada, un aire de extraordinaria finura y de estar convencido de ella, tenía un rostro agradable, pero no podía gustar a Albertine. Tal vez se debiera, por lo demás, a los ribetes perversos de ésta, a la dureza, a la insensibilidad de la panda, a su grosería para con todo lo ajeno a ella. Por lo demás, cuando, más adelante, los presenté, la antipatía de Albertine no disminuyó. Bloch pertenecía a un medio en el que —entre el chiste contra la alta sociedad y el respeto suficiente de los buenos modales que debe tener un hombre con «las manos limpias»— se ha llegado como a una avenencia especial que difiere de los modales de la gente de mundo y, aun así, es una clase, particularmente odiosa, de mundanidad. Cuando lo presentaban a alguien, se inclinaba a la vez con una sonrisa de escepticismo y un respeto exagerado y, si se trataba de un hombre, decía: «Encantado, señor mío», con una voz que se burlaba de las palabras que pronunciaba, pero con conciencia de pertenecer a alguien que no era un patán. Concedido ese primer segundo a una costumbre que seguía y de la que se burlaba a la vez (como decía el 1 de enero: «Se lo deseo próspero y feliz»), adoptaba expresión fina y astuta y «profería sutilezas» con frecuencia cargadas de verdad, pero que «crispaban los nervios» de Albertine. Cuando le dije aquel primer día que se llamaba Bloch, exclamó: «Habría apostado a que era un judaca. Es muy propio de esa gente ser tan chinches». Por lo demás, más adelante Bloch iba a irritar a Albertine de otra forma. Como muchos intelectuales, no podía decir con sencillez las cosas sencillas. Buscaba para cada una de ellas un calificativo precioso y después generalizaba. Fastidiaba a Albertine —a quien desagradaba que se ocuparan de lo que hacía— que, cuando se había hecho un esguince en el pie y descansaba tranquila, Bloch dijera: «Está en su tumbona, pero por ubicuidad no cesa de frecuentar imprecisas pistas de golf y pistas de tenis cualesquiera». Era pura «literatura», pero que, por las dificultades que podía crearle —tenía

Albertine la sensación— con personas a cuya casa había rechazado una invitación diciendo que no podía moverse, habría bastado para que cogiera tirria a la cara, al sonido de la voz, del muchacho que decía semejantes cosas. Albertine y yo nos separamos, tras prometernos que alguna vez saldríamos juntos. Yo había hablado con ella sin saber tan poco dónde caían mis palabras, qué era de ellas, como si hubiese arrojado cantos a un abismo sin fondo. El de que la persona a quien las dirigimos les atribuya en general un sentido procedente de su propio ser y que resulta muy diferente del que nosotros les habíamos dado es un hecho que la vida corriente nos revela perpetuamente, pero, si, además, nos encontramos junto a una persona cuya educación —como, en mi caso, la de Albertine— nos resulta tan inconcebible como desconocidas sus inclinaciones, lecturas, principios, no sabemos si nuestras palabras despiertan en ella algo que a ellas se parezca más que en un animal al que, sin embargo, hubiéramos de hacer comprender ciertas cosas. De modo que intentar hacer amistad con Albertine me parecía como entrar en contacto con lo desconocido, si no con lo imposible, como una operación tan trabajosa como domar un caballo, tan descansada como criar abejas o cultivar rosales.

Unas horas antes, yo habría creído que Albertine se limitaría a responder de lejos a mi saludo. Acabábamos de separarnos, tras concebir el proyecto de hacer una excursión juntos. Me prometí que, cuando volviera a ver a Albertine, me mostraría más audaz con ella y había trazado de antemano el plan de todo lo que le diría e incluso —por tener ya la impresión enteramente de que debía de ser una muchacha ligera— de todos los placeres que le pediría, pero el entendimiento es influenciable como la planta, como la célula, como los elementos químicos y el medio que lo modifica, si nos sumimos en él, son las circunstancias, un marco nuevo. Transformado por su propia presencia, cuando volví a ver a Albertine, le dije algo muy distinto de lo que había proyectado. Después, recordando la sien arrebolada, me pregunté si no apreciaría más Albertine una gentileza —como sabría— desinteresada. El caso es que me azoraban algunas de sus miradas, de sus sonrisas. Podían significar costumbres relajadas, pero también la alegría un poco tonta de una joven vivaracha, pero con un fondo honesto. Como una misma expresión, del rostro y del lenguaje, puede

entrañar diversas acepciones, yo vacilaba como un alumno ante las dificultades de una traducción del griego.

Aquella vez nos encontramos casi inmediatamente a la más alta, Andrée, la que había saltado por encima del presidente de la Audiencia; Albertine tuvo que presentarme. Su amiga tenía unos ojos extraordinariamente claros, como en un piso en penumbra la entrada —con la puerta abierta— de una habitación a la que dan el sol y el reflejo verdoso del mar iluminado.

Pasaron cinco señores a quienes yo conocía muy bien de vista desde que estaba en Balbec. Con frecuencia me había preguntado quiénes serían. «No son personas muy distinguidas», me dijo Albertine, al tiempo que se reía, burlona, con expresión desdeñosa. «El viejecito del pelo teñido y con guantes amarillos —¡hay que ver qué facha!, ¿eh? Llama la atención pero bien— es el dentista de Balbec, es buen tipo; el gordo es el alcalde: no el gordo bajito, a ése debes de haberlo visto, es el profesor de baile, es bastante hueso también, no nos traga, porque armamos demasiado escándalo en el Casino, le destrozamos las sillas, queremos bailar sin alfombra, y, por eso, nunca nos ha concedido el premio, aunque somos las únicas que sabemos bailar. El dentista es buen hombre, le habría saludado para hacer rabiar al profesor de baile, pero no podía hacerlo, porque va con ellos el Sr. de Sainte-Croix, consejero general, hombre de muy buena familia, que se puso de parte de los republicanos por dinero; ninguna persona decente lo saluda ya. Conoce a mi tío, por asuntos políticos, pero el resto de mi familia le ha dado la espalda. El delgado con impermeable es el director de orquesta. ¡Cómo! ¿No lo conoces? Dirige divinamente. ¿No has ido a oír *Cavalleria Rusticana*? ¡Ah! ¡Me parece ideal! Da un concierto esta noche, pero no podemos ir, porque es en la sala del Ayuntamiento. En el Casino no importa, pero, como fuéramos a la sala del Ayuntamiento, de la que han quitado el Crucifijo, a la madre de Andrée le daría una apoplejía. Me dirás que el marido de mi tía está en el Gobierno, pero ¡qué le vamos a hacer! Mi tía es mi tía. ¡No la quiero por eso! Siempre ha deseado una sola cosa: librarse de mí. La persona que me ha hecho de verdad de madre —cosa que tiene doble mérito porque no es familia mía— es una amiga a la que, por lo demás, quiero como a una madre. Ya te enseñaré su foto». Nos

abordó un momento el campeón de golf y de bacarrá, Octave. Pensé haber descubierto un vínculo entre nosotros, pues en la conversación me enteré de que era pariente lejano —y, además, muy querido— de los Verdurin, pero habló con desdén de los dichosos miércoles y añadió que el Sr. Verdurin ignoraba el uso del *smoking*, por lo que resultaba bastante enojoso encontrárselo en ciertos *music-halls*, en los que habría preferido no oír a un señor con chaqueta y corbata negra de notario de pueblo gritarle: «Hola, chaval». Luego Octave nos dejó y poco después le tocó el turno a Andrée, quien, en todo el paseo hasta su casa, no me dijo ni palabra. Lamenté tanto más su marcha cuanto que —mientras comentaba a Albertine lo fría que había estado conmigo su amiga y relacionaba para mis adentros aquella dificultad que Albertine parecía tener para juntarme con sus amigas con la hostilidad con la que parecía haber topado Elstir para satisfacer mi deseo el primer día— pasaron unas jóvenes —las señoritas d'Ambresac— a quienes saludé y Albertine también.

Pensaba que con ello mi relación con Albertine mejoraría. Eran las hijas de una pariente de la Sra. de Villeparisis que conocía también a la Sra. de Luxemburgo. El Sr. y la Sra. d'Ambresac, que tenían una pequeña quinta en Balbec y, pese a ser excesivamente ricos, llevaban una vida muy sencilla, iban siempre vestidos con la misma chaqueta —el marido— y —la esposa — con un traje obscuro. Los dos hacían saludos ostentosos a mi abuela, que no conducían a nada. Las hijas, muy guapas, vestían con más elegancia, pero de ciudad, no de playa. Con sus vestidos largos, bajo sus grandes sombreros, parecían pertenecer a una humanidad distinta de la de Albertine. Ésta sabía muy bien quiénes eran. «¡Ah! ¿Conoces a las niñas d'Ambresac? Pues conoces a gente muy distinguida. Por lo demás, son muy sencillas», añadió, como si fuera contradictorio. «Son muy amables, pero tan bien educadas, que no las dejan ir al Casino, sobre todo por nosotras, porque tenemos muy malos modales. ¿Te gustan? Hombre, eso depende. Son lo que se dice unas pavitas. Tal vez tenga su encanto. Si te gustan las pavitas, vas bien servido. Parece que pueden gustar, puesto que ya hay una prometida con el marqués de Saint-Loup, cosa que apena mucho a la pequeña, quien estaba enamorada de ese mismo joven. A mí ya sólo su manera de hablar con la punta de los labios me pone enferma. Y, además, es que visten de

forma ridícula. Van a jugar al golf con vestidos de seda. A su edad van vestidas más presuntuosamente que mujeres de edad que saben vestir. Mira, la Sra. Elstir: ésa sí que es una mujer elegante». Yo respondí que me había parecido vestida con mucha sencillez. Albertine se echó a reír. «Va vestida con mucha sencillez, en efecto, pero lo hace de maravilla y, para lograr lo que a ti te parece sencillez, gasta con locura». Los vestidos de la Sra. Elstir pasaban inadvertidos a quien no tuviera un gusto seguro y sobrio en materia de vestimenta. Yo carecía de él. Elstir lo tenía en grado sumo, según me dijo Albertine. Yo no lo había sospechado ni que las cosas elegantes, pero sencillas, que llenaban su taller fueran maravillas mucho tiempo deseadas por él y que había seguido de venta en venta, pues conocía toda su historia, hasta el día en que ganó bastante dinero para poder poseerlas, pero Albertine, tan ignorante como yo, nada podía enseñarme a ese respecto. Mientras que en materia de vestimenta —avisada por un instinto de coqueta y tal vez por el pesar de joven pobre que saborea con mayor desinterés, delicadeza, en los ricos aquello con lo que no podrá engalanarse personalmente— supo hablarme muy bien de los refinamientos de Elstir, tan exigente, que consideraba mal vestidas a todas las mujeres, y, como sometía a todo el mundo a una proporción, a un matiz, mandaba hacer para su esposa, a precios de locura, sombrillas, sombreros, abrigos que había enseñado a considerar encantadores a Albertine y en los que una persona sin gusto se habría fijado tan poco como yo. Por lo demás, Albertine, quien había hecho un poco de pintura sin tener, por lo demás —como ella misma confesaba—, «disposición» alguna, sentía una gran admiración de Elstir y, gracias a lo que éste le había dicho y mostrado, entendía de cuadros de un modo que contrastaba mucho con su entusiasmo por *Cavalleria Rusticana*. Es que, en realidad, aunque aún no se viese, era muy inteligente y en las cosas que decía la tontería no era suya, sino de su medio y su edad. Elstir había ejercido en ella una influencia afortunada, pero parcial. Todas las formas de la inteligencia no habían llegado en Albertine al mismo grado de desarrollo. El gusto por la pintura había alcanzado casi al de la vestimenta y de todas las formas de la elegancia, pero no lo había seguido el gusto de la música, que seguía muy rezagado.

Como quien consigue grandes logros no necesariamente consigue otros inferiores, no vi a Albertine —después de que saludé a las hijas de los d'Ambresac, pese a saber quiénes eran— más dispuesta a presentarme a sus amigas. «Eres muy bueno al concederles importancia. No les hagas caso, no son nada. ¿Qué pueden contar esas niñas para un hombre de tu valor? Al menos Andrée destaca por su inteligencia. Es una niña buena, aunque muy caprichosa, pero las otras son muy estúpidas, la verdad». Después de haberme separado de Albertine, sentí de repente mucha pena por que Saint-Loup me hubiera ocultado su noviazgo y hubiese hecho algo tan feo como casarse sin haber roto con su amante. Sin embargo, pocos días después, me presentaron a Andrée y, como habló mucho rato, aproveché para decirle que me gustaría verla el día siguiente, pero me respondió que era imposible, porque su madre se encontraba bastante mal y no quería dejarla sola. Dos días después, cuando fui a ver a Elstir, me comunicó la gran simpatía que Andrée sentía por mí. Como le respondí: «Pero si soy yo quien ha sentido mucha simpatía por ella desde el primer día; quise volver a verla el día siguiente, pero no podía», Elstir me dijo: «Sí, ya lo sé, me lo ha contado, lo sintió mucho, pero había quedado en ir en *break* a una gira campestre a diez leguas de aquí y no podía anular la invitación». Aunque aquella mentira fuera muy insignificante, pues Andrée me conocía muy poco, yo no debería haber seguido frecuentando a una persona capaz de decirla, pues lo que una persona ha hecho una vez vuelve a hacerlo indefinidamente, y, si vamos todos los años a ver a un amigo que las primeras veces no pudo acudir a nuestra cita o se constipó, volveremos a encontrárnoslo constipado, lo echaremos en falta en otra cita a la que no habrá acudido por una misma razón permanente en cuyo lugar cree ver razones diversas, debidas a las circunstancias.

Una de las mañanas que siguieron a aquella en que Andrée me había dicho que estaba obligada a quedarse en casa de su madre, iba yo dando una vuelta con Albertine, a quien había visto elevando en el extremo de un cordón un atributo extraño que la hacía parecerse a la «Idolatría» de Giotto: por lo demás, se llama «diábolo» y ha quedado tan anticuado, que ante el retrato de una muchacha que lo lleve los comentadores del futuro podrán disertar como ante determinada figura alegórica de la Arena sobre lo que

tiene en la mano. Al cabo de un momento, su amiga de aspecto pobre y duro, que se había reído, burlona, el primer día con expresión tan perversa: «Me da lástima, ese pobre viejo», refiriéndose al señor anciano rozado por los ligeros pies de Andrée, vino a decir a Albertine: «Hola, ¿molesto?». Se había quitado el sombrero, que la molestaba, y el pelo, como una variedad vegetal encantadora y desconocida, le caía sobre la frente con la minuciosa delicadeza de su foliación. Albertine, tal vez irritada al verla descubierta, no respondió, guardó un silencio glacial, pese a lo cual la otra siguió con nosotros, pero mantenida a distancia de mí por Albertine, que se las arreglaba en ciertos instantes para ir sola con ella y en otros para caminar conmigo, manteniéndola detrás. Me vi obligado —para que me presentara — a pedírselo delante de la otra. Entonces, en el momento en que Albertine me nombró, por la cara y los azules ojos de aquella muchacha, en la que yo había visto una expresión tan cruel, cuando había dicho: «Este pobre viejo me da lástima», vi pasar y brillar una sonrisa cordial, cariñosa, y me tendió la mano. Tenía el pelo dorado y no sólo el pelo, pues, si bien sus mejillas eran rosáceas y sus ojos azules, era como el cielo aún purpúreo de la mañana en el que el sol despunta y brilla por doquier.

Arrebatado al instante, pensé que era una niña tímida, cuando amaba, que por mí, por amor de mí, se había quedado con nosotros, pese a los desaires de Albertine, y que debía de haberse sentido feliz de poder confesarme por fin con aquella mirada sonriente y cálida que sería tan dulce conmigo como terrible con los demás. Seguramente se había fijado en mí en la propia playa, cuando yo no la conocía aún y desde entonces pensaba en mí; tal vez para que yo la admirara, se había burlado del señor anciano y, por no haber logrado conocerme, había tenido con frecuencia expresión taciturna. Yo la había visto a menudo desde el hotel paseándose por la playa al atardecer: probablemente con la esperanza de encontrarse conmigo. Y ahora, incomodada por la presencia de Albertine tanto como lo habría estado por la de toda la panda, nos seguía pegada a nuestros talones, pese a la actitud cada vez más fría de su amiga, con la esperanza, evidentemente, de quedarse la última, de fijar una cita conmigo para un momento en que encontrara el modo de escapar sin que su familia y sus amigas lo supieran y quedar conmigo en un lugar seguro antes de la misa o después del golf.

Resultaba tanto más difícil verla cuanto que Andrée estaba enfadada con ella y la detestaba. «He soportado mucho tiempo su terrible falsedad», me dijo, «su bajeza, las innumerables faenas que me ha hecho. Lo he soportado todo por las otras, pero la última fue la gota que hizo rebosar el vaso». Y me contó un chismorreo de aquella muchacha, que, en efecto, podía perjudicar a Andrée.

Pero Gisèle no pudo decirme las palabras prometidas por su mirada para el momento en que Albertine nos hubiera dejado juntos, pues, como ésta, colocada con obstinación entre los dos, había seguido respondiendo cada vez más brevemente y después había cesado de responder del todo a las palabras de su amiga, acabó abandonando el puesto. Reproché a Albertine que se hubiera mostrado tan desagradable. «Así aprenderá a ser más discreta. No es mala persona, pero es una pesada. No tiene por qué venir a meter la nariz por todos lados. ¿Por qué se pega a nosotros sin que se lo pidan? Poco ha faltado para que la mandara a hacer gárgaras. Por lo demás, detesto que lleve el pelo así: da mala impresión». Yo miraba las mejillas de Albertine, mientras me hablaba, y me preguntaba qué perfume, qué gusto, podían tener: aquel día no estaba lozana, sino lisa, de un rosa uniforme, violáceo, cremoso, como ciertas rosas que tienen un barniz de cera. Me apasionaban, como nos ocurre a veces con una especie de flores. «No me había fijado en ella», respondí. «Pues la has mirado bastante, parecía que quisieras hacer su retrato», me dijo, sin que la ablandaran las intensas miradas que en aquel momento le dirigía yo. «Ahora, que no creo que te gustara. No es nada coqueta. A ti deben de gustarte las chicas coquetas. En todo caso, ya no va a tener la ocasión de pegarse más y de que le den de lado, porque regresa esta tarde a París». «¿Se van con ella tus otras amigas?». «No, sólo ella y la *Miss*, porque tiene que repasar las asignaturas para los exámenes: va a empollar, la pobre chica. No es divertido, te lo aseguro. Puede que te toque un tema que esté bien. Son tantas las posibilidades. Así, a una de mis amigas le tocó éste: “Cuente un accidente que haya presenciado”. Eso es potra, pero conozco a una chica que hubo de tratar —y, además, en el escrito— éste: “¿A quién preferiría tener como amigo: a Alcestes o a Filinto?”. ¡Yo habría sudado sangre con ése! Para empezar y aparte de todo lo demás, no es una pregunta apropiada para las

chicas. Las chicas hacen amistad con otras chicas y no deben tener amistad con señores». (Aquella frase, al mostrarme que tenía pocas posibilidades de ser admitido en la panda, me hizo temblar). «Pero, en cualquier caso, aun cuando se hiciera la pregunta a jóvenes, ¿qué quieres que se le ocurra a uno decir sobre eso? Varias familias han escrito a *Le Gaulois* para quejarse de la dificultad de preguntas semejantes. Lo mejor de todo es que, en una recopilación de los mejores deberes de alumnos premiados, ese tema ha sido tratado dos veces de forma absolutamente opuesta. Todo depende del examinador. Uno quería que se dijese que Filinto era un hombre adulador y bribón; el otro, que no se podía rechazar su admiración a Alcestes, pero que era demasiado desabrido y que, como amigo, había que preferir a Filinto. ¿Cómo quieres que las desdichadas alumnas sepan a qué atenerse, cuando los profesores no están de acuerdo entre sí? Y aun eso no es nada: cada año resulta más difícil. Gisèle no va a poder salir bien, si no es con un buen enchufe».

Volví al hotel, mi abuela no estaba y la esperé largo rato; por fin, cuando llegó, le supliqué que me dejara ir a hacer en condiciones inesperadas una excursión que tal vez durara cuarenta y ocho horas, almorcé con ella, pedí un coche y me dirigí a la estación. Gisèle no se extrañaría de verme allí; una vez que hiciéramos transbordo, en Doncières, al tren de París, había un vagón-pasillo en el que, mientras la *Miss* dormitara, podría llevar a Gisèle a los rincones obscuros, fijar una cita con ella para mi vuelta a París, que intentaría apresurar lo más posible. Según la voluntad que me expresara, la acompañaría hasta Caen o hasta Évreux y tomaría el tren siguiente. De todos modos, ¡qué habría pensado, si hubiera sabido que había vacilado mucho entre ella y sus amigas, que tanto como de ella había querido enamorarme de Albertine, de la muchacha de los ojos claros y de Rosemonde! Sentía remordimientos al respecto, ahora que un amor recíproco iba a unirme a Gisèle. Por lo demás, habría podido asegurarle con toda veracidad que Albertine ya no me gustaba. Aquella mañana la había visto alejarse casi volviendo la espalda para hablar a Gisèle. En su cabeza gacha con expresión enfurruñada, el pelo, diferente por detrás y más negro aún, brillaba como si acabara de salir del agua. Me había recordado a una gallina mojada y aquel pelo me había hecho encarnar en Albertine un alma

distinta de la sugerida hasta entonces por la cara violeta y la mirada misteriosa. Aquel pelo reluciente detrás de la cabeza era lo único que había podido vislumbrar de ella por un momento y eso sólo era lo que seguía viendo. Nuestra memoria se parece a esos almacenes que exponen en sus escaparates a cierta persona: una vez una fotografía; otra vez, otra. Y, por lo general, la más reciente permanece un tiempo sola a la vista. Mientras el cochero arreaba al caballo, yo escuchaba las palabras de agradecimiento y ternura que Gisèle me decía, nacidas todas de su cálida sonrisa y su mano tendida: es que en los períodos de mi vida en que no estaba enamorado y deseaba estarlo, no llevaba sólo dentro de mí un ideal físico de belleza que, como hemos visto, reconocía de lejos en todas las transeúntes bastante alejadas para que sus facciones confusas no se opusieran a esa identificación, sino también el fantasma moral —siempre listo para encarnarse— de la mujer que se iba a prendar de mí, a darme la réplica en la comedia amorosa que llevaba —enteramente escrita— en la cabeza desde mi infancia y que toda muchacha amable me parecía tener el mismo deseo de representar, con tal de que su físico fuera un poco idóneo. El argumento, las peripecias, el texto mismo de aquella obra —fuera cual fuese la nueva «estrella» a la que yo recurriera para estrenar o repetir el papel— conservaban una forma *ne varietur*.

Unos días después, pese a la poca solicitud que Albertine había mostrado para presentarnos, conocía toda la panda del primer día, que había permanecido completa en Balbec —salvo Gisèle, con la que, por culpa de un prolongado alto delante de la barrera de la estación y un cambio en el horario, no había podido reunirme en el tren, que salió cinco minutos antes de mi llegada, y en la que ya no pensaba más—, y, además, a dos o tres de sus amigas, a quienes, cuando se lo pedí, me dieron a conocer. Y, así, como la esperanza del placer que encontraría con una muchacha nueva procedía de otra por mediación de la cual la había conocido, la más reciente era entonces como una de esas variedades de rosas que se obtienen gracias a una de otra especie y, remontando de corola en corola por aquella cadena de flores, el placer de conocer otra diferente me hacía volver hacia aquella a quien la debía con una gratitud mezclada de tanto deseo como mi esperanza nueva. No tardé en pasar todo el día con aquellas muchachas.

Por desgracia, en la flor más fresca se pueden distinguir los puntos imperceptibles que para la inteligencia avisada dibujan ya lo que será —por la desecación o la fructificación de las carnes hoy en flor— la forma inmutable y ya predestinada del grano. Seguimos deleitados con una nariz semejante a una olita que infla deliciosamente un agua matinal y parece inmóvil, dibujable, porque el mar está tan apacible, que no se advierte la marea. Los rostros humanos no parecen cambiar en el momento en que los miramos, porque la revolución que realizan es demasiado lenta para que la advirtamos, pero bastaba con ver junto a aquellas muchachas a sus madres o a sus tías para calibrar las distancias que, bajo la atracción interna de un tipo generalmente horroroso, recorrerían aquellas facciones en menos de treinta años, hasta el momento del declinar de las miradas, hasta aquel en que el rostro, hundido totalmente por debajo del horizonte, ya no recibiera luz. Yo sabía que —tan profundos, tan ineluctables, como el patriotismo judío o el atavismo cristiano en quienes se creen los más liberados de su raza— se albergaban bajo la rosada inflorescencia de Albertine, de Rosemonde, de Andrée —desconocidas de ellas mismas, mantenidas en reserva por las circunstancias— una nariz gruesa, una boca prominente, una gordura, que asombrarían, pero estaban, en realidad, entre bastidores, listas para entrar en escena, imprevistas, fatales, como cierto dreyfusismo, cierto clericalismo, cierto heroísmo nacional y feudal repentinamente brotados, a la llamada de las circunstancias, de una naturaleza anterior al propio individuo, por la cual piensa, vive, evoluciona, se fortifica o muere, sin que pueda distinguirla de los móviles particulares que confunde con ella. Incluso mentalmente, dependemos de las leyes naturales mucho más de lo que creemos y nuestra mentalidad cuenta por adelantado —como cierta criptógama, como cierta gramínea— con las particularidades que creemos elegir, pero sólo captamos las ideas secundarias sin advertir la causa primera —raza judía, familia francesa, etcétera— que las producía necesariamente y que manifestamos en el momento oportuno, y tal vez —mientras que unas nos parecen resultado de una deliberación, otras de una imprudencia en nuestra higiene — debamos a nuestra familia —como las papilionáceas la forma de su simiente— tanto las ideas por las que vivimos como la enfermedad por la que morimos.

Como en un plantón en el que las flores maduran en épocas diferentes, yo las había visto, en señoras ancianas, en aquella playa de Balbec, aquellas duras simientes, aquellos blandos tubérculos, que mis amigas serían un día, pero ¿qué importaba? En aquel momento, era la temporada de las flores. Por eso, cuando la Sra. de Villeparisis me invitaba a un paseo, buscaba una excusa para no estar libre. Sólo hice a Elstir visitas en las que mis nuevas amigas me acompañaron. No pude siquiera encontrar una tarde para ir a Doncières a ver a Saint-Loup, como le había prometido. Las reuniones mundanas, las conversaciones serias o incluso una charla amistosa, si hubieran ocupado el lugar de mis salidas con aquellas muchachas, me habrían causado el mismo efecto que si a la hora de almorzar, en lugar de comer, nos llevaran a mirar un álbum. Los hombres, los jóvenes, las mujeres ancianas o maduras con quienes creemos encontrarnos a gusto están situados para nosotros en una superficie plana y unidimensional, porque tomamos conciencia de ellos exclusivamente mediante la percepción visual reducida a sí misma, pero, como delegada de los otros sentidos, se dirige a las muchachas; aquéllos van a buscar —una tras otra— las diversas cualidades fragrantes, táctiles, sabrosas, que saborean, así, incluso sin el concurso de las manos y los labios y —capaces como son, gracias a las artes de transposición, el genio de síntesis, en que sobresale el deseo, de restituir bajo el color de las mejillas o del pecho la caricia, la degustación, los contactos prohibidos— dan a esas muchachas la misma consistencia almibarada que producen cuando liban en una rosaleda o en una viña cuyos racimos se comen con los ojos.

Si llovía, aunque el mal tiempo no asustaba a Albertine, a quien se veía a veces correr en bicicleta y con impermeable bajo los chaparrones, pasábamos el día en el Casino, al que aquellos días me pareció imposible no acudir. Sentía el mayor desprecio por las señoritas d’Ambresac, que nunca habían entrado en él y con mucho gusto ayudaba a mis amigas a hacer jugarretas al profesor de baile. Generalmente sufríamos alguna amonestación del encargado o de los empleados, que usurpaban un poder dictatorial, porque mis amigas —incluso Andrée, que, por esa razón, había considerado yo el primer día una criatura tan dionisíaca y que era, al contrario, frágil e intelectual y aquel año sufría mucho, pero que, aun así,

obedecía menos al estado de salud que al genio de esa edad que se lleva todo por delante y confunde en la alegría a los enfermos y a los vigorosos— no podían ir del vestíbulo a la sala de fiestas sin tomar impulso, saltar por encima de todas las sillas, volver deslizándose y conservando el equilibrio con un gracioso movimiento de los brazos, cantando, mezclando todas las artes, en aquella primera juventud, al modo de aquellos poetas de épocas antiguas para quienes los géneros no estaban aún separados y mezclaban en un poema épico los preceptos agrícolas y las enseñanzas teológicas.

Aquella Andrée que el primer día me había parecido la más fría era infinitamente más delicada, más afectuosa, más fina que Albertine, a quien daba muestras de una ternura cariñosa y dulce de hermana mayor. Venía al Casino a sentarse junto a mí y sabía —al contrario que Albertine— rechazar un turno de vals o incluso —si estaba yo cansado— renunciar a ir al Casino y venir al hotel. Expresaba su amistad por mí, por Albertine, con matices que demostraban la inteligencia más deliciosa de los asuntos del corazón, tal vez debida a su estado enfermizo. Siempre tenía una sonrisa alegre para disculpar el infantilismo de Albertine, que expresaba con una violencia ingenua la irresistible tentación que ofrecían para ella diversiones a las que no sabía —como Andrée— preferir resueltamente una conversación conmigo… Si estábamos todos juntos cuando se acercaba la hora de ir a una merienda ofrecida en el golf, se preparaba y después se dirigía a Andrée así: «Pero, bueno, Andrée, ¿a qué esperas? Sabes que vamos a merendar al golf». «No, yo me quedo charlando con él», respondía Andrée, al tiempo que me señalaba. «Pero si sabes que la Sra. Durieux te ha invitado», exclamaba Albertine, como si la intención de Andrée de permanecer conmigo no pudiera explicarse sino porque ignorara que había sido invitada. «Anda, mujer, no seas tan idiota», respondía Andrée. Albertine no insistía, por miedo a que le propusiéramos quedarse también. Movía la cabeza: «Tú verás», respondía, como a un enfermo que por gusto se matara a fuego lento, «yo me largo, pues creo que tu reloj va atrasado», y salía pitando. «Es encantadora, pero no hay quien pueda con ella», decía Andrée, al tiempo que envolvía a su amiga con una sonrisa que la acariciaba y la juzgaba a la vez. Si en aquel gusto por la diversión Albertine tenía algo en común con la Gilberte de los primeros tiempos, era porque existe cierta

semejanza, pese a la evolución, entre las mujeres a quienes amamos sucesivamente y que se debe a la inalterabilidad de nuestro temperamento, porque éste es el que elige y elimina a todas cuantas nos serían a la vez opuestas y complementarias, es decir, idóneas para satisfacer nuestros sentidos y hacer sufrir nuestro corazón. Son —esas mujeres— un producto de nuestro temperamento, una imagen, una proyección invertidas, un «negativo» de nuestra sensibilidad. De modo, que un novelista podría durante la vida de su protagonista describir casi exactamente semejantes sus sucesivos amores y con ello no dar la impresión de imitarse a sí mismo, sino de crear, ya que hay menos fuerza en una innovación artificial que en una repetición destinada a sugerir una verdad nueva. Aun así, debería señalar en el carácter del enamorado un indicio de variación que se revela a medida que llegamos a nuevas regiones, en otras latitudes de la vida, y, si, al representar caracteres correspondientes a sus otros personajes, se abstuviera de hacerlo en el caso de la mujer amada, tal vez expresaría otra verdad más. Conocemos el carácter de los indiferentes: ¿cómo podríamos conocer el que se confunde con nuestra vida, que pronto dejamos de separar de nosotros mismos, sobre cuyos móviles no cesamos de emitir hipótesis ansiosas, perpetuamente modificadas? Nuestra curiosidad sobre la mujer amada —lanzándose allende la inteligencia— supera en su recorrido el carácter de dicha mujer. Aunque pudiéramos detenernos, seguramente no lo haríamos. El objeto de nuestra inquieta investigación es más esencial que esas particularidades de carácter, semejantes a esos pequeños rombos de epidermis cuyas diversas combinaciones constituyen la originalidad florida de la carne. Nuestra radiación intuitiva las atraviesa y las imágenes que nos brinda en modo alguno son las de un rostro particular, sino que representan la triste y dolorosa universalidad de un esqueleto.

Como Andrée era sumamente rica y Albertine pobre y huérfana, aquélla hacía beneficiarse a ésta —con gran generosidad— de su lujo. En cuanto a sus sentimientos por Gisèle, no eran del todo los que yo había creído. En efecto, pronto supimos de la estudiante y, cuando Albertine enseñó la carta que había recibido de ella, destinada a dar noticias de su viaje y su llegada a la panda, al tiempo que se disculpaba por su pereza para escribir a las demás, me sorprendió oír a Andrée, a quien creía reñida a muerte con ella,

decir: «Mañana le escribiré, porque, si lo dejo para contestar a su carta, puedo esperar mucho: es tan descuidada…». Y, volviéndose hacia mí, añadió: «Evidentemente, no te parecería nada del otro mundo, pero es buena chica y, además, le tengo mucho afecto». Saqué la conclusión de que los enfados de Andrée no duraban demasiado.

Salvo aquellos días de lluvia, cuando debíamos ir en bicicleta al acantilado o al campo, una hora antes procuraba ponerme guapo y me quejaba, si Françoise no había preparado bien mis cosas.

Ahora bien, incluso en París, Françoise, humilde, modesta y encantadora, cuando halagaban su amor propio, erguía con orgullo y rabia el talle, que la edad empezaba a curvar, a poco que se le reprochara una falta. Como era el gran resorte de su vida, la satisfacción y el buen humor de Françoise eran directamente proporcionales a la dificultad de las cosas que se le pedían. Las que debía hacer en Balbec eran tan fáciles, que casi siempre daba muestras de un descontento que se centuplicaba de repente y al que acompañaba una irónica expresión de orgullo, cuando yo me quejaba —en el momento de ir a encontrarme con mis amigas— de que mi sombrero no estuviera cepillado o mis corbatas en orden. Ante la simple observación de que una chaqueta no estaba en su sitio, Françoise, que podía tomarse tantas molestias, sin por ello considerar que hubiera hecho nada del otro mundo, no sólo ponderaba el cuidado con que la había «guardado para que no co[gier]a polvo», sino que, además, pronunciando un elogio en regla de sus trabajos, deploraba que no fuesen vacaciones lo que disfrutaba en Balbec, que no encontraríamos a nadie como ella para llevar semejante vida. «No comprendo cómo se pueden dejar las cosas así: a ver si otra podría aclararse en este revoltijo. Hasta el diablo perdería el oremus aquí». O bien se contentaba con poner semblante de reina y lanzarme miradas encendidas y guardaba un silencio que rompía en cuanto había cerrado la puerta y se había internado por el pasillo; entonces resonaban expresiones que yo adivinaba injuriosas, pero que resultaban tan indistintas como las de los personajes que declaman sus primeras palabras tras el bastidor antes de entrar en escena. Por lo demás, cuando me preparaba, así, para marcharme con mis amigas, aun cuando nada faltara y Françoise estuviese de buen humor, se mostraba, de todos modos, insoportable, pues, valiéndose de las

bromas que, por mi necesidad de hablar de aquellas muchachas, había hecho delante de ella, adoptaba la actitud de revelarme cosas que, si hubiesen sido exactas, yo habría sabido mejor que ella, pero no lo eran, pues Françoise no las había entendido bien. Tenía, como todo el mundo, su carácter propio; una persona no se parece nunca a una vía recta, sino que nos asombra con sus rodeos singulares e inevitables que los otros no advierten y por los que nos resulta penoso haber de pasar. Siempre que llegaba yo al detalle del «sombrero fuera de su sitio», al «nombre de Andrée o Albertine», Françoise me obligaba a extraviarme por caminos desviados y absurdos que me retrasaban mucho. Lo mismo ocurría cuando yo mandaba preparar *sandwiches* de queso de Chester con lechuga y comprar tartas para comerlos a la hora de la merienda, en el acantilado, con aquellas muchachas y que bien habrían podido pagar a escote, si no hubieran sido tan interesadas, declaraba Françoise, en cuya ayuda acudía entonces un atavismo de codicia y vulgaridad provincianas y para la cual parecía que el alma dividida de la difunta Eulalie se había encarnado en los encantadores cuerpos de mis amigas de la pandilla más graciosamente que en Saint Éloi. Yo escuchaba aquellas acusaciones con la rabia de sentirme tropezar en uno de los lugares a partir de los cuales el camino rústico y familiar que era el carácter de Françoise se volvía impracticable: por fortuna, no por mucho tiempo. Después, encontrada la chaqueta y listos los *sandwiches*, iba a buscar a Albertine, Andrée, Rosemonde, a veces a otras, y —a pie o en bicicleta— partíamos.

En otro tiempo, habría preferido hacer aquel paseo con mal tiempo. Entonces intentaba encontrar en Balbec «el país de los cimerios» y los días hermosos eran algo que no debía existir allí, una intrusión del vulgar verano de los bañistas en aquella antigua región velada por las brumas, pero ahora habría buscado con pasión todo lo que había desdeñado y apartado de mi vista —no sólo los efectos del sol, sino también las regatas, las carreras de caballos incluso— por la misma razón que en otro tiempo no habría deseado sino mares tempestuosos: la de que estaban vinculados —unos y otras— con una idea estética. Es que mis amigas y yo habíamos ido a veces a ver a Elstir y, en los días en que estaban presentes las muchachas, lo que había mostrado preferentemente eran algunos bosquejos de hermosas

yachtswomen o un esbozo tomado en un hipódromo cercano a Balbec. Yo había confesado —tímidamente al principio— a Elstir que no había querido ir a las reuniones que se habían ofrecido en él. «Has hecho mal», me dijo, «es tan bonito y tan curioso también. En primer lugar, ¡qué interesante sería reflejar los movimientos profesionales de ese ser particular, el jockey, en el que tantas miradas se clavan y que ante el *paddock* está ahí taciturno, sombrío, con su casaca resplandeciente, formando una unidad con el caballo caracoleante, que refrena, mostrar la brillante tarea que desempeña y la que desempeña también la capa de los caballos en la pista de carreras! ¡Qué transformación de todas las cosas en esa inmensidad luminosa de una pista de carreras en la que nos sorprenden tantas sombras y reflejos que sólo vemos en ella! ¡Lo hermosas que pueden estar las mujeres en ella! Sobre todo la primera reunión fue arrebatadora y había mujeres de una elegancia extraordinaria, en una luz húmeda, holandesa, en la que se sentía subir hasta el sol mismo el frío penetrante del agua. Nunca he visto a las mujeres llegar en coche o con los gemelos en los ojos en una luz semejante, debida seguramente a la humedad marina. ¡Ah! ¡Cuánto me habría gustado representarla! Volvía de aquellas carreras como loco: ¡con unas ganas de trabajar!». Después se extasió más aún a propósito de las reuniones de *yachting* que de las carreras de caballos y comprendí que las regatas, las reuniones deportivas, en las que la glauca luz de un hipódromo marino baña a mujeres bien vestidas, podían ser un motivo tan interesante para un artista moderno como para un Veronese o un Carpaccio las fiestas que tanto gustaban describir. «Su comparación es tanto más exacta», me dijo Elstir, «cuanto que, por tratarse de la ciudad en que pintaban las fiestas, éstas eran en parte náuticas. Sólo, que la belleza de las embarcaciones de aquella época estribaba en la mayoría de los casos en su pesadez, en su complicación. Había justas en el agua, como aquí, celebradas generalmente en honor de alguna embajada semejante a la que Carpaccio representó en *La leyenda de Santa Úrsula*. Los navíos eran macizos, construidos como arquitecturas, y parecían casi anfibios, como pequeñas Venecias en medio de la otra, cuando, amarrados con ayuda de puentes volantes, cubiertos de raso carmesí y tapices persas, llevaban a mujeres con brocado color de cereza o con damasco verde, muy cerca de los balcones incrustados con

mármoles multicolores, a los que otras mujeres se asomaban para mirar, en sus vestidos de mangas negras con cuchilladas blancas ceñidas con perlas o adornadas con encajes. Ya no se sabía dónde acababa la tierra y dónde comenzaba el agua, qué era palacio y qué navío, carabela, galeaza, Bucentauro». Albertine escuchaba con una atención apasionada aquellos detalles sobre vestimenta, aquellas imágenes de lujo que nos describía Elstir. «¡Oh! ¡Cuánto me gustaría ver los encajes de que me habla! ¡Es tan bonito el punto de Venecia!», exclamaba. «Por lo demás, ¡me gustaría tanto ir a Venecia!». «Tal vez pueda pronto contemplar», le dijo Elstir, «las maravillosas telas que se llevaban allí. Ya sólo se veían en los cuadros de los pintores venecianos o —muy raras veces— en los tesoros de las iglesias, a veces incluso aparecía alguna en una venta, pero dicen que un artista de Venecia, Fortuny, ha recuperado el secreto de su fabricación y dentro de pocos años las mujeres podrán pasearse, y sobre todo permanecer en sus casas, con brocados tan magníficos como los que Venecia adornaba, para sus patricias, con dibujos de Oriente, pero no sé si me gustaría, si no sería una vestimenta demasiado anacrónica para mujeres de hoy, incluso durante las regatas, pues, volviendo a nuestros modernos barcos de recreo, es todo lo contrario que en tiempos de Venecia, “Reina del Adriático”. El mayor encanto de un yate, del mobiliario de un yate, de la vestimenta para el *yachting*, es su simplicidad como cosas de mar, ¡y yo amo tanto el mar! Le confieso que prefiero las modas de hoy a las de la época de Veronese e incluso de Carpaccio. Lo hermoso de nuestros yates —y sobre todo los de tamaño medio: no me gustan los enormes, que se parecen demasiado a navíos; como en el caso de los caballos, hay que guardar cierta mesura— es la uniformidad, la sencillez, la claridad perlina que en los días nublados, azulinos, cobra una vaporosidad cremosa. Es necesario que la cabina nos recuerde a un pequeño café. La vestimenta de las mujeres en un yate, lo mismo; la gracia está en esos vestidos ligeros, blancos y uniformes, de tela, linón, pekín, cutí, que al sol y sobre el azul del mar forman un blanco tan resplandeciente como una vela blanca. Por lo demás, hay muy pocas mujeres que se vistan bien; sin embargo, algunas son maravillosas. En las carreras, la Srta. Léa llevaba un sombrerito y una sombrilla blancos y estaba arrebatadora. No sé lo que daría por tener aquella sombrilla». Me habría

gustado tanto saber en qué difería aquella sombrilla de las otras y, por otras razones, de coquetería femenina, a Albertine le habría gustado aún más, pero, como en el caso de Françoise, que decía de los *soufflés*: «Es cuestión de habilidad», la diferencia estribaba en el corte. «Era», decía Elstir, «pequeñito, redondo, como un quitasol chino». Cité las sombrillas de ciertas mujeres, pero en modo alguno era eso. Elstir consideraba espantosas todas aquellas sombrillas. Para él, hombre de gusto difícil y exquisito, la diferencia entre lo que llevaban las tres cuartas partes de las mujeres y que le horrorizaba y una cosa bella que le encantaba radicaba en una cosita de nada, que lo era todo, y, al contrario de lo que me ocurría a mí, para quien todo lujo era esterilizante, exaltaba su deseo de pintar «para intentar hacer cosas igualmente bellas». «Mira, aquí tienes una niña que ya ha comprendido cómo eran el sombrero y la sombrilla», me dijo Elstir, al tiempo que me señalaba a Albertine, cuyos ojos brillaban de codicia. «¡Cuánto me gustaría ser rica para tener un yate!», dijo al pintor. «Le pediría consejo a usted para decorarlo. ¡Qué hermosos viajes haría! ¡Y qué bonito sería ir a las regatas de Cowes! ¡Y un automóvil! ¿Le parecen bonitas las modas de las mujeres para los automóviles?». «No», respondió Elstir, «pero lo serán. Por lo demás, hay pocos modistos, uno o dos: Callot, si bien abusa un poco del encaje, Doucet, Cheruit, a veces Paquin. El resto son horrores». «Pero entonces, ¿hay una diferencia inmensa entre un traje de Callot y otro de un modisto cualquiera?», pregunté a Albertine. «Pues claro: enorme, amigo mío», me respondió. «¡Oh, perdón! Sólo, que lo que en otro sitio cuesta trescientos francos en ellos es —¡ay!— dos mil francos, pero no se parece, sólo se lo parece a quienes no entienden nada de eso». «Exactamente», respondió Elstir, «sin llegar, sin embargo, hasta el extremo de decir que la diferencia sea tan profunda como entre una estatua de la catedral de Reims y otra de la iglesia de Saint-Augustin. Mire, a propósito de catedrales», dijo dirigiéndose especialmente a mí, porque se refería a una charla en la que las muchachas no habían participado y que, por lo demás, no les habría interesado, «el otro día le hablaba de la iglesia de Balbec como de un gran acantilado, un gran terraplén de piedras del país, pero a la inversa», me dijo, al tiempo que me mostraba una acuarela, «mire estos acantilados —es un esbozo hecho muy cerca de aquí, en Creuniers—, mire

cómo recuerdan esas rocas, poderosa y delicadamente recortadas, a una catedral». En efecto, parecían inmensos arcos de bóveda rosados, pero, pintados en un día tórrido, parecían reducidos a polvo, volatilizados por el calor, que se había bebido a medias el mar, convertido casi —en toda la extensión de la tela— en estado gaseoso. En aquel día en que la luz había como destruido la realidad, ésta estaba concentrada en seres obscuros y transparentes que, como contraste, daban una impresión de vía más penetrante, más próxima: las sombras. Alteradas por el frescor, tras desertar la mayoría una alta mar encendida, se habían refugiado al pie de las rocas, al abrigo del sol; otras, nadando despacio sobre las aguas, como delfines, se pegaban a los flancos de las barcas de paseo, cuyo casco ensanchaban, sobre el agua pálida, con su cuerpo barnizado y azul. Tal vez fuera la sed de frescor comunicada por ellas lo que más daba la sensación del calor de aquel día y que me hizo exclamar lo mucho que sentía no conocer Creuniers. Albertine y Andrée aseguraron que debía de haber ido cien veces. En ese caso, sin saberlo ni sospechar que un día su vista podría inspirarme semejante sed de belleza, no precisamente natural, como la que había buscado hasta entonces en los acantilados de Balbec, sino más bien arquitectónica. Sobre todo yo —que, tras salir a ver el reino de las tormentas, nunca encontraba en mis paseos con la Sra. de Villeparisis, en los que con frecuencia sólo los divisábamos desde lejos, pintado en el intervalo entre los árboles, el océano bastante real, bastante líquido, bastante vivo, dando la impresión de lanzar sus masas de agua, y que sólo me habría gustado verlo inmóvil bajo una mortaja invernal de bruma— apenas habría podido creer que volvería a ver entonces un mar que ya sólo era vapor blanquecino sin consistencia ni color, pero Elstir, como quienes soñaban en aquellas barcas adormecidas por el calor, había saboreado hasta tal profundidad el hechizo de aquel mar, que había sabido representar, fijar en su tela, el imperceptible reflujo del agua, la pulsación de un minuto feliz, y te enamorabas tanto de repente, al ver aquel retrato mágico, que ya sólo pensabas en correr por el mundo para volver a encontrar el día desaparecido, en su gracia instantánea y durmiente.

De modo, que, si —antes de aquellas visitas a casa de Elstir, antes de haber visto una marina suya en la que una joven, con un vestido de lana de

Barège o de linón, en un yate que enarbolaba la bandera americana, infundió el «doble» espiritual de un vestido de linón blanco y de una bandera a mi imaginación, que al instante concibió un deseo insaciable de ver en el acto vestidos de linón blanco y banderas cerca del mar, como si nunca me hubiera ocurrido hasta entonces— me había esforzado siempre, ante el mar, por expulsar del campo de mi visión —además de los bañistas de primer plano, los yates con velas demasiado blancas, como un traje de baño— todo lo que me impedía convencerme de que estaba contemplando el piélago inmemorial que desarrollaba ya su propia vida misteriosa antes de la aparición de la especie humana y hasta los días radiantes que me parecían revestir con el trivial aspecto del verano universal aquella costa de brumas y tormentas, indicar una simple pausa en ella, el equivalente de lo que en música se llama un compás de espera, ahora era el mal tiempo el que me parecía convertirse en un accidente funesto, que ya no podía encontrar un sitio en el mundo de la belleza: deseaba intensamente ir a recuperar en la realidad lo que tanto me exaltaba y esperaba que el tiempo fuera bastante favorable para ver desde lo alto del acantilado las mismas sombras azules que en el cuadro de Elstir.

A lo largo de la carretera, ya no formaba, por lo demás, una pantalla con las manos, como en aquellos días en que, al concebir la naturaleza como animada de una vida anterior a la aparición del hombre y en oposición a todos esos fastidiosos perfeccionamientos de la industria que hasta entonces me habían hecho bostezar de aburrimiento en las exposiciones universales o en las casas de los modistas, intentaba ver sólo la sección del mar en la que no había barcos de vapor, para representármela como inmemorial, contemporánea aún de las eras en que había estado separada de la tierra, contemporánea, a lo sumo, de los primeros siglos de Grecia, lo que me permitía volver a decirme con toda verdad los versos del «tío Leconte», caros a Bloch:

> Se han ido los reyes de las naves con espolones,
> Y se han llevado, ¡ay!, por el mar tempestuoso
> A hombres de larga cabellera de la heroica Hélade.

Yo no podía despreciar a los modistas, ya que Elstir me había dicho que le interesaba tanto representar el delicado gesto con el que dan un último retoque, una suprema caricia, a los lazos o a las plumas de un sombrero terminado, como el de los jockeys (cosa que había encantado a Albertine), pero para los modistos había que esperar a mi regreso a París y para las carreras y las regatas a Balbec, donde no volvería a haberlas hasta el año siguiente. Incluso un yate que transportara a mujeres con vestidos de linón blanco resultaba inencontrable.

Con frecuencia nos encontrábamos a las hermanas de Bloch, a las que me veía obligado a saludar desde que había cenado en casa de su padre. Mis amigas no las conocían. «No me permiten jugar con israelitas», decía Albertine. Su forma de pronunciar «israelita» habría bastado para indicar, aun cuando no se hubiera podido oír el comienzo de la frase, que aquellas jóvenes burguesas, de familias devotas y a las que no debía de costar creer que los judíos degollaban a los niños cristianos, no abrigaban sentimientos de simpatía para con el pueblo elegido. «Por lo demás, tienen malos modales, tus amigas», me decía Andrée con una sonrisa que significaba que —como sabía perfectamente— no lo eran. «Como todo lo que tiene que ver con la tribu», respondía Albertine con el tono sentencioso de una persona con experiencia. A decir verdad, las hermanas de Bloch, a la vez demasiado vestidas y a medias desnudas, con aspecto lánguido, atrevido, fastuoso y puerco, no causaban una impresión excelente y una de sus primas, de sólo quince años de edad, escandalizaba en el Casino por la admiración que ostentaba a la Srta. Léa, cuyo talento de actriz elogiaba efusivamente el Sr. Bloch padre, pero cuyos gustos no se inclinaban precisamente por los señores.

Había días en que merendábamos en una de las granjas-restaurante de los alrededores: las llamadas Les Écorres, Marie-Thérèse, de la Croix-d'Heuland, de Bagatelle, de California, de María Antonieta. Esta última era la que había adoptado la panda.

Pero a veces, en lugar de ir a una granja, subíamos hasta lo alto del acantilado y, una vez arribados y sentados en la hierba, abríamos nuestro paquete de *sandwiches* y pasteles. Mis amigas preferían los *sandwiches* y les extrañaba verme comer sólo un pastel de chocolate góticamente

historiado con azúcar o una tarta de albaricoque. Es que los *sandwiches* de queso de Chester y lechuga, alimento ignorante y nuevo, nada me decían, pero los pasteles eran instruidos; las tartas, parlanchinas. En los primeros había insipideces de nata y en las segundas frescores de frutas que sabían lo suyo sobre Combray, sobre Gilberte: no sólo la Gilberte de Combray, sino también la de París, en cuyas meriendas había vuelto a sentirlos. Me recordaban aquellos platos de pastas de *Las mil y una noches*, que tanto distraían a mi tía Léonie con sus «motivos», cuando Françoise le llevaba, un día, *Aladino y la lámpara maravillosa*, otro *Ali Babá, El durmiente despierto* o *Simbad el marino embarcando en Basora con todas sus riquezas*. Me habría gustado volver a verlos, pero mi abuela no sabía qué había sido de ellos y creía, por lo demás, que eran platos vulgares comprados en el país. No importa, en el gris y champañés Combray sus viñetas se empotraban multicolores, como en la negra iglesia las vidrieras con pedrerías móviles, como en el crepúsculo de mi alcoba las proyecciones de la linterna mágica, como delante de la vista de la estación y del ferrocarril provincial los ranúnculos y las lilas de Persia, como la colección de antigua porcelana de China de mi tía abuela en su sombría morada de anciana de provincias.

Tendido sobre el acantilado, sólo veía delante de mí prados y, por encima de ellos, no los siete cielos de la física cristiana, sino la superposición de dos sólo: uno más obscuro —el mar— y, en lo alto, otro más pálido. Merendábamos y, si había yo llevado también algún regalito que pudiera gustar a una u otra de mis amigas, la alegría llenaba con una violencia tan repentina su rostro translúcido, en un instante vuelto rojo, que su boca no tenía fuerzas para contenerla y para dejarla pasar rompía a reír. Estaban reunidas en torno a mí y, entre los rostros, poco alejados unos de otros, el aire que los separaba trazaba senderos de azul como abiertos por un jardinero que ha querido dejar un poco de hueco en medio de un bosquecillo de rosas para poder circular él mismo.

Agotadas nuestras provisiones, jugábamos a juegos que hasta entonces me habrían parecido aburridos, a veces tan infantiles como «La torre alerta esté» o «A quien ría primero», pero a los que no habría renunciado ni por un imperio; la aurora de juventud con la que se encendía aún el rostro de

aquellas muchachas y fuera de la cual me encontraba yo ya, a mi edad, lo iluminaba todo delante de ellas y —como la fluida pintura de ciertos primitivos— hacía destacar los detalles más insignificantes de su vida sobre un fondo de oro. La mayoría de los rostros de aquellas muchachas se confunden en aquel rubí confuso de la aurora de la que no habían brotado aún las facciones verdaderas. Sólo se veía un color encantador bajo el cual no se podía distinguir el perfil que tendrían al cabo de unos años. El de entonces nada tenía de definitivo y podía ser un simple parecido momentáneo con algún miembro difunto de la familia para el que la naturaleza hubiera tenido aquella cortesía conmemorativa. Llega tan pronto el momento en que ya nada podemos esperar, en que el cuerpo queda fijado en una inmovilidad que no promete más sorpresas, en que perdemos toda esperanza, al ver —como hojas ya muertas en los árboles en pleno verano— en torno a rostros aún jóvenes cabellos que caen o encanecen, es tan corta esta mañana radiante, que llega un punto en que sólo nos gustan las muchachas muy jóvenes, aquellas en que la carne —como una pasta preciosa— aún está en formación. Son un raudal de materia dúctil amasada en todo momento por la impresión pasajera que las domina. Parece como si cada una de ellas fuera sucesivamente una estatuilla de la alegría, de la seriedad juvenil, del mimo, del asombro, modelada por una expresión franca, completa, pero fugitiva. Esa plasticidad infunde mucha variedad y encanto a las amables atenciones de que nos da muestras una muchacha. Cierto es que son indispensables también en la mujer y aquella a la que no gustamos o que no deja traslucirlo adquiere para nosotros como una uniformidad aburrida, pero esas amabilidades mismas, a partir de cierta edad, no propician ya suaves fluctuaciones en un rostro que las luchas de la vida han endurecido, vuelto militante o extático para siempre. Uno —por la fuerza continua de la obediencia que somete a la esposa a su esposo— parece —más que de mujer— de un soldado; otro, esculpido por los sacrificios que ha hecho todos los días la madre por sus hijos, es de apóstol. Otro más es —tras años de reveses y tormentas— el de un viejo lobo de mar, en una mujer cuya ropa es lo único que revela su sexo. Y cierto es que las atenciones que tiene una mujer con nosotros pueden aún —si la amamos — sembrar de encantos nuevos las horas que pasamos junto a ella, pero no

es sucesivamente una mujer distinta para nosotros. Su alegría sigue siendo exterior a un rostro inalterable, pero la adolescencia es anterior a la solidificación completa y a eso se debe que junto a las muchachas experimentemos ese remozamiento que brinda el espectáculo de las formas en cambio incesante desde una oposición inestable que recuerda a esa perpetua recreación de los elementos primordiales de la naturaleza contemplados delante del mar.

No era sólo una reunión mundana, un paseo con la Sra. de Villeparisis, lo que habría sacrificado yo al «hurón» o a las «adivinanzas» de mis amigas. En varias ocasiones Robert de Saint-Loup me mandó el recado de que, en vista de que yo no iba a Doncières, había pedido un permiso de veinticuatro horas y lo pasaría en Balbec. Todas las veces le escribí que no lo hiciera, invocando la excusa de que me veía obligado a ausentarme de Balbec aquel día precisamente para acompañar a mi abuela. Seguramente me juzgó mal, al enterarse por su tía de en qué consistía el deber familiar y qué personas desempeñaban en aquel caso el papel de abuela y, sin embargo, tal vez no anduviera yo equivocado al sacrificar los placeres no sólo de la mundanidad, sino también de la amistad, al de pasar todo el día en aquel jardín. Las personas que tienen la posibilidad de vivir para sí mismos —cierto es que son los artistas y yo estaba convencido desde hacía mucho de que nunca lo sería— tienen también el deber de hacerlo: ahora bien, la amistad es, para ellos, una dispensa de ese deber, una renuncia de sí mismos. La propia plática, que es el modo de expresión de la amistad, es un divagar superficial, que no nos brinda logro alguno. Podemos pasarnos toda una vida charlando sin hacer otra cosa que repetir indefinidamente el vacío de un minuto, mientras que la marcha del pensamiento en el solitario trabajo de la creación artística se hace en el sentido de la profundidad, la única dirección que no se nos cierra, en la que podemos avanzar —con más esfuerzo, cierto es— hacia un resultado de verdad y la amistad no está sólo desprovista de virtud, como la conversación, sino que, además, es más funesta, pues, cuando nos encontramos solos, la amistad nos convence para que rectifiquemos la impresión de aburrimiento que quienes tenemos una ley de desarrollo puramente interna no podemos por menos de experimentar junto a nuestros amigos —es decir, al permanecer en la superficie de

nosotros mismos, en lugar de proseguir nuestro viaje de descubrimientos en las profundidades— y para que recordemos con emoción las palabras que nos han dicho nuestros amigos y las consideremos una aportación preciosa, cuando, en realidad, no somos como edificios a los que se pueden añadir piedras desde fuera, sino como árboles que obtienen de su propia savia el nudo siguiente de su tallo, la fase superior de su fronda. Cuando me felicitaba de ser querido, admirado, por una persona tan buena, tan inteligente, tan solicitada como Saint-Loup, cuando adaptaba mi inteligencia —no a mis propias impresiones obscuras, que tenía la obligación de desentrañar, sino— a las palabras de mi amigo, a quien, al repetírmelas —al hacer que me las repitiera esa otra persona que vive dentro de nosotros y sobre la cual tanto nos gusta hacer caer la pesada carga del pensamiento—, me esforzaba por encontrar una belleza —muy diferente de la que perseguía silenciosamente cuando estaba de verdad solo, pero que atribuyera más mérito a Robert, a mí mismo, a mi vida—, me mentía a mí mismo, interrumpía el crecimiento en el sentido en el que, en efecto, podía crecer de verdad y ser feliz. En la que representaba semejante amigo, me veía muellemente preservado de la soledad, noblemente deseoso de sacrificarme por él, incapaz, en una palabra, de realizarme. En cambio, junto a aquellas muchachas, si bien el placer que saboreaba era egoísta, al menos no estaba basado en la mentira encaminada a hacernos creer que no estamos irremediablemente solos y que, cuando hablamos con otro, nos impide confesarnos que ya no somos nosotros quienes hablamos, sino que nos amoldamos a los extraños y no a un yo diferente de ellos. Las palabras cambiadas entre las muchachas de la panda y yo eran poco interesantes, escasas, por lo demás, interrumpidas por mi parte con largos silencios, lo que no me impedía sentir, al escucharlas, cuando me hablaban, tanto placer como al contemplarlas, al descubrir en la voz de cada una de ellas un cuadro profusamente coloreado. Era una delicia para mí escuchar su pío-pío. Amar ayuda a discernir, a diferenciar. En un bosque el aficionado a los pájaros, distingue al instante el gorjeo particular de cada uno de ellos, que el vulgo confunde. El aficionado a las muchachas sabe que las voces humanas son aún más variadas. Cada una de ellas presenta más notas que el instrumento más rico y las combinaciones en las que las agrupa son tan

inagotables como la infinita variedad de las personalidades. Cuando charlaba con una de mis amigas, advertía que el cuadro original, único, de su individualidad me era ingeniosamente dibujado, tiránicamente impuesto, tanto por las inflexiones de su voz como por las de su rostro y que eran dos espectáculos que expresaban —cada uno en su plano— la misma realidad singular. Seguramente las líneas de la voz, como las del rostro, no estaban definitivamente fijadas; la primera mudaría aún, cuando el segundo cambiara. Así como los niños tienen una glándula cuya secreción los ayuda a digerir la leche y que en las personas mayores ha dejado de existir, en el gorjeo de aquellas muchachas había notas de las que ya carecen las mujeres. Y tocaban ese instrumento más variado con los labios, con la aplicación, con el entusiasmo, de los angelitos de Bellini, también patrimonio exclusivo de la juventud. Más adelante aquellas muchachas perderían el acento de convicción entusiasta, que infundía encanto a las cosas más simples —ya fuera que Albertine soltara con tono de autoridad chistes que las más jóvenes escuchaban con admiración hasta que les daba un ataque de risa con la irresistible violencia de un estornudo o que Andrée pusiera, al hablar de sus trabajos escolares, más infantiles aún que sus juegos, una gravedad esencialmente pueril—, y sus palabras —semejantes a esas estrofas de tiempos antiguos en las que la poesía, poco diferenciada aún de la música, se declamaba con notas diferentes— desentonaban. Aun así, toda la voz de aquellas muchachas revelaba ya claramente la idea preconcebida que cada una de aquellas personitas tenía de la vida, tan individual, que decir de una que «se toma[ba] todo a broma», de otra que «salta[ba] de una afirmación a otra», de la tercera que «se det[enía] en una vacilación expectante» es emplear términos demasiado generales. Las facciones de nuestro rostro son simples gestos que han llegado a ser —en virtud de la costumbre— definitivos. La naturaleza, como la catástrofe de Pompeya, como una metamorfosis de ninfa, nos ha inmovilizado en el movimiento acostumbrado. Asimismo, nuestras entonaciones encierran nuestra filosofía de la vida, lo que la persona se dice en todo momento sobre las cosas. Seguramente aquellas facciones no eran sólo de aquellas muchachas. Eran de sus padres. El individuo está sumergido en algo más general que él. En virtud de ello, los padres no transmiten sólo ese gesto habitual que son las

facciones del rostro y los rasgos de la voz, sino también ciertas formas de hablar, ciertas frases consagradas, casi tan inconscientes como una entonación, casi tan profundas, que indican, como ésta, un punto de vista sobre la vida. Cierto es que, en el caso de las muchachas, sus padres no les transmiten algunas de esas expresiones antes de cierta edad, generalmente antes de que se hagan mujeres. Las guardan en reserva. Así, por ejemplo, si se hablaba de los cuadros de un amigo de Elstir, Andrée, que llevaba aún el pelo suelto a la espalda, no podía emplear aún la expresión a la que recurrían su madre y su hermana casada: «Parece que *el hombre* es encantador». Pero se le concedería ese permiso al tiempo que el de ir al Palais-Royal y, ya después de su primera comunión, Albertine decía como una amiga de su tía: «Eso me parecería bastante terrible». También le habían regalado la costumbre de hacer repetir lo que le decían para parecer interesada e intentar concebir una opinión personal. Si se comentaba que la obra de un pintor estaba bien o que su casa era bonita, decía: «¡Ah! ¿Está bien su pintura? ¡Ah! ¿Es bonita su casa?». Por último, más general aún que el legado familiar era la sabrosa materia impuesta por la provincia original de la que procedía su voz y que trasuntaban sus entonaciones. Cuando Andrée punteaba intensamente una nota grave, no podía evitar que la cuerda perigordina de su instrumento vocal emitiera un sonido cantarín, en perfecta armonía, por lo demás, con la pureza meridional de sus facciones, y a las perpetuas chiquilladas de Rosemonde la materia de su rostro y de su voz del Norte respondían, aunque no quisiera, con el acento de su provincia. Entre esa provincia y el temperamento de la muchacha que dictaba las inflexiones percibía yo un diálogo hermoso: diálogo, no discordia. No puede haberla entre la muchacha y su país natal. Son una y la misma cosa. Por lo demás, esa reacción de los materiales locales sobre el genio que los utiliza y al que da más vigor no vuelve la obra más individual y ésta —ya sea la de un arquitecto, un ebanista o un músico— no refleja menos minuciosamente los rasgos más sutiles de la personalidad del artista, porque se haya visto obligado a trabajar con el pedernal de Senlis o la arenisca roja de Estrasburgo, haya respetado los nudos particulares del fresno, haya tenido en cuenta en su escritura los recursos y los límites de la sonoridad, las posibilidades de la flauta o de la viola.

Yo lo notaba, ¡y eso que hablábamos tan poco! Mientras que con la Sra. de Villeparisis o Saint-Loup habría mostrado con mis palabras mucho más placer que el que experimentaba, pues, cuando me separaba de ellos, me sentía fatigado, la plenitud de lo que sentía, tumbado entre aquellas muchachas, prevalecía, en cambio, infinitamente sobre la indigencia y la escasez de nuestras palabras y desbordaba de mi inmovilidad y mi silencio en raudales de felicidad cuyo chapoteo iba a morir al pie de aquellas jóvenes rosas.

El olor a flores y a frutas que impregna las mil naderías propias de la *ociosidad* de un convaleciente que descansa todo el día en un jardín de floricultor o en un huerto no será más profundo que aquel color, aquel aroma, que mis miradas iban a buscar en aquellas muchachas y cuya dulzura acababa invadiéndome. Así se endulzan las uvas al sol. Y con su lenta continuidad aquellos juegos tan sencillos me habían infundido también —como a quienes no hacen otra cosa que permanecer tendidos al borde del mar respirando la sal, bronceándose— una relajación, una sonrisa plácida, un deslumbramiento vago que había llegado hasta mis ojos.

A veces, una amable atención de una u otra despertaba en mí amplias vibraciones que alejaban por un tiempo el deseo de las otras. Así, un día Albertine había dicho: «¿Quién tiene un lápiz?». Andrée se lo había dado y Rosemonde el papel y Albertine había dicho: «Amiguitas mías, os prohíbo mirar lo que escribo». Después de aplicarse a trazar cada letra, con el papel apoyado en las rodillas, me lo había pasado, al tiempo que me decía: «Procura que no lo vea nadie». Entonces lo desplegué y leí las palabras que me había escrito: «Te quiero mucho».

«Pero, en lugar de escribir tonterías», gritó volviéndose con expresión repentinamente impetuosa y grave hacia Andrée y Rosemonde, «voy a enseñaros la carta que he recibido esta mañana de Gisèle. ¡Qué tonta soy! La llevaba en el bolsillo, ¡con lo útil que puede sernos!». Gisèle había considerado oportuno enviar a su amiga —para que se la comunicara a las otras— la redacción que había escrito en su examen del certificado de estudios. Los temores de Albertine sobre la dificultad de los temas propuestos habían sido superados incluso por los dos entre los cuales había tenido que optar Gisèle. Uno era: «Sófocles escribe desde el Infierno a

Racine para consolarlo del fracaso de *Athalie*»; el otro: «Suponga que, después de la primera representación de *Esther*, Madame de Sévigné escribe a Madame de La Fayette para decirle cuánto lamenta su ausencia». Ahora bien, Gisèle, con un exceso de celo que debía de haber impresionado a los examinadores, había elegido el primero —el más difícil— de los dos temas y lo había abordado de forma tan notable, que había obtenido un siete y el tribunal la había felicitado. De no haber estado «pez» en el examen de español, habría obtenido la mención de «excelente». Albertine nos leyó inmediatamente la redacción, cuya copia le había enviado Gisèle, pues, como iba a pasar también ella el mismo examen, tenía mucho interés en conocer la opinión de Andrée, quien, por estar más versada que todas ellas, podía darle buenas orientaciones. «¡Qué potra tiene!», dijo Albertine. «Precisamente es un tema que le había hecho empollar aquí su profesora de francés».

La carta de Sófocles a Racine, redactada por Gisèle, decía así:

«Mi querido amigo: perdonad que os escriba sin haber tenido el honor de conoceros personalmente, pero ¿acaso no demuestra vuestra nueva tragedia *Athalie* que habéis estudiado perfectamente mis modestas obras? Habéis puesto versos sólo en boca de los protagonistas, o personajes principales del drama, pero habéis escrito otros —y encantadores, permitidme que os lo diga sin zalamería— para los coros, que, según dicen, no quedaban demasiado mal en la tragedia griega, pero que en Francia son una auténtica novedad. Además, vuestro talento, tan sutil, tan refinado, tan encantador, tan fino, tan delicado, ha cobrado una energía de la que os felicito. Athalie, Joad, son personajes que vuestro rival, Corneille, no habría sabido construir mejor. Los caracteres son viriles; la intriga, simple e intensa. Se trata de una tragedia cuyo principio motor no es el amor, por lo que os doy mi más sincera enhorabuena. Los preceptos más famosos no siempre son los más acertados. Como ejemplo, os citaré éste:

> De esta pasión la sensible pintura
> La vía es al corazón más segura.

»Habéis demostrado que el sentimiento religioso que rebosa de vuestros coros no es menos capaz de enternecer. El gran público puede haberse sentido desconcertado, pero los verdaderos entendidos os hacen justicia. He querido enviaros mis congratulaciones, a las que sumo, mi querido cofrade, la expresión de mis sentimientos más distinguidos».

Los ojos de Albertine no habían cesado de brillar mientras hacía aquella lectura: «Es como para pensar que lo ha copiado», exclamó, cuando hubo acabado. «Nunca habría creído yo capaz a Gisèle de escribir una redacción semejante. ¡Y esos versos que cita! ¿De dónde los habrá sacado?». La admiración de Albertine —cambiando, cierto es, de objeto, pero aún mayor — no cesó —junto con la atención más persistente— de hacer que «los ojos se le salieran de las órbitas» durante todo el tiempo en que Andrée, consultada por ser la mayor y la más entendida, habló primero de la redacción de Gisèle con cierta ironía y después, con apariencia de ligereza que disimulaba mal una seriedad verdadera, rehízo a su modo la misma carta. «No está mal», dijo a Albertine, «pero, yo que tú, si te ponen el mismo tema —cosa que puede ocurrir, porque lo ponen con mucha frecuencia— no lo haría así. Mira cómo lo haría yo. Lo primero es que, yo que Gisèle, no me habría dejado llevar por el entusiasmo y habría empezado escribiendo en una hoja aparte mi plan. En primera línea, el planteamiento de la cuestión y la exposición del tema; después, las ideas generales que deben entrar en el desarrollo. Por último, la apreciación, el estilo, la conclusión. Así, inspirándonos en un sumario, sabemos adónde vamos. Ya en la exposición del tema o —si lo prefieres, Titine, puesto que se trata de una carta— ya en la entrada en materia, Gisèle ha cometido una pifia. Al dirigirse a un hombre del siglo XVII, Sófocles no debía escribir: “Mi querido amigo”». «En efecto, debería haberle hecho decir: “Mi querido Racine”», exclamó, impetuosa, Albertine. «Así habría estado mejor». «No», respondió Andrée, en tono un poco burlón, «debería haber escrito: “Señor mío”. Asimismo, para acabar debería haber buscado algo como: “Permitidme, señor mío” (a lo sumo, “muy señor mío”) “que os exprese aquí los sentimientos de estima con los que tengo el honor de ser vuestro servidor”. Por otra parte, Gisèle dice que los coros son una novedad en *Athalie*. Olvida *Esther* y dos tragedias poco conocidas, pero analizadas precisamente este

año por el profesor, por lo que con sólo citarlas, como son la chaladura de éste, tienes el aprobado seguro. Son *Les Juives* de Robert Garnier y *Aman* de Montchrestien». Andrée citó esos dos títulos sin lograr ocultar un sentimiento de condescendiente superioridad, que se expresó en una sonrisa, bastante graciosa, por lo demás. Albertine no pudo contenerse más: «Andrée, eres asombrosa», exclamó. «Vas a escribirme esos dos títulos. ¿Te imaginas qué suerte, si me tocara eso? Incluso en el oral los citaría al instante y causaría un efecto bomba». Pero después, todas las veces que Albertine pidió a Andrée que le repitiera los nombres de las dos obras para que las anotara, la amiga tan sabia afirmó haberlos olvidado y no volvió a recordárselos. «Además», prosiguió Andrée en tono de imperceptible desdén para con las compañeras más pueriles, pero feliz de inspirar admiración y atribuyendo más importancia de lo que quería hacer ver a la forma como habría hecho ella la redacción, «Sófocles en el Infierno debe de estar bien informado. Por tanto, debe de saber que *Athalie* no fue representada ante el gran público, sino ante el Rey Sol y algunos cortesanos privilegiados. Lo que Gisèle dice a ese respecto sobre la estima de los entendidos no está nada mal, pero se podría completar. Sófocles, como inmortal, puede muy bien tener el don de la profecía y anunciar que, según Voltaire, *Athalie* no será sólo "la obra maestra de Racine, sino también del espíritu humano"». Albertine devoraba con los ojos los labios de Andrée. Tenía las pupilas encendidas. Y con la indignación más profunda rechazó la propuesta de Rosemonde de ponerse a jugar. «Por último», dijo Andrée con el mismo tono impersonal, impertinente, un poco burlón y bastante fogosamente convencido, «si Gisèle hubiera —lo primero— anotado con calma las ideas generales que iba a desarrollar, tal vez se le habría ocurrido lo que, por mi parte, habría hecho yo: mostrar la diferencia que hay en la inspiración religiosa de los coros de Sófocles y los de Racine. Yo habría atribuido a Sófocles la observación de que, si bien los coros de Racine están imbuidos de sentimientos religiosos, como los de la tragedia griega, no se trata de los mismos dioses. El de Joad nada tiene que ver con el de Sófocles, de lo que se desprende, de la forma más natural, después del fin del desarrollo, la conclusión: "¿Qué importa que las creencias sean diferentes?". Sófocles procuraría no insistir al respecto. Temería herir las

convicciones de Racine y, tras decir unas palabras sobre sus maestros de Port-Royal, preferiría felicitar a su émulo por la elevación de su genio poético».

Con la admiración y la atención había entrado tal calor a Albertine, que sudaba copiosamente. Andrée conservaba la flema sonriente de una *dandy*. «Tampoco estaría mal citar algunos juicios de críticos célebres», dijo, antes de que empezáramos a jugar. «Sí», respondió Albertine, «eso me han dicho. En general, los más recomendables son los de Sainte-Beuve y Merlet, ¿verdad?». «Estás totalmente en lo cierto», replicó Andrée, que, por lo demás, se negó a escribirle los otros dos nombres, pese a las súplicas de Albertine. «Con Merlet y Sainte-Beuve no se queda mal, pero sobre todo hay que citar a Deltour y Gas-Desfossés».

Durante aquel tiempo, yo pensaba en la hojita de libreta que me había pasado Albertine: «Te quiero mucho», y, una hora después, mientras bajábamos por los caminos que conducían —demasiado cortados a pico, para mi gusto— a Balbec, yo me decía que con ella era con quien iba a vivir mi novela.

El estado definido por el conjunto de signos con los que habitualmente nos reconocemos enamorados —como las órdenes que yo daba en el hotel de que no me despertaran por ninguna visita, salvo si era la de una u otra de aquellas muchachas, las palpitaciones al esperarlas (fuera cual fuese la que hubiera de venir) y en aquellos días mi rabia, si, por no haber encontrado a un peluquero para que me afeitara, iba a parecer afeado ante Albertine, Rosemonde o Andrée— y que renacía alternativamente por una o por otra era seguramente tan distinto de lo que llamamos amor como lo es de la vida humana la de los zoofitos, en los que la existencia, la individualidad —podríamos decir— está repartida entre diferentes organismos, pero la historia natural nos enseña que semejante organización animal es observable y nuestra propia vida, a poco que esté ya un poco avanzada, no es menos afirmativa sobre la realidad de estados por nosotros insospechados en otro tiempo y por los cuales debemos pasar, sin perjuicio de abandonarlos más adelante: así, en mi caso, aquel estado amoroso dividido simultáneamente entre varias muchachas; dividido o más bien indiviso, pues la mayoría de las veces lo que me resultaba delicioso,

diferente del resto del mundo, lo que empezaba a resultarme querido —hasta el punto de que la esperanza de volver a verlo el día siguiente era el mayor gozo de mi vida— era más bien todo el grupo de aquellas muchachas, tomado en el conjunto de aquellas tardes sobre el acantilado, durante aquellas horas venteadas, en aquel trecho de hierba, en el que estaban situadas aquellas figuras, tan excitantes para mi imaginación, de Albertine, Rosemonde, Andrée, y sin que hubiera podido decir a cuál se debía que me resultaran tan deliciosos aquellos lugares, a cuál deseaba más amar. Al comienzo de un amor, como a su fin, no nos sentimos cautivados exclusivamente por su objeto, sino que el deseo de amar del que va a proceder —y más adelante el recuerdo que deja— vaga voluptuosamente por una zona de encantos intercambiables —a veces simplemente de naturaleza, de gula, de morada— bastante armónicos entre sí para que no se sienta con ninguno desplazado. Por lo demás, como con ellas aún no estaba hastiado por la costumbre, tenía la facultad de verlas o, lo que es lo mismo, de experimentar un asombro profundo siempre que me encontraba delante de ellas. Seguramente dicho asombro se debe en parte a que la persona nos presenta entonces una nueva faz de sí misma, pero tan grande es la multiplicidad de cada cual, la riqueza de las líneas de su rostro y su cuerpo —tan pocas de las cuales reaparecen, en cuanto dejamos de estar cerca de la persona, en la sencillez arbitraria de nuestro recuerdo, porque la memoria ha elegido determinada particularidad que nos ha llamado la atención, la ha aislado, la ha exagerado, con lo que ha hecho de una mujer que nos ha parecido alta un estudio en el que la longitud de su talle es desmesurada o de una que nos ha parecido rosada y rubia una pura «Armonía en rosa y oro»—, que en el momento en que de nuevo tenemos cerca a dicha mujer nos asaltan —con su confusa complejidad— todas las demás cualidades olvidadas que la equilibran y disminuyen la altura, aclaran el rosa y substituyen lo que hemos ido a buscar exclusivamente por otras particularidades que recordamos haber observado la primera vez y no comprendemos que tan poco pudiéramos esperar volver a verlas. Recordábamos —íbamos al encuentro— de un pavo real y nos encontramos con una peonía. Y ese asombro inevitable no es el único, pues, junto a él, hay otro nacido de la diferencia —no ya entre las estilizaciones del

recuerdo y la realidad, sino— entre la persona que hemos visto la última vez y la que se nos aparece en el presente desde otra óptica y nos muestra un nuevo aspecto. El rostro humano es en verdad como el Dios de una teogonía oriental, todo un racimo de caras yuxtapuestas en planos diferentes y que no vemos a la vez.

Pero, en gran parte, nuestro asombro se debe sobre todo a que la persona nos presenta también una misma faz. Necesitaríamos tan gran esfuerzo para recrear todo lo que nos ha aportado —aunque sea el gusto de una fruta— lo ajeno a nosotros, que, nada más recibir la impresión, descendemos insensiblemente la pendiente del recuerdo y en muy poco tiempo estamos, sin advertirlo, muy lejos de lo que hemos sentido. De modo, que cada nueva entrevista es como una rectificación que nos devuelve lo que en efecto vimos. Ya no lo recordábamos, pues lo que llamamos «recordar» a una persona es, en realidad, olvidarla, pero, mientras sepamos aún ver, en el momento en que se nos aparece el rasgo olvidado, lo reconocemos y nos vemos obligados a rectificar la línea desviada y así la perpetua y fecunda sorpresa que hacía tan saludables y suavizantes para mí aquellas citas cotidianas con las hermosas muchachas al borde del mar se componía tanto de reminiscencia como de descubrimientos y, si a ello sumamos la agitación despertada por lo que eran para mí —que nunca era totalmente lo que había creído, por lo que la esperanza de la próxima reunión ya no era semejante a la anterior, sino al recuerdo, aún vibrante, de la última entrevista—, se comprenderá que cada uno de los paseos daba un violento golpe de timón a mis pensamientos y en modo alguno en el sentido que en la soledad de mi cuarto había podido trazar con sosiego. Aquella dirección resultaba olvidada, abolida, cuando regresaba al hotel, vibrante como una colmena con las palabras que me habían impresionado y que durante mucho tiempo resonaban dentro de mí. Todas las personas quedan destruidas, cuando dejamos de verlas, y después su siguiente aparición es una nueva creación, diferente de la inmediatamente anterior, si no de todas, pues el mínimo de variación que puede reinar en esas creaciones es de dos. Al recordar un vistazo enérgico, una expresión audaz, lo que nos asombrará —es decir, que llamará casi exclusivamente nuestra atención la próxima vez — será inevitablemente un perfil casi lánguido, una como dulzura soñadora,

cosas que pasamos por alto en el recuerdo anterior. En la confrontación de nuestro recuerdo con la realidad nueva, eso será lo que acentuará nuestra decepción o nuestra sorpresa, nos parecerá como el retoque de la realidad y nos advertirá que habíamos recordado mal. A su vez, el aspecto del rostro pasado por alto la última vez —y, precisamente por eso, el más sorprendente esta vez, el más real, el más rectificativo— pasará a ser motivo de ensueños, de recuerdos. Lo que desearemos volver a ver será un perfil lánguido y redondeado, una expresión dulce, soñadora y de nuevo, en la ocasión siguiente, la voluntariedad en los ojos penetrantes, en la nariz puntiaguda, en los labios apretados, vendrá a corregir la diferencia entre nuestro deseo y el objeto al que ha creído corresponder. Naturalmente, aquella fidelidad a las primeras impresiones, puramente físicas, recuperadas todas las veces junto a mis amigas no se refería sólo a las facciones de su rostro, puesto que, como hemos visto, yo era más sensible a su voz, tal vez más turbadora —pues no ofrece sólo las mismas superficies singulares y sensuales que aquél, forma parte del abismo inaccesible que da el vértigo de los besos sin esperanza—, semejante al sonido único de un pequeño instrumento en el que cada una de ellas se situaba y que era exclusivo de ella. Determinada línea profunda —trazada por una inflexión— de una de aquellas voces me asombraba, cuando la reconocía después de haberla olvidado. De modo, que las rectificaciones que en cada nuevo encuentro estaba obligado a hacer, para recuperar la precisión correcta, eran a un tiempo las de un afinador o un maestro de canto y las de un dibujante.

En cuanto a la armoniosa cohesión en que se neutralizaban desde hacía algún tiempo, mediante la resistencia que cada una de ellas oponía a la expansión de las otras, las diversas ondas sentimentales propagadas en mí por aquellas muchachas, se rompió a favor de Albertine una tarde en que jugábamos al «hurón». Era en un bosquecillo sobre el acantilado. Situado entre dos muchachas ajenas a la panda y traídas por ésta, porque aquel día queríamos ser más, yo miraba con envidia al joven vecino de Albertine y me decía que, si hubiera ocupado su puesto, habría podido tocar las manos de mi amiga durante aquellos minutos inesperados que tal vez no volvieran a presentarse y habrían podido llevarme muy lejos. Por sí solo y aun sin las consecuencias que seguramente habría acarreado, el contacto con las manos

de Albertine me habría resultado delicioso. No es que no hubiera visto nunca manos más hermosas que las suyas. Incluso en el grupo de sus amigas, las de Andrée, delgadas y mucho más finas, tenían como una vida particular, dócil al mando de la muchacha, pero independiente, y con frecuencia se alargaban delante de ella como nobles lebreles, con perezas, largos sueños, bruscos estiramientos de una falange, por lo que Elstir había hecho varios estudios de aquellas manos y, en uno en que se veía a Andrée calentárselas delante del fuego, tenían —con la iluminación— la dorada diafanidad de dos hojas de otoño, pero las de Albertine, más gruesas, cedían un instante y después se resistían a la presión de la que las estrechaba, con lo que daban una sensación muy particular. La presión de la mano de Albertine tenía una dulzura sensual que estaba como en armonía con la coloración rosada, ligeramente malva, de su piel. Aquella presión parecía hacerte penetrar en aquella muchacha, en la profundidad de sus sentidos, como la sonoridad de su risa, indecente al modo de un arrullo o de ciertos gritos. Era de esas mujeres a quienes da tanto placer estrechar la mano como agradecidos nos mostramos con la civilización por haber hecho del *shake-hand* un acto permitido entre chicos y muchachas que se abordan. Si las arbitrarias costumbres de la educación hubieran substituido el apretón de manos por otro gesto, yo habría mirado todos los días las intangibles manos de Albertine con tan ardiente curiosidad por conocer su contacto como la de conocer el sabor de sus mejillas, pero con mantener mucho tiempo sus manos entre las mías, si hubiera sido su vecino en el juego del hurón, no sólo pretendía ese placer mismo: ¡cuántas confesiones, declaraciones calladas hasta entonces por timidez, habría podido confiar a ciertas presiones de mis manos!; por su parte, ¡qué fácil le habría resultado a ella —respondiendo con otras presiones— mostrarme que aceptaba! ¡Qué complicidad, qué inicio de voluptuosidad! Mi amor podía avanzar más en unos minutos pasados así, junto a ella, que desde que la conocía. Como veía que durarían poco, que pronto iban a concluir, pues seguramente no continuaríamos mucho tiempo aquel jueguecito y, una vez que hubiera acabado, sería demasiado tarde, no cabía en mí de impaciencia. Me dejé a propósito coger el anillo y, una vez en el centro, cuando pasó, fingí no notarlo y lo seguí con los ojos esperando el momento en que llegara a las

manos del vecino de Albertine, quien, riendo con todas sus fuerzas y con la animación y el gozo del juego, estaba toda arrebolada. «Estamos precisamente en el bosque hermoso», dijo Andrée, al tiempo que me señalaba los árboles que nos rodeaban con una sonrisa de la mirada exclusivamente para mí y parecía pasar por encima de los jugadores como si sólo nosotros dos fuéramos lo bastante inteligentes para desdoblarnos y hacer a propósito del juego una observación de carácter poético. Ella llevó incluso la delicadeza hasta el extremo de cantar sin tener ganas: «Pasó por aquí, señores, el hurón del bosque, pasó por aquí el hurón del bosque lindo», como las personas que no pueden ir a Trianon sin ofrecer allí una fiesta Luis XVI o consideran divertido hacer cantar una tonada en el marco para el que fue escrita. A mí seguramente me habría entristecido, al contrario, no verle encanto alguno, si hubiera estado en condiciones de pensar en ello, pero tenía la mente muy lejos. Jugadores y jugadoras empezaban a extrañarse de mi estupidez y de que no cogiera el anillo. Yo miraba a Albertine, tan bella, tan indiferente, tan alegre, que, sin preverlo, iba a pasar a ser mi vecina, cuando por fin detuviera yo el anillo en las manos debidas, gracias a una treta que ella no sospechaba y sin la cual se habría irritado. Con la fiebre del juego, la larga cabellera de Albertine estaba medio deshecha y caía en mechas ensortijadas sobre sus mejillas, cuya encarnación rosada hacían resaltar aún mejor con su morena sequedad. «Tienes las trenzas de Laura Dianti, de Éléonore de Guyenne y de su descendiente, tan cara a Chateaubriand. Deberías llevar siempre el pelo un poco suelto», le dije al oído para acercarme a ella. De repente el anillo pasó al vecino de Albertine. Al instante me lancé, le abrí brutalmente las manos y me apoderé del anillo; se vio obligado a ocupar mi puesto en el círculo y yo ocupé el suyo junto a Albertine. Pocos minutos antes, yo envidiaba a aquel joven, cuando veía sus manos tocar a cada momento —al deslizarse por el cordel— las de Albertine. Al haber llegado mi turno entonces, sólo notaba —por sentirme demasiado tímido para buscar, demasiado emocionado para saborear, aquel contacto— el rápido y doloroso palpitar de mi corazón. En determinado momento, Albertine inclinó hacia mí, con expresión de inteligencia, su rostro lleno y rosado, con lo que aparentó tener el anillo, para engañar al hurón e impedirle mirar hacia donde estaba

pasando. En seguida comprendí que a ese ardid se aplicaban los sobreentendidos de Albertine, pero me turbó ver, así, pasar por sus ojos la imagen, puramente simulada para las necesidades del juego, de un secreto, de un entendimiento, que no existían entre ella y yo, pero que entonces me parecieron posibles y me habrían resultado divinamente dulces. Como aquel pensamiento me exaltaba, sentí una ligera presión de la mano de Albertine contra la mía y su dedo acariciador que se deslizaba bajo mi dedo y vi que al mismo tiempo me guiñaba un ojo procurando que resultara imperceptible. De golpe, una infinidad de esperanzas hasta entonces invisibles para mí mismo cristalizaron: «Aprovecha el juego para darme a entender que me quiere», pensé colmado de un júbilo que, al instante, se esfumó, cuando oí a Albertine decir con rabia: «Pero cógelo, hombre, hace una hora que te lo paso». Aturdido de pena, solté el cordel, el hurón vio el anillo, se arrojó sobre él y tuve que volver a colocarme en el centro, desesperado, mirando el corro que continuaba, vertiginoso, a mi alrededor, interpelado por las burlas de todas las jugadoras, obligado, para responderles, a reír, cuando tan pocas ganas tenía, mientras que Albertine no cesaba de decir: «Cuando no se quiere prestar atención al juego, es mejor no jugar, para no hacer perder a los demás. Los días que juguemos, no lo invitamos más o, si no, yo no vengo». Andrée, que no estaba obsesionada con el juego y cantaba su «Bosque lindo», que por espíritu de imitación Rosemonde seguía sin convicción, quiso distraerme de los reproches de Albertine y me dijo: «Estamos a dos pasos de los Creuniers que tanto querías ver. Mira, voy a llevarte hasta allí por un sendero bonito, mientras esas locas juegan como si fueran niñas de ocho años». Como Andrée era extraordinariamente amable conmigo, por el camino le dije sobre Albertine todo lo que me parecía idóneo para que me quisiera. Me respondió que también ella la quería mucho, le parecía encantadora; sin embargo, mis alabanzas a su amiga no parecían agradarle. De repente, me detuve —enternecido por un dulce recuerdo de infancia— en el caminito encajonado: acababa de reconocer, en las hojas recortadas y brillantes que avanzaban por la linde, una mata de majuelos sin flores —¡ay!— desde el fin de la primavera. A mi alrededor flotaba una atmósfera de antiguos meses de María, tardes de domingo, creencias, errores olvidados. Me habría

gustado cogerla. Me detuve un segundo y Andrée, con intuición cautivadora, me dejó hablar un instante con las hojas del arbusto. Le pedí noticias de las flores, aquellas flores del majuelo semejantes a alegres muchachas aturdidas, coquetas y piadosas. «Hace mucho que se marcharon esas señoritas», me decían las hojas y tal vez pensaran que, para ser tan amigo de ellas como decía, apenas parecía informado sobre sus costumbres: un gran amigo, pero que no había vuelto a verlas desde hacía muchos años, pese a sus promesas. Y, sin embargo, así como el de Gilberte había sido mi primer amor a una muchacha, así también ellas habían sido mi primer amor a una flor. «Sí, ya sé, se van a mediados de junio», respondí, «pero me da gusto ver el lugar en el que vivieron aquí. En Combray vinieron a verme a mi cuarto, traídas por mi madre, cuando estaba enfermo, y el sábado por la noche volvíamos a vernos en el mes de María. ¿Pueden ir a eso mismo aquí?». «¡Oh! ¡Naturalmente! Por lo demás, interesa mucho que esas señoritas vayan a la iglesia de Saint-Denis-du-Désert, la parroquia más cercana». «Entonces, ¿para verlas ahora?». «¡Oh! Antes del mes de mayo del año próximo, no». «Pero ¿puedo estar seguro de que estarán allí?». «Todos los años sin falta». «Sólo, que no sé si volveré a encontrar el sitio». «¡Claro que sí! Esas señoritas son tan alegres, sólo cesan de reír para los cánticos, de modo que no tiene pérdida y desde el sendero reconocerá usted su perfume».

Volví a reunirme con Andrée y reanudé los elogios de Albertine. Me parecía imposible que no se los repitiera, dada la insistencia con que lo hice, pero nunca supe si se los habría contado a Albertine. Sin embargo, Andrée tenía más inteligencia que ella para los asuntos del corazón, el refinamiento en la amabilidad; encontrar la mirada, la palabra, la acción que podían agradar más ingeniosamente, callar una observación que podía afligir, hacer el sacrificio —y aparentando que no lo era— de renunciar a una hora de juego o incluso una reunión, un *garden-party*, para quedarse junto a un amigo o una amiga triste y mostrarle, así, que prefería su sencilla sociedad a placeres más frívolos: ésas eran sus delicadezas habituales. Pero, cuando la conocías un poco más, parecía semejante a esos cobardes heroicos que no quieren tener miedo y cuya bravura es particularmente meritoria; parecía que en el fondo de su naturaleza no hubiera nada de esa bondad que

manifestaba a cada momento por distinción moral, por sensibilidad, por noble voluntad de mostrarse buena amiga. Al escuchar las palabras cautivadoras que me decía sobre un posible afecto entre Albertine y yo, parecía que fuera a contribuir con todas sus fuerzas a su materialización. Ahora bien, tal vez por azar, nunca aprovechó la menor oportunidad de unirme a Albertine y yo no juraría que mi esfuerzo para ser amado de ésta —si bien no provocó maniobras secretas por parte de su amiga destinadas a contrariarla— no despertara en ella una cólera bien oculta, por lo demás, y contra la cual tal vez luchase ella misma por delicadeza. Albertine habría sido incapaz de mil refinamientos de bondad propios de Andrée y, sin embargo, no estaba yo seguro de la bondad profunda de la primera como lo estuve más adelante de la de la segunda. Andrée, mostrándose siempre tiernamente indulgente con la exuberante frivolidad de Albertine, tenía para con ella palabras, sonrisas, que eran de una amiga; más aún: se comportaba como una amiga. La vi, día tras día —para que su amiga pobre disfrutara de su lujo, para hacerla feliz— tomarse —sin el menor interés— más molestias que un cortesano que quiere granjearse el favor del soberano. Cuando alguien compadecía delante de ella a Albertine por su pobreza, mostraba una dulzura cautivadora, con palabras tristes y deliciosas, y se tomaba mil veces más molestias por ella que por una amiga rica, pero, si alguien sostenía que tal vez no fuera Albertine tan pobre como decía, una nube apenas discernible velaba la frente y los ojos de Andrée; parecía de mal humor. Y, si alguien llegaba hasta el extremo de decir que, al fin y al cabo, tal vez fuera menos difícil de casar de lo que se creía, lo contradecía con vigor y repetía casi con rabia: «¡Ay, no! ¡No va a poder casarse! Si lo sabré yo, ¡con la pena que me da!». Incluso, en relación conmigo, era la única de aquellas muchachas que nunca me repitió algo poco agradable que hubiesen dicho de mí; más aún: si era yo mismo quien lo contaba, fingía no creerlo o daba una explicación que volvía esas afirmaciones inofensivas; el conjunto de esas cualidades es lo que se llama tacto. Es propio de las personas que, si tenemos un duelo, nos felicitan y añaden que no había motivo para hacerlo: para aumentar ante nosotros el valor que hemos demostrado, sin estar obligados. Son lo opuesto de las personas que en la misma circunstancia dicen: «Ha debido de contrariarte mucho tener que batirte, pero, por otro

lado, no podías tragar semejante afrenta, no te quedaba más remedio». Pero, como todo tiene su pro y su contra, si el gusto o al menos la indiferencia de nuestros amigos por repetir algo ofensivo que hayan dicho sobre nosotros prueba que no se ponen en nuestro lugar en el momento en que nos hablan y nos clavan un alfiler o un cuchillo como en un globo, el arte de ocultarnos siempre lo que puede resultarnos desagradable en lo que han oído decir sobre nuestras acciones o la opinión que les han inspirado a ellos mismos puede demostrar en la otra categoría de amigos —en los caracterizados por su tacto— una gran dosis de disimulo. Carece de inconvenientes, si, en efecto, no pueden pensar mal y si lo que oyen sólo les hace sufrir como nos haría a nosotros mismos. Yo pensaba que así era en el caso de Andrée, sin estar, sin embargo, absolutamente seguro.

Habíamos salido del bosquecillo y habíamos seguido una red de caminos poco frecuentados en la que Andrée se orientaba bastante bien. «Mira», me dijo de pronto, «ahí tienes tus famosos Creuniers y, además, has tenido suerte: con el tiempo y la luz, enteramente, con que los pintó Elstir». Pero yo estaba aún demasiado triste por haber caído durante el juego del hurón de semejante cima de esperanzas. Por eso, con menos placer que el que seguramente habría —de lo contrario— experimentado, pude distinguir de repente a mis pies —agazapadas entre las rocas que las protegían del calor— las Diosas marinas que Elstir había acechado y sorprendido, bajo un sombrío glacis tan hermoso como el de un Leonardo, las maravillosas Sombras abrigadas y furtivas, ágiles y silenciosas, listas para deslizarse con el primer remolino de luz bajo la piedra, para esconderse en un agujero y —pasada la amenaza del rayo— volver junto a la roca o al alga, cuyo adormilamiento bajo el sol que desmenuza los acantilados y el océano descolorido parecen —guardianas inmóviles y ligeras que dejan ver a flor de agua sus viscosos cuerpos y la atenta mirada de sus obscuros ojos— velar.

Fuimos a reunirnos con las otras muchachas para emprender el regreso. Ahora yo sabía que amaba a Albertine, pero no procuraba —¡ay!— hacérselo saber. Es que desde la época de los Campos Elíseos mi concepción del amor había variado, si bien las personas en las que se centraba sucesivamente seguían siendo casi idénticas. Por una parte, la

confesión, la declaración, de mi cariño a aquella a quien amaba ya no me parecía una de las escenas capitales y necesarias del amor ni éste una realidad exterior, sino sólo un placer subjetivo, y tenía la sensación de que Albertine haría tanto más lo necesario para alimentarlo cuanto más ignorara que yo lo sentía.

Durante todo aquel regreso, la imagen de Albertine envuelta en la luz que emanaba de las otras muchachas no fue la única que existiera para mí, pero así como la luna, simple nubecilla blanca, de una forma más característica y fija durante el día, cobra toda su potencia en cuanto éste se ha apagado, así también, cuando hube vuelto al hotel, la imagen de Albertine fue la única que se elevó de mi corazón y empezó a brillar. Mi habitación me parecía de repente nueva. Cierto es que desde hacía mucho había dejado de ser la habitación enemiga de la primera noche. Modificamos incansablemente nuestra morada a nuestro alrededor y, a medida que la costumbre nos dispensa de sentir, suprimimos los elementos nocivos de color, dimensión y olor que objetivaban nuestro malestar. Tampoco era ya el cuarto —que aún tenía bastante poder sobre mi sensibilidad: no, desde luego, para hacerme sufrir, sino para darme alegría — ni la tina de los días felices, semejante a una piscina a media altura de la cual hacían espejear un azul acuoso de luz, que cubría por un momento, impalpable y blanco como una emanación del calor, un cielo reflejado y fugaz, ni el cuarto puramente estético de las noches pictóricas: era el cuarto en el que llevaba tantos días, que ya no lo veía. Ahora bien, acababa de empezar de nuevo a abrir —mira por dónde— los ojos para verlo, pero aquella vez desde el egoísta punto de vista del amor. Pensaba que el hermoso espejo oblicuo y las elegantes librerías acristaladas darían a Albertine —si venía a verme— una idea positiva de mí. En vez de un lugar de transición en el que pasaba un instante antes de evadirme hacia la playa o hacia Rivebelle, mi cuarto volvía a ser real y hermoso, se renovaba, pues yo miraba y apreciaba cada uno de los muebles con los ojos de Albertine.

Unos días después de jugar al hurón, nos alegró mucho —tras habernos alejado más de la cuenta paseando— encontrar en Maineville dos cochecitos de paseo de dos plazas que nos permitirían volver a la hora de la cena y la ya gran vivacidad de mi amor a Albertine me movió a proponer

necesariamente que montaran conmigo a Rosemonde y a Andrée y ni una vez a Albertine y después, sin dejar de invitar preferentemente a Andrée o a Rosemonde, logré —mediante consideraciones secundarias relativas a la hora, al camino y a los abrigos— que todos consideraran más práctico que yo llevase —como contra mi voluntad— a Albertine, a cuya compañía fingí resignarme mal que bien. Por desgracia, como el amor tiende a la asimilación completa de una persona y ninguna es comestible exclusivamente mediante la conversación, si bien Albertine se mostró lo más agradable posible durante aquel regreso, me dejó —cuando me despedí de ella ante su casa— feliz, pero más hambriento aún de ella que a la salida y deseoso de que los momentos que acabábamos de pasar juntos fueran un simple preludio, sin gran importancia por sí mismo, de los que seguirían. Sin embargo, tenía aquel primer encanto, después irrecuperable. Yo no había pedido nada aún a Albertine, quien podía imaginar lo que yo deseaba, pero, al no estar segura, suponer que yo sólo aspiraba a relaciones sin objeto preciso, en las que mi amiga debía de ver una deliciosa vaguedad —rica de sorpresas esperadas— novelesca.

En la semana que siguió no intenté ver a Albertine. Aparentaba preferir a Andrée. Al comenzar a amar, nos gustaría seguir siendo para aquella a quien amamos el desconocido al que puede amar, pero la necesitamos, necesitamos menos tocar su cuerpo que atraer su atención, su corazón. Deslizamos en una carta una maldad que obligará a la indiferente a pedirte una gentileza y el amor —siguiendo una táctica infalible— ajusta para nosotros con un movimiento alterno el engranaje en el que no podemos ya dejar de amar ni ser amado. Yo dedicaba a Andrée las horas en que las otras iban a alguna reunión a la que aquélla renunciaría por mí —lo sabía— con gusto e incluso con disgusto también: por elegancia moral, por no inspirar a las otras ni a sí misma la idea de que concedía demasiado valor a un placer relativamente mundano. Así, me las arreglaba para tenerla todas las tardes exclusivamente para mí con el fin —no de dar celos a Albertine, sino— de aumentar mi prestigio ante ella o al menos no perderlo al comunicar a Albertine que era a ella y no a Andrée a quien amaba yo. Tampoco se lo decía a Andrée por miedo a que se lo contara. Cuando hablaba de Albertine con Andrée, aparentaba una frialdad que probablemente engañara menos a

Andrée que a mí su aparente credulidad. Fingía creer en mi indiferencia por Albertine, desear la unión más completa posible entre Albertine y yo. Es probable que, al contrario, no creyese en la primera ni deseara la segunda. Mientras yo le decía que me importaba poco su amiga, sólo pensaba en una cosa: en intentar entrar en relación con la Sra. Bontemps, quien pasaba unos días cerca de Balbec y a cuya quinta iba a ir pronto Albertine a pasar tres días. Naturalmente, yo no transparentaba aquel deseo ante Andrée y, cuando le hablaba de la familia de Albertine, lo hacía con la expresión más distraída. Las respuestas explícitas de Andrée no parecían poner en duda mi sinceridad. Entonces, ¿por qué uno de aquellos días se le escaparon estas palabras: «*Precisamente* he visto a la tía de Albertine»? Cierto es que no me había dicho: «De tus palabras, pronunciadas como por casualidad, he deducido claramente que no pensabas sino en trabar relación con la tía de Albertine». Pero a la presencia indudable en la mente de Andrée de semejante idea —que consideraba cortés ocultarme— parecía deberse la palabra «precisamente». Estaba emparentada con ciertas miradas, ciertos gestos, que —aun careciendo de forma lógica, racional, directamente elaborada para la inteligencia de quien escucha— le llegan con su significado verdadero, así como la palabra humana, convertida en electricidad en el teléfono, vuelve a ser palabra para ser escuchada. A fin de quitar de la cabeza a Andrée la idea de que me interesaba la Sra. Bontemps, no volví a hablar de ella sólo con distracción, sino también con mala voluntad; dije que había conocido en otro tiempo a aquella loca y esperaba no volver a verla. Ahora bien, procuraba, al contrario, conocerla de cualquier modo.

Intenté conseguir de Elstir —pero sin decir a nadie que se lo había pedido— que le hablara de mí y me brindase la posibilidad de verla. Me prometió presentármela, pero le extrañó que yo lo deseara, pues la consideraba una mujer despreciable, maniobrera y tan poco interesante como interesada. Pensando que, si yo me entrevistaba con la Sra. Bontemps, Andrée lo sabría tarde o temprano, me pareció oportuno comunicárselo. «Las cosas que más procuramos rehuir son aquellas que acabamos no pudiendo evitar», le dije. «Nada en el mundo podría aburrirme tanto como conocer a la Sra. Bontemps y, sin embargo, no podré eludirlo:

Elstir me invitará, junto con ella». «Nunca lo he dudado ni un instante», exclamó Andrée con tono amargo, mientras su mirada, agrandada y alterada por el descontento, se centraba en algo —no sé qué— invisible. Aquellas palabras de Andrée no constituían la exposición más ordenada precisamente de un pensamiento que se puede resumir así: «Sé perfectamente que amas a Albertine y revuelves Roma con Santiago para aproximarte a su familia», pero eran los restos informes y reconstituibles de ese pensamiento que había hecho estallar, al contrario, pese a Andrée. Como la de «precisamente», aquellas palabras sólo tenían significado en segundo grado. Es decir, que eran de las que —a diferencia de las afirmaciones directas— nos inspiran estima o desconfianza de una persona, nos malquistan con ella.

Si Andrée no me había creído, cuando le decía que la familia de Albertine me resultaba indiferente, era porque pensaba que yo amaba a Albertine, cosa que probablemente no la alegrara.

Solía hacer de acompañante en mis citas con su amiga. Sin embargo, había días en que yo iba a ver a Albertine sola, días que esperaba presa de la fiebre y pasaban sin aportarme nada decisivo, sin haber sido el día capital cuyo papel confiaba yo inmediatamente al siguiente, que tampoco lo desempeñaría; así se desplomaban una tras otra, como olas, aquellas cimas al instante substituidas por otras.

Un mes, aproximadamente, después del día en que habíamos jugado al hurón, me dijeron que Albertine iba a ir el día siguiente a pasar cuarenta y ocho horas en casa de la Sra. Bontemps y, como tenía que tomar el tren temprano, iba a dormir la víspera en el Grand-Hôtel, de donde con el ómnibus llegaría —sin molestar a las amigas en cuya casa vivía— a la estación. Se lo comenté a Andrée. «No me lo creo», me respondió Andrée con expresión descontenta. «Por lo demás, no adelantarías nada, pues estoy completamente segura de que, si Albertine se aloja sola en el hotel, no querrá verte. No sería protocolario», añadió empleando un adjetivo que le gustaba mucho, desde hacía poco, en el sentido de «lo que se hace». «Pero ¿qué puede importarme a mí que la veas o no? Me es del todo igual».

Se nos unió Octave, quien no tuvo inconveniente en decir a Andrée el número de puntos que había conseguido la víspera al golf, y después Albertine, quien se paseaba maniobrando su diábolo como una religiosa su

rosario. Gracias a aquel juego, podía permanecer horas sola sin aburrirse. En cuanto se nos hubo unido, me fijé en la traviesa punta de su nariz, que había yo omitido al pensar en ella aquellos días; bajo su pelo negro, la verticalidad de su frente se opuso —y no era la primera vez— a la imagen indecisa que de ella había conservado yo, mientras que con su blancura deslumbraba mis miradas; al salir del polvo del recuerdo, Albertine se reconstruía ante mí. El golf habitúa a placeres solitarios. El que procura el diábolo lo es sin lugar a dudas. Sin embargo, después de haberse reunido con nosotros, Albertine siguió jugando, mientras hablaba, así como una señora a quien sus amigas han ido a visitar no por ello deja de hacer ganchillo. «Parece ser que la Sra. de Villeparisis», dijo a Octave, «ha hecho una reclamación a tu padre» (y, tras esa expresión de «parece ser», oí una de aquellas notas que eran propias de Albertine; siempre que comprobaba que las había olvidado, recordaba al mismo tiempo haber vislumbrado ya tras ellas el decidido y francés semblante de Albertine. Aunque hubiera estado ciego, habría conocido igual algunas de sus cualidades alertas y un poco provincianas en aquellas notas como en la punta de su nariz. Unas y otras eran equivalentes y habrían podido suplirse y su voz era como la que realizará, según dicen, el fototeléfono del futuro: en el sonido se recortaba claramente la imagen visual). «Por lo demás, no sólo ha escrito a tu padre, sino también al alcalde de Balbec para que no se pueda jugar más al diábolo en el malecón, porque le dieron, jugando, un golpe en la cara».

«Sí, he oído hablar de esa reclamación. Es ridícula. Con las pocas distracciones que hay aquí».

Andrée no participó en la conversación; no conocía —como, por lo demás, tampoco Albertine ni Octave— a la Sra. de Villeparisis. «No sé por qué ha armado semejante lío esa señora», dijo, sin embargo, Andrée. «También la anciana Sra. de Cambremer recibió un golpe y no se ha quejado». «Voy a explicaros la diferencia», respondió gravemente Octave, al tiempo que encendía una cerilla. «Es que la Sra. de Cambremer es, a mi juicio, una mujer de mundo y la Sra. de Villeparisis una arribista. ¿Vais a ir al golf esta tarde?», y nos dejó, como también Andrée. Me quedé solo con Albertine. «Mira», me dijo, «ahora me peino como a ti te gusta, ¿ves el mechón? Todo el mundo se me burla y nadie sabe por quién lo hago. Mi tía

se va a burlar de mí también. Tampoco le diré la razón». Yo veía de lado las mejillas de Albertine, que con frecuencia parecían pálidas, pero, así, estaban regadas por una sangre clara que las iluminaba, les daba ese brillo que tienen ciertas mañanas de invierno en las que las piedras, parcialmente soleadas, parecen ser de granito rosado y desprenden gozo. El que me daba en aquel momento la vista de las mejillas de Albertine era igualmente intenso, pero despertaba otro deseo, que no era el de pasear, sino el de besar. Le pregunté si eran ciertos los proyectos que se le atribuían: «Sí», me dijo, «voy a pasar esta noche allí, en tu hotel y, además, como estoy un poco constipada, voy a acostarme antes de la cena. Puedes venir a verme cenar junto a mi cama y después jugaremos a lo que quieras. Me gustaría que vinieses a la estación mañana por la mañana, pero temo que parezca —no me refiero a Andrée, que es inteligente, sino a las otras, que también vendrán— extraño; se armaría un lío, si se lo contaran a mi tía, pero podríamos pasar esta velada juntos. De eso mi tía no se enterará. Voy a despedirme de Andrée, conque hasta luego. Ven temprano, para que podamos disponer de unas horas para nosotros», añadió sonriendo. Ante aquellas palabras, me remonté a una época anterior a aquella en que amaba a Gilberte, a aquella en que el amor me parecía una entidad no sólo exterior, sino también realizable. Mientras que la Gilberte a la que yo veía en los Campos Elíseos era distinta de repente de la que volvía a ver en mí, en cuanto estaba solo, en la Albertine real —en la que veía todos los días, a la que consideraba tan imbuida de prejuicios burgueses y tan franca con su tía — acababa de encarnarse la Albertine imaginaria, aquella por la que —cuando aún no la conocía— me había creído contemplado furtivamente en el malecón, la que había parecido regresar a regañadientes, mientras me veía alejarme.

Fui a cenar con mi abuela y sentía en mí un secreto para ella desconocido. Asimismo, en el caso de Albertine, el día siguiente sus amigas estarían con ella sin saber lo nuevo que había entre nosotros y, cuando besara a su sobrina en la frente, la Sra. Bontemps ignoraría que en aquel peinado cuyo objeto —desconocido de todos— era gustarme a mí —a mí, que hasta entonces tanto había envidiado a la Sra. Bontemps— yo estaba entre ellas dos, porque —por estar emparentada con las mismas personas

que su sobrina— debía llevar los mismos lutos, hacer las mismas visitas de familia; ahora bien, resultaba que yo era para Albertine más que su propia tía, junto a la cual pensaría en mí. Nada sabía yo de lo que fuera a ocurrir un poco después. En todo caso, el Grand-Hôtel, la velada, ya no me parecían vacíos; albergaban mi felicidad. Llamé al ascensor para subir a la habitación que había tomado Albertine y que daba al valle. Los menores movimientos —como el de sentarme en la banqueta del ascensor— me resultaban gratos, porque estaban en consonancia inmediata con mi corazón; no veía en las cuerdas gracias a las cuales se elevaba el aparato, en los pocos peldaños que faltaban por subir, sino los engranajes, los peldaños materializados, de mi gozo. Ya sólo me faltaba dar dos o tres pasos por el pasillo antes de llegar a aquella habitación en la que estaba encerrada la preciosa substancia de aquel cuerpo rosado: aquella habitación que, aun cuando llegaran a suceder en ella actos deliciosos, conservaría aquella permanencia, aquella apariencia, de ser —para un transeúnte no informado— semejante a todas las demás, que hacen de las cosas testigos obstinadamente mudos, confidentes escrupulosos, depositarios inviolables, del placer. Di aquellos pasos del rellano a la habitación de Albertine —aquellos pasos que ya nadie podía detener— con deleite, con prudencia, como sumido en un elemento nuevo —como si, al avanzar, hubiera desplazado lentamente felicidad— y al mismo tiempo con una sensación desconocida de omnipotencia y de entrar en una heredad que me hubiera pertenecido desde siempre. Después pensé que hacía mal en abrigar dudas, puesto que Albertine me había dicho que acudiera cuando ya se hubiese acostado. Estaba claro y yo pataleaba de gozo, casi derribé a Françoise, que se interpuso en mi camino, corría, con ojos chispeantes, hacia la habitación de mi amiga. Me la encontré en la cama. Su camisón blanco, que dejaba libre el cuello, cambiaba las proporciones de su rostro, que —congestionado por la cama, el constipado o la cena— parecía más rosáceo; pensé en los colores que había tenido unas horas antes junto a mí, en el malecón, y cuyo sabor iba a conocer por fin; su mejilla estaba atravesada de arriba abajo por una de esas largas trenzas negras y ensortijadas que para gustarme había deshecho enteramente. Me miraba sonriente. Junto a ella, en la ventana, el valle estaba aclarado por la luz de la luna. La vista del cuello desnudo de Albertine, de aquellas mejillas

demasiado rosáceas, me había infundido tal embriaguez —es decir, que había sacado para mí la realidad del mundo de la naturaleza para sumirla en el torrente de sensaciones que apenas podía yo contener—, que había roto el equilibrio entre la vida inmensa, indestructible, que circulaba por mi ser y la vida del universo, tan endeble en comparación. El mar, que divisaba junto al valle por la ventana, los abombados senos de los primeros acantilados de Maineville, el cielo en el que la luna no había ascendido aún hasta el zenit: todo aquello parecía más ligero de llevar que plumas para los globos de mis pupilas, que sentía, entre mis párpados, dilatados, resistentes, listos para levantar cargas mucho más pesadas, todas las montañas del mundo, sobre su delicada superficie. Su orbe no estaba suficientemente ocupado por la propia esfera del horizonte y toda la vida que la naturaleza hubiese podido aportarme me habría parecido muy escasa, las brisas del mar me habrían parecido muy insuficientes, para la inmensa aspiración que elevaba mi pecho. Me incliné hacia Albertine para besarla. Aunque me hubiera llegado la muerte en aquel momento, me habría parecido indiferente o, mejor dicho, imposible, pues la vida no estaba fuera, sino dentro, de mí; si un filósofo hubiese formulado la idea de que un día, aun lejano, yo moriría, de que las fuerzas eternas de la naturaleza —las de aquella naturaleza bajo cuyos divinos pies yo era una simple mota de polvo— me sobrevivirían, de que, después de mí, seguiría habiendo aquellos acantilados redondeados y abombados, aquel mar, aquella luz de luna, aquel cielo, ¡habría sonreído! ¿Cómo habría sido posible? ¿Cómo habría podido durar el mundo más que yo, puesto que yo no estaba perdido en él, sino que era él el que estaba encerrado en mí, a quien distaba de llenar, en mí, en quien, al notar espacio para acumular tantos otros tesoros, arrojaba yo, desdeñoso, cielo, mar y acantilados en un rincón? «Suéltame o llamo al timbre», exclamó Albertine, al ver que me arrojaba sobre ella para besarla, pero yo me decía que, si una muchacha deja a un joven acudir a su habitación a hurtadillas, arreglándoselas para que su tía no se entere, ha de ser para algo, que, por lo demás, la audacia sale bien a quienes saben aprovechar las ocasiones; en el estado de exaltación en que me encontraba, el redondeado rostro de Albertine, iluminado por un fuego interior, como por una lamparilla, cobraba tal relieve para mí, que me parecía girar, imitando la rotación de

una esfera ardiente, como esas figuras de Miguel Ángel arrastradas por un torbellino inmóvil y vertiginoso. Iba a conocer el olor, el sabor, que tenía aquel desconocido fruto rosáceo. Oí un sonido precipitado, continuo y estridente. Albertine había tocado el timbre con todas sus fuerzas.

* * *

Yo había creído que el amor que sentía por Albertine no se basaba en la esperanza de la posesión física. Sin embargo, cuando me pareció que de la experiencia de aquella noche se desprendía la imposibilidad de dicha posesión y —después de no haber dudado el primer día, en la playa, que Albertine era una desvergonzada y luego haber pasado por suposiciones intermedias— que quedaba confirmada de forma definitiva su absoluta virtud, cuando al regreso de la casa de su tía, ocho días después, me dijo con frialdad: «Te perdono, lamento incluso haberte apenado, pero no vuelvas a hacerlo nunca», poco a poco —al contrario de lo que había sucedido cuando Bloch me había dicho que se podía poseer a todas las mujeres y como si, en lugar de una muchacha real, hubiese conocido a una muñeca de cera— llegó a desprenderse de ella mi deseo de penetrar en su vida, seguirla a los países en los que había pasado su infancia, ser iniciado por ella a una vida deportiva; mi curiosidad intelectual por lo que pensaba sobre tal o cual asunto no sobrevivió a la creencia de que podría besarla. Mis sueños la abandonaron en cuanto dejó de alimentarlos la esperanza de una posesión de la que yo los había creído independientes. A partir de entonces se encontraron libres para fijarse —según el encanto que le había visto cierto día y sobre todo según la posibilidad y las oportunidades que vislumbraba de ser amado por ella— en tal o cual de las amigas de Albertine y en primer lugar en Andrée. Sin embargo, si Albertine no hubiera existido, tal vez me habría visto yo privado del placer que empecé a sentir cada vez más, los días siguientes, con la amabilidad que me manifestaba Andrée. Albertine no contó a nadie el fracaso que yo había

sufrido con ella. Era una de esas preciosas muchachas que desde su primera juventud —por su belleza, pero sobre todo por un atractivo, un encanto, bastante misteriosos y que tal vez nazcan en veneros de vitalidad a los que otros menos favorecidos por la naturaleza acuden a beber— siempre han gustado más —en su familia, entre sus amigas, en la sociedad— que otras más hermosas, más ricas; era de esas personas a quienes —antes de la edad del amor y mucho más aún cuando ya ha llegado— se les pide más de lo que ellas piden e incluso más de lo que pueden dar. Desde su infancia, Albertine había tenido siempre rendidas de admiración ante ella a cuatro o cinco amiguitas, entre las cuales se encontraba Andrée, quien era superior a ella y lo sabía (y tal vez aquella atracción que Albertine ejercía de forma totalmente involuntaria hubiera sido el origen, hubiese servido para la fundación, de la panda). Aquella atracción se ejercía incluso bastante lejos en medios relativamente más brillantes, en los que, si había que bailar una pavana, se lo pedían a Albertine antes que a una muchacha de mejor cuna. La consecuencia era que —pese a no tener un céntimo de dote, a vivir bastante mal, por lo demás, a cargo del Sr. Bontemps, quien, según decían, no era trigo limpio y deseaba deshacerse de ella— era invitada no sólo a cenar, sino también a quedarse en casa de personas que, a juicio de Saint-Loup, no habrían tenido la menor elegancia, pero que para la madre de Rosemonde o la de Andrée —mujeres muy ricas, pero que no las conocían — representaban algo colosal. Así, Albertine pasaba unas semanas todos los años con la familia de un gobernador del Banco de Francia, presidente del Consejo de Administración de una compañía de ferrocarril. La esposa de aquel financiero recibía a personajes importantes y nunca había comunicado su «día» a la madre de Andrée, quien consideraba maleducada a aquella señora, pero no por ello dejaba de sentir un interés prodigioso por todo lo que ocurría en su casa. Por eso, exhortaba todos los años a Andrée a que invitara a Albertine a su quinta, porque, según decía, era una buena obra ofrecer una estancia en el mar a una muchacha que carecía de medios para viajar y cuya tía apenas se ocupaba de ella; probablemente no moviese a la madre de Andrée la esperanza de que el gobernador del Banco y su esposa, al enterarse de que Albertine era mimada por ella y su hija, concebirían una buena opinión sobre ellas; con mayor motivo no esperaba

que Albertine, pese a ser tan buena y tan lista, lograra que la invitasen o al menos que invitaran a Andrée a las fiestas en los jardines del financiero, pero todas las noches, en la cena, aun adoptando expresión desdeñosa e indiferente, le encantaba oír a Albertine contarle lo que había ocurrido en el castillo, mientras estuvo en él, las personas que habían sido recibidas y a casi todas las cuales conocía de vista o de nombre. Incluso al pensar que sólo las conocía así, es decir, que no las conocía (llamaba a eso conocer a las personas «de toda la vida»), la madre de Andrée sentía cierta melancolía, mientras hacía preguntas a Albertine sobre ellas con expresión altiva y distraída, y habría podido sentir incertidumbre e inquietud sobre la importancia de su propia situación, si no se hubiera tranquilizado a sí misma y substituido en la «realidad de la vida» diciendo al jefe de comedor: «Diga al cocinero que estos guisantes no están bastante tiernos». Entonces recuperaba la serenidad. Y no estaba dispuesta a que Andrée no se casara sino con un hombre de la mejor familia, naturalmente, pero lo bastante rico para que pudiese tener, también ella, un cocinero y dos cocheros. Eso era lo positivo, la verdad efectiva, de una situación, pero que Albertine hubiese cenado en el castillo del gobernador del Banco con tal o cual señora, que ésta la hubiera invitado incluso para el invierno siguiente, no dejaba de granjearle, ante la madre de Andrée, como una consideración particular que casaba muy bien con la piedad e incluso el desprecio —al que contribuía la traición del Sr. Bontemps a su bandera y su adhesión al Gobierno e incluso su posición, según decían, vagamente panamista— inspirados por su infortunio, lo que no impedía, por lo demás, a la madre de Andrée fulminar con su desdén, por amor de la verdad, a quienes parecían creer que Albertine era de baja extracción. «¡Cómo! Pero ¡si son de lo mejorcito! ¡Son unos Simonet, con una sola ene!». Cierto es que, dado el medio en el que todo aquello sucedía, en el que el dinero desempeña tamaño papel y la elegancia granjea invitaciones, pero no bodas, ningún matrimonio «potable» parecía poder ser para Albertine la consecuencia útil de la tan distinguida consideración de que gozaba y en la que no se habría visto compensación de su pobreza, pero, incluso por sí solos, sin infundir la esperanza de una consecuencia matrimonial, aquellos «éxitos» despertaban la envidia de algunas madres aviesas, furiosas al ver a Albertine recibida

como «la hija de la casa» por la esposa del gobernador del Banco, incluso por la madre de Andrée, a quien apenas conocían. Por eso, decían a amigos comunes que esas señoras se indignarían, si supieran la verdad, es decir, que Albertine contaba en casa de una (y «viceversa») todo lo que la intimidad en la que imprudentemente la admitían le permitía descubrir —mil secretillos que habría resultado infinitamente desagradable a la interesada ver revelados— en casa de la otra. Aquellas mujeres envidiosas lo contaban para que otros lo repitieran y malquistar así a Albertine con sus protectoras, pero, como ocurre con frecuencia, aquellos recados no prosperaban. Se notaba demasiado la mala intención que los dictaba, con lo que inspiraban un mayor desprecio de quienes habían tomado semejante iniciativa. La madre de Andrée sabía perfectamente a qué atenerse con Albertine como para cambiar de opinión sobre ella. La consideraba una «desdichada», pero de un carácter excelente y que se desvivía por agradar.

Si bien aquella como boga que había logrado Albertine no parecía entrañar resultado práctico alguno, había comunicado a la amiga de Andrée el carácter distintivo —que se da también, por razones análogas, en otro extremo de la sociedad: en mujeres de una gran elegancia— de las personas que, por estar siempre solicitadas, nunca necesitan ofrecerse y que consiste en no hacer ostentación de sus éxitos, en ocultarlos incluso. Nunca decía de alguien: «Está deseoso de verme», hablaba de todos con gran bondad y como si hubiera sido ella la que corriese, la que buscara, a los demás. Si se hablaba de un joven que unos minutos antes acababa de hacerle a solas los más sangrientos reproches, porque le había rechazado una cita, lejos de jactarse de ello en público o de guardarle rencor, lo elogiaba: «¡Es un muchacho tan majo!». Estaba harta incluso de gustar tanto, porque la obligaba a causar aflicción, cuando, por naturaleza, le gustaba dar placer. Tanto le gustaba, que había llegado incluso a practicar una mentira propia de ciertas personas utilitarias, de ciertos hombres triunfadores. Esa clase de insinceridad, que, por lo demás, se da en estado embrionario en un gran número de personas, consiste en no saber contentarse con dar placer, con un solo acto, a una sola persona. Por ejemplo, si su tía deseaba que la acompañara a una reunión poco divertida, Albertine, al hacerlo, habría podido considerar suficiente el provecho moral obtenido dando gusto a su

tía, pero, al ser recibida amablemente por los señores de la casa, prefería decirles que hacía tanto que deseaba conocerlos, que había elegido aquella ocasión y había pedido permiso a su tía para acompañarla. No le bastaba con eso: en aquella reunión se encontraba una de las amigas de Albertine, que estaba muy triste. Albertine le decía: «No he querido dejarte sola, he pensado que te vendría bien tenerme junto a ti. Si quieres que abandonemos esta reunión, que vayamos a otro sitio, haré lo que gustes: ante todo deseo no verte tan triste» (cosa que era verdad, por lo demás). Sin embargo, a veces el objetivo ficticio destruía el real. Así, al tener que pedir un favor a cierta señora para una de sus amigas, Albertine iba a verla, pero, al llegar a la casa de aquella señora amable y simpática, la muchacha —obedeciendo sin saberlo al principio de la utilización múltiple de una sola acción— consideraba más afectuoso aparentar haber ido sólo por el placer que experimentaría —había sentido— al volver a ver a aquella señora. Ésta se sentía infinitamente conmovida de que Albertine hubiera hecho un largo recorrido por pura amistad para con ella. Al ver a la señora casi emocionada, Albertine sentía aún más afecto por ella. Ahora bien, ocurría lo siguiente: experimentaba hasta tal punto el placer de la amistad, el que la había movido —fingía— a acudir, que temía hacer dudar a la señora de sus sentimientos, en realidad sinceros, si le pedía el favor para su amiga. La señora creería que Albertine había ido para eso, cosa que era cierta, pero sacaría la conclusión —falsa— de que ésta no sentía un placer desinteresado al verla. De modo, que Albertine volvía a marcharse sin haber pedido el favor, como los hombres que han sido muy buenos para con una mujer con la esperanza de obtener sus favores y no se declaran para que su bondad no pierda su carácter de nobleza. En otros casos no se puede decir que el objetivo verdadero fuese sacrificado al accesorio e imaginado *a posteriori*, pero el primero era tan opuesto al segundo, que, si la persona a quien Albertine enternecía, al declararle uno, se hubiese enterado del otro, su placer se habría transmutado al instante en la más profunda pena. La continuación de este relato permitirá —mucho más adelante— comprender mejor esa clase de contradicciones. Digamos —mediante un ejemplo tomado de un orden de cosas totalmente distinto— que son muy frecuentes en las situaciones más diversas que presenta la vida. Un marido ha instalado

a su amante en la ciudad en la que se encuentra con su guarnición. Su mujer, que ha permanecido en París y está medio al corriente de la verdad, se siente desconsolada y escribe a su marido cartas embargadas de celos. Ahora bien, la amante se ve obligada a ir a pasar un día en París. El marido no puede resistirse a sus ruegos de que la acompañe y consigue un permiso de veinticuatro horas, pero, como es bueno y sufre al afligir a su esposa, llega a su casa y le dice derramando lágrimas sinceras que, destrozado por sus cartas, se las ha arreglado para escapar e ir a consolarla y abrazarla. Así ha encontrado el medio para dar en un solo viaje una prueba de amor a la vez a su amante y a su esposa. Ahora bien, si esta última se enterara de la razón por la que ha ido a París, su alegría se convertiría seguramente en dolor, a menos que ver al ingrato la hiciera, pese a todo, más feliz que sufrir por sus mentiras. Entre los hombres que, a mi juicio, han practicado con más consecuencia el sistema de los fines múltiples figura el Sr. de Norpois. A veces aceptaba mediar entre dos amigos reñidos, a lo que se debía que lo consideraran el más servicial de los hombres, pero no le bastaba con hacer en apariencia un favor a quien había ido a solicitárselo, sino que presentaba al otro la gestión que hacía ante él como emprendida —no a solicitud del primero, sino— en pro del segundo, lo que persuadía fácilmente a un interlocutor sugestionado de antemano por la idea de que tenía ante sí al «más servicial de los hombres». De ese modo, jugando en los dos tableros, haciendo lo que en el lenguaje musical se denomina «contrapunto», nunca dejaba correr el menor riesgo a su influencia y los favores que hacía no constituían una alienación, sino una fructificación de una parte de su crédito. Por otra parte, cada favor, al parecer doblemente prestado, aumentaba tanto más su reputación de amigo servicial —e incluso eficaz, que no daba palos de ciego, todas cuyas gestiones daban resultado—, como demostraba el agradecimiento de los dos interesados. Aquella duplicidad en la cortesía era —y con desmentidos, como en todo ser humano— una parte importante del carácter del Sr. de Norpois y en el Ministerio utilizó con frecuencia a mi padre, quien era bastante ingenuo, haciéndole creer que lo favorecía.

Albertine, por gustar más de lo que deseaba y no necesitar pregonar sus éxitos, guardó silencio sobre la escena que había vivido conmigo junto a su

cama y que una fea habría querido dar a conocer al universo. Por lo demás, yo no lograba explicarme su actitud en aquella escena. Por lo que se refiere a la hipótesis de una verdad absoluta —a la que al principio había atribuido yo la violencia con la que Albertine se había negado a dejarse besar y tomar por mí y que, por lo demás, en modo alguno era indispensable para mi concepción de la bondad, la honradez innata, de mi amiga—, no dejé de modificarla en varias ocasiones. ¡Era tan opuesta a la que había concebido yo el primer día en que había visto a Albertine…! Además, tantos actos diferentes, todos amables para conmigo —una amabilidad cariñosa, a veces inquieta, alarmada, celosa de mi predilección por Andrée—, envolvían por todos lados el duro gesto de llamar —para librarse de mí— al timbre. Entonces, ¿por qué me había pedido que fuera a pasar la velada junto a su cama? ¿Por qué se expresaba todo el tiempo con el lenguaje del cariño? ¿A qué obedece el deseo por parte de una muchacha de ver a un amigo, de temer que prefiera a otra amiga de su panda, de intentar agradarle, de decirle novelescamente que las otras no se enterarán de que ha pasado la velada junto a ella, si le niega un placer tan sencillo y si éste no lo es para ella? De todos modos, no podía yo creer que la virtud de Albertine llegara hasta ese extremo y me preguntaba incluso si no habría sido la coquetería —por ejemplo, un olor desagradable que hubiera creído tener y hubiese temido repelerme con él— o la pusilanimidad —si, con su ignorancia de las realidades del amor, creía, por ejemplo, que mi estado de debilidad nerviosa podía ser contagioso mediante el beso— la razón de su violencia.

Desde luego, sintió mucho no haber podido darme placer y me regaló un lapicerito de oro, con esa virtuosa perversidad de las personas que —por no estar dispuestas a concedernos lo que reclama nuestra amabilidad, pese a sentirse enternecidas por ella— quieren hacer otra cosa por nosotros: el crítico cuyo artículo halagaría al novelista lo invita, a cambio, a cenar; la duquesa no lleva al esnob con ella al teatro, pero le cede su palco para una noche en que no lo ocupará. ¡Hasta tal punto quienes hacen lo menos posible y podrían no hacer nada se sienten movidos por el escrúpulo de hacer algo! Dije a Albertine que, al darme aquel lápiz, me daba un gran placer, menor, sin embargo, que el que habría sentido, si la noche en que fue a dormir al hotel, me hubiera permitido besarla. «¡Me habría hecho tan

feliz! ¿Qué más te daba? Me asombra que me lo denegaras». «Lo que a mí me asombra», me respondió, «es que te asombre. Me pregunto qué muchachas has podido conocer para que te sorprendiera mi conducta». «Siento haberte disgustado, pero, incluso ahora, no puedo decir que hiciera mal. Opino que son cosas que carecen de la menor importancia y no comprendo que una muchacha, a la que tan poco le cuesta, no consienta en dar placer. Entendámonos», añadí para dar satisfacción a medias a sus ideas morales, al recordar cómo habían reprobado sus amigas y ella a la amiga de la actriz Léa, «no quiero decir que una muchacha pueda hacer cualquier cosa y que no haya nada inmoral. Así, mira, esas relaciones de las que hablabais el otro día a propósito de una chica que vive en Balbec con una actriz me parecen algo innoble, tan innoble, que me imagino que no será verdad y lo habrá inventado algún enemigo de esa joven. Me parece improbable, imposible, pero dejarse besar y —más aún— por un amigo, puesto que dices que soy tu amigo…». «Y lo eres, pero he tenido otros antes que tú, he conocido a jóvenes que abrigaban —te lo aseguro— la misma amistad para conmigo. Sabían que habrían recibido un par de tortazos que para qué. Por lo demás, es que ni siquiera se les ocurría, nos dábamos la mano muy franca y amistosamente, como buenos compañeros; nunca habríamos hablado de besarnos y no por ello dejábamos de ser amigos. Anda, si aprecias mi amistad, puedes estar contento, pues tengo que quererte mucho, la verdad, para perdonarte, pero estoy segura de que te burlas de mí. Reconoce que quien te gusta es Andrée. En el fondo, tienes razón, es mucho más simpática que yo, ¡y es hechizadora! ¡Ah! ¡Los hombres!». Pese a mi reciente decepción, aquellas palabras tan francas, al inspirarme una gran estima de Albertine, me causaban una impresión muy grata, que tal vez tuviera más adelante grandes y nefastas consecuencias para mí, pues a ella se debió que comenzara a formarse aquel sentimiento casi familiar, aquel núcleo moral, que siempre iba a subsistir en mi amor a Albertine. Semejante sentimiento puede ser la causa de los mayores pesares, pues para sufrir de verdad por una mujer hay que haber creído completamente en ella. De momento, aquel embrión de estima moral, de amistad, seguía en mi alma como una adaraja. Por sí solo, nada habría podido contra mi felicidad, si hubiera permanecido así, sin aumentar, en una

inercia en la que iba a mantenerse y, con mayor razón, durante aquellas semanas de mi primera estancia en Balbec. Era en mí como uno de esos huéspedes que sería, pese a todo, más prudente expulsar, pero que —como su debilidad y su aislamiento en un alma ajena los vuelve provisionalmente inofensivos— dejamos en su lugar, sin inquietarlos.

Ahora mis sueños tenían libertad para centrarse en tal o cual de las amigas de Albertine y, en primer lugar, en Andrée, cuyas atenciones tal vez me habrían conmovido, si no hubiera estado seguro de que Albertine las conocía. Cierto es que la preferencia que desde hacía mucho había fingido sentir por Andrée me había brindado —con la costumbre de las charlas, de las declaraciones de cariño— como la materia de un amor listo para ella, al que hasta entonces sólo había faltado un sentimiento sincero que se sumara a él y que ahora, al volver a quedar libre, mi corazón habría podido aportar, pero Andrée era demasiado intelectual, nerviosa, enfermiza, demasiado semejante a mí, para que pudiera amarla. Si bien Albertine me parecía ahora vacía, Andrée estaba llena de algo que yo conocía demasiado. El primer día, yo había creído ver en la playa a la amante de un corredor, embriagada por la afición a los deportes, y Andrée me decía que, si se había puesto a ello, había sido por orden de su médico y para curar su neurastenia y sus problemas de nutrición, pero que sus mejores momentos eran los que pasaba traduciendo una novela de George Eliot. Mi decepción, consecuencia de un error inicial sobre lo que era Andrée, careció, en realidad, de importancia para mí, pero era uno de esos que, si bien permiten nacer al amor y no se reconocen como tales hasta que éste resulta ya inmodificable, llegan a ser motivo de sufrimientos. Esos errores, que pueden ser diferentes de los que yo cometí por Andrée e incluso inversos, se deben con frecuencia —y, en el caso de Andrée, en particular— a que, para infundir ilusión en un primer momento, adoptamos en gran medida un aspecto y actitudes que nos son ajenos, pero que nos gustaría tener. A la apariencia exterior, la afectación, la imitación, el deseo de ser admirado —ora por los buenos ora por los malos— se suman las falsas apariencias de las palabras, de los gestos. Hay cinismos, crueldades, que no resisten más a la prueba que ciertas bondades, ciertas generosidades. Así como con frecuencia descubrimos un avaro vanidoso en un hombre conocido por sus

caridades, su fanfarronada sobre el vicio nos hace suponer una Mesalina en una muchacha honesta y cargada de prejuicios. Yo había creído encontrar en Andrée a una persona sana y primitiva, cuando, en realidad, lo único que ésta buscaba era la salud, como tal vez muchos de aquellos en quienes había creído encontrarla y que la representaban en tan poca medida como un grueso artrítico con rostro enrojecido y chaqueta de franela blanca, que no es un Hércules precisamente. Ahora bien, hay circunstancias en que no es indiferente para la felicidad que la persona a quien amamos por la salud que parecía tener fuera, en realidad, uno de esos enfermos que sólo reciben su salud de otros, así como los planetas toman prestada su luz y ciertos cuerpos se limitan a dejar pasar la electricidad.

El caso es que Andrée, como Rosemonde y Gisèle —y más incluso que ellas— era, de todos modos, una amiga de Albertine, que compartía su vida e imitaba sus modales, hasta el punto de que el primer día no las distinguí, al principio, una de otra. Entre aquellas muchachas, tallos de rosas cuyo encanto principal era el de destacar sobre el fondo marino, reinaba la misma indivisión que en la época en que no las conocía y la aparición de cualquiera de ellas me emocionaba profundamente, al anunciarme que la panda no andaba lejos. La vista de una seguía brindándome un placer en el que intervenía —en una proporción que no habría podido precisar— el de ver a las otras seguirla más tarde e incluso, si no acudían aquel día, el de hablar de ellas y saber que se enterarían de que yo había estado en la playa.

No era ya simplemente el atractivo de los primeros días, era una auténtica veleidad de amar que vacilaba entre todas ellas, de tanto como cada una de ellas resultaba naturalmente la substituta de otra. Mi mayor tristeza no habría sido la de verme abandonado por aquellas de las muchachas a quienes prefería, sino que al instante habría preferido —por haber fijado en ella la suma de tristeza y sueño que flotaba indistintamente entre todas— a la que me hubiera abandonado y, aun en aquel caso, a todas sus amigas —para quienes no habría tardado en perder todo el prestigio— habría echado inconscientemente de menos, en ella, por haberles consagrado esa clase de amor colectivo que el político o el actor sienten por el público, de cuyo abandono —después de haber gozado de todos sus favores— no se consuelan. Incluso los que no había podido obtener yo de

Albertine los esperaba de repente de una u otra que, al despedirse de mí por la noche, me había dicho una palabra, me había lanzado una mirada ambigua, gracias a las cuales se dirigía mi deseo —durante un día— hacia ella.

Erraba entre ellas con tanta mayor voluptuosidad cuanto que una fijación relativa de las facciones había comenzado suficientemente en aquellos rostros para que se pudiera distinguir —aunque cambiara aún— su maleable y fluctuante efigie. A las diferencias que había entre ellas distaban mucho de corresponder seguramente otras semejantes en las medidas de las facciones, que tal vez hubieran sido —por disímiles que pareciesen— casi superponibles de una a otra de aquellas muchachas, pero nuestro conocimiento de los rostros no es matemático. En primer lugar, no comienza calibrando las partes, sino que su punto de partida es una expresión, un conjunto. En Andrée, por ejemplo, la finura de sus dulces ojos parecía casar con su estrecha nariz, tan fina como una simple curva trazada para que pudiera continuar en una sola línea la intención de delicadeza dividida anteriormente en la doble sonrisa de las miradas gemelas. Una línea tan fina surcaba su pelo, suave y profunda como la que el viento traza en la arena y en eso debía de ser hereditaria, pues el blanquísimo pelo de su madre ofrecía un relieve semejante: formando aquí un abultamiento y allá una depresión, como la nieve que se alza o se abisma según las desigualdades del terreno. Cierto es que —comparada con la fina delineación de la de Andrée— la nariz de Rosemonde parecía ofrecer amplias superficies, como una torre alta asentada sobre una base sólida. Aunque la expresión baste para hacer creer en diferencias enormes entre los elementos separados por algo infinitamente pequeño, aunque algo infinitamente pequeño pueda, por sí solo, crear una expresión absolutamente particular, una individualidad, lo infinitamente pequeño de la línea y la originalidad de la expresión no eran lo único que hacía parecer aquellos rostros mutuamente irreductibles. Entre los de mis amigas la coloración creaba un hiato más profundo aún, no tanto por la variada belleza de los tonos que les infundía, tan opuestos, que ante Rosemonde —inundada por un rosa azufrado sobre el que reaccionaba aún la verdosa luz de sus ojos— y ante Andrée —cuyas blancas mejillas recibían tan austera

distinción de su negro pelo— sentía yo el mismo tipo de placer que si hubiera contemplado sucesivamente un geranio al borde del mar soleado y una camelia de noche, cuanto sobre todo porque las diferencias infinitamente pequeñas de las líneas resultaban desmesuradamente agrandadas, las relaciones de las superficies totalmente cambiadas, por aquel elemento nuevo del color, que es —en la misma medida que dispensador de los tonos— un gran creador —o, al menos, modificador— de las dimensiones. De modo, que rostros tal vez construidos de forma poco disímil se estiraban o se ensanchaban —según que los iluminaran los fuegos de una rojiza cabellera de tono rosáceo o por la luz blanca de una palidez mate—, se volvían otra cosa, como esos accesorios de los *ballets* rusos que consisten a veces —si los vemos a plena luz— en una simple redondela de papel y que el genio de un Bakst —según la iluminación encarnadina o lunar en la que se sumerja el decorado— hace que se incruste en él con dureza como una turquesa en la fachada de un palacio o se dilate en él con suavidad, rosa de bengala en medio de un jardín. Así, al entrar en conocimiento de los rostros, no dejamos de calibrarlos, pero como pintores, no como agrimensores.

Sucedía a Albertine lo que a sus amigas. Ciertos días —fina, con la tez gris, la expresión desabrida y una transparencia violácea bajándole oblicua por el fondo de los ojos, como ocurre a veces con el mar— parecía experimentar una tristeza de exiliada. Otros días, su rostro más liso enviscaba los deseos en su superficie barnizada y les impedía ir más allá, a no ser que yo la viese de repente de lado, pues sus mejillas mates, como una cera blanca en la superficie, estaban rosáceas por transparencia, lo que infundía un inmenso deseo de besarlas, de alcanzar aquella tez diferente que se ocultaba. Otras veces la felicidad inundaba sus mejillas con una claridad tan móvil como la piel, vuelta fluida y vaga, dejaba pasar como miradas subyacentes que la hacían parecer de otro color, pero no de otra materia, que los ojos; a veces, sin pensarlo, al mirar su cara marcada con puntitos carmelitas y en la que flotaban sólo dos manchas más azules, parecía como si miráramos un huevo de jilguero o con frecuencia como un ágata opalina, trabajada y pulida en dos puntos sólo, en las que —en medio de la piedra carmelita— brillaban, como las alas transparentes de una mariposa de

lapislázuli, los ojos en los que la carne se vuelve espejo y nos da la sensación de dejarnos —más que en las otras partes del cuerpo— acercarnos al alma, pero con mayor frecuencia aún estaba más coloreada y, por tanto, más animada; a veces sólo estaba rosada —en su blanco rostro— la punta de la nariz, fina como la de una gatita solapada con la que hubiéramos sentido deseos de jugar; a veces sus mejillas estaban tan lisas, que la mirada se deslizaba —como por el de una miniatura— por su esmalte rosáceo al que hacía parecer aún más delicado, más interior, la tapa entreabierta y superpuesta de su pelo negro; la tez de sus mejillas llegaba a alcanzar el rosa violáceo del ciclamen y a veces incluso —cuando estaba congestionada o febril y entonces daba la idea de un cutis enfermizo que rebajaba mi deseo a un grado más sensual y hacía expresar a su mirada algo más perverso y malsano— la obscura púrpura de ciertas rosas de un rojo casi negro; y cada una de aquellas Albertine era diferente, como lo es cada una de las apariciones de la bailarina cuyos colores, forma, carácter resultan transmutados conforme a los juegos —de innumerables variaciones— de un proyector luminoso. Tal vez por ser tan diferentes las personas que en aquella época contemplaba yo en ella, más adelante adquirí la costumbre de volverme, a mi vez, un personaje distinto, según pensara en una u otra de las Albertine: un celoso, un indiferente, un voluptuoso, un melancólico, un furioso, recreados no sólo al azar del recuerdo que renacía, sino también según la fuerza de la creencia interpuesta por la forma diferente como apreciaba un mismo recuerdo, pues siempre había que volver a eso, a esas creencias que la mayoría de las veces colman nuestra alma sin que lo sepamos, pero que, sin embargo, tienen más importancia para nuestra felicidad que determinada persona a quien vemos, pues la vemos por mediación de ellas, son ellas las que asignan su magnitud pasajera a la persona contemplada. Para ser exacto, debería dar un nombre diferente a cada uno de los yoes que posteriormente pensaron en Albertine; con mayor razón aún debería dar un nombre diferente a cada una de aquellas Albertine que aparecían ante mí, nunca la misma, como esos mares —a los que, para mayor comodidad, llamaba yo simplemente el mar— que se sucedían y ante los cuales —como otra ninfa— se destacaba. Pero sobre todo —del mismo modo, pero más útil, como se cuenta en un relato el tiempo que hacía un día

determinado— debería dar siempre su nombre a la creencia que determinado día en que veía a Albertine reinaba sobre mi alma, creaba su atmósfera, pues el aspecto de las personas, como el de los mares, depende de esas nubes apenas visibles que cambian el color de todas las cosas con su concentración, su movilidad, su diseminación, su huida, como la que Elstir había desgarrado una noche al no presentarme a las muchachas con las que se había parado a hablar y cuyas imágenes me habían parecido de repente más hermosas, cuando se alejaban, y que había vuelto a formarse unos días después, cuando las había yo conocido, y había ocultado su brillo, al interponerse entre ellas y mis ojos, opaca y dulce, semejante a la Leucótea de Virgilio.

Seguramente los rostros de todas ellas habían cambiado mucho de sentido para mí desde que sus palabras —a las que podía yo atribuir un valor tanto mayor cuanto que mediante mis preguntas las provocaba a voluntad, las hacía variar, como un experimentador que recurre a pruebas en contrario para verificar su hipótesis— me habían indicado en cierta medida cómo se debía interpretarlos y la de acercarse suficientemente a las cosas y a las personas que de lejos nos han parecido bellas y misteriosas para cerciorarnos de que carecen de misterio y belleza es una forma como cualquier otra de resolver el problema de la existencia; es una de las higienes entre las cuales podemos optar, una higiene que tal vez no sea demasiado recomendable, pero nos brinda cierta calma para pasar la vida y también —como permite no lamentar nada, al convencernos de que hemos alcanzado lo mejor y que no es gran cosa— para resignarnos a la muerte.

Yo había substituido en el fondo del cerebro de aquellas muchachas el desprecio de la castidad, el recuerdo de aventuras cotidianas, por principios honestos, capaces tal vez de flaquear, pero que habían preservado hasta entonces de cualquier descarrío a quienes los habían recibido de su medio burgués. Ahora bien, cuando nos hemos equivocado desde el comienzo, incluso en pequeños detalles, cuando un error de suposición o de recuerdos nos hace buscar al autor de un cotilleo malintencionado o el lugar en que hemos extraviado un objeto por una dirección equivocada, puede ocurrir que descubramos nuestro error tan sólo para substituirlo —no por la verdad, sino— por otro. Yo sacaba —respecto a su forma de vivir y la conducta que

se debía adoptar con ellas— todas las consecuencias de la palabra inocencia, que había leído, al hablar familiarmente con ellas, en su rostro, pero tal vez la hubiera leído atolondradamente, con el lapsus de un desciframiento demasiado rápido, y no estaba inscrita en él como el nombre de Jules Ferry en el programa de la sesión en que yo había visto por primera vez a la Berma, lo que no me había impedido sostener ante el Sr. de Norpois que Jules Ferry, sin lugar a dudas, escribía sainetes.

¿Cómo no iba a ser el último rostro que había visto de cualquiera de mis amigas de la panda el único que recordara, puesto que de nuestros recuerdos relativos a una persona la inteligencia elimina todo lo que no contribuye a la utilidad inmediata de nuestras relaciones cotidianas (aun cuando —y sobre todo— dichas relaciones estén impregnadas de un poco de amor, que vive —siempre insatisfecho— en el momento próximo)? Deja transcurrir la cadena de los días pasados y sólo conserva el último extremo, con frecuencia de un metal totalmente distinto del de los eslabones desaparecidos en la noche, y en el viaje que hacemos por la vida sólo considera real el país en el que nos encontramos en el presente. Mis primerísimas impresiones, ya tan lejanas, no podían encontrar contra su tornadiza deformación un recurso en mi memoria; durante las largas horas que yo pasaba charlando, merendando, jugando, con aquellas muchachas, ni siquiera recordaba que eran las mismas vírgenes despiadadas y sensuales que había visto —como en un fresco— desfilar por delante del mar.

Los geógrafos y los arqueólogos nos conducen sin falta a la isla de Calipso, exhuman sin falta el palacio de Minos. Sólo, que Calipso ya sólo es una mujer y Minos sólo un rey sin la menor divinidad. Incluso las cualidades y los defectos que, según nos enseña la Historia, fueron entonces atributos de aquellas personas muy reales, con frecuencia difieren mucho de los que habíamos atribuido a los seres fabulosos que llevaban el mismo nombre. Así se había disipado toda la graciosa mitología oceánica que había yo compuesto los primeros días, pero no resulta totalmente indiferente que lleguemos —al menos, algunas veces— a pasar el tiempo en confianza con lo que creíamos inaccesible y habíamos deseado. En la relación con las personas que al principio nos han parecido desagradables persiste siempre —incluso en pleno placer facticio que podemos acabar

sintiendo junto a ellas— el gusto adulterado de los defectos que han logrado disimular, pero en relaciones como las que yo tenía con Albertine y sus amigas, el placer verdadero de su origen deja ese perfume que ningún artificio logra dar a las frutas maduradas antes de tiempo, a las uvas que no han madurado al sol. Las criaturas sobrenaturales que habían sido por un instante para mí infundían —aun sin que yo lo supiera— cierta maravilla en las relaciones más triviales que tenía con ellas o, mejor dicho, preservaban dichas relaciones por siempre jamás contra cualquier trivialidad. Mi deseo había buscado con tanta avidez el significado de los ojos que ahora me conocían y me sonreían, pero que el primer día se habían cruzado con mis miradas como rayos de otro universo, y había distribuido tan generosa y minuciosamente el color y el perfume por las superficies encarnadas de aquellas muchachas —tendidas junto al acantilado— que me ofrecían con sencillez *sandwiches* o jugaban a las adivinanzas, que muchas tardes —mientras yo permanecía tendido, como esos pintores que, buscando la grandeza de lo antiguo en la vida moderna, atribuyen a una mujer que se corta una uña del pie la nobleza del *Niño sacándose una espina* o que, como Rubens, toman para modelos de diosas a mujeres conocidas suyas para componer una escena mitológica, con aquellos hermosos cuerpos morenos y rubios, de tipos tan opuestos, esparcidos a mi alrededor en la hierba— las contemplaba tal vez sin vaciarlas de todo el mediocre contenido con el que las había llenado la experiencia cotidiana y —sin recordar expresamente su celestial origen— como si, sin embargo, estuviera jugando —semejante a Hércules o Telémaco— entre ninfas.

Después concluyeron los conciertos, llegó el mal tiempo, mis amigas abandonaron Balbec, no todas juntas, como las golondrinas, pero en la misma semana. Albertine se marchó la primera, bruscamente, sin que ninguna de sus amigas pudiese comprender —ni entonces ni más adelante — por qué había vuelto de pronto a París, adonde no la reclamaban ni tareas ni distracciones. «Se ha marchado sin decir ni pío», mascullaba Françoise, quien deseaba, por lo demás, que nosotros hiciéramos lo mismo. Le parecíamos desconsiderados para con los empleados, pese a que ya se había reducido mucho su número, pero retenidos por los escasos clientes que quedaban, y para con el director, que estaba «perdiendo dinero». Cierto es

que desde hacía tiempo había abandonado el hotel, que no iba a tardar en cerrar, casi todo el mundo; nunca había estado tan agradable. No opinaba así el director; recorría —a lo largo de los salones, en los que helaba y a cuya puerta no velaba ningún botones— los pasillos, vestido con una levita nueva, tan bien atendido por el peluquero, que su insulso rostro parecía consistir en una mezcla compuesta de una parte de carne y tres de cosmética, y cambiando sin cesar de corbata (esas elegancias resultan más baratas que encender la calefacción y conservar el personal y quien ya no puede enviar diez mil francos a una obra de beneficencia sigue dándoselas, sin esfuerzo, de generoso, al entregar cinco francos de propina al telegrafista que le trae un telegrama). Parecía inspeccionar la nada, querer dar —gracias a su buena vestimenta personal— una apariencia provisional a la miseria que se sentía en aquel hotel, en el que la temporada no había sido buena, y parecía el fantasma de un soberano que vuelve a rondar por las ruinas de lo que en tiempos fue su palacio. Se enfadó sobre todo cuando el ferrocarril local, que ya no tenía bastantes pasajeros, dejó de funcionar hasta la primavera siguiente. «Lo que falta aquí», decía el director, «son medios de *conmoción*». Pese al déficit que registraba, concebía proyectos grandiosos para los próximos años y, como era capaz, de todos modos, de retener exactamente expresiones hermosas cuando eran aplicables a la industria hotelera y la magnificaban, decía: «No he contado con la asistencia suficiente, aunque en el comedor tenía un buen equipo, pero los botones dejaban un poco que desear; ya verán el año próximo qué falange sabré reunir». Entretanto, la interrupción de los servicios del B.C.B. lo obligaba a mandar a buscar las cartas y a veces a llevar a los viajeros en un carricoche. Con frecuencia yo pedía permiso para montar junto al cochero, gracias a lo cual di paseos con tiempo de toda clase, como en el invierno que había pasado en Combray.

Sin embargo, a veces la lluvia, que caía demasiado fuerte, nos obligaba a mi abuela y a mí a quedarnos —por estar el Casino cerrado— en salas casi completamente vacías, como en el fondo de la cala de un barco, cuando sopla el viento, y en las que todos los días, como durante una travesía, nuevas personas de entre aquellas junto a las cuales habíamos pasado tres meses sin conocerlas —el presidente de la Audiencia de Rennes, el decano

del Colegio de Abogados de Caen, una señora americana y sus hijas— se nos acercaban, entablaban conversación, inventaban alguna forma de hacer pasar el tiempo menos lentamente, revelaban un talento, nos enseñaban un juego, nos invitaban a tomar el té o a hacer música, a reunirnos a determinada hora, a entregarnos juntos a esas distracciones que entrañan el verdadero secreto de la diversión, consistente en no aspirar a ella, sino sólo ayudarnos a pasar el tiempo con nuestro aburrimiento, y, por último, trababan con nosotros, al final de nuestra estancia, amistades que el día siguiente interrumpía su marcha. Conocí incluso al joven rico, a uno de sus amigos nobles y de la actriz, que había vuelto a pasar unos días, pero aquella pequeña sociedad ya sólo estaba compuesta por tres personas, pues el otro amigo se había quedado en París. Me pidieron que fuera a cenar con ellos en su restaurante. Creo que se alegraron bastante de que no aceptara, pero habían expresado la invitación de la forma más amable posible y, aunque procediese, en realidad, del joven rico, puesto que los otros eran simplemente sus huéspedes, como el amigo que lo acompañaba, el marqués Maurice de Vaudémont, era de una casa muy importante, la actriz, instintivamente, al preguntarme si quería ir, me dijo para halagarme:

«A Maurice le gustaría mucho».

Y, cuando me los encontré en el vestíbulo a los tres, fue el Sr. de Vaudémont, al haberse hecho a un lado el joven rico, quien me dijo:

«¿Tendría usted a bien cenar con nosotros?».

En resumen, había aprovechado muy poco mi estancia en Balbec, lo que me infundía aún más deseos de volver. Me parecía que había permanecido demasiado poco tiempo. No opinaban así los amigos que me escribían para preguntarme si pensaba quedarme a vivir allí definitivamente y, al ver que el nombre de Balbec era el que habían de escribir en el sobre, como mi ventana daba —en lugar de a una campiña o a una calle— a los campos del mar, como oía por la noche su rumor, al que antes de dormirme había confiado, como una barca, mi sueño, tenía la sensación de que aquella promiscuidad con las olas había de hacer penetrar materialmente en mí, sin que lo supiera, su encanto, como esas lecciones que se aprenden durmiendo.

El director me ofreció habitaciones mejores para el año siguiente, pero ya sentía yo apego a la mía, en la que había dejado de sentir, al entrar, el

olor del espinacardo y cuyas dimensiones había acabado adoptando tan exactamente mi pensamiento, al que al principio tanto costaba elevarse, que, cuando hube de acostarme en París en mi antigua habitación, de techo bajo, me vi obligado a someterlo a un tratamiento inverso.

En efecto, habíamos tenido que abandonar Balbec, pues, como el frío y la humedad habían llegado a ser demasiado penetrantes, no podíamos permanecer por más tiempo en aquel hotel, desprovisto de chimeneas y calorífero. Por lo demás, olvidé casi inmediatamente aquellas últimas semanas. Lo que volví a ver casi invariablemente, cuando pensé en Balbec, fueron los momentos en que —como por la tarde iba a salir con Albertine y sus amigas— mi abuela, por encargo del médico, me obligaba —todas las mañanas, durante la época de buen tiempo— a permanecer acostado en la obscuridad. El director daba la orden de que no hicieran ruido en mi piso y velaba personalmente por su cumplimiento. Como la luz era demasiado intensa, mantenía cerradas durante el mayor tiempo posible las grandes cortinas violáceas que la primera noche me habían manifestado tanta hostilidad, pero, como —pese a que las sujetaba todas las noches con pinzas, que sólo ella sabía retirar, para que no pasara la luz y a que las ajustaba con la colcha, el tapete de cretona roja y las telas que cogía aquí y allá— Françoise no lograba juntarlas exactamente, la obscuridad no era completa y dejaban difundirse sobre la alfombra como un escarlata deshojamiento de anémonas entre las cuales no podía por menos de ir a posar un instante mis pies descalzos y en la pared de enfrente de la ventana, parcialmente iluminada, había un cilindro de oro vertical, sin sostén alguno y que se desplazaba lentamente como la columna luminosa que precedía a los hebreos en el desierto. Volvía a acostarme; obligado a saborear —sin moverme, mediante la imaginación exclusivamente y todos a la vez— los placeres de los juegos, del baño, del paseo, que la mañana aconsejaba, la alegría hacía latir ruidosamente mi corazón como una máquina en plena acción, pero inmóvil, y que sólo puede descargar su velocidad *in situ* girando sobre sí misma.

Sabía que mis amigas estaban en el malecón, pero no las veía, mientras pasaban por delante de los desiguales eslabones del mar, al fondo del cual se distinguía a veces en un claro —encaramada en medio de sus cimas

azulinas, como una aldea italiana— la villa de Rivebelle, minuciosamente detallada por el sol. No veía a mis amigas, pero —mientras llegaban hasta mi mirador los gritos de los vendedores de periódicos (los «periodistas», como los llamaba Françoise), los bañistas y los niños que jugaban, puntuando, como gritos de aves marinas, el ruido de la ola que suavemente rompía— adivinaba su presencia, oía su risa, envuelta, como la de las nereidas, en el suave rompimiento que subía hasta mis oídos. «Hemos mirado», me decía Albertine por la noche, «para ver si bajabas, pero tus cortinas han permanecido echadas incluso a la hora del concierto». En efecto, a las diez estallaba éste bajo mis ventanas. Si había marea alta, entre los intervalos de los instrumentos se reanudaba —fluido y continuo— el deslizamiento del agua de una ola que parecía envolver los sones del violín en sus volutas de cristal y hacer brotar su espuma por encima de los ecos intermitentes de una música submarina. Me impacientaba que no me hubieran traído aún lo necesario para vestirme. Daban las doce del mediodía y por fin llegaba Françoise. Y, durante meses seguidos, en aquel Balbec que tanto había deseado yo, porque sólo lo imaginaba batido por la tormenta y perdido en las brumas, el buen tiempo había sido tan esplendoroso y tan fijo, que, cuando venía a abrirme la ventana, había podido siempre esperar encontrarme sin falta el mismo lienzo de sol plegado en el ángulo de la pared exterior y de un color inmutable que era, como signo del verano, menos emocionante que sombrío, como el de un esmalte inerte y facticio y, mientras Françoise quitaba las pinzas de los montantes, retiraba las telas y abría las cortinas, el día estival que descubría parecía tan muerto, tan inmemorial, como una suntuosa y milenaria momia que nuestra vieja sirvienta hubiera desfajado con precaución de todos sus paños, antes de hacerla aparecer embalsamada en su traje de oro.

MARCEL PROUST (1871-1922). Nació el 10 de julio de 1871 en Auteuil, París (Francia), en el seno de una familia acomodada. Su padre era el médico Adrien Proust y su madre, Jeanne Weil, era una mujer culta descendiente de una adinerada familia de origen judío. Proust era un niño enfermizo, pues desde temprana edad padeció asma. Se instruyó en el Liceo Condorcet. Sus padres querían que estudiase Derecho, cosa que hizo en la Sorbona y en la Escuela de Ciencias Políticas, aunque finalmente dedicó casi todo su tiempo en exclusiva a la escritura.

Desde 1905, año de la muerte de su querida madre, se recluyó en su hogar y volcó todo su tiempo en la escritura de su obra más importante, «En busca del tiempo perdido» (1913-1927), caracterizada en su narrativa por su ahondamiento en la instrospección personal y en el retrato psicológico de sus caracteres. Esta obra, dividida en varios volúmenes con tintes autobiográficos, le proporcionó el Premio Goncourt en 1919.

Póstumamente apareció la novela *Jean Santeuil* (1956), un libro que había comenzado a escribir en 1895.

Respecto a su vida sentimental, Proust era homosexual a pesar de que estuvo enamorado en su infancia de Marie de Benardaky. Su relación amorosa más importante la mantuvo con su secretario Alfred Agostinelli, fallecido en un accidente de aviación cuando pilotaba una avioneta que el propio Proust le había regalado.

El escritor francés murió de neumonía el 18 de noviembre de 1922, acompañado de su criada Celeste Albaret. Tenía 51 años.